3 1761 07970785 7

Tomo IV.

MERCURIO PERUANO

MERCURIO PERUANO

Revista Mensual de Ciencias Sociales y Letras

(Año III)

Vol. IV

PERSONAL DE REDACCION

Víctor Andrés Belaúnde, Director; Manuel R. Beltroy, Jorge Guillermo Leguía, Secretarios; Mariano Brull, Honorio F. Delgado, Juan F. Elguera, Edwin Elmore, Adán Espinosa Saldaña, José Gálvez, Luis Góngora, Mariano Ibérico Rodríguez, Carlos Ledgard, Cristóbal de Losada y Puga, John A. Mackay, José L. Madueño, Philip A. Means, Francisco Moreyra y Paz Soldán, Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez, César A. Ugarte, Alberto Ureta, Horacio H. Urteaga, Ricardo Vegas García, Carlos Wiesse y R.

LIMA - PERU - 1920

Sanmartí y Ca.-Lima
— Impresores —

AP
63
M35
v. 4

LIBRARY
JUN 5 1933
UNIVERSITY OF TORONTO

844278

Tabla de Materias

Don Ricardo Palma y Eugenio D'Ors, por José Gálvez 1
Don Ricardo Palma, por José de la Riva Agüero 3
Don Benito Pérez Galdós, por Angélica Palma 20
Naturaleza, por Oscar Miró Quesada 27
Los "Poemas" de Jules Supervielle, por Gonzalo Zaldumbide . . . 31
Mieses de Francia, por José Leonidas Madueño 44
La Escuela de Bellas Artes, por G. Salinas Cossío 45
El carácter pacifista de la Diplomacia Peruana, por Pedro Irigoyen 49
Notas varias 67
Prometeo, por Adolfo Agorio 71
Sonetos, por Enrique Larreta 76
Historia Nacional—Armamento incaico, Por Horacio H. Urteaga 79
Mieses de Francia, por Amalia Puga de Losada 92
La ciudad de Lima en el siglo XVIII, por Jorge Guillermo Leguía 98
Necesidad de una educación idealista, por M. Ibérico Rodríguez . 108
La Organización Médico-Social del Perú, por Carlos Enrique Paz Soldán 115
El carácter pacifista de la Diplomacia Peruana, por Pedro Irigoyen 124
-|- Excmo. señor D. Oriol Solé Rodríguez,
Nota de la Redacción 148
Notas varias 149
El valor estético, por Alejandro O. Deustua 161
Ciertos aspectos de la rebelión de Túpac Amaru II, por Philip Ainsworth Means 174
Yo me acuerdo de tí, (poesía) por Pablo Abrill de Vivero . . . 197
A Muerte (poesía), por Aníbal Marc-Giménez 198
La órbita social de las funciones psicomédicas, por Honorio F. Delgado 199
La lámpara de Aladino, por M. A. Carvajal 208
Leyendas Guaraníes, por Oriol Solé Rodriguez 211
Mieses de Francia, por José L. Madueño 223
El carácter pacifista de la Diplomacia Peruana 226
Notas Bibliográficas 237
La cuestión de Tacna y Arica y las aspiraciones bolivianas, por E. G. Hurtado y Arias 241

Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar 250
A una estrella (poesía), por Mariano Brull. 265
La experiencia estética, por Alejandro O. Deustua. 267
Aromas de crepúsculo (poesía), por M. A. Carvajal. 280
Parnaso Colombiano, por Mario Carvajal. 282
Parnaso Colombiano (poesías), por Carlos Villafañe. 288
Cartas a Graciela, por Alberto Guillén. 290
Fracaso de la misión Lavalle, por Pedro Irigoyen. 293
Notas varias. 306
Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar 317
Sutileza, por Pedro Henríquez Ureña. 329
De la lejana Thule (poesía), por Mariano Brull. 332
D. José Gálvez, por Francisco Mostajo. 334
Memorias antiguas historiales del Perú, por Philip A. Means. . 354
Poesías, por José Luis Bustamante. 368
La intuición estética, por Mariano Ibérico y R.. 370
De la amistad y del diálogo, por Silvestre Vasombrío. 382
Amarilis, por Luis A. Sánchez. 385
Notas varias. 392
II Aniversario de "Mercurio Peruano", por La Redacción . . . 395
Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar 396
José Ortega y Gasset, por Félix C. Lizaso. 410
La actividad estética, por Alejandro O. Deustua. 416
Tapices viejos (poesías), por Adán Espinosa Saldaña. 430
D. José Gálvez, por Francisco Mostajo. 433
De la lejana Thule (poesías), por Mariano Brull y Manuel Beltroy 447
Bajo el clamor de las Sirenas, por Enrique D. Tovar y R. 450
Los tres Jircas, por Enrique López Albújar. 456
Notas varias. 465

Indice de Autores

ABRILL DE VIVERO, PABLO
Yo me acuerdo de tí 197
AGORIO, ADOLFO
Prometeo. 71
BELTROY, MANUEL
De la lejana Thule. 447
BRULL, MARIANO
A una estrella. 265
De la lejana Thule. 332
De la lejana Thule. 447
BUSTAMANTE y R. JOSE LUIS
Poesías. 368
CARVAJAL, M. A.
La lámpara de Aladino. 208
Aromas de crepúsculo. 280
CARVAJAL, MARIO
Parnaso Colombiano. 282
DELGADO, HONORIO F.
La órbita social de las funciones psicomédicas. 199
DEUSTUA, ALEJANDRO O.
El valor estético. 161
La experiencia estética. 267
La actividad estética. 416
ESPINOSA SALDAÑA, ADAN
Tapices viejos. 430
GALVEZ, JOSE
Don Ricardo Palma y Eugenio D'Ors. 1
GUILLEN, ALBERTO
Cartas a Graciela. 290
HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO
Sutileza. 329
HURTADO y ARIAS, E. G.
La cuestión de Tacna y Arica y las aspiraciones bolivianas 241
IBERICO y RODRIGUEZ, MARIANO
Necesidad de una educación idealista. 108
La intuición estética. 370
IRIGOYEN, PEDRO
El carácter pacifista de la Diplomacia Peruana. .—49—124 226
Fracaso de la misión Lavalle. 293
LARRETA, ENRIQUE
Sonetos. 76

LA REDACCION
II Aniversario de "Mercurio Peruano" 395
LEGUIA, JORGE GUILLERMO
La ciudad de Lima en el siglo XVIII 98
LIZASO, FELIX C.
José Ortega y Gasset 410
LOPEZ ALBUJAR, ENRIQUE
Los tres Jircas 456
LOSADA, AMALIA PUGA DE
Mieses de Francia 92
MADUEÑO, JOSE L.
Mieses de Francia 44
Mieses de Francia 223
MARC. GIMENEZ, ANIBAL
A Muerte 198
MEANS, PHILIP AINSWORTH
Ciertos aspectos de la rebelión de Túpac Amaru II 174
Memorias antiguas historiales del Perú 354
MIRO QUESADA, OSCAR
Naturaleza 27
MOSTAJO, FRANCISCO
D. José Gálvez 334
D. José Gálvez 433
Notas bibliográficas 237
Nota de la Redacción 148
Notas varias . . . . . —67, 149, 306, 392, 465
PALMA, ANGELICA
Don Benito Pérez Galdós 20
PAZ SOLDAN, CARLOS ENRIQUE
La organización médico-social del Perú 115
POLAR, JUAN MANUEL
Don Quijote en Yanquilandia . . . . . —250, 317, 396
RIVA AGUERO, JOSE DE LA
D. Ricardo Palma 3
SALINAS COSSIO, GUILLERMO
La Escuela de Bellas Artes 45
SANCHEZ, LUIS A.
Amarilis 385
SOLE RODRIGUEZ, ORIOL
Leyendas Guaraníes 211
TOVAR y R., ENRIQUE D.
"Bajo el clamor de las Sirenas" 450
URTEAGA, HORACIO H.
Historia Nacional—Armamento incaico 79
VASOMBRIO, SILVESTRE
De la amistad y del diálogo 382
VILLAFAÑE, CARLOS
Parnaso colombiano 288
ZALDUMBIDE, GONZALO
"Poemas" de Jules Supervielle 31

Don Ricardo Palma y Eugenio D'Ors

Un escultor catalán, Federico Marés, precisamente el mismo que ha hecho un proyecto de monumento a la Unidad Nacional Peruana, inspirado en el problema del Pacífico, me acaba de enviar la original glosa que Eugenio D'Ors publicó en "La Veu de Catalunya" el 26 de Noviembre de 1919 recordando a D. Ricardo Palma.

El Glosario de Eugenio D'Ors, es una de las más típicas manifestaciones del talento proteiforme del gran ensayista, figura capital en la literatura catalana y uno de los más altos representantes de la España intelectual. Filósofo, autor de teorías tan interesantes como la de la *Filosofía del Seny* y la "Filosofía de Hombre que trabaja y que juega", comentador originalísimo de los filósofos antiguos, orientador de la cultura catalana, creador y sobre todo artista en la más noble acepción del vocablo, D'Ors vierte en su *Glosari,* día a día, sus impresiones sobre la vida multiforme, conservando de ella lo que hay de universal y perenne. En sus glosas, síntesis excelsas, va enriqueciendo el léxico catalán, nutriéndolo, puliéndolo y vaciando su inmensa cultura. La muerte del patriarca de nuestras letras, le ha sugerido una nota: intensa, breve y sencilla como un comentario evangélico. Lo que tiene de universal Don Ricardo está allí, concentrado. Dice la glosa que me atrevo a traducir:

RICARDO PALMA

Ricardo Palma cabalgaba espiritualmente entre dos siglos. Principalmente el nuestro.

Tenía del XVIII el academismo, la irreverencia, el enciclopedismo, la malicia aristocrática. Del romanticismo tomó el culto a la vena popular, a la espontaneidad, al folklore.

Si queréis, medio Voltaire, medio Herder: recogiendo la tradición de labios de la anciana y a la vez mofándose de la superstición en boca del sacristán.

XENIUS.

. . . . . .

Muy pocas veces, tal vez nunca, se habrá hecho una síntesis más sinsigne de nuestro tradicionista. Los que desdeñan el sentido local, por no comprenderlo ni sentirlo, y creen en un universalismo artificial, sin carne y sin nervio, tienen en esta glosa el ejemplar sobrio y estético de la impresión que un escritor tan nacionalista como Palma, produce en un espíritu tan sustancialmente universalista como D'Ors. La sensación de perpetuidad que deja Palma, se revela en este homenaje que tiene la concisa brevedad de un epitafio eterno. Para nosotros, Don Ricardo es el escritor representativo por excelencia, y cuando a él nos referimos, no podemos prescindir del marco, nuestro esencialmente, que él precisó en líneas perfectas. Por sobre tal aspecto, persiste el carácter total, humano, de su obra, que más allá del horizonte de la tierra querida y propia, que aún más allá del ritmo del propio idioma, se extiende y llega, sutil y hondo, por haber alcanzado el sentido de su tierra, a la raíz profundamente universal, en que se confunden los matices que crean los ambientes y las razas. Glosa de maestro, homenaje cordial y sereno, sin estremecimientos ni quejumbres, saludo fraterno de un hombre inquieto y poeta, al espíritu, siempre vivo y presente, de un escritor representativo, es éste saludo en que tácitamente se envuelve la concepción de la Gloria que no ha menester del elogio vulgar, ni de la lamentación, empequeñecedora de la Inmortalidad.

JOSE GALVEZ.

D. Ricardo Palma

Con D. Ricardo Palma, que a los ochenta y seis años de edad acaba de fallecer en una pequeña casa de campo de Miraflores, junto a Lima, desaparece para el Perú el más representativo y característico de sus literatos; y para toda la América Española, el último sobreviviente de la escuela romántica que en nuestros países no llegó a difundirse y prevalecer sino hasta bien mediado el siglo XIX.

Sus célebres *Tradiciones*, nutrida serie de breves y amenas leyendas en prosa, evocan, como una colección de brillantes miniaturas, toda la historia peruana, en sus más significativos aspectos y contrastes, desde el siglo XVI: son el cabal florecimiento y la artística concreción de aquel donairoso criollismo limeño que Palma supo sentir y expresar insuperablemente, y que vino a encarnarse y condensarse, con toda perfección, en su persona y escritos.

Nació en Lima, el 7 de Febrero de 1833. Durante su infancia y su primera juventud, conservaba aún su ciudad natal el ambiente singular que en América la hizo famosa: y en él se educó e impregnó D. Ricardo Palma, de indeleble manera. Fueron los primeros años de la República agitados y anárquicos cual ningunos; pero, por los excepcionales y externos impulsos que determinaron la indepndencia del Perú, dejaron subsistir casi intactos los usos y sentimientos de la época colonial. Los turbulentos Mariscales y Generales republicanos se codeaban y fraternizaban con los viejos marqueses y los innumerables frailes mendicantes. Al lado de los cuarteles, resonantes con la vocería de los pronunciamientos, ahumados y maltrechos por

los continuos asaltos revolucionarios, se alzaban, íntegras todavía, las extensas cercas de los monasterios de monjas, sombreadas de platanares; las fachadas churrigueresca y retorcidas de las iglesias; y las de los caserones de títulos y mayorazgos, cuyos balcones tallados, con caladas y voladizas celosías de madera, recordaban, por atavismo remoto, mucho más que los *miradores* españoles, los *muxarabiés* arábigos. Con mayor frecuencia que los desfiles y los *cierrapuertas* pretorianos, ocupaba las calles el despliegue de las procesiones religiosas, en que alternaban, con las andas hieráticas y recamadas, las burlescas comparsas populares. En las arcaicas alamedas de Abajo del Puente, rodaban las últimas carrozas doradas de la nobleza criolla; y junto a los surtidores virreinales, las *tapadas de saya y manto* perpetuaban el incitante misterio de su disfraz semioriental. Al caer la tarde, en los ruidosos portales de la Plaza de Armas, perfumados de frutas y misturas de flores, cesaba de pronto la alegre algazara de la abigarrada muchedumbre, cuando de las torres de la Catedral descendía el pausado toque de la Oración. Quitábanse los clérigos los puntiagudos sombreros de teja, los caballeros los altísimos *tarros*, las vendedoras los *jipijapas*, y los esclavos los gorros. Por unos minutos se descubrían todos; y rezaban a coro, unánime y devotamente, las Avemarías del *Angelus* los pobladores de Lima, del propio modo que en las tierras islámicas suspende el bullicio vespertino la plegaria del *muezín*. Por las portadas de las murallas que erigió el Duque de la Palata, penetraban soldados y montoneros de extraños y rotos trajes y armados de trabucos disforme. Aclamaban un día al taimado Gamarra, otro al apuesto y arrogante Orbegoso, otro al sanguinario Salaverry; y, en nombre de tántos y tan encontrados cabecillas, iban a perturbar con sus violencias y desmanes, la placentera paz de la capital risueña.

De entre las miserias de la cotidiana guerra civil y las ruindades del vulgar personalismo, lució de pronto una noble idea: la reconstitución del *Perú Grande*, la reunión federativa del Bajo Perú con el Alto Perú o Bolivia. El caudillo que la personificó y realizó, el Mariscal D. Andrés de Santa Cruz, obtuvo, por un momento, para este propósito de reacción nacionalista en el mejor sentido de la palabra, el concurso, no sólo de la mayoría de las clases altas y conservadoras, sino también de buen número de liberales, y de casi toda la clase media y el pueblo de Arequipa y Lima. El padre de D. Ricardo Palma, modesto comerciante limeño al pormenor, fué un ferviente santacrucino; y

sus opiniones se transmitieron desde la niñez al futuro tradicionista, el cual en su ancianidad se complacía en repetir las siguiente anécdota, que varias veces escuché de sus labios:

Corrían los postreros días de Enero de 1839. La Confederación, al cabo de tres años de establecida, se deshacía al embate de sus ciegos enemigos domésticos y de sus muy perspicaces adversarios extranjeros. El Protector Santa Cruz, después de recuperar Lima, a la cabeza del ejército perú-boliviano, se había dirigido al Norte, hasta el valle denominado Callejón de Huaylas, persiguiendo en su retirada al ejército chileno, engrosado ya por varios cuerpos peruanos disidentes. Susurrábase que en esta campaña la suerte había abandonado a Santa Cruz; pero el vecindario limeño, que lo había recibido jubilosa y triunfalmente hacía dos meses, le continuaba su adhesión.

Era una noche de verano, el 24 de Enero. En un largo balcón, próximo a la iglesia de San Francisco, tomaba fresco la familia Palma, en compañía de otras honradas familias de mediana condición que habitaban departamentos de la misma casa. De repente, en el silencio y la obscuridad de la calle, apareció un pelotón de hombres montados y armados; varios militares, embozados en capas, que apresuradamente tomaron hacia los barrios de Santo Toribio y San Pedro. El padre de D. Ricardo, sin saber quiénes eran, no quiso desperdiciar la ocasión de manifestar sus predilecciones políticas, y lanzó un estentóreo: *¡Viva Santa Cruz!*, que fué coreado por su familia y vecinos. Entonces el jinete que ocupaba el centro del grupo, y a quien al parecer obedecían los demás, volvió la cara, paró un instante el caballo y se tocó el sombrero, como contestando la ovación. Enseguida continuó su acelerado caminar. Según pudo averiguarse después, era, en efecto, el propio Santa Cruz, que rodeado de algunos leales edecanes, venía huyendo desde los aciagos campos de Yungay. Recién llegado esa noche a Lima, a los cuatro días de prestísima y fatigosísima marcha, se enderezaba a cenar y descansar un momento en la casa de su inquebrantable amigo, D. Juan Bautista de Lavalle, situada en la esquina de las cuadras de Melchormalo y Beytia. A las pocas horas, continuaba de allí su viaje hasta Arequipa, donde acabó de malograrse y desvanecerse aquel su empeño restaurador de la unidad y supremacía de la raza peruana en el Occidente de Sudamérica; y se vió obligado a dimitir el mando.

Cuando muchos años después, D. Ricardo Palma, consecuente con sus tradiciones paternas, fué en Europa a rendir ho-

menaje al ilustre desterrado, que vivía en una casita de Versalles (propio lugar de extinguidas grandezas), comprobó que bien recordaba y con qué íntima emoción había agradecido Santa Cruz aquel último aplauso que le tributó Lima en la más amarga hora de su derrota, como espontánea y conmovedora muestra de fidelidad. En esta escena de la infancia de Palma, que en sus postreros años tánto recordaba, nos place hallar un símbolo profético: el que había de ser supremo evocador histórico del Perú, tesorero y joyero de sus leyendas, encarnación de su ingenio, viva voz de su alma, aclamó, con la presciencia del niño, y más tarde con la del artista, al precursor del magno ideal patriótico que es clave de nuestro porvenir.

La ruina de la Confederación trajo para el Perú años calamitosos, de conflictos y desastres externos y de imponderable caos interior. Hubo época en que a la vez coexistieron tres gobiernos. Al cabo, renació el orden, en el primer período de Castilla (1845-1851); y pudieron cultivarse los estudios y las letras, en el respiro que dejaron las destructoras contiendas civiles.

El canónigo limeño D. Bartolomé Herrera, en el Colegio Mayor de San Carlos, y el profesor murciano D. Sebastián Lorente, en el de Nuestra Señora de Guadalupe, reabrieron y renovaron los cursos de Filosofía y Humanidades, que habían cesado hacía largo tiempo en la vetusta Universidad. Ya desde el gobierno de Santa Cruz, y aun algo antes, los había iniciado el que fué su secretario, el gaditano D. José Joaquín de Mora, que en *El Ateneo del Perú* enseñó las teorías psicológicas y éticas de la escuela escocesa del *sentido común;* y que en literatura popularizó el nombre y las obras de Sir Walter Scott. Pero las semillas de novedades románticas que esparció Mora, no fructificaron entonces, por lo áspero y revuelto de los tiempos; y fueron, un poco más tarde, otros dos españoles, el ya citado Lorente y el montañés Fernando Velarde, los verdaderos introductores del romanticismo en el Perú, y los maestros que decisivamente influyeron en Palma y sus compañeros de bohemia literaria.

Era Velarde un joven y fogoso poeta santanderino. Por el año de 1847, llevó al Perú el culto de Zorrilla y Espronceda, que impuso como modelos, junto con sus propios versos, a sus discípulos limeños. Entre los menores en edad, pero entre los

más distinguidos, se contaba ya Ricardo Palma, quien desde su adolescencia comenzó a publicar poesías y leyendas en prosa. Sus primeros versos, coleccionados en *Juvenilia,* son, en efecto, de 1848. Por entonces, igualmente, apareció su breve cuento incaico *Oderay*, muy débil e inexperto, pero que es uno de los primeros productos del romanticismo narrativo en el Perú, al propio tiempo que el *Padre Horán* de Aréstegui. (1)

También compuso e hizo representar dramas históricos, que él mismo no quería luego que se recordaran, y que en verdad no merecen serlo. Fueron obras prematuras de sus años de efervescencia bohemia y de gran melena romántica; cuando se hizo de moda en la juventud literaria limeña la ingenua copia del mediovalismo europeo; cuando Corpancho, embozado en su capa española con vueltas rojas, meditaba *El poeta cruzado y El caballero templario*.

Más grande influencia ejerció otro amigo suyo, el eminente neogranadino D. Julio Arboleda, uno de los primeros políticos y literatos del siglo XIX en la América Meridional. Proscrito de Nueva Granada por el radicalismo triunfante, vivía en Lima hacia los años de 1852 y 53. Ricardo Palma lo trató mucho: recibió de él lecciones de inglés; se apartó por su consejo de la pueril imitación de los temas propios de Europa; y convirtió la atención a los asuntos de historia americana. Sobre el modelo del *Gonzalo* de *Oyón*, poema que a la sazón Arboleda escribía, trazó Palma su leyenda en verso *Flor de los cielos*, dedicada al mismo Julio Arboleda.

El cenáculo de los regocijados y traviesos bohemios de Lima, no era ningún lóbrego subterráneo, ni ninguna plebeya taberna, sino nada menos que los iluminados salones de un ministro de Estado, el político y magistrado arequipeño D. Miguel del Carpio. Antiguo partidario de Santa Cruz, y, como casi todos los conservadores, reconciliado con Castilla y principal colaborador de su primer gobierno, Carpio tenía aficiones literarias y hasta había compuesto en sus años juveniles una cierta oda *Al Misti*, de la que se chanceaban sus propios contertulios. De sus frustradas pretensiones poéticas le quedó siempre vivo

(1).-Novela regional cuzqueña de D. Narciso Aréstegui, impresa en Lima el año de 1848, y no tan desdeñable como lo dí a entender en *Carácter de la literatura del Perú Independiente.* Se advierte en ella muy claro el influjo de *Notre-Dame* de Víctor Hugo.

amor a las letras; y aprovechaba su valimiento oficial en proteger y alentar a los principiantes. Para con los bohemios, Carpio deponía la seriedad ceremoniosa de sus altos empleos; se olvidaba de su posición y sus años; y se permitía desenfrenadas bromas, chocarrerías y crudezas de expresión que superaban a las de sus jóvenes amigos románticos.

Pero no todos los dignatarios del Presidente Castilla usaban de igual llaneza y benévola familiaridad en el trato con los literatos mozos, y Palma debía experimentarlo pronto. Gracias a D. Miguel del Carpio, había obtenido plaza de amanuense en un Ministerio; y en tal calidad recibió el encargo de llevarle personalmente al Mariscal Castilla el Mensaje destinado a la instalación de la Legislatura. Había dado la última mano a la redacción del solemne documento D. Manuel Ferreyros, antiguo liberal de la Independencia y Director General de Estudios en la República; y, queriendo esmerarse en exquisiteces gramaticales, había escrito al principio del párrafo relativo a la amenazada paz pública: *Los falsos alarmas.*

Palma entregó respetuosamente al Mariscal los dos ejemplares del Mensaje que le traía: uno para la imprenta del Estado y otro para la lectura en el Congreso. Castilla leyó en alta voz, enterándose del texto definitivo que le sometían sus consejeros. Al llegar al pasaje de *los falsos alarmas*, se detuvo sorprendido:

¿Eh, dijo....qué cosa? Vamos a ver, joven, preguntó dirigiéndose a Palma; Ud. que es escritor, ¿cree que esto está bien así?.....

—Así debe ser, Excmo. Sr., respondió algo perplejo Palma.., desde que el Sr. Ferreyros lo ha escrito...

—Diga con franqueza, ¿no le extraña?

—Sí, señor; nunca había oído esa palabra en masculino.

—Y ¿cómo la pondría Ud.?

—Diría las falsas alarmas. que es como dice todo el mundo,

—Eso es,.... eso es...; *falsas alarmas*...lo demás son pedanterías.....pedanterías.....repitió, según su costumbre, Castilla—Vaya a decirle a Ferreyros, ahora mismo, que ponga *falsas alarmas.*

A los pocos momentos, el amanuense ministerial notificaba al Director de Estudios la corrección que deseaba Castilla:

—¿Y cómo se le ha podido ocurrir eso? preguntó Ferreyros.....El Mariscal sabrá de milicia y gobierno, pero nó de gramática.....Además, la decisión de la Academia Española es formal y contundente sobre este género masculino, añadió ho-

jeando el *Diccionario*.....¡Ah! ya caigo.... Será Ud., señor literatuelo, el que ha ido a llevarle al Presidente tan buen consejo y a corregirme la plana....

—El me preguntó mi opinión, y yo le dije lo que me parecía, contestó Palma, que no se atrevió a negar la verdad.

Ferreyros se enojó:

—Pues valiente consultor gramatical se ha buscado Su Excelencia. Ya se ve; con lo que estudian y saben estos mozos románticos, y con el lenguaje que emplean....Venga, venga acá, y lea lo que dice el *Diccionario* de la Academia....

Y acabó de abrumar al atortolado joven con las autoridades y textos de Moratín, Quintana y Martínez de la Rosa, oráculos del clasicismo de entonces.

El final de la ronca fué, más o menos, como sigue:

—Vuélvase por donde ha venido. Yo no cambio esa concordancia, porque soy el responsable de la publicación del Mensaje, y no puedo autorizar disparates. Y otra vez, jovencito, no se ponga a corregir a quien sabe más que Ud. Si nó, me veré obligado a pedir su destitución en el Ministerio, por ignorante, presuntuoso y entrometido.

Palma refería que muy cabizbajo y sofocado salió de la casa de D. Manuel Ferreyros; pero que a las dos horas escasas de la escena, sin haber vuelto a hablar con Castilla, saboreó el desquite, al escuchar que, en la ceremonia de la lectura del Mensaje ante las Cámaras, repetía el Presidente con gran énfasis, mirando fijamente a Ferreyros:

—*Las falsas alarmas;* sí señor....así es.. *las falsas alarmas*..

Poco después, a consecuencia de cierta aventura amorosa, Palma se vió amenazado de que una madre enérgica, con ayuda de bravos parientes, lo obligara a contraer inmediato matrimonio. En este aprieto, acudió, como siempre, a su providencia, D. Miguel del Carpio, quien, para sacarlo del lance, y evitarle peligros y venganzas, lo colocó de contador en el bergantín de guerra *Guisse*.

Al año subsiguiente, 1855, navegaba con igual empleo en la goleta a vapor *Rimac*. Naufragó con ella cerca de Acarí y Atiquipa. A punto de perecer de sed estuvo en los horribles arenales de la costa; y en una de sus *Tradiciones* ha recordado sus pa-

decimientos y los de sus numerosos compañeros en esa travesía del desierto.

Hacia 1857, lo hallamos de revolucionario, en las filas ultraconservadoras del General Vivanco. ¿Cómo D. Ricardo Palma, que siempre se proclamó volteriano, y que luego fué, según hemos de ver, liberal militante, pudo hacerse en aquella temporada caluroso vivanquista, que equivalía a reaccionario extremo, desembozado partidario del poder personal y de los privilegiados fueros militar y eclesiástico?

De un lado, las tradiciones santacrucinas que respiró en su hogar paterno, como ya apuntamos, y la atmósfera dominante de Lima y el Perú lo llevaban en su juventud al campo de la autoridad y de lo pasado, en cuanto lo permitía su móvil, ligera y jovial naturaleza. Y su propia complexión de artista, su romanticismo arquelógico, su culto de los recuerdos y las añoranzas, lo inclinaban sentimentalmente a aquel partido, el más directo heredero del antiguo régimen español entre nosotros; de igual modo que, mucho más tarde, ya en su ancianidad, cuando su viaje a España, simpatizó con el carlismo intransigente (hasta el extremo de que varios de sus amigos madrileños lo apellidaban *el carlistón)* por íntimas razones estéticas, no desemejantes de las que han mantenido y avivado los *legitimismos* de Valle Inclán y Barbey d'Aurevilly.

Pero, más que todo, ha de decirse claramente que D. Ricardo nunca tomó la política en serio; ni había nacido para apasionarse por ideas abstractas; ni se dió el trabajo de ahondar en las doctrinas sociales, ni de armonizar sus sentimientos con sus principios. Era, de pies a cabeza, un literato, y no era sino eso: ora escribiendo, ora actuando, era un poeta; leve, alado, caprichoso y sensible, obediente a las sugestiones de la más amable fantasía, nó a los secos corolarios de la adusta razón. Siguiendo la funesta costumbre peruana de atender meramente a la persona de los caudillos, y nó a los programas (cuando, por raro caso, los tienen), se prendó de Vivanco, mucho más que de la reacción que simbolizaba. Como toda la jueventud culta de su tiempo en el Perú, se rindió a la fascinación de aquel bizarro General, que no sólo encabezaba la protesta conservadora (en muchas cosas tan justa y razonable que, aun vencida militarmente, logró imponer la reforma de la constitución liberal), sino que representaba la distinción y cortesía de maneras, la inteligencia y la elegancia literaria. Era Vivanco un devoto de Cer-

vantes, un hablista exquisito, un académico. Calcúlese cuánto ascendiente ejercería sobre Palma.

Habían sido grandes amigos desde larga fecha. Cuando las circunstancias sacaron a Vivanco de su retiro, y lo volvieron a poner al frente de una extensa porción del país, y cuando la escuadra se pronunció por él, Ricardo Palma, siguiendo a sus compañeros marinos, se le plegó entusiastamente. Estuvo en la campaña sobre Lambayeque y en el desembarco del Callao. Pero allí se enfriaron sus ardores partidaristas. Varias veces le escuché el relato de su desengaño.

Entre muchas y brillantes cualidades, tenía Vivanco dos graves defectos: blandura de carácter y negligencia en la administración militar. Procuraba ocultarlos o remediar sus consecuencias con rigores intempestivos y a veces crueles, que degeneraban en terquedades deplorables. En tales pasajeros accesos de severidad. se fortalecía contra los intercesores, invocando la rigidez de sus principios ordenancistas y la necesidad trascendental y filosófica de la pena de muerte. Ya una de estas obstinaciones de implacable justicia, al mantener una sentencia de ejecución capital contra los capitanes Lastres y Verástegui, apesar de los ruegos de todas las autoridades y de las señoras de Lima, le costó en 1834 la popularidad y el gobierno. No escarmentado, a los catorce años, hizó innecesariamente en Lambayeque someter a consejo de guerra a un oficial; y nombró por su defensor a Palma. Este, que era muy humano y compasivo, tomó la defensa con vehemencia extraordinaria, al comprender el peligro en que se hallaba la vida del reo; y abogando ante el Consejo, hizo presente la lenidad obligatoria en las luchas intestinas, la barbarie absurda de la estricta y rigorosa penalidad política en un país donde no podía haber acusador ni juez exento de la tacha de conspiración, y los contraproducentes efectos que la desmedida severidad había acarreado a Salaverry, Santa Cruz y el mismo Vivanco; y aludiendo en velados términos a la anterior historia de éste, añadió que era indispensable que el vivanquismo no se salpicara más con sangre. Tanto calor y eficacia puso Palma en sus palabras, que salvó a su defendido; de lo que el General en Jefe concibió notable desabrimiento, por juzgar con la sentencia quebrantada la disciplina de sus tropas.

A las pocas semanas, la escuadra revolucionaria expedicionaba sobre el Callao; y Palma se escandalizó grandemente cuando, después del sangriento y frustrado asalto, oyó que Vivanco decía,—con la frialdad del militar avezado a las matanzas, o con

culpable frivolidad de *dilettante*,—al contemplar el cadáver de un capitán mulato, muerto en su servicio: "Tan feo está muerto como vivo".

Estos síntomas de insensibilidad y egoísmo, lo desencantaron de su caudillo; y cuando acabó la revolución, permaneció en la marina del Gobierno, muy curado de sus fanatismos facciosos. Reconciliados los partidos del Perú ante el conflicto con el Ecuador, asistió Palma al bloqueo y desembarco de Guayaquil en 1859.—Creo que poco antes estuvo, por primera vez, en Europa; y residió algunos meses del 58 en París.

De vuelta al Perú, en 1860, su actividad literaria tomó mayor vuelo con la fundación de la *Revista de Lima*. Colaboró en ella con los dos Pardos, padre e hijo (D. Felipe y D. Manuel), José Antonio de Lavalle, el General Mendiburu, Casimiro Ulloa, el ingeniero venezolano Juan Vicente Camacho, Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, el economista Masías y algunos otros, que significaban lo mejor y más selecto de la cultura peruana. Ya por esa fecha, comprendía Palma que en el verso y en la prosa elevada podía tener émulos entre sus contemporáneos; pero que no los tenía en la prosa finamente burlesca, en la leyenda histórica corta y festiva. Orientándose cada vez más en el sentido de su definitiva vocación, comenzó a descuidar la poesía por las picarescas *tradiciones* que, en competencia con Juan Vicente Camacho, publicaba en la mencionada *Revista*.

La política volvió a distraerlo. Con la instabilidad de su naturaleza, se hizo liberal, siguiendo las corrientes de la época, la reacción extremista contra el Mariscal Castilla, y más que todo, la influencia de José Gálvez, joven catedrático a quien Palma quería y veneraba entrañablemente. Comprometido por él, entró en la conjuración de 1860. Fué el encargado por Gálvez de llevar a los conjurados del Callao las noticias del ataque contra la casa de Castilla; y de comunicarles la contraorden del movimiento en el puerto, cuando fracasó el golpe en Lima.

A consecuencia de estos sucesos, tuvo que emigrar a Chile con D. Manuel Toribio Ureta y otros prohombres del liberalismo. En Valparaíso vivió con el General Echenique, y le redactó un extenso manifiesto, apesar de su reciente disconformidad de ideas con este derrocado presidente, conservador. En Santiago, intimó mucho con los hermanos Amunátegui y otros literatos chilenos, discípulos de Bello. Durante su permanencia en Chile, publicó varios artículos críticos, entre otros uno sobre el *Salterio Peruano* de Valdés.

Un día, en Valparaíso o Santiago, asistía a un mítin internacional, que se celebraba en un teatro, en honor de Méjico o los Estados Unidos. Ocupaba un palco, en compañía de otros desterrados peruanos, entre los cuales era el más notable Ureta. Hubo un orador chileno que, en el fuego de su peroración sobre los *tiranos de América*, mencionó al Mariscal Castilla, equiparándolo al Dr. Francia y a Rosas. Herido Palma en su patriotismo, le dijo en voz baja a Ureta:

—Ud. que ha sido ministro de Castilla, debe protestar de lo que aquí se afirma.

—No tiene importancia, le contestó Ureta.

—¿Cómo no ha de tener importancia que pinten al Perú como un país esclavizado? Pues si Ud. no habla, yo, aunque no soy orador, voy a pedir la palabra.

Y acto continuo, se levantó, diciendo que un emigrado peruano deseaba hacer una rectificación; y, entre la sorpresa del auditorio, expresó que, aunque adversario político de Castilla y proscrito por él, no podía permitir, en su calidad de peruano, que al mandatario de su patria se le describiera como a un monstruo exterminador, comparable con los que el orador había recordado; que el Perú no producía monstruos semejantes, y que tenía orgullo al declararlo, por lo mismo que nada tenía que hacer ni nada deseaba con aquel gobernante cuyos errores había combatido con las armas en la mano.

Estas palabras tuvieron eco en Lima; y cuando se las refirieron a Castilla, exclamó en su tertulia:

—Ese muchacho tiene talento y patriotismo....Yo lo quiero mucho.....Pero él no me quiere.....no me quiere....

Con numerosas *tradiciones* suyas, desmintió después D. Ricardo este aserto del viejo Mariscal

Debió Palma de regresar al Perú cuando la presidencia de San Román. En 1863, publicó la primera edición de su estudio histórico *Anales de la Inquisición de Lima*. Hecho con los escasos documentos del archivo inquisitorial que aún se conserva en nuestra patria, este folleto es deficiente como obra de erudición. Hay en él, como en cuanto Palma escribió, levedad, soltura, desembarazo, epigramas a la manera del siglo XVIII; pero no da, ni por asomo, la verdadera impresión del asunto, la sensación de aquella formidable máquina de gobierno; de los móviles, tanto religiosos como políticos, que la guiaron; y de las desviaciones y vicios que la estragaron y perdieron. D. Ricardo en una ocasión me reprochó, con afectuosas quejas, que yo hubiera dado a

entender la tenuidad de este su libro, alabando exclusivamente el de José Toribio Medina. Pero es que no se puede ni se debe disimular la verdad; y el gran erudito del país rival, al escudriñar la historia de nuestra Inquisición, sin esfuerzos de ingenio sin primores de estilo, por la sola virtud de la masa de documentos que compulsó, acierta a hacer lo que no hizo Palma con todas las gracias de su pluma: a revivir ante nuestros ojos la tenebrosidad de las cárceles y la fiereza de los tormentos; los misterios de iniquidad y de hipocresía depravada que se ocultaban en los senos de la primitiva sociedad colonial; las demoniacas figuras del hereje Fray Francisco de la Cruz, especie de andaluz Rasputine, que con su misticismo erótico infamó las estirpes de los más orgullosos conquistadores; y el terrible inquisidor Gutiérrez de Ulloa, pendenciero, malvado, feroz y sacrílego, que puede servir para acreditar la fidelidad de su contemporáneo arquetipo literario D. Juan Tenorio; y que, después de haber dominado por el terror al Perú entero de las postrimerías del siglo VI, vino a morir al fin deshonrado y desesperado. La índole artística de Palma, tan mesurada y fina, no era para inspirarse en tales caracteres, ni para deleitarse en tan espeluznante escenario.

A poco, fué nombrado Palma cónsul peruano en una ciudad del Norte del Brasil; no recuerdo si en San Luis del Marañón o en Pará. Los excesivos calores, las lluvias ecuatoriales, el exuberante pero monótono y agobiado paisaje de las selvas, el aparato y la pompa del Imperio Brasilero; todo lo que era antitético de su recalcitrante limeñismo, lo cansaron y enfadaron hasta el punto de que enfermó gravemente y tuvo que dejar el consulado. Para disipar el tedio, se dirigió a Francia, me parece que por segunda vez. En París fué a ofrecer su tributo de admiración al gran Lamartine, anciano, pobre y decepcionado, a quien halló para su gusto, en el trato personal (sin duda a causa de la melancólica situación en que lo vió) harto estirado y ceñudo. Y como muestra de la extraña heterogeneidad de sus devociones literarias, conviene saber que casi tanto como su visita al egregio Lamartine, se complacía Palma en recordar su casual encuentro con Alfonso Karr, en una calle parisiense. Se hizo muy amigo del colombiano D. Rafael Núñez, que fué después insigne estadista y escritor, y que por entonces era cónsul de su país en uno de los puertos franceses del Atlántico. Viajó Palma por Italia y llegó a Venecia, sometida aún al yugo austriaco, y cuyo excepcional hechizo, galante, marino y barroco,

evocaba con delicias hasta en la vejez. El espectáculo de su esclavitud le dictó una de las mejores composiciones del libro de versos *Harmonías* (1). Al pasar por las Antillas, en este viaje, cumplió con otro de los obligatorios ritos del romanticismo hispanoamericano: visitar al *sublime vate* Abigaíl Lozano. Era éste un poeta muy obeso, natural de Venezuela, que residía en una de las islas inmediatas a su patria, y que producía a destajo endecasílabos y alejandrinos tan fofos y abultados como su persona física. Venerábanlo como a excelso maestro los bohemios limeños, por inexplicable error de gusto; y con el indestructible arraigo de las primeras aficiones, D. Ricardo Palma, luego tan delicado y perspicaz en sus juicios, siguió, no obstante, reputando de muy buena fe hasta el fin de sus días, como autores eximios a dicho Abigaíl Lozano y a los peruanos Manuel Adolfo García y Arnaldo Márquez. Y no toleraba burlas sobre estas sus idolatrías, tan respetables y simpáticas, por ser generosas ceguedades de sus afectos y entusiasmos juveniles.

Creo que fué en su regreso al Perú cuando trató en Panamá al célebre mejicano Porfirio Díaz, en una corta ausencia a que éste se vió obligado durante las campañas del Sur de Méjico. En esta misma ocasión fué cuando vió por última vez a García Moreno.

Hacía mucho tiempo que lo conocía, desde que sus primeros viajes, como contador de marina, lo habían llevado al triste puerto de Payta, donde García Moreno pasaba una de sus expatriaciones, encerrado en una casita de madera en aquellos ardientes arenales, y devorando día y noche, no obstante tener enferma la vista, tomos de ciencias naturales y de teología y filosofía escolástica. Palma, que con frecuencia iba a darle conversación, le propuso una tarde, para distraer los ocios de aquel destierro, emprender juntos el asedio amoroso de dos agraciadas viudas que residían allí de temporada. El austero García Moreno le respondió, mirándolo de arriba abajo severamente:

—No acostumbro esos que Ud. llama *trapicheos;* y hágame el favor de no volverme a hablar en semejante tono.

Apesar de esta áspera lección de ascetismo, no se interrumpió la buena amistad entre García Moreno y Palma, que charlaban en aquellas semanas todas las tardes sobre literatura castellana y francesa.

---

(1).—Impreso en París el año 1865.

Ahora, en vísperas del rompimiento del Perú con España, lo volvía a ver, en Guayaquil y en condición muy distinta. Estaba de Presidente del Ecuador. Acababa de llegar de Quito, con celeridad maravillosa, sin comer ni dormir en todo el largo camino, para sorprender y debelar una insurrección liberal guayaquileña. Ya tenía vencidos a los revolucionarios, a quienes se disponía a fusilar. Subió a visitar el buque en que Palma venía. Vestía un frac azul abrochado, y empuñaba una lanza en la mano.

—Vd. va sin duda a entrar en la revolución contra Pezet, le dijo a su amigo peruano.

—No, es imposible, le contestó éste. También Vd. D. Gabriel, tiene a su Ecuador movido.

—¡Oh! Lo que es aquí, no hay cuidado. Los expedicionarios de Jambelí no me asustan. Mañana mismo habré dado cuenta de ellos.

Me refería Palma que al oírle estas palabras, le pareció reconocer en los claros ojos de su amigo, el incansable lector de Payta, la mirada fría e implacable, de acero pavonado, de los retratos de Felipe II. Tenía delante de sí a un inquisidor, hermano tardío de aquellos cuyos hechos estudiaba en los papeles viejos de Lima.

Como lo preveía García Moreno, Palma, apenas llegado al Perú, se adhirió a la revolución contra el gobierno de Pezet, cuyo primer ministro era su antiguo caudillo, el General Vivanco. Sirvió a las inmediatas órdenes de D. José Gálvez; fué empleado en el Ministerio de éste, cuando, triunfante el movimiento revolucionario, se constituyó la Dictadura y se declaró la guerra a España; y estuvo en el combate del 2 de Mayo en el Callao. La siguiente revolución, contra Prado, lo contó también entre sus voluntarios; y fué secretario privado y persona de la mayor confianza del jefe vencedor en ella, el Coronel Balta, en los sucesivos períodos eleccionarios y presidencial. Estuvo, por consiguiente, muy mezclado en todos los acontecimientos de aquella administración. El fué quien por primera vez puso en contacto al joven escritor D. Nicolás de Piérola con Balta, cuyo Ministro de Hacienda debía ser en breve; pues fué Palma quien so-

licitó de Piérola, poco conocido entonces, la redacción del programa electoral de Balta.

Perteneció al Senado, aunque era muy poco afecto a la elocuencia parlamentaria. Hasta la víspera del pronunciamiento de los Gutiérrez, se empeñaba en convencer a Balta de la necesidad de no impedir la ascensión presidencial de Manuel Pardo, y creyó haberlo conseguido.

Después del asesinato de Balta y de la matanza de los Gutiérrez, se retiró al pueblecito de Miraflores, que fué su lugar preferido; y se entregó con ahinco a sus tareas literarias. D. Ricardo fué feliz en todas las épocas de su vida, y aun puede decirse que cuanto es posible en la suerte humana: tuvo ingenio, renombre, salud, buen humor, la holgura indispensable, familia cariñosa y vida larga; pero sus más dichosos años fueron, a no dudarlo, los que pasó en Miraflores de 1879 a 1881. Estaba recién casado; había adquirido una casita de campo, en la que nacieron sus primeros hijos; y se hallaba en la plena fuerza y madurez de su talento. Las *tradiciones* que entonces escribió (de la *Serie Tercera* a la *Octava),* resaltan como las más sazonadas y primorosas. Muchas aparecieron en la *Revista Peruana,* dirigida por D. Mariano Felipe Paz Soldán.

La desastrosa guerra contra Chile vino a afligirlo y a hacerle perder el fruto de largos trabajos: su biblioteca y sus manuscritos, entre otros su novela histórica, lista para la imprenta, *Los Marañones.* Ya en 1880 había suspendido voluntariamente la polémica continental que suscitó con un estudio sobre el asesinato de Monteagudo, por consideración a Venezuela, que en aquella oportunidad nos ofrecía ayuda diplomática y pertrechos militares. Cuando las tropas chilenas se aproximaron a Lima, algunos amigos de Palma, entre ellos varios oficiales, lo exhortaron a que pusiera en seguridad sus libros y papeles, pues Miraflores quedaba en la segunda línea de defensas de la capital. Ricardo Palma rechazó el consejo:

—Parecería, dijo, que desespero de la victoria en la línea de San Juan y Chorrillos; y en estos momentos las excesivas precauciones son desmoralizadoras y de pésimo ejemplo.

A los cuatro días, perecían totalmente en el saqueo e incendio de Miraflores por el ejército chileno, la biblioteca que había reunido con tánto afán y los originales inéditos de varios ensayos históricos y de su mencionada novela *Los Marañones,*

cuyo argumento eran las andanzas y fechorías del famoso Lope de Aguirre en los bosques americanos del siglo XVI.

Tras las amarguras y estrecheces que padeció en la ocupación chilena, estaba a punto, en los primeros días del gobierno de Iglesias, de partir para Buenos Aires, donde le ofrecían en el periodismo lucrativa colocación, cuando su fraternal amigo, el Ministro de Relaciones Exteriores, D. José Antonio de Lavalle, lo persuadió a que se encargara de la dirección y reconstitución de la Biblioteca Nacional, enteramente destruída por las tropas chilenas.

Sin más interrupción que su corto viaje a España en 1892, (cuando fué a representar, con gran lucimiento literario, al Perú, en las fiestas del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América,) estuvo Palma al frente de la Biblioteca Nacional por más de veintiocho años. La principió a rehacer sin mayores gastos para el Estado, gracias a sus relaciones con autores extranjeros; y la dirigió hasta 1912, en que fué separado, bajo el primer gobierno de Leguía, con las circunstancias que todos deben recordar en el Perú.

Volvió a pasar sus últimos años en Miraflores. A la salita de su modesto *rancho,* pieza que le servía a la vez de recibimiento, escritorio y biblioteca, acudían en peregrinación todos los viajeros cultos que pasaban por Lima. Era, en efecto, D. Ricardo la mejor reliquia de la vieja ciudad virreinal, la imagen de lo pasado, la personificación del Perú histórico. Delgado, con la cara completamente afeitada, la boca burlona, y los ojos risueños apesar de la senectud y la extrema miopía, se parecía ahora muchísimo a su amado Voltaire, cuyas obras completas y cuyo irónico busto le hacían siempre compañía, colocados, a manera de altar, en un estante frontero a su sillón de anciano valetudinario. Lo rodeaban sus hijas ejemplares, la mayor de las cuales, Angélica, distinguidísima literata, le servía de lectora y secretaria. Así se ha extinguido, dulcemente, en quietud envidiable, el gran tradicionista peruano.

Hace catorce años, en mi primer libro, que cimentó mi cariñosísima amistad con él, dije que *Palma era nuestro Walter Scott en pequeño.* No me desdigo. Discípulo de Walter Scott fué lejano si se quiere, pero indudable, por la inspiración arcaica, la efusión de leyendista anticuario, la vena juguetona y optimista, y hasta por las leves inexactitudes de color local y las floridas afecciones de estilo que, a fuer de romántico, a veces se permite.

Pero agregaré (porque de otro modo la descripción peca de incompleta) que si, en nuestra literatura regional peruana, alcanza Palma la significación que en el pasado siglo obtuvieron en las europeas Walter Scott y sus imitadores inmediatos, si es un *Walter Scott criollo* o sea reducido y abreviado, menos formal y compuesto, y en cambio muchísimo más libre, zumbón y satírico que el escocés, empapado—rica y complejo mixtión—de españolismo y volterianismo: es también el Bocaccio del Perú, inferior como artista, sin duda alguna, al italiano, pero tan vario, picaresco y deleitable narrador como él; y las *Tradiciones Peruanas* es el *Decamerón* luminoso y ágil de la antigua Lima.

Biarritz, 15 de Noviembre de 1919.

JOSE DE LA RIVA AGÜERO.

Don Benito Pérez Galdós

La edad de oro de la novela española llaman algunos críticos a los años comprendidos entre los últimos de la decena de 1870 y los albores de la vigésima centuria. Epoca rica e interesante, en verdad, es, en los anales de la literatura castellana, ésta que avaloran las producciones de Valera y de Pérez Galdós, de la Pardo Bazán y de Pereda, de Clarín y de Picón, de Palacio Valdés y de Ortega Munilla, en la que se proclaman credos y se discuten tendencias. Así como de 1830 a 1850, la lucha entre clásicos y románticos, intransigente y exagerada, caldeaba el ambiente y apasionaba los espíritus, en el último cuarto de siglo del XIX, librábase reñida batalla entre idealistas y naturalistas; y era tan estricta la delimitación de los campos rivales, tan dogmática y autoritaria la clasificación en una y otra escuela y tan palpables los errores—consecuencia lógica de todo exclusivismo—a que ese riguroso encasillamiento dió lugar, que hoy nos asombran y aun nos hacen sonreír, con la sonrisa un poco desdeñosa que fácilmente nos permitimos ante las cuestiones que la evolución del tiempo y los esfuerzos de quienes por ellas combatieron y cayeron o triunfaron, nos presentan con claridad meridiana. La bandera del naturalismo que, al otro lado de los Pirineos, agitaba la diestra potente de Zola, suscitó en España acaloradas protestas; y, por curiosa paradoja, figuraron entre sus más enconados adversarios dos escritores ilustres que al realismo de buena cepa debían, precisamente, sus mejores lauros: don Pedro Antonio de Alarcón que en *El sombrero de tres picos*, la más donosa, fresca y espontánea de sus obras, había aderezado diestra y maliciosamente la aventura popular del corregidor y la molinera con la salsa que da su picante sabor a las novelas picarescas, indignado ante las modernas audacias, negóse aun a

entintar la pluma reaccionaria con que había escrito *El escándalo y La pródiga* y guardó hosco y tenaz silencio hasta su muerte, ocurrida en 1891; y don Juan Valera, tan impregnado de la libre majestad del arte helénico, tan hábil casuístico en *Doña Luz y Pepita Jimenez* para mezclar realidades del amor humano con abstracciones del divino, impugna, en sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas,* las teorías de doña Emilia Pardo Bazán, que, en *La cuestión palpitante,* aboga porque se adopten en España los métodos de observación de la nueva escuela francesa, a la que se declara afiliada, aunque sin aprobar su tendencia pesimista. Don Benito Pérez Galdós, callado y retraído, no se cuida de ponerse al lado de tirios ni de troyanos; pero ello no impide que las corrientes del momento consideren entre los apóstoles de la vulgaridad y el sensualismo—que así se juzga y se exajera en el fragor del combate—al creador de una de las más tiernas y poéticas figuras de la literatura contemporánea, *Marianela,* la pobre niña vagabunda, panteísta inconsciente, que cree que "las flores son las miradas de los muertos antes de subir al cielo, y después que suben, miran con las estrellas".

Sólo cuando los apremios de la popularidad, cimentada en una larga y profícua labor, lo obligaron, se allanó Galdós a frecuentar un tanto cenáculos literarios, de los que había permanecido alejado durante los primeros años de su permanencia en Madrid. Desde su florida isla nativa, Las Palmas, había llegado a la villa y corte, a estudiar leyes, cuando apenas contaba cuatro lustros; pero más que los códigos le atrajeron las calles de Madrid, aun no desvirtuadas por el barniz monótono del cosmopolitismo contemporáneo, del Madrid pintoresco y típico de los últimos años de Isabel II, el que vió a los sicarios de *la partida de la porra* asaltar imprentas y apalear periodistas republicanos, el que desde las barricadas exigió el destierro de los Borbones, el que presenció la muerte del General Prim, victimado en la esquina del Turco el mismo día en que salía de Spezia don Amadeo de Saboya para ocupar el trono que le ofreciera el caudillo asesinado, el que organizó el desfile de mantillas y peinetas en el paseo de la Castellana como burla castiza al monarca extranjero, el que contempló indiferente a este mismo monarca abandonar el Palacio Real, donde sólo soportaba dos años, murmurando: *Questo e un paese ingovernabili.*

Fué este cuadro de la vida española, en uno de los momentos más trascendentales de su agitada historia, el que se extendía ante los ojos clarividentes del joven isleño, llegado a la capital

del reino en hora tan afortunada para las letras españolas. Todo impresionaba su fresca imaginación y todo era digno de estudio para su espíritu de comprensivo y laborioso: las tiendas de la Plaza Mayor con sus comerciantes campechanos y dicharacheros; los pasillos de los ministerios por donde pululan los cesantes, en espera de que una recomendación eficaz o un cambio de gabinete les permita hincar los dientes en el codiciado mendrugo burocrático; las burguesas, avidas de figurar, que escatiman realejos al gasto casero para comprar trapos; los despilfarros de la soberana y los desaciertos de sus consejos; las hermosas teorías de los republicanos y su acción desastrosa: la lucha entre las grandezas caducas, fatalmente destinadas a desaparecer, y el porvenir misterioso, que no se sabe si encierra promesas o amenazas, todo este panorama heterógeneo, contemplado por la mirada atenta del frustrado estudiante de leyes, había de adquirir forma inmortal en esos monumentos literarios que se llaman *Novelas contemporáneas y Episodios nacionales.*

Son éstos cerca de cincuenta volúmenes, divididos en cinco series, y en ellos se entremezcla el hilo romancesco con la trama histórica. Empiezan con el combate de *Trafalgar,* en el episodio de este nombre, y llegan al reinado de Alfonso XII con el titulado *Cánovas.* Entiendo que los anunciados *Sagasta, Cuba* y *Alfonso XIII* no llegaron a escribirse.

El protagonista del primer grupo de *Episodios* se llama Gabriel Araceli. De humildísima condición, asiste, todavía niño, en el *Santísima Trinidad,* a la naval contienda que cubrió de gloria al marino británico por quien dijo Quintana:

Inglés te aborrecí, héroe te admiro;

es, en *La corte de Carlos IV,* el duendecillo palaciego que atisba intrigas y se desliza por antecámaras y recovecos en pos de la luz de los ojos serenos que lo enamoran; confundidos con las turbas madrileñas, desesperadas y valientes, presenta *El 2 de Mayo* su pecho desnudo a las balas francesas; con el heroico general Castaños, derrota en *Bailén* a las huestes napoleónicas; sufre penalidades sin cuento, las torturas dantescas del hambre y la sed en la estoica resistencia de *Zaragoza;* recorre *Cádiz* con Lord Wellington; y, después de *La batalla de los Arapiles,* libre ya de enemigos el suelo patrio, esposo de la mujer que amó niña, idealista práctico, maestro de energía, dice a las futuras generaciones:

"Si sois jóvenes, si os halláis postergados por la fortuna, si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis inhabilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo".

En la segunda serie no se lucha con el enemigo extranjero sino con el de casa, con el populacho ignorante que arrastra la carroza de Su Majestad, gritando:—¡Viva el rey asoluto! ¡Vivan las caenas!—, con la tiranía de Fernando VII, sanguinario y astuto, enemigo de la ciencia y adulador del instinto, que cerraba colegios y abría escuelas de tauromaquia. El personaje principal de estos *Episodios*, Salvador Monsalud, aunque muy interesante en su rol tenebroso de masón y conspirador, no tiene la intensidad emotiva de Araceli, a la que tampoco alcanzan Fernando Calpena, ni Beramendi, ni Tito Liviano, primeros actores de las sucesivas series de *Episodios*, cuyo conjunto forma la más artística historia de España en el pasado siglo, la más rica en enseñanzas, la más palpitante de vida.

Uno de los tomos de la tercera serie, *La estafeta romántica*, es acabado modelo de literatura epistolar y verdadero deleite del espíritu; las cartas que lo componen están escritas, conforme a la condición peculiar del que las firma, con propiedad pasmosa. Hay unas, que aparecen escritas por Miguel de los Santos Alvarez, aquel bohemio elegante, condiscípulo de Zorrilla y amigo predilecto de Espronceda, autor de la famosa octava

Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno

que encabeza el *Diablo Mundo*, cuya lectura es regalo exquisito. Nos cuenta en una que la chismografía madrileña, dió en poner nombres propios a los tres galanes que se disputan la mano de *Marcela* en la linda comedia de Bretón de los Herreros: el capitán hablador había de ser ese locuaz artillero y literato, Patricio de la Escosura; el almibarado Don Agapito, el señor Clemencín, después sesudo comentador del *Quijote;* y el bardo sentimental, nuestro gallardo compatriota don Juan de la Pezuela, que aún no era el conde de Cheste. En otra de las epístolas, nos lleva Miguel de los Santos al *Parnasillo* en una noche de Febrero de 1873; aquel día se había enterrado a Larra; un muchacho pálido, flaco, de negros y abundantes cabellos negros, vestido con ropa prestada, había leído versos elegiacos de una harmonía rara: era

Zorrilla; frente a la tumba recién abierta del gran satírico, se erguía el poeta. En la tertulia se comentaba la escena solemne del cementerio y se lamentaba la pasión fatal que introdujo en la frente genial de *Fígaro* la bala suicida; hay un largo silencio meditativo; de pronto Espronceda se pone de pie, sacude la romántica melena, da un golpe en la mesa y dejar ver el fondo de su alma torturada y rebelde en esta frase amarga:—Hizo bien. ¡Qué demonio!

Entre los libros de la cuarta serie hay uno, *La vuelta al mundo en la Numancia,* de especial interés para los lectores peruanos. La nave guerrera llega hasta el Callao en loca aventura reivindicadora. Galdós, juzgándola con elevada imparcialidad, dice: "España, al fin y al cabo, pagaba las culpas de sus diplomáticos y de sus gobernantes. Toda guerra debe tener una finalidad militar o mercantil: los fines de la nuestra en el Pacífico no se veían claros, como no fueran el fin sin fin de abandonar los principios de la historia nueva por reanudar una historia concluída".

Hidalgo y galante, describe Pérez Galdós a las limeñas cuando van a misa "sin dejar ver más que los ojos: el misterio, el juego del tapa y destapa los hacía más ardientes y luminosos, más afiliados de malicia o recargados de amoroso fluído. Por junto al suelo se veían los pies chiquitos y se apreciaba el andar ligero..... andar de gacelas cuando van al paso".

Varios capítulos del libro comprueban que esta tierra nuestra tuvo para Don Benito sugestivo prestigio de leyenda, que llegó a inspirarle la idea, por desgracia no realizada, de escribir un drama basado en las *Tradiciones Peruanas,* reputadas por él como "el más rico filón de asuntos novelescos y dramáticos". En carta amistosa que sobre este tema dirigió a don Ricardo Palma, exponía así sus dudas y cavilaciones:—"¿Cómo habría yo de penetrar ese misterio poético de la dama limeña, que es la dama y la mujer española con correcciones sicológicas que los de acá no podemos comprender? Y al indio, el salvaje desconfiado y astuto, individuo de la raza vencida, ¿cómo comprenderle, cómo pintarle? Y, por último, ¿cómo vencer la inmensa dificultad de ver, con ojos que no han visto, esa ciudad de Lima que yo me figuro más poética que nuestras Toledo, Granada, Córdoba y Sevilla juntas?"—¡A fe que Lima y sus hijas podemos enorgullecernos, con las lisonjeras figuraciones de tan claro ingenio!

El episodio final, *Cánovas*, nos presenta al ilustre político, *continuando la historia de España*, según dijo al colocar en el trono de sus mayores a Alfonso XII, y a este joven soberano feliz esposo de su prima Mercedes de Orleans, primero, viudo afligido luego y consolado muy pronto por los encantos de la célebre diva Elena Sanz, cuyos bastardos, andando los años, habían de causar más de una jaqueca a su regio hermano Alfonso XIII. Termina la obra con estas palabras que el personaje fantástico que simboliza la historia y a quien el autor llama alternativamente doña Mariana o Mariclío, dicta a su discípulo Tito Liviano: "Siga el lenguaje de los bobos, llamando paz a lo que en realidad es consunción y acabamiento....sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no venzáis a la muerte, no os ocupéis de Mariclío.... Yo, que ya me siento demasiado clásico me aburro.. me duermo....."

En sus novelas sociales realizó Galdós labor tan extensa y profunda como Balzac en *La comedia humana*. El espíritu nacionalista que las informa no las empequeñece, las afirma; sea el escenario Madrid o Toledo, Ficóbriga u Orbajosa, real o imaginado, los personajes que en él actúan están animados por aliento vital, ya se eleven a las más puras especulaciones mentales como Orozco, el filósofo de *Realidad*, ya deduzcan de sus posaicas luchas del quiero y no puedo conclusiones tan peregrinas como éstas de *La de Bringas:* ¿Estás bien comida, bien vestida? Pues ahora.... venga moralidad.... Porque los santos ¿qué fueron? Personas a quienes no se les importaba nada salir a la calle hechos unos adefesios."

Tuvo Pérez Galdós la condición esencial del novelista: la de creador de caracteres; anima a los hijos inmortales de su fantasía, calor de humanidad y la verdad los envuelve, no sólo la verdad visible y tangible para nuestros sentidos perecederos, sino la que brota, inmutable y eterna, de lo íntimo de los seres y de las cosas.

No faltaron espinas en la corona de don Benito Pérez Galdós: los mercaderes le explotaron, lo denigraron los politicastros la sombra invadió sus ojos, cansados de estudiar; pero lo compensaban la admiración universal, el cariño del pueblo y el respeto del rey que, hombre de su época, tolerante, a fuer de culto, prescindía del republicanismo de Galdós para ver en él, ante todo, al literato, representativo de la nacionalidad.

El 29 de Enero de 1919, Serafín Alvarez Quintero, en un bello discurso, hizo entrega al Ayuntamiento de Madrid de la es-

tatua que, por suscrición pública, se erigió en el paseo de los Pinos al amado maestro. Las pupilas inmóviles del anciano no pudieron contemplar la efigie; pero su mano rugosa se estremeció al recibir el ósculo que en ella depositó el Alcalde de Madrid, a nombre de la ciudad.....

Antes de cumplirse el año de la apoteosis, el alma de don Benito Pérez Galdós se reunía en las regiones de la inmortalidad con *Gloria* y *Casandra*, con *El Amigo Manso* y *El Abuelo*.

El duelo de su patria es también el de la raza, y ninguna ocasión como ésta para que América repita con el verbo inspirado de nuestro Cisneros:

.....A tu memoria
enlutando los nobles pabellones,
doblando la rodilla,
llevan hasta Dios sus oraciones
diecisiete naciones
que hablan la misma lengua de Castilla.

ANGELICA PALMA.

Miraflores, 17 de Enero de 1920.

Naturaleza

En una de las reuniones semanales del "Mercurio", leyó Oscar Miró Quesada, a solicitud del director, este bello poema metafísico. Hoy lo ofrecemos al público, seguros de que lo recibirá con los mismos aplausos que tributamos a su autor en esa velada y admirará como nosotros este raro arte de reflejar en forma poética elevadas concepciones metafísicas en que se funden ideas de Spinoza y Shopenhauer.

A ti, ¡oh gran Naturaleza!,
Virtualidad de lo creado,
Donde el presente y el pasado
Han de anularse en lo que empieza.

A ti, ¡oh gran Naturaleza!,
Que realidades has soñado
Y que ficciones has forjado
Con apariencias de certeza.

A ti, visión de una ilusión,
Apocalíptica visión
Incomparable en su grandeza;
A ti, ¡oh gran Naturaleza,
Quiero ofrendar mi corazón.

NATURA NATURANS

En el principio todo era virtualidad.
El poder infinito en su eterna unidad
Flotaba solitario sobre el Haz del abismo,
Y era el poder creador y el acto de sí mismo.
Perfecto y absoluto, total y necesario,
Incontingente y libre en su necesidad,
Sobre el Haz del abismo flotaba solitario;
Que en el principio todo era virtualidad.

Reposo y movimiento, forma y acto esencial,
Plenitud absoluta, potencia eminencial,
Síntesis de contrarios y unificación
De los antagonismos y de la confusión,
Así era la potencia germen de toda cosa
Encerrada en sí misma, en unidad hermosa.
Como el mar, que es espacio capaz de movimiento
Y que es uno y es múltiple y que, al soplo del viento
Cuando cantan las olas su divino cantar,
Se torna multiforme sin dejar de ser mar;
Así era la infinita natura naturante
Origen de la vida, realidad potencial,
Conjunto de tendencias, dinamismo gigante,
Reposo y movimiento, forma y acto esencial.

Así era la substancia que es lo que ha sido y es
Lo que en sí mismo tiene la razón de su ser,
Lo que antes fué la fuerza, lo que será después
Lo inmóvil, bajo el vano variar del suceder;
Como inmortal Proteo cambiante y multiforme
Capaz de todo aspecto y toda adaptación
La substancia infinita absoluta y enorme
Llenaba con su esencia la eterna creación.

Era única e idéntica sin restricción ninguna,
Que lo diverso es hijo del tiempo y de la forma,
Y no fuera substancia si fuera más de una
Y si la dualidad le impusiera su norma.
Era causa de sí, porque si no lo fuera
De alguna causa extraña su ser dependería,

Y si es que en la substancia aquello aconteciera
Esa causa eficiente la substancia sería;
También era infinita, pues siendo de otro modo
Con otras magnitudes se relacionaría,
Y como la substancia en sí misma es el todo
Al no ser infinita su esencia perdería.

El tiempo no existía, el futuro, el pasado
En eterno presente duraban sin durar;
El tiempo es movimiento, y el dios Saturno alado
Prisionero en la esencia no podía volar.

Pero por un misterio extraño y caprichoso
La natura naturans de sí misma se hastió,
La fuerza se hizo forma, sucesión el reposo,
Y la substancia única se diversificó,
Y aparecieron mundos y el espacio gigante
De estrellas y planetas y soles se pobló,
Y en la noche infinita solitaria y errante
La tierra apareció.

NATURA NATURATA

Y apareció la tierra, natura naturata,
Materia que tortura constante evolución,
Angustia de la forma que su inquietud dilata
En el principio múltiple de la individuación.

Y apareció la tierra y todo lo que encierra
En su fecundo seno,
Y apareció la tierra
Esa cambiante y vana transformación del cieno.

Y fueron las disformes rocas inaccesibles
Y los profundos mares inmensos y desiertos
Y el ondular grandioso de formas insensibles
De los cerros enormes como gigantes muertos

Fueron los minerales opacos y brillantes
De vida inconmovible que la pasión no inmuta,

Y las oscuras piedras y los claros diamantes
Y todo el reino estático de la materia bruta.

Mas reposar no quiso la evolución inquieta
En la tranquilidad del mundo mineral,
Y concibió en un ritmo sublime de poeta
Como un divino ensueño la vida vegetal.

Lo inerte se hizo vivo, lo rígido ondulante,
La piedra fué corteza y la roca fué flor,
Lo oscuro y silencioso se tornó susurrante
Y sobre los contornos, apareció el color.

Fueron verdes los bosques inmensos y frondosos
Y polícromos fueron los campos florecidos
Donde cantan eólicos arbustos aromosos
Por el soplo del viento suavemente mecidos.

Pero los vegetales son seres sin conciencia,
Fenómenos sin alma que ignoran su existir,
Y en el principio mismo de la perenne esencia
Vibraba el apetito del consciente vivir.

La substancia infinita modificó su forma,
Y rompiendo la norma
Del mundo vegetal
Multiplicó sus modos, transformando su impulso,
Y agitado y convulso
Erró sobre los mundos el deseo animal.

Las hojas fueron ojos, las ramas fueron brazos,
En pieles coloreadas se transformó la flor;
Los nudos de los troncos fueron los espinazos,
Y en la naturaleza apareció el dolor.

Dolor que en la inconsciencia del animal es grito;
Reflejo de la pobre sensible carne herida,
Y que en el pensamiento del hombre es infinito
Disgusto de la vida.

OSCAR MIRO QUESADA.

Los "Poemas" de Jules Supervielle

Paul Fort, en el prólogo cordial y justo, entusiasta y lírico, cual de poeta a poeta, puesto al frente de estos "Poemas", insiste, a mi ver demasiado, en cosa para él evidente, a saber, cuán natural y profundamente francés es este poeta, nacido, como Laforgue, como el fantástico Lautréamont, en Montevideo.—Francés, lo es, si cabe, doblemente: pruébalo el amor, maravillado casi, con que siente en sí coincidir la irrevocable voz de la sangre y la, más libre, de su iluminada predilección.—En un poema filial, henchido de emoción vernácula, el poeta,—diría yo el hombre,—con un fervor a un tiempo grave y humilde, con un patético acento, dice su amor:

J' ai peur que dans mes vers, France, ton nom de rose
Ne semble effarouché, palpitant et craintif,
Un oiseau déployé dans une chambre close
Et cherchant le ciel vif.

Toujours un inquiet et menaçant scrupule
Me retient de t'écrire, o nom chargé d'amour!
Ainsi la nuit hésite á étreindre le jour
Et s'attarde dans un vacillant crépuscule.

Mais parfois, attiré par ta douceur qui luit,
Et sous quelque secréte, obscure tromperie,
Je me sens digne et plein de ton mon de patrie,
Comme un train de blessés qui saigne dans la nuit.

Puis, comprenant soudain toute l'erreur informe,
Je dis que ceux-lá, seuls, peuvent sans blasphémer.
Sentir ton nom de fleur á leurs lévres germer,
Qui meurent pour garder ton contour et ta forme. . . . . .

¿Quién, de no sentir, al contacto de este suelo en sangre, sus más secretas fibras enternecidas por la savia de la tierra propia, inconfundiblemente maternal, puede tributar ofrenda así palpitante, que es no sólo una de las más bellas cosas de poesía en este libro agobiado de ellas, sino algo más entrañable y hondo?

¿A qué aducir pruebas de naturalización espiritual innecesaria en quien las lleva naturales, ingénitas? No hablaré, pues, ni siquiera de su acabado dominio del idioma, como no sea para mostrarlo artista sapiente en ritmos y secretos; ni de su cultura poética tan refinada, como no trascienda ésta de por sí, entremezclada al aroma de sus dones naturales, por rara gracia,sabiamente ingenuos.

Más interesante indagar aquí la parte americana de su inspiración, ver si a América no le ligan sino el azar de su nacimiento, y sus recuerdos de infancia y sus afectos de siempre y su abundancia de simpatía derramada sobre todo lo nuestro: movibles velos de ilusión, irreales prestigios.

En este empeño tal vez me ofusque el afán de quererlo hacer nuestro por algún lado esencial. Sería para nuestra América preciosa y rara conquista, la de un poeta de esta índole. En él tuviéramos más de una cosa de que carecemos,—de que carecemos a punto que su designación despierta en esas latitudes otras imágenes. Un poeta sensible quiere decir, entre nosotros, casi sensiblero a fuerza de confidente y sentimental; un poeta doloroso, el que se vierte en sollozos e imprecaciones; un apasionado, el que muestra en una desatada y rutilante evidencia su desgobernada sensibilidad. Mas no tenemos idea, casi, de este otro género, recatado, de sensibilidad, a un tiempo pródiga y cauta, retenida y vibrante, y expuesta siempre al dolor, a pesar de su clarovidencia. Tal la de este poeta: sensibilidad ingenua y en sumo grado consciente, estremecida y como pudorosa, que se contiene siempre *en deçá,* lejos de la elocuencia, sin mengua de su verdad ni de su poder, con un temblor de reticencias que prolonga su vibración acaso más que el grito herido. Matizada, sobre todo, de ironía.—La ironía que conocemos y practicamos no es ésta. La nuestra es más bien la usada en la sátira, en el sarcasmo o en la parodia, en todas las formas acerbas, a menudo vindicativas; o en el cuento algo chocarrero de los corrillos, o en la letrilla maleante sin piedad ni velos, o en el epigrama cruel que se esfuerza laboriosamente por insinuar segundas intenciones en su brevedad gesticulante y manca. La ironía de Supervielle, ni

siquiera es la del bulevar, la del calembour o del *coq-á-l'áne*. No necesita cristalizarse, brusca y repentina, en el *mot-pour-rire*. Es más bien una forma de sensibilidad aguda, que no una aptitud especial, algo mecánica en suma, de invención o de fantasía caricaturesca; un estado de ánimo, que fluye y lo empapa todo de su humor; forma superior del *humour*, que implica a veces toda una filosofía de la vida y del mundo, pero que prescinde de ella para el placer malicioso de la caza al detalle mal disimulado, a la semejanza oculta, al parentesco inconfesable; una manera, en fin, especial e innata, de mirar las cosas y descubrirles, como sin querer, las relaciones más imprevistas. Ironía sin maldad, sin sombra de rencor, pero en el fondo triste,—(Tristeza jovial y alegre por delicadeza:) ironía sensitiva y fragilísima, ironía de poeta propiamente, siempre a punto de romperse en dolor lírico. Supervielle la ejerce de preferencia sobre sí mismo.

Ahora bien: esta ironía, y esta sensibilidad, sobre todo por su púdica falta de énfasis, ¿no son flor sutil de otra sangre, filtrada en cultura de siglos por otros climas, propicios más que los nuestros, de esplendor tan poco velado? En todo caso, constituyen para nosotros, la originalidad distintiva de este poeta. Para los franceses, su mayor originalidad está quizás en lo americano de sus asuntos, en lo pintoresco de su especialidad. Mas, para el poeta mismo, ¿es el lado americano sólo su exotismo, su fantasía? ¿Es su fondo el acendrado en su propio ser por la raza de mayor cultura?

Francés o americano, o lo uno y lo otro, y ya sea en forma determinable, ya en proporciones indiscernibles, esto no es sino lo secundario, lo accidental. Lo esencial es ser poeta de verdad. Y Supervielle lo es. Paul Fort dice de sus versos, para terminar, a guisa de resumen lapidario: *Ils sont du plus sensible poéte; or, ils sont d'un vrai poéte; donc, ils sont d'un grand poéte.* Tal vez este silogismo no parezca a todos muy bien trenzado, ni su lógica inevitable. Y aunque bien es cierto que

la raison de Paul Fort est toujours la meilleure,

como dice de sí mismo el *charmant* poeta de las *Ballades*, me atreveré, nó a rectificar, menos a contradecir, pero tan sólo a precisar un tanto el pensamiento cordial del Príncipe de los

poetas, a fin de fijar mejor el humilde mío. Porque el epíteto de "gran poeta" suscita más bien la imagen, simplificada y augusta, de un bardo a lo Hugo, a lo Vigny, a lo Leconte. . . .que no la de un espíritu tan complicado como el de este risueño poeta, travieso, escrupuloso y exquisito, sensitivo, dolorido y fresco, con no sé qué de infantil y de grave que no es el candor de los vates y no sé qué de incoercible que no es sólo la malicia de los cancioneros, sino, todo ello, quizás el fruto de afanes como los nuestros cotidianos y contradictorios, en una sensibilidad generosa y tierna que le perdona a la vida hasta el mal que le hace, con tal que se deje querer.

Cierto: Supervielle se alza cuando quiere al verso por donde pasa aquel *"souffle d'infini"* en que el poeta "francés" por antonomasia, al definir a Supervielle como poeta americano a ratos, cree percibir el aliento de su hipotética América, del desmesurado *lá-bas.* Cierto que, siempre que quiere, es poeta de entonación sostenida y alta *(Dans la Pampa, L'Orage, Train de blessés, Je retrouve la chambre.....).* Pero también,—pudor o timidez,—acaso prefiere el poeta, a la escarpada altura de grandes vientos, algún ameno recinto, un protegido invernáculo, el baudeleriano cuarto de *meubles luisants, polis par les ans.....* ¿Cómo desaprobarle? ¿Y no es fatal su preferencia? La época de formación de este artista dúctil no era favorable a los poetas grandes de profesión. Leconte de I'Isle fué el último de los de estirpe pontificia y regia. Tal vez la guerra suscite otros, a su medida. Antes del anonadamiento de la otra edad en el vórtice de la guerra, los diletantes,—¿no lo eran todos?—gustábamos más del artista que no había menester de genio y suplía a todo con el talento, amaestrado, aguzado, y exasperado por todas las artes sutiles de la invención y del *savoir-faire.* La cándida confianza y el abandono al vuelo de la brisa de un Lamartine, la desgarrada y sangrante actitud del pelícano de Musset, inspiraban conmiseración cuando nó desdén.—Supervielle aprendió con sus contemporáneos, a hacer, si era necesario, un verso bello con nada. *De la musique avant toute chose....* Prefirió en todo caso, y asiduamente los practicó, sin menoscabo de su innegable, inconfundible originalidad en él tan íntima, *le mode mineur* caro a Verlaine, la agilidad exacta y funambulesca de Banville, la semejanza imprevista y sin embargo irreemplazable y única de la imagen a la Renard, con más el sentido poético de lo típico y lo pintoresco, a la alta manera de los *Esmaltes y Camafeos.*—Todo esto junto quizá no basta a constituír un "gran poeta" por de-

finición: constituye el encanto vario, la múltiple singularidad de un poeta que nunca fatiga, y sorprende siempre agradablemente, y seduce sin hacerlo adrede. La ascensión por la montaña de Hugo, ¿cómo emprenderla a cualquier rato? Es preciso decir adiós a este pobre mundo en que hormigueamos con nuestro afán. Mientras leemos a D'Annunzio, preciso es tener el alma erecta, supina, gloriosa, como en holocausto heroico, a un cielo de vertiginosas mitologías, y quedar luego agobiados como una cariátide inútil. No dejan de tener su encanto y de atraer a su culto los amables dioses menores. Así creo que, en tratándose de este poeta, delicado, dolorido y sonriente, no es hacerle valer más el declararle mayor poeta, o grande en otro sentido; como no es hacerle valer menos, el mostrarle más cercano, más fraternal, más simpatizante. Pues su talento cordial responde, con una gracia casi ruborosa, con una bonhomía inteligentísima, llena de fuerza oculta, de tacto lúcido, de sabiduría, en suma, y de sinceridad, a nuestro humor, cambiante y cotidiano. Los caminos de su tristeza no son senderos abruptos, ni dédalos solitarios. Su melancolía nos acompaña, jovial e inquieta, casi danzante, disfrazada por temor de parecernos falsa en su verdad desnuda. Conoce en todos sus meandros y repliegues los dramas infinitesimales de un alma que se atormenta por todo y por nada; los sigue con curiosidad enternecida y atenta, con una perspicacia de expresión que recuerda, por su exactitud minuciosa, la ciencia de almas dolientes de un Sully-Prudhomme en otras *Vaines Tendresses* para las cuales, la sonrisa extenuada de meditación y melancolía del poeta contemplativo irremediable, se hubiese cambiado en malicia, en aceptación burlona de sí mismo, sin engañar sino a pocos acerca de su seriedad.

Todo esto vale decir a qué punto Supervielle es un poeta consciente. Y no sólo como poeta para su dolor, sino como artista para su verso.—Nada de eólico en su lira. Su canto no es como el del pájaro en la selva. El sabe cómo y por qué un verso es hermoso o puede llegar a serlo. Artista en ritmos y en imágenes, sabe adecuarlos al movimiento mismo de su idea y de su sensibilidad, como modelándolos a su viviente sinuosidad. Cúbrenlos así, como la piel luciente el ondulante lomo de la pantera, nó como librea impuesta por la retórica a sus servidores. La música del verso y su compás, son así el acompañamiento que si-

gue a la emoción misma como una sombra melódica, y sirven sólo a realizarla, mas nó a crearla, como pretenden que se puede, ciertos vanos instrumentistas de la palabra. No tienen así nada de exterior, de aplicado y casi mecánico. No usa artificiosamente de aliteraciones ni onomatopeyas. O lo son, éstas últimas, de sentido, por decirlo así, como cuando, para pintar la monotomía de su oficio de soldado adscrito a la "manutención", ritma así un verso:

Comme un cheval, les yeux bandés, qui tourne en rond,
Nous concassons nos jours ainsi qu'un ma'ís pauvre, ...

o cuando, para dibujar en el verso la extensión repentina del paisaje que se despliega indefinidamente, suprime así la cesura, después de haberla preparatoriamente multiplicado:

Oú suis-je ? Le rancho. Tout autour, au repos,
S'étire jusqu'á l'horizon la pampe rude....

o cuando la imagen se ensancha al propio tiempo que se ensancha la emoción

Avec le calme élan des larges estuaires
Dans la pompe des fins d'été.

Pero en pocas composiciones tan feliz el ritmo expresivo como en la que, desde el primer verso, preludia la alegría del movimiento que va a seguir. Todo el júbilo, la alacridad matinal y primaveral de la inspiración pasan danzando, saltando, por las estrofas ligeras:

J'ai pris le matin dans ma promenade
Comme en un filet;
Mes mains sentent bon le soleil nomade,
Le gazon mouillé.
Je l'ai bien saisi, le matin qui cligne:
Le voici vivant,
Comme le poisson, au bout de la ligne,
Vif et s'incurvant.

Je t'apporte ici la claire harmonie
Des prés jeune-verts,
Dans l'alcóve encor si mal définie
Aux yeux inexperts;

Et je veux vider, comme une corbeille,
Sur ton lit défait,
Mon coeur bourdonnant du chant des abeilles
Et de la forét.

A veces se complace en juegos, como el *Ronder qui n'en est pas un,* o *La parenthése,* vivos alardes de gracia y habilidad. Pero también muestra, y seriamente lo dice, cómo, con qué escrupulosidad de artista amoroso y respetuoso de su arte, experimenta el peso secular, el prestigio antiguo de las palabras, cargadas de alma, aureoladas de un halo por los maestros:

O mots, mots bienheureux qui servent le songeur,
Qui fútes de Marot, de Ronsard, de Verlaine. . . . .
Que de fois Baudelaire, et toi Villon aussi,
Vous avez mis en moi le terrible souci,
Quand fier d'une pensée, oú l'esprit s'arc-boute
Je la voyais soudain se glacer dans le doute!

"La duda sigue a sus versos como la sombra a su pluma". E "ignora el reposo que da la obra cumplida". Y hasta se cree, en el largo estupor que sucede al esfuerzo vano, aridecido por siempre, estéril ya.

Mas, de pronto, una lubricante ternura le inunda los senos del alma, brota con un asombro de reverdecimiento, florece en canto:

Comme une abeille entrant au meilleur de la fleur
Mére, je t'ai cherchée au secret de mon coeur. . . . . .

Aunque la madre mortal ya no existe, ni la conoció, ahí la halla presente y viva, refrigerante.... Pero ¡ay!; presencia insuficiente, a través de la sombra de la muerte! Volviéndose en

seguida a la mujer amada, pregúntala, con un medroso fervor, con una piedad trémula:

Est-ce vrai que l'on meurt tout á fait, est-ce vrai
Que les yeux clos jamais ne s'ouvrent?
Est-ce vrai que ta joie et ton jeune baiser,
Et les saisons de ton visage,
Que tout s'effacera dans mon coeur apaisé,
Et méme ta présente image
Toi que voilá glissant des bagues á tes doigts,
Et qui souris, qui badines,
O toi qui ne sais pas quel angoissant émoi
Est né dans mon áme orpheline?
Ne viendras-tu jamais sur mon coeur d'autrefois
Poser ta main terrestre et douce
Toi qui pour notre amour, multiple comme un bois
Fus l'eau vivante sur la mousse?

¿No son hondos los acentos de esta intimidad que sin embargo se estremece apenas a flor de verso? Y toda la humana ternura, que por lo inútil es un esfuerzo casi divino, ¿no interroga allí? ¡Ternura emocionante y perecedera, emocionante por perecedera y que se querella de no ser eterna! La misma gracia fugitiva y femenina de ponerse los anillos, el momento desaparecido de "posar su mano terrestre y dulce"; todo, y hasta el arrastre de las erres de aquel *terrestre* que luego se remansa en la dulzura quieta y breve de aquel *douce-comme une eau vivante sur la mousse;* y la imagen *les saisons de ton visage,* tan natural, de sentido obvio y de formación corriente y sin embargo nueva y expresiva, que prolonga su silvestre y melancólica evocación resumiendo en una palabra sola el curso de toda una vida sobre el rostro amado; todo, en esta poesía exquisita y tenue, revela una transparente sensibilidad.

"Une des choses qui me semblent le plus échapper sur la terre á la certitude humaine, c'est la qualité d' un vers, dice Anatole France. Si incierta, en verdad, la belleza formal del verso nada más eficaz que su poder de emoción, por "ce qu'ils contiennent d'áme et de destinée", según lo pide en otra parte el mismo buen maestro. Fácil por tanto, sentir éstos que tocan, ¡con qué tiento tembloroso y friolento!, la fuente de las lágrimas más humanas, en el umbral del misterio.

¿Qué va a hacer luego este poeta en medio de las terribles "ternezas parisienses" que a seducirle vendrán, ligeras, certeras, y maliciosas? ¡Frágil fortaleza la de su ironía! Ahí le vemos, dulcemente burlón de sus propios males, atormentado y risueño, con su simpatía por todo, que de nada sabe defenderle, y su ironía que le advierte, pero no llega a precaverlo, menos a vengarlo,—encantadora simpatía, tan pronto profunda y suave, como juguetona o incierta, cambiante y matizada como el cuello de las palomas. Hay en la parte del libro llamado *Les Tendresses Parisienses,* un pequeño *Dialogue Conjugal,* menudo y hecho para reír, que me parece profundo, simbólico casi, y triste en su paralelo juego malabar. El poeta se queja de la tristeza que no lo deja, y quisiera ser consolado. La compañera, para mejor consolarlo, le responde sólo canturreando, negando el mal, ignorándolo, no viéndolo. Es ciencia de la mujer ignorar lo que no comprende ni puede ella remediar, y creer que no existe lo que no comparte. Y aquél es un mal que no existe sino en la medida que se le conoce, y conocerlo es crearlo, en suma, y hurgar en él es ahondarlo. La mujer instintiva y cauta no siente nunca la atracción de este diletantismo acerbo con que los poetas se desgarran deleitosamente, porque el gemir les envuelve en melodía enlazante. Y así, mientras a sus solas exalta su mal melodioso,—ante el tierno y burlón sonsonete de la compañera que, como a un niño grande, le mece, algo nodriza siempre, con su invencible *taratatá,*--el inconsolable poeta amaina su lírica hipérbole. ¿No es éste el eterno dúo de la pareja, contradictoria e irremediablemente unida por la vida?..... Pero esas voces alternas, en este caso más bien están en el alma misma de este poeta, que tan pronto se toma él mismo a lo serio como a la broma, y se enardece como se cautela, e ironiza como solloza en modo inasible e imprevisto. *Je m'attendris, Je me déplais,* dice, después de "hacerse una visita a sí mismo", en un soliloquio delicadamente caricaturesco.—Así, "el pobre poeta" que parece condenado por el destino a distraerse lamentando "felicidades incompletas", va "a pasos incoherentes". Pero es siempre el mismo, un elegiaco que no tiene el sobrehumano valor de divorciarse de un humorista su compañero, que le divierte y consuela y en el fondo se le parece como un hermano.

Bon éléve en neurasthénie, cultiva minuciosamente sus grandes y pequeños males en versos de meticulosa perfección asidua. Quisiera salir, sacudirse, respirar buenamente el aire del campo. Sabe bien que

La premiére vache béate
Vaut tous les glycéro-phosphates;

¡Es en vano! Ya no cree en la campiña: *C'était hon quand j'avais vingt ans.* Ahora,

J'ai des enfants, j'ai ma compagne,
Et je n'ai plus toutes mes dents,
Je ne goút plus que mes livres,
Les vieux papiers, mes vers récents;
Depuis longtemps je ne sais vivre
Ni respirer l'air neuf des champs.
Allons, apporte la tisane.
—Véronal ou Valériane?

Sigue, pues, cautivo de sí mismo. Vencido sonriente, vuelve a sus cadenas sutiles; y para acallar cuitas de hombre, cultiva manías de artista, finos escrúpulos de rima y ritmos, delicadas minucias de obrero probo y amoroso.

Pero de lo cotidiano que lo retiene con mil lazos tenues, tenaces, insuficientes, se escapa en fantasías extraordinarias:

Je ne veux pas mourir avant
Que me portent en filanzane
Douze négres dans la savane.....

Se ve paseado triunfalmente en esa especie de parihuelas, y describe su desfile magnificente con una inenarrable fantasía seria, delirante y metódica, incoherente y precisa, organizada en detalle. Y tal, que vuelve a la realidad nostálgico y como frustrado, por la mezquina vida moderna, de su felicidad suntuosa, pueril y multicolor.

¡Fantasías! ¡Cómo habrían de bastar al humor vagabundo de este sedentario! Un viaje, un verdadero viaje, viene a desatarle sus ligaduras. Es la liberación. Es la bella aventura al sol, plácida y dorada, el asueto, el paréntesis luminoso. *Je sais plus rien qu'un voyage en mer*, dice, haciendo rumbo a su lejana *"America de hipérbole". Le moment présent me happe et m'enivre* ... Su escogido y minucioso corazón, *sous le sel marin devient fanfarron.* Y saluda a la primera escala con una fanfarria de ópera cómica.. Todo él es ojos de fervor. Se adueña de todo. Hasta las rimas metálicas, ricas, felices, acuden como a au-

mentar el esplendor del trópico, que le produce un lúcido deslumbramiento:

Une forét d'un vert ardent qu'un vernis laque,
Un liquide soleil sur les arbres se plaque,
Et, soudain, ce grand cri suraigu d'un macaque!

Su sensación, tan viva a veces como la de un descubrimiento, a menudo la transmiten sus descripciones, de un fino dibujo fácil y exacto. Y a veces pone sobre el paisaje el alma sensible de la hora. Tal en su cuadro "La Pampa", magnífico y grave. Nos la da en visión a la vez gráfica y dramática, abarcándola en su doble grandeza, de horizonte desnudo, desmesurado, de fuerza vaga y enorme sobre su ánimo endeble, patética más que el mar, en su inmovilidad. En el crepúsculo, antes de dejarse anegar como un náufrago, se diría que imita el ademán espectral de aquel árbol *qui cherche á s'accrocher aux nues.* El campesino es imparcial al cotidiano drama del crepúsculo. Pero él, ¿qué puede ahí, contra la soledad en la inmensidad? ¡Cómo se ve que es un civilizado, a quien el campo con su desamparo hace descubrir su pequeñez inerme! Y son bellos, casi solemnes, estos largos dísticos agobiados:

Je suis dans le Silence et dans la Solitude,
L'inmobile horizon m'emplit de lassitude;

Son cercle qui, pourtant, est immense, m'étreint
Comme un étroit collier d'airain.

Sous le ciel douloureux pesant sur mes épaules,
Tout mon vouloir s'incurve á la façon des saules.

¡Mais voici venir les créoles!
Y, deliciosas entre otras,
Ces trois señoritas créoles
Qui ne se doutent certes pas
Que je régle ma farandole
Sur la cadence de leurs pas.

Aquí y allá el tono, y, sobre todo, la perfección del verso, hacen pensar en el Gautier encantado con sus *gitanás* y sus *cigarrerás* bajo el sol jovial de la Andalucía. En Supervielle, la

gracia, es más libre y más espontánea. En especial le encantan las encantadoras y desusadas *civilités coloniales*. Va *croquant* tipos y caracteres como el de doña Trinidad o el de un "francés en destierro", con toques iluminados de simpatía prolija y siempre ligera y certera. Excelentes condiciones las suyas para el descubrimiento de su propia tierra: francés, para saborear el exotismo que realza, y casi inventa un sabor nuevo a las cosas lejanas; americano, para que este exotismo no sea puramente exterior y pintoresco, sino intuitivo, cogido por dentro, gracias a la preestablecida connivencia y familiaridad de quien creció en aquel medio y aprendió a sentir como natural y lógico su singular ilogismo. Intimidad antigua, para bien amar; ojos nuevos, o renovados por la distancia y la ausencia, para mejor ver; ¿qué guías mejores? Así, por dentro y por fuera, es dueño de su pequeño mundo provincial provisional, al cual, con una malicia de candor gozoso, mira agitarse en sus decoraciones de zarzuela ultramarina, puesta por él mismo en música gentil. Añádase a esto el don de la expresión exacta y de la imagen precisa, irrecusable en su novedad. La exactitud de la descripción es precisamente lo que renueva las cosas ya remelladas, abolidas casi por la fatiga de verlas. Tan cierto es que no se sabe verlas, menos aun decirlas.

Todo ello obra de la simpatía. ¿Qué mucho que la sienta por "el bello país", cuando su mal es la *pansimpatía?* De esta "maligne maladie" se da por muerto, y se dice él mismo un responso, o más bien un *petit speech* póstumo, lleno de travesura y de familiaridad casi villonesca con la Inevitable.

...A todo esto, vino la guerra. Y su alma, cual la ferviente *Kha-li,* no pudo, prisionera en la paz de las cosas, consolarse de los que morían..... *Voyez-moi souffrir, objets familiers!* Ved *son coeur tout tremblant d'inutilité.* Y no riáis mal de sus "melancolías manutencionarias". Modelos son éstos, a ratos, de esa risa dolorosa sin sarcasmos, de esa piedad casi vergonzante, que he notado, en un corazón pesado de tanta bondad inhábil, de tanto arranque mal sofocado.

¿Será preciso, para terminar, definir mejor su humorismo? Nada vale para ello lo que una simple lectura. En él, la vena que corre de Villon a Lafontaine, de Banville a Franc-Nohain, hace apariciones irregulares y caprichosas. Dadle, si queréis, de todo.

Más no insistáis demasiado, si no queréis afligir al poeta, en compararlo con Laforgue. Los críticos andan siempre a caza de semejanzas, y no van a soltar así no más la doble coincidencia, feliz para ellos, del nacimiento y de la ironía, que les permite hacer de Supervielle un *pendant* a su conterráneo por parecida casualidad. ¿Cómo dejar escapar paralelo tan socorrido? Pero en verdad que sólo lejana, improbablemente, le empareta su ironía al genial lunático. En Laforgue, el juego es áspero y violento, impregnado de metafísica exasperada, de desdén ultra-trascendente, planetario, cósmico:

Tout est donc en démence?
Mais qui donc a tiré l'Univers de la nuit? (1)

Su risa amarga y febril, aun en los ratos de *détente, (Pierrot s'agite et Tout le méne...)* (1) y, a su lado, *O. Femme, mammifére á chignon, o fétiche—on t'absout; c' est un dieu qui par tes yeux nous triche,*—(2) es quizá todo lo contrario de ésta que se cubre con un tenue velo de bondad, casi de complicidad. Supervielle no es un *contempteur.* Tratando frívolamente las cosas graves, y gravemente las frívolas, su humorismo cambia la faz de las cosas sin violentar ninguno de sus rasgos con el ahinco de la caricatura ni forzarlos al requisitorio de la sátira vindicativa. La lógica aparte del humorismo no es deformación, es insospechada combinación de relaciones distantes, súbitamente acopladas. Mientras que en Laforgue.....¡Pero, Dios mío, si estoy ya dando en el desarrollo de lo que pido evitar! ¡Perdón! Y digamos tan sólo que este humorismo, inocente de intenciones homicidas, confiere a su poesía la más varia y personal originalidad, y que, paralela o conjuntamente con su lírica seriedad que a veces se alza sola, meditabunda y enternecida, nos lleva, divirtiéndose sin fatiga, hasta el fin del libro. Al cerrarlo, quedamos sonriendo, como sin sentir, a la imagen de alguien que se ha insinuado en nuestra simpatía sin hacerlo adrede, y de consiguiente, con tanta más eficacia.

GONZALO ZALDUMBIDE.

París, 21 de Agosto de 1919.

---

(1).—*Poésies p. 20 y p. 130.*—
(2).—*Moralités, p. 71.*
Edit. Mercure de F.

Mieses de Francia

MI ENSUEÑO FAMILIAR

De Pablo Verlaine

Sueño a menudo un sueño extraño i sugerente
de una mujer ignota que me ama i amo yo,
que no siempre es la misma ni siempre es diferente,
mas me comprende i ama como nadie me amó.

Y porque me comprende, para ella es transparente
mi pecho i su problema para ella cesó;
i las arrugas hondas de mi cálida frente
como ella sólo sabe, su llanto refrescó.

¿Es rubia? ¿Es morena? ¿Es roja? Yo lo ignoro.
¿Su nombre? Yo recuerdo que es dulce i es sonoro
como el de las amadas que desterró el vivir.

De las estatuas tienen sus ojos la mirada,
i hay en su voz lejana esa inflexión calmada
de las voces queridas que ya no hemos de oír.

JOSE LEONIDAS MADUEÑO.

La Escuela de Bellas Artes

La fundación de la Escuela de Bellas Artes ha producido dos beneficios: integrar la educación nacional y orientar muchas capacidades, desperdiciadas antes en un empirismo clamoroso e infantil.

Por muchos años se tuvo aquí las cosas del arte, como inofensivo entretenimiento de ociosos o martingala segura de niñas casaderas. Felizmente se han enmendado rumbos; los que se preocupan de educación y de los altos intereses del espíritu, no consideran ya el arte como simple coeficiente nupcial o aristocrático aditamento de adorno de gentes bien educadas. A esta nueva corriente de ideas se debe, sin duda, la fundación de la Academia Nacional de Música y la muy reciente de la Escuela de Bellas Artes. No podía ser de otra manera; las ideas filosóficas han cambiado el centro de la vida, la educación del sentimiento, la comprensión directa por la intuición de la realidad que da el arte, forma suprema y esencial de la inteligencia humana: han hecho de la educación artística generalizada un factor imprescindible en todo plan moderno de educación pública.

Pero, prescindiendo de estas consideraciones sobre cultura general, la Escuela tiene una misión propia que llenar, encauzando muchas vocaciones evidentes y condenadas antes al fracaso por deficiencia técnica o por exhibicionismo prematuro, propio de la ignorancia y de la falta de auto-crítica.

En esta labor de dirección espiritual de la Escuela, su primer objetivo ha sido formar artistas y nó profesionales de arte. El tipo profesional en todas las manifestaciones nobles del espíritu, ya sea en el amor, la intelectualidad o al arte, constituye siempre una aberración y una rémora. No hay nada más odioso que el artista de aptitud mecánica desprovisto de toda elevación espiritual. La condición de artista no corresponde a una simple

facilidad de mano, sino a una modalidad especial de conformación mental; son artistas los que saben ver; enseñar a ver esa es la finalidad específica de toda educación estética; ver es una cualidades del espíritu y no es un adiestramiento de la mano.

Como primer resultado del saludable equilibrio entre la formación del criterio artístico y la aptitud profesional, la Escuela representa hoy todas las ventajas de la academia sin la acción esterilizante del espíritu académico. La academia es la síntesis de la experiencia acumulada por los siglos; es vano intento despreciarla creyendo que el mundo comienza con cada artista, desligándose del lazo sagrado que une y solidariza a las generaciones humanas. No puede hacerse tabla rasa de los valores precedentes; hay que respetarlos, porque ellos también fueron fuerza viva. Considerada así la academia, como el tesoro acumulado por la sensibilidad de las generaciones pasadas, constituye la mejor gimnasia del espíritu; si no crea genios, hace soportables a los mediocres y abre hirizontes infinitos a los realmente grandes. El academismo, en cambio, como disciplina rigurosa y fría, resultante de una sistematización que lleva a las formas abstractas desligándose de la observación directa de la vida que les dió origen, mata la personalidad y es causa del amaneramiento de los que se asimilan una forma sin asimilarse el espíritu que la infunde. El academismo procede por empobrecimiento y crea el virtuosismo rutinario; la academia procede por compenetración y permite surgir la propia personalidad.

La prueba de que en la Escuela se ha hecho educación espiritual, aun en la enseñanza de los métodos prácticos de realización técnica, está en el resultado de la exposición de los dibujos de los alumnos que acaba de inaugurarse; al principio, todos repetían la misma manera, algunos lo hacían con mayor perfección, otros se habían connaturalizado peligrosamente con ella, los más, apenas la balbuceaban, pero todos hablaban el mismo lenguaje; una misma fórmula mezquina y desdeñosa de la amplia mirada del conjunto uniformaba todas las iniciativas. El modo propio de ver, la manera personal, razón suprema del artista, sólo se vislumbra ahora, después de ocho meses de enseñanza sería, en que el alumno se despoja de un academismo limitado y convencional. Estudiadas las cosas primariamente, este resultado puede parecer paradójico, pero no es sino la comprobación de la necesidad ineludible de todo artista, que conocer su oficio. Sin duda que el oficio, es sólo un medio de inter-

pretación, pero es preciso conocerlo, porque el conjunto de reglas que lo forman, han sido determinadas por la necesidad de interpretar sentimientos humanos. "Ninguna inspiración súbita, dice Rodin, reemplazará el trabajo paciente e indispensable de dar a los ojos el conocimiento de las formas y de las proporciones, para hacer de la mano instrumento dócil a todas las sugestiones del sentimiento; si los grandes maestros nos subyugan con su elocuencia, es porque poseían, precisamente, todos los medios de expresión que les eran necesarios." Esto decía Rodin, el apóstol de la libertad que tan profundamente habló de arte. ¿Qué no será preciso predicar aquí, en que la falta de términos de comparación, único medio posible de deslindar valores, y las condescendencias de la pseudo-crítica, alejan a nuestros artistas de la labor paciente de profundizar su arte para lanzarlos, por razón de menor esfuerzo, por la senda fácil de la falsa autogenialidad espontánea? Pero es menester hacer algo más que predicar; es preciso dar a los jóvenes artistas el conocimiento de los recursos de su arte y con ellos, el orgullo de las propias inclinaciones unido a la más grande humildad nate las cosas del arte, de ese mismo orgullo profundo que tuvo Miguel Angel, y que sin embargo, le permitió exclamar cuando decoraba la cúpula de la Sixtina: "Soy presa de la angustia, mi obra no merece ser remunerada, es demiasiado grande para mí. ¡Dios me asista!" La sublime humildad de Miguel Angel no ha impedido que la Sixtina sea una de las más puras glorias del genio humano.

Con la enseñanza técnica y la cultura general de los alumnos, no termina la labor de la Escuela; hay toda una campaña de vulgarización de educación gradual y progresiva del ambiente, que es indispensable emprender para no hacer de este instituto un organismo inadaptable a nuestro medio. La Escuela necesita del público, como el público necesita de ella. ¿Cómo se alentará a los artistas que se formen, si el público carece del criterio para distinguir lo malo de lo bueno y los llamados a estimularlos se dedican a coleccionar los más odiosos productos de una industria encaminada al mercantilismo con detrimento del arte verdadero. Recursos materiales para alentar la producción artística sobran, en este país que se enriquece día a día; haga la Escuela labor semejante a la extensión universitaria, acometiendo la educación del público y se habrá salvado a sí misma y nos habrá salvado del odioso mal gusto que amenaza a las sociedades de enriquecimiento rápido.

Si la enseñanza de la Escuela, no termina con la educación de los alumnos, sino que debe trascender a la formación del sentido artístico del público, a su vez, el aprendizaje de los alumnos sólo comienza en la Escuela y para ser completo, exige esa auto-educación, que si es necesaria para todos los hombres, lo es más aún para los artistas. Esta auto-educación es, sobre todo, moral; exige en primer lugar, esfuerzo poderoso para enriquecer el espíritu con la más alta visión de la vida, que necesariamente se traduce, más tarde, en una más elevada concepción artística; requiere no dejarse contaminar por el mercantilismo, que tántas sugestiones tiene para los que han de luchar en la vida, y requiere, por fin, defenderse del arrivismo fácil de los que se engañan creyendo que pueden evitar las etapas ineludibles en la formación de todo espíritu.

Los que han visto de cerca lo que se ha conseguido en corto tiempo de aprendizaje técnico bien encaminado, dentro de un espíritu de libertad y compañerismo absolutos, los que han palpado de cerca la asombrosa disposición de los alumnos, para asimilar la buena enseñanza recibida, tienen por qué confiar en los frutos que dé nuestra Escuela Nacional de Bellas Artes.

Lima, Enero de 1920.

G. SALINAS COSSIO.

Dos aspectos de la Exposición de Dibujos de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

El carácter pacificista de la Diplomacia Peruana

El *"Mercurio Peruano"*, continuando la misión que se ha impuesto de refutar por medio de argumentación incontrastable, las gratuitas afirmaciones de los escritores chilenos, sobre el carácter belicoso y agresivo de nuestra política internacional en los años anteriores a la guerra del 79, inserta en sus columnas este nuevo trabajo del doctor Pedro Irigoyen, que acredita los esfuerzos que el Perú hizo para impedir que estallara la guerra entre Chile y la Argentina y para evitar el rompimiento entre Bolivia y Chile.

Durante el año de 1877, en que los gobiernos de la Argentina y de Chile continuaban sus debates acerca de las pretensiones de este último país sobre el Estrecho de Magallanes, porque no podían llegar a ponerse de acuerdo respecto al establecimiento de un *modus vivendi* o *estatu quo* provisional y ni siquiera para concertar las bases de un arbitraje, que determinara los territorios que en 1810 correspondían al Virreynato de Buenos Aires y a la Capitanía General de Chile, el Perú siguió, con el más vivo interés, las vicisitudes de estas diferencias, procurando hacer valer su influencia en favor de la conservación de la paz; según lo acreditan las siguientes notas.

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

Lima, 3 de febrero de 1877.

("No. 5")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"Acuso a US. recibo de su nota confidencial de 6 del pasado, signada con el N.º 5, en la cual me comunica US. la conversación que ha tenido con el Sr. Barros Arana, con referencia a los asuntos pendientes entre Chile y la República Argentina.

"Dios guarde a US.

(Firmado).—"*José Antonio G. García*". (*)

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

Lima, 18 de febrero de 1877.

("No. 8")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, M. P. del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Me es grato acusar recibo a U. S. de sus estimables notas confidenciales de 20 y 22 de enero último, marcadas respectivamente con los números 8 y 9, en las que se ocupa U. S. de las cuestiones pendientes entre la República Argentina y Chile.

"Encargo a U. S. que continúe teniendo al gobierno al corriente de los incidentes y giro de esas cuestiones, pues eso nos interesa mucho para apreciar el momento oportuno en que

---

(*).—Todas las notas que figuran aquí, no publicadas antes, han sido tomadas del Legajo No. 10 del archivo, recientemente llegado, de nuestra Legación en Buenos Aires, que contiene la correspondencia cambiada, en los años que se expresan, entre la Cancillería de Lima y su representante en el Plata.

el *Perú pueda hacer valer su influencia en favor de la paz en la América.*

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*José Antonio G. García.*"

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima, 6 de abril de 1877.

"(No. 14)"

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, M. P. del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Me es grato acusar recibo a U. S. de su nota de 5 del pasado, N.º 23 en la que me participa que no obstante el carácter de algunos editoriales últimos de la prensa de Chile y de esa República acerca de la cuestión Patagonia, tiene U. S. motivos fundados para creer que el gobierno argentino abriga el propósito de arreglar esa cuestión de una manera pacífica y amistosa, *lo cual complacerá altamente al Perú y a su gobierno.*

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*José Antonio G. García.*"

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

Lima, 20 de junio de 1877.

"(No. 30)"

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"He leído con vivo interés el importante oficio de U. S., fecha 14 de mayo último, N.º 46, en que U. S. comunica a este Ministerio el estado satisfactorio a que han llegado las negocia-

ciones relativas a la cuestión de límites que debaten la República Argentina y Chile.

"Interesado como se halla, el gobierno del Perú en el pronto y satisfactorio término de esa cuestión, que más de una vez ha puesto en peligro la paz entre dichas repúblicas, experimenta *verdadera satisfacción* al saber que ambos gobiernos se hallan animados del deseo de arreglar sus diferencias de un modo completamente amigable. Aunque la resolución de la Cámara Argentina, que U. S. menciona, puede quizá ser una nueva dificultad para arribar al resultado que apetecemos, es de esperarse que desaparezca ese inconveniente ante la buena voluntad manifestada por ambos gobiernos.

"Continúe U. S. como hasta hoy, comunicando a este despacho todo lo que se relacione con tan importante asunto.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—*"J. C. Julio Rospigliosi"*

Pero como, desde mediados de 1875, es decir, desde hacía dos años, el doctor Yrigoyen permanecía en Buenos Aires sin ocuparse, por orden expresa del gobierno peruano, del asunto para el que fué nombrado, esto es, de gestionar la adhesión argentina a la alianza Perú-boliviana, y su situación personal no le permitía seguir al frente de la Legación, se vió precisado a reiterar en los siguientes términos, la renuncia que ya había formulado del cargo que desempeñaba:

"Buenos Aires, Agosto 6 de 1877.

"(No. 71)"

"S. M.

"Ha llegado a hacerse imposible mi continuación en este puesto, por la falta absoluta de recursos en que me encuentro, pues como US. sabe se me están debiendo dos semestres de sueldos, y yo he agotado, por otra parte, mi pequeña renta particular, que he hecho trasladar aquí con sacrificios inmensos, por el estado del cambio; y mi crédito individual se halla además comprometido en más de cuarenta mil francos, con los intereses que van devengándose, y no me es posible ya darle mayor ensanche.

"En esta virtud y creyendo que cada día se haga más difícil para el Supremo Gobierno, por el estado angustioso en que desgraciadamente se encuentra el Erario Nacional, el sostenimiento de esta Legación, me ha decidido a reiterar, de la manera más formal, la renuncia que hice de ella hace un año, suplicándole a U. S. se digne recabar su aceptación de S. E. el Presidente de la República.

"Ruego a U. S. además, muy encarecidamente, se sirva remitir, junto con mis cartas de retiro, las mil ciento veinte Libras esterlinas que se me adeudan, del semestre de mis haberes que venció el 30 de Mayo último y del semestre íntegro que comenzó a correr al siguiente día y que se halla casi por mitad devengado. Sin ambas cantidades no podría moverme de aquí, tanto porque no puedo, decente y decorosamente, ausentarme sin cubrir mis deudas, cuanto porque no tendría ni siquiera con que pagar el pasaje de mi numerosa familia.

"Tengo el honor de suscribirme de U.S., con toda consideración, su atento y obediente servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*

Más, habiendo recibido el doctor Yrigoyen, al tiempo de remitir esta renuncia, la visita del señor don Carlos Tejedor, el antiguo Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, acompañó dicho documento, con la comunicación que insertamos en seguida, en la que se da cuenta de la entrevista que tuvo lugar.

"Buenos Aires, Agosto 6 de 1877.

"(Reservada
No. 73)"

"S. M.

"En los momentos de cerrar mi correspondencia, ha venido a verme el Dr. Dn. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores que fué en la anterior administración del señor Sarmiento, y autorizado, al parecer, por este Gobierno, me manifestó el deseo de conocer la disposición en que se encontraría S. E. el Presidente de la República y su Gabinete, con respecto a la po-

lítica iniciada por su antecesor, sobre la alianza con la República Argentina.

"Yo le contesté, que este asunto estaba completamente paralizado hacía como tres años; y que ignoraba en lo absoluto cuál sería el modo de pensar de S.E. el General Prado acerca de él. Le dije, además, que el gobierno argentino podía encargar a su Plenipotenciario en Lima, que se informase directamente hablando con U.S., pero que sin perjuicio de esto y en los pocos momentos que quedaban para cerrar mi correspondencia, yo instruiría a U.S. de los deseos que me acababa de manifestar. Cumplo, pues, con hacerlo; manifestando a U.S. además, que el expresado señor Tejedor, fué el Ministro con quien traté aquel tan importante asunto.

"Dígnese U.S. elevar este oficio al conocimiento de S.E. el Presidente de la República y permitirme que me suscriba de U.S. atento y obediente servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen*"

A estas dos últimas notas se contestó con estas otras:

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

Lima, 12 de setiembre de 1877.

("No. 44")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"En contestación a las notas de U.S. de 6 del pasado N.° 71 y 72, reiterando la renuncia que hizo U.S. de esa Legación y acompañando las que elevan de sus respectivos puestos, por las razones que expone, el Secretario y el Agregado de ella, paso a decir a U.S. que el Supremo Gobierno ha tenido a bien aceptar esas renuncias, encargándome, al mismo tiempo, manifestar a U. S. que el gobierno está satisfecho de los servicios prestados por esa Legación; y en consecuencia adjunto a U.S. sus cartas de retiro.

"Por decreto de esta fecha se ha ordenado, previa la liquidación difinitiva, el pago que U.S. solicita, próximamente me será grato remitirle el correspondiente libramiento.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—*"J. C. Julio Rospigliosi"*.

"Lima, setiembre 13 de 1877.

("Reservada
No. 45")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R.R. del Plata.

"Habiendo elevado al conocimiento de S.E., como U.S. lo solicita, el contenido de su nota reservada de 6 del pasado, N.º 73, me es grato decirle que el gobierno del General Prado participa de las mismas ideas del anterior en lo tocante al pacto de 6 de febrero de 1873, cuya adhesión por parte de Buenos Aires, fué negociada por U.S. con el señor Tejedor, a quien se refiere U.S. en su citada nota.

"Así podrá U.S. exponerlo a S.E. el Presidente de esa República, si llegase el caso.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—*"J. C. Julio Rospigliosi"*.

Por la primera se acepta la renuncia formulada y por la segunda se le expresan las ideas del gobierno peruano, acerca de la proyectada adhesión de la República Argentina al pacto Perú-boliviano.

VII

En receso nuestra Legación en Buenos Aires, desde fines de 1877 en que fué aceptada la renuncia del doctor Yrigoyen,

hasta los últimos meses de 1878, en que entró a desempeñar el señor don Aníbal Víctor de la Torre, que había sido nombrado con ese objeto, el 8 de Mayo del referido año, las notas que se cruzaron, una vez establecida la comunicación oficial, fueron sólo dando cuenta del estado álgido a que habían llegado las dificultades pendientes entre Chile y la Argentina, a punto de que, durante los últimos meses de ese año, se consideró, en todas partes, más que nunca, como inminente, no solo la interrupción de las relaciones diplomáticas entre esos Estados, tal como se produjo, sino aún una declaratoria de guerra.

La desautorización que había recibido Barros Arana de su gobierno en los últimos meses de 1876, referente al arreglo transaccional celebrado con el canciller argentino Bernardo de Yrigoyen, por cuanto no se aseguraba a Chile la *total y completa* posesión de *todo* el Estrecho; y la que sufrió más tarde, el 11 de mayo de 1878, cuando el gobierno de su país le comunicó que no aceptaba tampoco el pacto de arbitraje formulado entre él y don Rufino de Elizalde, Ministro de R.R. E.E. de la Argentina, el 18 de enero de este año, trajo como consecuencia que Barros Arana abandonara la Legación en Buenos Aires y que el gobierno argentino retirara, igualmente, en el mes de julio, su representación en Santiago.

Rotas así las relaciones, por la insólita conducta de los chilenos, que antes de violentar su política de expansión por el norte, lo pretendieron hacer por oriente, rechazando los anteriores arreglos con la Argentina, "todos comprendieron, según refiere Damián Menéndez (45), que no había más remedio que apelar a las armas, para dirimir una controversia que no habían podido resolver, después de larga discusión, ni la razón ni el derecho".

Agravada todavía más esta situación tirante, que se revelaba también en mil géneros de manifestaciones públicas de hostilidad, tanto en uno como en otro país, con el apresamiento que hizo, en los últimos meses de este año, en aguas del Atlántico, la cañonera chilena "Magallanes" de la barca norteamericana "Devonshire", que había obtenido licencia del gobierno argentino para cargar guano al norte del río Santa Cruz; y con los preparativos de guerra efectuados especialmente por la República

(45).—"Cuestión de límites con Chile" "¿Paz o Guerra?" pag. 58 Buenos Aires 1892—Imprenta Alsina.

Argentina, que llegó a mandar una Escuadra, a las órdenes del Coronel Luis Py y compuesta del acorazado "Los Andes", de las cañoneras "Constitución", "Uruguay" y de otros buques más, para destruír, como lo hizo, el 30 de noviembre de 1878, las barracas puestas por Chile, el 43, en el Estrecho de Magallanes; el gobierno del Perú, durante estos meses, en que "un rompiminto armado pareció inminente" (46), intervino a favor de la conservación de la paz. La Cancillería peruana, que se encontraba, desde el 21 de junio del año de que nos ocupamos (1878), a cargo del doctor don Manuel Yrigoyen, de regreso de Buenos Aires, tuvo que concretarse, únicamente, por tanto, a ofrecer sus buenos oficios y a procurar que estas graves dificultades desaparecieran.

El Cónsul General del Perú en Valparaíso, señor don Luis E. Márquez, escribía en los siguientes términos al doctor Yrigoyen, con fecha 2 de noviembre del año en curso, dándole cuenta de los peligros de un rompimiento armado:

"Valparaíso, noviembre 2 de 1878

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores.—Lima.

"Querido señor:

. . . . . .

"Incluyo a ésta la nota dirigida por el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina a los redactores de la prensa de Buenos Aires, para dar a Ud. idea de la resolución del gobierno de aquel país de hacer guerrra a Chile. El peligro de un rompimiento es más grave cada día. Los agentes de aquel gobierno han comprado tres mil mulos en Tucumán y aumentan sus pertrechos de guerra. Chile ha enviado del sur (al Estrecho) las corbetas "O'Higgins" y "Chacabuco" y los blindados van a Talcahuano. Esta operación se hace con pretextos de servicio ordinario. El apresamiento en el río Santa Cruz de la nave norteamericana "Devonshire" por los chilenos, repitiendo

(46).—Luis Galdámes "Historia de Chile" pag. 433.

el caso de la "Jeanne Amélie", es lo que ha exasperado a los argentinos."

. . . . . .

"Reitero a Ud. mis deseos por su salud y me repito su adicto y affmo.

(Firmado).—*"Luis E. Márquez"*

Y cuatro días después esta otra:

("Reservada")

"Valparaíso, 6 de noviembre de 1878.

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores.—Lima.

"Muy estimado señor:

"La cuestión chileno-argentina llega hoy a una solución casi inevitable: la guerra. Circula con insistencia el rumor de que la corbeta chilena "Magallanes" ha sido apresada en el Estrecho por la Escuadra argentina. Tal rumor, producido por la prensa, no ha sido desmentido por el gobierno de este país. Lejos de eso, se está enganchando a toda prisa gente para la Escuadra y pasado mañana saldrán los blindados con destino al Sur. La situación es muy violenta y todos están acordes en que ha llegado el momento de la lucha".

. . . . . .

"Me repito de .

"Muy adicto y affmo. amigo.

(Firmado).—*"Luis E. Márquez"*

La acción del Perú, durante el segundo semestre de este año, se encaminó, por lo consiguiente, exclusivamente a procurar evitar que estallara el conflicto chileno-argentino.

Las comunicaciones que van al pie así lo acreditan:

"Montevideo, octubre 26 de 1878.

("Confidencial
No. 18")

"S. M.

"Es probable que a la fecha tenga U.S. conocimiento de la captura de la barca americana "Devonshire" por la corbeta chilena "Magallanes", cuando aquélla cargaba guano en territorio a que la República Argentina se considera con absoluto derecho. Este nuevo conflicto, cuando aún se halla pendiente la cuestión suscitada por el apresamiento de la "Juana Amalia" (47) ha exaltado los ánimos en Buenos Aires al extremo que verá U.S. por el recorte del "Ferrocarril" de esta ciudad, que acompaño, en donde se recojen algunas expresiones de los diarios bonaerenses, asegurándoseme, de un modo privado, que opinan en idéntico sentido casi los hombres más influyentes de los diversos partidos militantes.

"Aún no se conoce la actitud que tomará el gobierno argentino; y me reservo ponerla oportunamente en conocimiento de U.S.

"Pareciendo inminente un rompimiento entre dos naciones amigas del Perú y con las que estamos ligados por vínculos que vienen estrechándose desde que se unieron para procurar su independencia; aparte del interés que tenmos por la consrvación de la paz en América, razones de alta política nos aconsejarían tomar de nuevo, por lo menos, la actitud digna que el Perú ha asumido siempre mediante la cual, en épo[illegible]no remota, adquirió una influencia poderosa en los Consejos [illegible] este Continente S.E. el Presidente y U.S., que comprenden todas las ventajas que pueden reportarse en la actualidad, no dudo que las tomarán en consideración y me impartirán las órdenes que se juzguen oportunas.

---

(47).—*Jeanne Amélie*, fué una barca francesa apresada también en aguas del Atlántico, el 27 de abril de 1876, por la corbeta chilena "Magallanes", al ir a cargar guano, con autorización del gobierno argentino, en las costas patagónicas.

"Con este motivo ruego a U.S. se digne aceptar los respetos de su atento servidor.

(Firmado).—"*Aníbal Víctor de la Torre*".

("Reservada
No. 27")

"Buenos Aires, noviembre 11 de 1878.

"S. M.

"En nota confidencial comuniqué a U.S. desde Montevideo, lo que sabía sobre la cuestión chileno-argentino y el efecto producido en esta república por el apresamiento de la "Devonshire", por la corbeta chilena "Magallanes", cuando cargaba guano en territorio a que pretende tener pleno derecho la Confederación Argentina.

"Acompañé entonces algunos recortes de periódicos, como lo hago hoy, para que U.S., pueda formar concepto y conocer el estado de la opinión, que ciertamente no ha calmado, apesar de los días trascurridos desde que tuvo lugar aquel acontecimiento.

"Ayer mismo, al abrirse la Exposición de Horticultura, se han pronunciado algunos discursos y, entre ellos, uno en que se indicó con fuerza la idea de no dejar abatir el espíritu público. S. E. el Presidente no asistió a la ceremonia y fué representado por uno de los S. S. Ministros de Estado, debiendo presumirse que ha querido evitar compromiso que no le habría sido fácil eludir, concurriendo en estos momentos a ese acto.

"Entre tanto el gobierno ha hecho las reparaciones necesarias en la Escuadra, que está lista para zarpar en dirección al río Santa Cruz, y aún se asegura que uno de los buques ha salido ya, aunque no puede tenerse completa seguridad del hecho, porque según se me ha dejado comprender las instrucciones deben abrirse en alta amar.

"Apesar de estos preparativos puedo afirmar a U.S. que ambos gobiernos verían con placer el modo de evitar la guerra y voy a manifestar a U.S. las razones que tengo para esta afirmación.

"Comprendiendo a mi llegada a esta ciudad que podría sobrevenir para el Perú compromiso que debíamos evitar, después de hacer la visita privada de estilo al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, apelé al mal estado de mi salud para evitar el que se viese mal la no presentación de mis credenciales; pero, como ya no era posible prolongar por más tiempo esta situación, pedí se me señalara día y hora para la ceremonia y ésta tendrá lugar el día de mañana. El señor Ministro de Relaciones Exteriores al tener noticia de mi enferemedad me visitó inmediatamente y ha repetido dos veces más sus visitas. En las dos primeras no me habló absolutamente nada sobre la cuestión pendiente con Chile, pero en la última, que tuvo lugar hace tres noches, me preguntó si había recibido algunas "Memorias" y publicaciones que se habían hecho sobre esa cuestión, suplicándome que me ocupara de estudiarlas. En seguida me hizo presente que su gobierno tenía la esperanza de que el Perú interviniese, a fin de evitar la guerra, es decir, dejó comprender que, tanto aquí como en Chile, se vería con satisfacción que se renovase la oferta de buenos oficios, para aprovechar de ella, a fin de tomarse el tiempo necesario, durante el cual podría arribarse a un arreglo satisfactorio para los dos países. Yo me limité a decirle que veríamos con gusto un arreglo semejante, pues *el Perú deseaba la conservación de la paz en América* y le sería muy sensible la lucha armada entre las dos naciones amigas suyas y con las que está ligada por vínculos estrechos. Díjome, también, que si podríamos venderle uno de nuestros monitores, pues era el sueño dorado de su gobierno, con el objeto de evitar mediante esa adquisición la guerra: le contesté terminantemente que no era posible, y que en ningún caso debían contar con ello (48). Comunicóme, entonces, que el gobierno de Chile había llamado al Cónsul argentino y que se formulaba bases aceptables, en su mayor parte, salvo algunas frases y palabras que si no eran retiradas impedirían todo arreglo pacífico, viéndose obligado el go-

(48).—Esta es la constatación más evidente de que, lejos de empujar a la Argentina en contra de Chile, como dicen los escritores de este país que fué el papel del Perú, nos negamos expresamente, a pique aún de perder una amistad que estábamos interesados en cultivar, a contribuír en ninguna forma a hacer nada que pudiera apresurar un rompimiento armado entre esos países.

bierno argentino a vengar por medio de las armas los ultrajes recibidos.

"En fin, deduzco de todo ésto que ambos gobiernos verían con placer que otro amigo común interpusiese sus buenos oficios y, como indiqué en la nota confidencial, de que hice referencia al principio, el Perú está llamado a representar en esta ocasión un papel digno y de muy honrosas consecuencias. S.E. el Presidente y U.S., después de imponerse de este oficio y de los recortes acompañados, se dignarán comunicarme las instrucciones convenientes, que desearía recibir por telégrafo, a fin de no dar tiempo para que las cosas tomen un aspecto desagradable o se haga inútil nuestra mediación oficiosa.

"Debo advertir que hasta este momento, diez de la mañana, continúan entendiéndose por telégrafo con el Cónsul en Chile; y que tal vez al terminar el día reciba este asunto alguno solución satisfactoria.

"Olvidaba hacer presente que se me ha hecho, también, la insinuación de avisar a U.S. por telégrafo el estado actual de las cosas; y que quizá, después de recepción, me veré obligado a ello, a fin de que ambos países no nos tachen más tarde de indiferencia en estos momentos.

"Al concluir, y por si no son conocidos, acompaño a U.S. una colección de los artículos publicados por D. Manuel Bilbao sobre la delicada cuestión de que me ocupo.

"Dígnese U.S. poner este oficio en conocimiento de S.E. yy aceptar los respetos de su atento servidor.

(Firmado).—"*Aníbal Víctor de la Torre*"

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima, noviembre 14 de 1878.

"Sr. Dr. D. Aníbal Víctor de la Torre, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"A mediados de 1875 hubo un momento en que generalmente se temió que surgieran serias complicaciones entre la República Argentina y Chile con motivo de la cuestión de límites que hace tres años se debate entre las dos naciones.

"El gobierno del Perú, que miraba, como mira siempre, con el más vivo interés la conservación de la paz y buena armonía entre todos los Estados de América, muy particularmente entre

las repúblicas que, por su origen, la identidad de sus instituciones y demás vínculos, están llamadas a estrechar cada día más sus relaciones, y que comprendía, al mismo tiempo, que las cuestiones pendientes entre la República Argentina y Chile no son de aquellas que afectan la honra y la dignidad, y que generalmente arrastran a las naciones a un rompimiento inevitable, se apresuró en aquella fecha a ofrecer a ambos gobiernos sus buenos oficios, a fin de que, antes de llegar a un caso extremo, se procurara un arreglo práctico y equitativo, poniéndose de acuerdo o apelando al arbitraje de una tercera potencia.

"El Excmo. gobierno de la República Argentina, por el órgano autorizado de su Ministro de Relaciones Exteriores, se dignó ofrecer que tomaría en consideración el amistoso ofrecimiento del Perú, si llegase a estar en peligro la paz entre ambas repúblicas; y el de Chile, por su parte, se sirvió prestarle la más viva aceptación, para el caso en que el estado de las negociaciones reclamare más tarde el concurso de una nación amiga.

"Posteriormente, el gobierno tuvo la complacencia de observar que las negociaciones reanudadas con Chile tomaban el carácter más conciliador y amistoso; y se halagaba con la idea de que ellas condujesen a un arreglo satisfactorio para los dos países y el inmediato restablecimiento de la cordialidad en sus relaciones políticas.

"Los últimos y notorios acontecimientos han venido, desgraciadamente, sin embargo, a persuadir al gobierno de que cada día se hace más difícil para Chile y la República Argentina la celebración de un acuerdo directo; y en tal convicción, y creyendo que es para él un deber, no omite esfuerzo alguno que pueda contribuír a solucionar la mencionada cuestión de límites y a evitar el dolor que ocasionaría en la América un rompimiento entre sus propios hijos, se ha decidido a manifestar a los gobiernos de ambos Estados que *los buenos oficios que el Perú tiene ofrecidos podrían comenzar a ejercerse,* si creyesen, que había llegado la oportunidad prevista, cuando, tan benévolamente, se dignaron aceptarlos.

"Puede U.S. dar lectura de este oficio al Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, y dejarle copia de él si la pidiera.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—"*Manuel Yrigoyen*".

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima noviembre 23 de 1878.

("No. 16")

"Sr. Dr. D. Aníbal Víctor de la Torre, Encargado Especial y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"Con referencia al oficio de U.S. del 26 de octubre N.º 18 en que da cuenta del estado de opinión en Buenos Aires, con motivo de la captura de la barca norteamericana "Devonshire" debo de decirle: que en el anterior correo he enviado ya a U.S. las instrucciones del caso, respecto a los buenos oficios que el Perú ofreció a mediados de 1875, tanto a la República Argentina como a Chile, a fin de que dichos países arribasen a un acuerdo amistoso en la cuestión límites.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—*"Manuel Yrigoyen"*.

("Reservada
No. 35")

"Buenos Aires, noviembre 23 de 1878.

"S. M.

"El señor Ministro de Relaciones Exteriores de esta República, al mismo tiempo que me hacía la insinuación de que me ocupo, en mi nota reservada del 18 del corriente, N.º 30 (49), me hizo presente que tenía en sus manos una transacción con Chile,

(49).—Esta nota la inserto en el Apéndice XIII; y en ella, aun cuando se refiere al tópico de que me ocupo, se podrá constatar de nuevo la lealtad con que ha procedido siempre el Perú en sus asuntos internacionales.

pudiendo, si se lograba, arribar a un resultado pacífico y satisfactorio para los dos países.

"Posteriormente y por indicación suya pasé a verlo a su Despacho y me hizo ver los telegramas del Cónsul argentino en Valparaíso. Encontré muy disgustado al señor Montes de Oca, porque si bien el Gobierno chileno había devuelto sin condiciones la "Devonshire", manifestó al verificarlo que accedía a los reclamos del Ministro americano. Enseñóme también el último despacho que había hecho a su Cónsul, exigiendo que el Gobierno chileno declarara que había también atendido a la República Argentina.

"Sin alcanzar ningún resultado trascurrieron tres o cuatro días, hasta antenoche, en que recibió otro telegrama del Cónsul señor Sarratea, en que asegura que el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, decía, poco más o menos, que siendo evidente que al devolver sin condiciones la "Devonshire" se había tenido en consideración separar todo obstáculo que pudiese dificultar un arreglo pacífico y honroso con la República Argentina, no tenía inconveniente para declararlo así en nota oficial o en cualquier otro documento.

"De un instante a otro se espera la terminación de este desagradable asunto y si llega antes de cerrar la correspondencia, cuidaré de ponerlo, por este mismo vapor, en conocimiento de U.S.

"Dígnese U.S. elevar al conocimiento de S.E. esta nota, y aceptar los respetos de su atento servidor.

(Firmado).—*"A. V. de la Torre"*.

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima, diciembre 21 de 1878.

("No. 26")

"Señor Dr. D. Aníbal Víctor de la Torre, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"Al acusar recibo de U. S. de su oficio reservado de 23 de noviembre último N.º 35 debo manifestarle que el gobierno se ha enterado con satisfacción del próximo arreglo amistoso de la

cuestión chilena-argentino, y sobre cuyos incidentes conviene que U. S. siga dando cunta a este Despacho, como hasta aquí.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—*"Manuel Yrigoyen"*. (50)

Esta fué la conducta del Perú, durante los difíciles momentos por los que atravesó el pleito de límites entre Chile y la Argentina; y así juzgó, en consecuencia, con insospechable satisfacción que se celebrara el pacto de Mariano Sarratea, personero argentino, y Alejandro Fierro, Ministro de Relaciones Exteriores chileno, de 6 de diciembre de 1878, en el que, declinando Chile sus infundadas exigencias, se puso término a las dificultades y rozamientos que venían erizando las relaciones entre esos Estados.

Y causa estupor, en realidad, después de enterarse de todos estos testimonios concluyentes, el leer las torcidas afirmaciones de los escritores chilenos, que no se cansan de decir, como don Joaquín Walker Martínez, en sus novísimos opúsculos (51), que el Perú buscó la alianza "con la República Argentina para provocar la ruina de Chile"; que el Perú "preparó la guerra e hizo estallar la guerra" del Pacífico, incubándola "durante seis años, a virtud de un tratado secreto"; y que el Perú "arrastró" a Chile a la guerra, a causa de "la confabulación que idearon (los peruanos) para borrar a Chile del mapa sudamericano"' ¡Estupendo dislate! Si tal hubiera sido el plan del Perú muy fácil le habría resultado ofrecerle su concurso a la Argentina e incitarla a la guerra con Chile, cuando poco faltaba para que se produjera, en lugar de retractarse de su solicitud de alianza, de negar la venta que se le pidió de elementos bélicos y de influír, por cuentos medios pudo, en apaciguar la situación.

(Continuará).

---

(50).—Los documentos que aparecen en estos dos últimos capítulos han sido tomados de los Legajos X, XIII y XVII y del cuaderno No. 15 del archivo de nuestra Legación en Buenos Aires, últimamente remitido a Lima, que contiene toda la correspondencia cambiada, en los años que se indica, con el Ministerio de Relaciones Exteriores.

(51).—"Una revancha con sangre ajena" 1919.

"Clamores de intervención diplomática" 1919.

Notas varias

"HISPANIA".— Revista dedicada a los intereses de los profesores de español y publicada por la "ASOCIACION AMERICANA DE PROFESORES DE ESPAÑOL". (Stanfor University California).

"LA NUEVA DEMOCRACIA".—Revista mensual ilustrada, publicada por el Comité de Cooperación en la América Latina. (25 Madison Avenue, Nueva York).

Estas dos revistas de los Estados Unidos, representan dos actitudes complementarias de la Gran República del Norte hacia el mundo hispano. La primera pone en alto relieve el entusiasmo que se siente en Norte América por el estudio del español y de la literatura española e hispano americana. La segunda es la expresión de un esfuerzo altamente idealista para propender a la compenetración espiritual de las dos Américas El ideal que alienta la Dirección de "La Nueva Democracia" es el de hacer de ella "la tribuna pública más autorizada, en donde los pensadores y los hombres de bien del nuevo continente puedan conocerse, entenderse y amarse, y en donde la civilización anglosajona y la hispanoamericana puedan exhibirse con toda su magnificencia y esplendor."

Los números de "Hispania" correspondientes a los meses de noviembre y diciembre contiene artículos de gran valor no tan sólo para los que se interesan por la enseñanza de la lengua española, sino también para todos los que tienen interés en las teorías y los métodos más modernos empleados en la enseñanza de los idiomas en geenral. La mayoría de dichos artículos están escritos en inglés pero un buen número de ellos lo está en castellano, siendo sus autores españoles, catedráticos en las Universidades de Estados Unidos.

Llaman la atención, en esta revista, dos cosas que casi se ignoran y que deben saberse y hasta imitarse en el Perú: una es el creciente intercambio intelectual entre España y Estados Unidos; la otra es la publicación hecha por casas editoras de este último país, de textos anotados de la literatura castellana para el uso de los alumnos de los colegios y universidades nacionales.

El número inicial de "La Nueva Democracia" ha entrado en circulación en los primeros días del mes que corre. Su formato parece estar modelado sobre el de la revista "Literary Digest" y lleva en su portada, como un símbolo, el mapa de las dos Américas, rodeado de los retratos de Colón, Washington, San Martín y Bolívar. Sus secciones permanentes son: sociológico-moral, científico—humana, artístico-educativa, crónico-mundial. La totalidad de los artículos llevan firmas conocidas y están escritos en español. La suscrición es de tres dólares anuales y se mandará un ejemplar a cualquiera que lo solicite. Cuantos se suscriben por más de seis meses se hacen acreedores a un premio, escogido de entre una lista de objetos y libros que van incluída en cada ejemplar.

J. A. M.

E. BRAVO MEJIA.—Organización de las escuelas rurales. Cuzco 1918.

En este interesante folleto el autor hace un serio estudio de las condiciones dentro de las cuales languidecen actualmente las escuelas rurales y de los medios más apropiados para perfeccionarlas.

Dichos medios son entre otros, el mejoramiento profesional y la seguridad económica de los maestros, una mejor organización escolar que ponga la enseñanza al margen de las menudas incidencias lugareñas y un plan de estudios racional y eficiente.

El autor hace resaltar la importancia de las escuelas rurales, en un país como el nuestro, donde los naturales sin fuertes estímulos de cultura, tienden a eternizarse en una deplorable ignorancia y señala la orientación—eminentemente práctica— que debe darse a dichos establecimientos.

Sincero, claro y bien meditado, el trabajo del señor Bravo Mejía, revela un laudable amor por las cuestiones educacionales del país.

M. I. R.

HONORIO F. DELGADO: Naturaleza Elemental del Proceso de la Función.—Tesis para el doctorado en Medicina.—Lima, 1919.

Honorio Delgado, al graduarse de doctor en Medicina en la Universidad de Lima, ha presentado a la Facultad un estudio tan interesante como original. Intentamos dar una idea de él.

Para Claudio Bernard, la actividad de los seres vivos abarca dos suertes de fenómenos: los de organización o construcción, y los de destrucción. Aquéllos corresponden al crecimiento en sus varias manifestaciones; éstos, a la actividad fisiológica de los órganos. De modo que

para él, el funcionamiento de los órganos se realiza destruyéndolos, proposición que enunció en esta forma paradojal: la vida es la muerte.

Para Félix Le Dantec, al contrario, la integración y el desarrollo de los órganos se realizan gracias a su funcionamiento: la actividad fisiológica es el resorte de la creación misma del órgano. Así se explican la atrofia de los órganos inactivos y la hipertrofia de los que trabajan mucho.

Ahora bien, Honorio Delgado adopta una posición intermediaria entre ambas teorías. Para él, la excitación provocadora de la actividad del órgano, tiene por consecuencia acarrear un parcial derrumbamiento de moléculas del edificio elemental orgánico (desintegración). Luego se opera una reacción: los líquidos nutritivos del medio interior aportan a las células agotadas los elementos de reconstitución que les hacían falta. La nueva combinación química no se opera debido a fuerza vital alguna (incompatible con el positivismo del autor), sino debido a la acción de masa: debido a la abundancia de materia nutritiva aportada. ¿Cómo explicar, dentro de esta teoría, la atrofia de los órganos inactivos y la hipertrofia de los hiperactivos? El proceso sumariamente descrito se verifica tanto más intensamente cuanto más trabaja un órgano, y tanto más intensamente también se hallará sometido éste a la irrigación regeneradora y sobrealimentadora de los líquidos internos.

El estudio que rápidamente analizamos es, por desgracia, sobrado conciso: cabe pedir a su autor un mayor desarrollo de tan interesante concepción.

C. L. P.

LA REVOLUCION DEL CUZCO (1814).—La enojosa controversia sobre el salitre sostenida entre Bolivia y Chile.—La cuestión limítrofe con Chile.—Por Evaristo San Cristóbal.—Lima, 1919.

Los estudios cuyos títulos se mencionan, han sido últimamente publicados por el señor Evaristo San Cristóbal, joven y laborioso escritor, cuya predilección por los problemas nacionales ha sido revelada en una serie de folletos y opúsculos.

La Revolución del Cuzco, contiene el examen minuciosamente documentado de la enérgica rebelión de Pumaccahua. El autor no se ha limitado a la narración escueta de aquel hecho de armas; las figuras del héroe y de los patriotas coejecutores del plan liberatorio, se hallan enlazadas al medio ambiente y a las condiciones sociales y políticas de ese momento histórico. El estudio obtiene, así, aspecto pintoresco y viviente, sin degenerar en mera digresión literaria, porque impide esto, la intercalación oportuna de los datos cronológicos y de los documentos más interesantes. Digno de alabanza es el esfuerzo que la facción de este libro representa.

"La enojosa controversia sobre el salitre" es una monografía histórica donde se aborda esta debatida cuestión entre Bolivia y Chile. Forman su apéndice importantes documentos que aparejan la tesis del autor. Finalmente, "La Cuestión Límites con Chile" es una compilación

de acreditados estudios sobre problema tan sustantivo para nosotros. Hoy más que nunca, en que vivimos la esperanza intensa de un definitivo esclarecimiento histórico, trabajos como éstos merecen la gratitud pública, porque son contribuciones, variables en grado de eficacia pero eficaces siempre, a la solución justa del problema nacional más trascendente.

H. B. G. y U.

LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS, ESCRITOS POR GARCILASO DE LA VEGA.—Anotaciones y concordancias del Dr. Horacio H. Urteaga.—Lima, 1919.

El erudito e infatigable historiógrafo, Dr. Horacio H. Urteaga, acaba de publicar el tomo III de los *Comentarios Reales* de Garcilaso, prestando con ello un inmenso servicio a los aficionados a los estudios de historia nacional y que no podían leer al príncipe de nuestros historiadores, sino en las raras ediciones del siglo XVIII. Hacía tiempo que veníamos preconizando una edición popular de la obra de Garcilaso, puesto que los *Comentarios Reales* constituyen un libro esencial no sólo en la cultura peruana sino en la americana. Por la riqueza de las leyendas, la belleza del estilo, la intuición de los sentimientos de la raza y la visión directa del territorio, la obra inmortal del Inca Garcilaso contribuirá, al difundirse, a la formación del espíritu patrio.

Bastan las anteriores consideraciones para aplaudir la obra del Dr. Urteaga. Agreguemos a esto, que ella contiene interesantes datos e ilustraciones y eruditas anotaciones y concordancias con las Crónicas de Indias del mismo Dr. Urteaga, lo cual da a la obra mayor interés.

No terminaremos esta nota sin manifestar que la colección de los documentos históricos del Perú que se inicia con los *Comentarios Reales*, unida a la colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, de la cual han aparecido ya doce tomos, constituyen, después del alegato de la cuestión de límites con Bolivia, el esfuerzo más grande que se haya hecho en pró de la bibliografía histórica del Perú; siendo de advertir que las colecciones se publican sin apoyo oficial, lo cual acendra más su mérito. Y por lo mismo extraño es que la prensa nacional y el público todo no hayan acogido las obras de estas colecciones con todo el entusiasmo que ellas merecían.

Esperamos del Dr. Urteaga, no solamente la continuación de su obra de comentario y concordancia de las crónicas antiguas, y obras del interés de los *Bocetos Históricos*, sino un trabajo general y sintético de la historia del Perú, para el cual cuenta con condiciones excepcionales por su vasta preparación, inteligencia y por su decidida vocación histórica.

El *Mercurio* cumple un deber, consecuente con su tradición nacionalista de aplaudir y de alentar el meritísimo esfuerzo del doctor Urteaga.

N. de la R.

Prometeo

Adolfo Agorio, eminente escritor uruguayo, cuyos libros han merecido los más calurosos elogios de la crítica y de la prensa en América y Europa, es un altísimo representante de la intelectualidad de su país. Las páginas inéditas que de él publicamos son una excelente muestra de su prosa nerviosa y ágil, donde no se sabe que apreciar más, si la profundidad filosófica del pensamiento o la elegancia y belleza de la forma.

Allí ha quedado, como una inmensa sombra de piedra, entre las lagunas desecadas por la fiebre de Zeus, entre los peñascos deshechos, entre las cimas tronchadas por el rayo, entre los bosques arrancados de cuajo por la violencia de las tempestades. Allí ha quedado, con sus cadenas rotas, junto al ave monstruosa, el ave del suplicio, paralizado por el espectáculo de la indiferencia humana, aturdido de miedo, atónito ante el dolor sin recompensa. Allí ha quedado, como esculpido en la roca de la montaña, el símbolo supremo de los sacrificios; la imagen doliente y fecunda que afronta la cólera de los dioses y que teme la libertad, porque adivina la ingratitud de los hombres. Prometeo es el genio acorazado contra los pensamientos rastreros, que desdeña los consejos discretos del buen sentido, que no cree en las civilizaciones atiborradas de sabias sentencias. Abomina de la humanidad hecha de retórica y desprecia el progreso que sólo se alcanza con palabras. Prometeo es el salvaje flexible, la naturaleza palpitante en el torbellino sagrado de sus instintos. Es la fuerza despeñada en la noche de su propia locura, persiguiendo la chispa errante del destino. Fuego y trágico, incesantemente renovado, drama sin desenlace, cuyo grito atroz se prolonga en los siglos; su rehabilitación se funde con

el sarcasmo, su triunfo y su delito han sido siempre los puntos eternos de un mismo círculo. Nada más culpable que el éxito de los reformadores. El Hércules libertador es la posteridad que llega siempre demasiado tarde, la posteridad que no tiene sentido para quien ha provocado su juicio. Resulta menos peligroso admitir con Aristóteles que el fuego nace del frotamiento de las nubes, que fingirlo un tesoro robado del seno de Júpiter. La ciencia es inofensiva, porque cree ser exacta. Mata abiertamente, con franqueza, sin sembrar esas terribles sujestiones del infinito que fermentan como vinos de ensalmo. Nuestra verdad es la embriaguez que dura un segundo y que se disipa como fantasma bajo el aliento de las nuevas revelaciones. Desentrañar un secreto es abrir el camino de una amargura. Prometeo ha aprendido la ciencia de escarbar el sedimento áspero que queda en el fondo de los bellos ideales. Y detrás de las heces sombrías, junto al cáliz roto, ha visto fulgurar el relámpago de su copa de oro. Solamente resplandece el ánfora que ha engendrado una pesadilla sublime. Lo demás es humo fantástico, sombra y polvareda.

Todavía se escucha sobre la escarpada roca el ruido de los hierros malditos. Una figura siniestra, chorreando sangre, muestra su vientre abierto, sus barbas salpicadas de espuma, sus puños desollados por el tormento. La boca pálida se crispa en un rujido de muerte. Prometeo acepta el perdón de los dioses, que no es otra cosa que la libertad de su padecimiento. Su cólera se apaga como un astro lejano. Sufre en medio de la humanidad impasible, acompañado por la naturaleza humillada, violada en sus misterios, que participa del dolor de los héroes. Las aguas del Esperquio suben hasta él y lo envuelven como en vapor de lágrimas. Los lobos lanzan aullidos desgarradores al pie de la Scitia. El viento trágico de Tesalia sopla sobre el Cáucaso y solloza en la dura ramazón de las encinas. La lluvia azota los desfiladeros precipitando los torrentes en el abismo, latiendo como espantosas arterias. Los cien valles del Eta repiten hasta el infinito el eco de la batalla de los titanes. Hierve el mar de los Alciones enloquecido bajo el aliento divino de Delfos, y las tres mil oceánidas, fatigadas por el llanto, se secan como estatuas de sal y desaparecen en el cielo poblado de blancos espectros. El trueno y el rayo hacen coro a esta prodi-

giosa agonía. Pero el hombre sonríe al margen de la grandeza moribunda. No comprende la angustia irreparable que él mismo ha forjado. No sabe que Prometeo vacila y muere, porque ha quebrantado su ataraxia, porque le empieza a preocupar la caprichosa mutabilidad del juicio humano, porque se siente demasiado ligado al barro deleznable del mundo. Mientras cierra sus sentidos a las torpes sujestiones de abajo, Prometeo franquea el umbral del Olimpo, introduce el desórden en la morada de los dioses y no concibe mayor castigo que la resplandeciente expiación de su genio. Es el hombre que ha repartido su divinidad entre los semejantes, el hombre que teme al hombre. Es el dios que se ha debilitado haciendo dioses. Si Prometeo no abdicase de su poderío, dejaría de ser el mito más profundamente humano de la antigüedad, humano en la locura desesperada, humano en la esperanza inmortal que centellea sobre su martirio. Renunciar al perfeccionamiento de la vida es sentirse esclavo. Quien no espera la renovación acepta el grillete. *"Invideo quia quiescunt"*, exclama Lutero en el cementerio de Worms. A esta doctrina de resignación glacial, de tristeza impotente, el símbolo antiguo de Prometeo opone el evangelio del abatimiento glorioso, el principio de la fatiga creadora. Lutero, que no conoce el descanso, lo desea como un misterio amable. Los imperios caen aniquilados, los tronos se derrumban deshechos en polvo; la concepción helénica del libre exámen roe la brutal arquitectura de los dogmas y precipita el cisma cristiano; el pasado voltea sobre el presente toda su inquietud secular; las energías se agotan y se substituyen en la atmósfera sutil de las ideas....Es el principio de Prometeo, tierno como la leyenda del héroe solar, el principio que muere y renace, que renueva los matices de la fuerza y del sufrimiento, que desespera a los sabios, que abandona a los guerreros, que se burla de Empédocles, que juega en aquel cielo maravilloso de Capua que vió desaparecer a Aníbal entre sus legiones enervadas, como en las ondas de un mar en calma, mientras el espectáculo de la belleza adormecía el corazón de los triunfadores...Prometeo no es más que eso: esfuerzo sin reposo, el milagro de la contradicción permanente entre el dolor y la esperanza. Marcha hacia la sombra, camina entre tinieblas y el chisporroteo de su antorcha sagrada, desgarrando el velo de la noche, señala el paso de las auroras.

Prometeo brota del seno de Climena como el mito helénico de la ataraxia. Vayamos hacia la fuente íntima de su genio, descubriéndole en su acepción esotérica, en su verdadera alma olvidada, fundiéndose en el silencio de los misterios antiguos. Bajo los elementos desencadenados, entre torbellinos de tierra y de fuego, Prometeo infunde en la pobre naturaleza humana el sentido de la inmortalidad. Su ataraxia es la soledad de los instintos, el desamparo de las fuerzas creadoras que quiere trasmitir al hombre. Impasible ante la asechanza de las potencias obscuras, impasible ante el zumbido de su propia queja, que silba furiosamente sobre los pueblos acongojados, no escucha el bramar de las tempestades, ni el rugir de las fieras divinas, ni los medrosos lamentos de Hefestos, que remacha, sollozando, las cadenas contra la roca. Hasta el propio mensajero de Zeus es un verdugo enternecido, un rayo que fulmina entre lágrimas, la confidencia enmascarada bajo una túnica de puñales. Hefestos es el corazón que se rebela contra el mandato del amo, pero a quien una ley superior obliga a la obediencia. Mientras Prometeo queda aferrado al desnudo peñasco, Hefestos ahoga su dolor bajo un diluvio de blasfemias suplicantes. Diríase que su protesta es un susurro discreto y frágil que temblara ante la sospecha de despertar a los dioses de su ensueño implacable. Prometeo adivina el desasosiego de su verdugo. Comprende profundamente esas rebeliones sutiles, inseparables de la moral clásica, y que forman con el suplicio una sola armonía. La unidad de la cultura antigua muestra allí, sobre los basaltos cubiertos de musgo, sobre los hierros enmohecidos por la sangre, un lugar de austero recogimiento. Rasgando con finas meditaciones la máscara grandiosa de su tragedia, Esquilo pone en boca de Prometeo una frase que hallamos en el libro de los salmos (P.CXIII), y que resume el sentido semítico de la ataraxia filtrándose en los planos más elevados del arte griego. La nueva mentalidad esotérica consiste en la afirmación de sí mismo por el culto de lo imperturbable. "Ojos tenían, pero sin ver; oyendo no escuchaban", dice Prometeo. El ideal cierra todas las ventanas que miran al mundo exterior. Hay una finalidad suprema y abstracta que mata los órganos del conocimiento sensible. Precisamente porque no ven, porque no oyen, sienten como nadie la fuerza expansiva de la vida. El mito de Prometeo es demasiado espiritual, demasiado intangible para medirlo en el orden de las realidades efectivas. Es necesario colocarse dentro de la ataraxia, que es

intensidad de ideal y ausencia de vanas supersticiones. Hemos prostituído el fuego sagrado, abrasando la senda que solamente debía alumbrar. La antorcha se ha paseado de un extremo a otro del mundo sobre paisajes lívidos, removiendo escombros de ciudades y restos de hombres. Muy pronto habrá de caer, como de un pedestal en ruinas, del puño de la humanidad envilecida. Flotante sobre la adivinación de los pensadores y de los artistas, el fuego se detiene en la chispa interior que palpita un segundo, se fija en el relámpago. Purifiquemos nuestra casa en la contemplación de los valores inmutables. Que la llama arda sobre cenizas de virtud. Huyamos del estrépito de la riqueza, del falso deslumbramiento, de los ruidos fastuosos. Descubramos con el esfuerzo el único placer razonable de la vida, la voluptuosidad que duerme en el fondo del humano fastidio. "Nos creemos felices en no ser demasiado felices", dice el personaje de Shakespeare. Lo que llamamos dicha no es más que una aberración elegante de esa mortal monotonía que pesa sobre el universo. La salvaje franqueza de Prometeo hiere duramente los oídos hipócritas. Pero preferimos el dolor deformado, falsificado, disfrazado con marcas atrayentes y signos amables. Queremos ignorar que el verdadero placer no deja huellas y que la felicidad consiste en buscar la manera más agradable de aburrirse. Resulta asunto simple ocultar con máscaras nuestro disgusto de las cosas. Lo difícil es abolir el infortunio y perpetuar la simulación. "Raza audaz de Jafet" escribe melancólicamente Horacio. Sí. Raza de audaces desventurados, audaces en la locura y en la prudencia. He ahí la augusta ataraxia de Prometeo, la dicha que aturde con su estrépito, la dicha que se hace farsa ensordecedora, y la farsa que se vuelve dolor....

ADOLFO AGORIO.

Montevideo—1919.

Sonetos

Enrique Larreta, el celebrado autor de *La Gloria de Don Ramiro,* es una de las figuras literarias más brillantes del Continente. La aristocracia de su talento, su indiscutible maestría en el manejo de la prosa y sus excepcionales dotes de pensador original y artista exquisito, le asignan hoy el más alto puesto en la literatura de la América española. Como poeta, ha sabido arrancar, también, a su lira acentos de un penetrante y hondo lirismo. *"Mercurio Peruano"* tiene la satisfacción de ofrecer a sus lectores en este número, cuatro de sus mejores poemas inéditos.

"WERTHER"

Una gran tentación y un gran respeto.
Una ansia audaz de acariciar sus ojos,
de morder sin piedad sus labios rojos
y un trémulo fervor de amor secreto.

A este doble sentir siempre sujeto;
ora venciendo intrépidos antojos,
ora tornando a burla mis sonrojos
mi amante corazón nunca está quieto.

Ella, en tanto, medrosa en la defensa
de su casto silencio el casto broche
no se atreva a romper; y así la ofensa

nunca dice do está, ni do el reproche.
¡Quién me diera saber lo que ella piensa
en el soñar impune de la noche!

"ACTEON"

Aquél fuí yo, que en horas de fatiga,
buscando el lago de la selva obscura
sorprendiera en las ondas tu hermosura
lejos la ninfa, lejos la cuadriga.

Aciago fué el encuentro; y no se diga
lo que agravó tu enojo mi tortura,
cual si fuera un pecado la ternura
y el mismo amor, selvática enemiga.

No de otro modo Artemis cazadora
castigara feroz de Acteón la suerte.
Tú también me cambiaste en corredora

y sedienta alimaña; y al volverte
azuzaste a tus perros, vengadora
para que allí, en tropel, me diesen muerte.

LA QUEJA DE DON JUAN

¿Por qué en vez de llorar no amenazaste?
¿Por qué fuiste tan dulce y tan honrada?
¿Por qué siempre a mis pies desconsolada
derrocar nuestra dicha me dejaste?

¿Cómo no presentías el desgaste
de nuestro humano amor? ¿Por qué mi amada
no fuiste un poco infiel y despiadada
para atizar el fuego que inflamaste?

Te perdí sin saber lo que perdía:
culpa fué de tu cándida nobleza
que no quiso medir lo que ofrecía.

Hoy solitario y torvo en mi tristeza
pensando en tí desque amanece el día
mi inconstancia maldigo y tu firmeza.

ENRIQUE LARRETA.

A Victor Andrés Belaunde.

Porqué decir ¿presente, porvenir ó pasado?
ual fija ruta ignota, que vamos recorriendo,
[redacted]fábula escrita, que fuésemos leyendo,
ési nuestro destino y así todo lo creado.

o que fué sigue siendo. Ya existe lo esperado.
a pupila viajera viajera del alma, no temiendo
r delante su dicha se entristece creyendo
ue ya su dicha es muerta, que es muerta ó no ha llegado.

de aquel que no sabe reanimar su ventura,
ti(ipar el goce de suerte venidera,
ver fuera del tiempo la amorosa ternura
cantarando el zumo de fruta pasajera!
de aquel que no sabe, con sediento locura
ntar en cada trago, toda su vida entera!

Enrique Larreta

Historia Nacional.-Armamento Incaico.- La Estólica o Atlaltle.

La más antigua de las armas usadas por los naturales de América ha sido la estólica o tiradera. La emplearon los esquimales de la América septentrional, los indios de las Antillas, México, y Centro América, los Muiscas y los indios de la Costa y sierra del Perú, y se la encuentra en más de una necrópolis de las regiones argentinas y chilenas (1). Bien podía por eso llamársela *arma americana*, si la simplicidad de su mecanismo y la sencillez en su manejo, no la hicieran aparecer como la pri-

(1).—En los enterramientos de Arica se han encontrado estólicas y también entre los artefactos de las necrópolis de Talcahuano. La estólica es posible que se usará todavía entre las tropas araucanas de la época de la Conquista, y quizá si son estólicas las bautizadas por Ercilla con el nombre de dardos, y de flechas y bastones; cuando al hablar de las armas de los indios chilenos, dice:

Las armas dellos mas ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enastadas
de la facion y forma de punzones:
hachas, martillos, mazas barretadas,
dardos, sargentas, *flechas y bastones*,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos y trabucos.

Ercilla.—La Araucana, Canto I.

A la estólica seguramente se refiere también la noticia que dá el el Jesuíta Diego Rozales en su historia, cuando dice "sin esto llevan a la guerra pedreros que van de vanguardia, y unos que llevan algunos *garrotillos arrojadizos*." José Toribio Medina. Aborígenes de Chile, página 378.

mera manifestación de la rudimentaria inventiva del hombre primitivo, que crea artefactos e instrumentos, de utilidad y de defensa, en los orígenes de todo proceso cultural.

No es raro encontrar ejemplares de esta arma en los restos de las pasadas culturas asiáticas y oceánicas, y, a juzgar por las apostillas de Uhle al interesante artículo de F. Krausse (2), este publicista ha demostrado el empleo universal de la estólica y de la flecha, como instrumentos de ataque y defensa, más primitivos y más simples.

Hay, sin embargo, una enorme diferencia en el mecanismo de estas armas, y esta diferencia acusa, por lo mismo, que inventada la estólica, debió pasar un lapso de tiempo considerable en el descubrimiento o empleo del arco para disparar flechas. Tan adelantado fué este instrumento, que perduró hasta los más avanzados períodos de la civilización, y subsistió en uso en los ejércitos de la Europa medioeval aun después de descubiertas las armas de fuego, como lo demuestra lo ocurrido en la batalla de Crécy (3).

Subsiste también el uso de la estólica aun en el período avanzado del empleo del arco, y como ocurre, en más de una ocasión con los viejos instrumentos, éstos quedan como símbolos en el ceremonial político-religioso.

Así ha ocurrido con la estólica en el Perú. Usada por los indios de los más remotos períodos históricos, se intensifica su empleo bajo las culturas de Nazca, del Chimú y de Tiahuanaco, y aun cuando, en este último período, parece utilizado el arco, subsiste la estólica como el viejo instrumento militar que ha de servir de símbolo del poder y el imperio en manos de los dioses (4).

---

(2).—*Internacionales Arctiv für Etehnografphie.* Vol. XV.

(3).—En la batalla de Crecy, en que por primera vez usó la artillería de campaña, el ejército inglés, en su mayor parte estaba formado por arqueros, y gracias a éstos se obtuvo la victoria. (26 de Agosto de 1346).

(4).—Como ocurría en el Egipto: la nave de tipo arcaico con dos remos por timón, era la usada en las ceremonias religiosas del Nilo y la que se dibujaba en las estelas, donde Osiris aparecía conduciendo las almas en la barca celeste. Véase C. *Memoria de Mrs. Coztas*, miembro del Instituto de Egipto. Apud. Menard y Sauvageot. *La vida privada de los antiguos.* El Perú. *Bocetos Históricos* 2a. Serie por H. Urteaga. *Arte de navegar en el antiguo Perú.* p. 79.

El empleo del arco se generalizó bajo el dominio de los kechuas del segundo imperio o período incaico (5), pero el uso de la estólica continuó aunque en forma más restringida. Seguramente, en los ejércitos kechuas, los tiradores de estólica eran escogidos entre los más diestros, o quizá si se utilizaba esta arma, dada su simplicidad, como auxiliar en los momentos de apuro. No es improbable que el uso de la estólica, en los ejércitos incaicos, indicará la interpolación, entre las tropas imperiales, de soldados de las provincias conquistadas, diestros en el manejo de esta arma a la que daban la preferencia.

La Estólica o tiradera consiste en un mango de madera de longitud variable entre 60 a 90 centímetros, que se hace reposar en el antebrazo, y, sirviendo como una prolongación de este miembro, procura el lanzamiento de la flecha o dando con una velocidad, siempre mayor al sólo impulso del brazo, e imprime al proyectil una dirección fija y marcada por la posición del instrumento.

Para asegurar la fijexa del dardo sobre la estólica y para mantener ésta fija, mientras aquél es arrojado, se empleaban algunos elementos accesorios: ganchos en las estremidades anterior y posterior, agujeros circulares en uno de sus extremos o cuerdas laterales a manera de dedales o argollas. Algunas estólicas, las usadas por los mexicanos, ofrecían una acanaladura longitudinal, apta para el depósito o sostén del dardo, que, al ser lanzado, se deslizaba fácilmente, y en una dirección fija en el sentido que le marcaba el operador.

Estos accesorios en el instrumento han dado lugar a varias clasificaciones, que nosotros hemos procurado completar, agrupando sistemadamente los tipos conocidos por los arqueólogos.

---

(5).—Véase Jerez. *Conquista del Perú. Col. de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú* por H. Urteaga y Carlos Romero. Tomo V. p. 63. Cobo. *Historia del Nuevo Mundo.* tomo III. c... p...

Garcilaso de la Vega. *Comentarios Reales. Colección Urteaga.* tomo I. Libro..... C.....

Uhle. *La Estólica. Rev. Histórica.* tomo II. p. 118.

PRIMER TIPO.

Corresponde este tipo a la forma más simple.

Un bastón de 40 a 60 c. m. de largo con uno o más rebordes o botones en el extremo posterior y un gancho atado en el anterior. Los rebordes servían para dificultar el deslizamiento o escape del instrumento, que debía quedar en la mano al ser lanzado el dardo; el gancho mantenía, como un lijero puente, el extremo de la flecha. Ejemplares de este tipo nos ofrecen los hallazgos en Moche (civilización yunga peruana) grabado N.° 1, fig a. En estas tiraderas se observa una acanaladura en el extremo superior del segundo bastón, rastro de un hueco tallado exprofeso para introducir el gancho o puente de piedra o hueso que se sujetaba con un hilo o cuerda de cabuya, como se observa en la estólica del mismo grabado, fig. c.

VARIANTE DEL TIPO PRIMERO.

Un variante del tipo primero es la que nos ofrece la tiradera del grabado N.° 2, fig. a, y que fiugura en el album adscrito a la obra de Monseñor González Suárez (6). Aquí los botones y rebordes extremos de la estólica del grabado N.° 1, fig. a, han sido reemplazados por abrazaderas cilíndricas que se escalonan en toda su longitud. En esta estólica el puente posterior incrustrado representa el medio cuerpo de un patito.

SEGUNDO TIPO.

Corresponde este tipo, que es el más geenralizado, al de las estólicas consistentes en un bastón de 50 a 60 c.m. de largo en que se han reemplazado los botones o rebordes por un gancho que sirve para apoyar el dedo cuando el dardo es lanzado; estos ganchos se hallan colocados en ángulo recto sobre el eje y a muy corta distancia de los extremos, y están fijos sobre la tira-

(6).—Ilmo. Sr. Dr. Federico Gonzáles Suárez, *Los aborígenas de Imbabura y el Carchi,* Quito 1908.

dera por incrustración o por amarras con una cuerda de pita,(1) cuero o lana, estando entonces agujereados los ganchos para dar consistencia a la envoltura, como se ve por el ejemplar del grabado N.° 1 fig. c, de una estólica hallada por Uhle en Nievería.

Del otro extremo, a juzgar por las ligaduras, llevaba una pieza de hueso, que fué encontrada con el palo. Esta pieza tiene la base un poco alargada y acanalada para adaptarla al palo. Representa la cabeza y cuello de un gato. "A mi parecer, dice el profesor, la pieza estaba colocada con la cabeza mirando

Grabado No. 1

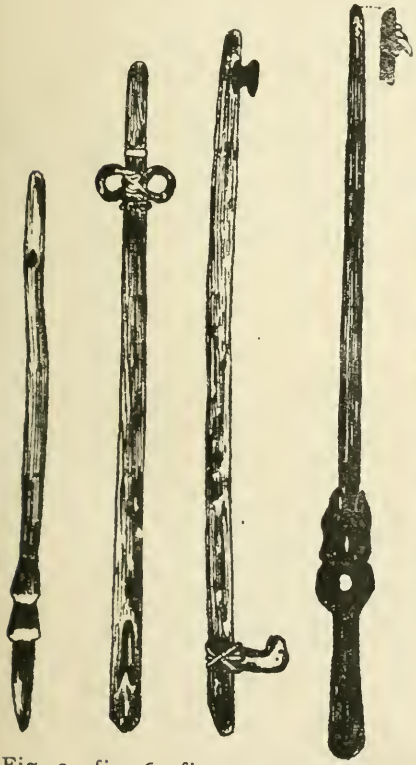


Fig. a fig. 6 fig. c fig. m

Grabado No. 2

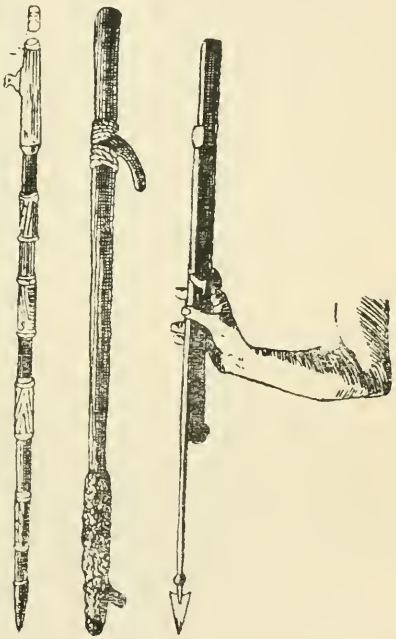


Fig. a fig. 6 fig. c

(7).—La pita es la fibra de la penca u hoja del maguey (ágave americano) unidos varios de estos hilos forman una cuerda muy resistente. Está muy generalizado su uso entre los indios del Ecuador del Perú y de Bolivia.

(7).—La pita es la fibra de la penca u hoja del manguey (agave americano) unidos varios de estos hijos forman una cuerda muy resis-

hacia atrás. Por lo menos esta posición era más ventajosa para servir de soporte a la mano que agarraba el palo. Las figuras de estólicas con dos ganchos inversos pintados en vasos de Nazca confirman esta suposición." Como siempre, el gancho anterior habrá formado con el posterior un ángulo de 90 grados con el palo hacia la izquierda (8).

VARIANTES DEL SEGUNDO TIPO.

Los ganchos anterior y posterior de las estólicas que corresponden a esta variante, no siempre se hallan incrustrados, ni forman con el palo ángulos rectos; a veces son simples adiciones en forma de ganchos, sujetas por una ligadura de lana o cuero, eso sí, se hallan ambos en el mismo plano, y el gancho colocado en la parte posterior, que es el más grueso, muestra su arqueadura hacia el interior, manifestando claramente que se le destinaba para apoyar los dedos. Una preciosa muestra de esta variante es la estólica hallada en Sigsig grabado N.º 2 fig. b (9).

TERCER TIPO.

A este tipo corresponden las estólicas en donde el gancho posterior, apoyador de los dedos, es reemplazado por un agujero que se labra en una artificial ampliación del palo; esta forma de tiradera ha sido hallada en los enterramientos de los indios peruanos antiguos de la costa, y entre los Chibchas, Quimbayas y Guaraníes del Brasil. Véase los grabados N.º 1 fig. m. (10).

Una muestra bien caracterizada de este tipo nos ofrece el ejemplar citado, existente en el Museo Histórico Nacional de Lima, descrito por el profesor Uhle. "El instrumento, dice, mide 60 c. m. de largo; la parte posterior tiene la forma de un basto delgado. El gancho posterior es hecho de concha colorada (Spondilus pictorum) y parecido en su forma a la cabeza de un pájaro que tiene algo en el pico. La parte delantera, que sirve para agarrar el instrumento, con 12 c.m. de largo, va aumen-

(8).—Uhle. *La Estólica. Rev. Histórica,* tomo II.

(9).—Von den Steinen: *Unterden Naturvólkern Zentral-Brasiliens.* Berlín 1894. Citado por J. Jijón. Oh. cit. p. 120.

(10).—Uhle. *La Estólica.* Art. cit. ob. cit.

tando de grosor hacia delante, lo que facilita su adaptación a la mano. El anillo en el medio tiene 1.6. c. m. de espesor y 1.6. c.m. en el claro, suficiente para introducir en él un dedo de la mano derecha. La superficie del anillo está grabado con líneas, y a derecha e izquierda de él se proyectan, para atrás, dos figuras de pájaros, símbolos de la velocidad del dardo disparado. El motivo de las plumas partidas de las alas se repite en dos fajas grabadas en el mango (11). El mismo profesor nos

Grabado No. 3

Fig. a fig. 6

Grabado No. 4

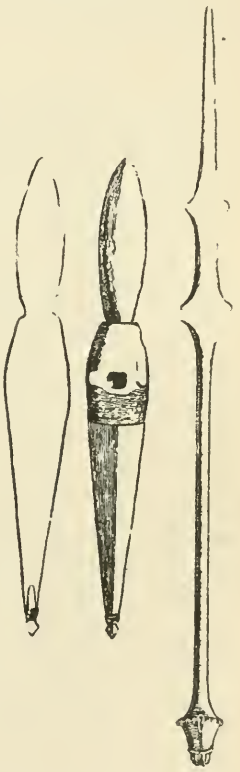


Fig. a fig 6

Estólicas usadas por los indios amazónicos.

(11).—"Una estólica parecida para juegos de niños fué encontrada entre los Karayas en el E. del Brasil" Véase Uhle. Art. cit. *Revista Histórica*. p. 121 y sus referencias a la de Ehrenreich.

En el Museo Prado de Lima se ven también estólicas pequeñas que quizá si han tenido idéntico destino.

cuenta que una estólica del mismo tipo existe en el Museo de la Universidad de California, hallada en el Perú. Tiene solamente 33 c.m. de largo y cree, con razón, que ha debido ser fabricada como juguete. (12) El objeto para el que se le destinaba es una razón suficiente de lo generalizado que estaba este tipo de estólica entre los indios yungas de la costa peruana y la perfección que había adquirido sobre los antiguos ejemplares.

VARIANTE DEL TERCER TIPO.

Una variante del tipo tercero nos ofrece la estólica hallada entre los indios del S.E. de los EE. UU. "en que el garfio posterior es tallado en la misma tiradera, en cuya extremidad anterior hay unas argollas hechas de cuerdas" (13).

Fácilmente se comprende que el gancho anterior se utilizaba para apoyo del dardo y las argollas servían para sujetar la estólica, introduciendo por ellas los dedos.

La perfección de esta variante del tipo tercero, nos lo ofrece el ejemplar de estólica del grabado N.° fig b, en que el bastón está sustituído por una vara tallada de cuatro caras con una lijera acanaladura en la longitud de una de éstas, y que servía para colocar el dardo que sobre ella había de deslizarse. En esta estólica en lugar del gancho posterior, se adaptaban, en un apéndice *ad hoc*, dos argollas de cuero, por donde se introducían los dedos con el fin ya conocido. Muestra de esta clase de tiradera es la que nos ofrece el grabado de la obra de Oviedo, quien nos cuenta que los indios de Castilla del Oro "tenían como armas varas que arrojan como dardos con estóricas (que son cierta manera de avientos) de unos bastones bien labrados, como aquí está pintado, dice, con los cuales arrojan las varas, quedando siempre la estórica en la mano: o ponen la punta de la estórica en la punta de la vara y sacúdenla muy recia derecha o lejos o cerca bien guiándose como buenos punteros". (13).

---

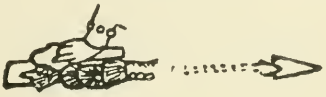
(12).—Pepper: *The Trowing-Stik of a Prehistoric people of the Southwest.* (Congress of Americanists of New-York, p. 107 a 130. Apunt. J. Jijón. Ob.

(13).—Oviedo *Historia Natural y Moral de las Indias.* tomo II p. 127. Madrid 1853.

CUARTO TIPO.

El tipo cuarto de estólica corresponde a una tiradera sin garfios ni argollas, supliendo el destino de estos accesorios, talladuras o desviaciones en los extremos; las talladuras hacían difícil el deslizamiento, rozando ásperamente con la mano, y las desviaciones en los extremos hacían las veces de un gran gancho que era fácil sujetar. La tiradera tallada con cuatro caras, tenía una acanaladura en la cara superior donde se colocaba el dardo que había de resbalar por ella fácil y rectamente. El uso de tales estólicas estaba generalizado entre los indios mayas de Centro América y los mexicanos, ya que en los bajos relieves de sus monumentos de piedra se observan tiraderas de este tipo. Veáse los grabados N.° 5. Muestra de tales estólicas nos ofrece el ejemplar existente en el Museo Nacional de México y que reproduce el señor Jijón en su ponderada obra arqueológica: "Los Aborígenes de la Provincia de Imbabura" (14).

Grabado No. 5



Manera de arrojar el dardo de la Estólica. Tomado de una pintura mexicana.

VARIANTES DEL TIPO CUARTO.

Las variantes del tipo cuarto consisten en las adiciones a la tiradera en forma de tabla, y que no tiene otro destino que mantener fija la estólica a la salida del dardo, o en modificaciones de forma de la misma tabla.

Muestra de tales variantes nos ofrecen los ejemplares hallados entre los indios amazónicos, entre los del valle de Cauca y entre los Karayas. (15) Véase grabados N.° 3 fig. a estudiadas por Krausse, por Zelia Nattal (16) y por el prof. Uhle. Según asevera-

---

(14).—*Los aborígenes de la Provincia de Imbabura,* Rep. del Ecuador. J. Jijón Camaño. Edi. Madrid. Véase p. 120.

(15).—*Internacionalen Archiv. füur Ethnographie.* Vol. XV. Apud. Uhle. *Rev. Histórica.* Art. cit.

(16). —*The Atlalt or spear thowen of the ancient Mexicans,* by Zelia Nuttall: Peabody Museum Papers, Vol. I núm. 3.o. Jijón. Ob. cit. p. 122.

Max Uhle. *La Estólica* Ob. cit. *Rev. Historia.*

ciones del señor Jijón, a esta variante de tiraderas en forma de tabla, corresponden las tiraderas descritas por Fray Diego de Landa, así como las señaladas por Boas para los esquimales (17).

Tales son las variadas formas de esta arma usada por los nombres de todas las razas, en los primeros estadios culturales. Su empleo estuvo tan generalizado en América, que como dice el señor Jijón, bien podría llamarse a la estólica o atlaltle una arma verdaderamente *panamericana,* sin embargo se la encuentra lo mismo que al arpón, usada por el hombre, tal vez desde la edad de la piedra, los esquimales y los australianos (18) la emplearon tanto como los americanos, y, es posible que, antes del uso de la flecha, haya sido el arma empleada por las razas bárbaras del Asia.

En el Perú se la encuentra en las más remotas culturas de Proto-Nazca y Proto-Chimu, y variadas muestras nos ofrece el estracto cultural de Tiahuanaco.

En los cántaros de Nazca hallamos magníficos dibujos que nos muestran el empleo de la estólica, correspondiente al primer género, y en las necrópolis de los yungas se han encontrado ejemplares de las variantes de este tipo (19).

A la antigua cultura de Proto Chimu pertenecen los ejemplares hallados por Uhle en las necrópolis de Ancón, Valle de Lima y Nievería, (20) y correspondientes al período tiahuanaquense son las señaladas por Jijón de un enterramiento de Sigsig en la región de los Cañaris. (Ecuador). (21).

Pero el uso de la estólica se prolongó hasta el período incaico o sea el segundo imperio kechua, como lo prueba el hecho de que en los ejércitos de Atahuallpa, se conservaran aún soldados armados de estólicas. Es posible, como lo cree Uhle, que semejantes tropas fuesen las sacadas de alguna región del Ecuador, donde la estólica estuvo en uso hasta el período de la conquista.

---

(17).—Beas, *The Central Ekimo* (Stmithsonian Institution. Vol. XIV p. 496) J. Jijón Ob. cit. p. 122.

(18).—Taylor, *Arqueología.* Madrid 1888. p. 220 apun. J. Jijón.

(19).—O sea de las tiraderas en que el gancho posterior está reemplazado por un hueco para la introducción del dedo.

(20).—Uhle. *La Estólica.* Art. cit. *Rev. Histórica.*

(21).—J. Jijón. Ob. cit. p. 122.

Por lo demás, el que en la fiesta del Raymy, se hicieran simulacros de combates son estólicas, podría probar el uso del arma, pero también que su empleo recordaba antiguos combates y prácticas militares arcaicas, que en la solemnidad religiosa se recordaban, apareciendo entonces la estólica, como un símbolo.

Era natural que los ejércitos kechuas fueran excluyendo de su organización militar, esta arma, reemplazada ventajosamente por el arco. El aprovechamiento de fuerzas naturales que se unían a la energía humana creaba el mecanismo complicado del arco y la flecha, que, por otro lado, daba más precisión al tiro y alargaba mucho más la distancia del proyectil.

Arpón, estólica y arco, son las tres manifestaciones de la máquina ofensiva, tan universalmente conocida y aplicada, y a la que la civilización debe sus progresos y sus agudas crisis. Marca el arpón el combate más rudo del hombre, aquel que emprende contra una naturaleza enemiga. El arpón se utiliza en la lucha contra la fiera y en esa vida precaria del bosque, cuando el hombre primitivo atormentado de hambrunas caninas o de rudos ataques, principiaba a oponer la lucha inteligente a la fuerza bruta. El segundo momento de ese combate histórico, lo marca la estólica: es el arma del hombre contra el hombre y señala ya las crisis de las relaciones sociales. Con el arpón y la flecha nace ya la guerra organizada, el principio de los ataques regulares y calculados, el orden de las batallas. El arco ya permite el comando y la disposición de las fuezas, por lo menos en los primeros momentos: es la inteligencia y una táctica naciente la que plantea la lucha, y aunque la limitación de los efectos destructores del arco obliguen al combate cuerpo a cuerpo, no hay que desconocer que, en el mayor número de los casos, los éxitos son el resultado de los estímulos que despierta la feliz iniciación de una batalla.

Las primeras estólicas halladas en los enterramientos no revelaron su empleo; se les creyó bastones, objetos accesorios de los telares y, en muchos casos, pequeños arcos o fragmentos de éstos. Algunas estólicas halladas en la región de Imbabura y

el Carchi están signados como bastones de baile (22) y en otras ocasiones han sido señaladas como insignias de mando. Sinembargo argueólogos tan perspicaces, como Uhle y Jijón han caracterizado bien el destino de tales hallazgos (23) y dado ocasión para poderlos estudiar en todas sus variedades.

La estólica no era sino una máquina simple, auxiliar del brazo que servía de punto de apoyo al dardo; facilitando el resbalamiento de éste daba mejor impulso a la fuerza inicial que imprime al dardo su velocidad. (24)

La manera de usar esta arma ha sido descrita con precisión por algunos cronistas. Ya hemos visto lo que nos dice Oviedo al respecto.

El padre Cobo escribe: (25) "usaban también de azagayas o dardos con las puntas tostadas o armadas con espina de pescados, y tirábanlas con acierto, a los cuales los españoles llaman tiraderas." (26) Uhle, siguiendo a Krausse, describe su uso así: "La parte posterior de la flecha se adapta a la parte posterior del instrumento; se toman las dos piezas más adelante y mediante un movimiento circular del instrumento, se suelta la flecha: es así una arma para arrojar flechas, apenas menos que el arco, que está todavía en uso en diferentes partes del globo". (27) Y no es arbitraria la descripción de los modernos arqueólogos. Apenas si es más minuciosa que la dada por Castellanos, cuando al hablar de las estólicas en uso entre los indios Muiscas o Moscas, y que no era sino la señalada por nosotros en el segundo tipo de tiradores, se expresa del modo siguiente:

---

(22).—Gonzáles Suárez. *Prehistoria.* Lámina IV. p. 82.

(23).—J. Jijón Caamaño. *Aborígenes de Imbabura.* p. 115-122.

Max Uhle. *La Estólica. Rev. Histórica* tomo. II.

(24).—J. de Velazco. *Historia del Reyno de Quito,* Lib. 2.o párrafo 7.o t. II.—p. 52. Edi. Quito 1841. "La Estólica actúa mecánicamente como una prolongación del brazo y esta circunstancia es la que imprime mayor fuerza al dardo disparado" Uhle. Art. cit. *Rev. Histórica* de Lima.

(25).—J. Velazco. *Historia del Reyno de Quito,* Lib. 2.o párrafo 7.o

(26).—*Historia Natural y Moral de las Indias.* Madrid. 1853. tom. II. p. 127. apunt. J. Jijón.

(27).—Uhle. Art. cit. *Rev. Histórica.*

"Pero los indios Moscas, moradores
de todo lo que llaman tierra fría,
usan principalmente *tiraderas*,
que son unos dardillos de carrizo
con puntas de durísima madera
que tiran con avientos, nó de hilo,
sino con un palillo de dos palmos
del grueso de la flecha prolongado
con el de la tercia parte de la caña.
Este tiene dos ganchos afilados,
distantes cada cual en un extremo
del *aviento* que digo; con el uno
ocupan el pie raso del dardillo
y el otro con el índice cerrado
aprietan con la flecha juntamente
hasta que el jaculo se desembaraza
según la fuerza del que lo despide.
Es arma limpia de mortal veneno
y de todas las bárbaras en ésta
la de menos rigor..... (28).

La tiradera ha sido llamada con distintos nombres: *Atlaltes, estólicas, y avientos.* (29). Su uso, como se ve, estuvo generalizado entre las razas bárbaras de América principalmente, y si bien por ello no se podría llegar a deducciones de filiación étnica entre las razas del Antiguo y Nuevo Mundo, a lo que parece inclinado Max Uhle, por lo menos hay que aceptar que su uso, en continentes tan remotos y siempre en los orígenes del barbarismo, prueba la unidad de tendencias en el hombre, y una misma evolución en el desarrollo de los instrumentos que éste inventa para la satisfacción de sus necesidades.

HORACIO H. URTEAGA.

Diciembre, 1919.

(28).—Castellanos. *Historia del Nuevo Reyno de Granada.* Madrid 1866. ps. 41-42. Apunt. J. Jijón.

(29).—Vargas Machuca. *Milicia y descripción de los Indios.* Lib. I.

Mieses de Francia

MOISES

De *Alfredo de Vigny*

Ponía el Sol encima de las tiendas
esos oblícuos rayos,
llamaradas brillantes,
largos trazos dorados y flotantes
que en la atmósfera deja al extenderse
sobre lecho de arena en los desiertos;
y de su luz a los postreros lampos,
de púrpura y de óro aquellos campos
parecían cubiertos.

Del Nebo estéril, áspero y adusto
subiendo la pendiente,
Moisés, varón de Dios, de justos justo,
se pára de repente
y, exento de soberbia, humildemente,
vuelve el rostro y pasea la mirada
de confín a confín del horizonte.
Ve a Fasga, por higueras circundada;
y, más allá de un monte y otro monte
que recorre su vista,
asiéntanse en variado territorio
Galaad; Efraín; hacia la diestra,
el fértil Manasés, como un emporio;
al sur el yermo de Judá se muestra,
dilatando sus vastos arenales
hasta acabar en playa

donde el mar de occidente se desmaya,
coronado de espuma;
remoto, en valle que la tarde esfuma,
Neptalí, el olivífero aparece;
en llanura esmaltada de colores,
que nó campiña y sí jardín parece
por la magnificencia de sus flores,
con respeto besadas por la brisa,
a Jericó, entre palmas, se divisa;
y, prolongando una floresta umbrosa,
de Fogor a Segor alza el lentisco
su ancha copa frondosa.
Con sus pupilas el caudillo abarca
íntegra la comarca
de Canaán, la tierra prometida,
do su tumba—él lo sabe—
no ha de tener cabida.
Mira; sobre su gente
que pulula en el llano,
extiende mayestático su mano,
y después reanuda la subida.

En la vasta planicie moabita,
aglomerado al pie de la montaña,
santa por ser de Jehová peaña,
el pueblo de Israel bulle y se agita,
cual densa mies que el aquilón azota.
Desde el alba, la hora en que el rocío
las áureas arenas humedece
y la cándida perla de una gota
en cada hierba el céfiro estremece,
el glorioso Profeta centenario,
Moisés, partido había
en dirección del monte legendario,
donde con el Señor se encontraría.
La inmensa muchedumbre
con los ojos seguía
el halo que saber, poder, grandeza,
simbolizaba en torno a la cabeza
del insigne vidente.
Cuando, llegado a la elevada cumbre,

introdujo la frente
en la nube de Dios, que coronaba
de rayos y relámpagos la altura,
doquier quemóse incienso en la llanura
en las aras de piedra, y prosternados
seiscientos mil hebreos sobre el polvo,
a la sombra del humo del perfume
que el sol doraba, juntos prorrumpieron
en un sagrado cántico. Los hijos
de Leví, como bosque de cipreses
que se levanta sobre instables guijos,
entre la multitud se destacaban
y con sus acordes instrumentos,
del pueblo acompañando los acentos,
al Rey de Reyes todos ensalzaban.

Mientras tanto, en la meta,
de pie ante Dios, entre la nube obscura,
cara a cara con El, así el Profeta
le decía al Señor:—"¿Has decretado
que nunca acabe yo? ¿Niegas reposo
a mi cansada planta?
¿He de vivir yo siempre poderoso
y en soledad que espanta?
¡Déjame ya dormir en el materno
regazo de la tierra! ¿En qué he pecado
para ser tu elegido?
Yo, por sendas inciertas,
a tu pueblo, Señor, he conducido
hasta las mismas puertas
de Canaán, el suelo prometido;
yo le saqué del duro cautiverio.
Mas, de hoy en adelante, que otro asuma
de intermediario tuyo el ministerio
que mis fuerzas abruma.
¡Consiente ya, Señor, en que deponga
la agobiadora carga:
mi vida ha sido demasiado larga!
Que al bridón de Israel otro le ponga
freno desde este instante. Yo, en legado,
le dejaré mi libro y mi cayado.

¿Por qué mis esperanzas destruíste?
¿Por qué, Señor, por qué alumbrar quisiste
mi ignorancia de humana criatura,
si desde el monte Horeb al monte Nebo
no había yo de hallar mi sepultura?....
¡Ay de mí! Tú me hiciste
el sabio de los sabios;
la verdad ha fluído de mis labios;
al pueblo peregrino
le ha señalado mi índice el camino.
Yo he logrado también que tus enojos,
como lluvia de fuego, se derramen
por dondequiera y la cabeza inflamen
de presuntuosos reyes;
el porvenir de hinojos
ha de admirar y obedecer mis leyes.
Dado me ha sido que abra
la más antigua fosa;
la muerte misma encuentra mi palabra
profética, inspirada y milagrosa;
de la grandeza soy depositario;
escabel de mis pies son las naciones;
manejo a voluntad generaciones....
¡Ay de mí! Poderoso y solitario,
de amargura el veneno
mi fatigado corazón encierra....
¡Déjame ya, Señor, que vuelva al seno
de mi madre, la tierra!

¡Ay de mí! Los secretos de los cielos
también penetro. A mis pupilas de hombre
la fuerza de las tuyas has prestado.
Mando a la noche desgarrar sus velos;
los innúmeros astros he contado,
y cuando los evoco por su nombre
cada cual se apresura
a decir *Héme aquí*, desde la altura.
Yo impongo mis dos manos en la frente
de las espesas nubes,
para en sus flancos ahogar la fuente
de las asoladoras tempestades;

bajo arenas sepulto las ciudades;
con las alas del viento pavorosas,
las montañas arraso;
hay en mi pie mucho mayor firmeza
que en la naturaleza;
grandes ríos sus aguas caudalosas
detienen a mi paso
con invisible valla,
y el mar su voz ante mi voz acalla.
Cuando mi pueblo sufre o necesita
nuevas leyes, levanto la mirada
y tu espíritu ardiente me visita
y me infunde su ciencia no creada.
Entonce en sus cimientos tiembla el mundo,
y en el espacio al luminar fecundo
fuerte tremor agita.
Al coro de tus ángeles—celoso
de verme convertido en tu vicario—
mi incomparable majestad asombra....
Y, sin embargo, yo no soy dichoso:
me has hecho que envejezca poderoso
y a la par solitario.
La soledad me aterra;
mi sér es vaso de congoja lleno.
¡Déjame ya, Señor, que vuelva al seno
de mi madre, la tierra!

Luego que con tu soplo
animaste al Pastor, *Nos es extraño*
los hombres se dijeron, y mi vista
desde entonces no hay uno que resista,
cual si mis ojos les hicieran daño;
porque ¡ay de mí! descubren los mortales
algo más que mi alma en sus cristales.
Yo he observado, de dolor transido,
el amor extinguido;
de la amistad el vínculo deshecho.
En mi camino, al acercarme a ellas,
de morir temerosas, las doncellas
cubrían su semblante.
Desde entonces, envuelto en la columna,

negra como la noche, yo delante
de todos he marchado;
triste y solo en mi gloria, he preguntado
al corazón qué desear podría....
Mi frente es ponderosa en demasía
para que yo pretenda
en femenino pecho reclinarme;
causa mi mano sensación horrenda
en la mano que toca;
tormenta hay en mi voz; sobre mi boca
el relámpago está; lejos de amarme,
ante mí tiemblan todos, y se postran
si les abro los brazos....
¡Oh, Señor! He vivido poderoso
y solitario: rompe ya los lazos
de esta penosa vida que desdeño.
¡Deja que duerma de la tierra el sueño!

Inclinadas las gentes, aguardaban,
sin mirar la montaña, recelosas
de la ira de Dios, al que imploraban;
y si los ojos elevar osaban,
los flancos de las nubes tempestuosas
relámpagos y rayos despedían
—siniestras luces, azulados fuegos,
que los dejaban ciegos—,
y de nuevo sus frentes abatían.

Luego, apareció la enhiesta cumbre,
pero sin el caudillo. El fué llorado
por toda la devota muchedumbre.

De sus huestes delante,
caminando hacia el suelo prometido,
avanzaba Josué, reconcentrado
y perdiendo el color de su semblante,
porque ya era de Dios el elegido.....

AMALIA PUGA DE LOSADA.

La Ciudad de Lima en el siglo XVIII

En la costa central del Perú; ceñido hacia el poniente por el más extenso de los océanos, y hacia levante por la más elevadas de las cordilleras; limitado al norte y mediodía por dilatados arenales—, extiéndese como anhelado oasis entre las inclemencias del árido litoral, el ameno valle del Rímac. Los Andes Occidentales, en que tiene sus fuentes aquel río torrentoso, lanzan paralelamente a él poderosos contrafuertes, cual si quisieran oponer sus espolones graníticos a los avances del Pacífico. El cerro de San Cristóbal, el Agustino, que presentan de modo perenne sus faldas plomizas y secas, pertenecen a los últimos escalones de las breñas andinas en las cercanías de la Mar del Sur. Junto a dichas colinas, hállanse las lomas de Amancaes, en cuyas laderas los aguaceros y *garúas* del otoño y el invierno alimentan anualmente un tupido manto de grama, y en las que resaltan desde San Juan hasta San Miguel las numerosas y amarillas flores que dan su nombre a los calveros. Quien, pisando la cima de una de estas eminencias dirija la vista a los alrededores, descubrirá que, en el oriente y a ambas márgenes del Rímac, y borrando la línea gris de los tapiales, erumpe la desigual faja de las arboledas, que inclinan su follaje a las acequias toscas y verdosas y los caminos polvorientos. Entre dichos tapiales surge la variada alfombra de los cañaverales y alfalfares, que ha reemplazado la áurea extensión de los trigales. (1) De trecho en trecho, da novedad al paisaje la

(1).—"La alfalfa y los cañaverales ocupan en los lugares inmediatos de esta capital, aquel lugar que parece era más propio para los sembríos de trigo". (Mercurio Peruano", edición Fuentes, tomo I, artículo IDEA GENERAL DEL PERU, pág. 17).— "Lo más que ocupa estos campos es la alfalfa, que es el renglón principal de los labradores, por el gran consumo que tiene para las bestias, no cultivándose la cebada y trigo, sino en poca cantidad, por venir de Chile esos granos". (Hipólito Ruiz, Descripción de Lima, en Documentos Literarios de Odriozola, tomo IV, página 238).

deliciosa visión de una huerta, y se contempla que, tras la macisa casa quinta de los propietarios, casa quinta de enladrillados y anchos corredores, torneadas ventanas y alto mirador; entre las recargadas y holgazanas parras y el enmarañado tejido de las enredaderas de madreselvas, campanillas y jazmines; y dando sombra al alicatado pozo de baño y las pilas suntuosas,— despliega su explendidez la profusión paradisiaca de los árboles frutales, que domina la silueta de algún pino de inquisitorial rigidez. En lontananza, y completando la perspectiva oriental, aduérmese la vista en el amontonamiento ciclópeo de la Serranía, y se observa que, ahondando su lecho tortuoso y absorviendo en su caudal los islotes y guijarros de su cauce, piérdense hàcia sus nacientes las aguas fecundas del Rímac, y preséntanse a nutrir, escasas y sumisas, el sistema capilar de las acequias de la costa. En este panorama de rusticidad absoluta, sólo recuerda la nota civil la aparición de Ate (2) y Lurigancho, ubicados en medio de las arboledas, los sembríos y las huertas de la campiña, como los risueños pueblecitos que amenizan en Judea la visión del caminante.

Al oeste de las lomas de Amancaes, y siguiendo el sinuoso curso del valle, aparece ante la retina el mismo fondo de cultivos ya descrito; sólo que en el cuadro del poniente el horizonte es abierto, dilatado, y la tierra y el cielo no confunden sobre la tranquila llanura de la Mar del Sur la convexidad de su línea, sino tras el ceniciento y lejano archipiélago chalaco, ante el que describe la costa las bahías del Callao y los Chorrillo. En las inmediaciones de esta última bahía, en que la *resaca* lucha porfiadamente por abatir la ruda frente de los *barrancos* de la costa, encuéntranse los "grandes y populosos" (3) pueblos de indios de Magdalena, Surco y Miraflores (4); apacibles, frescos y saludables parajes, que animará la ensordecedora algarabía de las cabalgatas, y cuyas prósperas y risueñas quintas, de seductora laxitud, han de reponer en el habitante capitolino las

(2).—Ruiz denomina *Late,* en su cit. op., al actual pueblo de Ate. (Odriozola, Documentos Literarios, tomo IV. pág. 243).

(3).—Memorias del General Miller, tomo I, pág. 337, edición de Londres, 1829.

(4).—El sabio Ruiz califica así en su citada Descripción de Lima, a los pueblos de Magdalena, Surco y Miraflores. Edn. Odriozola, tomo IV, pág. 239).

energías perdidas en el mundo social o burocrático.....
Protegido por el Morro Solar y situado en la elevada y fragosa orilla en que las aguas de infiltración hacen crecer una vegetación muzgosa, hállase el villorrio de indios de San Pedro de los Chorrillos, (5) pueblo de pescadores, laborioso y austero, que empieza a comprender en sus bregas por la vida sobre la mar indócil, la prócera enseñanza de la existencia libre, y modela con sus hábitos, para los tiempos futuros, la tierra generosa que en José Olaya, ha de experimentar el soplo heroico. El Callao convalece de la ruina del 46, junto a la naciente Bellavista, y a la sombra protectora de los torreones del Real Felipe.....

A dos leguas del mar, y encerrada por las gruesas murallas de adobe, (6) que ofrecen a la mirada del observador sus siete formidables portadas (7), y sus treintaicuatro baluartes (8), y só-

(5).—"Este pueblo, aunque existía en la época incaica, yacía en completo abandono, y sólo a fines del siglo XVII, debido a los esfuerzos de Don Francisco Carrasco, comenzó a levantarse en forma de *ranchería*, bajo la expresa condición de que los solicitantes de terrenos fueran pescadores. De ahí el nombre que se le dió al villorrio: "San Pedro" (Ismael Portal, "Cosas Limeñas", Lima, 1919, pág. 29.)

(6).—"La muralla de la ciudad describe las cuatro quintas partes de un círculo que se apoya sobre el río" (Miller, Memorias, página 337).

(7).—Eran "de adobe, de 5 a 6 metros de alto y como de 5 metros de ancho. (Paz-Soldán, Geografía del Perú, pág. 291).

En el "Plano de la Ciudad de Lima, Capital y emporio del virreynato del Perú, hecho por dirección y a expensas de don Miguel Antonio de Learreta en 1797", y que nos obsequiara nuestro distinguido amigo, señor Augusto González .Olaechea, indícanse siete "puertas" con los siguientes nombres: del Callao, de Juan Simón, de Matamandinga, de Santa Catalina, de Pisco, del Cercado, de Santa Clara". Asimismo, señálanse tres *"puertas falsas"*. Dice bien, pues, el general Miller, en sus Memorias, edición citada, cuando afirman que Lima "tiene siete puertas". (pág. 337).

(8).—Ruiz, (op. cit.) le asigna treintaicuatro baluartes (pág. 243). El doctor Paz-Soldán, en su Geografía, considera también ese número (pág. 291). Pero más propio es concederle traintaitres, como lo hace Miller (pág. 337), y como se desprende del plano de Lima por Learreta, en donde aparecen trintaitres y un pedazo de baluarte.

lo interrumpen sus líneas poligonales ante las aguas del Rímac, —extiéndese, muellemente reclinada a las dos márgenes del río, y situada al pié meridional del granítico San Cristóbal, la muy noble y muy leal Ciudad de los Reyes del Perú. Panorámicamente, la Metrópoli del Virreinato de Lima, aparece con un definido aspecto oriental. Los elevados miradores de sus casas, las numerosas y macizas torres y las medias naranjas de sus iglesias, que semejan los minaretes y las cúpulas de las mezquitas musulmanas; las azoteas polvorientas (9), las desnudas fachadas (10) y las adufadas celosías de sus herméticos balcones, (11) le dan, en efecto, la fisonomía de las ciudades que tienen su arquetipo en el Cairo o en Sevilla. Y si a estos caracteres de la arquitectura morisca se agrega la pintoresca costumbre que poseen los limeños de colocar en los alféizares de sus ventanas, tiestos floridos que ostentan la policromía de sus corolas entre las ensortijadas rejas de los muros,—alguien podría creer, contemplando una morada de Lima, que se encuentra en una calle de la Sultana del Guadalquivir.

---

(9).—"Al examen prolijo del ojo observador, se percibe un cierto aspecto árabe en la construcción de la ciudad. Las casas están dispuestas en manzanas y generalmente tienen un piso cubierto con una azotea." (Miller, Memorias, ed. 1829, pág. 233).

(10).—Las fachadas pecaron siempre en Lima por desnudas, pobres y monotonas ,otro razgo de atavismo musulmán. Las moradas ricas compensaban con la comodidad y suntuosidad de sus interiores, el exterior, mezquino e insignificante." (Riva Agüero, "Un Cantor de Santa Rosa", "Mercurio Peruano", enero de 1919, pág. 49.).

(11).—"A la parte exterior tienen las casas grandes balcones con celosías en una forma completamente morisca". (Miller, Memorias pág. 336).

"Pablo Patrón. Lima Antigua, Biblioteca Internacional de Obras Famosas, tom. XXV, pág. 12405.

La ciudad presenta, de otro lado, confundidos en sus manzanas (12), caracteres de grandeza y signos de rusticidad arquitectónica (13). Junto a la magnificencia de los caserones palaciegos de la nobleza, y de los complicados y severos frontispicios de los templos churriguerescos, extiéndese el desigual y prolongado muro de los monasterios y conventos; e inmediatos a los aereos balcones de las mansiones señoriales, aparecen los gruesos contrafuertes de las iglesias, que dan una sensación de pesadez, y sólo rompen la uniformidad de sus aparejos con los cruzados y recios barrotes de sus lumbreras.

Lima es, por otra parte, la ciudad de las flores y los frutos. Dan animación a la cerca descolorida que limita la vida de los enclaustrados, las copas de los árboles frutales. Hay una calle que se llama del Chirimoyo. Otra, de la Higuera. Esta, de los Naranjos. Aquella, del Pacae.....Algunas veces, y más a menudo conforme nos acercamos a los suburbios de la capital del virreinato, surgen por sobre los elevados y luengos tapiales las desbordantes enredaderas de papelillos y jazmines, de madreselvas y mastuerzos, de campanillas, granadillas y ñorbos... Y en medio de esta explosión de pétalos y aromas, y cobijados bajo la refrescante sombra de los abridores y manzanos, peros y guayabos, platanares y blanquillos, higueras y naranjos,..... brindan su belleza y su perfume los variados rosales y claveles, las níveas margaritas y las inmaculadas azucenas, y los alhelíis,

(12).—En el plano de Learreta aparece el número de 209. Adoptamos esa cifra, por ser la última del siglo 18. (V. censo de Gil). Ruiz le dá "ciento cincuenta cuadras o islas". (pág. 243). En la época de que tratamos, no es ya Lima la ciudad de planta "regular, acompasada y cortesana, como trazada de intento y a cordel, y no espontaneamente nacida del curso caprichoso de los siglos" que cantara el Conde de la Granja, y de que habla el doctor Riva Agüero (Mercurio Peruano, 1919, enero, pág. 50). Sus manzanas sólo son cuadradas en el centro, y no siempre, vg. la del convento y la iglesia de San Francisco. En los extremos de la ciudad, preséntase un mosaico de trapecios, rectángulos, y otras clases de polígones etc. (Véase el plano, tantas veces citado, de Learreta).

(13).—Las mejores y más suntuosas casas están esparcidas y no pocas veces rodeadas de otras sumamente miserables. (Miller, Memorias, cit., pág. 335).

y las albahacas, y las congonas....(14). Alejándonos del arrabal de San Lázaro (15) y de las huertas del Cercado, y penetrando en las calles centrales de la ciudad, observamos entre las sólidas arquerías de los patios solitarios, en la tierra y las multicolores macetas, el ameno jardincillo en que la selección de las matronas constituye los amistosos ramilletes.

En la segunda mitad del siglo XVIII, ha decaído la grandeza arquitectónica de la Ciudad de los Reyes. Después de la catástrofe de 1746, y a pesar del esfuerzo gigantesco realizado por los limeños, la "Corte del Reino del Perú", no es ya la suntuosa metrópoli que describiera prolijamente el Conde de la Granja en su poema a Santa Rosa. El botánico Ruiz, que la visita en la última década de la décima octava centuria, dice que "Lima apenas está reparada". La condición hacendaria de sus habitantes no permite, por otra parte, atender a la crecida suma que demanda una reconstrucción magnífica. Si bien la relativa prosperidad económica de las postrimerías del siglo, compensa en algo el vacío económico producido por la abolición de las encomiendas, no aqueja ya a la población del Rímac el delirio de resucitar el perdido esplendor. La capital del Virreinato gana sólo en amplitud lo que ha mermado en riqueza. El citado sabio español nos refiere en su "Descripción de Lima" que "según lo que se va fabricando en el arrabal de San Lázaro, constituye éste una cuarta parte de la población y una tercera de extensión", siendo "necesario hacer otro puente para el fácil comercio, como ya pensaba el virrey don Manuel Amat". Mas, como reza el viejo proverbio castellano, de que "el rico cuando empobrece há más que el pobre cuando enriquece", la

---

(14).—"Dentro de las murallas, y en los barrios más apartados, se cultivan varias huertas; y muchas casas principales tienen jardines para diversión y recreo". (Haenke, Descripción del Perú, edición "El Lucero", Lima, 1901, pág. 4).

(15).—No puede cerrar la muralla la ciudad, a causa del río que la atraviesa y la divide del *arrabal* que llaman de *San Lázaro,* que está de la otra parte al norte." (Ruiz, Descripción de Lima, Odriozola, Docs. Lits, t. IV, pág. 243).

(16).—Pablo Patrón, Lima Antigua. (Biblioteca Internacional de Obras Famosas, tomo XXV, pág. 12405).

magnificencia de varias construcciones evoca la grandeza pretérica.

Aquí y allá, "ventiladas, abundosas de agua, alegres, bañadas de luz", levántanse las magníficas y holgadas mansiones señoriales, en cuya grave portada (17) resalta el escudo nobiliario de los moradores o aparece un "alabado sea el Santísimo Sacramento" (18), y en cuya enorme puerta de roble resalta el bruñido bronce de los aldabones y bules. En los zaguanes (19), la tallada techumbre ostenta el primor de sus barnizadas vigas y ménsulas. Y tras los patios ámplios y luminosos, de anchas ventanas y rejas laberínticas (20), dilátanse las espaciosas *cuadras*, de altas y labradas puertas y elevados mamparones. En las casas principales, estos mamparones se levantan entre las paredes alfojifadas, los azulejos del piso y el vigamento de cedro; y, merced a la disposición de sus vidrieras corredizas, unen o separan los grandes aposentos (21). "Unas cuantas casas tienden dos pisos, en cuyo caso un gran balcón o corredor descubierto da la vuelta alrededor del piso alto por la parte inte-

(17).—A los lados de la portada se hallaba "la puerta baja, ancha y maciza de la cochera y una o varias ventanas voladizas" (Patrón, id., id.)

(18).—Inscripción que aparece en la casa de la familia Olaechea, en la calle de Belén.

(19).—"El zaguán tenía poyos de adobe, cuadros religiosos o profanos pintados en las paredes, un pescante del que colgaba un velón dentro de un fanal, y un arco en cuya cara exterior se leía "alabado sea Jesús." (Patrón, id., id.)

(20).—"Las ventanas son rasgadas hasta el suelo, cubiertas con rejas de hierro con muchos labores y dorados en algunos parajes". (General Miller, Memorias, edición citada, pág. 336.)

(21).—El doctor Mariano Ignacio Prado y Ugarteche, posee en su casa de la calle del Corcovado uno de estos mamparones. Perteneció esta pieza colonial a la casa adyacente a la del doctor Prado, quien la ha hecho armar en su referida morada. Hablando de tales mamparones, dice Miller: "Los cuartos de recibo, altos y bien proporcionados, van unos a otros y pueden formar uno solo, abriendo las grandes puertas vidrieras que únicamente los dividen. En Lima estas puertas vidrieras tienen muchos adornos; la parte superior es de cristales grandes y transparentes, sujetos con labores doradas, y el resto de madera bien tallada con molduras graciosas y bien doradas" (Memorias, pág 336).

rior, y a la parte exterior tienen grandes balcones con celosías en una forma completamente morisca". (22)

Deslumbrante es el lujo que presenta el interior de estas moradas. El rumboso propietario no desdeña gastos, por subidos que sean, en la suntuosidad de sus habitaciones. En el salón, que iluminan múltiples arañas de cristal, adornan las paredes largos y dorados espejos, y telas pictóricas de gloriosas rúbricas. Muchas veces, domina la estancia el retrato de algún famoso antepasado, penate de la familia, que surge del lienzo entre el escudo nobilario y el inacabable epígrafe de sus preeminencias y títulos. En medio al piano y las consolas enconchadas y lucientes, que exornan delicados floreros de porcelana y admirables miniaturas, se destaca, sobre la suave y finísima alfombra, la tallada mueblería, ya solemne, con sus mullidos y cómodos sillones y sofás de borlón rojo, ya esbelta, con sus asientos de tapices floridos y elevados espaldares.

No es menor el lujo que presenta el comedor. Un literato español nos ha dicho en uno de sus chispazos descriptivos, cómo es en su tierra aquel aposento, y cuál, el juego de muebles y el artístico servicio que lo adornan. En Lima, que es también colonia de la Península en lo que a la moda se refiere, no es distinto en lo más mínimo el aspecto de la estancia que tanto preocupa al epicureísta espíritu de los peruanos capitolinos. "Espacioso, limpio, suntuosamente abastado, de paredes aljofifadas y lucientes mármoles, es el comedor. Deslumbra el pulido aparador por la brillantéz y riqueza de sus pertrechos. Hay en él, cuidadosamente acomodados, vasos de oro, de plata, de cristal, de marfíl, de búcaro, y otras materias más viles, que deben su estimación a los primores del arte, como estaño, hueso, boj, barro. Hay aguamaniles grandes de plata, dorados los bordes y las armas de las fuentes, dorados los picos de los jarros; de vidrio otros, con lavamanos de brilladora obra de Málaga. Garrafas de toda forma y calidad encierran los vinos; las de vidrio, los recios y comunes; las de plata, los exquisitos y olorosos.—Facilitan la maniobra de los domésticos varias mesitas con los aprestos necesarios al servicio: vajilla, cubiertos, tajadores, trinchantes, saleros, servilletas. La mesa es grande,

(22).—Miller, Memorias, pág. 336, ed. cit.

redonda, taraceada; los sillones, de caoba con caprichosos guardamaciles de oro" (23).

En las alcobas se destacan las altas y umbrosas cujas de tallada madera, encerradas por doseles y cortinajes riquísimos; y, completando el menajo de la estancia, aparecen las primorosas y esculpidas mesas de caoba o cedro, los sillones de terciopelo o baqueta cordobesa tachonada de cobre, los muelles y luengos sofás, en que el encopetado señor duerme la siesta, cumpliendo el precepto saludable de "el almuerzo reposado y la comida paseada", los arcones de madera, que en la tapa ostentan el blasón de la casa y guardan en sus prolijas divisiones los talegos de reales, pesos y ducados; el surtido lavatorio; y, en fin, los minuciosas y enconchados armarios. Numerosas imágenes piadosas, trazadas muchas de ellas por algún artista célebre, cuelgan de las paredes, limitadas por marfilinos o dorados marcos. En la cómoda, que cubre la bordada sobremesa, erígese el precioso crucifijo, traído desde la lejana Quito, ante el que halla su exaltación la mojigatería del imaginativo criollo.

En la pieza destinada a escritorio, surgen de los labrados anaqueles los enormes infolios de pergamino, en cuyos anchos lomos resaltan con gruesos caracteres los abreviados títulos latinos. Dominando la estantería, se halla un lienzo con la imagen de la Purísima, de Nuestro Gran Padre San Agustín, el Doctor Sutilis o Santo Tomás de Aquino; símbolo de que, como se observa en los retratos de los maestros de San Marcos, sobre el pensamiento colonial impera tiránicamente la autoridad de la Iglesia. En la mesa escritorio, el estudiante o el grave letrado trazan con una pluma de ave en el papel sin rayas, y en escritura de exageradas ligaciones y dilataciones, en que el *lapsus cálami* supera el número de los renglones, trazan sus comentarios de los textos de la ortodoxia católica, apostólica, romana. El cajón secreto del escritorio guarda en ciertas casas las obras de Descartes, Bacón, Grocio, los Enciclopedistas.. introducidas a subido precio por el *comercio ilícito*, a pesar de los implacables centinelas del *"Index Librorum Expurgatorum"*.....

Complemento indispensable que ha de dar a su casa quien se precie de tenerla, como se dice en Lima, "bien puesta", es el oratorio. ¿Cómo va a faltar en una finca armónicamente distri-

(23).—Azorín, "El Alma Castellana", edición Raggio, 1919, págs. 24 y 25.

buída, esa pieza en que se desenvuelve una de las más trascendentales funciones de la división del trabajo doméstico? Es el oratorio en la vida íntima de la familia, lo que el salón en el campo de las relaciones sociales. Y si los moradores ponen su orgullo en el expléndido menaje de sus *cuadras*, y su satisfacción completa en los bastimentos de sus aparadores, en que vacían la riqueza de sus alacenas y despensas,—en el oratorio,—estancia predilecta en que la policromía de las *mixturas* resalta entre los oros del altar, y en que la inquieta espira del zahumerio y el incienzo asciende confundi en el rumor de los preces y las armonías místicas del clave,—halla cumplimiento máximo el anhelo de aquella gente sencilla que vive para su rey, el amor, el placer y su dios!.....

(Continuará).

JORGE GUILLERMO LEGUIA.

Magdalena del Mar, octubre de 1919.

Necesidad de una Educación Idealista

(A propósito de la agitación universitaria.)

Suelen desarrollarse muy interesantes ideologías sobre el tema de la educación nacional; pero, nos ha parecido observar en la mayoría de ellas, ya un prejuicio intelectualista, ya un prejuicio económico. El prejuicio intelectualista señala, como suprema finalidad de la educación, el conocimiento. El prejuicio económico reclama la instrucción técnica y lo que llama la preparación para la vida. Ambas direcciones, empero, erigen ideales exteriores a la vida misma del espíritu: el intelectualismo que desconoce la virtualidad intuitiva y creadora de la conciencia, y el economismo que ahoga la capacidad de abnegación y de desinterés.

No son simples afirmaciones; son verdades cuyo olvido precipita a los individuos y a los pueblos en un mar de vacilaciones estériles y de desengaños deprimentes. Primeramente, se cree que el hombre debe saberlo todo y se exasperan los cerebros en una labor inacabable que degenera rápidamente en el memorismo o en la vacua charlatanería. Luego se pasa al fervor por las especializaciones y se crean hombres incompletos en cuya intimidad jamás brilla un anhelo de libertad o de amplitud. Viene después el propósito netamente económico; se dice que el hombre debe ser, ante todo, un elemento de producción y se preconiza un vasto desenvolvimiento de la cultura técnica, sin reparar en que las altas preocupaciones del espíritu vienen a menos y se disipan y se pierden. Y, de esta suerte, la tarea de la educación se convierte en una labor impotente y pasiva, donde naufraga todo sentido superior de la vida, mientras se extienda una obscura e irremediable mediocridad.

Y es que, así como en nuestra vida personal nunca podremos adquirir libertad y felicidad si no descendemos a lo más hondo de nosotros mismos y de allí extraemos una inspiración y un ideal, en la vida social será vana toda tentativa de organización y de perfeccionamiento, si no se descubren y profundizan fuentes espirituales de generosidad.

Bergson ha demostrado que la actividad intelectual es por esencia utilitaria y orientada a la práctica. Formada con la materia y para la utilización de la materia, recuerda su origen y su finalidad, aun en las más altas construcciones científicas. Por eso la ciencia—obra maestra de la inteligencia—es un apreciable instrumento del economismo. Teoría y práctica, intelectualismo y economismo se reclaman, pues, de la ciencia. Veamos ahora si ella puede inspirar una verdadera educación.

Aduzcamos un hecho de constatación vulgar: cuando es exclusivo, el trabajo científico produce una verdadera deformación espiritual. En su empeño de rigor y exactitud, la ciencia descuida o interpreta mal las indicaciones vagas, pero eficientes, de nuestra vida interior; dominada por su creencia en el determinismo universal, niega las espontáneas e incoercibles creaciones de la conciencia y de la evolución; indiferente ante la cualidad inexpresable, se esfuerza por reducir a fórmulas cuantitativas el panorama siempre nuevo y siempre maravilloso de las cosas.

Y de este modo la ciencia encamina el espíritu hacia una férrea rigidez, donde se anulan las inspiraciones de la fantasía y los impulsos libres de la voluntad. De esta suerte, en moral y en arte, se entrega a una labor de edificaciones arbitrarias y funestas. Incapaz de libertarse de los datos empíricos; incapaz de intuír las tendencias profundas de la vida espiritual, la ciencia se ve obligada a proclamar, en moral y arte, el placer como el valor supremo. Y así, en moral, no puede salir del utilitarismo más o menos disfrazado y en arte, del sensualismo más o menos franco.

La verdad es que la ciencia no está capacitada para legislar en el dominio del espíritu, cuyo privilegio consiste en su aptitud para crear una esfera de valores propios, esto es, un mundo de libertad y de idealidad, sobre el mundo de las determinaciones materiales. Yerran, pues, los que imaginan que la ciencia se basta para explicar la realidad y para dar una orientación a la vida del espíritu. Yerran aún los que colocan más allá de los datos empíricos, un misterio indiferente e impene-

trable. Dominados por el "prejuicio intelectualista" profesan que la inteligencia es la única facultad capaz de conocer y que, por lo tanto, lo que ella no conoce es lo inconocible.

Prejuicio que ha generado ya una ciencia sin alma, especializada, exhaustiva; ya una filosofía ilusionada con la quimera de superar la ciencia. Sin darse cuenta, la última, de que la metafísica intelectualista es y será siempre la esclava de la ciencia, destinada a registrar pasivamente los resultados de ésta, o, en el mejor de los casos, a ensayar síntesis provisionales y endebles.

Y decimos pasivamente, porque lo que comunica dinamismo al espíritu, no es la inteligencia, sino la intuición; no es la constatación inerte, sino la constante ansiedad de la vida sentimental. La inteligencia, prisionera de la lógica, jamás podía salir de sus silogismos infecundos, sin la rebeldía de una inspiración capaz de romper con la mecánica deductiva y de imponer, ante la conciencia deslumbrada, una nueva verdad. La inteligencia viene entonces a desempeñar su oficio de interpretar y de desenvolver; pretende a veces explicar la creación por una convergencia de circunstancias o por una asociación mecánica de ideas, sin que necesitemos decir que la creación misma—cualidad irreductible—queda invariablemente intacta.

Y es que el espíritu es libertad, vida, creación; y la inteligencia, abandonada a sí misma, es inercia, repetición, necesidad. La inteligencia no podrá, pues, comprender la ansiedad que impulsa a nuestra vida hacia las supremas afirmaciones con las cuales no es dable enriquecer la evolución, y que traducen la obra moral y la obra de arte. Y su incomprensión que desconoce la libertad—y por lo tanto, la actitud interior de desinteresarse y de amar—acabará por dar la razón al egoísmo y por mirar como una vana agitación la mística inquietud del alma.

Incomprendidos existen, empero, el sacrificio moral, la belleza profunda; y se mantiene indestructible el sentido religioso de la vida. Algo significarán sin duda, estas rebeldías que trasfiguran como una luz, siempre nueva y siempre secularmente venerable, la fisonomía de la humanidad. Alguna indicación nos traerán de la remota esencia de las cosas y de nuestra vinculación con el todo, cuando con ellas y por ellas nos sentimos más felices, más libres y mejores—sin que valga la abnegación intelectual, ante la palabra afirmativa de nuestra conciencia íntima.

Si el espíritu tiene la capacidad de vivir una vida superior y autónoma, la tarea de la educación está ya enunciada. Tarea de alumbramiento, que diría Sócrates; porque si la definición de la conciencia es la libertad, y la educación trata precisamente de suscitar una vida original y libre, es claro que su obra consistirá en revelar el espíritu a sí mismo. Y así realizará una verdadera obra de redención. Sobre la malla de apetitos e intereses hará prevalecer la generosidad desinteresada y abolirá la esclavitud de ideologías inanimadas con el soplo de una inspiración renovadora.

Llamamos filosófica a la educación así orientada, sin que tengamos necesidad de detenernos en manifestar que ella no es, como suele creerse, una abstracta geometría de conceptos, sino, por el contrario, una serie de intuiciones vivientes y de sugestiones encaminadas a despertar en las conciencias las dormidas virtualidades de la actividad moral y estética.

La educación filosófica se distingue de la estrictamente científica por su contenido y por su método. Mientras la ciencia—apta para tratar de la materia—petrifica el espíritu cuando de él se ocupa, la filosofía—apta para penetrar en la vida del espíritu—idealiza, transfigura la materia. Que, por una ley inefable y profunda, cada vez que recojemos nuestra esenciabilidad, nos es posible trascender de nosotros mismos y, participando en la amplitud de un mundo superior, abrazar la creación entera con un ademán de amor y de fe. "La filosofía se encarga, dice Eucken, de este movimiento hacia la iluminación interior de la realidad". (1) Es el espíritu que penetra, purifica, ennoblece las cosas; es la mirada de simpatía que alumbra la existencia; es la fe que realiza milagros; es, en suma, la libertad que se afirma y avanza, incorporando en su marcha todos los esfuerzos aislados e impulsándolos en el sentido de una síntesis vital. La filosofía condensa estas aspiraciones, reúne estos esfuerzos, recoje estos estímulos, nó para fijarlos en un sistema muerto, sino para vivificarlos con una comprensiva intuición. "Su principal función no es, escribe el ya citado Eucken, proporcionar doctrinas bien definidas, sino elevar interiormente el proceso de la vida, aumentar lo que hay en nosotros de autónomo y de original, hacernos capaces de ver las

(1).—*Les grands courants de la pensée contemporaine.*—Traducción francesa—París 1912—pág. 129.

cosas más en conjunto, con más interioridad, con más esencialidad". (1)

Esta visión inmediata e interior de la realidad nos la ofrece, sobre todo, el arte, creando un ideal de vida y hundiendo en las profundidades de las cosas, una mirada de adivinación. De aquí la preponderante significación del arte en la labor educativa. Papel que nada quita a la libertad absoluta de aquél, puesto que lo que aquí preconizamos, no es que el arte se convierta en un medio, sino, precisamente, en el fin ideal de la vida, sinceridad de visión, interioridad, expresión verdadera—que es la palabra, el color o la acción moral—he allí un programa de vida, que se reclama de una inspiración netamente estética. Sólo que entonces la exigencia de probidad artística es más imperativa que nunca. "El arte, ha escrito bellamente Mauclair es una obligación de honor que es preciso cumplir con la más seria, con la más circunspecta probidad". Y la vida es un arte sublime, que impone con la devoción más ferviente, la verdad más estricta.

Y creemos llegada la oportunidad de decir que cuando hablamos de la orientación científico-económica, nos referimos tan sólo a su exclusivismo y a su unilateralidad. Nadie está, en efecto, autorizado para negar la alta significación del trabajo científico, ni la vital necesidad del económico. Pero aquí se impone una importante aclaración: la ciencia no alcanzará su alto significado de desinterés y la actividad económica será impotente para colaborar con el propósito ético, si no interviene el espíritu con su libertad, confiriendo un sentido y dotando a la ciencia y a la práctica de una vida interior. La ciencia, impulsada por la adivinación de los privilegiados y la práctica elevada desde el puro utilitarismo hasta la expansión generosa y altruísta, pondrán en la existencia un noble sello de dignidad. Por manera que en la efusión de esperanzas y de empeños, resuene la armonía de una ideal fraternidad.

Tiene el doctor Alejandro Deustua el mérito de haber sido entre nosotros, el primero que reclamara, una orientación desinteresada y filosófica para la cultura nacional. "Sólo con una educación, escribe, en la cual predomine el factor moral de la

(1).—Ob. cit. pag. 133.

solidaridad efectiva, desarrollada como consecuencia de un amor desinteresado por la libertad ideal, podrá llegarse a un régimen de confianza en el poder de los demás, sin el que, el pesimismo disolvente, fruto de la ambición desatentada de unos pocos y de los sufrimientos permanentes de los demás, continuará agotando las energías dirigidas hacia el porvenir, que son las que engrandecen a los hombres y a los pueblos". (1) Bellas y expresivas palabras que formulan un programa y que revelan la observación de una dolorosa realidad.

Otro maestro, el doctor Manuel Vicente Villarán, profesa también la creencia de que la educación, antes que instructiva debe ser moral. Por eso se establece en el proyecto de Ley de Instrucción, que él ha inspirado, una etapa de cultura general universitaria, que los estudiantes deberán recorrer antes de ingresar en la especialización, por lo común utilitaria, de enseñanza profesional. Así se conseguirá desenvolver los espíritus en un ambiente de educación desinteresada, que controle, más tarde, el exclusivismo de disciplinas meramente técnicas.

Nosotros conceptuamos que es indispensable acentuar esta corriente, darle la energía y la suficiente riqueza de contenido que requiere para ganar los espíritus y dirigirlos hacia una preparatoria actitud de recogimiento y de meditación. Veamos si enmedio a la indescriptible confusión de la hora presente, nos queda, todavía, algo que salvar y algo que amar, y ofrezcamos a esa realidad sagrada, que nuestro empeño descubra, todas las abnegaciones.

Citemos, una vez más, a Eucken, por ser, entre los pensadores contemporáneos, quien más intensamente experimenta la necesidad de imprimir a la educación y a la cultura, una dirección idealista: "El pueblo, dice, que destruye la sustancia espiritual de su vida, destruye también su porvenir" (2). Y bien, abstraerse en un interminable juego de intereses o en una pavorosa confabulación de egoísmos, es destruír la sustancia espiritual de un país. Sin el despertar de las energías morales, ni

---

(1).—*A propósito de un cuestionario sobre la reforma de la ley de instrucción,* Lima 1914. Un trabajo anterior del propio Dr. Deustua, intitulado *el problema de la educación nacional* (1904), representa por su inspiración idealista, una verdad de extrema importancia en nuestra ideología, impregnada, casi siempre, del concepto utilitario.

(1).—*Los grandes pensadores y la teoría de la vida.* Traducción española—Madrid 1914 p. 690.

la riqueza, ni la ciencia traerán para el pueblo la verdadera libertad; y acabarán por resolverse para siempre los últimos resíduos de esperanzas.

La vida espiritual es algo más que la simple existencia psicológica. Esta nos mantiene encerrados dentro de nuestra individualidad; aquélla nos hace trascender de nosotros mismos y nos integra en un proceso más vasto; en el proceso donde se juega la "gran aventura," de que habla Maeterlinck, "en la esfera donde nuestra actividad tiene una influencia y una significación cósmicas, en la esfera del deber siempre renovado y de la lucha heroica". "El descubrimiento de tierras ignoradas, ha dicho Rodó, necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga". Este noble esfuerzo propagará una vibración ideal y suscitará, junto con el íntimo placer de ejercitarlo, soluciones inesperadas y felices, para los problemas más oscuros.

Es necesario repetir que la suprema dificultad de las cuestiones sociales, la pone siempre el egoísmo y que, en consecuencia, nada se conseguirá, entre nosotros, si no se trabaja por una completa renovación del ambiente espiritual. Labor difícil, tal vez imposible. No importa. Si el esfuerzo se perdiera, anulado por fuerzas antagónicas, de la materialidad, quedaría, por lo menos, esa entidad impalpable y eterna de un deber que se supo cumplir. Después de todo, en la vida, que es siempre una aventura, poco o nada ha de lograr quien carezca de valor para afrontarla. En la incertidumbre de lo porvenir está nuestra inquietud, pero también reside en ella, nuestra fuerza moral. Y nuestra creación será tanto más bella, cuanto mayores hayan sido los obstáculos y más graves los peligros.

M. IBERICO Y RODRIGUEZ.

La Organización Médico-Social del Perú

Estas páginas forman parte de un importante libro en preparación, "Las Bases médico-sociales de la Legislación Sanitaria del Perú", tomo III y último. La circunstancia de haber sido confiada a su autor la tarea de formular el proyecto de Código sanitario de la República, presta interés a este estudio en donde se avanzan algunas ideas primordiales sobre la organización que debe tener, entre nosotros, el servicio nacional de sanidad.

(N de la Red.)

PLAN GENERAL DE ORGANIZACION DE LOS SERVICIOS SANITARIOS. LOS ORGANOS DIRECTORES: EL CONSEJO SUPREMO DE HIGIENE, ASISTENCIA Y PREVISION SOCIALES. LOS ORGANOS DE EJECUCION: EL CUERPO DE SANIDAD CIVIL Y SUS JERARQUIAS. EL IDEAL: MINISTERIO DE SANIDAD, TRABAJO Y ABASTOS.

Entramos, por fin, al estudio analítico de la organización médico-social que tendrá que darse al Perú. Abandonamos los parajes de la utopía y del ensueño para pisar el sólido terreno de las proposiciones concretas que habrán de tomarse en cuenta para cimentar el organismo tutelador de la salud pública. Nuestras informaciones anteriores son suficientes para conocer cuál es el pasado y cuál el presente de este servicio, y de estas informaciones debemos sacar ahora sus preciosas enseñanzas, únicas que pueden garantizar del éxito venidero. (Véase "Las Bases

médico-sociales de la "Legislación Sanitaria del Perú". Tomo I y II).

La organización, en la política sanitaria, es algo esencial, ineludible. Con una mala organización los espíritus mejor doctrinados, las capacidades más ejecutoriadas, las voluntades más poderosas no lograrán sino menguados frutos. En cambio con una organización conveniente, adaptada a las exigencias de la realidad, armónica en sus diversas escalas jerárquicas, disciplinada y dirigida con criterio uniforme, los mediocres aún, logran resultados sorprendentes que aseguran el bienestar y la higidez de la raza, que son bienestar e higidez social.

Entre nosotros no se ha pensado suficientemente en este asunto. La organización médico-social de la república es sencillamente deplorable. Los órganos directores y los órganos ejecutores están en perpetua ataxia. Sin rumbos fijos, y sujetos a los caprichos y camaraderías de la politiquería, los directores; y víctimas de los caciquismos y torpezas los de abajo; el personal de sanidad constituye en el Perú salvo excepciones, un heterogéneo conjunto de individuos atentos a beneficiar personalmente y a conservar sus situaciones burocráticas.

Esta caótica situación hay que describirla al desnudo y con crudeza. Es la única forma capaz de despertar de su letargo al espíritu público para decidirlo a demandar una reorganización completa de la Sanidad nacional.

Y esta reorganización de nuestra administración médico-social debe reposar en la regularidad disciplinaria, en la homogeneidad de la acción. Las órdenes que dimanen del órgano director han de alcanzar a las últimas ramificaciones administrativas y ejecutoras. No caben acciones laterales, secundarias. El Estado y sólo él, tal la fórmula básica de toda reforma, en esta tarea de salubrificación.

En las páginas del tomo II hemos evidenciado constantemente los peligros que corre la salud pública por esta dispersión en que se encuentran los órganos de ejecución de la política sanitaria. Ahora vamos a indicar, primer sintéticamente y después con todo detalle, como deberá ser concebida la futura organización médico-social de la república para obtener de ella todo lo que puede y debe dar y que da efectivamente en todos los pueblos en donde se han cuidado sus hombres directores de conceder a esta cuestión la atención preferencial que merece.

Dos clases de órganos deben existir para esta organización: órganos encargados de esclarecer las cuestiones médico-socia-

les, de estudiarlas con el auxilio de la ciencia y de recojerlas en postulados breves susceptibles de encerrarse en fórmulas legales, y órganos de ejecución que sirvan para tornar realidades las sugerencias y soluciones brotadas del esclarecimiento científico de cada uno de los asuntos que interesan a la salud y vigor de la población y a la transformación, en salubres, de las comarcas y lugares.

En un país centralista como el Perú, en donde media enorme desequilibrio entre la vida del estado y la local; cuando entre los tesoros de ambas hay un abismo económico, pretender que existan para estos cuidados de atender a la salud colectiva órganos distintos de aquellos que el Estado está en el deber y en el poder de crear, es sencillamente una utopía; es aceptar como realidad nuestra, lo que existe en otros países progresados y con amplio espíritu municipal en los cuales la vida local y la iniciativa privadas son todopoderosas.

Por esto, como primer postulado de este libro, como declaración franca, definitiva y explícita y que no habremos de repetir, queremos dejar constancia de que entre nosotros la *función sanitaria debe ser función del Estado con exclusión de todas las acciones colaterales, ya comunales, ya de otras instituciones, que enervan la eficiencia de la acción, en vez de intensificarla y ampliarla.*

Y por consiguiente, como función primordial del Estado, la organización médico-social de la república habrá de hacerse con criterio centralista, dando vida y régimen legal propios a los funcionarios indispensables para convertir en realidades los redencionales propósitos de la política sanitaria.

Por lo demás esta manera de concebir la organización médico-social del Estado, en un país pequeño, centralista por imposición incoercible de siglos de hábitos políticos, pobre y a mayor abundamiento sometido a la acción guiadora de una minoría de hombres blancos y mestizos que de hecho ejercen la dictadura sobre la inmensa mayoría indiana, es la misma que en la actualidad triunfa en todos los pueblos que aspiran a desenvolver armónicamente y por obra de la acción pública, el complejo y primordial problema de la higienización integral de su población.

En los países europeos, Inglaterra nos brinda un ejemplo definitivo. Allí en donde el espíritu municipal y el ansia de libertad forman la atmósfera natural de la vida pública; allí en donde la autonomía de los Condados parecía un hecho inaltera-

ble y afianzado; allí en donde la administración local es vigorosa, allí es precisamente en donde acaba de ser expedida la ley de 3 de junio de 1919 por la cual se crea el ministerio de la salud pública a cuya autoridad se entregan todas las cuestiones que hasta la víspera estaban confiadas a las administraciones locales y a las instituciones múltiples formadas en los últimos años como labor de adaptación a las exijencias sanitarias del imperio.

La necesidad de coordinar, de uniformar los procedimientos, de prestar mayor eficiencia a la labor sanitaria sirven de justificación a esta ley. Inglaterra con ese su sentido pragmático que la distingue, ha querido beneficiar en su masa civil y en las horas de paz, de las enormes y concluyentes enseñanzas obtenidas en ese inmenso campo de experiencias únicas que ha sido el campo de batalla. La unidad de comando sanitario y la coacción disciplinaria en todo aquello que interesa a la salud, lo incorpora a su vida legal y le da, con anuencia del Parlamento, es decir del pueblo, toda su fuerza compulsoria. El ministerio de sanidad aparece así como el hijo predilecto de la victoria; como el fruto bendito de la guerra.

Que esta innovación en la organización del estado es acertada y responde a las exigencias actuales de la opinión mundial lo evidencia la serie de proyectos dando vida legal a ministerios semejantes en todos los países del mundo. Y los votos de los congresos científicos propiciando la reforma.

Francia acaba de dar vida al ministerio de higiene social. Y en España, en medio de las rojas inquietudes de ahora, la preocupación sanitaria coincide en la urgencia de crear un ministerio triceps, para emplear la frase descriptiva de Carlos M. Cortezo, ministerio que tendría en sus manos todas las cuestiones que se relacionan con la salud, el trabajo y la alimentación populares.

El caso de España unificando el pensamiento de sus médicos sociólogos en el sentido de centralizar los servicios sanitarios es sumamente interesante, ya que esta centralización es opuesta a la existencia de regiones que biológicamente al decir de sus leaders tienen adquirida la autonomía. Y brinda al que estudia la evolución de las ideas en torno de esta cuestión un ejemplo concluyente y pleno de enseñanzas sobre la primordial cuestión de hacer de la función sanitaria, función esencial del Estado.

En el continente americano también triunfa este concepto. Así países federales, con admirable organización administrativa como son los Estados Unidos, tienen en estudio varios proyectos de ley sobre creación del ministerio de sanidad. Así el 19 de julio de 1919, ha sido presentado a la consideración del Senado por el senador por Maryland un "bill" creando un Departamento Nacional de Sanidad a cargo de todas las cuestiones que interesan a la vida médico-social de la gigantesca democracia. Un ministro (secretary); tres secretarios, uno experto en estadística vital, otro en ciencias médicas, higiene pública y saneamiento y una mujer experta en nursing, componen el personal director. Como dependencias de este ministerio se han propuesto las siguientes: un Bureau de Public Health, un B. de Química, un B. de Estadística vital, un B. de Saneamiento, un B. de Alimentos y drogas, un B. de Nursing, un B. de Tuberculosis y un B. de personal.

En el Canadá con fecha 6 de junio se ha creado el Departamento de Sanidad, concorde en un todo con el Ministerio de Sanidad inglés.

Cuba hace años que tiene una secretaría de sanidad y beneficencia nacionales.

En la América meridional tambien triunfa esta tendencia reformista en el Brasil y en la Argentina, países de constitución federal.

Así el inolvidable José Penna y Nicolás Lozano presentaron al Congreso de Ciencias sociales reunido en Tucumán hace tres años, una memoria defendiendo la "Necesidad de una organización uniforme de la higiene pública" la cual debía reposar sobre la existencia de un consejo central, nacional que tuviera la plena autoridad sanitaria sobre todas las provincias; es decir algo como un verdadero ministerio policéfalo.

En el Brasil, principalmente, es en donde la centralización sanitaria alcanza su más sonada victoria. El mensaje de 23 de Setiembre de 1919, dirigido por el presidente Pessoa al Parlamento nacional proponiendo la creación de un ministerio de sanidad e instrucción públicas, es el paso más decisivo que en el continente se ha dado en esta materia.

Hablándonos de este trascendental proyecto nos dice Belisario de O. Penna las siguientes frases que sintetizan admirablemente su importancia: "Discútese actualmente en el Congreso Federal un proyecto gubernativo para la creación de un ministerio con dos departamentos autónomos, uno de instrucción

y otro de sanidad pública. Va a ser un gran paso para el perfeccionamiento de los servicios sanitarios que serán realizados por la Unión, en todos los estados del Brasil. Será la victoria de la unidad de orientación y de ejecución de servicios de tal importancia económica y social, que no pueden estar confiados a los caprichos de la politiquería y a la deficiencia de los recursos de los estados".

"Esta victoria estoy seguro, prosigue Penna, ha de repercutir benéficamente en los demás países sudamericanos que como el Brasil, se hallan contagiados por idénticos males epidémicos y endémicos y que como él, tienen el fetiquismo pernicioso en países nuevos y de poblaciones incultas, de las exageradas autonomías regionales: estaduales y municipales".

Y concluye el período de esta carta con estas palabras que encierran un dogma de organización médico-social: "Es necesario que nos convenzamos todos, de que la salud es el mayor y mejor capital de una nación, el pilar de su desarrollo y progreso y que por tanto no constituye un simple interés regional o nacional únicamente, sino que es más: un alto interés internacional y humano".

Si esto acontece en países federales y con hondas raigambres autonómicas; en países que cuentan con un espíritu municipal vivaz, ¿cómo defender en el Perú—en este Perú siempre suspirando por las intervenciones mesiánicas del Estado—otro criterio que el criterio centralista en las cosas relacionadas con la administración de los intereses médico-sociales?

No; no hay otro criterio de solución. O se hace nuestra administración sanitaria intensamente centralista o seguimos viviendo en el mismo deplorable estado de atraso sanitario que ahora. "La tutela de la salud pública es el primer deber del Estado" así lo repitió Unánue hace un siglo y el concepto es profundamente exacto.

Con esta opinión como norte entremos a la descripción sintética de la organización que defendemos para el Perú en esta materia.

La dirección general de la política sanitaria no puede estar sustraída, dada nuestra organización política, al Presidente de la República y al Ministro de Fomento. Ellos son los directores superiores de esta actividad del Estado y ellos los

responsables ante el Parlamento y por consiguiente ante el país, del acierto o del fracaso de la gestión médico-social. Es verdad que la ignorancia del pueblo en todo lo relativo a estos asuntos no acusará jamás a estos funcionarios, pero ello no enerva su responsabilidad. Será una responsabilidad teórica, pero que algún día cobrará formas concretas, cuando el ciudadano se dé cuenta de que el Estado es el responsable directo de las desgracias y miserias médico-sociales que le amenazan la salud y la vida y lo mantienen en el atraso y la vergüenza biosocial.

Para el acierto y la eficiencia de esta función directora, hemos concebido, modificando lo existente, dos órganos capaces de dirección: el Consejo Superior Técnico de Higiene, Asistencia y Previsión sociales, núcleo para un futuro ministerio de Sanidad y Trabajo; y la Dirección de Sanidad y Beneficencia pública, asistida por los servicios anexos de esclarecimiento y de investigación científicos. A su estudio pormenorizado consagramos cuatro capítulos sintetizando sus funciones y la calidad de sus miembros.

Entraremos, en seguida, a exponer la organización que deberá darse al "Cuerpo de Sanidad Civil", directamente dependiendo de la autoridad del Director de Sanidad y Beneficencia con completa autonomía de la posible autoridad de Municipios, Juntas Departamentales y Beneficencias, y en su gestión al frente de los negocios sanitarios de las diversas comarcas de la república.

Este "Cuerpo de Sanidad Civil", conjunción de todos los funcionarios que actualmente existen para realizar funciones sanitarias o beneficientes y los que habrán de crearse, comprende varias jerarquías: los Inspectores de Sanidad Civil; los Jefes de sanidad terrestre y marítima; los jefes regionales de sanidad; los médicos municipales; los médicos de escuelas; los farmacéuticos titulares; las obstetrices y vacunadores oficiales; los policías de salubridad y los peones indispensables.

No se trata de crear algo que no exista. Nuestra mente es coordinar, bajo una dirección única, la labor dispersa de los centenares de funcionarios que prestan hoy, a la causa de la salud pública y del adelanto nacional, su tiempo y su capacidad técnicas. El plan que proponemos es un intento serio y meditado de reunión de fuerzas que ahora sucumben por la ataxia y dispersión con que actúan. En esta forma pensamos que sin mayores sacrificios para el Tesoro público y sin demandar nuevos

tributos al contribuyente, se logrará tener listo para las luchas contra la enfermedad y la insalubridad un cuerpo fuerte y homogéneo capaz de constituír sólida garantía para el desenvolvimiento ulterior de una política sanitaria conveniente, tal como la viene demandando con su dolor y su miseria biosocial, la raza nuestra, la triste raza sumida en las sombras de la ignorancia y en trance de degeneración y de muerte.

No menos de ocho capítulos ocupará, en este libro, la exposición pormenorizada de las funciones, deberes y derechos de estos diversos componentes del escalafón sanitario. Como término de este estudio propondremos un proyecto de "Escalafón de Sanidad Civil" con sus jerarquías y sus goces, a fin de que nuestras proposiciones caigan de inmediato bajo la apreciación pública sin necesidad de recurrir al examen minucioso de los varios capítulos descriptivos. Igualmente trataremos de la cuestión, primordial a nuestro ver, de las relaciones que deben mediar entre el servicio de sanidad del Estado y los diversos organismos de la administración local, o, dicho en otros términos, hablaremos de la forma como debe ser contemplada la siempre árdua cuestión de la centralización o descentralización administrativas.

Tales serán las materias que ocuparán las páginas de este libro. Como su conclusión expondremos un breve proyecto sintético de Códico médico-social, que bien podría convertirse en la ley de organización sanitaria de la república, base para el desarrollo y cumplimiento de los anhelos redencionales de una política sanitaria conveniente y capaz de asegurar a la patria días venideros de progreso y de afirmación de su soberanía.

Antes de terminar este primer capítulo diremos que la sanidad pública, en el momento actual que viven las sociedades civilizadas, es vista como uno de los pilares de la política social, la cual exije para su integración de tres términos esenciales: sanidad pública, abastos abundantes y baratos y organización justa del trabajo. Tres términos que aseguran el bienestar individual y colectivo y garantizan la paz social y la ventura patria.

Aquí, en el Perú, por desgracia este nuevo sentido de la política mundial recién asoma en nuestro escenario público. Nos falta dar a los esbozos de organización que tenemos en las direcciones de salubridad y subsistencias y en la sección de trabajo, la amplia modelación que estos incipientes órganos requieren para cumplir su noble finalidad. Es necesario que

nuestros legisladores se enteren de que para entrar al concierto mundial, en esta aurora que se anuncia pródiga de nuevas cosas, se requiere una raza fuerte y que se halle al abrigo de la miseria morbosa, fruto de la falta de protección sanitaria, de la miseria fisiológica por carencia de alimentos y la mala fiscalización sobre sus cambios mercantiles y de la miseria económica por consecuencia de no existir una organización amplia y justa del trabajo.

La organización que hemos propuesto para el servicio de sanidad pública la creemos suficiente para que mediante una amplificación ulterior pueda llegar a convertirse en el servicio de la política social. Hay en nuestros proyectos ancho margen para que por él discurran las providencias que prestan su fisonomía a esta nueva política. Utilizarlo convenientemente será la misión de cuantos acepten esta sabia sentencia del presidente Loubet: "por poco que un estadista haya ejercido funciones públicas sabe que su primer deber es velar por la salud de sus conciudadanos" y se vela por esta salud garantizándoles: higiene, trabajo y abastos.

Dr. CARLOS ENRIQUE PAZ SOLDAN.

(De la Academia de Medicina de Lima, honorario de la de San Pablo y correspondiente de las de Caracas y Bogotá).

El carácter pacífista de la Diplomacia Peruana

LA DECLARATORIA DE GUERRA DE CHILE

VIII

El año fatal de 1879 comienza, después de haber cedido Chile a la resistencia de la Argentina y a los bríos con que este país se preparó a defender sus dominios fronterizos, rechazando por la fuerza armada a quienes pretendían usurparlos, dentro de las más sombrías expectativas, no ya por el lado del Plata, sino, más cerca del Perú, por el altiplano de Bolivia.

Chile, que había iniciado su política de expansión y de conquista, por el norte y por el sur, casi simultáneamente, en los años de 1842 y de 1843, cuando, aprovechándose de las divisiones y discordias que se habían producido entre el Perú y Bolivia, después del aniquilamiento de la Confederación de estos dos Estados, debido a las expediciones chilenas de Blanco Encalada y de Bulnes, enviadas para destruirla, y a raíz de la batalla de Ingavi, que dejó sumida en la más profunda anarquía estos dos países, se echó sobre el territorio boliviano de Mejillones, donde se acababan de descubrir ricos cobaderos de guano, declarando (octubre 31 de 1842) de "propiedad nacional las guaneras existentes en las costas del departamento de Atacama", que nunca antes se había disputado a Bolivia; y, en 1845, cuando, queriéndose beneficiar, del mismo modo, de la situación angustiosa por la que atravesaba la República Argentina, durante este año, en que se agitaba dentro de la más aguda crisis interna que registra su historia, a la vez que tenía que hacer

frente a la intervención decretada por Francia e Inglaterra, con motivo del bloqueo de Montevideo, ordenado por el Dictador Juan Manuel Rosas, se lanzó subrepticiamente sobre Punta Arenas, para tomar posesión del Estrecho y de la Patagonia oriental, donde siempre se había reconocido los derechos de la Argentina.

Chile que logró consolidar el año de 1866 su anexión del territorio boliviano, arrancándole a un gobierno inconstitucional, el del tirano Melgarejo, el célebre tratado del 6 de agosto, Muñoz Cabrera- Cobarrubias, en el que obtuvo se le reconociera soberanía hasta el paralelo 24 de latitud sur y comunidad hasta el 23; y que procuró conseguir, en forma análoga, del gobierno argentino, un tratado que legalizara su intromisión en la Patagonia, invadiendo, el mismo año de 1866, el territorio de ese país, por las provincias de Mendoza, Rioja y San Juan, con 7000 hombres armados, cuando los ejércitos argentinos peleaban por otro lado, por el Estrecho de Bellaco, con las fuerzas del Paraguay; y Chile, por último, que en toda ocasión quiso sacar ventaja de las desgracias de sus vecinos, utilizándolas en alguna forma, porque no se resignaba a continuar detenido por el Cabo de Hornos, por la Cordillera y por el desierto de Atacama, apesar de que toda su titulación había establecido siempre estas fronteras, como las vallas naturales y legales que limitaban su nacionalidad; y que espiaba, en razón de ese apetito, el momento oportuno en que sus armas le pudieran dar el ensanche que la naturaleza y la historia le habían negado, al verse obligado a retroceder en Lota, a fines de 1878, ante la organizada escuadra argentina del Comodoro Py, cambió de rumbo y vino "a asestar sus cañones contra Bolivia y el Perú", ya que, como decía don Estanislao S. Zeballos, en una conferencia que pronunció en Buenos Aires en 1900, "Chile necesitaba combatir en aquel momento".

Bien instruído ese país de que no se había llegado a perfeccionar la alianza del Perú y Bolivia con la Argentina, aunque atribuyendo siempre ésto al voto del Senado argentino y nó a la obsesión pacífica del Perú; y conocedor, del mismo modo, como lo era todo el mundo, de las dificultades económicas y de las escasas fuerzas militares con que contaban los aliados, que sólo en su unión con la Argentina, que sufría las mismas asechanzas, habían cifrado sus expectativas de defensa, encontró, en el acto en que el gobierno boliviano, a fines de diciembre de 1878, dispuso que se cumpliera la ley de 14 de febrero, que

gravaba con una contribución de diez centavos todo quintal de salitre que exportara una empresa privada, la ocasión propicia para declarar nulo e insubsistente el Tratado de límites que le unía entonces a Bolivia y para desencadenar, violentamente, alegando un supuesto derecho a reivindicaciones territoriales, todos sus contenidos ímpetus guerreros y su refrenada acción conquistadora.

Los antecedentes de esta cuestión fueron, sucintamente, los siguientes:

En 18 de setiembre de 1865 el ministro plenipotenciario del gobierno dictatorial boliviano de Melgarejo, residente en Chile, otorgó, a los industriales chilenos José Santos Ossa y Francisco Puelma, desconociendo y conculcando las leyes vigentes en su país, cuatro leguas cuadradas de terreno en Atacama, para explotar salitre y bórax, y una más, en la quebrada llamada de San Mateo, para ensayar algunos trabajos agrícolas; sin otra obligación que la de que construyeran a sus expensas un muelle en la caleta de Chimba para que pasara a propiedad del Estado. Dos años más tarde, el 5 de setiembre de 1868, la *Sociedad Explotadora del desierto de Atacama*, constituída por los mismos señores Ossa y Puelma, obtuvo por decreto del gobierno boliviano, igualmente ilegal, el "*Privilegio exclusivo* por quince años para la explotación elaboración y libre exportación del salitre en el desierto de Atacama", mediante sólo la oferta del pago de una patente de 10,000 pesos, que jamás se satisfizo.

Repuesta la constitucionalidad en Bolivia, después de vencido el sexenio del malhadado Melgarejo, la Representación nacional llamó a juicio al gobierno anterior y dió las leyes de 9 y de 14 de agosto de 1871, por las que se declaraban nulos y sin ningún valor todos los actos de la dictadura, especialmente las ventas, adjudicaciones o enajenaciones, de cualquiera clase de bienes del Estado, de las Municipalidades, Iglesias, Hospitales o Establecimientos de Enseñanza, siempre que los interesados no probaran, dentro de un plazo de noventa días, ante los tribunales competentes, el haber llenado en la adquisición los requisitos exigidos por las leyes y decretos anteriores al 28 de diciembre de 1864.

La casa Milbourne Clark yC°, a la que había transferido sus concesiones la Sociedad Explotadora, pudo pedir a las Cortes bolivianas, en consecuencia y de conformidad con esas leyes, la legalización de los títulos que le acompañaban; mas, convencida de la insalvable nulidad de ellos, bien se abstuvo de intentar tal recurso. Poco después la *Compañía Anónima de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta*, a la que había subrogado en sus posesiones, comprendiendo, igualmente, la ilicitud del origen de ellas, se acogió a la acción de la cancillería chilena y, dándole improcedente ingerencia en este asunto al gobierno de aquel país, que patrocinó *ipso facto* los intereses privados de aquella Compañía, logró arribar a una transacción el 27 de noviembre de 1873.

En este convenio, que celebró el gobierno boliviano en uso de la ley autoritativa de 22 de noviembre del mismo año, por la que quedaba facultado para transigir "con cargo de dar cuenta a la próxima Asamblea", se le reconoció *ad referendum* a la Compañía antes citada los privilegios de que estaba disfrutando, de explotar y exportar ilimitadamente los salitres de Atacama, y, omitiéndose el tomar en consideración el ofrecimiento de su personero, don Belisario Peró, de ceder a favor del Estado el 10 por ciento de las utilidades que rindieran las explotaciones, se le exoneró de todo gravámen fiscal o municipal.

El 6 de agosto del año siguiente de 1874, los esfuerzos de Carlos Walker Martínez, en el orden político, culminaron en el célebre tratado de esa data, en el que Chile consiguió corroborar la demarcación del paralelo 24, que había obtenido en 1866, y también que se declarara que "las personas, industrias y capitales chilenos (ubicados en la zona comprendida entre los paralelos 23 y 24) no quedarán sujetos a más contribuciones de cualquiera clase que sean que a las que al presente existan".

Meses después, el 21 de julio de 1875, se pactó en un tratado complementario que "todas las cuestiones a que diese lugar la inteligencia y ejecución del tratado del 6 de agosto de 1874, deberían someterse al arbitraje".

Más tarde, al ocuparse la Asamblea boliviana, el año de 1878, del arreglo transaccional del 27 de noviembre de 1873, en observación de la ley que había facultado al gobierno para transar, expidió la tan decantada resolución legislativa del 14 de febrero de ese año, en la que, subsanando el inexplicable ol-

vido en que se había incurrido respecto a la participación prometida en las utilidades, al aprobar la transacción anotada, se estableció que la Compañía de Salitres debería pagar diez centavos por quintal de salitre que exportara. El derecho que tenía para ello la nación boliviana era incuestionable, desde que esta retribución pecuniaria a que obligaba a la Compañía no tenía el carácter de un impuesto, sino de mera compensación particular por el reconocimiento que hacía de unos derechos dudosos; y desde que no tenía por qué, tampoco, acatar concesiones ilegalmente otorgadas, sin reportarse ningún beneficio.

No obstante, bastó una mera observación verbal del Encargado de Negocios de Chile en Bolivia, don Pedro Nolasco Videla, acerca de aquella resolución legislativa y de su aparente incompatibilidad con lo dispuesto en la parte que hemos rememorado del tratado de límites del 74, en el que se exceptuaba, en tesis general, de toda nueva contribución a los industriales y capitalistas chilenos establecidos en los paralelos 24 a 23, para que se suspendiera su cumplimiento; hasta que, al dar orden el gobierno boliviano, meses más tarde, el 17 de diciembre de 1878, para que tuviera su debida ejecución, protestaron tanto la Compañía Salitrera como la Legación chilena, que sin pretender llevar este desacuerdo, en condiciones decorosas, al arbitraje convenido—en el pacto adicional de 1875, para "todas las cuestiones a que diera lugar la inteligencia y ejecución del tratado de 6 de agosto de 1874", declaró, en nombre de su gobierno, por nota del 18 del mismo diciembre, que la ejecución de la ley de febrero importaba la ruptura del tratado de límites antes indicado y que "las consecuencias de esta declaración" serían "de la exclusiva responsabilidad de Bolivia".

Se acababa de firmar, el 6 de diciembre, después del descalabro chileno de Santa Cruz, el tratado Fierro-Sarratea, en el que Chile renunció a todas sus esperanzas sobre la Patagonia. Necesitaba resarcirse. La crisis comercial que sufría, además, agobiaba al país. Las quiebras y liquidaciones se sucedían; y el billete, que era la única moneda circulante, se cotizaba con una depreciación cada día mayor (1). Había que ver el modo de restablecerse.

(1).—En las cartas particulares que aparecen en el Apéndice, mandadas del Consulado del Perú en Valparaíso, se refiere la crisis económica por la que atravesaba Chile.

El Perú, entre tanto, ¿qué hacía? Fiel a su tradición política y consecuente con los propósitos que lo habían llevado a entrar en alianza con Bolivia, y a solicitar la de la Argentina, y que le habían hecho ofrecer sus buenos oficios, para procurar una solución amigable del conflicto chileno-argentino, que acababa de arreglarse; lejos de "estimular las intransigencias de Bolivia", como dice Barros Arana (2), o de "empujar sobre Chile a Bolivia", según expresa Joaquín Walker Martínez, en uno de los opúsculos ya citados, se esforzó cuanto pudo, por intermedio del Ministro boliviano en Lima, señor Zoilo Flores, y de la Legación del Perú en La Paz, para que se arreglaran amistosamente estas diferencias y para que Bolivia no diera a Chile ningún pretexto que pudiera dar pié a algún atropello.

Los oficios que van a continuación así lo acreditan. En el primero se encarga a nuestro Plenipotenciario en Bolivia que procure del gobierno de ese país "la suspensión de cualquier acto o medida" que pudiera "agravar" la situación o "hacer difícil una solución" amigable; y en el segundo se da cuenta del encargo recibido por nuestro representante en Santiago convenientemente ante el gobierno de Chile y aún para ofrecer los buenos oficios del Perú, con el objeto de alcanzar una solución de armonía, en el entredicho surgido.

Dichos oficios son los siguientes:

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

("N.º 1").

"Señor Dr. D. José Luis Quiñones, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia.

"En el suplemento al N.º 183 de "La Democracia", periódico de La Paz, que recibí ayer, he leído varias comunicaciones oficiales cambiadas entre el Encargado de Negocios de Chile en Bolivia y el Ministro de Relaciones Exteriores de esta República y aquel mismo funcionario y su gobierno, referentes al cumplimiento de una ley dictada por el congreso boliviano, a

(2).—Historia de la guerra del Pacífico tom. I. pág .26.

principios del año ppdo., gravando con diez centavos cada quintal de salitre que se exporte por Antofagasta.

"El gobierno de Chile se opone al cumplimiento de dicha ley, fundándose en que es contraria a una transacción celebrada por el gobierno boliviano con la "Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta", y atentatorio del artículo 4.º del Tratado que existe entre las dos Repúblicas; y ha declarado, por órgano autorizado de su Ministro de Relaciones Exteriores, que la negativa del gobierno de Bolivia a la exigencia que ha formulado, lo colocaría en el caso de declarar nulo el expresado Tratado de límites.

"El gobierno boliviano, por su parte, ha manifestado, por el órgano también de su Ministro de Relaciones Exteriores, que la cuestión promovida por Chile tiene un carácter privado, siendo el impuesto que se ha fijado, a la expresada Compañía de Salitres, una de las condiciones impuestas para la validez de un contrato; y ha concluído por comunicar al Encargado de Negocios de Chile que, en vista de los perjuicios que la suspensión transitoria del impuesto citado ocasionaría a su país, se había ordenado a las autoridades del litoral hagan efectivo dicho impuesto.

"Tan terminantes declaraciones de ambos gobiernos hacen temer que sobrevenga alguna alteración en las relaciones amistosas de los dos países lo que sería profundamente sensible y lamentable.

"En previsión de esta eventualidad, y no debiendo jamás el Perú permanecer indiferente ante lo que pueda afectar la buena armonía y la paz entre sus hermanas las repúblicas de este Continente, muy en especial entre Bolivia y Chile, que se hallan tan íntimamente ligadas a él por relaciones de amistad y de comercio, S. E. el Presidente me ha encargado que recomiende a U. S. preste a este asunto una atención muy esmerada, procurando instruírse de cuanto ocurra al respecto y trasmitirlo en el acto a este Despacho, aún haciendo uso del cable, si la importancia y urgencia de la noticia lo requiere, a juicio de U. S.

"Me ha encargado, además, S. E. que autorice a U. S. para que, en el caso de que se presentase un peligro inminente,

que amenazase la paz de esa República con Chile, interponga en el acto los buenos oficios del Perú, *procurando, al mismo tiempo, obtener en una forma amistosa, la suspensión de cualquier acto o medida de ese Gobierno* que tendiera a agravar el estado de la cuestión y hacer difícil una solución pacífica.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen*".

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Legación del Perú en Chile.—Viña del Mar, enero 24 de 1878.—Señor Ministro: Tardando aún de llegar a Valparaíso el señor Fierro, Ministro de Relaciones Exteriores, que ha emprendido un viaje al sur, y deseoso yo de dar cumplimiento a las instrucciones consignadas en la nota de U. S. de 2 del coriente N.° 1, me dirigí hoy a Valparaíso con el objeto de hablar con el Presidente mismo.

"Después de dar la bienvenida a S. E., le manifesté mi deseo de saber lo que hubiera de cierto acerca de la cuestión boliviana, a que tánta gravedad atribuían unánimemente todos los diarios, excusando al propio tiempo de tocarle esa cuestión, por hallarse ausente el señor Ministro del ramo correspondiente. S. E. empezó por decirme que casi nada de lo que propalaba la prensa merecía crédito y añadiendo en seguida "la cuestión es la siguiente", me hizo la prolija historia de los tratados celebrados por Bolivia desde hace 12 años, hasta llegar al estado actual de la cuestión pendiente.

"El Excmo. Sr. Pinto abriga la esperanza de que el gobierno boliviano acepte el medio de arbitraje que se le ha propuesto y que él mismo espontáneamente había también insinuado, por su parte, al Ministro Chileno en La Paz.

"¿Y cómo es, me permití observar, que tanto ellos como ustedes siguen precipitando poco menos que la guerra?

—"Eso es lo que me sorprende, replicó S. E., por que si el gobierno de Bolivia persiste en sostener su decreto *no cabe la aceptación del arbitraje*, y es inevitable un conflicto.

"Me explicó así mismo S. E. la presencia de un blindado chileno en Antofagasta, la de otro de reserva en Caldera y el último envío de cien hombres más de tropa que han salido de Valparaíso, como medidas precautorias para conservar el órden público en Antofagasta, de acuerdo con las autoridades de tierra, como ya se ha hecho otras veces en que esas mismas autoridades bolivianas han solicitado la cooperación de guarniciones chilenas para reprimir desórdenes.

"Toda la conversación de S. E. rodó sobre estos dos puntos: "El Gobierno de Bolivia aceptará el arbitraje pero si persiste en su decreto será inevitable un conflicto.

"Yo también creo que aceptará el arbitraje, le dije y así lo he insinuado a mi gobierno.

"*¡Ojalá que el Perú tomara parte! ¡Sería lo más justo!* exclamó S. E.

"A este deseo tan francamente manifestado no pude menos de contestar:

"El Perú ofrecerá sus buenos oficios si llega el caso y yo estoy autorizado para ello.

"Con mucho gusto, con mucho gusto, me dijo por varias veces el Presidente. ¿Y si surge alguna emergencia grave que obligue a U. S. a tomar una medida extrema?, pregunté yo pensando en el último párrafo de la nota de U. S.

"No tenga Ud. cuidado, contestó el Presidente, que yo le haré dar aviso de cualquiera novedad que ocurra.

"Con lo cual concluyó nuestra conversación, que me es grato trasmitir a U. S. Sólo me resta comunicar a U. S. que el señor Pinto espera la contestación del gobierno boliviano a la oferta de arbitraje para los últimos días de este mes.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*P. Paz Soldán*".

A la vez, como las dificultades entre Chile y la Argentina, que se habían puesto en tan enconados términos a fines de 1878, pero que llegaron a allanarse con el tratado del 6 de diciembre, parecía que volvían a resurgir, la Cancillería del Perú pasó la siguiente nota a su Legación en Buenos Aires, que bien pone

en descubierto, igualmente, la impudicia de los que afirman que el Perú pretendió llevar a cabo una confabulación, para "procurar la ruina de Chile".

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

("N.º 5)

"Lima, enero 11 de 1879.

"Señor Dr. D .Aníbal Víctor de la Torre, Encargado Especial y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"Cuando se creía que había desaparecido todo peligro de un próximo rompimiento entre esa República y la del Chile, y que estaba asegurada la paz entre ambos países, con el pacto de Fierro-Sarratea, que establece los medios de resolver tranquilamente la cuestión de límites, ha recibido el gobierno la noticia de que se ha suspendido el expresado pacto por el gobierno de Chile, en atención a que la Escuadra argentina ha ocupado el río Santa Cruz, por órden de su gobierno, quien considera que estaba en posesión de dicho río desde antes de celebrarse la convención mencionada.

"Este incidente inesperado hace temer que surja algún conflicto entre aquellas dos repúblicas, o que, cuando menos, vuelvan a ponerse las relaciones de dichos países en la misma delicada situación en que se hallaban antes del arreglo amistoso formado en Santiago. De suerte que, a mérito de aquel suceso, renacen con más fuerza todos los temores de un rompimiento y de una perturbación en América.

"El gobierno del Perú que vé con sentimiento el giro que toma esa cuestión de límites, necesita estar perfectamente al corriente de los sucesos que pudieran ocurrir y, en consecuencia de esto, y siguiendo la política que ha observado hasta aquí, debe procurar que se restablezca la buena armonía entre dos naciones hermanas y con las cuales lo unen tántos y tan estrechos vínculos.

"Con tal motivo, recomiendo a U. S. que en caso de que ocurriese algún suceso grave y urgente, lo comunique en el acto a este Despacho, sirviéndose del telégrafo submarino, si fuese preciso; y que haga, al mismo tiempo, uso de las instrucciones que tiene esa Legación sobre el ofrecimiento de buenos oficios.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*Manuel Yrigoyen*".

El gobierno de Bolivia, por su parte, en vista del tono destemplado y de la extemporaneidad y hasta de la violencia de la amenaza que envolvía la nota que había recibido del Encargado de Negocios don Pedro N. Videla, en que se le decía que si no se suspendía la ejecución de la ley de impuesto sobre los salitres que se exportaban más al norte del paralelo 24, que era el límite fijado entre los dos países, por el pacto de 6 de agosto de 1874, el gobierno de Chile consideraría roto ese tratado, había respondido al diplomático chileno, con fecha 26 de diciembre del 78, haciéndole ver que entre los artículos complementarios de aquél, acordados después de su celebración, el 25 de junio de 1875, estaba el compromiso de "someterse a *arbitraje*" "todas las cuestiones a que diera lugar su inteligencia y ejecución" y que, por consiguiente, era el caso de acudir a este medio. El gobierno chileno, sin embargo, que tenía resuelto apropiarse de todos modos las salitreras bolivianas, replicó, a su vez, por intermedio de su Legación en La Paz, en oficio del 20 de enero de 1879, sentando la curiosa doctrina, de que, "para ocurrir en una cuestión cualquiera a ese recurso", del arbitraje, era preciso que existiera la más "perfecta igualdad en la condición de las partes contratantes" y que habiendo desaparecido "esa igualdad", porque Bolivia había ordenado la ejecución de un impuesto, "que daña la integridad del Tratado", pedía, como condición previa, la suspensión de aquella medida, para acudir al fallo arbitral.

Bolivia accedió a esta exigencia, el 1.º de febrero de 1879, declarando suspendida la ejecución del impuesto ordenado el 14 de febrero de 1878; pero, considerando, al hacerlo, que esa contribución a favor del Fisco era lo único que había llevado

al gobierno boliviano a transigir con las "graciosas e ilegales" concesiones de la administración Melgarejo, que fueron invalidadas por leyes de 9 y 14 de agosto de 1871, declaró, sin seguir sugestiones de ninguna clase de la cancillería limeña, que se interesaba sólo porque no se suscitaran nuevas dificultades, según hemos visto en las notas de 2 de enero, antes transcritas, declaró, repetimos, al abolir el impuesto, rescindida la convención de 27 de noviembre de 1873, o sea anuladas las concesiones de que disfrutaba la Compañía de Salitres de Antofagasta.

Dadas las pretensiones de los industriales chilenos, esta medida radical, pero perfectamente fundada, había de exacerbar sus apetitos; y como, en la injustificación de ellos, no podían convenirse en someter ese acto de política interna del gobierno boliviano a las Cortes de Justicia, ni les podía satisfacer, tampoco, el acudir al arbitraje de un tribunal extranjero, según lo proponía el Ministerio de Relaciones de Bolivia, con fecha 6 de febrero, al trascribirle a la Legación chilena el decreto que contenía aquella rescisión, entró el gobierno de Chile, patrocinando los intereses ilícitos de los comerciantes, por el camino que apetecía o sea por el de la usurpación. Previa una nota *ultimatum,* del 8 de febrero, en respuesta de la anterior del 6, en la que insistía el Encargado de Negocios de Chile en sólo aceptar el arbitraje si se suspendía anteladamente "toda innovación hecha en el litoral", se ordenó el desembarque de las tropas que había ya de antemano expeditas al efecto, a bordo del "Blanco Encalada", que se hallaba fondeado, desde el 7 de enero, en el mismo puerto de Mejillones, so pretexto de que estaba allí haciendo una estación pasajera, sin significado de ninguna clase; y tomaron las tropas chilenas posesión de Antofagasta, el 14 de febrero de 1879.

El gobierno del Perú que había insistido, por todos los medios a su alcance, en apaciguar el ánimo justamente exaltado del pueblo boliviano y en recomendar medidas de prudencia, según lo hacen ver, además de la nota ya trascrita, del 2 de enero, las que van en seguida; y que había ofrecido a Chile su amistosa intervención oportunamente, como lo revelan los documentos antes insertados y lo confirman las cartas particulades y los oficios que más adelante se reproducen, cambiados entre nuestro Ministro de Relaciones y los Agentes del Perú en Bolivia y Chile, ante el despliegue de fuerzas hecho por ese

país, continuó, más afanosamente aún, empeñado en solucionar el conflicto. No alentó, desde luego, a Bolivia, como dicen los escritores chilenos, sino, antes bien, influyó para que transijiera con Chile, hasta donde lo permitiera su decoro, en homenaje a la paz y la confraternidad americana, y requirió, al mismo tiempo, al gobierno chileno para que acudiera al arbitraje pactado y se atuviera a las gestiones pacíficas, antes de persistir en el abuso, de ocupar exabrupto territorios extranjeros indefensos.

Los siguientes documentos demuestran las anteriores afirmaciones:

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

("N.º 4")

"Lima, febrero 4 de 1879.

"Señor Dr. D. José Luis Quiñones, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia.

"En oficio fecha 2 de enero ppdo., manifesté a U. S. la necesidad de que prestase una atención muy esmerada a la cuestión que actualmente existe entre esa República y Chile, con motivo del impuesto de diez centavos, con que el Congreso boliviano ha gravado la exportación de cada quintal de salitre por el puerto de Antofagasta, y lo autoricé además, para que interpusiera los buenos oficios del Perú, en caso que fuese inminente un rompimiento de relaciones entre los expresados países; procurando, al mismo tiempo en una forma amistosa, *la suspensión de cualquier acto o medida de ese Gobierno que pudiera hacer imposible o muy difícil, por lo menos, un arreglo satisfactorio.*

"No dudo que U. S. habrá procurado encontrar la oportunidad necesaria para dar cumplimiento a esta segunda parte de mis instrucciones; y me inclino además a creer que el ilustrado

gobierno del General Daza se decida a dar esa solución tan legal y justa a un desacuerdo que podría ocasionar serias perturbaciones entre ambos países y que el Perú no puede mirar con indiferencia por hallarse tan íntimamente ligado con las dos Repúblicas.

"Espero, pues, con vivo interés, el resultado que haya alcanzado U. S. y le reitero la autorización que le tengo dada para hacer uso del telégrafo y del cable, en cualquier caso grave y urgente.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen"*.

"La Paz, febrero 13 de 1879.

"Señor Dr. D. Manuel Yrigoyen.—Lima.

"Mi apreciado señor y amigo:

"En la última semana se ha complicado la cuestión de este país con Chile, hasta el extremo de que ayer en la tarde pidió sus pasaportes el señor Videla. He creído oportuno interponer la mediación del Perú, sobre la cual acaba de decirme el señor Ministro de Relaciones Exteriores que no puede contestar hasta la llegada del próximo correo del litoral. El señor Videla acepta.

"Sin tiempo para más, porque me he embromado en el Ministerio y el correo se despacha, ofreciéndole cuenta por extenso en el correo de la vía de Puno, quedo su atento amigo y servidor.

(Firmado)*"J. L. Quiñones"*.

Señor Dr. D. Manuel Yrigoyen.—Lima.

"Mi apreciado señor y amigo:

. . . . . .

"El Excmo. señor Pinto me dijo que las últimas instrucciones al Ministro chileno en La Paz, eran dar lectura a una nota de su gobierno, en que se le decía que si no se revoca el decreto que motiva el desacuerdo, Chile consideraría roto por Bolivia el Tratado del caso y *ocurriría a un árbitro* (3), como se estipuló en ese pacto, para el caso de desinteligencia".

. . . . . .

"Su afectísimo amigo yS. S.

(Firmado).—"*P. Paz Soldán y Unánue*".

"Valparaíso febrero 12 de 1879.

"Señor Dr. D. Manuel Yrigoyen.

"Apreciado señor y amigo:

Esta mañana al cerrar en Viña del Mar mi correspondencia oficial de este vapor, que he puesto ya en el buzón, recibí una esquela del Ministro Fierro, pidiéndome que viniera a este puerto; con lo que me confirmé en la necesidad y resolución de venir hoy, de que le hablo a U. en esa correspondencia.

"El señor Fierro me expuso y confirmó lo que ya sabía yo desde anoche por el telegrama de que también hablo a U. en mi citada nota.

(3) —Ofrecimiento al que después se faltó, conforme hemos de ver.

"Cuando me comunicó la *resolución invariable de su Gobierno, de ocupar con sus fuerzas el litoral boliviano,* le dije que creía llegado el momento de ofrecer oficialmente los buenos oficios del Perú, y que esperaba que dado este paso, se suspendiera la ocupación decretada, siquiera por algunos días.

"El Ministro me contestó que con cualquiera otro país que no fuera Bolivia, se apresuraría a acceder a mis deseos, pero que se habían convencido de que el Gobierno de esa República se estaba burlando de ellos; y que su último decreto rescindiendo el contrato con la Compañía de Salitres, por toda contestación a las gestiones de la Legación Chilena en La Paz, lo estimaba este gobierno como una burla y un bofetón.

"Que Bolivia quería ganar tiempo; que los chilenos del litoral estaban ardiendo por sublevarse: y que por todos estos motivos que no había más remedio que proceder a la ocupación, la cual quedará consumada mañana o pasado.

"No he comunicado a U. todo esto por cable, porque sé que el gobierno lo hizo anoche con el señor Godoy, enviándole un despacho de 19 palabras, y no dudo que él se lo habrá mostrado a U. o al General.

"Todas mis reflexiones fueron inútiles. Observé al señor Fierro que aceptados los buenos oficios del Perú, yo le avisaría al Gobierno por el cable: que por el mismo órgano se comunicaría de Lima a La Paz, y tal vez por el intermedio del señor D. Zoilo Flores; y que en dos o tres días podríamos saber el efecto que ellos produjeran en esa ciudad.

"Replicó el señor Fierro que Chile y su Gobierno, burlado y abofeteado por el de Bolivia, y retirada la Legación, tenía forzosamente, y hasta por prudencia, que proceder a la reivindicación de ese litoral.

"Sobre lo que sí hará a U. un cablegrama ahora mismo, es sobre esta negativa a los buenos oficios y la razón en que la funda el gobierno, que es la actitud cada vez más resuelta de Bolivia.

"En este momento se celebra un meeting, exaltando al pueblo a la guerra, al mismo tiempo que se festeja el aniversario de Chacabuco. Hablan los oradores Isidro Errázuriz y Máximo Lira.

El Cónsul de Bolivia en este puerto acaba de retirar su escudo.

"Como materialmente no tengo tiempo para escribir al General Prado en este vapor, le ruego a U. que le lea la presente.

"Su afectísimo amigo y S. S.

"P. Paz Soldán y Unánue.

"Legación del Perú en Chile

"Viña del Mar, febrero 14 de 1879.

"Señor Ministro:

"Al cerrar mi única nota del vapor pasado número 27, recibí una esquela de Valparaíso, del señor Ministro de Relaciones Exteriores, suplicándome que pasara a verlo; con lo que me confirmé en mi determinación de ir al puerto ese día, de que hablaba a U. S. en mi expresada comunicación.

"Contesté por telégrafo al señor Fierro, que dos horas después me tendría en su despacho.

"Cuando llegué, se hallaba en conferencia (tal vez en Consejo) con el Presidente; y sólo vino al cabo de mucho rato, que se me mandó anunciar.

"Entro en estos pormenores, a fin de que conste que el señor Ministro no fué tomado por sorpresa; y que pudo consultar con S. E. y quizá con todo el Gabinete, la propuesta de buenos oficios que ya esperaban de mi en ese momento.

"Así no tendrá disculpa el gobierno de Chile, ni ante propios ni ante extraños, si la precipitada medida de ocupar militarmente el litoral boliviano hasta el grado 23, le trae algún descalabro, o graves complicaciones, como es muy de temerse.

"Nada costaba tentar el medio conciliatorio de los buenos oficios, sobre todo los del Perú, que para Bolivia habrían sido muy atendibles. Si no se llegaba a una solución pacífica, siempre se ganaba tiempo, y había lugar de aplicar con alguna justificación, el mismo procedimiento de la fuerza, prematuro hoy, y que ha disgustado a las personas sensatas, y aún al Cuerpo Diplomático de aquí.

"*El señor Fierro se negó a aceptar los buenos oficios del Perú,* con invariable aunque cortés firmeza, sin que esta decayera un sólo instante ni en vista de la seguridad que le dí yo de proceder con rapidez, ni de los temores que con toda sagacidad le manifesté, por los resultados que iba a dar a Chile.

"Se conocía que la resolución del Gobierno era inflexible, aunque repentina.

"Las causas que, como ola poderosa lo han empujado hasta este extremo, han sido los valiosos intereses particulares amenazados con la violenta rescisión por parte de Bolivia del contrato que tenía con la Compañía salitrera y las exigencias de la opinión pública, que a todo trance quería un ensanche, después del pacto argentino, que se ha considerado humillante.

"Desde que se inició la cuestión, el Gobierno ha dado por hecho, que lo que el de Bolivia deseaba, era proporcionarse fondos, buena o malamente.

"De aquí el furor que produjo la órden de embargo y remate comunicada a Antofagasta; y quizá la ocupación del litoral no tenga, por lo pronto, más objeto que custodiar las propiedades chilenas e impedir su saqueo, que es lo que constantemente ha aparentado temer este Gobierno.

No vaciló el señor Fierro en decirme que con cualquiera otro país que no fuera Bolivia, aceptaría los buenos oficios del Perú; pero que de ese Gobierno no se podía esperar nada; que sólo trataba de ganar tiempo y de hacer efectivos sus deseos de entrar en posesión los fondos; y que la decretada rescisión del contrato la estimaba el Gobierno de Chile como una "burla" y como un "bofetón", que no le dejaba otro árbitrio, que la ocupación del litoral.

"De mi entrevista con el señor Ministro, tuve el honor de dar cuenta a U. S. el mismo día, desde Valparaíso, en una carta de última hora.

"Puesta en el correo mi carta, hice a U. S. el siguiente despacho por el cable:

Chile juzga inaceptables buenos oficios, en vista actitud Bolivia. Ocupa hasta grado 23".

"Mientras tanto, el público y la prensa están ebrios de orgullo y satisfacción. "El Mercurio" llama ya "la primera victoria", en un pomposo editorial, al mero envío de fuerzas a Antofagasta.

"Si la mente del Gobierno guarda conformidad con los rumores públicos, creeré de mi deber llamar la atención de U.S. muy seriamente sobre esta ocupación, harto alarmante en sí misma. . . . . .

. . . . . .

"Se dice, aún en los buenos círculos, que no se va a la *guerra,* sino a "la conquista"; que esos dos grados geográficos van a servir para echar toda la población de desecho, con la que la policía no sabe ya qué hacer aquí. Por decontado, confían también en que reportarán grandes beneficios, estableciendo aduanas e impuestos.

"El gobierno riñe, al propio tiempo, la gran batalla eleccionaria.

"Dios guarde a U.S.

"P. Paz Soldán y Unánue".

No obstante tal rechazo de sus amistosos buenos oficios, el gobierno del Perú siempre siguió insistiendo, sin comprometer su dignidad, en procurar un arreglo conciliatorio, según lo expresa esta otra nota:

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima, febrero 14 de 1879.

"Señor D. P. Paz Soldán y Unánue, Encargado de Negocios del Perú en Chile.

"Por el telegrama que dirigió U.S., ántes de ayer a S. E. el Presidente, me he impuesto de que el gobierno de esa República no ha tenido a bien aceptar los buenos oficios del Perú en sus cuestiones con Bolivia.

"Esta noticia es una verdadera y muy sensible decepción para el Gobierno; pues era de esperar lo contrario después de la conversación que tuvo U.S. con S. E. el Presidente señor Pinto y que me refirió en su oficio fecha 24 de enero.

"Por el mismo telegrama he sido informado de que se habían embarcado fuerzas en Caldera con el objeto de ocupar el litoral boliviano hasta el grado 23: lo que sería sumamente grave, no sólo porque tal hecho vendría a embarazar un arreglo con Bolivia, sino por el precedente que establecería y las consecuencias a que podría dar lugar.

"Debiendo recibir muy pronto las comunicaciones de U.S., que no dudo me pondrán al corriente de todo lo que haya tenido lugar respecto de la interposición de nuestros buenos oficios y de las medidas al parecer violentas que, según se dice, ha tenido a bien adoptar ese Gobierno, me limitaré hoy a recomendarle que, si a juicio de U.S. y con el conocimiento que tiene de lo ocurrido, no se comprometiese la dignidad y el decoro del Perú, haciendo alguna *nueva insinuación referente a* aceptación de nuestros buenos oficios y aún de una mediación en forma, puede U.S. proceder a verificarlo; avisándome el resultado por el cable, en caso de ser favorable.

"Nuestra Legación en Bolivia aún no ha comunicado nada con respecto a las instrucciones que le dirigí al mismo tiempo que U.S. sobre la interposición de los buenos oficios del Perú. Si ese Gobierno los acepta, lo comunicaré a U.S. por el cable para que haga de ello uso, siempre que esa noticia pueda influír en modificar las ideas y propósitos de ese Gobierno y conducirnos al fin que nos proponemos, de evitar una guerra escandalosa e innecesaria entre dos Repúblicas tan íntimamente unidas entre sí y con el Perú.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen*".

En las siguientes tres notas oficiales, del 12, 15 y 19 de febrero, dirigidas a nuestra Legación en La Paz, el Gobierno del Perú insistió en que se suspendiera por parte de Bolivia "la ejecución de la ley sobre el impuesto del salitre"; y aún, en la tercera de las citadas, llegó a desaprobar la actitud de aquel país, por haber introducido, aunque en ejercicio de sus

derechos legítimos, "la nueva dificultad proveniente de la rescisión del contrato de la Compañía de Antofagasta", en lugar de haberse abstenido, como lo venía aconsejando, "de cualquier acto o medida que pudiera hacer imposible o muy difícil, por lo menos, un arreglo satisfactorio" ¡Era así como el Perú "atizaba la hoguera y movía a Bolivia contra Chile" según la calumniosa frase de Carlos Walker Martínez, consignada en sus "Páginas de un viaje al través de la América del Sur"! (4).

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

("N.° 7")

"Lima, febrero 12 de 1879.

"Señor Dr. D. José Luis Quiñones, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia.

Este Despacho ha sido informado de telegramas recibidos, ayer y hoy, anunciando que la Legación chilena ha cortado sus relaciones en La Paz con el gobierno de Bolivia y que se ha retirado, en consecuencia, de esa ciudad; como así mismo de la rescisión por parte del gobierno de Bolivia del contrato que tenía celebrado con la Compañía Salitrera de Antofagasta, y, en fin, se asegura que se han embarcado tropas chilenas en Caldera con destino al expresado puerto.

"El Gobierno del Perú, a quien han impresionado vivamente tales noticias esperaba que se hubiera entrado en el terreno de la conciliación, *mediante la suspensión por parte de Bolivia de la resolución relativa al impuesto* sobre el salitre, como se aseguró que se proponía hacerlo aquel gobierno, mientras sentaba las bases de un arreglo amistoso con Chile; pero a tenor de las noticias expresadas, la cuestión tiende a complicarse y reagravarse más.

"Mientras informa U.S. del uso que ha hecho de las instrucciones que se le comunicaron para ofrecer al gobierno de Bolivia los buenos oficios del Perú, debo recomendarle de nue-

(4).—Pág. 205. Nueva edición. Imprenta Cervantes. Chile 1903.

vo que no omita paso alguno amistoso que pueda conducir al restablecimiento de las buenas relaciones entre ambas Repúblicas.

"Cree S. E. el Presidente que se puede llegar a tal fin, ya sea, acudiendo al arbitraje prescrito en el mismo tratado de amistad que liga a Bolivia con Chile; o bien sirviéndose del conducto de un país amigo para llegar al avenimiento. En ambos casos, se evitarían las consecuencias que pudieran sobrevenir de un rompimiento.

En este sentido no debe U.S. dejar de trabajar en el ilustrado espíritu de ese gobierno, que ha probado siempre interés en la buena armonía entre los países de América.

"Le recomiendo de nuevo que haga U.S. uso del telégrafo para comunicar a este despacho los sucesos de gravedad que pudieran surgir con motivo de la expresada cuestión.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen"*.

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

("N.° 9")

"Lima, febrero 15 de 1879.

"Señor Dr. D. José Luis Quiñones, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia.

"Por un telegrama al Prefecto de Puno, recibido aquí hace tres días, he sabido que ese Gobierno había rescindido el contrato de la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta y que la legación de Chile se había retirado de La Paz.

"Estos hechos y las noticias que al mismo tiempo he recibido de Chile, referentes al embarque de fuerzas con el propósito de ocupar el litoral boliviano hasta el grado 23, manifiestan en evidencia que se han roto las relaciones entre ambos gobiernos y que es inminente una guerra entre las dos repúblicas.

"El gobierno se lamenta profundamente de que una cuestión que ha podido arreglarse con la mayor facilidad, por medio del arbitraje, venga a perturbar la paz entre dos naciones hermanas, y a comprometer además la tranquilidad y aún los intereses de esta parte del continente.

"Espero con vivo interés las noticias que me comunique U.S., acerca de todo lo que ha ocurrido al respecto en esa capital; y del uso que haya hecho de las instrucciones que con fecha 4 del corriente le dirigí, para que interpusiera los buenos oficios del Perú, *e insinuara confidencialmente a ese Gobierno la conveniencia de suspender la ejecución de la ley sobre el impuesto del salitre* durante el arbitraje.

"Entre tanto debo indicar a U.S., la conveniencia de que nuestros buenos oficios sean aceptados, y aun nuestra mediación; y recomendarle que trabaje siempre en este sentido, aún dado el caso de que no lo hubiese conseguido al recibo de la presente, con tal que, no se comprometa a juicio de U.S. la dignidad y decoro del Perú y su Gobierno.

Dios guarde a U.S.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen*".

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

("N.° 10")

"Lima, febrero 19 de 1879.

"Señor Dr. D. José Luis Quiñones, Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia.

"Acuso a U.S. recibo de su oficio de 5 del corriente N.° 5, en que me informa que estaba dando los pasos necesarios para que el Gobierno de Bolivia solicitara la mediación del Perú en la cuestión que tiene con Chile, o aceptar lo que se le ofreciera. Agrega U.S. que ha creído conveniente prevenir así, para evitar el acto desdoroso para el Perú de que se rechazara su mediación.

"De desear habría sido que U.S. hubiese ofrecido desde luego los buenos oficios del Perú; y, aconsejando amistosa y confidencialmente a ese gobierno la conveniencia de *suspender la ley sobre el impuesto del salitre,* hubiese influído en que *no se introdujese la nueva dificultad proveniente de la rescisión del contrato de la Compañía de Antofagasta;* más ya que este no había tenido lugar hasta la fecha del oficio de U.S. de que me ocupo, y para el caso de que al recibo de la presente nota no hubiese hecho nada U. S. al respecto, debo reiterarle nuevamente mis instrucciones consignadas en oficio 2 de enero ppdo. y siguientes, y manifestarle, además, que el Gobierno desea hacer los mayores esfuerzos para evitar la guerra entre esa República y Chile, procurando que desaparezcan los graves inconvenientes que hoy se oponen, y atrayendo a ambos gobienos al *arbitraje* pactado en el tratado de 1874.

"Siendo estos los propósitos del gobierno, debe U.S. inspirarse en ellos para secundar debidamente su política; teniendo además presente, que la no aceptación de los buenos oficios no habría podido nunca traer desdoro para el Perú como U.S. creé; porque ellos no significan sino el vivo y muy laudable y generoso deseo de evitar un conflicto entre dos repúblicas Sud-Americanas, de acuerdo con la política esencialmente conciliadora o independiente que en casos análogos, y desde largo tiempo, ha observado siempre nuestra Cancillería.

"Conviene por lo tanto que penetrándose U.S. de los propósitos del gobierno, observe las instrucciones de mi citada nota de 2 de Enero y las posteriores que a ella se refieren, procurando emplear todos los medios de una amistosa conciliación en favor de dos países que el Perú desea ver unidos y vi[illegible]o en la mejor armonía.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen".*

PEDRO YRIGOYEN.

† Excmo. Sr. D. Oriol Solé Rodríguez

Honda consternación ha producido el fallecimiento del Excmo. señor D. Oriol Solé Rodríguez que ejercía entre nosotros la representación diplomática del Uruguay.

Los vínculos intelectuales y morales que unen al Perú con la república del Uruguay, ofrecían al señor Solé Rodríguez una propicia base para su simpática misión de cordialidad y acercamiento, misión que el diplomático uruguayo ha sabido desenvolver poniendo en ella sus dotes de cultura y de simpatía personal.

Literato muy conocido en el Uruguay, ha publicado interesantes leyendas impregnadas de ambiente local y reveladoras de una verdadera compenetración entre el escritor y el alma soñadora del pueblo. "Mercurio" ha publicado alguna de esas narraciones que una emoción sincera anima.

Colaborador y amigo de "Mercurio Peruano", el señor Solé Rodríguez tenía más de un título al pesar con que la redacción de esta revista da cuenta de su desaparición.

N. de la R.

Notas varias

EL HOMENAJE A VALDELOMAR

Un plausible anhelo de rectificar el imperdonable error que nos ha movido siempre a mirar con absoluto desdén y marcada indiferencia todo lo que es legítimamente nuestro, todo lo que nos rodea y constituye nuestro patrimonio, todo lo que contribuye a robustecer los vínculos de la nacionalidad y los prestigios de nuestro país, ha dado origen a la bella actuación que glosamos en esta breve nota, destinada a exaltar el recuerdo de un insigne artista últimamente muerto y cuyo producto será aplicado a cubrir los gastos que demande la publicación de sus libros inéditos.

Han comprendido los organizadores de esta actuación que es necesario redimirnos del vergonzoso baldón que para el país entraña el olvido en que, por obra de nuestra pereza incurable y de nuestra tradicional incuria, mantenemos los nombres y las obras de los más notables ingenios peruanos, y a la completa ignorancia que de nuestra literatura se tiene en el extranjero, y a esa patriótica inspiración se debe el homenaje académico rendido el domingo pasado a la memoria de Abraham Valdelomar. Se trata de compilar y dar a la estampa los libros que el llorado artista ha dejado manuscritos, alguno como " Neuronas" desconocido del público, casi en lo absoluto, y llamado a acrecentar la admiración que despertara siempre el autor por la complejidad y excelsitud de su obra, porque delínea y fija su faz humorística, apenas esbozada en algunos de sus crónicas, como "La Psicología del gallinazo", "La Psicología del cerdo" y "El estómago de la ciudad" y con sus "Cuentos yankees y chinos" y otros que como "Los Hijos del Sol", afirman su nacionalismo ardoroso y su maravillosa intuición del pasado, lo que podríamos llamar "su sentido artístico de la historia".

Tan laudable iniciativa surgió a raíz de la brusca y sentidísima muerte de Valdelomar. Su autor, el presidente de la Federación de Estudiantes don Víctor Raúl Haya de la Torre, congregó, en el local de esa Institución, a los más distinguidos personeros del periodismo local y a los universitarios sobresalientes, y les planteó la nobilísima idea de acordar el homenaje que estas dos entidades a las cuales Valdelomar prestara el aliento de su gran espíritu, debían rendir a su llorada memoria.

En la reunión se convino en celebrar una velada en uno de los teatros de la capital, con cuyo producto se atendería a la publicación de las obras inéditas del Conde de Lemos.

Con tal objeto se designó una comisión formada por los señores Carlos Enrique Paz Soldán, por "La Crónica", Alberto Ureta por "Mercurio Peruano", Ricardo Vegas García, por "La Prensa", Carlos Solari, por "El Comercio" y Raúl Porras Barrenechea y Luis Ernesto Denegri, por los estudiantes, la cual, luchando con toda clase de obstáculos que entorpecieron sus activas gestiones. logró, al fin, confeccionar el atrayente programa con arreglo al cual se realizó la fiesta, en el Teatro Municipal, el domingo 22 del mes en curso; ante un público selecto y comprensivo.

Aunque el número de los asistentes no estuvo en armonía con su calidad, ni en relación con el significado del homenaje, la fiesta tuvo, sin embargo, un sonoro éxito, porque el programa, estricta y lucidamente cumplido, correspondió por entero a la finalidad de la actuación y aún, podemos asegurar que superó las espectativas del público, no obstante que tratándose de honrar la memoria de artista tan exquisito como Valdelomar, aquéllas eran muy exigentes. Pero la presencia en el escenario de personalidades tan prestigiosas como las que tomaron parte en la fiesta, bastó para que se disiparan todos los temores que pudiera haberse abrigado y se vislumbrara, en cambio, la seguridad de la brillantez de su resultado, y el aplauso más unánimemente entusiasta y caluroso acogió a cada uno de los distinguidísimos intelectuales que desempeñaron los números literarios de la actuación.

Los organizadores del homenaje, quisieron que no solamente se hiciera en él la crítica de la obra fecunda del artista honrado, sino que se entregara a la devota admiración de la concurrencia los fragmentos escogidos de las múltiples y complejas creaciones de su espíritu. Por eso es que, al mismo tiempo que don Enrique Castro y Oyanguren hizo un magnífico elogio del escritor, y que Carlos Enrique Paz Soldán, reveló el aspecto íntimo del Conde de Lemos, el doctor Gálvez recitó los versos más bellos del artista y Luis Ernesto Denegri declamó la insuperable "Oración a la bandera" en que se puso de relieve el patriotismo ardiente y elevado de Valdelomar.

Víctor Raúl Haya de La Torre, ofreció la fiesta en breves frases, explicando sus generosos fines y sus laudables alcances nacionalistas, exaltando la personalidad de Valdelomar y relievando la obligación moral que la juventud y el periodismo contrajeran, a la muerte del artista, para honrar su excelso nombre, en merecido homenaje académico y dando a la publicidad las producciones de su ingenio que enaltecen la Literatura nacional.

En otro lugar de este número glosamos extensamente el estupendo "Elogio" al que con eufónica y elegancia dicción y aristocrático gesto, leyera don Enrique Castro y Oyanguren conmoviendo hondamente al auditorio y conquistando formidable ovación.

José Gálvez, que continúa siendo el poeta de la juventud por la perennidad de sus canciones optimistas, y por la persistente vibración y jocundidad, espíritu delicadamente sensible e ilimitadamente amplio, no obstante el encorvamiento y endeblez de su cuerpo y la vaguedad de

su mirada tras de sus enormes quevedos, que le imprimen cierto aspecto de vejez cansada y prematura, recitó con emoción y dulzura, aquellos sencillos, tristes y conmovedores poemas familiares de Valdelomar: "El Hermano Ausente", "Tristitia", "La Casa Abandonada", "El Regreso", "La Danza de las Horas", "El árbol del Cementerio".

El público exteriorizó la impresión que dejaran en su ánimo estos versos sollozantes en los que Valdelomar exhalara la tristeza melancólica y la escalofriante inquietud de su alma torturada por sombríos presentimientos y punzantes dolores, aplaudiendo largamente la fiel recitación de cada una de estas composiciones.

Carlos Enrique Paz Soldán goza merecida fama de delicioso "conversador". En la fiesta que reseñamos ha asentado esos prestigios. Disertó amenamente acerca de la vida íntima de Valdelomar, pregonando las excelencias de carácter y lealtad de sus sentimientos amistosos, la bondad y el desinterés del artista tan ignorado por la gran masa del público que solo conoció de él su característico y postizo aspecto exterior, aquellas originales y chispeantes "poses" que le enajenaron, por incomprensión y estrechez de espíritu, tántas simpatías y que, para los que bien le conocían y querían, eran nuevos motivos de cordial admiración. Contó varias anécdotas que transparentan la verdadera fisonomía moral de Valdelomar y que por la fina ironía de sus detalles, tuvieron la virtud de divertir amablemente a la distinguida concurrencia.

La parte musical de la fiesta que tánto contribuyó a su éxito, fué dirigida por el inteligente maestro Sr. González del Riego y corrió a cargo de las señoritas Victoria Vargas, Marina Vantosse y Amelia Riva y de los señores Fava Ninci, José Alberti y Erich Schubert, quienes en su admirable interpretación de Chopin, Sgambati, Widor y Rubinstein, revelaron la exquisitez de sus temperamentos artísticos y su absoluto dominio de la técnica musical, deleitando al auditorio que premió su esfuerzo con insistentes aplausos.

En resumen, la fiesta constituyó un acontecimiento artístico y social y su éxito ha evidenciado el alto grado de cultura de nuestra sociedad que ha respondido, en forma elocuente, al llamamiento que le hicieran los estudiantes y periodistas de Lima para que participara de este homenaje de afectuoso recuerdo y de unánime consagración de un gran escritor tan tempranamente desaparecido y cuya vida, con haber sido tan corta y tan accidentada, ofrece un ejemplo tan hermoso de absoluto desprendimiento, de constante laboriosidad y de religiosa dedicación al ideal artístico que fuera para el Conde de Lemos un apostolado y cuya obra de belleza ostenta, dentro de su matizada urdimbre y desconcertante policromía, el sello inconfundible de su romántico amor al suelo natal, de su místico fervor y su fantástica visión del pasado glorioso de la raza y de su profundo sentimiento de la naturaleza. tendencias tan raras en nuestra incipiente literatura, que dan a su autor el prestigio incomparable de ser el mejor orientado de nuestros escritores contemporáneos y uno de los que en la senda que abriera don Ricardo Palma, con sus inimitables *tradiciones,* llevara más en alto y más brillante, la antorcha sagrada del nacionalismo.

R. V. G.

"ELOGIO DE ABRAHAM VALDELOMAR", por don Enrique Castro y Oyanguren.—Lima—Imp. del Estado.—Calle de Núñez, 206— MCMXX.

El pulcro y atildado escritor nacional don Enrique Castro y Oyanguren ha publicado en un folleto, nítidamente impreso, el magnífico discurso crítico que en elogio de Valdelomar leyera, con su arte insuperable de dicción, en la actuación que en homenaje al llorado literato muerto, se realizó en el Teatro Municipal, el domingo 22 del presente. Como todo lo que brota de la pluma elegante y castiza de este escritor que—enamorado del clasicismo—gusta de expresar sus ideas en forma pura y armoniosa, serena y reposada, el Elogio de Valdelomar, es un estudio admirable, de la compleja y atrayente personalidad del Conde de Lemos.

El señor Castro y Oyanguren, comienza su discurso con una sentidísima evocación de la tragedia de Ayacucho, de la que fuera víctima el glorioso artista loado, y se lamenta del "hado siniestro que parece proyectar su sombra nefasta sobre las letras peruanas". Tiene palabras de piadosa recordación para José Lora y Lora, Leonidas N. Yerovi y Octavio Espinosa, jóvenes ingenios fecundos, promesas seguras para la literatura nacional, muertos, bruscamente, en plena juventud, abatidos en su vuelo por el trágico destino. Sin olvidarse de que es periodista, antes bien afirmando este título "que le honra como ninguno", el autor dedica uno de los más bellos párrafos de su "Elogio" a exaltar el mérito anónimo, el sacrificio estéril, de aquellos abnegados mozos que desde las columnas de los diarios prodigan al público que los ignora, las más lozanas producciones de sus fuertes inteligencias, con perjuicio de su porvenir, esclavizando su cerebro a la rutina cruelmente embrutecedora de la información cotidiana, o malgastando sus facultades intelectuales en frívolos y fugaces comentarios que viven un día y no dejan en los espíritus la semilla fecunda de las obras durables, que dan a sus oscuros autores pasajera celebridad, no bastante, por cierto, a compensar los íntimos dolores y las amargas torturas que les cuesta entregarse así, por entero, al público, sacrificándole, con generosidad sublime las noches, quemándose las pestañas y cansando las pupilas, encorvados delante de las blancas cuartillas o del teclado asesino de la Underwood, mientras pasa vocinglera, retozona, la caravana alegre que deambula por las calles, luciendo su buen humor, buscando el abrigo del teatro o del café para entretener sus regalados ocios. Entra, luego, el señor Castro y Oyanguren de lleno, al análisis de la personalidad de Valdelomar, comenzando por buscar las fuentes de su formación espiritual. Cree el autor que en la obra del Conde de Lemos cuyo temperamento inquieto, no podía soportar la inmovilidad y rigidez de los moldes clásicos, se echa de menos esa "sedimento de honda perfección humana, de serenidad augusta, de normal equilibrio que deja en todo escritor la lectura asídua e inteligente de los clásicos". Nada más cierto. Los libros de Valdelomar dejan la impresión de una extrema nerviosidad, de un atropellado desborde imaginativo,

de una intensa y delicada vibración sentimental, de una febril aturdimiento creador, que le alejan de las virtudes clásicas, de esa mística actitud contemplativa y de esa reflexiva ecuanimidad, de esa profunda y filosófica experiencia de la vida, de ese riguroso control de la conciencia que distinguen a los maestros de clasicismo—los cuales—sin que nos consideremos entre "los hombres ilustrados"—no han dejado por cierto en nosotros "*esa sensación de polilla y telarañas*", de que habla el señor Castro Oyanguren al impugnar, con muy justa indignación, el concepto vulgar, tan erróneo de los clásicos. Pero es que Valdelomar, que poseyó ante todo una maravillosa capacidad intuitiva, se preciaba de no leer jamás a los grandes autores de otras edades; creía que la originalidad del escritor consistía en la espontánea fluidez de su producción, por más que el ímpetu fogoso de un alma joven como la suya comunicara el desórden y la frivolidad a sus creaciones.

Pero esto, que en la obra de un escritor maduro y cuajado constituiría—sin duda— un defecto, en el Conde de Lemos, literato en formación, que no obtante cierta orientación saludable y feliz hacia el suelo, el paisaje y la historia nacionales, reveló su insosegable inquietud en la múltiple variedad de su inspiración y en sus tan diversas actividades, no es apreciable deficiencia, "si su innegable *snobismo* y su preferencia por la modernidad de los aspectos y las formas, no logran enervar la *fresca y potente* inspiración original, que se alza en tumulto dentro del atormentado espíritu de nuestro autor" como reconoce, en su estupendo discurso, el señor Castro y Oyanguren. Estamos conformes con el señor Castro y Oyanguren en que los autores dilectos de Valdelomar, aquellos que más directamente han influído en su obra, porque esos sí los leyó con fruición y ardor, son D'Annunzio, Poe, Maeterlinck, Barbey, d'Aurevilly, Wilde, Valle Inclán y Azorín, sobre todo el autor de "Cuentos fantásticos", el sombrío Maeterlinck, el enfermizo Wilde y "el gran don Ramón de las barbas de chivo".

Y aquí nos complacemos en rectificar un concepto que deslizamos en artículo especial sobre el Conde de Lemos, en esta misma revista; Valdelomar, dijimos entonces, se acerca mucho a Valle Inclán, tiene de él esa aristocracia en las tendencias y en la forma, esa misma innata distinción espiritual; el mismo afán de ennoblecer el estilo y depurar la forma, los une. Sólo que al egregio "marqués de Bradomín", tan declamatorio y tan pomposo, le faltan la ingenua sencillez y la bondad cristalina del Conde de Lemos. Anduvimos bastante ligeros al atribuír a Valle Inclán defectos que cabalmente está lejos de tener. El parecido con Valdelomar, es perfecto, sin las reservas que apuntáramos en ese artículo.

El señor Castro y Oyanguren aplaude, entusiastamente, la tendencia nacionalista que distinguió tánto a Valdelomar y tiene mucha razón para así hacerlo. Nuestros escritores, a excepción de Palma, anduvieron siempre divorciados de su país, buscando las fuentes de su inspiración en lugares, acontecimientos y cosas extrañas y exóticas, completamente desconcertados de la realidad que los rodeaba. Valdelomar, en cambio, reacciona contra esta absurda costumbre y explota, con innegable maestría y guiado por un simpático cariño entrañable a la nacionalidad, al suelo natal, la visión del paisaje, los maravi-

llosos dones de la naturaleza peruana, las leyendas heroicas y sugestivas de nuestra historia, exaltándolo todo, con la magia incomparable de su estilo tan lleno de colorido, tan vigoroso y tan fluído.

Su primer ensayo histórico—*La Mariscala*—como muy bien dice el señor Castro y Oyanguren es un balbuceo literario, se resiente de flojedad, de inseguridad en el estilo, adolece de crítica histórica, hasta de inexactitudes cronológicas, pero revela ya al gran escritor que había de demostrarse muy pronto, en los Cuentos Incaicos, en los Cuentos Regionales. La figura de la Mariscala está un poco desfigurada por el vuelo de la fantasía, pero están perfilados sus rasgos más sobresalientes, aquellos que hacen de ella una figura legendaria.

Perdónenos el gran escritor las irreverentes observaciones que nos atrevemos a hacerle a su hermoso "Elogio", pero creemos que es un deber de quien glosa una producción literaria, exponer sinceramente, aun a riesgo de incurrir en el enojo del autor, la opinión personal sobre tal o cual concepto, de este.

En esta virtud, nos atrevemos a afirmar que no nos parece, como asegura el Sr. Castro y Oyanguren, "Belmonte el Trágico" la obra capital de Valdelomar. Llegaría en ella a la perfección del estilo. No lo negamos, pero nunca como en ese libro comprobó el Conde de Lemos su absoluta ignorancia en materias filosóficas, ignorancia que le lleva a hacer una serie de disparatadas apreciaciones sobre el ritmo y otras teorías estéticas, que acaso habrán hecho sonreír a más de un lector. Verdad que la segunda parte de este extraño libro,—que indudablemente acusa la gran originalidad del autor—es decir, la estética del toreo, es realmente desconcertante por la atrevida concepción, personalísima, de este arte, por las maravillosas descripciones de la fiesta de la sangre, pero, con todo, no puede considerarse este libro tan defectuoso, como la mejor obra de Valdelomar. Sostenemos aquí, lo que ya hemos afirmado. La obra culminante de Valdelomar—que tampoco fué definitiva porque, repetimos, era un escritor en plena formación— está constituída por sus cuentos regionalistas, de los que es acabada muestra "El Caballero Carmelo" y sus "Cuentos Incaicos".

¿Será necesario que vuelva a consignar aquí, en apoyo de este aserto, lo que tánto se viene pregonando desde la muerte del infortunado artista y que el señor Castro y Oyanguren mismo expresa tan elocuentemente, que lo apreciable y característico en Valdelomar, está en el sentido de la naturaleza, la pasión por la patria, la sugestión del pasado nacional, que palpitan en todos estos deliciosos cuentos, impregnados del perfume salobre de la brisa marina de nuestras costas, de la sencillez patriarcal de las costumbres poblanas, del encanto de los atardeceres sobre las playas doradas, o de las auroras sobre los cañaverales ubérrimos? ¿Y la evocación sorprendente de la civilización incaica, que revive pasados días de esplendor y gloria en "Las Hijas del Sol?

Termina el señor Castro y Oyanguren, su discurso, invitando a la juventud a recordar e imitar al insigne literato cuya vida y cuya obra son una perenne lección de esfuerzo, de optimismo y de belleza, repitiendo la bella frases de Macterlinck; "Llamad a los que fueron, antes de que sea muy tarde, antes de estén muy lejos. Entonces vendrán

y se acercarán a vuestro corazón, os pertenecerán como antes, pero serán más bellos y más puros".

Lima, febrero 27 de 1920.

R. V. G.

BAJO EL CLAMOR DE LAS SIRENAS, por Ventura García Calderón, con prólogo de Enrique Gómez Carrillo.—París.

Ventura García Calderón acaba de publicar un libro, y un libro de crónicas que es el género de su maestría, "Bajo el clamor de las sirenas", que así se titula el nuevo libro, reune en amable colección las crónicas escritas por este admirable comentador de la vida parisiense, durante los años de la guerra, en horas de sombría amenaza y de lúgubre espectativa para la Ciudad Luz.

Aparecían esas crónicas en periódicos que realizaban una activa propaganda aliada: "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo", "La Esfera", de Madrid; "El Gráfico de Nueva York"; "América Latina", de París. Las reproducían constantemente diarios y revistas de Hispano América.

Los ágiles y penetrantes comentarios del cronista al márgen de la guerra atraían a la causa de Francia un público cada vez más vasto. Tenía mejor que los más aviesos propagandistas el arte de llegar por la amenidad a todas las inteligencias y de conocer el secreto para tocar en todos los corazones. Sus relatos exquisitos, en los que alternan una vaga sentimentalidad, con una fina gracia y una sonrisa amable predisponen a la simpatía por Francia, mejor que a la admiración.

Relatándonos los grandes dolores de la guerra, la inmensa injusticia, la angustia desolada de Francia, no se ensombrece su pluma, ni pierde su semblante, su sonrisa habitual. Ha aprendido del alma francesa, la frivolidad que no desaparece ni ante la muerte. Sus crónicas de ahora, tienen la misma discreción elegante, la misma encantadora futileza que las que describían la farándula del París cosmopolita de antes de la guerra. Nos cuenta, sonriendo, episodios heroicos, sobrehumanos gestos que hubieran hecho empuñar la tromba heroica a Hugo el magnífico o hubieran encendido la pluma de D' Esparbés. Apenas si tiñe sus crónicas una imprecisa melancolía.

Pero más que la heroica lucha, más que de describirnos el horror de la fragua, el infierno humano que diariamente copian los "relatos de guerra", los "tres cincuenta", García Calderón, se preocupa de reflejar el ambiente de París, y las emocionantes transformaciones del alma francesa, ante la amenaza tremenda.

Dos veces estuvo París a riesgo de sucumbir. Dos veces el grito del poeta latino: ¡Los bárbaros!, resonó a sus puertas. Pero la ciudad no se intimidó, su despreocupación elegante de otros días sabía convertirse, llegada la hora, en la serenidad ante la muerte, en estoica resolución. Ni la frivolidad se disipó por completo. Las parisienses inventaron el modo de establecer el "flirt" en las trincheras. Las "ma-

drinas de guerra" fué otra sugestiva invención. Los "poilus" mismos se entretenían, aún en la línea de fuego, en fabricar ingeniosas baratijas para las mujeres de París. Tan contraria era la guerra al espíritu francés, que hasta le fué duro y difícil el aprendizaje del odio. Sus ideólogos le habían enseñado doctrinas de humanidad y fraternidad. Su literatura no tenía un fuerte sello colectivo, ni había sentido las grandes palpitaciones democráticas, al modo como las sintieron un Walt Whitman o un Verhaeren. Sus maestros eran Renán, el más elegante profesor de duda, y France, maestro de ironía Verlaine, "liróforo celeste", su poeta.

La guerra transformó momentáneamente ese espíritu y momentáneamente, porque el cronista nos dice a cada paso que París volverá a sonreír. La mujer francesa, hizo por un momento el sacrificio heroico de su elegancia y demostró su abnegación en los hospitales y ambulancias. A la música ligera de los cabarets, sucedió el entusiasmo de la marsellesa rediviva. Sobre la ciudad consternada vibró el dolorido alerta de las sirenas, que invitaban "como el viejo Kempis a aparejarse cada día a morir". Las madres aprendieron a maldecir a los "boches". La literatura se transformó violentamente. Triunfó una literatura multánime, un "lirismo de muchedumbre". Surgió la obra angustiada de Barbusse. Volvió la admiración por Deroulède "buen patriota y mal poeta". France mismo renegó en un libro de sus doctrinas pacíficas. Y en un rincón del jardín del Luxemburgo, el blanco busto de Verlaine abandonado simulaba uno "de aquellos Dioses Términos que, en la espesura de Versalles, están solos, al fin de una ruta abandonada, junto a la perpetua elegía del agua".

Pero el cronista, que es un parisiense de espíritu que por equivocación nació en América, sabe que ese estado de ánimo pasará. París volverá a ser la cita de todas las grandezas, la inmensa Babel humana Las mujeres volverán a amar las toilettes lujosas y las pieles caras. La misma divina frivolidad volverá a imperar. Acaso injustamente se olvide a los pobres inválidos, a los que ninguna mujer se atreverá a amar. Volverán quizás los poetas subjetivos, y confidenciales. "Las tierras de la Champaña invadida, producirán de nuevo su licor ágil y Francia continuará derramando sobre el mundo el mismo ingenio de burbujas doradas". La última crónica de este libro, al que casi hemos glosado literalmente, sugestionados por el encanto de su prosa, es la jocunda alegría, el claro himno de triunfo que saluda a la victoria. *Le jour de gloire est arrivé.* Al terminar una curiosa interrogación se abre. ¿Se cumplirán las graciles predicciones del cronista?. . . . . .

Tal es la impresión que deja el libro en el que, Ventura García Calderón, en su inimitable y prodigioso estilo, ha hecho el comentario de la gran guerra y ha renovado, su noble devoción por Francia. Humildemente le enviamos en esta nota, el homenaje de nuestra admiración agradecida.

R. P. B.

LA RELIGION DEL IMPERIO DE LOS INCAS, por J. Jijón y Caamaño. Volumen I. Los fundamentos del culto: Huacas, Conopas, Apachetas, Urcos, Huancas, Machais.— Quito —Ecuador. Tipografía y encuadernación Salesianas 1919.

El ilustrado historiógrafo y arqueólogo ecuatoriano señor J. Jijón, acaba de publicar el interesantísimo estudio de crítica histórica, con el título que encabeza esta nota.

De todos los factores de la civilización, es el religioso, sin duda alguna el que, con las manifestaciones emotivas del respeto, el reconocimiento, el temor y la esperanza, revela mejor, el alma de un pueblo y el grado de moralidad alcanzado en el curso de su historia.

El señor Jijón reconoce muy bien este fenómeno sociológico, cuando al emprender un estudio amplio y completo de la cultura imperial incaica, ha comenzado con el análisis hondo, extenso y completo del fenómeno religioso en el Perú de los Incas. Pero su estudio no se concreta únicamente a una descripción de usos y prácticas religiosas, ni de símbolos míticos peruanos, sino que, con un criterio de generalización muy acertado, estudia y compara las manifestaciones fideistas de otros pueblos del Viejo Mundo con los del antiguo Tahuantinsuyo, para que, cuando haya trazado un cuadro bastante completo de los fenómenos religiosos primitivos "entonces y sólo entonces pueda determinar el origen de las ideas de los antiguos peruanos acerca de lo sobrenatural".

Semejante trabajo de investigación lo inicia el señor Jijón Caamaño con el volumen que analizamos y, que como se ve, se concreta al estudio de algunos de los objetos de adoración de los indios del Perú antiguo: *las huacas*, o sea la adoración a objetos diversos, como montes, lagos, ríos, puentes, rocas, árboles, a los que se suponía dotados de una alma y propiedades protectoras; los *conopas* o dioses lares; las *apachetas*, o sean cerros o montes sagrados, en que la práctica de amontonar piedras, obedece, según Jijón, al resultado de la creencia en la dominación a la fuerza mágica, cuyos efectos misteriosos se temen; a las asperas sierras llamadas *urcos*, o *ritti* como dice Arriaga, a los que suponían seres de un poder ilimitado: dioses convertidos en montañas, manifestaciones del animismo, tan generalizado en todas las teogonías; a los peñones o grandes piedras: huancas, y por fin a las cavernas o antros naturales llamados *machais*, que siempre inspiran un sentimiento de terror.

El trabajo es meritorio en alto grado, no solamente por la amplia investigación y lo acertado de las observaciones sobre las semejanzas en la génesis del sentimiento religioso en todos los pueblos de la tierra, sino, y principalmente, por la nueva orientación que señala a trabajos de este linaje y la finalidad pisco-sociológica de la labor.

Este primer volumen publicado, constituye una de las más gratas espectativas de la crítica histórica americana iniciada por uno de los espíritus más bien preparados, que une a su vasta erudición el amor ferviente por el glorioso pasado de América.

Vaya al autor de trabajo tan intenso nuestra palabra de viva felicitación.

H. H. U.

FELIPE CHUECA.—Estudios sobre la capacidad intelectual de nuestros niños.—Lima, 1920.

El señor Felipe Chueca, distinguido ex-alumno de la Facultad de Medicina, ha presentado a la consideración de la misma para la colación del grado de bachiller, un interesante trabajo sobre la capacidad intelectual de nuestros niños. Para realizar su objeto el autor se ha valido de la escala de Binet y Simond. Expone en forma detallada los diferentes términos de ella y la analiza acertadamente haciendo ver la necesidad de algunas modificaciones para su utilización al tipo del niño peruano, pues resulta de una primera investigación, que, según la escala, los conclusiones son desfavorables para nuestros niños, fracaso que el señor Chueca atribuye nó a una menor inteligencia, sino a la diferente condición del medio social y a la educación deficiente que se da en nuestras escuelas. Presenta, pues, el resultado de sus observaciones en 389 niños de diversa condición, arribando a las conclusiones de que la inteligencia natural se encuentra en ellos desarrollada normalmente, que la raza blanca da superior resultado que la mestiza y ésta que la india y la negra, y que la condición social y el medio higiénico son factores de importancia en la potencialidad intelectual. No obstante que los maestros aciertan por lo general en la apreciación del grado de inteligencia de sus discípulos, el autor enuncia la iniciativa de que ello se verifique científicamente y nó en forma superficial, con el objeto de separar a aquellos niños que el examen calificase de anormales y reunirlos en escuelas especiales. Como se ve, la tesis sustentada es útil estudio de Psico pedagogía, que realiza muy bien la patriótica finalidad que el autor se propone, cual es llamar la atención de nuestros maestros sobre métodos científicos para conocer la mentalidad de sus alumnos e intensificar la educación del triple aspecto, físico, moral, e intelectual.

J. F. V.

Dr. CARLOS ENRIQUE PAZ SOLDAN.—De la inquietud a la revolución.—Diez años de rebeldías universitarias.— Lima, 1919.

El Dr. Carlos Enrique Paz Soldán ha reunido en un tomo sus conferencias y artículos periodísticos, sobre reforma de nuestra docencia superior, desde el año 1909 hasta el de 1919. Esta recopilación nos demuestra ampliamente que una de las mayores preocupaciones del autor ha sido la reforma universitaria, principalmente la de nuestra Facultad de Medicina. El Dr. Paz Soldán, espíritu familiarizado con los adelantos de la docencia médica en Sudamérica, cuya evolución estudia y comenta asíduamente, no se conformaba con que la escuela de Unánue, la de más prosapia en todo el continente, se fuera relegando. Por sacudir anticuados moldes y los prejuicios de maestros que no supieron

darse cuenta del cambio de época y de que era menester al progreso institucional, dar toda su importancia a un factor nuevo, el factor estudiantil, bregó sin fatiga. Su libro nos dice que este anhelo no fué en él un simple estallido juvenil: con conciencia bien formada de las deficiencias por subsanar y de las nuevas orientaciones que era necesario dar a la enseñanza médica, luchó en diez años consecutivos.

J. F. V.

Conferencia del poeta de la juventud, D. José Gálvez sobre literatura catalana y entrega de la "maquette" de Federico Marés, en la Federación de Estudiantes.

A mediados del presente mes, se realizó en el local de la Federación de Estudiantes una simpática actuación que, así por su carácter altamente cultural como por el prestigio intelectual de quien la sustentara, despertó vivo interés en nuestros círculos estudiantiles y literarios, y llevó a la amplia sala de actos de la citada institución, a un público copioso y distinguido, como en los mejores días de la Universidad.

El señor D. José Gálvez, prnicipal colaborador y fundador de "Mercurio Peruano", de regreso de Barcelona, en donde ha desempeñado con brillantez y provecho para el Perú nuestra representación consular, así como propagandista de nuestros derechos en la cuestión del Pacífico, como en las funciones específicas de su cargo, anunciaba una conferencia acerca de las actuales corrientes de la literatura catalana, en que él se ha empapado durante su estadía de dos años en la ciudad condal, y manifestaba su propósito de hacer entrega en el mismo acto a la junta directiva de los Estudiantes de una *maquette* que, inspirándose en la justicia de nuestras reivindicaciones patrióticas en el Sur, ha modelado el escultor Federico Marés para obsequiarla a los universitarios peruanos.

Inició la velada el Presidente de la Federación, presentando con afectuosas palabras al señor Gálvez a la nutrida asistencia estudiantil, diciendo que reincorporaba físicamente al seno de la colectividad universitaria, quien, a través de la distancia ha seguido siendo constantemente su alma.

Al avanzar el poeta de la juventud en el estrado, que honraba con su presencia el Excmo. Ministro de España ante nuestro gobierno, señor D. Jaime de Ojeda y Brooke, para dar principio a su conferencia, fué estruendosamente aclamado por la numerosa concurrencia, con una entusiasta ovación.

Restablecido el silencio, agradeció, conmovido, el poeta el saludo cordial que le tributaron los estudiantes y desarrolló una interesante *causerie* en torno a sus recuerdos universitarios y a su vida estudiantil. Habló del ambiente de fraternidad y de compañerismo y de la efu-

sión idealista que creó el "Centro Universitario", como foco de vida intelectual y solidaridad sentimental de la agrupación universitaria. Refirió su despertar a la poesía y el entusiasta arranque que en la primera conmemoración primaveral lo hizo cantar el Himno a la Primavera, en la rotonda de la Escuela de Medicina, en el año de 1909. Contó luego las diversas etapas de su carrera literaria que culminara con los lauros florales de 1912, y habló de los fatigas, esfuerzos y triunfos de su carrera periodística, hasta que la dolencia lo postró, herido pero nó derrotado, y hubo de salir de su patria en demanda de la perdida salud. Relató su llegada a España, sus amistades literarias, sus trabajos en pró de la causa peruana en el litigio del Pacífico, y entró a ocuparse de la *maquette* de Marés, cuya entrega a los estudiantes debía constituír parte principal de la actuación.

Después de referir cómo nació la idea de un monumento que encarnase la inquebrantable aspiración reivindicatoria de los peruanos, hizo dar lectura al mensaje en que el escultor ofrenda a la juventud del Perú su amistoso tributo de artista.

Luego vino la conferencia propiamente dicha, que duró más de hora y media. El poeta disertó acerca de la historia de la genuina literatura de Cataluña, desde sus orígenes hasta nuestros días, haciendo sumarias críticas de sus figuras principales, desde Raimundo Lulio y Mosén Jacinto Verdaguer hasta los novísimos Eugenio D'Ors, Maragall, Carner y Rusiñol. Bosquejó el proceso de su desarrollo literario, a partir de la Edad Media, a través del Renacimiento hasta llegar a los tiempos modernos, y se detuvo especialmente en las admirables personalidades de D'Ors y de los poetas de la escuela actual. Cerró la conferencia con una lectura de primorosas traducciones de poesías de aquellos poetas, que fueron largamente aplaudidas.

Obligado a decir algo suyo, recitó el poeta, con el exaltado entusiasmo de sus días universitarios, sus "Ideales de Primavera", que le valieron una nueva y calurosa ovación.

A la salida del local de la Federación el señor Gálvez, fué acompañado hasta su domicilio por una multitud de estudiantes que lo aclamaban incesantemente.

M. B.

El Valor Estético

El autor estudia en este artículo, la función creadora de la imaginación, extendiéndola a todo el dominio de la conciencia libre y erigiéndola en la actividad más profunda de la misma.

De estas ideas deriva un criterio del valor estético: la libertad, que expresa, a la vez, una realidad y una aspiración y que encamina el espíritu hacia los más altos planos de la existencia.

El desarrollo histórico de las ideas estéticas, demuestra que los conceptos fundamentales relativos al fenómeno estético, en su doble aspecto subjetivo y objetivo, de sentimiento y obra de arte, no han tenido una relación íntima, de modo que pudiera establecerse entre ellos un sistema como el de las demás ciencias filosóficas.

Las nociones de lo bello y del arte fueron primitivamente independientes, y si esa independencia ha desaparecido en la forma de conceptos derivados de principios diferentes, ha subsistido siempre en la forma de una recíproca indeterminación y en el mantenimiento de la teoría naturalista que persevera en considerar la función imitativa como la nota fundamental del arte estético. La cuestión del primado del arte, del cual se pretende deducir el sentimiento estético, en oposición a la tendencia artística o al sentimiento estético innato, entraña esa separación de los dos conceptos fundamentales, que, respectivamente, engendran las direcciones sociológica y sicológica adopta-

das en la estética contemporánea y que arrancan desde Kant. Casi todos convienen en reconocer en el fenómeno estético ese doble aspecto subjetivo y objetivo. Pero los unos buscan en el análisis de la conciencia la explicación de la actividad estética contemplativa y creadora, haciendo de la obra de arte una expresión más o menos estrechamente ligada a esa actividad, pero subordinada a ella, y los otros dan a ese análisis poca importancia, pretendiendo encontrar en la función fisiológica o sicológica, determinada por el medio exterior, la causa exclusiva del sentimiento estético. Para unos existe una belleza pura, creada por el sentimiento estético innato, que se diferencia radicalmente de la belleza artística producida por exigencias biológicas o por valores intelectuales; para otros, el arte, en su evolución, desde su finalidad práctica hasta su forma puramente contemplativa, llega a crear ese sentimiento estético que nos permite apreciar la belleza pura en el arte como en la naturaleza.

Como consecuencia de esta doble dirección, la estética ha tendido a convertirse en filosofía del espíritu o en sociología; en sicología pura o en ciencia pura, confundiéndose con la metafísica, con la lógica, con la moral o bien con la fisiología y con la técnica, que aspiran a establecer normas científicas invariables.

Este desacuerdo proviene, de un lado, de la influencia ejercida por el movimiento filosófico y científico sobre las ideas de valor. La estética, como la moral, como las demás ciencias de normas, ha seguido la suerte de las ideas filosóficas imperantes. El intelectualismo mantenido durante el curso de esas ideas hasta los tiempos contemporáneos, ha hecho de la estética una metafísica del conocimiento de lo bello o una ciencia de los fenómenos estéticos, haciendo girar ambas al rededor de la idea de orden, esencial en el problema lógico o noseológico. La estética adquirió su independencia como una propedéutica del conocimiento sensorial, como una lógica de ese conocimiento. Su tendencia fué a confundirse con la lógica, salvas las raras tentativas para incluírla en la moral cuando la idea de libertad se insinuaba como idea directriz.

En la estética, como en toda la filosofía, se observa, por eso, el predominio de la idea de orden, aunque se comprende o, mejor dicho, se conoce por intuición, que el orden estético no es un orden lógico, destituído completamente de libertad; sino una armonía, en la cual late la libertad del espíritu bajo las

imágenes que expresan la belleza artística. Esta intuición, sin embargo, no ha influído sobre el concepto abstracto del fenómeno estético sino en los últimos tiempos, cuando la sicología dejó de ser una metafísica o una ciencia pura, subordinada a la fisiología, para convertirse en filosofía positiva del espíritu, en ciencia filosófica de los fenómenos síquicos, considerados como fenómenos *sui generis*.

Sólo entonces, se ha comprendido toda la importancia que tiene la función imaginativa en la constitución del fenómeno estético. Eliminada la imaginación de la ciencia, como un factor enemigo del orden, opuesto a la razón, considerada ésta como elemento esencial de la actividad filosófica y científica, era lógico que la estética no estudiase esa función con el propósito de encontrar en ella la explicación del valor estético, que se mantuviese como misteriosa la influencia del poder creador en la actividad artística o que se atribuyese al placer estético una característica distintiva del puro placer sensorial, fundada únicamente en el valor lógico de la idea unida a ese placer.

El concepto intelectualista de la imaginación, aun rectificado su falso poder trastornador, aun elevado a las alturas de la metafísica, tuvo siempre el carácter fragmentario de una función cognoscitiva, más o menos importante, pero diferente de las otras facultades de la misma especie. El límite de su actividad sólo en los últimos tiempos, se ha extendido hasta abarcar, por completo, toda la actividad síquica y reflejar su influencia a dominios de los que había sido sistemáticamente excluída. Afirmada la naturaleza del espíritu como poder creador, esencialmente, se afirmó de un modo implícito la naturaleza de la imaginación como ese poder, estableciendo una equivalencia entre espíritu e imaginación y, por consiguiente, entre actividad síquica integral y actividad estética. De allí, que una teoría de la imaginación pueda conducir a una verdadera teoría estética, que, en el fondo sería una verdadera teoría filosófica inmanente, destinada a dar una explicación de toda la realidad, como aspira la metafísica.

Si esa teoría no se ha formulado netamente después de la tentativa de Froschammer, esto ha dependido de dos causas: del desdén por los estudios metafísicos, acentuado por la ciencia moderna y contemporánea, y de la introducción de la hipótesis pseudo-científica de lo inconsciente, que ha permitido obtener con comodidad, todas las soluciones apetecidas por el es-

píritu y no alcanzadas, ni aun por la matafísica teológica, más racional que esa hipótesis.

Sin embargo, puede decirse que esa teoría se encuentra en germen en las ideas bergsonianas sobre la memoria y la evolución creadora, que descansan en un fundamento empírico, en el análisis sicológico de la actividad interior. Para Bergson, como para la sicología contemporánea, la memoria no repite la imagen percibida, como creían los intelectualistas, no reproduce en la conciencia las imágenes inmortales depositadas en lo inconsciente, como afirmaba Herbart, sino que vuelve a crear la imágen, convirtiendo en actual y en real, la energía virtual de la imagen olvidada. Esta función creadora es pura imaginación, es la forma más simple y más elemental de la imaginación en la que entra toda la actividad del espíritu; es el espíritu todo entero que evoca esa imágen recordada. Espíritu e imaginación son equivalentes en esta función primordial, sin la que no se explicarían la vida interior ni la vida exterior por consiguiente; porque si el espíritu no fuese capaz de crear desde los primeros instantes de su acción, no se distinguiría de la materia inerte: la vida no sería cambio, no sería progreso, no sería vida.

Esto demuestra porqué el vitalismo se convierta necesariamente en un pansequismo, porqué la filosofía de la vida sea una derivación de la filosofía del espíritu y porqué la invención, la creación incesante, más o menos duradera y multiforme, haga extensivo el dominio del arte hacia confines que la belleza artística no puede alcanzar, restringida a la esfera de la vieja estética.

Ampliando el concepto estético a toda invención, el dominio artístico tiene que extenderse a toda obra en la que la imaginación produce algo de nuevo, eliminando solamente lo que se repite, lo que el movimiento repetido transforma en hábito, reemplazando la conciencia por un movimiento inconsciente, destituído de libertad. Así ampliado el concepto estético, su forma positiva abarca toda la realidad viviente, en la que la creación se revela y en la que se supone una libertad más o menos amplia y desinteresada; y su forma negativa, todo lo que es mecánico, lo que es inerte, lo que no admite la hipótesis de la libre creación. El concepto estético toma en el primer sentido la expresión de Arte y en el segundo de Ciencia, y en la comprensión de ambos formula una explicación universal, metafísica, en la que, al principio de libertad o principio estético, se opone el principio de orden o principio científico.

La estética futura tiene que partir de estas bases, para alcanzar una solución más satisfactoria de ssu problemas fundamentales. Sin un estudio de la imaginación creadora, en la que se presente como característica esencial la libertad interior, la sicología estética no puede llegar a conclusiones suficientemente sólidas para explicar el dominio del arte en todas las esferas de la vida y comprender la intervención de lo fantástico en la emoción artística de lo bello y en la producción de las obras de arte bello que suponen la inspiración. Y como la imaginación creadora es inexplicable sin la libertad del espíritu, el postulado estético es esa libertad y el valor estético es esa misma libertad.

La estética futura debe edificar sobre esas bases, para ser una filosofía del espíritu y nó una metafísica vacía, como ha sido antes del período positivista, ni una ciencia de fenómenos, como ha pretendido ser después. La Estética, considerada así, como una nueva metafísica inmanente y trascendente, no podrá prescindir de los datos que le ofrece la experiencia sicológica sobre el poder creador de la imaginación, ni sustraerse a los problemas metafísicos a los que conduce la hipótesis de la actividad creadora en la naturaleza y en el sér divino, superiores a la experiencia. Tendrá que contestar a las interrogaciones sobre la imaginación en la naturaleza animada y en Dios, considerando como punto de partida la imaginación humana, y resolver esta cuestión previa de la *imagen* para el ejercicio de la función creadora, y al papel que ella representa en la vida síquica animal; porque, si imaginar es construír con imágenes, como ha sostenido la sicología, una actividad de tal naturaleza es inconcebible en seres sin sentidos, que son los instrumentos de la percepción.

Planteado ese problema, la estética no podría resolverlo positivamente, pero podría afirmar, que no repugna a la razón concebir un poder que crea, en fuerza de su expansión solamente, sin finalidad predeterminada o en virtud de una finalidad inmanente, sin necesidad de los instrumentos de los sentidos que no engendran ese poder, sino que son su consecuencia, el resultado práctico inmediato de la actividad creadora ejercida en condiciones de resistencia y de adaptación al medio. Esa hipótesis no es contradictoria, y, lejos de eso, podría encontrar cierta experiencia en la creación por tipos, como la platónica, o por la contemplación interna como la aristotélica, o por la objetivación mística que elimina toda imagen.

La formación de los sentidos fué, sin duda, un límite a la intensidad de ese poder; pero, al mismo tiempo, fué, por la infinita diversidad de sus modos, una extensión sin confines en el poder de imaginar. Este poder no perdió su naturaleza creadora, por la intervención de la imagen; la conservó, pudiendo decirse que la organizó en armonía con la naturaleza dentro de la cual ejerce su acción.

Imaginar es así crear, aun cuando la creación se haga mediante ideas abstractas o intuiciones filosóficas, que no son imágenes; es ejercitar una actividad libre, que produce elementos nuevos y combinaciones nuevas de elementos ya existentes. Su característica esencial no es la imagen, sino la libertad. Por eso, imaginación equivale a espíritu.

Pero, en el hombre mismo y en el animal, que no se puede emancipar de las imágenes, esa fuerza creadora tiene límites y aspectos muy diversos, que corresponden al grado de concentración del espíritu, por una parte, y al de expansión, por otra. En el animal, la concentración, que produce la autoconciencia del yo, no existe; la vida síquica es pura objetivación; en el hombre, al contrario, esa concentración es gradual y más o menos profunda, así como la expansión es más o menos intensa y más o menos penetrada de objetividad. El instinto y la razón, que persiguen fines prácticos diferentes, limitando la libertad hasta anularla o ampliándola hasta el punto de hacerla superior a toda fuerza de objetivación, crean variedades tan diversas como seres animados en el mundo, desde el microbio hasta el genio.

Dada esta infinita variedad de obras producidas por la siquis en su actividad imaginativa, debería concluírse que todas esas obras entran en el dominio de la estética, si ésta comprende toda la extensión de esa actividad. No sucede así, sin embargo. La filosofía y la ciencia han restringido ese límite, sin fijarlo con exactitud, separando en un grupo especial, con la denominación de obras bellas o feas, las creaciones producidas por determinados sentidos y extrañas a toda finalidad práctica, dándoles el título de obras artísticas y calificando su valor estético con el doble criterio del placer específico de lo bello y de los caracteres externos de esas obras, que se han reducido a una cualidad también específica de orden, llamada *armonía*.

Pero este doble criterio deriva de la experiencia inexacta y deficiente de la actividad estética, bajo su doble faz contemplativa y activa, las mismas que han sido analizadas, ya con inde-

pendencia de la función imaginativa, ya con un criterio intelectualista de esta función, o bien haciéndola intervenir como factor complementario y colateral; y en casi todos estos casos, prescindiendo de la libertad, que la filosofía ha estudiado, casi siempre, como elemento *moral* de la acción o ha eliminado como una ilusión.

De allí el concepto equivocado o deficiente del fenómeno estético, en el que se ha mantenido siempre el factor tradicional de la *armonía;* es decir el factor intelectual del *orden*, prescindiendo del factor volitivo, considerado como esencial en la siquis, por la sicología contemporánea.

Ha sido Bergson el primer filósofo que ha colocado la *libertad* en la esencia del arte estético, después de haber hecho de la libertad la esencia del espíritu, y del espíritu una actividad creadora incesante. Por eso su filosofía es una filosofía del espíritu, una estética, en la amplia acepción que hemos dado a esta palabra. La libertad es la generadora del arte y toda alma sería artista, si la naturaleza no la coactase. "Si la realidad, dice Bergson, impresionase directamente nuestros sentidos y nuestra conciencia; si pudiéramos entrar en comunicación inmediata con las cosas y con nosotros mismos, creo muy bien que el arte sería inútil o más bien que seríamos todos artistas, porque nuestra alma vibraría entonces continuamente al unísono con la naturaleza". No sucede así, porque los fines prácticos o útiles de la vida se oponen a esa libertad, amenazándola constantemente con el hábito, que suprime la creación y condena al espíritu a la repetición mecánica y a la pura objetivación. Si la intuición directa de la realidad en sí, fuese siempre posible; si el espíritu pudiese actuar siempre sin la resistencia que le ofrece la inercia y sin los instrumentos que encauzan su energía, limitándola hacia el hábito, toda acción sería libre, y el acto libre constituiría una obra de arte, capaz de producir, al realizarse, la doble satisfacción del sentimiento estético, que goza con la contemplación del ideal, y del sentimiento moral, que goza con la realización de ese ideal consagrado por la historia. El alma siempre libre, sería siempre artista; porque la imaginación, ese poder de crear, de inventar lo *mejor*, sin el que la vida es inconcebible como evolución y progreso, y cuya verdadera actividad se ejerce mediante la intuición, que es su forma propia, engendraría espontáneamente formas artísticas, en las que el dinamismo de la vida, en su aspiración hacia un organismo más libre, se reflejaría en formas superiores a las de la realidad im-

perfecta y deficiente, en las que lo inerte y lo viviente se confunden como la coacción y la libertad.

No es posible aquí, tampoco, afirmar por la experiencia si toda siquis actúa guiada por esa concepción de lo mejor, que la imaginación descubre como producto espontáneo de su propia virtualidad. La explicación del instinto, en la filosofía de Bergson, y la de la evolución vital en vista de un fin inmanente, que adoptan los biólogos Driesch y Reinke, están de acuerdo en admitir esa finalidad directriz en la naturaleza, que permitiría atribuírle una actividad artística inconsciente, autora de todas esas maravillas que la vida ostenta y cuyas bellezas se trata por algunos estéticos de reducir a puras apariencias, semejantes a las creaciones del artista humano, que serían el objeto real y único de nuestra admiración estética. Admitidas las ecuaciones entre espíritu y libertad, entre imaginación y libertad, entre arte y libertad, no es posible negar al espíritu esa función imaginativa y artística, extensiva a la vida pura, si se la considera como igualmente creadora, debiendo buscarse en la formación de la conciencia y sus grados las variaciones profundas que ofrecen las actividades conscientes e inconsciente, reflexiva y espontánea, que se asocian sin embargo en la siquis humana como pensamiento e instinto.

Corresponde a la metafísica discutir esas hipótesis que trascienden de la experiencia humana; pero dentro de ésta, el análisis sicológico encuentra ese poder creador de la imaginación, que no sólo consiste en asociar libremente y según un plan determinado las imágenes o ideas percibidas, como piensa Wundt, sino que penetra, descubre, inventa, adivina la realidad en sí, al través de sus infinitas formas, para intuír lo que hay en ella de esencial y darle a esa esencia una forma concreta o abstracta, según que la voluntad averigua lo que constituye la individualidad más perfecta o la universalidad más completa. Ese poder libre y creador es la base de la concepción artística y de la emoción estética, que es su causa y su efecto, al propio tiempo. No es únicamente el postulado de la filosofía estética, sino que es su fundamento empírico; porque no sólo es indispensable la concepción de un *ideal*, engendrado por la imaginación, para comprender el fenómeno estético en su evolución total; sinó que es necesario partir del análisis de la imaginación creadora para explicar la formación misma de ese ideal. La experiencia estética, como toda experiencia científica presupone una norma directriz, un criterio formado sobre la calidad del

fenómeno materia de la observación, y es un círculo vicioso presuponer esa concepción directriz, que permite distinguir y separar los fenómenos estéticos, para buscar, enseguida, mediante un empirismo puro, esa norma, establecida de antemano como una valuación de la conciencia estética. Ese defecto de método desaparece si se afirma que la actividad síquica es creadora; que esa actividad creadora es la imaginación. que informa el ideal por un proceso intuitivo, propio de su naturaleza, por el que penetra la realidad y descubre lo *mejor;* que esa función es la que realiza el arte y que ella es esencialmente libertad, porque creación y libertad son equivalentes. La libertad, como modo necesario de la actividad creadora, no es así un simple ideal, un postulado metafísico, de orden moral y estético, como la concebía Schiller en su sistema estético, sino una realidad sometida a la observación sicológica y externa, que tiene, como toda realidad, formas y momentos diversos en su evolución. Esa actividad libre y creadora, que tiene una trascendencia universal como hecho y como idea, comprende la actividad estética, que se denomina emoción de lo bello, en su aspecto subjetivo, y obra de arte, en su expresión objetiva. Establecerla como base, es preparar la solución de los problemas que Laló considera como preliminares en su "Ilustración a la Estética"; porque el método de investigación, la naturaleza del valor estético, de la conciencia estética valuadora y su norma se fundan en el estudio de la imaginación creadora, cuya naturaleza no ha sido comprendida hasta los últimos tiempos, originando con los errores de su concepto las tentativas infructuosas de las estéticas intelectualistas y sentimentalistas, que se han dividido el campo de la crítica artística sin alcanzar una organización filosófica que responda satisfactoriamente a esos problemas fundamentales.

Débese a Ribot el estudio más profundo de la imaginación, después del de Froschammer, que hizo de ella una metafísica. Para ese gran sicólogo, la imaginación es, en el orden intelectual, el equivalente de la voluntad en el orden de los movimientos. La imaginación, semejante a la voluntad, tiende a exteriorizarse, a afirmarse en una obra que exista, no sólo para el creador, sino para todo el mundo. La imaginación reproduce las formas, las mantiene con vivacidad, las disocia, las asocia, las combina y afirma en un orden determinado, imprimiéndoles unidad ideal, despierta la tendencia a la objetivación y la desarrolla, presidiendo, dirigiendo y manteniendo a la voluntad en la

realización externa del *ideal*. En la imaginación creadora existen, por lo mismo, varios factores. Ribot considera tres: el factor intelectual, negativo de la disociación, y positivo de la asociación; el factor emocional o afectivo, que comprende el elemento motor, impulsivo o inhibitorio, y el factor inconsciente de la *inspiración*, que considerada, bajo su aspecto científico, tiene para Ribot, dos caracteres esenciales; su instantaneidad y su impersonalidad, siendo éste más profundo que el anterior. La inspiración, dice Ribot, revela un poder superior al individuo consciente, extraño a él, aunque obrando por él, y que puede reducirse a procesos intelectuales o afectivos, cuyo trabajo preparatorio es ignorado, por ser un trabajo inconsciente, y que penetra en el dominio de la conciencia, súbitamente, después de esa preparación. Esos tres factores no funcionan aisladamente y por su propia virtud en la elaboración de la obra, sinò que convergen hacia un mismo fin: la *invención*, bajo la disciplina de una idea fija o de una emoción fija, que no se distinguen absolutamente, porque son inseparables y casi equivalentes. Este principio de unidad, este centro de atracción y punto de apoyo de todo trabajo de la imaginación creadora, es decir, de una síntesis subjetiva, que tiende a ser objetiva, es el *ideal*, construcción de imágenes, destinada a objetivarse, como lo define Ribot.

El prestigio de la hipótesis de lo inconsciente no permitió a Ribot, sin duda, el darse cuenta, que en ese factor misterioso de la inspiración se realiza la función inventiva de la imaginación, en lo que tiene de esencial; porque ella, precisamente, contiene el descubrimiento del ideal, en virtud de una actividad sintética de la conciencia, que por su instantaneidad y libertad nos ofrece la apariencia de lo inconsciente, la carencia de un desarrollo discursivo, que se opere en momentos diversos como la asociación reflexiva. El acto libre, es así también instantáneo y sin causa determinante; es el producto de la actividad integral de la conciencia que se realiza en un instante, como si fuese acto único, como un brote de la inspiración; y ese acto, sin embargo, no es inconsciente aun cuando no sea científicamente explicable; al contrario, la conciencia lo considera como el acto más propio de ella porque es el más profundo. Ese es el carácter constante de todas las producciones de la imaginación creadora, que inventa el ideal, en un instante ideal. La exun hecho o en una forma esencial. ífica presupone

La inspiración, que es siempre artística, aun cuando la imaginación adopte tipos diversos como los señalados por Ribot, es el producto de la imaginación creadora, toda entera, cuyos elementos concurren en esa producción con la instantaneidad y libertad que ella revela en su conjunto. Nada tiene, por lo mismo, de inconsciente y misteriosa, aun cuando su complejidad desaparezca en la *fusión completa* de sus factores y sea inaccesible al análisis que su preparación y su realización completa ofrecen al sicólogo y al esteta. La inspiración es el ideal mismo en germen, que escapa a la descomposición en ese instante primordial y se mantiene rebelde al análisis aun en las formas que anima con su espíritu. El ideal puede revestir formas diversas, a causa de sus componentes objetivos y de sus medios de realización; puede ser más o menos profundo y elevado; puede variar según el papel que desempeñen los factores cognoscitivos y afectivos y los instrumentos de los sentidos que perciben las imágenes; pero en su esencia es el mismo; es el poder creador de la imaginación que descubre un orden superior a la realidad, en el que el espíritu puede expandirse más y mejor, realizando una mayor libertad; es un poder libre que crea su propio orden, esto es, un organismo que satisface el anhelo incesante del espíritu hacia una expanción sin límites y, por consiguiente, sin coacción alguna. Formación estética que la imaginación crea en un solo instante, fusión íntima de los elementos cognoscitivo y afectivo de la conciencia que la voluntad, en un esfuerzo libre, compenetra y orienta hacia una finalidad determinada u ofrece al espíritu que se contenta con su gozosa contemplación.

Tal es la raíz de la actividad artística en todas sus formas y muy especialmente en la que se traduce por una obra bella; tal debe ser también la característica del valor estético puro y la norma de su criterio especial. Dondequiera que la libertad se presente se ofrece también una forma estética, aun cuando un desórden aparente se asocie a esa expresión y aun cuando la libertad sea una no-coacción solamente, una simple apariencia, una ilusión de los sentidos o un olvido o abstracción de la causa determinante. La libertad es lo que el alma busca y apetece siempre; es lo que ama sobre todo; es lo que se descubre en el fondo de todos sus goces, aun los más sensoriales; es lo combina y anima en [illegible]un en los juegos de los animales, es ese dad ideal, despierta [illegible]explica Bergson toda la creación y que, [illegible], produce aquella compenetración simpática que los

sicólogos alemanes denominan *Einfühlung*. Elegir otro punto de partida, haciendo de la idea sola o del sentimiento solo o de las combinaciones de éste con el elemento ideal o con el factor social o con el factor físico la base del valor estético, como se pretende por los intelectualistas, los sentimentalistas o los sociólogos, es eliminar lo que hay de esencial en el fenómeno estético, en el que, destruída la libertad, como estado síquico o como factor de producción estético, ese fenómeno desaparece para convertirse en otro de naturaleza diferente; es atribuírle un valor lógico, económico, religioso o moral, en los que la libertad no existe o existe con relación a un principio superior, y nó con ese valor absoluto que sólo en el arte bello se presenta; es sacrificar el individualismo de la actividad estética a la universalidad de una pretendida norma derivada de la razón o sacrificar el criterio estético a la inconstancia y versatilidad del sentimiento individual, incapaz de crear norma alguna, aun cuando se apele, como Kant, a la homogeneidad de la naturaleza humana, que carece de norma alguna en las puras reacciones del sentimientos sensorial; es, en fin, desconocer, que lo que constituye verdaderamente esa homogeneidad, no es el placer, sino la libertad, fuente del placer, esa aspiración insaciable a desarrollarse sin coacción y en formas siempre nuevas; ese poder de crear que constituye la imaginación, libre por excelencia.

Es por la libertad, en consecuencia, por lo que se debe apreciar lo bello. Es esa libertad, en efecto, lo que el análisis encuentra en el exámen de la conciencia estética valuadora, bajo su triple aspecto de percepción, sentimiento y producción artística, que no son momentos sucesivos, como se cree, aunque sea necesario separarlos para hacer posible su apreciación.

La estética, como ciencia filosófica de lo bello, debe, pues examinar, desde luego, auxiliada de los métodos científicos, el contenido de la experiencia estética teniendo por guía ese criterio de su valor propio, a fin de conocer los caracteres que presentan los factores elementales de la conciencia que valúa. Una investigación sin guía directriz sería viciosa, como se ha dicho, o no conduciría a la determinación de norma o ley alguna. Sería simplemente un amontonamiento de hechos curiosos, interpretados arbitrariamente o haciendo uso del criterio vulgar, que no ofrece otra razón que la de un sentimiento de placer o desplacer sensorial, que los mismos empiristas rechazan como norma estética.

Es necesario partir de una sicología determinada que ofrezca la dirección del análisis científico, resolviendo con carácter previo si en la conciencia lo esencial es el pensamiento o el sentimiento o la voluntad sintetizadora y directriz. La primera solución conduciría a la estética del orden; la segunda a la estética subjetiva del placer que niega el orden preexistente, se pierde en lo arbitrario y desconoce la vrdadera libertad, y la tercera a la estética voluntarista, que asigna a la libertad el papel de dominante y constitutiva en la actividad síquica.

Esta última solución tiene sobre las anteriores, la ventaja de comprenderlas y superarlas en la explicación del fenómeno estético, como actividad, en el amplio sentido dado a esta frase.

Después de lo expuesto se comprende la vasta extensión de la estética, que no es metafísica pura, ni ciencia pura, que no es pura sicología, ni sociología únicamente, que no se circunscribe a la técnica estética, ni llena su objeto con la historia de las formas artísticas, aun cuando arranque de las que ofrece la actividad espontánea de la energía vital. La estética abarca todo eso, porque, como fenómeno de la libertad, encuentra su experiencia en todos esos dominios, que se explican recíprocamente, para formular conclusiones que entren como bases en el ámbito de las hipótesis metafísicas. Como se ha dicho, el sentimiento estético es causa y efecto al propio tiempo; lo mismo puede decirse de la obra artística, que produce la emoción estética y es producida por ella; la experiencia de la una se funda en el conocimiento de la otra y esa misma experiencia, para ser completa demanda el conocimiento de la física estética, de la técnica estética y de la historia del arte. Si la ciencia establece sucesión en esos factores, eso depende exclusivamente de una necesidad lógica del conocimiento, la misma que facilita el análisis de los elementos de la conciencia, no obstante la indeterminación con que se desarrolla el círculo síquico. Esto mismo explica la complejidad de este estudio, sus grandes dificultades y la necesidad de ser muy modesto en sus aspiraciones.

A. O. DEUSTUA.

Ciertos aspectos de la rebelión de Tupac Amaru II. - 1780-1781

Al señor doctor don Angel Gandolfo Herrera, de Buenos Aires.

I —El abolengo de Tupac Amaru II.

Cuando llegaron Francisco Pizarro y sus compañeros al Perú en el año de 1532, después de seis años de exploraciones preliminares, hallaron el poder supremo en manos de un soberano indio muy poderoso, llamado Atahualpa. Durante los cuatro siglos anteriores sus antepasados habían regido un imperio extenso y bien organizado en todas sus instituciones. Generalmente la familia imperial se intituló *Inca*, palabra que incorrectamente se aplica por el uso moderno a todos los habitantes indígenas del Perú. No me propongo otra cosa aquí sino bosquejar la historia de esa dinastía famosa.

Por los años de 1100, después de Jesucristo, los Incas fueron una tribu de escasa importancia, ligada con la nacionalidad quechua que estaba muy esparcida por la sierra o cordillera de los Andes. Según todas las probabilidades históricas vivieron durante esa época en un distrito distante algunas leguas del Cuzco, hacia el sur; pero aproximadamente en aquella fecha se trasladaron al valle del Cuzco, tal vez en busca de mejores chacras y pastos.

Poco a poco impusieron su dominio sobre todas las tribus que anteriormente habían sido dueñas absolutas del valle. Después de establecido su poder en la vecindad, los Incas comenzaron a edificar el grande e insigne imperio del Tahua-ntin-suyu (Nación de las cuatro provincias.) A mediados del siglo quince

este imperio incaico comprendía no solamente las sierras situadas entre Cajamarca y Tucumán, sino también el litoral entre Lambayeque y Arica. Estos fueron los límites del vasto territorio regido por el Inca Pachacútec (ca. 1425-1478.) Comprendió los restos y vestigios de muchos reinos antiguos y cultos que florecieron mucho antes de que la tribu incaica comenzara a transformarse en dinastía. Los sucesores de Pachacútec, es decir los Incas Túpac Yupanqui (1478-1488) y Huayna Cápac (1488-1530), engrandecieron los dominios imperiales de tal manera que cuando Atahualpa llegó a ser soberano, comprendió el imperio incaico todos los territorios situados entre la frontera septentrional del Ecuador y el centro de Chile. Apesar de su enorme extensión, este imperio, con su notable semi-civilización, fué bien administrado y eficazmente organizado. (1)

---

(1).—CIEZA DE LEON, Pedro de:
1883 THE CHRONICLE OF PERU. Edición de Sir Clements R. MARKHAM, Hakluyt Society. Londres.
1553 PARTE PRIMERA DE LA CHRONICA DEL PERU. Sevilla.
GARCILASO DE LA VEGA, el Ynca:
1869-71 THE ROYAL COMMENTARIES OF THE YNCAS. Edición de Sir Clements R. MARKHAM, Hakluyt Society. Londres.
MARKHAM, Sir Clements R.:
1910 THE INCAS OF PERU. Londres.
MEANS, Philip Ainsworth:
1917 AN OUTLINE OF THE CULTURE SEQUENCE IN THE ANDEAN AREA. Congreso internacional de americanistas, XIX, 236-252. Washington.
RIVA-AGUERO, José de la:
1910 LA HISTORIA EN EL PERU. Lima.
SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro:
1907 THE HISTORY OF THE INCAS. Edición de Sir Clements R. MARKHAM, Hakluyt Society. Londres.
UHLE, Max:
1910 LOS ORIGENES DE LOS INCAS. Congreso internacional de americanistas, XVII, 302-353. Buenos Aires.
WIESSE, Carlos:
1913 LAS CIVILIZACIONES PRIMITIVAS DEL PERU. Lima.

Por el año de 1532, el imperio de Tahua-ntin-suyu fué despedazado por una guerra civil. El Inca Huayna Cápac dividió imprudentemente su imperio en dos partes, dejando la del sur con el Cuzco, su corte, al heredero legítimo, Huáscar, y la otra a su hijo preferido, el bastardo Atahualpa, dándole como capital la ciudad de Quito. Naturalmente estalló en breve una guerra intestina. Atahualpa triunfó, y encarceló a su hermano, victimando atrozmente a todos sus partidarios.

Tal era la situación política del imperio incaico cuando Francisco Pizarro emprendió su conquista. En aquella época (Noviembre de 1532) Atahualpa se hallaba en Cajamarca, donde tenía su mansión predilecta. Después de varios acontecimientos dramáticos, Pizarro se apoderó de la persona del Inca, y con ella, de toda la administración harto centralizada del imperio. Un rescate cuantioso equivalente a 17,500,000 pesos oro norteamericano impusieron al soberano sus apresadores. Durante la recolección del rescate, Atahualpa ordenó secretamente la ejecución del prisionero real Huáscar. Después de recaudado el rescate, el propio Atahualpa a su vez, fué muerto alevosamente por los soldados de Pizarro. Así feneció el último monarca independiente del Tahua-ntin-suyu. (2)

---

(2).—MARKHAM, Sir Clements R.:
1892 A HISTORY OF PERU. Chicago.
PIZARRO, Pedro:
1917 DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERU. Edición de Horacio H. URTEAGA y de Carlos A. ROMERO. Lima.
1919 DISCOVERY AND CONQUEST OF PERU. Edición de Philip Ainsworth MEANS. Cortes Society. New York.
PRESCOTT, William Hickling:
1847 THE CONQUEST OF PERU. New York. 2 tomos.
SANCHO, PEDRO:
1917 RELACION DE LA CONQUISTA DEL PERU. Edición de Horacio H. URTEAGA y de Carlos A. ROMERO. Lima.
1917b AN ACCOUNT OF THE CONQUEST OF PERU. Edición de Philip Ainsworth MEANS. Cortes Society New York.

Como todos los Incas, el padre de Atahualpa (Huayna Cápac) tuvo una prole numerosa, entre legítimos y bastardos. Entre aquéllos figuraron, además de Huáscar, Manco, Paullu, y Titu Atauchi. De éstos solamente Manco Inca tiene importancia histórica. Pizarro imitó a Cortés, apresando la persona del soberano indio, y también le imitó estableciendo un descendiente del monarca ya fallecido como rey titular. La oportunidad para hacer esto se presentó pronto. Un general de Atahualpa, llamado Chalcuchima, fué hecho prisionero por los españoles y asesinado por orden de Pizarro, probablemente a instigación del fraile Valverde que incitó también al asesinato de Atahualpa. La muerte violenta de Chalcuchima, secuaz del emperador malogrado, movió a Manco Inca, del partido de Huáscar, a confiarse a la protección de Francisco Pizarro. Lo hizo en el año de 1533 en el valle hermoso de Xaquixahuana (llamado actualmente Anta) situado a varias leguas al noroeste del Cuzco. Pizarro explotó la enemistad que había entre el joven Manco y Atahualpa y sus partidarios, y por ese medio muy fácilmente ganó el apoyo del mozo. Los conquistadores entraron en el Cuzco el 15 de Noviembre de 1533, y el 24 de Marzo del año siguiente Manco Inca recibió la *borla* imperial (diadema de plumas rojas). Las solemnidades realizadas en esa ocasión fueron acentuadamente irónicas por el fausto que les dieron Pizarro y Valverde.

Los resultados inmediatos de la estratagema fueron considerables. Manco ayudó en mucho al quebrantamiento de Quizquiz que, como Chalcuchima, fué general de la facción de Atahualpa. Empero, después de transcurrido algún tiempo, el espíritu altivo del joven Inca se sublevó contra el tratamiento que le dispensaban los castellanos, y pronto llegó a inquietarse. En 1536 (18 de Abril) Manco fugó del Cuzco y se dirigio a Yucay, en el bello valle del Urubamba. Allí enarboló el pabellón de la insurrección, y congregó un ejército numeroso, pero de escasa disciplina, compuesto de indios descontentos y rebeldes. El y sus sostenedores, naturalmente, aborrecían casi por igual a los partidarios de Atahualpa y a los castellanos.

Manco puso sitio al Cuzco, y durante bastante tiempo amenazó el dominio español. Pero después de unos meses de sangrientas batallas, se salvó la ciudad merced a los esfuerzos de Juan y Hernando Pizarro. El joven Inca Manco y sus partidarios huyeron al valle de Urubamba. Lucharon en Ollantaytambo, pero pronto se refugiaron en la región peñascosa de Vilcabamba.

Se establecieron por los años de 1537 en un lugar lejano que se llama Vitcos o Viticos, y allí él y sus partidarios leales hallaron un asilo seguro contra los invasores cristianos. (3)

(3).—Para obtener las mejores descripciones de Vitcos y de los últimos años de Manco Inca, véase:
Pedro PIZARRO, 1917, páginas 80-106.
BINGHAM, Hiram:
1912 VITCOS, THE LAST INCA CAPITAL. American Antiquarian Society, Worcester, Massachusetts. EE. UU.

Allí asiló a muchos infelices, así castellanos como indígenas. Por los años de 1544, uno de aquellos refugiados, llamado Gómez Pérez, mató al Inca, en una querella durante una partida de bolos. (4)

(4).—CASTRO TITU CUSI YUPANQUI INCA, Diego de:
1916 RELACION DE LA CONQUISTA DEL PERU Y HECHOS DEL INCA MANCO II. Edición de Horacio H. URTEAGA Y CARLOS A. ROMERO. Lima

El hermano de Manco Inca, que después del bautismo se llamó don Cristóbal Paullu Inca, le sobrevivió. Se casó con doña Catalina Usica Coya, y en vez de reunirse en Vitcos con Inca Manco, residió con considerable pompa en el palacio de Collcampata, muy cerca del Cuzco. El hijo de esta unión, Carlos Inca, se casó con una española de estirpe noble, llamada María de Esquivel. De ellos hablaré más adelante.

Tres hijos de Manco Inca (Sayri Túpac, Titu Yupanqui y Túpac Amaru I) le sobrevivieron también. De éstos, el primero sucedió a su padre en el incazgo, y gobernó Vitcos y su distrito de 1545 a 1555. En el último año, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, llegó a Lima como virrey. Negándose a permitir la independencia del Inca, persuadió a una tía de Sayri Túpac, la princesa Beatriz (que se había casado con don Martín de Mustincia y vivía en el Cuzco) a que indujera a Sayri Túpac a residir en la capital antigua donde ya había tántos parientes suyos bien establecidos. Después de las prolongadas negociaciones diplomáticas, así lo hizo Sayri Túpac. Se bautizó con el nombre de Diego Sayri Túpac. Murió en Yucay en el año de 1560. Algunos años después, su hija, la

princesa Clara Beatriz, se casó con don Martín García de Loyola, capitán general de Chile, y la hija de este matrimonio recibió el título de marquesa de Oropesa en el año de 1616. Se casó la marquesa con don Juan Enríquez de Borja, marqués de Alcañizes, y miembro de la casa ducal de Gandía.

Titu Cusi Yupanqui, hermanastro de Sayri Túpac, usurpó el poder incaico, pues el heredero legítimo de la *tiana* de los hijos del sol era Túpac Amaru I. Sin embargo, tuvo el incazgo desde el año 1557 hasta 1571, mientras Túpac Amaru era custodiado en la Acllahuasi o casa de mujeres sagradas. Por los años de 1570, el virrey don Francisco de Toledo llegó al Cuzco en ocasión de una gira que hizo por su virreinato. El 6 de Enero de 1671 fué padrino de bautismo de Melchor Carlos Inca, hijito de don Cristóbal Paullu Inca y de doña María de Esquivel. La ceremonia fué espléndida, realzada con muchos ritos, con toda clase de pompa heráldica y de brillantez eclesiástica, y congregó a todo lo que de más noble y aristocrático albergaba la ciudad, así de indígenas como de ilustres castellanos. Entre los asistentes figuraron Titu Cusi y Túpac Amaru, quienes muy pronto regresaron a Vitcos, en donde nuevamente se encarceló a Túpac Amaru en su dorada prisión. Al mismo tiempo Titu Cusi manifestó que le sería grato recibir la cristiandad. Finalmente se le dió por nombre de pila Felipe, bautizándolo el fraile Juan de Vivero. Más tarde Felipe Titu Cusi murió, probablemente de neumonia. (5)

(5).—Véase:
OCAMPO CONEJEROS, Baltasar de:
1907 ACCOUNT OF PROVINCE OF VILCAPAMPA.
Edición de Sir Clements R. MARKHAM, Hakluyt Society, London.

Algunos de los principales de Vitcos entronizaron entonces en el incazgo al joven Túpac Amaru I. Hubo algunas escaramuzas, y finalmente, después de haberse refugiado como un miserable perro mostrenco que huye al cazador, fué preso el joven Inca (el 4 de Octubre de 1571), y algunos días más tarde, a pesar de la oposición de la mayoría de la gente (incluso el obispo de Popayán y los jefes de varias órdenes religiosas y también abogados y vecinos principales), se degolló al Inca, casi sin el juicio previo que requería su caso. Se ejecutó a Túpac Amaru ante una muchedumbre que lloró su suerte en voz alta

hasta que el propio Inca, en sus momentos últimos, le ordenó que callase. La simpatía del pueblo y del clero se manifestó con ironía inconsciente en la magnificencia de las exequias. Esto enardeció tánto al virrey, que comenzó la destrucción sistemática de todo rastro y vestigio de la dinastía incaica, y a ese propósito compuso un código opresivo intitulado el Libro de Tasas, cuya primera parte lleva la fecha de 18 de Octubre de 1572. Pero la debilidad de las fuerzas destructoras se manifestó en los insignificantes resultados definitivos que obtuvieron la furia y la intolerancia fanática del virrey.

Nos satisface saber que cuando Toledo regresó a España, fué severamente censurado por el rey Felipe II. También nos complace la información de que las hijitas de Túpac Amaru I, Juana y Magdalena, se refugieron en la casa del buen arzobispo don Jerónimo de Loayza hasta su malogrado fin en el año 1575. Finalmente Juana se casó con el curaca de Surimani y Tungasuca, (lugares ambos cercanos de Sicuaní y no lejos del Cuzco), llamado Condorcanqui, y de este matrimonio descendió don José Gabriel Condorcanqui y Noguera, o Túpac Amaru II, sobre quien versa este artículo. (6)

---

(6).—Markham, 1892. Bingham, 1912. Ocampo, 1907.

FUENTES, Hildebrando:

1905 EL CUZCO Y SUS RUINAS. Lima.

WINSOR, Justin:

1886 NARRATIVE AND CRITICAL HISTORY OF AMERICA. Boston. 8 tomos. (Véase especialmente, II, pag. 552 y siguientes).

SAVILLE, Marshall H.:

1918 SOME UNPUBLISHED LETTERS OF PEDRO DE LA GASCA RELATING TO THE CONQUEST OF PERU. Worcester, Mass.

II.--El estado social del Perú en el año 1780.

Me es forzoso interrumpir en este punto mi relación, para satisfacer la necesidad de bosquejar el ambiente social y las condiciones políticas que reinaban en el Perú durante la época en que se destacó don José Gabriel Condorcanqui (Túpac Amaru II,)

Las rebeliones indígenas del Perú, como las de todos los países habitados por dos razas, forzosamente ofrecen, casi siem-

pre, un aspecto completamente sociológico y antropológico. Son el resultado lógico del choque de dos razas y dos culturas antiguamente distintas y separadas, puestas en contacto íntimo y violento. Resultado del contacto de dos civilizaciones diferentes, pero no profundamente dispares, será una mixtura de elementos materiales y morales, derivados de cada una de las culturas dadas. En el pasado, esa mixtura sociológica nació por lo común, de la fuerza ejercida por los grupos semicivilizados, y, al fin, no es siempre la cultura superior la más feroz e implacable. Tampoco es siempre la raza superior la que contribuye con la mayoría de los elementos en la civilización mestiza que resulta de la fusión étnica.

Desde los días de Cristóbal Colón, la corona de Castilla manifestó un vivo anhelo porque los naturales de sus vastos territorios americanos fuesen tratados con equidad y justicia. Los indígenas fueron considerados como protegidos especiales por los monarcas. (7) Fernando e Isabel, así como la mayoría de sus sucesores en el trono, nunca omitieron la oportunidad de aconsejar a sus funcionarios que se condujeran benigna y justamente con los indios, y que los convirtiesen sin dilación al cristianismo.

(7).—MERRIMAN, Roger Bigelow:
1918 THE RISE OF THE SPANISH EMPIRE. New York. 2 tomos. II, páginas 230-236.

Sin embargo, apesar de estos deseos benévolos de los reyes, el tratamiento que dieron a los indios los colonos y los funcionarios subalternos, fué sumamente represivo y riguroso. Los primeros colonos contaron con descubrir grandes tesoros de oro, plata y gemas; mas cuando se supo en España que no había en la Española y otras islas los caudales soñados, fué menester buscar otros medios para estimular la colonización. De ahí provino la implantación bastardeada del antiguo sistema de repartimientos y encomiendas que instituyera Jaime el Conquistador en las Islas Baleares por los años de 1230. (8) Estribó tal siste-

(8).—Merriman, 1918, I, pag. 315; II, pag. 232.

ma en proporcionar a los soldados terrenos cultivables juntamente con habitantes cultivadores. Aunque la Corona no quiso

perjudicar a los indígenas con aquel sistema, y antes anheló por medio del mismo inducirlos a entrar lo más pronto posible en el seno de la Iglesia Católica, suscitó una serie de deplorables condiciones sociales que, por los años de 1511, llamaron la atención de las órdenes religiosas, especialmente de la de los padres de Santo Domingo. Insinuaron éstos al rey Fernando la urgencia de promulgar las leyes de Burgos, fechadas el 27 de Diciembre de 1512. Estas leyes declararon formalmente los derechos de los indios. (9)

(9).—MACNUTT, Francis Augustus:
1909 BARTHOLOMEW DE LAS CASAS. New York. Pag. 58.

Posteriormente se dictaron muchas leyes semejantes, que infringieron frecuentemente los colonos. (10)

(10).—MOSES, Bernard:
1914 THE SPANISH DEPENDENCIES IN SOUTH AMERICA. New York. 2 tomos. I, página 212.

Las grandes distancias y la escasez de comunicaciones frustraron los buenos deseos del soberano. La mayor parte de los valles, poblaciones y haciendas hallábase tan alejada de la sede del Virreinato que hubo muy poco que temer de la autoridad real, y, por consiguiente, la crueldad y rapacidad de los que tenían repartimientos empeoraron en breve la situación ya deplorable de los pobres e infelices indígenas.

Inmediatamente después de la conquista del Perú, el emperador Carlos V sancionó los repartimientos en este país, autorizando al mismo tiempo su transmisión por herencia a los descendientes de los poseedores originarios. Pero la gran influencia del dominico fray Bartolomé de las Casas luchó contra los abusos, y las Leyes Nuevas (fechadas el 20 de Noviembre de 1542) dispusieron la resolución del sistema de repartimientos y la devolución de todos los indios a la real hacienda, para sustraerlos al ilotismo.

Amenazados de ruina los encomenderos, se opusieron con todas sus fuerzas a la vigencia de las Leyes Nuevas. (11) Tan

(11).—Moses, 1914, I, pag. 215; MacNutt, 1909, pags. 232-236; Markham, 1892, pags. 119-125.

feroz y unánime fué la hostilidad que se manifestó contra estas leyes que, en el año de 1545, hubieran de revocarse en el Perú, no sin desencadenar una revolución grave encabezada por Gonzalo Pizarro, la que sólo pudo ser debelada por el inquisidor Pedro de la Gasca en su calidad de Presidente de la Audiencia de Lima y revestido con poderes extraordinarios. (Llegó al Perú en 1547.)

Así abortó el segundo esfuerzo de la corona para administrar justicia a sus súbditos indios. La impracticabilidad de las ideas del monarca hizo abortar sus leyes, inspiradas por una misericordia sincera, y en consecuencia, la condición de los indígenas se empeoró de día en día.

El citado Libro de Tasas, que se promulgó por el Virrey Toledo en 1572, encierra una combinación nefasta del sistema de repartimientos con una forma adulterada del admirable sistema administrativo de los Incas, y constituyó una máquina eficaz para arruinar a los indios. (12) El país se repartió en jurisdicciones

(12).—Merriman, 1918, I, pag. 233; Markham, 1892, pags.

llamadas corregimientos, a cuyo frente se encontraban funcionarios llamados corregidores. Estos recaudaban los impuestos de los indios y disfrutaban del derecho exclusivo de negociar con ellos. Oportunidades de corrupción y extorsión hubieron muchas. (13) Regían las villas o ciudades cabildos compuestos por

(13).—Markham, 1892, pag. 156; Moses, 1914, II, pags. 318-330.

JUAN Y SANTACILIA, Jorge:
1826 NOTICIAS SECRETAS DE AMERICA. Londres. Pags. 239-245.

un alcalde y varios regidores. Los alcaldes, los regidores y los corregidores eslabonábanse y representaban la autoridad central del virrey, y la suprema del monarca. Bajo de esta jerarquía escalonábase otra, hoy llamada gobernación menor. Componíase de tres grados de funcionarios subordinados a un hacendado o a un corregidor. Dichos grados eran: en el de los *curacas* (algunas veces fueron éstos hacendados) que regían un territorio bastante extenso; el de los *pichca-pachacas,* que ejer-

cían autoridad sobre quinientas familias, y el de los *pachacas* que gobernaban a cien familias. La gobernación menor fué, y es todavía, una supervivencia directa de la organización incaica.

A primera vista parece que la gobernación menor fué una defensa de los indios contra la opresión de sus dueños y de los funcionarios españoles; mas no fué así, porque los caciques indios se identificaron cada vez más con los conquistadores por medio de varias clases de enlaces. Además, las condiciones geográficas, tales como la altura y la escabrosidad del país, impidieron la penetración al interior de mujeres blancas y civilizadas y obligaron a muchos entre los conquistadores mozos, pletóricos de virilidad, a buscar esposa o concubina permanente entre las *pallas* de la aristocracia indígena. Tales fueron las causas que determinaron el resultado ya descrito. (14)

(14).—La madre del historiador, Garcilaso de la Vega, el Ynca, fué una de esas concubinas permanentes.

Contribuyó también a hacer de los curacas malos protectores del pueblo indígena el hecho de que aquéllos disfrutaran no solamente de vestidos especiales de exagerado boato y de las antiguas insignias de su clase, sino además de varios privilegios y deberes contrarios al sentimiento de simpatía hacia los humildes de su propia raza. (15) Por ejemplo: exigían los tribu-

(15).—BRYCE, James (ahora Lord BRYCE):
1913 SOUTH AMERICA. New York Pag. 466.
MATJENZO DE PERALTA, Juan:
1573 GOBIERNO DEL PERU. Manuscrito en el Museo Británico.
1910 GOBIERNO DEL PERU. Buenos Aires.
NOTA: Esta obra se escribió por los años de 1573, cuando el Virrey Toledo tenía el mando del Perú.

tos y regulaban el trabajo forzado que los indios ordinarios debían al hacendado o al amo. Muchos de los curacas eran hombres educados e intelectuales, por lo que, naturalmente, tenían muy poca simpatía hacia los campesinos huraños y analfabetos.

Por la coincidencia de circunstancias aquí descrita, los indios humildes se vieron privados de toda protección. Pertene-

cientes a una raza que muy fácilmente se inclinó ante la autoridad ya temporal o espiritual, cayeron en un estado de miseria y esclavitud, explotado por sus opresores. Aunque los impuestos constituyeron abrumadores gravámenes, mucho peores fueron las diferentes clases de servicios personales que les impusieron los encomenderos y los propietarios de minas. La *mitta* (palabra quechua que significa vez o destajo) fué una institución tiránica parecida a la *corvée* de la Francia anterior a la Revolución. Todos los indios varones estaban sujetos a ella, encontrándose, según ley, una séptima parte de la población masculina en la *mitta* al mismo tiempo.

Según lo establecido por don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache y virrey del Perú (1615-1621), la proporción de los mitayos llegó a ser una sexta, y aún una quinta parte de todos los indios. (16) Borja nos dice que las condicio-

(16).—Véase las obras siguientes, entre muchas otras:
FALCON, Francisco:
1918 REPRESENTACION. . .SOBRE LOS DAÑOS QUE SE HACEN A LOS INDIOS. En la Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, XI, pags. 133-176, (edición de Horacio H. URTEAGA y Carlos A. ROMERO), Lima.
NOTA: Esta representación fué escrita por los años de 1575, o tal vez por los años de 1585.
CARRIO, V. M.:
1919 CRONICAS AMERICANAS. La Paz. Pags. 73-111.
MEMORIAS DE LOS VIRREYES. Lima. 6 tomos, 1859. I, pags. 89-91.

nes fueron insoportables, y unos setenta años después don Melchor de Navarra y Rocaful, duque de la Palata, (virrey, 1681-1691), relató circunstanciadamente la situación atroz que prevalecía en Potosí y en otras ciudades próximas a las minas. (17)

(17).—Memorias, II, pags. 225-228.

Los años transcurrieron y la situación continuó empeorándose. Las demandas por parte del gobierno de tributos e impuestos constantemente aumentados coexistían con la benévolas medidas personales del monarca y de los virreyes. Don José

de Armendaris, marqués de Castel-fuerte (virrey, 1724-1736) escribió lo siguiente:

> En estos valles de Runahuana, Huarco y Chilca, que tenían cada uno trece mil vecinos. La provincia de Santa, que pudo ser un Reyno, y asi otras, apenas tiene hoy havitadores, estando desiertos muchos pueblos... (18)

(18).—Memorias, III, pag. 132. Copiado textualmente.

Y Armendaris hace tres recomendaciones sabias: 1a. Que el gobierno del virrey y los prelados vigile bien la conducta de los corregidores y demás funcionarios; 2a. Que se prohiba la venta de aguardientes y otros licores alcohólicos; 3a. Que las provincias despobladas, se pueblen con habitantes traídos de otras provincias mejor pobladas. El virrey atribuye los daños principalmente a la inaccesibilidad de los distritos rurales, reconociendo con franqueza las intenciones benignas de la Corona.

Contribuyó a agravar la triste situación de los indígenas, la decadencia moral de la iglesia y del clero. Los párrocos explotaban a menudo a los pobres indios sin reparo ninguno, y aprovechaban las fiestas religiosas para embriagar a los campesinos, y para robarles el dinero ganado con tánto esfuerzo. Los ritos sagrados trocáronse en fastos idolátricos, y el culto mismo degeneró en una superstición pagana y envilecedora que aherrojó a los miserables indios con el grillete de un terrorismo espiritual. Los bautismos, las nupcias, y las exequias eran pretextos para exigir regalos diversos, y los clérigos parroquiales apenas dispensaban a sus víctimas escasa protección contra la opresión de los corregidores y de los hacendados.

No nos sorprende, pues, el estallido de la rebelión. La revolución de los indios opresos nació en el interior porque la población costeña fué menos infeliz que la de la sierra, en donde además residía el centro del poder antiguo de la raza indígena. (19)

(19).—MOSES, Bernard:
1907 THE REVOLT OF TUPAC AMARU. University of California Chronicle, IX, pags. 201-219. Berkely, California.

1908 SOUTH AMERICA ON THE EVE OF EMANCIPATION. New York. Especialmente, capítulos IV, V, VI, VIII y IX.
PRADO Y UGARTECHE, Javier:
1894 ESTADO SOCIAL DEL PERU DURANTE LA DOMINACION ESPAÑOLA. Lima.

III. La vida y los hechos de ,don José Gabriel Condorcanqui (Túpac Amaru II.)

Sin lugar a duda, fué auténtica la estirpe real de don José Gabriel Condorcanqui y Noguera, descendiente de los antiguos Incas. Entre sus antepasados contábase la princesa Clara Beatriz cuya hija recibió el título de Marquesa de Oropesa, y casó con don Juan Enríquez de Borja por los años de 1624. También fué antepasada suya doña Juana de Condorcanqui, hija de Túpac Amaru I. Felipe III hizo a esta dama y a sus descendientes co-herederos del marquesado de Oropesa. (20)

(20).—Ocampo, 1907, notas por Markham, pags. 218 y 230.

José Gabriel nació en Tinta cerca de Sicuaní por los años de 1742. (21) Fueron sus padres don Miguel Condorcanqui, cu-

(21).—PAZ SOLDAN, Mariano Felipe:
1877 DICCIONARIO GEOGRAFICO...DEL PERU. Lima.

raca de Tungasuca y Surimani, y doña Rosa Noguera de Condorcanqui. El joven recibió una excelente educación, y tuvo por primeros maestros a dos curas de la localidad, feliz e infelizmente según se mire, hombres de capacidad muy rara en aquellos tiempos entre los de su profesión. Pasó su juventud en el hermoso y fértil valle del Vilcamayu, embellecido por extensas sementeras de maíz y alfalfa, por su ancho río y por la imponente cadena nevada de la sierra de Vilcañota. A la edad de diez y seis años se dirigió al Cuzco para estudiar en el colegio de San Borja fundado en 1619 por el virrey Esquilache

para los indios de alta alcurnia. Parece haber sido un estudiante bastante aprovechado. (22)

(22).—Markham, 1892, pags. 194-196; Winsor, 1886, VIII, pags. 296-297.
MILLER, John:
1828 MEMOIRS OF GENERAL MILLER. Londres, 2 tomos. I, pags. 16-19.

En el año de 1760 casó con Micaela Bastidas, perteneciente a la mejor familia de un lugar denominado Abancay, situado al oeste del Cuzco. En esa época, o un poco después, murió el padre de José, dejándole el curacazgo de Tungasuca y otras aldeas y haciendas. Quien la conoció, describe la persona de José con estas palabras:

> Era "...un hombre de cinco pies y ocho pulgadas alto; delgado de cuerpo, con una fisonomía de indio: nariz aguileña, ojos vivos y negros, más grandes de lo que por lo general los tienen los naturales. En sus maneras era caballero; se conducía con dignidad con sus superiores y con formalidad con los aborígenes. Hablaba con perfección la lengua española, y con gracia especial la quechua: vivía con lujo; y cuando viajaba siempre iba acompañado de muchos sirvientes del país, y algunas veces de un capellán. Cuando residía en el Cuzco, generalmente su traje consistía de casaca, pantalones cortos de terciopelo negro, que estaba entonces de moda, medias de seda, hebillas de oro en las rodillas y en los zapatos, sombrero español de castor, que entonces valían veinticuatro pesos, camisa bordada y chaleco de tisu de oro, de un valor de setenta a ochenta pesos. Usaba el pelo largo y enrizado." (23)

(23).—Tomado de:
WIESSE, Carlos:
1914 HISTORIA DEL PERU. Lima. Pag. 148.

Una porción considerable de su renta, asaz pingüe, provenía de una recuas de mulas que se empleaban en el transpor-

te de mercaderías. Recibía en sus casas a la principal gente del distrito, inclusos los curas de algunas aldeas vecinas y varias familias de posición análoga a la suya. Entre sus amigos contaba al doctor Antonio Valdés, cura de Tinta, que escribió en forma castellana el drama o pantomima quechua *Apu Ollantay* (24), que se estrenó ante don José para su recreo. Es-

(24).—Tschudi, Markham, Pacheco Zegarra y otros han mantenido que este drama tiene una antigüedad mayor que la de la dominación española en el Perú. El sabio alemán Middendorf, cree que es de fecha más o menos igual a la de la época que discutimos. El profundo estudio del señor E. C. Hills, demuestra que la *forma actual* del drama es debida al doctor Valdés. Sin embargo, no cabe duda que lo contenido del drama es muy antiguo.

Véase: TSCHUDI, Johann Jakob von:
1875 OLLANTA. Viena.
MARKHAM Sir Clements R.:
1910b APU OLLANTAY. Londres.
PACHECO ZEGARRA, Gavino:
1878 OLLANTAY. París.
MIDDENDORF, E. W.:
1890 OLLANTA, EIN DRAMA DER KESHUASPRACHE. Leipzig.
MENENDEZ Y PELAYO, Marcelino:
1913 HISTORIA DE LA POESIA HISPANO-AMERICANA. Madrid. 2 tomos. II, pags. 265 y 266.
CARRASCO, Constantino:
1878 TRABAJOS POETICOS. Ed. de Eugenio LARRABURE y UNANUE. Lima.
BARRANCA, José S.:
1868 OLLANTAY. Lima.
RIVA AGUERO, José de la:
1905 CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE. Lima. Pags. 116-119.
HILLS, Elijah Clarence:
1914 THE QUECHUA DRAMA, OLLANTA. Romanic Review (publicada por Columbia University, New York City), V, pags. 127-176.

perando convencer a los funcionarios de la necesidad de mejorar las condiciones de los indios, cultivó con mucho es-

mero la amistad de aquéllos. Administraba en persona sus haciendas y poblaciones con justicia y amabilidad, ayudando frecuentemente con su propio peculio a los infelices y desgraciados.

En el año de 1770, después de haber sido curaca durante unos diez años, don José se dirigió a Lima para demandar su derecho al marquesado de Oropesa. Aunque no hay certidumbre directa en cuanto al motivo determinante de su petición, se presume que probablemente creyó que la posesión del título de marqués de Oropesa le aseguraría la estimación de los españoles, al paso que el reconocimiento público de su descendencia de Túpac Amaru I, fortalecería su influencia sobre los indios. Su derecho fué reconocido por don Serafín de Leytán y Mola, fiscal de la audiencia de Lima. (25)

(25).—Markham, 1892, pag. 196.

Al regresar a su hogar, don José tomó el nombre de Túpac Amaru II. Continuó ayudando a sus inquilinos y dependientes. El y un tío suyo, llamado Blas Túpac Amaru interesaron al obispo del Cuzco, don Agustín Garrochátegui (obispo, 1771-1776) en el asunto. Las quejas de éstos llegaron a oídos de Carlos III quien ordenó que don Blas fuese a la Corte para exponer los abusos sufridos por los indios. Las gestiones marchaban con gran éxito cuando súbitamente murió don Blas, quizás envenenado. (26)

(26).—ANGELIS, Pedro de:
1836 COLECCION DE OBRAS Y DOCUMENTOS RELATIVOS A LA HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA DE LAS PROVINCIAS DEL RIO DE LA PLATA. Buenos Aires. 6 tomos. En V, pags. 1-7, se encuentran: DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA SUBLEVACION DE JOSE GABRIEL DE TUPAC AMARU, CACIQUE DE LA PROVINCIA DE TINTA EN EL PERU.
NOTA: Debemos tener presente que era virrey en esta época don Agustín de Jáuregui y Aldecoa, atural del reino de Navarra. Lo fué de 1780-1784. Véase: LAVALLE, Juan Antonio de:
1909 GALERIA DE RETRATOS DE LOS GOBERNA-

DORES Y VIRREYES DEL PERU, (1532-1824). Barcelona. Pags. 153-156. (Los retratos son reproducción de Evaristo SAN CRISTOBAL.
LORENTE, Sebastián:
1871 HISTORIA DEL PERU BAJO LOS BORBONES. Lima. Pags. 215-220.

Hay dos versiones de lo acaecido en Noviembre de 1780. La menos verosímil a mi parecer es como sigue:

El 4 de Noviembre, aniversario del soberano Carlos III, el curaca de Tungasuca dió un banquete en su casa para celebrar el día. Entre los huéspedes hallábase el corregidor de Tinta, don Antonio Arriaga. Era un hombre de rapacidad y crueldad extraordinarias, implacable con los indios humildes y con su paciente curaca. La suerte de Arriaga determinó los primeros hechos que condujeron a la revolución contra el poder de España en Sud-América. En mitad de las festividades, Túpac Amaru anunció súbitamente que, a causa de la desobediencia de Arriaga a las leyes reales, él (Túpac Amaru) tenía facultad real para ahorcarlo. El corregidor fué aprisionado, y el 10 de Noviembre ahorcado públicamente en la plaza de Tungasuca.

La segunda versión, más auténtica y verosímil, es como sigue:

En la citada fecha el cura de Yanaoca, don Carlos Rodríguez, dió una comida en su casa. Arriaga y Túpac Amaru se hallaron entre los invitados. Alegando cierto pretexto admisible, el segundo salió del festín algo temprano, y se dirigió con sus sirvientes a preparar una emboscada al primero cerca del camino que conducía a Tinta. Allí, un poco más tarde, sorprendió a Arriaga, que regresaba del banquete, y lo llevó prisionero a Tungasuca donde se incautó de una multa de unos $ 22,000 ó $ 25,000 que el corregidor ilegalmente tenía en su poder y lo hizo ahorcar el 10 de Noviembre. (27)

(27).—Esta cuestión de la *autoridad* o *facultad real* es muy oscura. No podemos creer que Túpac Amaru tuviese órdenes expresas y directas del monarca que le autorizaran a ahorcar a Arriaga. Tales órdenes se hubieran dado al virrey, y nó a un mero *curaca*. Por eso, es de creer que lo que Túpac Amaru tenía presente fué la idea de que los hechos de Arriaga le habían vuelto proscrito, de manera que

cualquiera persona tenía el derecho de matarlo.
Entre los que se inclinan a la primera versión se cuentan:
ODRIOZOLA, Manuel de:
1863-1877 DOCUMENTOS HISTORICOS DEL PERU. Lima 10 tomos
TEMPLE, Edmond:
1830 TRAVELS IN VARIOUS PARTS OF PERU. Londres. 2 tomos. II, pag. 105.
Entre los que se apoyan en la segunda son:
Markham, 1892, pag. 197; Lorente, 1871, pag. 181; Angelis, 1836, V, pag. 3.

La ejecución de Arriaga ante una muchedumbre de indios oprimidos y rencorosos fué la señal para la sublevación general. Túpac Amaru empleó sagazmente el dinero tomado a Arriaga para ganar a su causa muchos indios antes medrosos e indiferentes. El 12 de Noviembre, Túpac Amaru asaltó y tomó la villa de Quiquijana que dista unas once o doce leguas del Cuzco. Inmediatamente después, se apoderó de los pingües obrajes de Punapuquio y Pumacanchi. Allí encontró unas 40,000 varas de tela de lana y de algodón, algunas armas de fuego, y dos cañones chicos. Como consecuencia de este botín, tres mil de los seis mil soldados de Túpac Amaru recibieron escopetas, y los demás hubieron de contentarse con lanzas y hondas. Parece que hubo muy escasa disciplina en la turbamulta mandada por Túpac Amaru.

El 18 de Noviembre de 1780, Túpac Amaru ganó en Sangarara una victoria bastante considerable. Una fuerza de 450 españoles y 600 indios acaudillada por Juan Sahuaraura Inca, el curaca de Oropesa y otro de los pocos jefes indios que se opusieron a Túpac Amaru por motivos desconocidos, salió del Cuzco para castigar a los rebeldes, pero viéndose amenazada por un ejército superior, se refugió en la iglesia de Sangarara. Había caído en una trampa. Túpac Amaru ordenó que el cura comiese la Hostia o la destrozara de otra manera conveniente, y luego que se pegase fuego al templo. Sus hombres dirigieron una lluvia de piedras y balas contra el santuario para estorbar la salida de los enemigos, cuya mayoría pereció entre las llamas.

Esta insigne victoria de Túpac Amaru provocó la desesperación de los castellanos. En esta época el verdadero gobernante del Virreynato era el visitador general del Perú, Chile y La Plata, don José Antonio de Areche. Era un hombre rebo-

sante de crueldad diabólica. Jamás lo ablandaron la piedad y la misericordia hacia los desgraciados. Muy semejante a él fué don Benito de la Mata Linares y Vásquez Dávila, oidor de la audiencia de Lima. Ambos amigos íntimos y asociados, formaron una pareja verdaderamente satánica. Tan desacertados como éstos, fueron frecuentemente los nombramientos de Carlos III.

Espantado por la rebelión de Túpac Amaru, Areche despachó de Lima a don José del Valle y Torres con un ejército bien disciplinado y provisto de abundantes municiones de guerra. Valle tenía órdenes de reunirse con la milicia local, y por el mes de Febrero de 1781 las fuerzas españolas excedían de 17,000 hombrs, incluyendo muchos indios todavía fieles a la causa castellana. Entre éstos figuró don Mateo Pumacahua (García) Inca, curaca de Chincheros. (28)

(28).—CUNEO VIDAL, Rómulo
1917 LA REVOLUCION CUZQUEÑA DE 1814. Revista histórica, V, pags. 392-398.

Entretanto, entre Diciembre y Enero, la rebelión se propagó hacia el sur, llegando hasta el remoto distrito de Tucumán. El Jefe principal de los revolucionarios meridionales del valle de Titicaca fué Tomás Túpac Catari. Aunque el movimiento de Catari fué consecuencia del de Túpac Amaru, tuvo aquél un ideal muy inferior. Perpetró atrocidades y ultrajes parecidos a los del terror en la revolución francesa.

Alentado por su esposa, Micaela Bastidas, Túpac Amaru procuró hacerse dueño del Cuzco. Realizó dos esfuerzos, frustrados después de una batalla sangrienta y reñida de dos días (Enero 8 hasta el 10, de 1781). Durante el resto de Enero y todo Febrero, Túpac Amaru permaneció en Tinta, reorganizando sus fuerzas. Esto fué un error transcendental, porque dió a sus enemigos oportunidad para fortalecerse. A fines de Febrero, Valle al frente de su ejército, y acompañado por Areche y Mata Linares, llegó al Cuzco. Parece cierto que Túpac Amaru careció así de genio militar como político. Tuvo de su lado muchas ventajas. Su ejército, al menos potencialmente, fué formidable, y todos los curacas del Perú con excepción de Sahuaraura Inca, Pumacahua Inca y otros catorce, le prestaron su apoyo. Con compañías ágiles y flexibles le habría sido posible derrotar en los desfiladeros escabrosos de los Andes a los pelotones españoles embarazados por su formación rígida

y por sus pesados uniformes. Pero Túpac Amaru no se atrevió a ser francamente audaz. Equivocóse también neciamente al menospreciar la ayuda que hubieran podido prestarle los criollos y los mestizos, oprimidos como los indios de pura sangre por los altaneros chapetones. De haber comprendido mejor su situación indudablemente habría dominado el Perú.

Reanudáronse el 12 de Marzo las hostilidades activas. Hubo varias escaramuzas en el valle del Vilcamayu entre Quiquijana y Tinta. Ambos bandos demostraron asombrosa inferioridad militar. Finalmente, tras una batalla librada en Checcacupe el 6 de Abril de 1781, el ejército de Túpac Amaru se dispersó, y él mismo, fué apresado junto con su esposa, dos hijos suyos, y varios parientes. Acribillados por injurias y ultrajes fueron llevados los prisioneros a Tinta, donde sesenta y cinco de los menos importantes fueron ahorcados.

Areche y Mata Linares pronunciaron una sentencia feroz contra Túpac Amaru y su familia. El 15 de Mayo de 1781 le hicieron presenciar la ejecución de todos sus seres queridos; luego lo atormentaron atrozmente, y lo ejecutaron en forma lenta y penosa. Sus restos fueron quemados y repartidos en varias aldeas. Prohibióse la lengua quechua, y todos los bienes del curaca fueron arruinados. Cerca de 80,000 indios fueron víctimas de la venganza frenética de Areche, y los sobrevivientes de la antigua casa imperial fueron enviados a España donde Carlos III permitió que fueran encarcelados en sus peores prisiones. (29) La tragedia terminó a fines de 1783. (30)

---

(29).—Véase la nota anterior que anota mis fuentes de información.

(30.—Este resumen breve e imperfecto de la sublevación misma, está basado sobre datos recopilados en los trabajos ya citados, que muchas veces se contradicen el uno al otro, y en los siguientes:

FUNES, GREGORIO:

1856 HISTORIA CIVIL DE BUENOS AIRES, TUCUMAN Y PARAGUAY. Buenos Aires. 2 tomos.

VARGAS, H. Nemesio:

1903-1912 HISTORIA DEL PERU INDEPENDIENTE. Lima. 5 tomos.

ORDOÑEZ LOPEZ, Manuel y CRESPO, Luis S.:

1912 BOSQUEJO DE LA HISTORIA DE BOLIVIA. La Paz.
MENDIBURU, Manuel de:
1874-1890 DICCIONARIO HISTORICO BIOGRAFICO DEL PERU. Lima, 8 tomos.
BINGHAM, Hiram:
1911 ACROSS SOUTH AMERICA. Boston.

IV. Significado de la rebelión.

Túpac Amaru no encaminó sus esfuerzos contra el poder real. La idea de la supremacía de la corona y el sentimiento de lealtad hacia el monarca todavía existían. El curaca indio sólo quiso libertar a los oprimidos de las exacciones ilegales de los corregidores. Sus pretensiones al incazgo siempre reconocieron el poder supremo del rey.

Los propósitos exactos de Túpac Amaru manifiéstanse en una carta que mandó a Areche el 5 de Marzo de 1781; allí sostiene:

(A) Que el rey permite el establecimiento de Alcaldes mayores indios para la administración de la justicia a los aborígenes, y que S. M. ha dado permiso para la abolición de los corregidores.

(B) Que los funcionarios se han conducido en contra de las leyes reales tocante al tratamiento de los indios.

(C) Que varios prelados, cabildos y otras personas de influencia han protestado contra el sistema de repartimientos y sus crueldades.

(D) Que la rebelión no se dirige contra la autoridad real, sino que quiere realizar los deseos del monarca.

(E) Que las condiciones que existen en los obrajes, haciendas y cocales son terribles e insoportables.

Pero, al mismo tiempo, habemos de notar que Túpac Amaru, se pintaba el 25 de Noviembre de 1780, con estas palabras:

"D. José Gabriel Túpac-Amaru, de la sangre real y tronco principal."

Por otra parte el 15 de Noviembre, se describía con éstas:

"Esta orden no es contra Dios, ni contra el Rey, sino contra la malas introducciones". (31)

(31).—Angelis, 1836, pags. 12 y 17.

En otras palabras, es claro que careció de una idea fija y definitiva acerca de sus ambiciones y pretensiones. El documento que lo describe como:

> "Don José I, por la gracia de Dios, Inca, Rey del Perú, Quito, Chile, Buenos Aires, y los continentes del Mar del Sur, Señor del Río de las Amazonas, con dominio sobre el Gran Paytiti" (32), no tiene autenticidad alguna.

(32).—He traducido la versión dada por:
MARKHAM, Clements R.:
1862 TRAVELS IN PERU AND INDIA. Londres. Pags. 148-150.

Complace saber que las demandas justas y razonables de Túpac Amaru fueron satisfechas en virtud de severas ordenanzas reformatorias del virrey don Teodoro de Croix (1784-1790), las que pueden atribuírse directamente a la influencia de Túpac Aamaru cuyas demandas hicieron llegar a oídos reales las quejas de los indios andinos y causaron cierto sentimiento de misericordia.

Estableciéronse siete grandes intendencias, cada una dividida en varios partidos. Este sistema llegó a ser la base de la organización política del Perú contemporáneo. El 26 de Febrero de 1787 se estableció en el Cuzco una audiencia con jurisdicción especial sobre pleitos y quejas de los indios.

No es difícil penetrar la significación interna de la rebelión en que nos ocupamos. La sojuzgada raza indígena poseía genio notable para el gobierno. Quebrantada su independencia, vióse contreñida a vivir durante muchas generaciones bajo un régimen totalmente artificial y opuesto a sus necesidades, que por ironía revistió la forma adulterada de las instituciones primitivas o para mejor oprimir al pueblo, hasta que alzóse un adalid suyo de elevados ideales aunque inhábil para ejecutarlos que expuso sus aspiraciones y encabezó una rebelión para realizarlas. El hecho de que la causa de Túpac Amaru ganase muchos adeptos entre la clase dirigente española es manifestación elocuente de su justicia, tanto como lo fué el triunfo social que alcanzó.

Lima, 29 de marzo de 1920.

P. AINSWORTH MEANS.

Yo me acuerdo de ti.....

Yo me acuerdo de tí cuando sólo eras
la humilde amada de mi amor discreto;
cuando diste tu nombre a mis quimeras
y te dejé esculpida en un soneto.

Aunque te amé con singular respeto—
y respeté tus quince primaveras—
desde entónces estaba en el secreto
galante de tus horas venideras.

I sucedió cual lo supuse: hastiada
de seguir siendo pobre pero honrada,
te lanzaste a la vida y sus arcanos;

y hoy al verte pasar, grácil y leda,
pensé en tu porvenir....pensé en la seda...
(pero pensé también en los gusanos....)

PABLO ABRIL de VIVERO.

A Muerte

Sacudió con un enorme desaliento, la cabeza
Y, pulsando la guitarra que acababa de templar,
Enredó en la tosca urdimbre de su canto, la tristeza
Ocultada hasta esa noche, con orgullo singular.

Y sintió que la paisana no era suya.
Con fijeza
Le miró un instante, lleno de ansiedades, sin lograr
Que sus ojos abatieran la selvática fiereza
De aquella alma sin repligues, que se abrió de par en par.

Y no pudo más.
De un salto, levantóse el guitarrero.
Las seis cuerdas prepararon con su acento lastimero
El silencio emocionante que dió fin a la canción.

Y, ya en guardia, con la manta de vicuña en una mano,
Miró en torno, reclamando con el gesto soberano
De su estirpe altiva y brava, la presencia de un varón.

ANIBAL MARC. GIMENEZ.

Entre Ríos, 1920.

La órbita social de las funciones psicomédicas

El progreso científico de la humanidad durante los últimos años ha sido extraordinariamente provechoso para la medicina mental, disciplina que gracias al descubrimiento del método psicoanalítico no sólo ha ampliado inmensamente su latitud en el terreno de la práctica terapéutica, sino que se ha renovado fundamentalmente, tanto en sus principios doctrinales cuanto en su técnica; la psiquiatría nueva tiene, pues, un campo de acción no imaginado antes ni por el más soñador de los alienistas, y cuenta con procedimientos de curación y prevención de gran eficacia y de tan variada aplicación, que cumplidamente ejercida por profesionales idóneos asume carácter de la más alta importancia social, pues su práctica llega a ser la función humana más constructiva de valores humanos.

El médico psicólogo de nuevo tipo, no es ya meramente el jefe de un manicomio o el "recetador" de tónicos y baños para tratar "neurastenias", sino el reconstructor de mentalidades, el conocedor científico de la naturaleza humana, capaz de dar indicaciones eficaces no sólo para curar muchos de los neurópatas y psicópatas que según la prognosis de la vieja psiquiatría se reputaban incurables, sino también para evitar en gran proporción la posibilidad del desequilibrio mental, y sobre todo, para hacer más eficiente y feliz a todo hombre que aproveche de los servicios o de las enseñanzas del sistema.

No obstante del portentoso significado de la medicina mental de hoy, prácticamente todavía se aprovecha poco de sus posibilidades de orden social y aun de las de orden puramente individual; y esto se explica, pues sus métodos son de reciente adquisición y requieren como base intelectual de parte del médico que a su cultivo se dedique, sagacidad poco común, talen-

to y cultura verdaderamente atléticos no sólo en las ciencias estrictamente psicológicas, sí que también en biología, etnografía, antropología, sociología primitiva, mitología, historia de la civilización, erotología, onirocricia, etc. Es por eso que tal género de especialidad es raro, sobre todo en los países latinos, donde generalmente se conoce del psicoanálisis sólo las hipótesis de trabajo originarias, mas nó los principios que la paciente y copiosa investigación clínica de los grandes psicoanalistas de Austria-Hungría, Suiza, Estados Unidos de Norte América, Alemania e Inglaterra ha permitido deducir y descubrir, rectificando y completando los primeros conceptos emitidos por Sigmund Freud, de Viena, el padre y siempre principal promotor del movimiento psicoanalítico. Esta circunstancia me ha permitido tener la suerte de realizar la tarea de *pionier*—según el epíteto con que me han calificado unos colegas germanos—en los países de habla castellana. Otra de las causas que obstaculiza el aprovechamiento de la nueva psiquiatría es la incultura del público general respecto a estas cuestiones, ya que pocas son las gentes que tienen nociones concretas sobre el particular, salvo en los países donde el psicoanálisis ha tomado gran desarrollo.

Los descubrimientos principales realizados por la investigación psicoanalítica son los relativos a la existencia de poderosos factores determinantes de la actividad mental y de la conducta humana, ajenos por completo a la vida consciente del sujeto, los cuales tienen su origen ancestral en la actividad instintiva de nuestros antecesores humanos y prehumanos y su condicionamiento individual en las primeras fases del desarrollo del sujeto, particularmente durante los cuatro primeros años de la vida infantil: tales son los motivos subconscientes, a cuya influencia no puede oponer la actividad consciente sino una censura que resulta muy frágil en ciertas condiciones.

En el individuo normal, durante los momentos de absoluta higidez, su personalidad se halla perfectamente adaptada a las condiciones actuales y constituye una unidad coherente. Durante el sueño, o en el curso de una afección mental, (1) ciertas tendencias, dependientes de determinados sectores del organismo, entran en pugna con la personalidad adquirida durante el desarrollo por socialización e integración de las tendencias

(1).—*Vide* Honorio F. Delgado: "The Psycological Psychiatry", *The Psychoanalytic Review*, Washington, New York, 1920.

parciales originarias, y entonces el yó pierde la hegemonía de la actividad psíquica, que se desadapta, en tanto que unidad, de las condiciones actuales. Si tal desadaptación es intensa y durable, es decir, si se ha producido una psicosis o una neurosis, entonces los representantes de la nueva medicina mental, en vez de contentarse con poner el marbete diagnóstico y de hacer el pronóstico que éste indicara y de recetar algunas drogas y reposo o trabajo, tal como hace el psiquiatra a la antigua, indagará las causas concretas de orden psicológico y fisiológico del desórden mental, tratará de *interpretar* en términos biopsicológicos el conflicto intrapsíquico, precisando el mecanismo del proceso con criterio dinámico, y tentará la readaptación: para todo lo cual se habrá servido del psicoanálisis como técnica o simplemente como medio de comprensión y de inspiración del condicionamiento terapéutico. Esto implica la existencia en los hospitales psiquiátricos de servicios de estudio preliminar de los pacientes, con personal que se informe de la historia individual por medios directos e indirectos, con laboratorios biológicos y psicológicos para investigar las alteraciones fisiopatológicas sufridas y para explorar experimentalmente la personalidad mental; la existencia de servicios para tratar a los enfermos que presenten trastornos agudos y complicaciones orgánicas, así como otros destinados a la reconstrucción psíquica, donde se hará el tratamiento verdaderamente psicológico, una vez pasado el episodio agudo; además, el hospital psiquiátrico a la moderna tendrá servicios de ergoterapia, donde se proporcionará trabajo curativo convenientemente adaptado a las necesidades psicológicas de cada enfermo, y, por último, servicios de readaptación social, donde se hará labor de padagogía ampliatoria, que extiende el horizonte intelectual y la cultura del exalienado, poniéndole en condiciones superiores para encarar la realidad cotidiana, a la vez que despierta en su vida nuevos intereses y más amplias tablas de valores morales; labor de preparación concreta para la vida en común, resolviendo los problemas subjetivos y objetivos conexos; labor de orientación durante la readquisición de la independencia y búsqueda de colocación apropiada. Este departamento de readaptación social cuenta, como puede imaginarse, con un personal muy diferenciado que actúa no sólo sobre el exalienado sino sobre su familia y también en diversas instituciones sociales. (1)

(1).—*Vide* Honorio F. Delgado: "La asistencia científica de alienados", *Los Progresos de la Clínica*, Madrid, 1920.

Lo dicho en el parágrafo anterior se refiere únicamente, a un aspecto de la función social de la medicina mental: el aspecto clásico, el curativo. Debemos tratar ahora de los novísimos campos de acción profiláctica y de mejoramiento psicosanitario y psicoético. Con el fin de compendiar, se les puede reducir a cuatro sectores, a saber: educación escolar, educación y condicionamiento familiar, autoeducación o reeducación y condicionamientos de orden más genuinamente social.

Con respecto a la educación escolar, la aplicación del psicoanálisis puede ser considerada, con legítimo derecho, como redentora de la personalidad afectiva del niño, pues gracias al criterio y a la conducta pedagógica engendrados por tal disciplina, se toma en cuenta y se opera sobre la parte fundamental de lo que constituye el destino del individuo, o sea su carácter y su concepción general del mundo y de la vida humana.

En mi comunicación al Congreso del Niño, celebrado el año pasado en Montevideo, intitulada "El psicoanálisis en la escuela" (1), creo haber demostrado la importancia y eficacia progenerativa del psicoanálisis: como tratamiento curativo en los casos de desórdenes mentales ya establecidos o incipientes; como medio profiláctico en los predispuestos; como medio de correcta adaptación a la vida; como medio de aumentar la eficiencia personal; como medio de conferir estilo propio y firme a la personalidad; como medio de educación sexual; como medio de educación moral y de habilitación a un perfeccionado eudemonismo. No repetiré aquí mis argumentos; tocaré solamente de ligero algunos puntos capitales.

Las condiciones en que se desenvuelve al presente la vida humana, que requieren un incesante y polidiferenciado apremio de la actividad aperceptiva y emocional, tienen, entre otras consecuencias, la de poner de manifiesto más fácilmente de lo que sucedía en anteriores épocas de la civilización, la vulnerabilidad del equilibrio mental de ciertas personas predispuestas, y por ende, el acrecentamiento amenazador de las víctimas de neurosis y psicosis, y más aún del malestar íntimo, tan frecuente en las gentes refinadas. Estos estados y condiciones morbosas no tienen su primer origen en la edad adulta, aunque generalmente las apariencias parezcan indicar una motivación más o menos inmediata de la capitulación dispsíquica, sino que tienen

(1).—Publicada en la *Revista de Psiquiatría* (1919) y en *El Siglo Médico,* Madrid (1919).

antecedentes remotos, raíces infantiles, que un pedagogo iniciado convenientemente en la comprensión analítica de la mentalidad infantil, puede reconocer precozmente, en época en que, con poco esfuerzo, el médico escolar entrenado en la práctica psicoanalítica puede destruír con la facilidad y eficacia prospectiva que garantiza el tratamiento de una enfermedad al estado naciente. El análisis mental de los niños algo anormales por razones de orden adaptivo (nó por deficiencia intelectual, en cuyo tratamiento hay que emplear otras disciplinas de la psicología médica aplicada) tiene la ventaja de permitir el conocimiento de los problemas de cada individualidad, que son únicos, y por consiguiente, permite orientar la educación general de cada niño según las líneas de mayor ventaja a su desarrollo psíquico, atemperando todas las tendencias que pueden desviarse patológicamente en el porvenir y estimulando la expansión de todas aquellas que espontáneamente no medrarían, para mal del sujeto.

La imaginación infantil es de una fecundidad prodigiosa: su contenido polimorfo y con caracteres propios, distintos de aquellos de la del adulto: ella desempeña una función de gran valor biológico, que antes no se sospechaba. Cada niño tiene un mundo interior, generalmente asaz incomprendido por las personas mayores, el cual no sólo representa la reacción subjetiva ante las maravillas del universo, que el alma tierna ve con ojos nuevos e interpreta según normas arcaicas, sí que también encarna los primeros intentos de solución de los problemas de la orientación de la propia vida, que no por tener un grueso coeficiente de error son menos decisivos *ad futurum*. La incongruente cosmogonía del niño y su insegura filosofía de la vida, a despecho de toda la cultura que sobrevenga más tarde, son poderosamente válidas para la configuración genuina de la escala de valores y de la actitud pragmática del sujeto cuando llegue a ser adulto. De ahí la conveniencia de no desadvertir sistemáticamente ese mundo interior de cada niño y la necesidad de penetrarlo con un psicoanálisis discreto, para poderle ofrecer materiales apropiados a un conveniente desarrollo, en harmonía con la realidad del mundo y de la vida y con las necesidades de la humanidad. Se entiende que esto no sólo requiere la preparación de los maestros en pedanálisis, sino modificaciones sustanciales en la orientación y el contenido de la instrucción, que al presente descuida mucho las necesidades de cada

momento de la evolución mental del niño y que nutre a éste con materiales de menguada significación humana. (1)

La pedagogía iluminada por el criterio psicoanalítico tiene la incomparable ventaja de adaptar rigurosamente la educación a la singular estructura psicológica de cada educando. Permite hacer de la "instrucción pública", algo muy distinto de una institución que tiende a acuñar ejemplares idénticos; permite el abandono de un sistema puramente genérico, de rebaño, por otro donde den sus frutos las cualidades diferenciales que pueden favorecer el progreso del tipo humano, en lugar de estacionarlo. En este sentido, la nueva psicología encarna una hermosa promesa de salvación del horrendo peligro de la simetría humana, de la uniformidad subapical soñada por las gentes de mentalidad sesquipedal, que tienen la fobia de lo individual, de lo incomparable, de lo original, de lo excelente.

En efecto, la pedagogía inspirada en los principios del psicoanálisis, no ataca ninguno de los elementos fundamentales de la personalidad, sino que opera con ellos, estimulando los convenientes y transformando el contenido de los inferiores, realizando algo así como la transmutación de las pasiones: sin hacerlas perder su fuerza creadora y constructiva, las sublima: es capaz de trocar la agresividad salvaje en espíritu de empresa; la sensualidad puramente instintiva, en espiritualidad galante; la medrosidad, en reverencia por lo digno de respeto; el egoísmo, en afán de perfección personal; etc. Nada puede conferir mayor vigor, integridad, perfección y belleza al ser humana que el máximo desarrollo de sí mismo, con la dinamización de todas sus potencialidades y la superiorización de todos sus instintos.

Con relación a la educación sexual, mucho habría que decir en abono de la conveniencia y aún de la insustituibilidad del criterio psicoanalítico, pues es gracias a él que se conoce cuál es la *vita sexualis* del niño, enteramente distinta de la del adulto, y cuál su tremenda significación prospectiva; pero he de contentarme con hacer notar que por el hecho de dirigirse a cada sujeto en particular y de no poner de manifiesto sino lo existente en el interior mental de él, la educación sexual analítica nunca puede hacer daño y sí siempre resolver las dificultades actuales en el sentido de la mayor ventaja para el edu-

(1).—*Vide* Honorio F. Delgado: "Docencia Magna", *El Mercurio Peruano*, 1919.

cando, el que no podrá identificar la sexualidad con la impureza. Además, como la materia sobre la que opera el psicoanalista no consiste puramente en las ideas, que por sí solas menguada influencia tienen como reguladoras de la conducta, sino en la afectividad, que es el motor de ésta, no hay el peligro de la esterilidad de una *instrucción* sexual, por fuerza intelectualista.

Tal vez sea más ventajoso para los padres que para los maestros el contacto con el médico psicoanalista y hasta algún conocimiento directo de los principios del psicoanálisis (sin que esto quiera decir, ni remotamente, que los padres deberían hacerse psicoanalistas), pues ellos son los que condicionan la experiencia de los años más decisivos para el porvenir de la constitución ideoafectiva del sujeto y porque ellos son los que más directamente operan sobre la imaginación y la curiosidad del niño ya escolar. Ya lo he dicho: en los cuatro primeros años de la vida del hombre se configuran los rasgos fundamentales de su carácter, de su destino: entonces la mentalidad está en gran parte a merced de las condiciones exteriores, y la más mínima circunstancia de éstas repercutirá, en una forma o en otra, sobre la individualidad en formación.

Para la buena harmonía en familia, es condición necesaria cierta dosis de nociones concretas de caracterología y psicognosia, que fácilmente se pueden adquirir con el auxilio del psicoanalista. La grave cuestión del matrimonio y del arte amatorio, cuya comprensión deja tánto que desear en la inmensa mayoría de los humanos modernos, por ignorar los factores subconscientes que concurren, puede ser grandemente aligerada, al menos a las personas de cierta cultura, con el auxilio del psicoanálisis; pues la prolongación de la dicha conyugal depende más del profundo conocimiento de los orígenes interiores del ideal, que de la profusión de buenas intenciones. Cosa semejante se puede decir de la vocación profesional.

En la educación que uno comienza a darse a sí mismo, cuando cesa la tutela familiar, para desarrollar la última aptitud de adaptación a la vida, es cuando se hacen los esfuerzos más conscientes y tenaces por alcanzar el conocimiento de los íntimos fines personales, de las necesidades más recónditas, de las posibilidades más estimables que el propio carácter atesora. En la etapa post-tutelar de la vida es también cuando el hombre comienza a experimentar la influencia de una fatalidad, de un sino propio, que con harta frecuencia se cree exterior, ajeno a la pro-

pia constitución. Entonces también el hombre siente más agudamente las luchas interiores, a las que el religioso da un significado demoníaco; o el inexplicable e incurable malestar interno; la antinomia torturadora del espíritu; la lucha de la carne y el espíritu; las ansias inefables; las concupiscencias; los tedios: todos esos estados semimórbidos que tánto enervan la voluntad y entristecen la existencia de los civilizados, requieren un tratamiento psicológico, demandan la ayuda del médico analista, pues son la manifestación evidente de la lucha entre las normas de la conciencia y las tendencias reprimidas en la subconsciencia. El psicoanálisis, que implica el conocimiento de ese contenido censurado, introduce harmonía en la psiquis, poniendo en perfecta conexión el presente con el pasado y prefijando metas para el porvenir, en consonancia con la realidad subjetiva. Esto, que es la formación de una personalidad inconsútil, implica la máxima liberación, que es la liberación interior, pues lo que verdaderamente coacta la libertad son las trabas íntimas, las adhesiones a experiencias inactuales e inválidas; las cuales, una vez destruídas, pueden convertirse por sus subbáses afectivas, en resortes de progreso para el individuo. Lo fundamental en la mente es el deseo: por consiguiente, para bien vivir lo más necesario es conocer los deseos todos, lo cual permite poder satisfacerlos en la medida y en la forma convenientes: es la única manera de alcanzar el máximum posible de harmonía entre la autodisciplina enaltecedora del yo y la libertad que lo ennoblece y aligera. (1)

Con respecto a los servicios que puede prestar el psicoanalista en la solución de los problemas de higiene mental en su aspecto social, como la vagancia, el pauperismo, la falta de trabajo, el crimen, la prostitución, el alcoholismo, etc., sólo los sugeriré tomando en consideración al último de los citados, pues el espacio disponible veda una presentación completa.

Se piensa con demasiada frecuencia, sobre todo por los políticos, gente que por desgracia no se caracteriza por su preparación científica, que la cuestión práctica del alcoholismo tiene una sola solución práctica, sencilla y acertada, cual es la prohibición sistemática. Tal modo de encarar ese grave asunto social peca de substancial incomprensión, pues desatiende los infinitos factores de orden psicológico que el vicio involucra.

(1).—*Vide* Honorio F. Delgado: "La rehabilitación de los sueños", *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal,* Buenos Aires, 1918.

Aun en su punto de partida hay error, ya que no puede considerarse de manera absoluta el alcoholismo como dañino, ni tampoco que la prohibición sea menos grave que el mal que tan sencillamente se pretende conjurar. La experiencia prueba, en efecto, que muchos sujetos beben para poder adaptarse mejor a las condiciones de su vida social; el alcohol les inhibe una deficiencia de su vida emocional. Con harta freceucia los desórdenes mentales y de otra índole que se atribuyen al abuso del alcohol tienen su origen en motivos de la vida subconsciente o de la organización, los cuales, a su vez, son la causa de la necesidad compulsiva. La experiencia clínica ofrece casos en que es evidente el riesgo de la supresión del tóxico sin previo análisis de la mentalidad del sujeto, pues se ponen en acción tendencias antisociales peligrosas. Se ha comprobado estadísticamente, en una numerosa corporación, que el hecho de suprimir el uso de bebidas espirituosas tuvo por consecuencia inmediata el aumento del número de víctimas de neurosis y psicosis. Por otra parte, la historia nos enseña que el alcoholismo no se halla fatalmente ligado, como antecedente, a la degeneración de las razas, o a la decadencia de los pueblos. Asimismo, es difícil sostener que para ciertos hombres no es el tóxico un estimulante que acrecienta sus poderes superiores y para otros, en vía de decadencia, un factor de selección. Esto no quiere decir en modo alguno que yo crea que no se debe luchar contra el alcoholismo, pues tiene malas consecuencias innegables, sino que tal lucha debe hacerse científicamente, atacando nó el síntoma sino su causa real, que no es unívoca, sino múltiple, pero de orden psicológico. Hay ya fundamento suficiente para postular que tanto el problema individual como el social del alcoholismo tiene como único tratamiento—cuando el tratamiento es posible—el psicoanalítico, aunque no es, como todos los tratamientos, para todos los males, de una eficacia plena e infalible.

En resumen, el psicoanálisis, cuya práctica tiene dificultades, es un método de la más amplia aplicación social, tanto como curativo y profiláctico, cuanto como instrumento de mejoramiento y perfección del hombre. De todos modos, el único dotado de eficacia constructiva en muchos de los sectores de la vida de las sociedades modernas. Es menester que las gentes cultas de influencia luchen por que se aproveche de tan preciosa técnica.

HONORIO F. DELGADO.

La lámpara de Aladino

Entre las muchas y muy sabias enseñanzas que el más generoso y áspero de nuestros amigos, el dolor, suele soplarnos al oído en horas de amargo desconsuelo, quizá la más bella, o mejor dicho, la más piadosa es ésta: engáñate a tí mismo. Viejos sabios, apóstoles bondadosos y sanos han querido que la síntesis de la suprema sabiduría sea el propio conocimiento. Por él es verdad que llegamos a ser benévolos e indulgentes para con nosotros mismos. Comprendernos es perdonarnos. Eso reza un proverbio francés. Pero perdonar no es amar. Eso no lo reza el proverbio. El amor presume el bien y su enaltecimiento; el perdón, el mal y su disimulo. Sócrates, que se conocía a sí mismo, pudo talvez perdonarse, pero no se amó nunca. Por eso cuando agonizaba, ordenó a sus amigos que sacrificaran un gallo a Esculapio: era su acción de gracias por la suprema curación: la de la vida. Sé de muchos que, de poderlo, mandarían hoy a cantar un *tedeum*.

Amate a tí mismo es el primer mandamiento de la Vida. No quiero con esto hacer del egoísmo la primera de las virtudes, ni siquiera una virtud. Lo que quiero decir es que debemos amar las cosas de la tierra o la mayor parte de las cosas posible, pues así, por feo y mal encarado que sea el mundo, no nos lo parecerá, y eso es lo que nos importa. Todo depende de nuestras opiniones; todo es asunto de gusto personal. Por eso decía Wilde que las verdaderas tragedias son las que pasan en el espíritu. Las otras como no nos interesan, no nos emocionan.

Y, ¿cómo harás tú, pesimista, tú, mal hijo de la madre común, para amar las cosas de la tierra, si empiezas por aborrecerte o por serte indiferente a tí mismo? ¿Cómo podrás solazarte en la clara serenidad de un paisaje, si con tu negro humor has empañado el lente por donde miras el universo? ¿Sí has manchado con el humo de tus malos pensamientos la blancura de tu alma

en donde deben vivir, como en la divina armonía del edén perdido, todos los seres y las cosas que pueblan la tierra? ¡Ah! Si te quitaras esos lentes oscuros verías cómo, bajo el sol pálido y delicado de la ilusión, la senda terrosa e hiriente se mulle de plumas, y el duro lecho se ablanda y se ahueca para que adaptes a él tus miembros cansados, y las flores perfuman más para tí, y las mujeres son para tí sólo hermosas, y el viento, susurrante, y el agua, fresca para tu sed, y el mundo, ancho para tus aspiraciones.

Si no encuentras lo que buscas, invéntalo. Para eso tienes la divina facultad de soñar. ¿Qué otra cosa han hecho, no diré los que han sido felices, pero siquiera lo que casi han llegado a serlo?

¿Ves esa niña que juega a las muñecas? Dialoga por cada una, reparte galanterías, las agradece, pregunta y responde por esas insignificantes nimiedades que tienen la deliciosa vulgaridad de los cielos azules. Dice "es usted muy amable" a cualquier frase galante que por demasiado tonta, o por demasiado fina no tiene respuesta posible. Y así ha pasado dos horas, hasta tres horas. Cuando concluye se restriega los ojos como quien sale de un sueño muy largo. Pero allí no acaba todo, porque al despedirse invitó a sus amiguitas de ojos azules de cristal a un té para el día siguiente. El té será talvez por la mañana, eso no importa. Se hace de cuenta que son las cinco, *les petites cinq heures* como sabe ya decir la pequeñuela. Pues bien, ese procedimiento es viejo como el mundo y como el amor. No le cambiamos ni queremos cambiarle porque ninguno nos ha dado hasta ahora mejores resultados. Ya en los tiempos de Cide Hamete Benengeli, don Quijote, que lo entendía en achaques de ilusión, pudo comer excelentes truchas en aquella histórica venta donde no había sino mal remojado y peor cocido bacalao.

Como juega la pequeñuela a ser señora del gran mundo, que es por ahora lo que aspira a ser, juega tú, malhumorado, a ser feliz. Sonríe (la sonrisa es el único de nuestros movimientos musculares que nos diferencia de los animales), haz el gesto de la felicidad, y verás cómo ella, si pasa, que algún día ha de pasar, de verte así te mirará con simpatía, reconocerá en tí uno de los suyos, uno de sus buenos amigos, y no sólo te dará la mano sino que inclinará la frente con esa tímida coquetería que acostumbra, para que en ella deposites el beso santo de los desposados.

¿Qué no puedes sonreír? ¡Bah! Esa es la gran mentira de tu voluntad enferma. Ensaya. La primera te supo un poco

amarga: todavía estaba mojada por las lágrimas. Pero ya verás cómo, a corto andar, florecerán en tus labios espontáneas, delicadas, fragantes. Todo no es obra del momento. Eso nó. Está tu alma tan trabajada por el sufrimiento, ha abierto el dolor tan hondos surcos en ella, que ya parece una ruina. Pero arroja al acaso la simiente de algunas sonrisas y las verás reproducirse más abundantes, más jugosas cuanto más hondo cavó en ella el arado. De eso te darán fe los viejos campos de labor.

Tiene uno (¿cómo evitarlo?) momentos de tan amarga soledad, en que todo cuanto vemos en rededor nos mira con ojos extraños como a gentes de otro planeta, en que nadie parece entender nuestro idioma, en que nos imaginamos estar separados del mundo por treinta mil leguas de silencio. En esas horas puedes, para librarte de la mala compañía de tu soledad, buscar cualquier procedimiento, el de Hamlet, por ejemplo; hacerte acompañar de los duendes. O, si no lo tienes a mal, hacer volantines sobre el pie izquierdo o el derecho. Es procedimiento de Hamlet también. No te aconsejo el otro que solía emplear el príncipe enlutado por ser muy peligroso: el de matar ratones. De los tres, el que más me gusta es el de los duendes. No hagas ese gesto de desdén o de temor. Déja esos temores para los niños o las mujeres. Tú que has visto tántos dragones, tántos lobos famélicos, ¿por qué habrías de temerle a los duendecillos inocentes? Más bien, témele a los que le temen a los duendes: a las mujeres, por ejemplo.

O si no eres suficientemente hamlético, házte armar caballero como don Quijote, y véte en busca de la Insula maravillosa. Buscar es casi haber encontrado, así como desear es comenzar a poseer. En todo caso, házte lo que quieras ser, es decir, invéntalo. Ser es exactamente igual a creer que es. Todo es cuestión de puntos de vista.

M. A. CARVAJAL.

Leyendas Guaraníes

MBAEVERA-GUAZU. (1)

Para el doctor Moisés S. Bertoni, sabio americanista de Asunción del Paraguay).

Escondida en remotas e impenetrables selvas, hay en América una ciudad misteriosa, donde nadie que no sea de raza guaraní, ha podido penetrar jamás. Tampoco se puede precisar el lugar de su ubicación, creyendo unos, que se halla en los lujuriosos e inexplorados bosques amazónicos, y, otros, que está en sitio menos distante, pero tan inaccesible para el que la

I

Voy a reconstruír una tradición que me hizo conocer un viejo indio "coroado", en el sur del Brasil.

Después que "Tupá" (2) hubo formado la tierra y los ríos y los mares y creado todos los animales que existen, hizo al primer hombre y a la primera mujer con barro que tomó del húmedo suelo de una floresta donde no habían penetrado todavía rayos del sol.

(1).—Tradición muy conocida por los exploradores de las selvas paraguayas y brasileñas, citada por el doctor Bertoni en su obra "Resumen de prehistoria y protohistoria de los países guaraníes".

(2).—"Tupá". Guaraní: Dios.

busca, cual si estuviera en aquéllos. Es la ciudad sagrada, y se la conoce con el nombre de Mbaéverá-Guazú entre los indígenas que habitan las vastas soledades aún vírgenes del Brasil la confederación de pueblos nómades y Paraguay. Es, también, la capital de la confederación de pueblos nómados de raza guaraní en aquellos refugiados.

Todos los años, en determinada fecha, parten de las florestas paraguaya y de las del sur y centro del Brasil, agentes de las diversas tribus llevando mensajes verbales o en "quipus" para la autoridad suprema de la errante nación.

Tan profundamente se guarda el secreto del lugar en que está situada la capital guaraní, que éste es solo conocido por los ancianos, caciques y "abarés" y los hombres de confianza portadores de comunicaciones. Los exploradores más hábiles y audaces, han fracasado siempre en sus tentativas para llegar al último baluarte de la noble y esforzada nación que sojuzgaron los conquistadores españoles.

Con ese barro dió a los nuevos seres una forma perfecta, especialmente a la mujer; y, luego, con su aliento poderoso, les trasmitió vida e inteligencia.

Arrastrándose como gusanos de la tierra y alimentándose con los jugos de las más tiernas hierbas, las nuevas criaturas fueron, poco a poco, creciendo, hasta llegar a la edad de poder hacer uso de sus miembros y trasladarse fuera de la inmensa y enmarañada selva donde habían nacido.

Al trasponer los confines de ésta, quedaron absortos ante el soberbio panorama que sus ojos, deslumbrados, contemplaban. La luz poderosa del sol, los matices de las flores, las verdes praderas, los altos montes, los rumores de las cascadas, el canto de las aves, en fin, todo lo que hería por primera vez sus senti-

dos, les causaba profunda admiración y contento. El cielo tachonado de estrellas y la mejestad de los penilunios les sumía en singular arrobamiento.

Y fueron creciendo solos, en medio de aquella naturaleza exuberante, plena de dulzura y de encantos. Y eran inmensamente dichosos porque de nada carecían para la satisfacción de sus limitadas necesidades. Dormían en el duro suelo de las cavernas y se alimentaban con frutas y de miel. Y esto les bastaba, y no apetecían cosas mejores para vivir satisfechos.

II

Un día presenciaron la construcción de un nido de "horneros". La pareja de alados arquitectos trabajó, en su casa de adobe, hasta la caída de la tarde. Luego, macho y hembra, contentos de la labor de la jornada, retozaron largo rato acariciándose tiernamente con el pico.

El primer hombre dijo entonces a la primera mujer:
—¡Haremos como ellos!—y se dieron el primer beso.

A la mañana siguiente, marido y mujer, comenzaron la fábrica de la primera habitación que tuvo el hombre. En muy poco tiempo quedó la obra terminada. Era de barro como la del "hornero", y como ésta de una sóla abertura; pero tuvieron desde entonces donde guarecerse de los rigores del invierno.

Y cuando en el nido de horneros piaban alegremente las crías, la pareja humana presenciaba, a su vez, con alborozo, el nacimiento del primogénito de la familia.

III

Y nacieron más tarde otros hijos, y éstos se multiplicaron y hubo de formarse un pueblo y los edificios de adobe se sucedieron y perfeccionaron. Después, al caserío de adobe se agregaron casas de fuertes muros de piedra. El hombre fabricó armas y se dedicó a a caza; creó industrias y fabricó tejidos y cerámica; cultivó la tierra y cosechó algodón y granos para alimentarse.

Y así, poco a poco, el pueblo embrionario se convirtió en una ciudad grande y floreciente, de hombres libres y laboriosos, que nunca disputaron entre sí y que todo lo dividieron en común. No había más autoridad que la que emanaba del consejo benévolo del anciano, que era acatado con profundo respeto por todos.

Pero aquella existencia patriarcal tuvo su término, como todas las cosas de este mundo. Cuando fué pequeña la zona donde se hallaba edificada la ciudad, para contener cómodamente a sus habitantes y haciendas, sobrevino el éxodo de familias y éstas se desparramaron por lejanas tierras.

Mas antes de salir el primer emigrante, hubo de jurar ante el Consejo de Ancianos (y lo mismo hicieron los emigrantes sucesivos), que jamás revelaría el sitio dónde se hallaba situada Mbaéverá-Guazú, nombre que se dió desde entonces a la ciudad. Al mismo tiempo—y en vista de haber nacido en ella los primeros hombres—el citado Consejo de Ancianos, después de oír la opinión autorizada del "abaré" (1) proclamó a Mbaéverá-Guazú ciudad sagrada de los pueblos guaranís.

IV

Y la tierra se llenó de habitantes, y surgieron nuevas naciones; pero la discordia estalló entre los diversos pueblos y con ella, el azote de la guerra. Los hombres cesaron de ser buenos y justos y hubo odios y venganzas y corrieron ríos de sangre por doquier.

Extranjeros de tez blanca, jamás soñados por nadie, fueron enviados por el Gran Espíritu en castigo de las perversidades humanas. Manejaban el trueno y el rayo y dónde ellos aparecían sembraban la desolación y la muerte, diezmando o esclavizando a los débiles.

La suerte cambió desde entonces para los hijos de los emigrados de Mbaéverá-Guazú; y la raza perseguida hubo de llevar una vida errante de aduar, dividiéndose en tribus que se diseminaron por todas partes y tomaron a la larga nombres distintos.

(1) "Abaré".—Guaraní: hechicero; sacerdote.

Pero, la tradición no ha muerto. Ella se conserva inalterable al través de las mil vicisitudes del pueblo mártir y esforzado, como se conserva, escondida en quién sabe qué ignota región del continente, la ciudad sagrada donde "Tupá" formó con barro de la húmeda selva a los primeros hombres que vinieron al mundo.

El arcano guárdanlo los caciques y *abarés*. Y él bajará a la tumba con el último guaraní.

EL CEIBO.

I

En la sierra abrupta y difícil, que la planta del hombre no había hollado jamás, surge, de pronto, una humana silueta, que se arrastra como ofidio entre los raquíticos arbustos que crecen en las grietas y ranuras de las rocas.

Cae la tarde, una tarde estival y bochornosa, precursora de próxima tempestad.

La silueta avanza, lentamente, hasta llegar a una pequeña meseta oculta por un bosquecillo de ceibos en brote.

Es un indio jóven, en cuyo rostro, de rasgos enérgicos, se notan señales de hondo sufrimiento. Está herido. Una flecha ha clavado su punto de pedernal en las carnes recias; y sangra la herida, y el dolor, la impotencia y la cólera, arrancan del pecho del gentil alaridos que el eco repite en la soledad cual bramidos de *pumas* (1) rabiosos.

Revolcándose sobre las rocas, enajenado por la ira y el dolor y haciendo un esfuerzo sobrehumano, arranca el guaraní el dardo que le tortura, y queda exámine, agotado por la fatiga y la sangre que ha perdido... .. ..
. . . .

(1) *Puma:* león americano.

II

La atmósfera se puebla de densas nubes grises y sopla y silba con ímpetu el huracán, acompañado de granizo y lluvia. Ruedan al abismo desde lo alto de las montañas troncos secos y pedruscos, que la lluvia y el viento arrastran a su paso en verdadero aluvión, haciendo retemblar el trueno la granítica sierra salvaje. Zigzaguean los rayos en el ennegrecido cielo y el claror de los relámpagos deslumbra.

El cuadro que se desarrolla es bello y pavoroso a la vez. Regocija a las *payés (1)* y aterroriza al indio y a la fiera.

III

Sobre un charco de sangre yace el guaraní, sin sentido y a merced de la furia de la tormenta. . . . . .
. . . . . .

El alma de los ceibos, apiadada, hace inclinar entonces con amor las tiernas ramas en brote, protegiendo el cuerpo del mancebo.

El herido abre un instante los ojos y lanza un suspiro leve. Se estremece, y la sangre que le baña salpica los retoños de los ceibos que le amparan.

IV

Pasa la borrasca y viene tras ella una noche apacible y dulce. Los árboles bienhechores siguen cubriendo con el dosel de su ramaje al gentil aletargado.

---

(1) "Paisajes".—Guaraní: brujas.

V

El guaraní, tras prolongado desmayo, vuelve a la vida con la luz del nuevo día. Los tibios rayos del sol brillando en un cielo azul y límpido, le reaniman: y dando gracias a Tupá (1) y recobrando las perdidas energías, se incorpora en un esfuerzo varonil.

Los ceibos, al mismo tiempo, levantan, lentamente, su ramaje, mostrando a los ojos maravillados del indios, una roja y nutrida florescencia.

La sangre que empapaba el suelo, se había desvanecido...

. . . . . .

A la mirada de asombro del salvaje, ante el singular portento, respondió la voz de un *ayurú* (1) escondido en la entraña del barranco; "y el ave que habla como el hombre," dijo así:

"—Tu sangre vigorosa ha dado a esos árboles un singular encanto, en gracia del bien que te hicieron. Desde ahora no será ya más el ceibo desdeñado, pues sus delicadas flores purpurinas van a convertirlo en rey de nuestras selvas.

"Vuelve a tu cabaña, lleva a tu amada un ramillete y ciñe con él su casta frente. Tu rival y heridor ha sucumbido y nada se opone a vuestra dicha en adelante. Vuelve, que ella te espera anhelosa, para ofrendarte, a su vez, la flor de ceibo de sus labios en un ósculo purísimo de amor."

VI

Y volvió el mancebo a la choza de dorado junco, donde Pindó, (2) la dulce amada, le tendió sus brazos jubilosa. . . .

. . . . . .

En los bosques cercanos las avecillas entonaron alegres himnos saludando a la nueva flor; y la gentil pareja celebró su connubio escuchando deleitada las supremas armonías de la agreste soledad.

---

(1).—"Ayurú". Guaraní: papagayo. Esta ave desempeña un papel en las leyendas guaranís.

(2).—"Pindó". Guaraní: palmera.

VII

Desde aquel día es la flor de ceibo, en nuestros campos, el más preciado ornato de las bellas, pues éstas saben que es símbolo de constancia y firmeza en amor, porque su savia es sangre de varón derramada por la mujer querida.

YBIRA PUCU YAHEOSCE

(LOS SAUCES LLORONES.)

Leyenda charrúa.

I

En la piragua leve y veloz cruza *Guiratí* (1) el anchuroso río, remando con su fuerte pala de *tayú* (2).

Los saucedales de la ribera la saludan a su paso con susurros cariciosos, y cantan los zorzales, y hasta las polícromas mariposas abandonan las corolas perfumadas para acariciar con sus alas la negra cabellera de la virgen.

Guiratí es la reina de la selva. Su presencia subyuga dulcemente. Hechiza su mirar profundo y encantan las gracias de su cuerpo.

Su grácil figura se destaca con brillo singular; y las plumas de su diadema, las ajorcas de sus brazos y tobillos y el faldellín de fina piel de nutria, no tienen iguales en su tribu.

Guiratí es la reina de la selva. Allí donde ella aparece, se rinden los hombres y las fieras.

Guiratí *tiene un amor*....

II

Anhelante y ruborosa, llega, tarde a tarde, a una cabaña escondida entre el ramaje, junto a una laguna donde las garzas

---

(1) "Guiratí".—Guaraní: garza.

(2) "Tayú).—Guaraní: árbol de la cuenca del Plata de madera sumamente dura e impermeable.

bañan sus plumas albas. Allí la espera un gallardo mancebo, y a su lado transcurren dulcemente las horas en tiernos coloquios.

Guiratí ama, como se ama en la selva, con amor violento y hondo; y, cuando cae la tarde y vuelven las aves a sus nidos, torna recién la doncella a la ribera de los saucedales para cruzar de nuevo el anchuroso río.

El mancebo marcha también, por senderos sólo por él conocidos, muy lejos de allí, donde mora un pueblo que no ama al charrúa.

Ni el venado es más veloz que el mancebo para trasponer florestas y collados y correr por la pampa desierta.

Guiratí ama sin saberlo al enemigo de su nación.

III

El cacique está huraño. Nadie consigue llegar a su lado Está huraño y airado. Rastreó una tarde a su hija y descubrió su idilio del lago escondido de las garzas.

Guiratí se le acerca, afectuosa y humilde, para inquirir la causa de su enojo, y el cacique le increpa la lijereza de su conducta.

—....Elije entre el sujeto desconocido que viene de lejos y quien sabe de dónde, atraído por el doble encanto de tu hermosura y pureza, y este padre amante que vive sólo para tí y que desea verte unida a un hombre de estirpe igual a la tuya.

—¡Muy alta es también la de él....!,—prorrumpe entre sollozos la doncella.

—¿Cómo lo sabes?...¿Quién lo atestigua?...

—¡Hijo es del cacique *Tambaré!*

—¡Mejor hubieras hecho en callarlo, infortunada!....

¿Sabes quién es ese hombre que acabas de nombrar... Es el más implacable enemigo del *charrúa,* el que pugna desde ha mucho tiempo por arrojarlo de estas tierras que baña el Uruguay; el cacique que ultimó al padre de tu padre y paseo triunfante la ensangrentada cabeza en la punta de su lanza.

Guiratí al escuchar esa terrible revelación, lanza un grito desgarrador y queda desvanecida en los brazos del cacique.

IV

En la noche lóbrega un hombre se arrastra con precaución cerca de la cabaña donde mora *Guiratí* con su padre. La doncella duerme en su hamaca sin temores ni cuidados.

No hay lumbre ya en el fogón, y el hombre penetra sin ser notado, en la cabaña, y se acerca poco a poco a la hamaca en que la joven reposa.

Las alas del mbopí (1), que apenas mueven el aire donde se agitan, causan más rumor que el que hace el indio audaz dentro de la tranquila vivienda.

La suave respiración de *Guiratí* le orienta. Llega junto a ésta, y, con asombrosa rapidez, envuelve con una manta su cabeza y arranca a la dormida doncella del lecho, huyendo sin pérdida de tiempo con la preciosa carga.

En pocos segundos ha consumado la inicua y osada acción, y pronto se halla lejos del poblado de los charrúas; pero, al llegar a la orilla del río para tomar su piragua, el canto de los vigilantes teruteros da la voz de alarma a la indiada, siempre temerosa de sorpresas enemigas.

No tarda el cacique en darse cuenta de la desaparición de su hija, y bramando de ira y de rencor, trasmite a su gente lo acaecido, jurando vengarse terriblemente del que supone con fundamento autor de la afrenta que tortura y acibará su corazón.

Y los charrúas se ponen en movimiento, recorriendo con teas encendidas los alrededores de la toldería y la margen del cercano río. El cacique va adelante, deseando ser el primero en hallar al osado y aborrecido raptor.

Más todo en vano. Amanece sin que los indios hayan dado con la pista del aleve, el cual ha aprovechado la oscuridad de la noche para guarecerse en sitio distante y seguro.

V

Y transcurren muchas lunas desde la noche aciaga, sin que en el poblado *charrúa* se tengan indicios acerca del paradero de las personas buscadas.

---

(1).—"Mbopí". Guaraní: murciélago.

Todo está triste allí. Han cesado las danzas y los cantares al son del dulce *ñantesisec* (1), y la pena se retrata en los rudos rostros de los gentiles, cual si la muerte acabara de cerner sus fatídicas alas sobre la aldea.

En los saucedales de la ribera no hay susurros cariciosos, ni cantan los zorzales, ni juguetean las pintadas mariposas.

Guiratí. la reina y encanto de la selva, no ha vuelto.. . . .

VI

Es la hora en que canta la cigarra enardecida por el sol y en que el *yacaré* voraz, acecha tendido en la ribera, a la incauta e inofensiva presa.

Es la hora meridiana en pleno estío y en medio de la paz augusta del desierto.

El risueño río bordeado de saucedales, parece sentir la pereza enervante del mediodía, pues sus aguas en completa quietud, semejan una sierpe de cristal reverberante dormitando bajo el verde dosel del boscaje.

El sosiego de la hora es de pronto interrumpido por el ruido acompañado que produce en las aguas la *pala* de remar, y en un recodo del río aparece una piragua que lleva a su bordo un hombre y una mujer.

La presencia de la leve embarcación cambia de improviso la escena. Sin saberse de dónde han podido surgir, cortan al mismo tiempo el río varias canoas que fácilmente consiguen cerca a la piragua. Las tripulan indios *charrúas* y en la actitud de todos ellos se advierte un pronunciado rencor.

—¡¡Guiratí!!..,—exclaman alborozados los gentiles, al ver a la hija de su cacique.

—Sí, yo soy,—dice ella conmovida.—Yo, que vengo a implorar el perdón para el hijo de *Tambaré*, arrepentido. . . .

—¡¡Jamás!!,—prorrumpe una voz de acento airado, voz que más que humana parece de una fiera enfurecida.—¡Jamás, al enemigo cruel del charrúa y al ladrón de la honra de mi casta! Y una saeta partió del arco que armado tenía al hablar el

(1).—ñantesisec". Guaraní: disco de palo santo cuyos sonidos son semejantes a los de la flauta.

cacique, y la saeta fué recta al corazón del amante de su hija que cayó sin vida al río y sin que sus labios pudieran pronunciar una palabra siquiera.

Un grito estridente, que repercutió en la selva dormida, grito de angustia y de dolor infinitos, partió entonces de la piragua trágica; y *Guiratí,* la reina de la floresta, puesta de pie en la pequeña embarcación, con ojos de mirar extraviado y expresando su semblante una desesperación suprema, exclamó mirando alternativamente al cadáver flotante de su amado y al padre anonadado por la emoción:

—¡Le había asegurado tu perdón, padre, porque le amaba; y en vez de perdón ha encontrado la muerte!....¡Le he entregado yo misma a tu mano implacable para que le arrebataras la existencia!...¡Soy, pues, indigna de sobrevivirle!.... ¡Adiós, padre mío! ¡Adiós, fieles amigos!, ¡Adiós bosques embalsamados, aves y mariposas, entre las cuales se ha deslizado plácidamente mi vida!....

Dijo la cuitada *charrúa,* y clavando en su seno virginal una flecha envenenada, cayó a su vez al río, cuyas aguas, formando remolino le abrieron paso junto con el cuerpo de su amador, sepultando a ambos en su profundo y misterioso fondo.

VII

Los sauces de la orilla inclinaron entónces sus ramas hasta besar la superficie de las aguas, llorando lágrimas de savia sobre la tumba de la india. Y siguen siempre llorosos, retratando su doliente follaje en las cristalinas linfas de los ríos uruguayos.

ORIOL SOLE RODRIGUEZ.

Mieses de Francia

De Alfonso de Lamartine

EL LAGO

Así, siempre lanzados hacia nuevas orillas,
llevados en la eterna noche sin regresar,
¿jamás podremos sobre el mar de las edades
un solo día anclar?

¡Oh lago! Un año apenas su carrera termina
y cerca de tus olas donde volver debió,
¡mira! yo vengo solo a sentarme en la piedra
donde ella se sentó.

Tú así mugías bajo ésas rocas profundas,
así te desgarrabas sus flancos al morder,
así el viento arrojaba la espuma de tus ondas
a sus amados piès.

Una tarde, ¿recuerdas? bogamos en silencio,
que nada entre las ondas y el cielo perturbó,
sino el ruido del remo que golpeando en cadencia
con la onda harmonizó.

Súbitamente, acentos no oídos en la tierra
sentimos de la orilla los ecos repetir;
las ondas escucharon, y aquella voz querida
así se dejó oír:

"Pára ¡oh tiempo tu curso! Caras horas propicias
el vuelo detened,
y del más bello día las rápidas delicias
permitidnos beber.

Bastantes infelices aquí abajo os imploran,
para éllos pasad,
tomadles con sus días penas que los devoran;
y al feliz olvidad.

Mas cuán vano el intento de eternizar la hora
que tan breve pasó;
yo le dije a esa noche "sé más lenta", y la aurora
la noche disipó.

¡Amemos, pues, amemos! De la hora fugitiva
gocemos con afán;
para el hombre no hay puerto, ni para el tiempo orilla,
y sin volver se van.

¿Cómo es posible, ¡oh tiempo!, que las horas felices
donde el amor nos vierte largamente el placer,
se alejen de nosotros como las infelices,
con igual rapidez?

¡Ah! ¿No podremos de ellas fijar un solo rasgo?
¿Se perderán del todo para siempre jamás?
¿El tiempo que las brinda, el tiempo que las borra
no las volverá más?

Pasado, Eternidad, Nada, abismos sombríos,
¿qué hacéis de nuestros días que raudos devoráis?
¿No volverán, decidme, los éxtasis sublimes
que nos arrebatáis?

¡Oh lago! ¡Mudas rocas! ¡Grutas! ¡Floresta oscura,
que el tiempo hasta perdona o puede remozar,
dulce naturaleza, quered de aquesta noche
un recuerdo guardar!

Que viva en tu reposo, que viva en tus tormentas,
en tus verdes ribazos de aspecto reidor,
en tus abetos negros y en tus salvajes rocas,
de tus aguas a flor.

Que viva en esos céfiros que gimen y que pasan,
y en los ruidos que agitan tus bordes sin cesar,
y en el astro de plata que tu extensión blanquea
con suave claridad.

Que el viento que solloza, la caña que suspira,
el perfume ligero que tu aire embalsamó,
todo lo que se escucha, se ve o se respira
¡todo hable de su amor!

JOSE LEONIDAS MADUEÑO.

El carácter pacifista de la Diplomacia Peruana

LA MISION LAVALLE

IX

Como resultaran infructuosos, desgraciadamente, los esfuerzos de nuestras Legaciones en La Paz y en Santiago, para evitar el agravamiento del conflicto chileno-boliviano, en razón de que Chile se negó, con fecha 20 de enero y 8 de febrero de 1879, en oficios suscritos por el Encargado de Negocios, don Pedro de Videla, a someter a arbitraje su diferencia con Bolivia, si antes no se satisfacían ciertas condiciones vejatorias que esa república no podía aceptar; y a causa de la resolución inquebrantable de la cancillería de aquel mismo país de ocupar, como lo hizo, militarmente, el litoral de Bolivia, rehusando la interposición de los buenos oficios ofrecidos por el diplomático peruano señor don Pedro Paz Soldán y Unánue, el gobierno del Perú acreditó una misión especial ante la Moneda, nombrando, el 20 de febrero de 1879, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario al señor don José Antonio de Lavalle, con el objeto de que, revestido de singular autoridad, reanudara nuestras instancias para que se consintiera en entregar la dilucidación de la controversia que mantenía la Compañía de Salitres con el gobierno boliviano al criterio tranquilo e imparcial de un árbitro, que pudiera darle una solución justa y equitativa.

Las instrucciones que se le dieron al señor Lavalle constan en la nota que al pie reproducimos, en la que se le indicaba como fórmula conciliadora que debería sugerir, para poner tér-

mino a la disputa, el retrotraimiento de las cosas al estado en que se hallaban antes de la dación de la ley y del decreto bolivianos, que habían servido de pretexto a la invasión chilena, y al consiguiente sometimiento al arbitraje del entredicho que había surgido; pues, naturalmente, se pensaba que derogándose aquellas medidas y rectificando así su política el gobierno boliviano, en aras de la conservación de la paz, se extirparían los motivos de queja de Chile y habría de suspenderse, consecuentemente, la posesión que había tomado de las poblaciones costaneras de Bolivia. El raciocinio no podía ser más lógico, ni más ineludibles las consecuencias que de él se sacaban. Y así lo consideró todo el país.

El señor Lavalle escribía desde abordo, al señor Yrigoyen, sus esperanzas de lograr, mediante aquella propuesta, un éxito halagüeño para su cometido; pues no podía suponer, según decía, que hubiese algo que pudiera oponerse "al retrotraimiento de la cuestión al punto en que se hallaba cuando el gobierno boliviano hizo ejecutar la ley del impuesto, y a su sometimiento a un arbitraje."

La prensa diaria expresaba análogas esperanzas:

"El Nacional", que era uno de los órganos que se mostraba más pesimista respecto al arreglo pacífico de la cuestión, decía, el 27 de febrero:

"El único caso en que habría, nó probabilidad, porque hoy estamos muy lejos del terreno de las probabilidades, en orden a la paz, pero sí posibilidad o esperanza remota de que nuestra mediación surtiera buenos efectos; el único caso, decimos, es aquel en que Bolivia consintiera en suspender, como medida previa, su decreto referente a la reivindicación de las salitreras de Antofagasta".

"El Comercio", haciendo reflexiones en la misma fecha, sobre la gravedad del momento, se abría una interrogación al calcular el éxito de la misión Lavalle: "si (el gobierno boliviano), decía, revoca el decreto del 1.º de febrero y somete a arbitraje la cuestión, ¿pretendería Chile conservar la posesión del litoral?".

"El Peruano", a su vez, el 3 de marzo, expresaba: "¿Es imposible la solución pacífica? Absolutamente nó. Tampoco son obstáculos insuperables, en favor del arreglo, los actos del 14 de febrero en Antofagasta. Se pueden conciliar el decoro y los intereses de Bolivia y de Chile: el arbitraje internacional, que casi tiene tantos partidarios como ciudadanos en la América;

que consulta todas las dificultades y que se halla establecido precisamente en el tratado de 1874, entre aquellas repúblicas, permite terminar una cuestión que no exige la guerra encarnizada y sangrienta como condición indispensable de justicia."

El pliego en que fueron las instrucciones del señor Lavalle, decía así:

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

Lima, febrero 22 de 1879.

"Señor D. José de Lavalle E. E. y Ministro Plenipotenciario en misión especial del Perú en Chile.

"Nombrado US. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial del Perú en Chile, conforme me fué grato comunicárselo en oficio de ayer, paso ahora a darle las instrucciones necesarias para el desempeño del delicado encargo que le ha confiado el Gobierno.

US. conoce ya el gravísimo hecho de la ocupación por fuerzas chilenas de Antofagasta, Mejillones y Caracoles; así como también el origen, ostensible a lo menos, que ha dado lugar a tan graves acontecimientos. Está impuesto igualmente US. que el gobierno, por conducto de las Legaciones de la República en Santiago y La Paz, ofreció sus buenos oficios desde antes que tuvieran lugar los deplorables acontecimientos a que he hecho referencia, y de que el Gabinete de Chile no ha tenido a bien aceptarlos, a juzgar por el telegrama que, con fecha 12 del corriente, dirigió a a S.E. el Presidente nuestro Encargado de Negocios, señor Paz Soldán y Unánue, y no obstante la conversación satisfactoria que al respecto tuvo en Valparaíso el expresado funcionario con el Excmo. señor Pinto, Presidente de aquella República. (Ambos hechos constan en los documentos anexos.)

"Respecto de Bolivia, aun no se conoce en este Despacho el resultado de las gestiones que debe haber iniciado nuestro representante; pero a juzgar por la conversación oficial que en presencia de US. tuve ayer con el Plenipotenciario especial de aquella República señor Reyes Ortiz, es de esperarse que ellos serán aceptados.

"Posteriormente a estos sucesos, y con fecha 15 del corriente, autoricé de nuevo a nuestro Encargado de Negocios en Chile, según verá US. en una de las copias adjuntas, para que si a su juicio y con el conocimiento que tenía de lo ocurrido, no se comprometiera el decoro de la República y del Gobierno, hiciera un esfuerzo para que fuera aceptada por Chile nuestra amistosa mediación; no habiendo aún trascurrido el tiempo necesario para que dicha comunicación haya llegado a su destino.

"Aunque habría sido quizá conveniente esperar el resultado de este nuevo y patriótico esfuerzo, en favor de la paz de dos Repúblicas hermanas y de los muy altos intereses de esta parte de América y en especial de los del Perú, que están al mismo tiempo comprometidos; *deseando el Gobierno agotar cuantos medios dignos y honrosos están a su alcance para evitar el escándalo* y las funestas consecuencias tan innecesarias, ha resuelto enviar la misión extraordinaria y especial, de que ha sido US. encargado, *con la esperanza de que renovándose por el órgano de un representante de tan alta gerarquía los buenos oficios y la mediación del Perú, sean éstos al fin aceptados.* Tal es, pues, el objeto de la importante misión que el Gobierno confía a la ilustración y patriotismo de US.

"Apareciendo la ocupación del litoral boliviano por fuerzas chilenas, como una consecuencia del decreto expedido por el Gobierno de La Paz, rescindiendo el contrato de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, y no siendo decoroso para Chile ni para Bolivia, ni posible por consiguiente entrar en ningún arreglo pacífico, sin que queden antes removidos tan graves inconvenientes por una y otra parte; *propondrá US. a ese Gobierno, en caso que esta mediación fuese aceptada, el restablecimiento de los hechos al estado en que se encontraban antes de los últimos acontecimientos, esto es, la desocupación del territorio de Bolivia, siempre que esta República esté dispuesta, por su parte, a suspender el mencionado decreto de rescisión y la ley por la que se gravó con diez centavos la exportación de todo quintal de salitre que haga la Compañía de Antofagasta, y el consiguiente sometimiento de estas diferencias al arbitraje que ambos Gobiernos tuviesen a bien constituír.*

A esto deben dirigirse los esfuerzos de US. y hará valer, con tal fin, cerca de ese Gobierno, con la circunspección y altura necesarias, las consecuencias funestas que inevitablemente tiene que producir la guerra a ambos países y los demás peligros a que muy bien puede conducir la actual situación, y, en

general, todas las consideraciones que S.E. el Presidente y yo hemos manifestado a US., en el curso de las detenidas conversaciones que hemos tenido.

"Lo expuesto debe hacer comprender a US., que la aceptación por parte de Chile de nuestra mediación, debe ser precisamente sobre la base de la desocupación del litoral boliviano; pues mientras este hecho no se realice, Bolivia, que mira justamente en aquella ocupación un ultraje a su soberanía, sería imposible que aceptase ningún medio de avenimiento, ni el gobierno se prestaría tampoco a proponérselo. Toda negativa, pues, a este respecto del Gabinete de Santiago, tendría la muy clara significación de no hallarse dispuesto a entrar en el camino de la equidad y prudencia; y haría enteramente inútil todo acto posterior oficioso de parte del Perú.

"Acompaño a US., además de los documentos de que he hecho referencia, los diversos tratados de límites que se han celebrado entre Chile y Bolivia y la correspondencia cambiada entre el Encargado de Negocios de Chile en La Paz y el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, desde que tuvo origen esta fatal cuestión, hasta el momento en que el señor Videla pidió sus pasaportes. Van también adjuntas, copias de las notas dirigidas por este Despacho, a las Legaciones de la República en Santiago y La Paz, en que verá US. los esfuerzos hechos por esta Cancillería para evitar el rompimiento que desgraciadamente ha tenido lugar.

"Creo necesario llamar la atención de US. hacia la circunstancia de que, habiendo sido anulado por el Gobierno de Chile, según lo declaró su representante en La Paz, el Tratado de 1874, deberían haber quedado las relaciones entre ambos países sujetas al anterior Tratado de 1866, por el que se reconocía igualmente a Bolivia derecho y soberanía sobre el grado 23; la ocupación de Antofagasta, Mejillones y Caracoles, no se puede mirar, por tanto, como una consecuencia precisa y obligada de aquella declaración.

"Cualquiera que sea el resultado que obtenga US. lo comunicará inmediatamente por cable, haciendo uso de la clave que le adjunto; y continuará en su puesto, esperando las instrucciones que se le dirijan por este Despacho. Finalmente, debe US. en todo caso, dar cuenta detallada de sus gestiones ante este gobierno y del curso probable de los sucesos.

Dios guarde a US.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen."*

Tales fueron las instrucciones que llevó el señor Lavalle a Santiago. Y si nada se le apuntó en ellas con referencia al Tratado secreto de la alianza que teníamos con Bolivia, fué porque se consideró que no era necesario anunciar la existencia de un pacto defensivo para dar comienzo a una gestión conciliadora y porque, además y principalmente, se temió que su exhibición diera pretexto a la argucia chilena para recusar a nuestro agente y anular *in situ* su acción pacificadora.

Se conceptuó en los Consejos de Ministros y en las reuniones semi-oficiales, que se convocaron al efecto, que al ir nuestro Plenipotenciario con el tratado de alianza en la mano, a ofrecer su acción de mediador, podría interpretarse su actitud como una amenaza del Perú, de que si no se aceptaba su mediación se haría efectiva la alianza; y lo que se quería, ante todo, era no dar lugar a torcidas interpretaciones y facilitar, por todos los medios posibles, que se produjera cuanto antes un avenimiento.

En confirmación de ello podemos ver que, después de algunos días de la salida del señor Lavalle, el gobierno le pasó la nota que copiamos a continuación, de 8 de marzo, en que se le autorizaba para revelar el Tratado, en caso de que se le interrogara acerca de él, cuidando siempre de hacer ver cómo su vigencia no era óbice para el encargo que se le había encomendado y, antes bien, lo ponía en el caso de interceder en la forma que lo hacía.

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima, Marzo 8 de 1879.

"Señor D. José de Lavalle, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial cerca del gobierno de Chile.

"Es muy probable que el gobierno de Chile, por conducto de su Ministro de Relaciones Exteriores, pregunte a US. si realmente existe un Tratado de alianza secreto entre el Perú y Bolivia; y casi seguro, que, en tal caso, se estime dicho Tratado como un grave obstáculo a la mediación ofrecida por nuestro Gobierno.

"US. debe manifestar verbalmente, si tal observación se le hace, que en realidad existe un Tratado; pero que ello, no obs-

tante, si Chile retirase sus fuerzas del litoral boliviano, que, como US. sabe, es la condición esencial de nuestra mediación, el Perú no se vería ya obligado a su cumplimiento, y estaría por el contrario en aptitud de facilitar los medios conducentes a un arreglo decoroso y equitativo entre Chile y Bolivia.

"Colocándose en este terreno, no dudo que US. llegará a convencer profundamente al Gobierno chileno, no sólo de la elevación de miras y sentimientos que inspiran al Perú, sino que pondrá aquel Gobierno en la necesidad de aceptar la justicia y la paz, o declararse por una lucha temeraria, que nada entonces justificaría, y cuyas consecuencias no es dado preveer.

"Dios guarde a US.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen"*.

Al confirmar Bolivia su disposición de dejar sin valor las resoluciones que había tomado y al reforzarse -así las instrucciones que se habían dado al señor Lavalle, se acentuaron, desde luego, en el Perú las espectativas de un acuerdo amistoso.

La siguiente acta contiene el sentimiento de Bolivia:

"Ministerio de Relaciones
Exteriores de Bolivia.

"En la ciudad de La Paz, reunidos en el despacho del Ministerio de Relaciones Exteriores, el Excmo. señor don José Luis Quiñones, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú, y el Excmo. señor Eulogio Soria Medina, Ministro del Ramo, con el objeto de acordar la manera de hacer efectiva la mediación ofrecida por el Excmo. Gobierno del Perú en la cuestión suscitada entre Bolivia y Chile, con asistencia del señor Secretario del Perú y del señor Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores; acordaron las siguientes bases: Primera, que se retraigan las cosas al estado en que se encontraban antes del 8 de noviembre del año pasado, fecha de la nota conminatoria del señor Ministro de Relaciones Exteriores de Chile; Segunda, desocupación del territorio boliviano por las fuerzas de Chile. Tercera, satisfacción por las ofensas

inferidas a Bolivia y reparación por los daños causados por parte de Chile. Cuarta, suspensión de los efectos de la ley de 14 de febrero de 1878. En fé de la cual los respectivos Ministros firmaron el presente protocolo, asistido de sus expresados Secretarios, a los cinco días del mes de marzo de 1879 años.—Eulogio D. Medina.—Luis Quiñones.— Dámaso Gutiérrez, Secretario.—Juan Ureta, Secretario de la Legación".

Estas otras notas, dirigidas por nuestra Cancillería a las Legaciones de La Paz y de Buenos Aires, ratifican el carácter de la misión Lavalle.

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima, febrero 21 de 1879.

("No. 19")

"Señor Dr. D. José Luis Quiñones, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia.

"S.E. el Presidente de la República ha tenido a bien nombrar por decreto de ayer a Dn. José A. de Lavalle Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial cerca del Gobierno de Chile, debiendo partir mañana dicho funcionario a desempeñar su cargo.

"Lleva el expresado señor Lavalle instrucciones, a fin de influír por medios convenientes en el ánimo de aquel Gobierno para que se restablezcan las buenas relaciones con Bolivia y se ahorren las consecuencias de una guerra que perjudicarían no solamente a aquellas dos repúblicas, sino a los intereses de América.

"Por muy grave que sea la situación creada a consecuencia del desembarque de tropas chilenas en el litoral boliviano, conviene hacer los esfuerzos posibles a fin de encaminar la cuestión por el sendero de una amigable reconciliación, que restablezca la buena armonía; y para ello influirá el señor Lavalle cerca del Gobierno de Chile, *como debe influír US. en el de Bolivia,* su-

jetándose a las instrucciones comunicadas por este Despacho en oficio de 2 de enero y posteriores.

"Aceptados por parte de Bolivia los buenos oficios del Perú y observada la misma conducta por Chile, no será difícil poner las bases de un arreglo. Si Bolivia exije, probablemente como primera condición, la desocupación de su litoral por las tropas de Chile, este último país pedirá también, a su vez, seguridades para beneficiar sus intereses de Antofagasta, pero si hay en los países un sincero deseo de conciliación y de evitar conflictor, se podrán armonizar ambas exigencias dentro de límites justos y equitativos.

"Mientras se carece de los resultados de la misión Lavalle, conviene que US. obtenga de ese Gobierno las bases más favorables que sean posibles en el sentido de un arreglo, para compulsarlas después con las pretensiones del Gobierno chileno y con la actitud que éste asuma frente a nuestro Plenipotenciario. El Perú que ofrece su mediación, estudiaría, en seguida, las bases de una y otra Cancillería, para facilitar por su conducto la buena inteligencia de los dos Gobiernos y apoyar amigable y eficazmente un pacto que ponga término a la situación actual.

"El Excmo. señor Reyes Ortiz, Ministro de Relaciones Exteriores de esa República y Plenipotenciario en misión confidencial cerca de nuestro Gobierno, recibido por S.E. el Presidente, en audiencia privada, ha manifestado en este Despacho que, poniendo por base de un arreglo la desocupación por las tropas chilenas del litoral boliviano, cree que su Gobierno estaría dispuesto a suspender el impuesto y a anular el decreto de rescisión; y este paso puede conducir a facilitar el avenimiento.

Recomiendo a US. que procure inspirarse en las ideas apuntadas, que son las del Gobierno, en el estado en que se hallan hoy los acontecimientos.

"Dios guarde a US.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen"*.

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

("No. 17")

"Lima, febrero 22 de 1879.

"Señor Dr. D. Aníbal Víctor de la Torre, Encargado Especial y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y República del Plata.

"Cuando reciba US. este oficio estará perfectamente instruído, por la prensa periódica, del grave conflicto ocurrido últimamente entre las Repúblicas de Bolivia y Chile; y por esta circunstancia prescindo de comunicarle los pormenores de tan lamentable suceso.

"Antes de que se consumase la ocupación de una parte del litoral boliviano por las fuerzas chilenas, y en vista únicamente de la actitud que tomó el Gobierno de Chile, emprendió su marcha a esta capital el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, nombrado por su gobierno Encargado Especial y Ministro Plenipotenciario en misión cerca del Perú.

"Como US. debe suponer el expresado señor Ministro ha venido con el objeto de solicitar nuestro apoyo y defensa, conforme al pacto secreto que nos liga con Bolivia.

"Después de recibido en audiencia privada por S. E. el Presidente de la República, ha tenido conmigo el señor Reyes Ortiz varias conferencias, en las cuales me ha manifestado las instrucciones que ha recibido de su gobierno.

"El Gobierno ha creído necesario agotar, antes de ver con dicho Plenipotenciario si ha llegado el momento y la oportunidad de dar ejecución al Tratado, todos los medios conciliatorios que pueden traer a ambas Repúblicas a una honrosa solución de sus diferencias; y, con tal objeto, ha sido nombrado el señor D. J. Antonio Lavalle Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial del Perú, cerca del Gobierno de Chile, marchándose hoy al lugar de su destino.

"El señor Lavalle lleva instrucciones precisas, a fin de conseguir de dicho gobierno el retiro de sus fuerzas del litoral boliviano y, una vez obtenido ésto, que se someta el asunto a la decisión de un árbitro.

"La falta de tiempo me impide comunicar a US. detalladamente las instrucciones dadas al señor Lavalle; pero él está encargado de participar a US. los pasos que dé ante el gobierno de Chile y el resultado que obtenga; y sin perjuicio de ésto seré más extenso en mi próxima comunicación.

"Dios guarde a US.

(Firmado).—*"Manuel Yrigoyen"*.

(Continuará)

PEDRO YRIGOYEN.

Notas Bibliográficas

LA CUESTION DU PACIFIQUE DEVANT LE DROIT INTERNATIONAL par E. Montarroyos.

Esta conferencia, dada en la Soborna el 12 de junio de 1919, es interesante bajo todo punto de vista; su lectura confirma el sonado éxito que con ella obtuviera su autor, distinguido internacionalista brasilero que a comienzo de la gran guerra se retirara del servicio activo en el ejército de su patria para consagrarse devota y libremente al servicio de la Francia como publicista y como capitán de ingenieros, es decir, con la palabra y con la obra. Tal circunstancia ha debido, ante el público francés, de prestigiar singularmente su noble actuación a favor nuestro, la que por espontánea e inteligente es merecedora del más vivo reconocimiento.

Con una claridad, precisión y brillantez verdaderamente francesas, el señor Montarroyos ha desarrollado el asunto de su conferencia dividido en las siguintes partes: 1a. Apreciación general de la cuestión; 2a. Exposición racional de la misma; 3a. La evolución del conflicto hasta la paz; 4a. Después de la guerra; y 5a. La solución jurídica. Las dos últimas, son las más importantes, por referirse, respectivamente, al tratado de paz con el Perú y al de tregua con Bolivia y su ejecución y a la conclusión a que es forzoso arribar respecto a la validez actual de dichos tratados a la luz de las doctrinas internacionales, únicamente aceptadas, y de los principios que han sido la gloriosa secuela del triunfo de los aliados. Esta conclusión, mejor dicho, este juicio internacional respecto del Perú no puede ser sino éste: *El tratado de Ancón es nulo ante el Derecho.*

El conferencista ha consultado para su brillante estudio las más recientes y cuidadas publicaciones sobre la cuestión del Pacífico; y es honroso para "Mercurio Peruano" que algunas sean de las insertadas en sus páginas, de modo particular, el artículo de nuestro colaborador señor Ricardo Madueño sobre la industria salitrera del Perú antes de la guerra con Chile, que cita elogiosamente y cuyos cuadros estadísticos trascribe. Con muy buen acuerdo, asimismo, refuerza sus asertos con citas de los más distinguidos publicistas chilenos, concluyendo su brillante conferencia con estas nobles palabras del apóstol del credo *comtiano* señor Lagarrigue: "la custodia del Pacífico debe resolverse de acuerdo con los intereses supremos de la Humanidad".

N. de la R.

JOSE INGEGNIEROS.—PROPOSICIONES RELATIVAS AL PORVENIR DE LA FILOSOFIA.—Buenos Aires, 1918.

En este libro hace el señor Ingegnieros una serie de apreciaciones sobre lo que ha sido, lo que es y lo que, en su concepto debe ser la filosofía. El señor Ingegnieros manifiesta que su ideal filosofía está, con toda seguridad, destinada a informar la metafísica futura y enumera las notas que caracterizarán esta alta disciplina.

A juicio del autor, una de las causas más importantes de la inestabilidad filosófica y, sobre todo, de la crisis por la que ha atravesado la alta especulación en el siglo XIX, es la "hipocresía de los filósofos". Estos han carecido siempre de valor para confesar abiertamente sus opiniones, cuando han sido opuestas a las preocupaciones sociales y, después de inventar en el Renacimiento una cómoda duplicidad de verdades, según que se destinaran al público o a los doctos, han llegado a un acomodo inmoral entre la verdad sinceramente profesada y la opinión común. En esta acusación envuelve al parecer a todos los filósofos incluso Kant.

Por lo demás, el señor Ingegnieros cree que la metafísica debe ocuparse de las cuestiones *inexperienciales* mientras la ciencia estudia lo *experiencial*. Y afirma que, como siempre existirá lo inexperiencial, siempre existirá también la metafísica.

¿Más cómo será esa metafísica? El señor Ingegnieros dice que, al contrario de las metafísicas aprioristas y de las místicas, la metafísica futura tendrá que basarse en sus hipótesis *inexperienciales* sobre lo *experiencial*, es decir sobre el material elaborado por la ciencia. Y anuncia que dicha metafísica aparecerá probablemente en el siglo XXI.

Entonces dispondrán los hombres de una filosofía sincera, impersonal y progresiva, como la ciencia.

M. I. R.

PAGINAS OLVIDADAS, por don E. Castro y Oyanguren.—Edición "Cervantes".—Lima, 1920.

El conocido escritor nacional, don Enrique Castro y Oyanguren, ha dado a la publicidad un interesante y ameno libro, selecta recopilación de sus más brillantes artículos literarios y periodísticos, aparecidos en distintos diarios y revistas y que, apesar de su antigüedad, conservan todos el mismo prestigioso atractivo del sereno juicio, la hondura de pensamiento y la elegancia y gallardía de estilo que su autor imprime a todas sus producciones.

El señor Castro y Oyanguren, declara en el prefacio de su nuevo libro que ante las reiteradas instancias de sus amigos, hubo de vencer sus escrúpulos y exhumar estas prosas que, injustamente, había resuelto condenar a perpetuo olvido, una vez colmado el éxito momentáneo que cada una de ellas alcanzara en la oportunidad en que fueron escritas.

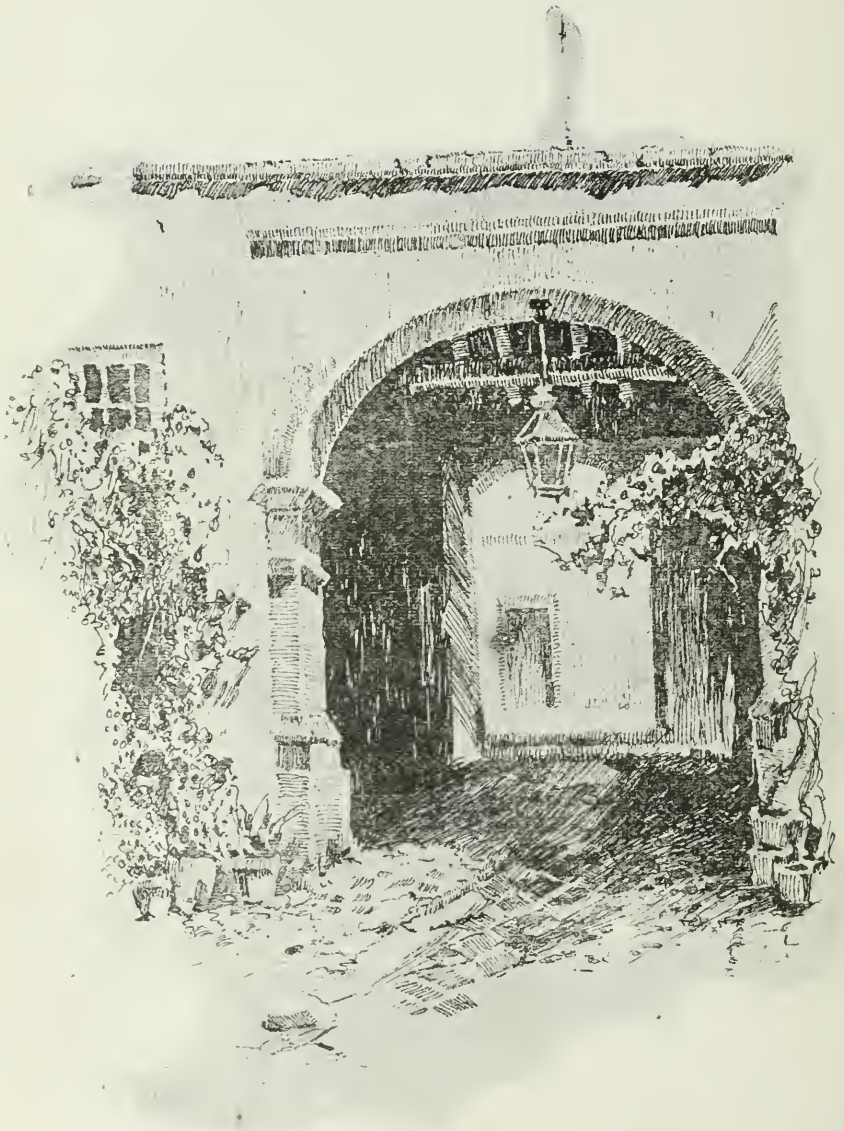
Bien ha hecho el distinguido académico en desechar este prejuicio. Su excesiva modestia, tal vez su orgullosa discreción, le hubieran malquistado con sus numerosos admiradores que por fortuna, y en este caso, piensan de muy distinta manera que él y profesan la creencia de que esas páginas—aun las pertenecientes al fugaz diarismo,—ofrecen el prestigio imponderable de la sinceridad, la llama inextinguible de la emoción que las inspirara.

Y "Páginas Olvidadas" que encierran los ágiles comentarios y reflejan las intensas impresiones que a la recia inteligencia y al sensible temperamento de artista de su autor, sugirieran notables acontecimientos y circunstancias excepcionales de la vida nacional y mundial, tienen la virtud de revivir en quienes las relean, el inefable proceso mental y sentimental que suscitaran la primera vez que se leyeron. Por esto, y porque sobre ellas flota el tenue perfume de las cosas que fueron y porque a su conjuro resurgen dulces saudades y reverdecen vagos anhelos, porque sobre el oro de esta prosa guardada tántos años, en el arcón de los más queridos recuerdos familiares, el tiempo no ha podido dejar su negra pátina, estas páginas—como ha dicho, acertadamente, un comentarista—serán siempre, para nosotros, "Páginas inolvidables"....

R. V. G.

NOTAS SOBRE LA ARQUEOLOGIA ECUATORIANA

El padre jesuíta Juan de Velasco es responsable por el esquema de historia ecuatoriana que ha imperado durante muchos años. El mencionado sacerdote, expulsado del Ecuador con los demás jesuítas en el año de 1767, se dirigió a Europa, y urdió allá dolosamente una imponente prehistoria para su patria. Esta, aceptada sin cuestión por decenas de historiógrafos, ha sido hoy deshecha por la escuela moderna de historiadores ecuatorianos. El malogrado arzobispo de Quito, don Federico Gonzáles Suárez, inició la caída de Velasco de su inmerecida eminencia mediante su libro "Prehistoria Ecuatoriana" dado a luz en Quito en 1904. Siguiendo las huellas del sabio prelado, un grupo de jóvenes de la misma generación que nosotros los de "Mercurio Peruano" ha aumentado nuestro saber y ha aclarado varios puntos que dejara oscuros el arzobispo. Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos M. Larrea y Homero Viteri Lafronte han reducido la reputación del padre Velasco a sus más mínimas proporciones. Los dos primeros no se han limitado meramente a la crítica destructora, sino que han remplazado las antiguas teorías desechadas con una sólida base de hechos, científica y lógicamente evidenciados. Una de las obras más importantes en la arqueología de América es "Un comentario incásico en Quito y notas acerca de los Incas en el Ecuador" por Jacinto Jijón y Caamaño y Carlos M. Larrea (Quito, 1918). En aquel libro se ve bien aclarada la influencia de los Incas en el extremo septentrional de sus dominios. Se sostiene que la civilización incaica llegó al Ecuador en un estado perfecto de de-



Dibujo de CASIMIRO CUADROS

Dibujo de CASIMIRO CUADROS

Dibujo de CASIMIRO CUADROS

Dibujo de CASIMIRO CUADROS

Dibujo de Casimiro Cuadros

Dibujo de CASIMIRO CUADROS

Dibujo de CASIMIRO CUADROS

La cuestión de Tacna y Arica y las aspiraciones bolivianas

POLITICA SUDAMERICANA

Honramos hoy las columnas de "Mercurio Peruano" con esta interesante colaboración del eminente escritor y periodista tacneño don Enrique G. Hurtado y Arias. Aunque ha residido casi toda su vida en el extranjero, donde ha conquistado alto puesto en los órganos más importantes de la prensa,—hoy es uno de los redactores principales de "La Nación" de Buenos Aires,—Hurtado y Arias no ha olvidado jamás a su patria, de cuyos derechos ha sido siempre vigoroso e inteligente defensor. Exponente de esta su noble actitud y de las cualidades distintivas de su estilo es el artículo que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

Ocurrencias recientes han vuelto a llamar la atención al asunto de Tacna y Arica, las provincias peruanas, hoy en poder de Chile, cuyo destino definitivo ha de ser resuelto, de acuerdo con lo estipulado en el artículo III del tratado de Ancón, por un plebiscito popular que decida si volverán al Perú o deberá Chile incorporarlas del todo a su territorio. El pleito es, pues, entre Chile y el Perú; pero últimamente el Gobierno de Bolivia ha manifestado oficial y públicamente su propósito de intervenir de manera directa e inmediata en la solución, con o

sin el acuerdo del Perú, pues, a juicio de ese gobierno, Bolivia tiene sobre dichas provincias peruanas derechos históricos que hacer valer. Si la aspiración a una cosa implicara un derecho sobre ella, el gobierno boliviano tendría razón al sostener que Bolivia tiene derechos históricos sobre Tacna y Arica; pero en realidad tales derechos no existen, tanto más cuanto el Perú se ha negado terminantemente siempre a satisfacer, en forma alguna, las aspiraciones bolivianas. El objeto de lo que sigue es probarlo, para lo cual no es necesario, por suerte, revolver los archivos diplomáticos, pues se trata de un asunto cuyo esclarecimiento apenas exige el hojeo de unos cuantos libros que están al alcance de todos.

DURANTE LA EPOCA COLONIAL

En defensa de la tesis boliviana—la llamaremos así a pesar de que muchos bolivianos, y no de los menos valederos, no lo aceptan—se empieza por sostener que la Audiencia de Charcas tuvo jurisdicción sobre el puerto de Arica, y que por lo tanto éste debe pertenecer a Bolivia, heredera territorial de la Audiencia. El argumento carece de valor hasta para los niños de escuela, que saben que la República Boliviana se formó con las provincias del Alto Perú, pertenecientes al virreynato del Río de la Plata, el cual jamás tuvo dentro de sus límites las provincias meridionales del Bajo Perú. Hay aun quienes sostienen, además, que la Audiencia de Charcas no tuvo jurisdicción sobre ningún punto de la costa del Pacífico; pero esa controversia no nos interesa ahora. Que Arica no estuvo jamás bajo la jurisdicción de la Audiencia de Charcas, lo prueba la real Cédula expedida por Felipe II en Tordesillas el 22 de julio de 1592, y dirigida al Consejero o Alcalde Mayor de Arica, en la cual se lee: "Porque así combiene a mi servicio y execución de mi justicia, os mando que *sin embargo de que essa ciudad y puerto cae y está en el distrito de Mi Real Audiencia de los Reyes* (Lima), de aquí adelante cumplais los mandatos de Mi Real Audiencia de los Charcas y recibais y encamineis como os lo ordenaren las personas que ymbiaren destinadas que Yo ymbie a la dicha mi Real Audiencia, que, aunque como está dicho, *esa jurisdicción es la de los Reyes*, que no cumpliendo vos lo dicho os castigue, como lo hará". El origen de esta real cédula, no derogada después, estuvo en una petición de la Audiencia de Charcas para que se le reconociese jurisdicción, para comodidad de sus comu-

nicaciones, sobre el puerto de Arica, el cual nunca, pues, dejó de estar bajo la jurisdicción de la Audiencia de Lima y formó parte, con las provincias meridionales del Perú, del virreynato del mismo nombre, como todo el mundo lo sabe. (1)

LOS TRATADOS DE 1826

De mayor fuerza aparente es el argumento que los defensores de la tesis boliviana sacan de los tratados perú-bolivianos de 1826.

La paternidad de la idea de una confederación entre el Perú y Bolivia, aun a costa de la división del Perú en dos estados, corresponde a Bolívar, y su primer ejecutor fué Sucre, presidente de Bolivia, que trabajó también en el sentido de desmembrar al Perú para que sus provincias meridionales se anexasen a Bolivia. El encargado por parte del Perú para concertar la confederación fué un colombiano Ortiz de Zeballos, que firmó en La Paz, el 15 de noviembre de 1826, dos tratados, el uno de federación y el otro de límites, con los representantes del gobierno boliviano. Por el segundo tratado, el Perú cedía a Bolivia sus provincias meridionales desde el morro de Sama al sur, en cambio de cinco millones de pesos y algunos territorios en el interior. La negociación era demasiado ventajosa para Bolivia, para que pudiera perfeccionarse. En el Perú, la protesta fué general, y el propio gran mariscal D. Andrés de Santa Cruz, que gobernaba el país en ausencia de Bolívar, se negó a aprobar el tratado con la referida cesión. "Arica—escribía al general La Fuente—vale mucho más si se le quiere tasar como una posesión, e infinitamente más considerado geográfica y moralmente y aun físicamente por lo que produce. Es pues una loca proposición que no debiéramos aceptar aun cuando pudiéramos". Y el Ministro peruano de Relaciones Exteriores en nota a Ortiz de Zeballos le decía: "¿Cómo, pues, sancionar la cesión de una parte considerable del territorio cuando no existe necesidad que la demande perentoriamente, ni utilidad que la compense, ni siquiera reciprocidad que la excuse?" (2)

El gobierno peruano desaprobó, pues, los tratados de 1826—que Bolivia se había apresurado, como se comprende, a ratificar;

(1).—La real cédula trascrita lo ha sido de la obra "Los tratados de Chile", por Javier Vial Solar, I-179.

(2).—"Historia del Perú Independiente", por Mariano Felipe Paz Soldán, Segundo Período (1822-1827). II-111.

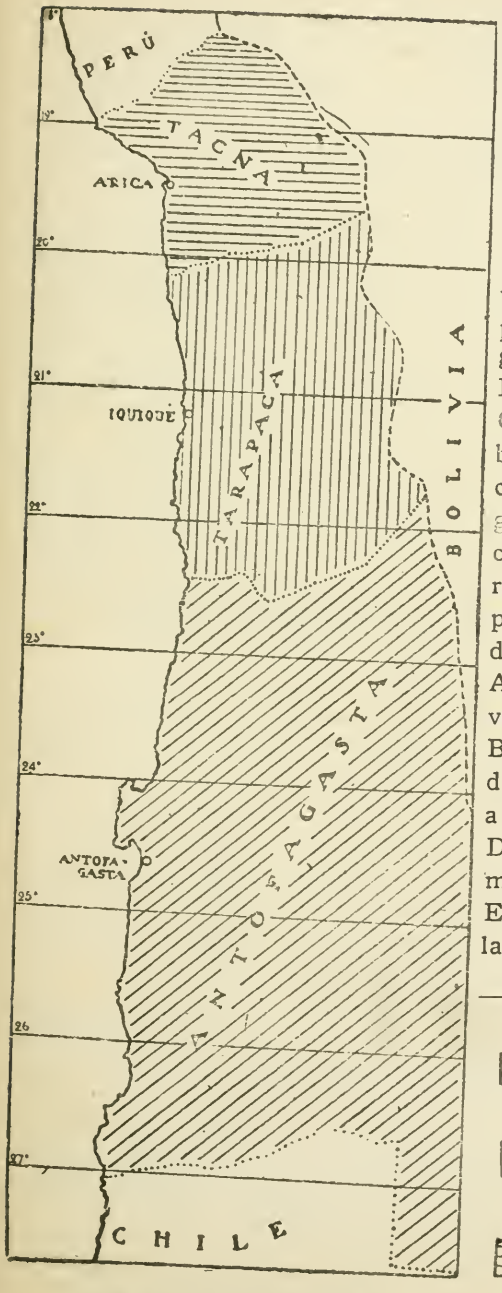
pero, con todo, los envió al Congreso, el cual a su vez los mandó a su comisión de relaciones exteriores, de cuyas carpetas no salieron jamás.

SANTA CRUZ Y LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

Mientras lo gobernaba en calidad de presidente del Consejo de Estado, Santa Cruz se opuso a la desmembración del Perú en beneficio de Bolivia, su patria, y esa conducta le hace, sin duda, honor; pero en 1829 sus compatriotas lo eligieron presidente y no tardó mucho en aspirar también a las provincias meridionales del Perú, cuyo presidente, el gran mariscal D. Agustín Gamarra, no entendió nunca enajenarlas. A nuestro propósito, basta recordar las siguientes líneas de una comunicación enviada a su gobierno por el representante de Chile en Lima, a principios de 1831: "La guerra del Perú con Bolivia parece inevitable. Los amigos del orden esperábamos mucho de las miras pacíficas que presentaba la conducta del señor Gamarra, de sus disposiciones para un avenimiento y de la falta de motivos que podía alegar el presidente de Bolivia para dar al nuevo mundo un escándalo de esa naturaleza. Pero se aprestan por ambas partes los preparativos de un ataque con tal actividad que es natural creer se haya decretado la guerra. Los papeles de Bolivia hablan en este sentido; los del Perú guardan un laudable silencio porque aun no se desespera de obtener la paz. La entrevista de los presidentes, lejos de conciliar los ánimos de ambos gobernantes produjo un nuevo disgusto y alejamiento. El general Gamarra escribe a un amigo suyo que Santa Cruz pedía nada menos que el puerto de Arica en propiedad, y que al oir semejante demanda, montó en su caballo, dejándolo sin respuesta porque no era posible contestar, según dice, sino por medio de las armas, una proposición de esta naturaleza". (3)

Pasan varios años; el Perú se hunde en la más espantosa anarquía; y Santa Cruz logra que se divida en dos estados, Norperuano y Sur-peruano, los cuales forman una confederación con Bolivia, cuyo presidente, Santa Cruz, es proclamado protector de la Confederación. Santa Cruz es omnipotente; pero no se atreve a anexar a Bolivia porción alguna de territorio peruano; mas, una vez vencido por el ejército chileno de Búlnes

(3).—"Historia general de Chile" por Diego Barros Arana. XVI-202.



Los territorios discutidos

y las fuerzas peruanas de Gamarrra y La Fuente en Yungay (enero de 1839) procura, tal vez para recobrar la estimación de sus compatriotas que ya habíanse sublevado contra él, desmembrar al Perú, que va a recobrar su unión, y por intermedio de O'Higgins, proscrito entonces en Lima, propone la paz a Chile sobre una serie de bases una de las cuales dice: "Para que Chile obtenga una pronta indemnización de los gastos de guerra que le debe el Perú y pagos de su ejército, puede exigir que el puerto de Arica se incorpore a Bolivia, a condición de que Bolivia pague dos millones de pesos en compensación a la posesión de ese puerto. De este modo quedarían más equilibrados los tres Estados y más asegurada la influencia de Chile so-

Territorio cedido por Bolivia a Chile, por el tratado de paz de 1904.

Territorio cedido por el Perú a Chile, por el tratado de paz de 1883.

Territorio en litigio entre el Perú y Chile

bre todos ellos y pagado Chile, que no lo será de otro modo". (4).

Si esa proposición de Santa Cruz fué trasmitida por O' Higgins al gobierno de Chile, éste no hizo el menor caso de ella

DESPUES DE INGAVI

Con el derrumbe de la Confederación perú-boliviana, el Perú recobró su unidad, y su presidente, Gamarra, por razones que ahora sería largo exponer, llevó la guerra a Bolivia, siendo derrotado y muerto en la batalla de Ingavi el 18 de noviembre de 1841. El general Ballivián, presidente de Bolivia, tenía como ideal de su política exterior la anexión de las provincias meridionales del Perú, y en especial Tacna y Arica, a Bolivia y con el objeto de dar a la anexión un aspecto aceptable invadió con sus tropas dichas provincias, a fin de ganarse la buena voluntad de las poblaciones, pero no se obtuvo el resultado apetecido. "Los pueblos del sud del Perú—escribe el historiador boliviano José M. Aponte—se alarmaron por la invasión; y no pudiendo por de pronto organizarse allá un nuevo ejército (peruano), recurrieron al sistema de las guerrillas, con las que hostilizaron bastante al ejército boliviano". (5)

Ballivián, en realidad, no supo, o no pudo, o no quiso aprovechar su completa victoria de Ingavi y dejó pasar el tiempo propicio para la realización de su aludido ideal, así hubiera sido por obra de una resolución unilateral. Temió, tal vez, que la resistencia del Perú a desprenderse de sus provincias diese ocasión a una guerra larga, cuyos resultados últimos no podía prever. Cuando se iniciaron las negociaciones de paz, era tarde; intervino Chile, por intermedio de su representante en Lima, y en las instrucciones que a éste le envió su gobierno, se encuentra quizás la causa de que Ballivián ni insinuase siquiera, durante las negociaciones, la cesión de los codiciados territorios peruanos. "Bolivia—decían esas instrucciones—desea la adqui-

(4).—"Historia del Perú Independiente (1835-1839)" por Mariano F. Paz Soldán, pág. 403. En la misma obra, pág. 192 y siguientes, puede verse también una curiosa negociación entre el diplomático boliviano D. Casimiro Olañeta, tan célebre por su talento como por su doblez, y el general peruano Nieto. Olañeta propuso la cesión de Tacna y Arica a Bolivia, y Nieto, naturalmente, se negó. Esto ocurría en agosto de 1838, en medio de la lucha entre el ejército restaurador de Bulnes y el gobierno nor-peruano de Orbegoso.

(5).—"La batalla de Ingavi", por José M. Aponte. Pág. 234.

sición del puerto de Arica, que por motivos no desconocidos de V. S. sería perniciosa a los intereses comerciales de Chile. Por fortuna, todo, hace creer que el Perú no accederá jamás a una cesión, que en realidad, con cualesquiera paliativos que se presentase, no dejaría bien puesto el honor nacional (peruano). Hay motivos para sospechar que al proponerse esta medida, se creería facilitarla dando a Chile un interés directo en ella, cual es el de que se le adjudicase el precio en todo o en parte, por cuenta de lo que nos debe al Perú. V. S. manifestará, desde luego, que lejos de desear esta adjudicación del precio de Arica, la miramos con decidida repugnancia, no sólo porque daría un especioso motivo para que se nos atribuyesen miras interesadas, sino porque hallamos algo de indecoroso en esa venta de pueblos, tan opuesta a los principios republicanos, y aun a las leyes fundamentales del Perú". Y agregaban dichas instrucciones: "Ella dejaría sin duda un germen de nulidad en el tratado, y su validez dependería cuando más de la sanción de las cámaras del Perú; rechazada la cual, como es harto probable, se suscitarían nuevas y complicadas discusiones y veríamos reproducidas otra vez las controversias espinosas que han dado motivo a la presente guerra". (6)

La paz se concluyó, pues, entre el Perú y Bolivia, sin que este último país obtuviese porción alguna de territorio peruano; pero Ballivián no desistió de su empeño.

LA MISION DE DON DOMINGO DE ORO

A fines de 1844, se encontraba proscrito en Bolivia don Domingo de Ballivián creyó conveniente enviarlo a Lima en calidad de agente secreto, y con la misión, entre otras cosas, "de manifestar la justicia con que Bolivia se negó siempre a entrar en tratados con el Perú (sic) mientras ellos no tengan por base la rectificación y arreglo de límites entre los dos estados, de una manera análoga a los tratados iniciales en 1826", según decían las instrucciones del ministro de relaciones exteriores, don Tomás Frías. El señor de Oro fué a Lima por la vía de Tacna, y el 11 de abril de 1845, escribía al presidente Ballivián: "Con más datos que antes para juzgar de la oportunidad de tentar un arreglo de límites mutuamente ventajoso entre ese y este país, no temo aventurar nada asegurando a V. E. que es mi pensa-

(6).—"Negociaciones diplomáticas entre Chile y el Perú", por Ricardo Montaner Bello. Pág. 113.

miento que debe postergarse, y que cualquiera tentativa hecha ahora daría por resultado aumentar las dificultades y alejar su realización. En primer lugar, no hay una sola persona de las que pudieran intervenir en dicho arreglo, que no lo mire con repugnancia suma...Entiendo que los habitantes del país que debiera cederse la tienen igualmente fuerte, y no sería el menor de los obstáculos que para la empresa se presentaría." Y más adelante: "He procurado presentar a V.E. en bosquejo el estado del Perú, tal cual yo lo veo, para hacer más manifiesta la verdad de mis dos proposiciones: 1.º—No ser tiempo de mover nada sobre tratados de límites por no estar dispuestos en el Perú a escuchar nada racional...." (7).

Quítese el natural propósito de no desilusionar bruscamente a su presidencial mandante, y se ve que el señor de Oro se convenció bastante pronto de la inutilidad de las gestiones que se le habían encomendado.

EL TRATADO DE 1847

En 1847, Ballivián quiso llevar la guerra al Perú, "esta vez con la intención manifiesta de obtener la cesión de Tacna y Arica, que era la obsesión de sus noches de insomnio y el alma de su gobierno", dice Aponte en su citado libro; pero el Congreso boliviano prefirió las negociaciones diplomáticas a la guerra, y el 3 de noviembre de dicho año, los plenipotenciarios peruanos y bolivianos firmaron en Arequipa un tratado cuyo artículo tercero pareció dejar abierto el camino a futuras negociaciones de que hubiera podido resultar la cesión de los territorios peruanos tan anhelados; pero el gobierno de Lima no aceptó esa estipulación y agregó al tratado una cláusula que a juicio del señor Aponte "echaba por tierra el plan de Ballivián, que tánto había acariciado y que llamaba su gran proyecto". Derribado Ballivián por una revolución, el tratado que se menciona, con la cláusula adicional, fué ratificado por el congreso boliviano, en 1848. "Con esta ratificación perdióse la última esperanza de adquirir otro puerto en el Pacífico." (8)

Pérdida confirmada por el tratado de alianza defensiva que el Perú y Bolivia celebraron en 1873, y por el cual se garantizaron recíprocamente su integridad territorial.

---

(7).—Papeles de D. Domingo de Oro, publicados por el Museo Mitre. II.

(8).—Aponte, obra citada, pág. 300 y siguientes.

DESPUES DE LA GUERRA DEL PACIFICO

Son demasiado conocidas para recordarlas aquí las gestiones entre Bolivia y Chile, apenas este país obtuvo sus primeros triunfos en la guerra contra la alianza perú-boliviana, con el fin de que Tacna y Arica fuesen anexadas a Bolivia, hasta que en 1895 se firmaron los tratados Barros Borgoño-Gutiérrez, por los cuales Chile se comprometió a ceder esas provincias a Bolivia caso de obtenerlas, de conformidad con lo estipulado en el tratado de Ancón, pactos aquellos que no fueron perfeccionados por Chile; y hasta el tratado de paz chileno-boliviano de 1904, por el cual Bolivia cedió a Chile la provincia de Antofagasta, y en cambio de ciertas concesiones renunció a su aspiración a puerto en el Pacífico. Después, esa aspiración ha renacido, como se apuntó al principiar; y pretende fundarse, además, en la suposición de que los gobiernos del Perú y el pueblo peruano no se han preocupado de Tacna y Arica hasta hoy, que lo hacen por razones de sentimiento o de política. Buenas son siempre las razones de sentimiento en la conducta de los pueblos, y no son malas en todos los casos las razones de política; pero ni de unas ni de otras nos hemos propuesto ocuparnos ahora: sólo hemos querido demostrar, con la ayuda de un livianísimo bagaje histórico, que está al alcance de cualquiera, que no es exacto que el Perú haya accedido, alguna vez, a desprenderse de sus provincias. Bolivia siempre las ha codiciado; pero el Perú siempre las ha defendido, como las sigue defendiendo y las defenderá hasta que su suerte definitiva sea resuelta de acuerdo con la justicia. La lucha ha sido ruda; pero hasta ahora ha sido peleada con éxito, pues los derechos del Perú sobre Tacna y Arica son hoy los mismos que cuando, obligado por la fuerza de su vencedor, firmó el tratado de paz con Chile, en octubre de 1883. En cuanto a Bolivia, el Perú nada tiene que tratar con ese país respecto a Tacna y Arica.

E. G. HURTADO Y ARIAS.

Don Quijote en Yanquilandia

Desde el presente número comienza a publicar "Mercurio Peruano" la novela inédita cuyo título encabeza esta nota y de que es autor el prestigioso literato arequipeño doctor don Juan Manuel Polar. Es la de Polar una de las plumas mejor cortadas del Perú y su mentalidad de las más altas y cultivadas que poseemos. En la novela que publicamos, revela el escritor arequipeño su entroncamiento de pura cepa castellana en un estilo castizo que corre por los cauces cervatinos, conduciendo en su donoso caudal granos de fino humorismo y de ironía alada. Es la suya, obra que recuerda los admirables "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" del gran Montalvo, con la que emula en punto a intención y forma, como se verá enseguida.

CAPITULO I.

DONDE SE VERA EL MODO COMO RESUCITARON DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y SANCHO PANZA, SU ESCUDERO.

Cierto día del año de mil novecientos y tantos, holgábase el Tío Samuel con la lectura del "Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha". Arrellanado en rico sitial de la mejor tapicería, puestos los pies sobre la mesa, la pipa en la boca, leía el buen viejo sin darse cuenta del tiempo, tan a su sabor se encontraba. De rato en rato, y para hallar más gustosa la regocijada lectura, apuraba, sorbo a sorbo, copas colmadas de whisky de lo fino o de ron de lo mejor; con lo cual demás es decir que se le iba ponien-

do el semblante más rubicundo que de ordinario y que se le cerraban poco a poco los vivarachos ojuelos no sin cierta truhanería, hasta que, sin él sentirlo, aflojáronsele las manos y se le escapó de entre ellas el "Ingenioso Hidalgo", que, abierto por mitad y dando tumbos, fué a caer bajo la mesa despatarrado y maltrecho.

Durmióse, pues, como un bendito el viejo de la perilla blanca, y notándolo el "Don Quijote"—que, en punto a descortesías, ni las sufre ni las gasta—, se entreabrió con discreto susurro y dejó escapar de entre sus páginas un geniecillo burlesco, a la manera de abejorro, que, con muy quedo y cauteloso andar, subióse del pantalón de listas al frac estrellado, encaramóse en la pera, y de un salto, abordó la oreja del pacífico durmiente poniéndose a darle palique con impertinente zumbido; mas, así que notó que el viejo empezaba a rebullirse, se escapó de la oreja con singular agilidad y presteza y desandando el camino andado, fué a meterse de rondón dentro del libro que lo agasajó en lo más escondido de sus páginas.

Sobresaltado y confuso despertóse entre tanto el Tío Samuel, se restregó los ojos por más de tres veces, se rascó la oreja hasta ponérsela como un tomate, dióse a mirar a un lado y a otro con inusitado azoramiento, y al cabo, volviendo en su acuerdo, se dió una palmada en la frente, miró el libro, le echó encima la velluda mano, lo abrió y lo cerró, volvió a cogerlo, y tras mucho escudriñar entre sus páginas, mascullando poco finas expresiones, vino a quedarse pensativo, con el índice clavado en el entrecejo, fija la vista en el "Ingenioso Hidalgo" y discurriendo interiormente.

No fué muy larga la espera; al cabo de ella—"¡Eureka!"—exclamó el viejo encarándose con el "Don Quijote", y luego de golpearlo dos o tres veces con el dorso de la derecha mano, prorrumpió en estos o parecidos términos:—"¿Conque era vuesa merced, mi Señor Don Quijote, quien tan curiosamente me zumbaba en el oído?.....Por lo visto, el Andante Caballero no ha olvidado las andadas y me reta en són de burlas para que vea de resucitalle.....¡Sea en buena hora! ¡Por los Doce Pares de Francia que me place el desafío y lo acepto de buen grado! O no soy quien soy, o ha de ver de nuevo el mundo al famoso Don Quijote, seguido de su escudero, tan gentil y tan gallardo como en los dichosos tiempos en que recorrió la Mancha. Poder tengo de sobra para prodigios mayores; abundan en mis Estados los más sesudos alquimistas; sobran los físicos y no escasean

los metafísicos; súbditos tengo dados al espiritismo y a la nigromancia; poseo la flor de los electricistas y los mecánicos de mayor atrevimiento; tengo médicos de fama y millares de ingenieros de toda suerte de ingenio, amén de sabios y eruditos en industria, ciencia y arte que aportarán a la empresa sus doctos conocimientos. ¡Sepa, pues, mi Señor Don Quijote, que no soy ningún molino de viento ni menos un mal odre de vino y que, ¡voto al gigante Malambruno y a las dueñas barbadas!, he de resucitar al Andante Caballero para asombro de mis contemporáneos y regocijo de mis súbditos!".

Tan embebido estaba en su peroración el orgulloso viejo, que no se percató de las curiosas muecas que hacían los renglones del zarandeado libro conteniendo la risa; y contento con su idea y resuelto a darle fin sin vacilar un punto, pósose de pie, arrojó el ejemplar de "Don Quijote" y comenzó a pasearse con singular agitación, tocando timbres eléctricos y dando órdenes a todos los puntos de sus dominios por medio de grandes bocinas que, según es fama, repercuten en lo más apartado de aquella República. Armóse con esto tal repicar de campanillas eléctricas y eran tales las zancadas que daba el Tío Samuel vociferando mandatos, que el libro, cohibido y maltrecho, se arrebujó lo mejor que pudo en la lujosa pasta esperando el desenlace de tan curiosa aventura; hasta que el viejo, concluídas las complicadas disposiciones y luego de pensar un rato como si quisiese asegurarse de su idea, lo cogió de nuevo, y caminando a priesa, a pesar de la gota y de los años, atravesó corredores y pasillos y fué a depositarlo sobre una mesa recubierta de fino tapete que había en un muy vasto salón de aquel palacio solariego donde moraba por entonces el Tío de nuestra historia.

Al cabo de un rato, que no fué largo, comenzaron a llegar con grande trajín los sabios más renombrados de aquel reino. Venían jadeantes, con presuroso andar y con tal descuido en las maneras y en las ropas, que más parecían gente de condición artesana que personas graduadas y de discurso. La mayoría de los concurrentes, se componía de hombres pletóricos, de complexión recia, la color tirando a rojo y el pelo bermejo. Mujeres, no faltaban y eran todas ellas doctoras, dadas al estudio y a la controversia, con mucho aquel de sabiduría y de talentos, a tal punto, que les quedaba poco del sexo hasta en la figura, pues eran todas hombrunas, con más huesos que carnes, largas de talle, cortas de vista, enjutas de pechos, amigas de la ciencia y enemigas del donaire.

Con grandes cabezadas recibía a todos el Tío Samuel, y sin hablar mucho ni poco, hacíales seña para que pasasen. No se mostraban ellos más corteses: unos se paseaban de arriba para abajo; otros estaban sentados, con el sombrero puesto, apoyando los enormes pies en el respaldo de la silla del vecino; éstos fumaban; aquéllos resoplaban como máquinas pletóricas, y mientras discurrían a sus anchas, todos o casi todos mascaban tabaco y escupían en tal abundancia que era aquello un diluvio de saliva.

Hormigueaban entre la reunión, como fastidiosos moscones o petardistas importunos, agentes de bolsa y noticieros de periódicos que metían un ruido de mil demonios trasmitiendo impresiones por los muchos aparatos telefónicos de que estaban llenos los tapizados muros; y aunque ninguno de los presentes sabía el porqué de la convocatoria, convencidos de que se trataba de cosa de utilidad y negocio, aguzaban el ingenio haciendo suposiciones de las más aventuradas y apostándose sobre ellas fuertes sumas aun entre los propios sabios, que no por serlo, se descuidan en lo de allegar el cuotidiano sustento.

Es cosa sabida que, para la gente yanqui, hablar de negocios es como rascarse la comezón; de manera que, puestos sobre la pista los concurrentes a la asamblea, el vocerío aumentaba de rato en rato, se iban perdiendo los estribos, y las cabezas recalentadas con el ansia de la especulación, forjaban combinaciones y prospectos de lo más enrevesados para negociar por millones con la nueva idea del Tío Samuel que todos ignoraban; llegando el tumulto a tal extremo, que, más que docta asamblea, parecía aquello feria de mercaderes entregados al trato y granjería. En tan grande confusión, oíase por todas partes el repiqueteo de las campanillas eléctricas, el vocear de las gentes en los teléfonos, el ir y venir de los bolsistas hablando hasta por los codos, las hipótesis que hacían los políticos en discursos vacíos de sentido y el preguntar de los periodistas que de todo tomaban nota; formándose de este modo y sin que nadie se entendiese la más agitada batahola que jamás se haya visto y que, repercutiendo en todos los Estados, redoblaba la nunca bien ponderada actividad de aquel activísimo reino.

Organizóse, por fin, la asamblea. Dominando el concurso, se puso de pie el Tío Samuel y agitó por tres veces una campanilla de oro, con lo cual quedaron todos en silencio y aguzando el cído para no perder ni una coma. Tosió el Presidente, se pasó la mano por la pera con genuino ademán de mercader y le-

vantando en alto el libro que tan curiosa idea le había sugerido, refirió en cortas palabras (que el dicho señor no es aficionado a malgastar el tiempo) de cómo, habiéndole cogido un sopor, luego de leer algunas páginas del "Ingenioso Hidalgo", sintió que el susodicho (sin que fuera esto causa de pesadilla sino de mucha verdad) le hablaba en el oído, desafiándolo en són de burlas para que viera de resucitarle y también a su escudero; y agregó el orador, sin andarse por las ramas y con el mayor desenfado, que fuese lo sucedido sortilegio o brujería, había de ponerse a la obra contando con el concurso de sus discretos oyentes. Grande fué el asombro de la asamblea al escuchar tales razones, lo cual no impidió que noticieros y bolsistas atinaran a comunicar la nueva con insoportable campanilleo de timbres eléctricos, haciéndose de este modo universal la espectativa.

No son los súbditos del tío Samuel gente que desmaye ante la más descabellada idea o la empresa más temeraria, y fué de ver cómo, sin pararse a pensar si el Señor de los Estados estaba o nó en sus cabales, comenzaron a discutir y comentar el caso con atinados conceptos. Unos imaginaban que la Electricidad podría por sí sola resolver el problema; otros creían que el Espiritismo y la Sugestión eran a ojos vistas los medios más apropiados y pertinentes; reclamaba la Antropología sus derechos acerca del *homo sapiens;* los materialistas invocaban a la Fisiología encareciendo su eficacia, y protestaban los espiritualistas en nombre del alma con razonamientos de aguzado ingenio; creciendo de tal modo la algazara, que fué menester que el Tío Samuel recurriera a su autoridad, apaciguando dudas y controversias y ofreciendo, como hombre práctico, que cada cual tomaría la parte que le tocaba, pues era el caso tan complexo y tan variado, que Arte, Ciencia y Nigromancia, en vez de andar a la greña, habían de proceder en concierto para mejor acertar. Convencidos los circunstantes con tan sesudas razones, se creyó cosa indispensable tomar como base para cualquier experiencia el ejemplar de "Don Quijote" que yacía en la mesa todo escamado, pues no faltó un nigromante que creyera que encerraba dentro de sus páginas los propios espíritus que de resucitar se trataba; sin que parasen en esto las maliciosas sospechas, pues alguno (que debía de ser hombre de leyes por la enfática entonación) llamóle el cuerpo del delito, y pensaron los filósofos, dados siempre a elucubraciones enrevesadas, en una hipótesis de la animación del pensamiento escrito, cosa en que estuvieron de acuerdo varios sabios de los que llaman de la Escuela Positi-

va, más de cinco doctoras en humanidades y no pocos médicos alienistas. Sudaba tinta el "Don Quijote" escuchando la sinrazón de estas razones, y más cuando un precavido bacteriólogo, ceñudo y observador, le aplicó con todo ahinco un microscopio de extraordinaria potencia, encontrándole, según decía mientras miraba, gran copia de perniciosas alimañas, mas no el geniecillo aquel de nuestra historia, pues el muy taimado corría entre líneas con tal priesa que no lo alcanzara un galgo.

Impaciente mostrábase el Tío Samuel con tánto desvaneo, en el que, a su juicio, se perdía un tiempo precioso. Dispuso, pues, que se comenzase la labor, y a una orden terminante, distribuídos en grupos, según su ciencia o nigromancia, dieron principio los sabios a sus doctos menesteres. Era aquello a modo de orquesta en la que todos trabajaban dirigidos por la varilla mágica del discreto viejo, que, gran conocedor de sus súbditos, no se cansaba de encarecer los muchos millones que el prodigio dejaría, con lo cual aguzaban de tal modo el ingenio los operarios que era cosa de dar gusto.

Improvisáronse en un momento complicados laboratorios, gabinetes de los que llaman de física, instalaciones de electricidad, máquinas de vapor, cámaras de espiritistas y otros muchos aparatos que más que para resucitar muertos, parecían propios para dar a los vivos aflictivo tormento. En todo estaba el Tío Samuel: oía a los unos, gobernaba a los otros, iba y venía distribuyéndolo todo con singular actividad y presteza; hasta que, juzgando terminados los preparativos, se hizo el substancioso resumen de la manera cómo debería procederse al descubrimiento, que tal apellidaban a la resurrección de Don Quijote. Tocóle a la Química la manipulación de los ingredientes y reactivos; la Física tomó a su cargo el desarrollo de la energía y de la fuerza; entraría la Mecánica en la combinación de los delicados engranajes; las Matemáticas atenderían a la proporción y al cálculo, y en tanto que el Arte modelaba las figuras, los médicos oficiarían de sugestionadores, darían cuerda los fisiólogos al reloj de la vida y la Filosofía y el Espiritismo, puestos de acuerdo, se encargarían de las ánimas; contribuyendo en su esfera y sin que nadie quedase ocioso, todas las multiplicadas manifestaciones de las ciencias y las artes para dar cima al prodigio.

Combinado así lo que los diplomáticos llaman el *modus operandi* y no bien los ingeniosos químicos comenzaron a mezclar y revolver en grandes retortas substancias las más apropia-

das para producir células vitales, tuvo el Tío Samuel la más feliz idea que imaginarse puede, pues se le ocurrió que había de quemarse el dichoso libro poniéndose las cenizas como primer componente de organismo humano en aquella famosa manipulación química. Asistieron todos los sabios a iniciativa de tan grande significación y sentido, y resolviéndose cerrar puertas y ventanas por ser la obscuridad propicia en casos de sortilegio y de ciencia, se procedió a incinerar al "Ingenioso Hidalgo" sobre lucia bandeja ricamente cincelada. Así que se puso el fuego, comenzó la pasta a retorcerse crujiendo como si se quejase; intervino luego el Tío Samuel con dos largas varillas para abrir campo a la llama, y ésta, que no esperaba otra cosa, la emprendió con las fojas de tal suerte, que las tales se encarrujaron dejándose devorar por el fuego sin el menor aspaviento. Los nigromantes hacían entre tanto signos cabalísticos gangueando entre dientes extrañas oraciones y todo el concurso seguía con ávidos ojos las fluctuaciones de la llama que parecía empeñada en devorar hasta las últimas letras del impreso. Fuese ilusión o no lo fuese, cuenta esta verídica historia que más de uno de los presentes creyó advertir que la susodicha, paseándose sobre las cenizas, sacaba de cuando en cuando una rojiza lengua como si pretendiese hacer mofa de tan docta asamblea.

Concluído el auto de fe, que cierto repórter mal pensado comparó con el que hicieran el cura y el barbero en la biblioteca de marras, repartiéronse proporcionalmente las cenizas para Don Quijote y Sancho, se mezclaron con ellas los ingredientes químicos, se añadieron nuevos y variados reactivos, y luego los artistas, que, sea dicho de paso, eran extranjeros por no haberlos en la República, modelaron con tan rica substancia y de tamaño natural la espiritada y caballeresca figura de Don Quijote y la rechoncha y escuderil de Sancho Panza, con tal verdad y maestría, que, como vulgarmente se dice, no les faltaba más que hablar a los dos hijos famosos del llamado por mal nombre el Manco de Lepanto. Quedáronse, pues, todos asombrados viendo la perfección de las esculturas; creció el entusiasmo, y a la voz del Tío Samuel, comenzó entonces un ruido ensordecedor que hacían todas las máquinas y aparatos puestos en conexión para concentrar la fuerza y aplicarla gradualmente a las dos figuras, con el intento de infundirles animación y energía. Descargaba la electricidad tales rayos, que se quedaran cortas las nubes del temporal más deshecho, resoplaban las máquinas de vapor, crujían las poleas, vibraban los alambres trasmisores; y en tanto,

los sabios más renombrados, con sacerdotal reverencia, vertían en los oídos de las ya dichas esculturas elíxires vitales hechos de propia substancia nerviosa, concentrando al mismo tiempo sobre el Don Quijote y el Sancho y con gran potencia de voluntad el invisible fluído de la sugestión hipnótica. No se quedaron cortos los espiritistas en tan grave momento: subían y bajaban los brazos, agachaban las cabezas hasta el suelo y las volvían a levantar mascullando entre dientes ininteligibles oraciones, y el más viejo de ellos dióse a evocar con grandes voces latinas a Don Quijote de la Mancha y a Sancho Panza su escudero. Cuando el ruido era más recio y más contundentes las voces del espiritista viejo, comenzaron las dos esculturas a despedir un hedor insoportable de azufre, señal de que el mismo Lucifer andaba metido en el lío, fueron luego cambiando de color y de aspecto, estiráronse como si se desperezasen, movieron los ojos, entreabrieron los labios, fueron tomando por momentos el humano aspecto del llamado rey de la creación y por fin—¡oh prodigio de los prodigios!—ante los asombrados espectadores, aparecieron vivos, hechos carne y hueso, el por mil títulos famoso Don Quijote de la Mancha y el no menos famoso Sancho Panza, su escudero. Venía el de la Triste Figura con el propio atavío de sus mejores días, sin que le faltase ni la mal compuesta celada, ni la tajante tizona ni el dichoso yelmo de Mambrino, y cuanto al escudero, no le iba en zaga a su amo en lo de gastar la indumentaria con que recorrió la Mancha. Estupefactos y con razón estaban todos los presentes ante semejante maravilla: unos accionaban con la boca abierta, otros se limpiaban los ojos como si no creyesen lo que ellos les decían, y todos, en suma, manifestaban en los ademanes y en las caras un asombro tal, que parecía que hubieran perdido el juicio o que estuviesen a punto de perderlo; pero el Tío Samuel que no se atufa ni sobresalta cuando se trata de cosas de invención y descubrimiento y que estaba que se desvivía por ostentar su victoria, mandó que se abriesen puertas y ventanas para que entrase la luz del mediodía. Así se hizo; llenóse entonces de claridad la estancia y creció la admiración de los concurrentes al convencerse a todas luces de que era cierta la resurrección de Don Quijote y cierta también la de su compañero de aventuras. En tan crítico momento, mostrábanse éstos cohibidos y desorientados como si de un mal sueño volviesen, y la escena amenazaba prolongarse entre el asombro de los unos y el no menor asombro de los otros, cuando el Tío Samuel, acostumbrado a toda suerte de lances,

dando un paso hacia Don Quijote y tras grandes reverencias, le dijo de esta manera: "¡Saludo al Señor Don Quijote de la Mancha, honra y prez de la Andante Caballería, y huélgome en gran manera de haber salido victorioso en reto tal como el que vuesa merced me fizo!". Dichas estas razones, sonrióse con orgullo el presuntuoso viejo y dióse a mirar de hito en hito a Don Quijote, en tanto que el concurso, maravillado y suspenso, aguardaba la respuesta.

CAPITULO II.

QUE TRATA DE LAS RAZONES QUE PASARON ENTRE EL TIO SAMUEL Y DON QUIJOTE Y EL MODO COMO ESTE QUEDO ALOJADO.

Mohino y conturbado mostrábase el Caballero Manchego. Viéndole de aquella suerte, dispuso el Tío Samuel que nadie alborotara por ver de que se reanimase. Oyólo Don Quijote y luego de tragar saliva y de gesticular como si ensayase el habla, dijo en lengua inglesa y con voz algo insegura y baja:—"Si es a mí, que tal lo entiendo, a quien vuesa merced se refiere, no he menester reanimarme, que aunque algo perturbado por lo que yo me sé, no es de caballeros andantes perder los ánimos así sea de grande la cuita a que los lleve su propia desventura o la ajena malquerencia."—"Así es la verdad"—contestó el Tío Samuel sin ocultar el gusto que recibía al oír hablar a Don Quijote; y agregó después:—"Si vuesa merced lo permite, luego de serenarse, he de explicarle el cómo y el por qué de encontrarse en este castillo."—"No es cosa que me interese—contestó Don Quijote disimulando su desconcierto—;y cuanto a lo de serenarme, sepa vuesa merced para su gobierno que ni me sorprenden ni me amilanan ciertas supercherías y embelecos."—Nuevo motivo de admiración y de entusiasmo era para todos oír expresarse en lengua inglesa al español Don Quijote, el cual, procurando dominar su azoramiento y turbación, se pasó por la frente la derecha mano, se palpó el pecho y la nuca como si tratase de cerciorarse de su propia personalidad, movió de un lado al otro la cabeza, y mirando a los que lo rodeaban, acertó a distinguir a Sancho que, de puro miedo y sobresalto, daba diente con diente y no se atrevía ni a moverse. Fuése a él Don Quijote y le dijo: —"¡Sancho hermano, eras tú por ventura!"—"Sí, mi Señor Don

Quijote— respondió Sancho también en inglés y con voz lastimera y quejumbrosa—; aunque a mi ver, no sé si existo o no existo; pero es claro que debo de ser yo cuando estoy con vuesa merced, por aquello de que por la hebra se saca el ovillo y cada oveja con su pareja."

Al oír tales raznes, se olvidaron los presentes de toda discreción y compostura y echaron el trapo a reír del mejor gusto. Amoscóse Don Quijote con semejante algazara y volviéndose al Tío Samuel, dejóse decir:—"No sé si es vuesa merced el mismo demonio o algún mago encantador enemigo mío; pero, a juzgar por la gente que le sirve de corte, bien se me alcanza que la busco vuesa merced entre bellacos y follones". Sudaban todos por reportarse, pero sin conseguirlo, y el Tío Samuel, fingiendo indignación, volvióse a ellos y les dijo:—"¡Tenéos malandrines! que no es bien alborotar de este modo en presencia del Señor Don Quijote de la Mancha, caballero más famoso que Don Bernardo del Carpio, que el de la Ardiente Espada y que el mismo Cid Campeador, terror de gigantes y de vestiglos, amparador de viudas y de cuitadas doncellas, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, modelo de aventureros y espejo de enamorados y de hidalgos". De mal talante escuchaba Don Quijote todas estas lindezas, y agregó el Tío Samuel:—"Mal me juzga vuesa merced, Señor Don Quijote, tomándome por el demonio o por un mago encantador su enemigo, que, muy por el contrario, su amigo soy y su admirador de añadidura."—"¿Y se podrá saber quién es vuesa merced?"—preguntó muy entonado Don Quijote.—"El Tío Samuel me llaman—contestó el viejo con desparpajo—; y aunque no tengo ni títulos ni blasones, la paso también sin ellos como el mejor archipámpano". Viendo tal desenfado, sonrióse Don Quijote con altanero desprecio y mirando de alto a bajo a su interlocutor, dejóse decir:—"Nuevo encantador es ese; pero conmigo no pegan burlas, señor mío. Bien se ve que sois el sabio Merlín y que tratáis de disimulallo". Riéronse todos nuevamente, y amoscóse más Don Quijote, que echando mano a la espada y encendido en cólera, exclamó de esta manera:—"¡Mal me saben vuestras burlas, señores bellacos, y pese a tal que os habré de hacer pagar cara tánta osadía y desvergüenza!"—"¡Tenéos, mi Señor Don Quijote!—prorrumpió Sancho, que de puro miedo estaba con escalofríos de cuartana—Mire vuesa merced por nuestras personas y tenga cuenta que este señor Tío o como quiera llamarse, es persona de mucho poder por lo que se advierte. Yo creo que lo primero es que com-

prendamos quiénes somos o quiénes no somos, porque o yo he perdido el juicio, o soy yo".—"Razón tienes, Sancho—dijo algo serenado Don Quijote—; pero mal puede dejarse sin castigo la insolencia de esta caterva de malandrines".—"Si gusta vuesa merced descansar—dijo a este punto el Tío Samuel—, dispondré que os dejen solos para que veáis de reposar y sustentaros".—"Grande merced será ésa"—contestó Don Quijote, que, a pesar de sus bravatas, no volvía del todo de su perturbación y desconcierto.

Dió, pues, el Tío Samuel la orden de que todos salieran, y aunque de mala gana, obedeció el concurso. Desfilaban uno a uno, sabios, bolsistas, doctores, letrados, espiritistas, nigromantes, literatos, médicos y políticos, y al pasar por delante de Don Quijote, para verlo a sus anchas, se deshacían en cumplimientos como si se tratase de ceremonia de besamanos. No se daba apartido el buen hidalgo, pero a fuer de caballero y bien criado, por mera cortesía, contestaba las salutaciones con frías reverencias, mientras que Sancho, todo medroso, se pegaba a su amo lo más que podía. Quedóse el último el Tío Samuel y dijo:—"No es bien que vuesa merced permanezca en este salón desmantelado y poco confortable y permita que le acompañe al alojamiento que para tan digno caballero tengo de antemano prevenido".—"No me opondré a ello"—contestó Don Quijote con natural decoro. Viéndolo ya tranquilo, el Tío Samuel, que gusta de dar expansión a su carácter liberal y campechano, cogió familiarmente por el brazo al Caballero Manchego, disponiéndose a conducirlo. Nunca lo hiciera. Ofendióse Don Quijote y desasiéndose del importuno, le dijo con altanero continente:—"No gusto de familiaridades, señor mío, que no es de caballeros andantes gastar modales de pisaverdes crapulosos".—"Perdone vuesa merced—contestó el Tío Samuel algo mortificado y confuso—; pero es tal el gusto que recibo de velle, que no es mucho que me desmande impensadamente". Y luego, dándoselas de cortesano y bien mirado, condujo a Don Quijote con el mayor acatamiento, cediéndole el paso al atravesar puertas y recorrer pasillos. Sancho no se despegaba de su amo, y deseoso de bienquistarse con el Tío Samuel, hacíale cada saludo que tocaba el suelo. Llegaron así a un hermoso parque con mucha floresta, a cuyo fondo se levantaba un muy alto palacio de casa quinta, pues es de advertir que el país era campestre y que el Tío Samuel estaba allí de residencia por ser la estación veraniega y más que calurosa. Sin hablar palabra iba Don Quijote, y era tal

su ceño, que ni el mismo Sancho, que se desvivía por dar ocupación a la sin hueso, se permitía importunarlo, contentándose con mirarlo todo y volverse a cada paso al Tío Samuel haciendo expresivos ademanes y poniendo tal cara de complacencia, que no se viera nunca más regocijado pantomima.

En llegando al palacio, dijo el Tío Samuel a Don Quijote: —"Aquí tiene vuesa merced un chalet que es mi habitual residencia en la canícula, y mucho he de holgarme de que sirva de aposento y solaz en este verano a la flor de la Andante Caballería".—"¡Cómo chalet!— dijo Don Quijote—; castillo habíais de decir".—"Así es la verdad"—contestó el viejo con una sonrisa complaciente.—"Llámese chato o narigudo—añadió Sancho—, a lo mismo lo da Galindo, que como casa solariega, no la vi mejor en mis días y ni aun el palacio de los duques me parece que era de tan buen ver como este que aquí delante tenemos".

Con esto, atravesaron lo que llaman un parterre en lengua francesa y subieron una escala de granito o jaspe, a cuyos lados, lo mismo que en el decorado del palacio, veíanse estatuas de mármol y de bronce con tánta verdad hechas y en actitudes tan nunca vistas para el bueno de Sancho, que al infeliz no le llegaba la camisa al cuerpo, pues vino a ocurrírsele que su amo estaba en lo justo y que toda aquellas figuras deberían de ser de personas encantadas por aquel maldito viejo brujo o demonio al que no le quitaba los ojos de la falda del frac por ver si sacaba a relucir la cola. Luego de llegar al vestíbulo, como el Tío Samuel se detuviera, creyó que allí iba a ser lo de convertirse en estátuas y se agarró a su amo con mucho sobresalto y trasudores; pero se le volvió el alma al cuerpo cuando el viejo, con amistosas expresiones y reverencias, abriendo una puerta y levantando un amplio cortinaje, le rogó a Don Quijote que pasara. Hízolo así éste no sin cierta complacencia, pues era tan relumbrante y llamativo el lujo de aquel moderno palacio, que, poco a poco, se le fué encendiendo la imaginación al buen caballero, a tal punto que, al pasar bajo la cortina que levantaba el Tío Samuel, en actitud más de lacayo que de castellano, y al encontrarse en un salón que le pareció el súmum de la magnificencia, dejóse decir:—"Lujosa es vuestra morada, señor caballero, y vendría aquí como de molde aquello de *sicut domus homo*"—; mas cayendo en la cuenta de que se las había con un encantador de malas artes, añadió en són de reproche:—"Bien se ve que estas prendas no son del que las posee sino de príncipes y magnates, según se advierte por su antigüedad y riqueza".—"No me hace honor el Señor Don Quijote—apuntó el Tío Samuel.—"El que

vuesa merced merece y nada más, pues por sabidas se callan las malas artes de que se valen los hechiceros para despojar a los hidalgos de su hacienda y aun de sus trofeos y armerías. Qué mucho, pues, que vuesa merced por botín de guerra (que dudo que la hubiese) o por astucias y embelecos haya afanado el lujo de la antigua Bizancio o las joyas nunca vistas del imperio de Trapisonda."—"Si tal origen tienen estas riquezas—dijo Sancho a este punto— a buen seguro que en esa trapisonda no hubieron trapos, pues en su vida ha visto vuesa merced mayores maravillas que las que aquí se ven. Para trapos (con perdón sea dicho), mírese vuesa merced en ese espejo que delante tiene y que es mejor que el agua y que la propia luz según su claridad y hermosura y verá que no es bien que nos metamos a poner peros cuando nunca como en esta ocasión me pareció vuesa merced de peor pelaje. Y qué decir de mí, infeliz, sino que me siento avergonzado al verme en este arreo tan poco lucido, pues no parece sino que esta rica luna quisiera afrentarnos retratando de cuerpo entero nuestras derrotadas personas. Tan es así como digo, que, luego de verme, me pareciera agravio posarme en estos mullidos sitiales, y por lo que hace a la alfombra (que debe de ser de las que dicen de Persia), la creo tan ofendida, que si en el aire pudiera, en el aire me parara. Conque vea vuesa merced si es buen aliño salir agora con hablar de trapos". Cohibido estaba en verdad Don Quijote, sobre todo por lo del espejo, en el que, muy a su pesar, se miraba por tenerlo al frente; pero irritado con la charlatanería de Sancho, le mandó que callase y luego dijo:—"Da gracias a tu rusticidad y cortos alcances, que a no ser por ellos, en otra forma te amonestara para que no volvieses a incurrir en tales desatinos como los que ahora has dicho. No por lo que parecen sino por lo que son valen las cosas, que ni el oropel es el oro, ni el lujo es la hidalguía, ni el valor la baladronada, ni tu cerrada mollera podrá nunca alcanzar que no es lo mismo el caballero andante que el rico presuntuoso, porque a aquél se le conoce por los merecimientos y a éste por las apariencias, y no diera yo una de mis hazañas por todos los palacios de todos los hechiceros y encantadores que existan o hayan existido en el mundo, con perdón sea dicho de vuesa merced, Señor Don Samuel, como vuesa merced pretende llamarse". Callado pero no convencido quedóse Sancho, y el Tío Samuel, que estaba gozosísimo de oír a su huésped, dijo:—"Razón tiene de sobra el Señor Don Quijote, y vos, Sancho, andáis descaminado, pues siendo tal como es la valía y buen nombre

de vuestro amo, no ha menester de atavíos ni de apariencias".—"Así deberá de ser cuando vuesa merced lo dice—dijo Sancho—, pero a mí me parece que las cosas entran por la vista sin que tengamos de entremeternos a averiguar cómo es cada uno por de dentro para buscalle el honor que es cosa que no da de comer ni sirve para hacer unas calzas".—"¿Acabarás, Sancho, de decir desatinos?—dijo Don Quijote encolerizado—¡Basta ya de pláticas que no está el humor para gastallas!".

Viendo a Don Quijote de tan mal talante, callóse el escudero, y el Tío Samuel que, sin dedos para organista, quería hacer el papel de castellano, se empeñó en mostrar a su huésped, abriendo puertas y cruzando pasillos, la alcoba para él y su escudero, el comedor, dos o tres gabinetes, la sala de juegos y un salón de armas donde las habían tan lucidas y variadas, puestas en trofeos y panoplias, que a Don Quijote se le encandilaron los ojos y fué calificándolas de esta manera:—"Estas deben de ser las de Baldovinos; aquesta lanza se me antoja la de Amadís de Gaula, y mucho me equivoco o ésta que aquí se ve tan grande y de tan agudos filos, es la espada de Palmerín de Inglaterra." Y volviéndose al Tío Samuel, añadió entre airado y curioso:—"¿Quisiera vuesa merced decirme el cómo y el por qué de haber venido a su poder las armas de tántos y tan famosos caballeros?"—"Es historia larga de contar—contestó el Tío Samuel—y data de mis tiempos de aventuras, que también las he tenido."—"¿Aventuras?.....Supercherías y embelecos debieráis de decir—afirmó Don Quijote—; pero no es del caso tratar agora estos tópicos, que aunque mal de mi grado, vuesa merced me brinda aposento y no digo más."—"Soy del mismo parecer—dijo Sancho—,que mucha merced nos hace el Señor Don Samuel, y de mí sé decir que soy agradecido como el primero y que al són que me tocan bailo."

Mientras que Sancho seguía haciendo comentarios, Don Quijote se dejaba conducir por el Tío Samuel que ponía todo su conato en inspirarle confianza, aunque sin conseguirlo, pues el Caballero Manchego conservaba un continente entre comedido y desdeñoso que le cerraba el paso al marrullero viejo. Grande afán ponía éste en mostrar a su alojado las muchas comodidades y excelencias de aquel palacio recargado de adornos, muebles y tapices, como puesto de feria; pero no lograba que se interesase poco ni mucho Don Quijote, el cual, pasada la primera impresión, escuchaba los encarecimientos del ricachón americano con frialdad señoril, como persona acostumbrada a frecuen-

tar palacios y castillos que poco o ningún reparo hace del lujo y del regalo; a tal punto, que el Tío Samuel, nada entendido en achaques de aristocracia y cortesía, vino a caer en la cuenta de que no hacía papel muy lucido comparando su actitud con la del hidalgo manchego. El que sí estaba entusiasmado era Sancho: todo se le iba en preguntar y repreguntar sobre la utilidad y el objeto de cada mueble, quedándose a cada paso con la boca abierta y tan maravillado, que se olvidó por completo del caso nunca visto de su resurrección y del miedo que antes tuvo.

Por fin, el Tío Samuel que, aunque tomándolo a burla, se sentía mortificado por no haber sabido hacer su papel de castellano ante la hidalga actitud de Don Quijote, despidióse de esta manera:—"Quédese, pues, vuesa merced, señor caballero, en este humilde aposento para ver de reposar como mejor fuere servido, que yo, por no estorballe, me privo del honor de estar en su compañía." Dichas estas razones y tras muchos comedimientos y saludos, fuése el viejo a tratar con sus vasallos que lo aguardaban con la mayor impaciencia, pero antes dió vuelta a la llave de la puerta del vestíbulo, pues bien sabía él que su huésped no perdería ocasión de tomar las de Villadiego y echarse al mundo en busca de aventuras.

(Continuará)

JUAN MANUEL POLAR.

A una estrella

Con viva complacencia acoge "Mercurio Peruano" en sus páginas la bella composición cuyo título acaba de leerse, y abre su hogar, como a uno de los suyos, a su autor, el poeta Mariano Brull. Viene Brull a nosotros como heraldo de la pujante y noble intelectualidad cubana, cuya virtuosísima savia que diera a la gran selva lírica hispanoamericana la soberbia floración de José María de Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda, reflorece hoy tan pujante y rica como entonces en Pedro y Max Henríquez Ureña, Pichardo, Brull y muchos más, hermanos en raza, lengua e inspiración con los altos poetas de la pléyade mejicana que encabezan figuras de la talla de González Martínez, Vasconcelos y Reyes, con cuyas inspiraciones "Mercurio" se promete enriquecer largamente sus páginas.

Cuando llegue la hora de inmarcesible calma
la estrella que he mirado tan solitaria y triste,
al florecer mi dicha florecerá en mi alma
como una paz que a toda desolación resiste.

Yo he de mirarla lleno de júbilo. Piadosa
pondrá sobre mi dicha su tenue claridad,
su sér vago y remoto, que en la altura radiosa
es como una escondida lámpara de bondad.

Y en el vasto sosiego de la noche,—que avanza
al encuentro seguro de una aurora fugaz,—
será fuente de amor más que luz de esperanza:
la fulgencia tranquila en la sombra tenaz.

Será faro que alumbre la conciencia nocturna;
el rumor de la vida que no cesa de amar;
el fanal, que recrea su bondad taciturna
sobre el cándido asombro del primer despertar.

Ya no serás la sola, ya no serás la blanca
azucena perdida en la noche estelar;
la que en dolor sin lloro su claridad estanca
sobre el silencio trágico del apacible mar.

Yo veré tu sonrisa en la noche de plata
como ya muchas noches vi en dolor tu dolor;
veré ufano tu calma,—que a mi calma retrata,—
que eres astro de gloria, de bondad y de amor. . . .

Tú serás la piadosa, la amorosa, la fuerte,
por tu luz,—que no quiebra la firmeza tenaz;—
que es hostil a la sombra y es hostil a la muerte,
pero ante ella la vida pasa errante y fugaz.

Mariano BRULL

La experiencia estética

En este interesante artículo, el Dr. Deustua, caracteriza con notable claridad, la experiencia estética. Al par, que incluye en ella un vasto conjunto de elementos e impresiones, la separa de otras formas de experiencia con las que suele confundirse—moral, religiosa etc.—confiriéndole, de esta suerte, toda su real significación.

Admitido que toda creación tenga un valor estético, no por eso queda resuelta la cuestión relativa a la naturaleza de lo bello; porque la imaginación creadora se traduce en formas diversas, que se diferencian de las que se califican como bellas o feas, constituyendo órdenes de fenómenos separados por caracteres subjetivos y objetivos propios, y que aspiran a ser considerados como otros tantos valores humanos. Todas las ciencias normativas, en efecto, tienen una finalidad independiente, que puede pretender convertirse en un valor creado por la intuición imaginativa. La lógica, la economía, la moral, el derecho y la religión, se proponen realizar como valores o ideales, la verdad, la utilidad, el bien, la justicia, y la santidad; y en todas estas disciplinas la imaginación puede inventar, realizando una función estética que, sin embargo, difiere de la creación de lo bello, que entra en el dominio exclusivo de la emoción llamada estética en sentido estricto. El fenómeno de lo bello, en toda su amplitud, comprendiendo lo bello y lo feo, en la naturaleza como en el arte, tiene por base la actividad libre dentro y fuera de la conciencia. Pero esta misma forma de actividad se presenta también en las creaciones lógicas, económicas, morales, jurídicas y religiosas, que como las artísticas afectan un doble aspecto síquico y social y tienden a construír normas del pen-

samiento y de la voluntad, criterios para distinguir y juzgar, y móviles para producir acciones conscientes.

Discútese sobre si la verdad y la utilidad son valores fines, verdaderos valores como los demás indicados, o si son simples medios de realizar los fines humanos considerados como supremos. Mirada la cuestión desde el punto de vista de la finalidad, solamente, podría admitirse su exclusión. Considerada con relación al sentimiento de libertad, placentero o doloroso, que entra necesariamente en la constitución del valor, podría admitirse también.

El proceso lógico, como el económico, pueden realizarse sin intervención del sentimiento y de la libertad, con el riguroso determinismo de la ciencia. La demostración de la verdad y el cálculo del interés pueden concebirse como puras funciones del pensamiento, como medios auxiliares de valores fines, pero nó como de la misma naturaleza que éstos. Pero tal pureza es una abstracción únicamente y prescinde de las intuiciones que la imaginación ofrece en el descubrimiento de nuevas verdades que tienen, en ese caso, el carácter de verdaderos valores, aún cuando no tengan todas las notas que ofrecen sus afines. Son valores medios y por eso difieren radicalmente de los demás, y en especial del valor estético, que podría calificarse como el *valor de los valores.*

La diferencia profunda que la filosofía contemporánea establece entre Ciencia y Arte, nó como resultado de la establecida desde Aristóteles entre lo teórico y lo práctico, entre el pensamiento y la acción, sino entre las dos actividades, la ordenadora y la libre, marca la diferencia que existe entre la verdad, como valor medio, y lo bello como valor fin. La actividad lógica ordenadora, que elimina la libertad para constituír la ciencia, entra como auxiliar de la actividad libre que informa la obra bella o que es producida por su contemplación estética. Lo bello no se demuestra como la verdad; se le intuye, se le siente, se comprende así su naturaleza, porque la inspiración que lo engendra o brota de él, escapa al procedimiento exclusivamente lógico de la deducción. Jamás podrá explicarse por ésta, la génesis de la obra artística, que es concreta, ni el estado estético de la admiración penetrado de libertad y de sentimiento.

La inteligencia puede colaborar en la realización de ambos fenómenos; puede preparar los elementos de la inspiración y secundar los esfuerzos empleados por ésta al objetivarse; pero de ninguna manera sustituír a la función imaginativa y libre de

la creación bella. Suponer lo contrario, es admitir en la actividad estética, la intervención de normas que entrañen imperativos opuestos a la libertad; es desconocer la naturaleza de la imaginación; es suponer arbitrariamente la existencia de tipos innatos de belleza, que funcionen como los axiomas en la lógica, o atribuír a la acción del medio físico o social una imposición que la sicología desmiente con la infinita variedad de las obras artísticas y con la variabilidad infinita también de la emoción estética. El gran error del intelectualismo ha sido el asignar al pensamiento una función contemplativa como la estética, una función primordial y teórica, situándose el arte en el dominio de la actividad práctica, subordinada a la anterior. Invertidas esas funciones por el voluntarismo contemporáneo, el pensamiento ha quedado reducido al papel que le corresponde en la síntesis síquica, de instrumento auxiliar de la libertad en la adecuación de ésta al medio en el que debe ejercerse. Tales son las relaciones existentes entre lo verdadero y lo bello, entre el fenómeno lógico y el fenómeno estético, entre la ciencia pura y el arte puro.

Análoga es la que existe entre el fenómeno económico y el estético, entre lo útil y lo bello. Así se ha reconocido por cuantos han rechazado la teoría hedonista o eudemonista de lo bello, que hace depender el valor estético de la felicidad humana fundada en el placer. El fenómeno estético es esencialmente desinteresado, no persigue un fin fuera de sí, ni económico, ni moral, ni religioso; tiene su fin en sí; lo cual constituye su característica esencial. En eso consiste su desinterés, porque en esa emancipación de fines estriba su libertad. De allí que sea como dice Kant "una finalidad sin fin". El fenómeno económico está sometido al imperativo del deseo que destruye toda su autonomía; lo útil depende, exclusivamente, del deseo. Y aun cuando éste puede presentarse en el desarrollo de la emoción estética, no constituye un factor necesario, porque ésta puede y aún debe subsistir extraña al deseo de apropiación, ya sea de la obra contemplada, ya de los beneficios que su autor aspire a conseguir y aún de los fines de artística utilidad que la obra realice. Eliminado ese factor, lo bello no desaparece, aunque la emoción estética pierda o gane en intensidad. La llamada conveniencia estética es un elemento asociado, pero no esencial. La libertad con que el artista produce su obra puede limitarse por la necesidad de esa conveniencia o adecuación; puede el sentimiento estético integrarse con ese elemento; pero su sub-

sistencia no depende de él. En cambio, suprimida la libertad, lo bello desaparece, pero el fenómeno económico persiste.

Si el fenómeno estético se diferencia radicalmente del lógico y del económico, no sucede lo mismo con el moral, con el que tiene mucha analogía. En el fenómeno moral, en efecto, la libertad es un factor esencial como en el estético; el ideal moral puede ser considerado como una creación estética y, en este sentido, podría calificarse como estéticas, las acciones que realizan ese ideal. Una acción de gran valor moral se convierte en bella, y de tal modo se compenetran la belleza y el bien, que no es posible separar ambos aspectos sin modificar profundamente la naturaleza de esa acción. No obstante esa analogía, la diferencia entre ambos fenómenos se encuentra en el papel que desempeña la libertad en uno y otro. El fenómeno moral envuelve la coacción del deber, impuesta por una norma, que la conciencia moral encuentra superior a su voluntad. Ese imperativo de la ley subsiste, cualquiera que sea el carácter que se le atribuya y la influencia que ejercite sobre la libertad. Categórico, hipotético o persuasivo es siempre un imperativo que impone un deber, al que la conciencia moral siente la necesidad de someterse, aun cuando se rebele contra él. La norma moral es, como la norma lógica, una condición ineludible, que el espíritu debe seguir. Sin el cumplimiento de la primera desaparece la bondad de la acción; sin la obediencia a la segunda, no hay verdad en el pensamiento. No sucede lo mismo respecto al fenómeno estético, en el que la libertad es todo y la norma se le subordina. Propiamente hablando, no hay normas en el orden estético, desde que el sentimiento de libertad puede crear o sentir la belleza dentro de un estado síquico original y único. Precisamente, la originalidad es la característica de la obra de arte genial. El genio puede alterar o destruír las normas existentes, creando otras nuevas, al ofrecer nuevos modelos de la producción artística. Si no lo hace siempre, si emplea los cánones establecidos por la tradición artística, lo hace libremente, porque los considera como útiles auxiliares para la producción y la inteligibilidad de su obra, y porque siendo esos cánones resultados de la libre actividad del espíritu, no son opuestos a ella sino cuando fijan límites estrechos a su expansión, cristalizando formas que no responden a una ambición mayor de libertad. El criterio estético no se resigna, como el moral, a la constitución de dogmas absolutos y eternos; no siente la necesidad de conservarlos; no se inquieta dolorosamente con la

sustitución de unos ideales por otros, aun cuando sean opuestos. Por el contrario, anhela la diversidad como condición esencial en el fenómeno; rechaza la unidad que la absorve, y condena esa unidad como antiestética cuando el ideal, en su proceso de unificación, asume la forma abstracta de lo universal, a la que aspira constantemente el criterio ético.

La emoción estética, asociada íntimamente a la emoción moral, al contemplar la belleza de las acciones, se deriva de una causa diferente, sin embargo. La conciencia estética goza con lo que tiene de libre la acción, mientras que la moral goza con lo que tiene de ordenada o de adecuada a la norma. El acto moral se funda esencialmente en el poder de inhibición de la conciencia, y aún en los actos positivos de hacer, supone la inhibición absoluta de los actos opuestos. No sucede lo mismo en el acto estético que es esencialmente expansivo. El goce estético se funda en la intuición de lo ideal; el goce moral en la comparación del hecho con el precepto, en el que la función reflexiva supera a la intuitiva hasta el punto de inutilizarla. Por eso en la belleza moral hay intuición y reflexión al mismo tiempo; se siente su belleza y se puede demostrar su moralidad, como una consecuencia lógica del precepto universal y abstracto.

Esa demostración supone un principio invariable, un dogma, una norma imperativa y superior a la voluntad, que en la actividad estética no existe, como se ha dicho, aunque quiera darse ese carácter a la técnica, como pretende la sociología estética de Laló; porque cualquiera que sea la influencia que se atribuya a la regla tradicional, no puede ella superar a la libertad del espíritu, que crea la obra artística, ni condenar al sentimiento estético pasivo a una forma determinada de placer, ni explicarse su existencia y su evolución prescindiendo de la libertad que es su fuente.

Por otra parte, la idea de orden desempeña un papel muy diferente en ambos fenómenos: en el moral es fin trascendente de la libertad que debe someterse a él. La norma crea aquí el orden con los caracteres que ella tiene. Ese orden es imperativo, necesario, absoluto, eterno; es la perfección misma de la vida humana, que el individuo no crea, aunque la acepte libremente como ideal, y que constituye un fin de la voluntad, exterior y superior a ella, aun en el concepto hedonista de la ley moral. La libertad no crea ese orden, porque si lo crease la norma perdería esos caracteres y dejaría de imponer a la conducta un sistema de deberes. En el fondo, esa sumisión a la norma ca-

racteriza la moralidad del acto. Si la libertad se le asocia, es porque ella constituye el postulado de la sanción y porque, en un concepto espiritualista del hombre, sólo las acciones libres son humanas, ya se entienda la libertad en sentido intelectualista o voluntarista. En el fenómeno estético sucede todo lo contrario; allí la libertad crea su propio orden; la libertad es fin en sí; carece de finalidad trascendente; el órden estético es aquel que mejor satisface la expansión del espíritu, el que elimina más y mejor la coacción opuesta a su naturaleza. Realizar ese órden, ese ideal, he allí toda la aspiración de la voluntad estética. El órden moral y el órden estético tienen así caracteres muy diferente. El primero, en su mayor grado de perfección, es un sistema de relaciones, de conceptos, establecido por una ley normativa, aun cuando en su origen haya sido un órden de imágenes. El segundo ha sido y es siempre un sistema de imágenes. En el primero la sistematización es un procedimiento lógico que persigue la unidad del ideal y de la norma fuera de lo individual, como en la ciencia. En el segundo, la sistematización es un procedimiento intuitivo, que encuentra simultáneamente la unidad y la variedad en la función imaginativa que la realiza en el individuo. En el primero se busca la universalidad en la extensión de la norma; en el segundo, se la encuentra en la extensión de la actividad estética y en la profundidad de su intuición. El órden moral presupone la existencia de un ideal de perfección, que dogmatiza e impone a la voluntad en su relación con las demás voluntades; el órden estético es ese ideal creado por el espíritu en el ejercicio de su libertad. Sin esa creación no existiría otro imperativo que el biológico; no se explicaría el imperativo moral. El órden moral tiene así su fundamento en el órden estético, porque sólo éste es una creación.

El fenómeno religioso tiene con el estético más profundas analogías. Nacieron juntos en la creación del Mito, como dice Wundt, y no se han separado jamás completamente. El fenómeno religioso ha buscado siempre en la forma estética su expresión más completa y eficaz. Pero no es menos clara su diferencia, si se considera el papel que la libertad desempeña en uno y otro fenómeno. El estado religioso es de liberación, de emancipación del mundo, pero de sumisión absoluta a la divinidad. El estado estético es de absoluta libertad. En el fenómeno religioso la norma dictada por la voluntad divina y conocida por la revelación, es todo; en el estético la inspiración no se sujeta a norma alguna; ni la obra artística sufre su imposición,

ni el goce estético se amolda a ella. En ambos el sentimiento de liberación es profundo, pero su causa y su tendencia difieren radicalmente. Ambos coexisten en el mito original; pero el mito es, ante todo, obra de la imaginación creadora, fenómeno estético por excelencia. La revelación es una inspiración estética o es un misterio inexplicable. Sin esa inspiración el mito no habría existido jamás. Dentro de los límites de la investigación filosófica, hay que presuponer aquí como en el órden moral, la supremacía de la actividad estética.

Las diferencias establecidas entre el valor estético y los demás valores, no permiten deducir, sin embargo, que el fenómeno estético exista puro, aislado de los demás hechos sociales, con los que tiene tan estrecha relación.

Tal pureza es también una simple abstracción. En la realidad de la vida se asocian, por el contrario, tan íntimamente esos diversos fenómenos, que su análisis da origen a diversas teorías destinadas a explicar la naturaleza de lo bello y la del arte, que es su expresión más perfecta.

La admisión de una *Idea* directriz que guíe al espíritu en el lento proceso de la ejecución artística o que permita a la contemplación estética discernir sobre la belleza realizada, para gozar de ella solamente, o para hacer su crítica, ha dado al valor lógico una gran importancia en la valuación estética, hasta el punto de hacer depender de la realización de la *Idea*, la naturaleza misma de lo bello y el fundamento único de su crítica. Conocer esa idea y realizarla o apreciarla después de realizada, partiendo de una categoría estética, establecida como las categorías lógicas del pensamiento, ha sido el problema fundamental para quienes han confundido el fenómeno estético de lo bello, con el fenómeno lógico de lo verdadero, atribuyendo a la razón lo que a la imaginación corresponde y suponiendo erróneamente que la función estética es reflexiva y nó intuitiva, que la razón tiene un poder dinamogénico de que carece y que el problema estético se resuelve en conocer lo bello y nó en sentirlo y producirlo libremente.

Esa influencia del intelectualismo en el desarrollo de las ideas estéticas ha dado origen a la disputa entre idealistas, partidarios del *contenido* y realistas adheridos a la *forma* del fenómeno estético, dominados los primeros por el panlogismo filosófico, que ha hecho de la idea de *órden* el eje de su doctrina, no obstante sus simpatías por el principio de la libertad, y sometidos los segundos a la influencia poderosa de la técnica ar-

tística, que busca en los métodos científicos la ley de su ejecución. Más lógicos que estéticos, unos y otros, han contemplado el problema de lo bello como una forma de la verdad, como una teoría del conocimiento, como una explicación lógica de la armonía, considerada como característica esencial de lo bello y sujeta, por lo mismo, a los métodos del conocimiento discursivo.

Este punto de mira equivocado ha provenido de la orientación sistemática de toda la filosofía hacia la idea central de órden, que es esencialmente lógica, y de la reducción de todo conocimiento a esa forma exclusiva y de toda lógica a la lógica del pensamiento, desconociendo la actividad intuitiva de la imaginación, que penetra en la realidad, con todas las energías del espíritu, descubriendo lo que de esencial existe al través de las formas accesibles a la experiencia sensorial y en el fondo mismo de las ideas elaboradas por el pensamiento. Esa "simpatía adivinadora" de que habla Bergson y que explica la inspiración estética, no es la idea en el sentido platónico, ni en el aristotélico; no es el fruto de una conciencia fragmentaria, que elimina la realidad o que la mutila, sino la conciencia entera que se proyecta libremente hacia un ideal que ha formado y que trata de realizar, o hacia un ideal realizado ya, que satisface ese anhelo de expansión creadora. En esa actividad integral, el fenómeno lógico no puede faltar; pero si su concurrencia es necesaria, no constituye un fin, sino un medio; no imprime unidad y dirección a la vida estética, sino que se subordina al *élan* del espíritu, que persigue una realidad más libre en el mundo forjado por la imaginación para que le sirva de guía en sus esfuerzos intelectuales orientados en el sentido de la práctica. Es entonces cuando la idea directriz, que es ya una creación estética, reviste de importancia al fenómeno lógico, a la reflexión consciente en la edacuación de los medios al fin práctico establecido.

El fenómeno económico concurre, también, en esa misma forma auxiliar en la actividad estética, no obstante su finalidad externa. La idea de lo útil, fundamento de ese fenómeno, que, a su vez, se deriva del sentimiento de placer sensorial, no es excluída totalmente. No entra, en esa actividad, es cierto, con la fuerza avasalladora del egoísmo humano, que destruye toda solidaridad y sólo admite la forma de la falsa libertad, que ve los efectos únicamente y desconoce la esclavitud de la pasión que tiene por causa. Así considerado, el fenómeno económico es

abiertamente opuesto al estético. No se concibe una actividad desinteresada, que tiene su fin en sí misma en un estado de conciencia reducido al egoísmo, que sigue una dirección unilateral y excluye todo factor afectivo que desvíe esa dirección o atenúe su fuerza destructora. Pero un estado de esa naturaleza, puramente económico, sería anormal, como el del avaro, o tendría valor como una pura abstracción; en la experiencia normal no se presenta con ese rigor extremo. Lo útil y lo desinteresado se asocian en grados diversos, experimentando transformaciones, que demuestran la posible armonía entre lo estético y lo extra-estético. La coordinación útil puede favorecer al valor estético por la disposición o colocación adecuada de los objetos bellos, como sucede en la concurrencia de objetos artísticos diferentes en la arquitectura y en el drama y de objetos bellos en la Naturaleza. Puede producir emoción estética, aun como simple coordinación útil, de coexistencia o sucesión, si puede ofrecer al espíritu la apariencia o símbolo de la libertad. Lo útil, entonces, ofrece la ilusión de la vida libre y pierde para el que la contempla esa finalidad característica exterior, para adquirir la apariencia de espontaneidad fecunda, que le imprime un valor estético ilusorio, como ilusoria es la espontaneidad en que se funda. La tesis de Guyau, que, en oposición a la de Spencer, encuentra en lo útil un elemento estético, no destruye, por consiguiente, el carácter desinteresado de lo bello, asimilando el fenómeno estético al económico, sino que quita a la utilidad su forma propia para asociarla a la forma estética, confirmando así la creencia de que lo útil y lo bello pueden auxiliarse recíprocamente, favoreciéndose, sin perder su naturaleza propia, conservando el primero su finalidad práctica, y el segundo su emancipación de toda finalidad objetiva, su libertad intrínseca. Los ejemplos que ofrecen la arquitectura y la oratoria son una prueba de esta compenetración, en la que la utilidad realza la belleza y ésta hace más eficaz la utilidad.

La cooperación del fenómeno moral es más íntima todavía. Ella es necesaria cuando el objeto estético es una acción humana, ya sea que se realice, que se haya realizado o que se intente realizar, ya sea que la imaginación la invente o la reproduzca o que intervenga solamente coloreando la acción real contemplada. En todos estos casos lo bello es inseparable de lo bueno; ambos valores llegan a fundirse, de tal manera, que el criterio estético se convierte en moral y surge la tendencia a alterar la

naturaleza del arte, imponiéndole una finalidad pedagógica, como esencial. Las teorías del *arte docente* y del *arte por el arte,* igualmente exclusivistas e inexactas, se derivan de esa confusión, en la que se afirman, respectivamente, estas dos tesis: la influencia poderosa del valor moral en la apreciación del valor estético, y la autonomía del arte; tesis que, lejos de excluirse se concilian teórica y prácticamente, teniendo en consideración que el fenómeno moral, por lo que tiene de ordenado, favorece la libertad estética, y el fenómeno estético por lo que tiene de libre, exalta el órden moral, concurriendo así a la mayor integridad y a la más grande profundidad del sentimiento ideal que proviene de ambos factores. El sentimiento de valor moral, aunque extra-estético, y simplemente asociado, tiene aquí una tan grande participación en el fenómeno de lo bello, que su eliminación lo privaría de objetivo, dejando solamente representaciones estéticas muy diferentes de las que expresan actos conscientes de voluntad. Toda la poesía, principalmente la dramática, se desarrollaría como forma escultórica, pictórica y musical solamente, si el valor moral fuese eliminado del contenido estético. Aún fuera del arte, la acción humana bella lo sería sólo por su forma prástica, y en las demás artes, con exclusión de la arquitectura, la separación completa de ese valor alteraría su naturaleza, toda vez que los sentimientos que suscitan las expresiones del espíritu humano entran siempre en el dominio del valor moral. Esto explica el por qué la inmoralidad del símbolo perjudica la eficacia de la emoción estética contrariándola y debilitándola y por qué sucede lo contrario, cuando ese símbolo no se opone a las creencias morales del espectador estético, sino que se convierte también en símbolo de esas mismas creencias. Esa fusión no impide, sin embargo, sentir la belleza como dominante y aun encontrarla y sentirla en el símbolo cuando expresa una poderosa libertad, que se opone resueltamente a la moralidad y sucumbe en esa oposición o se mantiene en esa actitud como encarnación del principio estético de libertad.

El valor religioso se asocia al estético, sirviendo también de contenido al sentimiento producido por la obra de arte. Las formas estéticas más elevadas del arte han tenido por objetivo la expresión del principio divino. El templo, la estatua del dios, el cuadro religioso, la música con profundidad mística y la poesía lírica, como revelación de lo que hay de divino en el fondo del alma, han expresado un contenido religioso más o me-

nos directamente, con mayor o menor intensidad. El sentimiento de emancipación, que caracteriza a los dos valores estético y religioso, los asocia en las expansiones artísticas del espíritu. Por otro lado, el sentimiento religioso no surgiría en la conciencia humana si la idea mística no se revistiese de formas producidas por la imaginación, y no se purificaría si esas formas no fuesen idealizadas por el arte. El pensamiento puro no habría comprendido jamás el principio divino. La lógica no habría sustituído nunca a la inspiración para crear ideas y sentimientos religiosos. El Dios hecho hombre, es el símbolo estético más perfecto de la idea religiosa.

Pero así como el análisis distingue el valor estético del moral en la experiencia, asimismo puede separarlo del valor religioso. Símbolos opuestos al arte han tenido y tienen un gran valor religioso para la contemplación mística; en cambio, el arte puede expresar y expresa el principio divino en formas estéticas que dejan sin acción al sentimiento religioso. En la gran diversidad de cultos sólo tienen influencia las formas artísticas que están en armonía con las creencias religiosas del que las contempla. Sólo estéticamente pueden ser admiradas por los que profesan creencias religiosas diferentes. Por el contrario, entre los que profesan el mismo culto, el símbolo religioso, unido a la forma estética, puede ser adorado como símbolo de la divinidad, pero no comprendido, ni juzgado como expresión de lo bello. Puede aún ser condenada la forma estética si se opone a la creencia religiosa; resultando de esa relación una consecuencia semejante a la deducida de la asociación entre el valor estético y el valor moral.

El fenómeno estético no está, pues, aislado en la realidad, sino que se combina con los demás fenómenos que se derivan de la misma actividad creadora y concurren a la realización del ideal estético de libertad. El espíritu tiende a un movimiento sin coacción y a una fecundidad sin límite; pero si la actividad libre es concebida así, eliminando lógicamente toda resistencia, en la realidad vivida no podría crear ni aún subsistir, sin esa realidad opuesta de la coacción que produce, en el desarrollo de la siquis, la conciencia del yo. Las aves, se ha dicho, se creerían más libres en su vuelo, si la resistencia de la atmósfera desapareciese; porque no saben que sin esa resistencia no podrían volar. Eso mismo sucede con el vuelo del espíritu. Si la coacción externa no existiese como una inercia que es preciso penetrar y

ordenar en servicio de la mayor libertad, de la más amplia y eficaz creación, la virtualidad síquica se agotaría en un instante, dejaría de ser actividad para convertirse en inercia, no sería ya espíritu sino materia, como sostiene Bergson.

La actividad libre lucha con los obstáculos que le ofrece su medio ambiente. En oposición con la naturaleza exterior la vence, empleando la inteligencia, y vencida obtiene de ella todos los medios materiales que utiliza para la realización de su ideal. Así nacen la lógica y la economía en íntimo consorcio; así se forma la ciencia, que fecunda la producción de la riqueza y destruye la esclavitud de la realidad física; pero así también se fortifica y se cristaliza ese ideal utilitario que, absorviendo, al fin, la libertad interna, hace del egoísmo el criterio exclusivo de la felicidad.

La actividad libre, lucha por otro lado, con el medio social penetrado de egoísmo y triunfa de él mediante la solidaridad moral, que abandona los procedimientos biológicos de conquista y encuentra en la concurrencia libre de seres libres una malla de hilos de una flexibilidad sin límite, que ordena la función de la voluntad, integrando la libertad como pura expansión. El ideal de expansión sin norma, que constituye el fondo de la imaginación creadora, se convierte en ideal de actividad solidaria y crea la moral en la convivencia humana, en servicio de la misma libertad interior; y con la moral brotan los valores jurídico y político, que son del mismo género.

La actividad libre, por último, encarna en una personalidad divina, el ideal estético no realizado en la moral humana. Borra el límite que marca toda obra del hombre y eleva la creación a un poder infinito y absolutamente libre, colocado en la región de lo misterioso e inexplicable, y así engendra la religión, que se alimenta de una inspiración sobrenatural.

Pero no obstante estas expresiones, la actividad libre no renuncia jamás a su función esencial y suprema, a la creación del ideal y a su contemplación sin fin práctico alguno, a su función estética pura, a la producción del arte bello, en el que el espíritu aspira arealizar esa ambición creadora capaz de producir lo que la coacción del medio hace imposible. Esta función constituye, por tanto, la fuente en la que beben sus inspiraciones los demás valores. No es exagerado, por eso, denominar a esta actividad desinteresada y pura el "valor de los valores".

La distinción establecida entre los diversos fines o valores humanos, no deja resuelta la cuestión relativa a la naturaleza del fenómeno estético. El análisis negativo debe integrarse con uno positivo, que estudie ese fenómeno en la doble experiencia subjetiva y objetiva que presenta, procurando aislarlo, por abstracción, de las demás formas asociadas que hacen tan compleja la actividad estética. Sólo después de este análisis podrá definirse lo bello y explicarse sus diversas modalidades en la conciencia, en la naturaleza, en el arte y en la historia.

A. O. DEUSTUA.

Aromas de crepúsculo

I

Pacíficos silencios de tardes otoñales,
efímeros y tenues paisajes vespertinos
mirados largamente por entre los cristales,
quejumbres de las ramas oscuras de los pinos,

Manchas de sol encima de las torres cristianas,
extraños jeroglíficos que escriben las viajeras
golondrinas del ángelus, repiques de campanas
sonámbulas, perfumes de brisas pasajeras:

¿Porqué traéis recuerdos de la amada,
de sus manos, su aliento, su voz y su mirada?

Las manos de la amada perfuman mi existencia
como cándidos lirios en un pozo de olvido
vestidos con la tenue seda de la inocencia.

Su aliento esparce un tibio perfume de violetas
ocultas bajo el blanco lino de su corpiño,
trémulas de inquietudes amantes y secretas.

Es la voz de la amada manantial de agua pura
que fluye de las grutas, de la bondad, canora
voz que tiene gorjeos de mística dulzura
para las rebeldías de mi alma pecadora.

Mirada de la amada, mirada que sugieres
yo no sé que inefable, tenaz melancolía.
¡Quizá jamás tuvieron mirada de mujeres
ni aquella mansedumbre ni aquella lejanía!

El talle de la amada diera envidia al donaire
de las palmas que trenzan con la brisas del llano
canciones sin palabras que mueren en el aire
sereno de las tardes azules de verano.

¡Dulzura del recuerdo! ¡Perfumes peregrinos
que dáis al alma triste la tímida fragancia
de una alcoba de virgen toda blanca de linos,
de amor y de primera comunión y de infancia!

II

Camino lentamente por la avenida umbría;
voy solo, atento al suave ritmo del pensamiento,
y asume el alma un vago matiz de lejanía
al contemplar la efímera diafanidad del día
o al escuchar la queja monótona del viento.

Mis ojos están llenos de la visión errante
que cada uno lleva consigo mismo, viva
visión de un valle ameno bajo un cielo distante
y de una niña pálida que con mirada amante
contempla ese paisaje callada y pensativa.

En torno mío zumba la vida, el torbellino
de la ciudad inquieta. Del cielo vespertino
llueve sobre los hombres la paz de las serenas
alturas; y dijérase que en tanto que camino
alguien deshoja en mi alma pétalos de azucenas.

M. A. CARVAJAL

Parnaso colombiano

CARLOS VILLAFAÑE

Dos amores llenan la vida y el corazón de Carlos Villafañe: el amor a la mujer y el amor a la naturaleza, esta deslumbrante naturaleza del trópico que el poeta compendia—bella síntesis cordial—en la tierra que lo viera nacer. Si lo seguimos al través de su obra, encontraremos—en cada verso y en la armonía total—que ella gira en torno a esos dos temas capitales, hogueras perennemente encendidas en su espíritu, y cuyas llamas, enlazadas a cada instante, dejan en el ánimo la impresión de un doloroso himno a las criaturas. He dicho doloroso porque Villafañe, en cuya doble personalidad literaria armonizan hasta confundirse a veces, aunque parezca paradójico, el humorista y el sentimental, es, antes que todo, un poeta elegíaco. Canta al amor, mas no al amor presente, sino al amor pretérito; canta a la tierra, mas no sólo para loarla sino también, y preferentemente, para llorar la ausencia de los lares nativos. Su poesía nútrese en el recuerdo y en la desesperanza infantil que al nuevo día truécase en un maravilloso renacimiento de ilusiones. A cada desengaño el poeta ve tornarse su vida en una noche plena de desolación y de tristeza. Llora entonces la orfandad de su espíritu abandonado, como un niño a la medrosa asechanza de la sombra en la soledad de los caminos inciertos. Mas él verá, al despuntar el alba, que una hada cariñosa viene hacia él, envuelta en los resplandores matinales, y enjuga sus lágrimas y le enseña, mientras murmura a su oído las palabras del eterno consuelo, la tierra de promisión donde ha de descansar de todas sus fatigas y adormecerse en un encantado sueño de ventura y de amor.

Mas en la última época un angustioso presentimiento parece oprimir con incurable amargura el corazón del poeta. No es ya la

suave pena efímera que no alcanzó a matar la quimera, y a cuyo influjo cantara el bardo en bella trova ilusionada:

En el alma se me ha muerto
un divino ruiseñor,
algo triste y algo incierto:
un amor.

. . . . . .

Pero al sol del nuevo día
otro amor llama a mi puerta,
otro nuevo amor despierta
en la paz del alma mía.

Ahora empieza a murmurar, como una plegaria tibia de aliento interior, las palabras de Urbina: «Ya mi tristeza es de verdad». Después de haber vivido como un nómade del amor, en esa penosa volubilidad de los que buscan y no encuentran, siente que sobre sus sienes van despetalándose, hora tras hora, las rosas de la juventud y clama su lamento:

¡Ay de los que perdieron la jornada,
de ensueños vagos en fugaz derroche,
y vieron que en el reino de la nada,
oscura y torva, les «cogió la noche»!

No es Villafañe de esos soñadores que piden a la vida más de lo que la vida puede dar. Sus sueños no se apartan de una realidad humilde, si se quiere, pero llena de amor, de reposo, de serenidad. Sin embargo, el temor de ahogar la visión inefable en un desencanto fatal lo ha detenido a las puertas de esa realidad. Ha llegado hasta ellas y no se ha atrevido a salvarlas. El humorista dará, en equívoca explicación, una de esas frases que ponen risa en los labios y velan con falsa hilaridad la verdad del espíritu. Mas es preciso no creerle. En Villafañe la ironía es apenas el disfraz, la máscara con que ha querido presentarse en la farándula social. Hay algo más profundo, más inquietante que lo detiene al margen de la perenne ilusión: el encanto del ensueño, el miedo a encontrarse en la vida sin la esperanza de todas las horas de su vida, ciega la fuente de las mejores emociones. Y ante el temor de sacrificar el ensueño ha preferido inmolarse a sí mismo en la aridez de una existencia solitaria. Origínase en este vacío la sensación del abandono y desamparo que deja en el

ánimo la lectura de su obra, escrita toda con sangre, conforme a la enseñanza de Zarathustra:

> Ya ves, Señor, no hay júbilo que irradie
> en mi sombra de augurio vespertino;
> soy como un árbol seco en un camino
> muerto, por donde ya no pasa nadie.

Intimamente enlazado por el aspecto erótico preséntase el aspecto vernáculo en la poesía de Villafañe. Alguna vez, con ocasión de una conferencia sobre poetas jóvenes de Colombia, escribió Eduardo Castillo acerca del autor de *Tierra del alma*: «Su lira no posee sino una cuerda; pero esa cuerda vibra bajo sus manos con resonancia orquestal». Yo creo que el concepto de Castillo padece de error. Villafañe no es sólo el cantor de las novias olvidadas, de los desengaños amorosos, de la amada muerta, del éxodo juvenil en pos de la soñada Dulcinea. Nó; Villafañe es también el poeta de los caminos, de los sauces abandonados (que lo obsesionan dolorosamente al igual que la fuga rítmica de las horas), de las casas vacías, de los árboles compasivos, de las fuentes generosas, de los pozos que se abisman en el prodigio de los cielos estrellados, a la orilla de los senderos. Y, sobre todo eso, o mejor, por todo eso, es el poeta de Cauca. Recordemos, si no *Tierra del Alma*, *Cajamarca*, *Emociones rurales*. A través de sus versos palpita el ambiente del Valle impregnado de la suave melancolía de la añoranza. Los cuadros y paisajes que desfilan por sus estrofas viven con la vida propia que poseen y con la que el poeta les infunde al cantarle como quería Isaacs que se cantara al Cauca: desde la ausencia. Villañafe que, como todos los que nacimos bajo el sol del Valle, lleva los paisajes de esa región paradisiaca como un tatuaje eterno sobre el alma, según la hermosa y gráfica expresión de Alberto Carvajal, ha sabido darnos en sus rimas la visión de su tierra y aprisionar en ellas el ambiente de sus campos. ¡Cuántas veces me he repetido las estrofas del poeta, cristalinas como los ríos que cantan musicales, como las campanas de la aldea, tristes como las atardeceres vallecaucanos!

En la poesía de Villafañe, elegíaca y plañidera, como he anotado arriba, va íntimamente unido el recuerdo del paisaje al recuerdo de los juegos infantiles y especialmente a la imagen de la novia que amó en su adolescencia, bajo el influjo férvido de aquella naturaleza encendida en el sol de los trópicos:

> Horas de amable sencillez: florida
> paz de mis campos: luminosa huella
> que abrieron en el fondo de mi vida
> el sol, la tarde, la montaña y *Ella*.

El paisaje preséntase ahora desierto y melancólico a la evocación del poeta. Los niños que con él jugaron «ora *al gato ladrón* o a *los corozos*», tornáronse hombres; la novia del idilio arcádico no alienta ya con su presencia el cuadro que el poeta soñara, creado para enmarcar la hermosura angélica de la amada. Flota sobre el paisaje la desolación de los sitios abandonados:

Todo está como ayer, todo la nombra:
el árbol fértil de tupida sombra,
la misma luna con la misma estrella;

y bajo el sueño de los verdes sauces
el agua azul de los floridos cauces
también la nombra....¡pero falta Ella!

He apuntado en otra parte que Ricardo Nieto se afana por abarcar la visión del conjunto, al paso que Cornelio Hispano siéntese seducido por los aspectos familiares, por las escenas íntimas, por los interiores de nuestras quietas mansiones patriarcales. Villafañe aúna en sus poesías ambas manifestaciones. Rico en imaginación, en brillo de fantasías, aprisiona en sus versos la emoción de los horizontes imprecisos, de las llanuras solitarias, de las montañas y de los ríos; y dotado a la vez de sensibilidad exquisita, de sorprendente capacidad emotiva, conmuévese con sincera ingenuidad ante la evocación de cosas íntimas, de amores perdidos, de retozos infantiles, de las calles de la aldea, de la plaza dormida al sol o a la luna en cuyo centro canta y llora eternamente la fuente municipal la dulce monotonía de los días iguales. Y es indudable que en la pintura de esas escenas humildes ha gozado el poeta algunos de sus más felices momentos. ¿No ha sido él, acaso, quien nos ha descrito en lentos y armoniosos alejandrinos, las tertulias aldeanas, tocadas, como todo en el pueblo, del espíritu del pueblo, de la pereza del pueblo, del encanto del pueblo?

La puerta de la casa le sirve a la familia
para los suaves ratos de charla y de vigilia;
y allí bajo la luna, con un amor sencillo,
se dicen muchas cosas, se fuma cigarrillo
o bien algún compadre que hacia el pasado mira
consume un amoroso cigarro de Palmira.

. . . . . .

Y así se van las horas en familiar derroche,
hasta que alguno dice: «que pasen buena noch
y pone fin al rato cordial de la velada
en el ensueño diáfano de la luna encantada. e»

Escuchad ahora cómo da la impresión de los aspectos deslumbrantes, abrumadores del paisaje vallecaucano:

Tierra de amor y paz: montes ufanos
de flores, nidos y verdor; falanges
de garzas vespertinas; luengos llanos
que fulgen cual si en ellos bravas manos
esgrimieran innúmeros alfanges.

Tardes caucanas, tardes luminosas,
en que como un pintor de experta mano
se pone el sol a coronar de rosas
la testa invicta al farallón lejano.

Villafañe ha querido darnos su visión general del Cauca en el poema *Tierra del alma*. Hecho el descuento que le ocasiona el ser, como anotaba alguien, un inventario de paisajes y de emociones, ofrece el poema múltiples bellezas. «Hay allí vibraciones nuevas y un modo sutil y extraño de sentir y de pintar la naturaleza», dice de *Tierra del alma* un crítico insigne (1). La emoción palpitante del poema es el hilo de oro que enlaza y da unidad a la innúmera variedad de los cuadros que allí se describen. No exhibe aquí el autor el éxtasis deslumbrado de Nieto, ni la desnudez descriptiva de Isaías Gamboa en *El Cauca*, ni las reminiscencias helénicas de Hispano. En cambio, alienta y entibia la obra de Villafañe una intimidad de hijo, una tan exquisita familiaridad con las cosas que canta, que lo acercan a Isaacs. Decidme si no flota algo del espíritu del autor de *María* en estas estrofas que entresaco de *Tierra del alma:*

Recuerdos florecidos de la tierra
que mana leche y miel del valle ameno,
en donde todo para el hombre es bueno:
el verde llano, la empinada sierra,
la senda amiga o el alcor sereno.

Intensidad divina de la hora
en que el trabajador su acero envaina
y en que el alma sutil de la dulzaina
en los recodos del camino llora.

(1) A. Gomez Restrepo (La literatura colombiana).

Soles que vi caer desde la proa
de frágiles piraguas, rumor lento
con que el agua rizada por el viento,
acaricia el andar de la canoa.

Torre musgosa, cuando yo volvía
al terruño, feliz, como un buen hijo,
ví que tu cruz al fenecer el día,
fué la primera cruz que me bendijo.

Villafañe posee una espontaneidad y agilidad de forma tales como quizás no las tenga ningún otro poeta del valle del Cauca, Hay en su poesía estrofas de facilidad y transparencia tan extraordinarias, de tan luminosa nitidez, que no se ve en ellas la mano del artífice sino únicamente el paisaje que no deja pensar en otra cosa que en él mismo. Son tejidos tan diáfanos que en ellos se refunde el alma del poeta, como las manos alabastrinas de una mujer que se perdieran entre las níveas y sutiles espumas de los encajes.

Sin embargo, a veces aquella facilidad y el afán de dar la impresión exacta del cuadro o del paisaje llévanlo a graves imperfecciones. Mas, a pesar de ellas, el poeta triunfa, porque en sus versos viven en íntima comunión su alma y el alma de la naturaleza.

Mario CARVAJAL

VIA DOLOROSA

Yo mismo la enterré, yo mismo un día
cerré sus ojos a la luz terrena
y limpié de su frente de azucena
el trágico sudor de la agonía.

Es un recuerdo blanco: todavía
la nombro en el silencio de mi pena;
descanse en el Señor.....¡si era tan buena!
Duerma en mi corazón.....¡si era tan mía!

Ojos y boca y manos ilusorias.
todo bajo la sábanas mortuorias
quedó como una lámpara extinguida;

y yo de mi locura bajo el peso
dejéle el alma en el dolor de un beso
y a duras penas me quedó la vida.

II

Ojos como dos claros madrigales
que abrieron en mi sér profunda huellas,
suaves a veces como dos estrellas
y a veces fieros como dos puñales.

Labios en flor; inolvidable acento
que fué para mi ensueño peregrino
como el agua de Dios que da al sediento
de beber en las vueltas del camino.

Todo bajo la sombra y el misterio
de un árbol y en la paz de un cementerio,
fúnebre playa del eterno río.....

Pensad en el desangre de mi herida,
y decid si hay dolor en esta vida
que en algo pueda compararse al mío.

EL QUEBRANTO

Apenas en mitad de la jornada
por alcanzar la flor, cojo la ortiga,
¡y mi trémula planta se fatiga
en el agrio declive ensangrentada!

No ya la luz de la mujer amada
con su apacible fulgurar me abriga,
ni el suspirado manantial mitiga
el mal de esta vejez anticipada.....

Sobre la playa de mi mar sereno
los años y el dolor me han hecho bueno
y me han tornado el corazón de seda;

¡y es tan rudo y tan hondo mi quebranto
que, agotadas las fuentes de mi llanto,
ya ni el consuelo de llorar me queda!

Carlos VILLAFAÑE.

Cartas a Graciela

(del libro EL ROSTRO INNUMERABLE)

Para Víctor Andrés Belaúnde

Estamos en Febrero, segun creo; es Febrero
porque hay sol, porque hay alma, porque canta un jilguero.

Al lado de las coles gordas, frescas, dichosas,
te escribo: en las narices no hay perfumes de rosas,
o sea, que a despecho del cielo azul y del
picacho azul y del alma, y del laurel
que mis sienes esperan y del candor divino
con que me creo un dios, sin llevar albo lino
sobre los hombros, sino lentes sobre los ojos,
y flux y caña y anillo; (esto de los anteojos
no es tan solo simpleza como dicen las gentes
sino que torna todas las cosas sonrientes:
como amortigua un poco la luz del mediodía
da la sabiduría dulce de la ironía.....);
Pues apesar del cielo azul, del lirio y de todo
lo divino del trino, sentí a Sancho, de modo
que, como soy un dios, al sentirme sanchesco,
—figúrate, ¡escribir a lado de las coles!—
recurrí al gorrioncillo sincero, luego al fresco
rocío de la aurora; recurrí a los bemoles
y a las fugas que dice el agua en su carrera
y oí de nuevo el dulce reir de Primavera.

El aire armonioso y dulce, el chisme de la brisa
que me insinúa cosas divinas, la sonrisa
bonachona del viento, la carcajada fresca
del agua, no dejaron a mi alma la sanchesca
palabra del repollo....
—Estamos en que, lleno
de candor, con el alma en la mano y sereno
como Dionisos, alzo mi túnica y sentado
sobre la grama, escribo, digo hago versos al lado
de las coles. (Dispensa, como tú eres mi hermana,
puedo dejarte el alma en tu mano lozana;
puedo decirte alguna confidencia que callo
a los demás; no digas esto que ahora digo:
soy un poco sanchesco, y a despecho del trigo
dorado y de la estrella no desprecio el zapallo
ni la cebolla, el pan blanco ni el dulce beso
de una muchacha. Pero....no digas nunca eso....)

Pues bien, sobre la grama quiero decirte algo
de lo que siento ahora, de lo que pienso y valgo.

Lo sabrás: yo no valgo nada para esas gentes
dichosas, cuyo vientre triunfa de nuestras frentes
y de la azul congoja de ser poeta y de ser
bueno y ser candoroso como un pájaro ¿Sabes?
Los pájaros son sabios en la ciencia del ser
y del no ser: ¿no sientes cómo cantan las aves?
Ni Hamlet que pensaba tánto, ni el señor Kant,
el sabio, saben tanto como estos pájaros: dan
su trino al viento; eso es todo: en la tristeza,
en la risa, en el sol, en el nublado, reza
el canto de los pájaros; ellos no van a misa,
pero Dios está grato de la fresca sonrisa
que ponen en las flores y en las almas y en
la congoja antigua que nos muerde la sien.
Espera. Pronto vuelvo a filosofar; espera
acabo de encontrar, riendo a Primavera
bajo una florecilla del camino; unos chiquillos
cantan jugando, o sea rezan; los gorrioncillos
no lo hicieran mejor. Algunas aldeanas
han pasado y me dicen en palabras poblanas,
y amorosas: «Señor, muy buenos días le dé
Dios». Como tu ves, aqui no hay odio; yo sé

que me lo desean sinceramente. También
acaba de nublarse el sol; pero los trinos
continúan diciendo su dulzura. Chopin,
ese que tú conoces, de dolores divinos,
y que tú crucificas en el teclado negro
y blanco, que solloza bajo tu mano y canta
desde el umbral oscuro, cuando de la garganta
del piano se alza, detrás del claro alegro
la silueta doliente, tísica, de un nocturno....
Pero vuelvo a los dulces trinos. Yo me embadurno
las manos con arcilla; parezco un indio, parezco
un cacique con lentes, con labio fino y fresco
candor de niño. Tú sabes que tengo un corazón
tan dulce, pero tan dulce que las abejas pon-
go por caso, un día labrarán su colmena
en la caja de cera de mi corazón. «Soy buena»
dice la rosa: «soy buena» dice la nube;
pero, mi alma es buena, y sin embargo sube,
y sube como el incienso azul, como la fina
involuble sonrisa de alguna golondrina.
Mi corazón es bueno, yo soy el Nazareno
de estos tiempos benditos; mi corazón es bueno,
y si nadie lo sabe, tú lo sabrás Graciela
no lo digas: mi alma es una pastorela.

Posdata.—Se me olvida decirte que el buen Luis
de la Jara, tendido con los brazos en cruz,
y el buen Luis de la Jara de «corazón de lis»
se ha hecho crucificar de nuevo con la luz.

Alberto GUILLEN

Arequipa, 1920.

Fracaso de la misión Lavalle

Pronto, sin embargo, a pesar de las espectativas que se tenían, principiaron a esfumarse las esperanzas de que la misión Lavalle pudiera llegar a conjurar el peligro, consiguiendo que Chile retirara sus tropas de Antofagasta, una vez que se le ofreciera la invalidez de las supremas resoluciones del gobierno boliviano, que habían motivado, incidental o aparentemente, la actitud bélica de aquel país; pues, apenas se produjo el arribo de nuestro agente diplomático al lugar de su destino, comenzáronse a recibir las más alarmantes noticias sobre las actitudes del pueblo chileno, que revelaban ampliamente sus propósitos, irrevocables, de no escuchar propuestas de arreglo, ni de someter, mucho menos, sus anhelos de ensanche territorial a ningún género de apreciaciones jurídicas.

Así el Cónsul del Perú en Valparaíso relataba en los siguientes términos la recepción que se le estuvo preparando y que se le dispensó a nuestro agente de paz:

"Secreta"

"Valparaíso, 3 de Marzo de 1879.

"Señor Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores.—Lima.

"Querido señor:

"Sin ninguna de Ud. y por mano agena, hallándome en cama enfermo, le dirijo ésta para manifestarle lo que pasa en el actual conflicto internacional.

"El pueblo de Chile está resueltamente por la guerra con el Perú, y parece imposible que su gobierno resista al ímpetu de las masas. Además los preparativos bélicos de éste, y en especial sus aprestos marítimos, revelan la *intención preconcebida* y la ejecución de plan de ataque contra el Perú. . . . . .

"Mañana llegará el señor Lavalle, y hoy tiene lugar un *meeting* con el objeto de impedir a todo trance que se acepte su mediación. No será extraño que el pueblo que ha estado prorrumpiendo en repetidos "¡mueras!" al Perú, se agolpe al paso de nuestro enviado para ultrajarlo. A pesar del malestar que me tiene en cama, estaré a bordo mañana para acompañar al Plenipotenciario, solicitando antes de la autoridad local la protección que debe prestar la fuerza pública al Ministro del Perú.

"Chile tiene hoy cerca de 4,000 hombres en el litoral boliviano: esto es 2,000 de línea y 2,000 cívicos. Aún enviará fuerzas que hagan llegar el número total a 6,000 hombres. La escuadra se reune en Antofagasta al mando de Williams Rebolledo.

"Por el cable comuniqué a S.E. el Presidente la próxima salida del capitán de navío Lynch a traer dos blindados de Inglaterra. En el mismo parte indiqué que la prensa se mostraba insultante, y que en previsión de una sorpresa, no sin ejemplo anterior en nuestras discordias con Chile, debía evitarse que nuestros buques de guerra permanecieran escalonados en la costa.

"Para sus gastos de guerra, cuenta este gobierno con el préstamo de cinco millones de pesos, que le han hecho las casas de Gibbs y de Edward; dinero que se consumirá muy pronto en el costosísimo sostenimiento del cuerpo expedicionario a Bolivia, en la compra de los buques y en el continuo movimiento de la escuadra.

"Los blindados "Blanco Encalada" y "Cochrane" han llevado algunos torpedos. . . . . .
. . . . . .

"En cuanto a este humilde amigo de Ud., espera tener el gusto de verlo muy pronto, si antes la furiosa rotería que hasta en mis puertas grita "¡muera el Perú!", no me deja clavado sobre el escudo consular.

"Es posible que la recepción que tenga mañana el señor Lavalle, haga desde luego inútil toda gestión suya, traiga un rompimiento inmediato, y acto continuo el regreso de los funcionarios peruanos.

"Por si mi carta a S.E. no alcanza al vapor, suplico a Ud. le dé lectura de la presente.

Suyo affmo. y S. S.

(Firmado).—*"Luis E. Márquez"*.

"Valparaíso, 6 de Marzo de 1879.

"Señor Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores.—Lima.

S. M.

Paso a dar cuenta a US. del atentado que una parte de la plebe de este puerto cometió el 4 del presente contra el Consulado de mi cargo.

"Con motivo de la noticia de la próxima llegada del señor Ministro Plenipotenciario del Perú D. José Antonio de Lavalle, circuló profusamente en Valparaíso una invitación a un *meeting* popular para el referido 4 del actual, día de la llegada del Enviado peruano, con el objeto de protestar de su misión y hacer ante el mismo una manifestación de reprobación.

"Habiéndome informado de que se excitaba al populacho para ultrajar al señor Lavalle a su desembarco, ocurrí al señor Intendente de esta Provincia en solicitud de garantías para la seguridad de la persona del representante del Perú y del respeto debido a su carácter oficial. El señor Intendente me expuso que en virtud de reiterados avisos en igual sentido, había llamado a los individuos señalados como promotores de la denunciada tropelía y les había amenazado con el más severo castigo de la fuerza público, añadiendo que tomaría todas las medidas necesarias a la seguridad y respeto de los agentes peruanos. En realidad a la hora de llegada del señor Ministro Lavalle (una de la tarde) se advertía entre el airado y numeroso pueblo que cubría el desembarcadero y la playa, una respetable fuerza de policía. El señor Lavalle, acompañado por el señor Paz Soldán y el que suscribe, pasó entre una fila de comisionados de la policía secreta y resguardado por soldados a caballo, desde el muelle hasta el hotel de su alojamiento.

"El señor Paz Soldán y yo, recomendamos al señor Ministro que se dirigiera a Santiago por tren de la misma tarde, a fin de evitar la manifestación desfavorable que se le esperaba con el meeting de la noche. El señor Ministro partió en dicho tren.

"El *meeting* tuvo lugar de ocho a nueve de la noche en la plaza de la Intendencia. Concurrieron a él seis mil personas más o menos. Los discursos de los oradores populares estaban preñados de ira contra el Perú y de violento desprecio para el Enviado Extraordinario. Exaltado el pueblo por esos discursos, prorrumpió en "mueras" al Perú y en gritos ultrajantes contra nuestra república y sus agentes. Terminada la reunión, se encaminó una parte de la concurrencia al "Gran Hotel Central" (supuesta residencia del señor Lavalle). Allí permaneció largo rato profiriendo amenazas e injurias y pidiendo al representante del Perú. Convencida la turba de que ya había partido a Santiago el señor Ministro, se dirigió al Consulado de mi cargo. Allí también lanzó gritos de muerte contra el Perú y el que suscribe, arrojando piedras al escudo Consular, a las ventanas de la casa y tratando de forzar la puerta de entrada. La primera fuerza de policía que acudió a apaciguar el tumulto, fué recibida a pedradas y tuvo que pedir refuerzo para contener a los empecinados en tan inaudito ultraje. Enseguida llegaron al Consulado el señor Intendente de la Provincia, el Jefe de policía y varias personas respetables, donde acompañaron a mi familia hasta el momento de mi llegada a la casa, pues en el tiempo que duró el asalto de la plebe, me encontraba fuera de ella.

"He oficiado al señor Intendente manifestándole mi gratitud por su intervención personal a favor del Consulado y resguardo de mi familia.

"Adjunto hallará US. el parte oficial de este acontecimiento. En él verá US. que fué apresado como promotor del tumulto un hombre ebrio.

"Dí oportuno aviso de lo ocurrido al señor Encargado de Negocios del Perú.

"Las autoridades han deplorado el suceso y ofrecido garantías para el porvenir.

"Dios guarde a US. S. M.

(Firmado).—*"Luis E. Márquez"*.

Así acogida por una plebe desenfrenada, entre provocaciones e injurias, la presencia de nuestro Ministro, su misión estuvo desde el primer momento destinada a fracasar.

"Chile—expresaban los panfletos que en aquel acto se distribuyeron con profusión—ha dicho, al pisar el desierto de Atacama, como Mac Mahón en Malakoff: *aquí estoy y aquí me quedo!*". Tenía hecho el propósito de no salir del territorio invadido y los esfuerzos de nuestro Plenipotenciario para conseguirlo, con el objeto de que se sometiera el pleito a un arbitraje habrían de resultar infructuosos. Se trataba de un caso de conquista.

Penetrándose el gobierno peruano de este concepto y de la situación a que habría de arrastrarlo la actitud de Chile, ya que ni en un solo momento el país había vacilado acerca de la obligación y de la necesidad en que se hallaba, en último caso, de aunar sus energías a las bolivianas para repeler el ataque de que era víctima el país aliado, se pasó a todas las Legaciones en el extranjero la siguiente Circular, en la que bien se expresaba la noble resolución y entereza que animaban al espíritu nacional peruano.

"Ministerio de Relaciones Exteriores.

"Circular"

Lima, Marzo 5 de 1879.

"Señor Dr. D. Aníbal Víctor de la Torre

"N.º 17")

"Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"Es probable que haya llegado a esa capital, por el cable, la grave noticia de la ocupación, realizada el 14 de febrero, por fuerzas chilenas de Antofagasta, Mejillones, Caracoles y algunos otros puntos del litoral boliviano.

"Al principio se creyó que este acto del gobierno de Chile tuviera por objeto hostilizar simplemente a Bolivia y ejercer sobre ella presión, a fin de impedir que se llevara a efecto el decreto de su gobierno, por el que se rescindió el contrato que tenía con la Compañía de Salitre y Ferrocarriles de Antofagasta; mas, el carácter mismo de la ocupación y todos los actos posteriores, aun los emanados directamente del gobierno, han ve-

nido a manifestarnos que Chile se propone apoderarse del grado 23, a que corresponde los puertos y lugares arriba citados, fundándose en el principio de la reivindicación y dando por cierto que aquellos territorios le pertenecen y que estuvo en posesión de ellos antes de 1866.

"No siendo necesario que me detenga a manifestar a US. los pormenores de tan grave y delicada cuestión, pues US. podrá estudiarlos fácilmente en las importantes publicaciones hechas por todos los diarios de esta Capital, entraré a manifestarle que, desde el 2 de enero en que el gobierno pudo preveer que surgiesen desagradables complicaciones entre Chile y Bolivia, autorizó a sus representantes en Santiago y La Paz para que, cuando llegase a su juicio un momento de serio peligro, ofrecieran los buenos oficios del Perú; y que, apesar de haberse esto realizado con la debida oportunidad, no *fueron aceptados por el gobierno de Chile.*

"Posteriormente, y a fin de agotar todos los medios que pueden conducir a un arreglo pacífico de las relaciones entre Bolivia y Chile, evitando el escándalo de una guerra entre repúblicas hermanas, y las complicaciones que inevitablemente traería ella al Perú, se ha enviado a Chile el 22 del próximo pasado, una misión extraordinaria de primer rango, confiada al señor D. J. A. de Lavalle, cuyo objeto es interponer la mediación en forma del Perú, sobre la base de retrotraer las cosas al estado en que se encontraban antes del 14 de febrero, en que tuvo lugar la ocupación del litoral boliviano. Si el gobierno de Chile, aceptando la intervención del Perú, escuchase nuestros consejos y se prestase a la desocupación, se habría evitado la guerra: en caso contrario, ésta es inevitable e inmediata y está llamada además a arrastrarnos, pues el Perú, por consideraciones políticas y económicas, cuya gravedad no se ocultará a US., no puede aceptar el invocado principio de reivindicación, *ni permitir que Chile despoje a Bolivia de la parte más rica e importante de su litoral.*

"El señor Lavalle llegó ayer a Santiago, según acabamos de saber por cable; de manera que muy pronto podrá manifestar a ese Gobierno el objeto de su misión y nos será posible apreciar aquí, con seguridad, el éxito que se espera y que me inclino desde ahora a creer sea desfavorable, atentas las declaraciones hechas por el gobierno chileno, la naturaleza de la ocupación y el estado en que se encuentra la opinión pública en ese país.

"Conviene que US., trasmita a los agentes consulares de la República en ese país, un extracto de los puntos contenidos en esta comunicación; y que organice desde ahora su correspondencia con dichos agentes consulares, a fin de proceder rápida y eficazmente, en servicio de los intereses nacionales, en el desgraciado caso de que el Perú se vea complicado en la contienda.

"Dios guarde a US.

(Firmado).—"*Manuel Yrigoyen*".

A la vez, el 7 de marzo, o sea el mismo día en que el señor Lavalle debía presentar sus credenciales en Santiago, para iniciar las gestiones conciliadoras que se le tenía encomendadas, el gobierno del Perú, que conocía ya las escasas posibilidades de éxito que rodeaban a aquella misión, en su afán de mover todos los resortes, que pudieran evitar una guerra, para la cual estaba completamente desprovisto, hubo de acudir a otro recurso extremo y que, a causa del momento internacional que se atravesaba y en razón misma de sus antecedentes propios, tenía que parecerle más difícil de conseguir: el de la alianza con la Argentina.

Quienes se hallaban al frente de los negocios públicos, entonces, no podían haber olvidado el estado en que quedaron nuestras negociaciones al respecto, el año 1875, en que el gobierno del Perú impartió órdenes para que no se llevaran adelante los trabajos concernientes, por temor de que ellos pudieran dificultar el arreglo pacífico de las diferencias chileno-argentinas; y aunque bien tenían que considerar que ese desistimiento y la circircunstancia de haber desaparecido ya, desde que se celebró el tratado Fierro-Sarratea, las probabilidades de un *casus belli* por las cuestiones patagónicas, hacían muy poco presumible la aquiescencia del gobierno argentino, no se quiso dejar de llevar a cabo una postrer diligencia, invocándose elevados y solidarios sentimientos de orden y de defensa recíproca.

El mismo doctor don Manuel Yrigoyen, que solicitó, el año de 1873, la adhesión de la República Argentina al tratado de alianza Perú-boliviano y que recibió, después, instrucciones para no llevar adelante esa negociación, fué quien hubo de hacer este último requerimiento, convencido, siempre, como se verá enseguida, de que "la última de las tres Repúblicas" habría de servir "para evitar la guerra y para facilitar un arreglo" pacífico.

La solicitación fué ordenada en la forma siguiente:

Lima, marzo 7 de 1879.

("Reservada")

"Señor Dr. Don Aníbal de la Torre, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"Está U.S. perfectamente instruído de las gestiones que hice ante el gobierno de la República Argentina, como agente diplomático del Perú, con el objeto de conseguir su adhesión al Tratado de alianza defensiva, ajustado el 6 de febrero de 1873 entre el Perú y Bolivia: del resultado que entonces obtuve y del estado en que quedó aquel asunto.

"El conflicto ocurrido últimamente entre Bolivia y Chile, que ya no debemos esperar que pueda arreglarse de una manera pacífica; el temor muy fundado de que el Perú tome en él parte, en defensa de intereses que son de toda la América, hace necesario que continuemos aquellas gestiones, a fin de obtener la adhesión definitiva de la República Argentina. Con tal motivo paso a trasmitir a U.S. las instrucciones necesarias.

"Como U.S. debe recordar, el gobierno argentino recibió la solicitud del Perú con marcadas pruebas de satisfacción; porque juzgó el Tratado bueno y necesario, y se adhirió a él en los términos y con las explicaciones que constan en la nota del señor Ministro de Relaciones Exteriores de esa República, doctor Tejedor, de fecha 14 de octubre de 1873.

"Posteriormente dió esa Legación al gobierno argentino, en oficio del 20 de agosto de 1874, las explicaciones solicitadas para perfeccionar la adhesión, habiendo sido antes discutidas y acordadas con el mismo Ministro señor Tejedor, concluyendo dicha comunicación con las palabras siguintes: "el abajo firmado se complace en esperar que la respuesta que acaba de consignar en esta nota, satisfaga por completo al Excmo. Gno. argentino; y que desaparezca con ella, el obstáculo que impidió el 14 de octubre último, fecha de la nota de U.S., a que la presente se refiere, proceder a la celebración definitiva de la adhesión al Tratado de alianza defensiva de 6 de febrero".

"El 21 de setiembre del mismo año de 1874 el Ministro de Relaciones Exteriores de esa República contestó al anterior oficio, manifestando que su gobierno vacilaba aún en formali-

zar la adhesión por los motivos que expresaba, referentes en su mayor parte a actos del gobierno boliviano; y terminando por manifestar que debiendo separarse pronto del Ministerio por cesar la administración de que formaba parte, no le sería ya dado sino remitir a su sucesor la resolución del asunto.

"Tres días después de esto estalló en esa República una revolución iniciada por el General Mitre; se cambió en seguida el gobierno, subiendo a la Presidencia S.E. el doctor Avellaneda, y yo me vine a esta capital, haciendo uso del permiso que me había concedido el gobierno. A mi regreso a Buenos Aires, a mediado de 1875, ya no se volvió a tocar el asunto de la adhesión, quedando todo, por consiguiente, como permanece hasta hoy, en el estado de que el gobierno argentino perfeccione esa adhesión. Todos los documentos a que me he referido, y cuanto a tan importante asunto conviene, se encuentran en el archivo de esa Legación.

"Quizá el hecho de haberse ajustado últimamente un pacto provisional entre Chile y la República Argentina, que suspende por el momento sus cuestiones de límites, habrá hecho variar las ideas de ese gobierno, respecto al Tratado aludido; pero juzgo que existen poderosas razones que U.S. puede hacer valer, en las conferencias verbales que tenga, a fin de que se perfeccione aquel pacto.

"En efecto, aparece de los estrechos vínculos que unen a ambos países, desde la época de la independencia, y de la urgente necesidad de prestar un apoyo a Bolivia que garantice la integridad de su territorio, basta echar una ligera mirada sobre el modo como está procediendo Chile, para comprender la política que esta resuelto a seguir en asunto de esta clase. Si ha llegado Chile a un avenimiento con la República Argentina, hay fundados motivos para sospechar que lo ha hecho sólo para desembarazarse de ella, para emprenderla contra Bolivia, proclamando el principio de *reivindicación,* contra el cual la cancillería chilena protestara, en otra época, solemnemente.

"La reivindicación es, por lo tanto, una verdadera amenaza contra la República Argentina, y contra el pacto provisional celebrado entre ambos países. Que Chile observará mañana contra esa República el procedimiento que ha empleado contra Bolivia, no solo es presumible, sino seguro, si se tiene en consideracción el carácter absorvente que siempre ha distinguido al expresado país y el poco respeto que guarda a los principios del Derecho de Gentes y a sus compromisos internacionales.

"Creo innecesario extenderme más, exponiendo las razones en que U.S. debe apoyar las gestiones que se encomiendan. U.S. las conoce, las aprecia muy bien, y no dudo que sabrá manifestarlas debidamente, para llevar al ánimo de ese gobierno el completo convencimiento de que le conviene asegurarse para el porvenir, prestando su adhesión al pacto a que me refiero. Ni debe olvidar U.S. de manifestar que *la unión de las tres Repúblicas servirá para evitar la guerra y para facilitar un arreglo ventajoso* de las cuestiones de límites de los dos últimos países.

"Pero si, por desgracia, ya no abrigase ese Gobierno las ideas y propósitos que nos manifestó en 1873 y 1874 y se negase a perfeccionar su adhesión al Tratado de alianza de 6 de febrero, conviene entonces que U.S., bajo otra forma, consiga que nos preste su apoyo en la lucha que irremediablemente vamos a sostener con Chile.

La conducta que observa Chile en sus relaciones con las Repúblicas vecinas, cuando se trata de cuestiones de límites y su marcada tendencia a ensanchar su territorio, ejercen tan poderosa influencia en su gobierno y en la opinión pública de ese país, que no se parará en medios, de cualesquiera naturaleza que sean, para conseguir su objeto. Están a la vista los preparativos bélicos que hace en gran escala, para emprender una campaña que podría llamarse de conquista, y cuyo término no se puede preveer. El Perú que se halla distante de Chile y que nunca ha tenido ocasión de sostener cuestiones de límites con él, teme con justicia que si llega a apoderarse definitivamente del litoral boliviano, como lo pretende, tratará de avanzar siempre, con grave peligro del equilibrio americano y de la tranquilidad de sus vecinos.

"Tales consideraciones, además de otras, que obligan al Perú a defender a Bolivia en la presente cuestión con Chile, puede hacérselas también la República Argentina, quizá con mayor fundamento que nosotros.

"Está, pues, en sus intereses no permanecer indiferente. Y si le es imposible dar su adhesión al Tratado, podría aceptar un pacto de subsidios, para lo cual no le sirve de obstáculo la tregua que mantiene con dicho país, en virtud de la convención Fierro-Sarratea. Conforme a lo que se estableciera en el expresado pacto, la República Argentina y el Perú se comprometerían a proporcionar uno, dos o más de sus buques de guerra, para cualquiera cuestión internacional en que se vieran comprometidos: lo que sería de altísima importancia para la paz de es-

te continente y no ofrecería peligro para ninguno de los países, pues ni el Perú tiene intereses políticos en el Atlántico, ni la República Argentina en el Pacífico. Dejo a la ilustración de U.S. manifestar, con tal motivo, que el tratado de subsidios no quebranta la neutralidad, ni altera tampoco las relaciones internacionales de los países que lo celebran, respecto de una tercera potencia, contra la cual pueda uno de ellos entrar en guerra, según lo establecen los principios del Derecho Internacional. De manera que no existiendo guerra entre el Perú, puede la República Argentina ajustar dicho pacto, sin faltar a la neutralidad, si la quiere conservar.

"Ahora bien, si ninguno de los medios indicados fuese aceptado por ese gobierno, puede U.S. proponerle la compra de uno o dos de sus blindados, que sería por tercera mano y consultando las reservas convenientes, mediante siempre la más completa reciprocidad por parte del Perú, de suerte que si más tarde la República Argentina se viera en la necesidad de hacer uso de su Escuadra, el Perú estaría obligado a venderle sus mismos buques y a poner, además, a su disposición uno o dos de sus blindados.

"De todos modos, el gobierno del Perú no duda que el argentino asumirá la actitud que las circunstancias exigen, combatiendo el principio de reivindicaciones; y U. S. debe influir a fin de que pase una nota en tal sentido a la Cancillería de Chile.

"Las ideas que de un modo general quedan manifestadas en este oficio y que pueden desarrollarse según el curso de las conferencias que tenga U.S. con ese señor Ministro de Relaciones Exteriores, servirán de base para que U.S. lleve a cabo las gestiones indicadas. A su inteligencia y sagacidad confía el Supremo Gobierno el satisfactorio resultado de ellas, y con ello habrá prestado U.S. un gran servicio a la República.

"Debo indicar a U.S. para terminar, que las gestiones que se le encomiendan deben ser por conferencias verbales, sin dejar constancia por escrito, excepto el caso en que llegue a sentar algún acuerdo.

"Queda U.S. autorizado para hacer uso del cable, a fin de consultar cualquiera duda que ocurriera, sirviéndose, si lo creyese necesario, de la clave que existe en su poder, con el objeto de proceder con acierto y con la debida rapidez.

"Dios guarde a U.S.

"(Firmado).—*M. Yrigoyen*".

Poco después se remitió esta otra, siempre con la mente de atraer a Chile, como se expresa, al "campo de la aveniencia y del arreglo".

"Ministerio de Relaciones
Exteriores

"Lima, marzo 26 de 1879.

("Reservada")

"Sr. Dr. D. Aníbal Víctor de la Torre, Encargado Especial y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y Repúblicas del Plata.

'La rapidez con que se desarrollan los sucesos consiguientes a la ocupación del litoral boliviano por fuerzas chilenas, o a la *reivindicación* de dicho territorio por Chile, obligan al gobierno de la república a proceder activamente, en el sentido de que no vengan a sorprenderle graves complicaciones, y a trabajar con empeño, de acuerdo con la previsión que el caso exije, y a emplear cuantos medios permite el decoro, para que no sufran los intereses de la nación. Porque es indudable que, así como, si Chile no acepta nuestra mediación y no cede a nuestras amistosas instancias, el Perú tomará parte en la lucha, en defensa de sus derechos amenazados, así también *podrá verse aquel país en la necesidad de entrar en el campo de la aveniencia y del arreglo, en cualquiera circunstancia, si vé que hay tres repúblicas unidas, que ejercen poderosa influencia.*

"Por consiguiente, trabajar por la participación de la República Argentina en el conflicto chileno-boliviano, importa tanto como trabajar por la buena armonía, por un resultado pacífico y satisfactorio y por la paz del continente. Si a la mediación o, más tarde, a la intervención del Perú, se agrega el contingente de fuerza de la República Argentina, es indudable que la solución tranquila no se hará esperar mucho tiempo.

"Planteada la cuestión bajo esta importante faz, considera el gobierno indispensable que agote U.S., con tal fin, los medios de persuasión cerca de esa cancillería, procediendo con la requerida actividad.

"Se ha informado el gobierno de que el de Bolivia propondrá, bajo ciertas condiciones, a la República Argentina, ceder el territorio comprometido entre el grado 24 hasta sus verda-

deros límites con Chile, que alcanzan hasta el 27, en cambio de los servicios que preste dicha república para recuperar el territorio *reivindicado,* el 14 de febrero último, por las fuerzas chilenas. Iniciada esta negociación, cuyos detalles debe estudiar U.S. oportunamente, conviene que, en sus conferencias con ese gobierno, U.S. apoye dicha combinación, manifestando que el Perú, lejos de oponer obstáculo alguno, verá con placer que la Argentina venga a tomar asiento entre los Estados del Pacífico y a favorecer la consolidación del equilibrio continental. Este delicado asunto puede arreglarse consultando las conveniencias del Perú y de Bolivia; y antes de dar a U.S. nuevas instrucciones sobre él, necesito conocer el resultado de los pasos que den el diplomático boliviano y U.S. cerca de ese gobierno. Pero, si la declaración de U.S. puede hacer que la República Argentina asuma pronto una actitud favorable y terminante, debe U.S. servirse de ella *para evitar con tiempo una guerra cuyo término no es fácil preveer.*

"Dios guarde a U.S.

"(Firmado).—*Manuel Yrigoyen*".

Pocos días antes se le había remitido al señor Aníbal Víctor de la Torre el siguiente telegrama:

"Lima, 20 de 1879.

"Solicite gobierno argentino perfeccionamiento alianza o tratado subsidios limitados escuadras o que nos vendan blindados.

"*Manuel Yrigoyen*".

(Continuará).

PEDRO YRIGOYEN.

Notas varias

† *TEODORO ELMORE.*

Ha muerto este luchador infatigable. Personalidad complejísima, pocos hombres han sido, entre nosotros, tan discutidos como él.

Ingeniero y doctor en ciencias, tuvo una actividad múltiple y prodigiosa. Construcciones, empresas industriales, funciones docentes, publicaciones de folletos científicos y de libros de texto, discursos conferencias, organización de sociedades patrióticas, todo lo emprendió con una tenacidad y un brío insuperables.

Pero los dos aspectos característicos de la personalidad de don Teodoro fueron los de propagandista y profesor.

Su optimismo indomable y su ardiente patriotismo le llevaron a fundar sociedades como la Liga Naval, la Pró Marina, la Unión de Labor Nacionalista, en las cuales predicaba unión, patriotismo, desinterés, y sobre todo fe y confianza en el destino. Para él, el porvenir del país era grandioso e indudable; sólo faltaba organización. Creía en la honradez y en la bondad de todos los hombres, y no recuerdo haber escuchado jamás de sus labios una descalificación ni una diatriba. Su tenacidad y su energía fueron sin ejemplo. No le doblegaron ni los fracasos de sus campañas, ni el desdén de los indiferentes, ni la frecuente frialdad de sus colaboradores. Tenía la obsesión de aumentar el poder naval del Perú, porque pensaba que las guerras se deciden siempre en el mar. Sólo pensaba en hacer propaganda patriótica, en reunir, centavo a centavo, millones para comprar buques, en modelar, hombre por hombre, la conciencia nacional.

Como profesor (lo fué del Colegio de Guadalupe y de la Escuela de Ingenieros), tenía una teoría originalísima; creía que los conocimientos deben adquirirse sobre todo en los libros, y que la misión del maestro, amén de guiar ligeramente a los discípulos en sus tareas, es la de formarles una sólida estructura moral. De acuerdo con este criterio, él hablaba poco de fórmulas, de aparatos físicos y de órdenes arquitectónicos, y empleaba casi los sesenta minutos de clase en predicar a los estudiantes patriotismo, moralidad, fe en los altos destinos del país, y en presentarles como ejemplo a los grandes hombres de la República. Conversador admirable, sus clases no eran tales, sino unas amenas con-

ferencias salpicadas de anécdotas y salidas ingeniosas que hacían nuestra delicia. Recientemente, conmovido el ambiente universitario por un huracán de renovación, los estudiantes de ingeniería pidieron una enseñanza más sólida de los cursos que dictaba el señor Elmore, y él, hombre dignísimo, presentó la renuncia de sus cátedras.

Dotado de clara inteligencia, tenía una mirada lejana y amplia: nunca podré olvidar su admirable previsión sobre la guerra última. Eran los días intensos de las primeras hostilidades, y en cierta ocasión, momentos antes de una clase que el doctor Elmore debía dictarnos, yo escribí en la pizarra del aula: "Los alumnos suplican al señor Elmore que les hable de la guerra". Entró el viejo amigo de todos los muchachos, sonrió bondadosamente al leer la anónima solicitud, y disertó admirablemente sobre la tragedia que comenzaba. Y en esas horas, en que todos éramos o francófilos que creían en un aplastamiento inmediato y definitivo de Alemania, o germanófilos para quienes los ejércitos del Kaiser dominarían en breves días todo el suelo francés, él supo decirnos, golpeando duramente el pupitre: "Los alemanes harán morder el polvo a los franceses, pero al fin vencerán los aliados que son, por Inglaterra, dueños del mar".

En estos últimos años estuvimos alejados él y yo: su conservadorismo de anciano no se avenía bien con mi radicalismo de mozo. Pero por encima de este alejamiento superficial, proveniente de una diferencia de métodos y nó de una oposición de principios, yo siempre guardé por él gran estima y simpatía: tuvo una personalidad tan vigorosamente destacada, tan original, que habiéndolo conocido de cerca, no podía ser nunca indiferente.

Todo en él era característico, inclusive su figura: descuidado en el vestir, llevaba siempre bajo el brazo grandes paquetes de circulares, de hojas sueltas, de carteles de propaganda.

Entre los muchos discípulos que deja, queda de él un recuerdo imborrable; y aunque con el trascurso de los años su persona sea olvidada, quedará su obra innegable: quedarán los armamentos comprados merced a su esfuerzo; quedarán factores indestructibles de optimismo y de fe flotando en el ambiente.

CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA.

BELMONTE EL TRAGICO: Ensayo de una estética futura, a través de un arte nuevo, por ABRAHAM VALDELOMAR.—Ciudad de los Reyes del Perú 1918.—Talleres de la Penitenciaría de Lima. Enero de 1920.

Este libro póstumo de Valdelomar, este libro que él tánto quería, ha salido a la publicidad hace tres meses, después de haber pasado tántos azares y aventuras como su aventurero autor.

Debió de publicarse a principios de 1918. Llegó a ser impreso; pero, a causa de la enorme cantidad de errores tipográficos que tuviera esa edición, fué destruída en la misma imprenta.

Ahora, cuando ya ha hecho su último postura el conde de Lemos, ahora sale a luz *"Belmonte el trágico"* Los señores críticos de oficio, los amigos de Valdelomar han tenido a bien permanecer callados. No han estampado una sola palabra en el exergo impóluto de este libro raro. ¡Qué ello sea para la mayor gloria del artista!

Escrita estupendamente, esta obra contiene páginas de antología. No callaré mi desagrado por las ideas banales que desenvuelve en los dos primeros capítulos. Ni callaré, tampoco, mi fervoroso entusiasmo por el suntuoso ropaje con que ha cubierto la vanidad de esas ideas. Bien hace Castro y Oyanguren en loar tales páginas como las mejores de Valdelomar.

Desde el capítulo III, el libro cobra un interés y una animación enormes. La parrafada que le toca a España es muy justa. Y es muy justa, también, la admiración del escritor por aquel artista genial y caballero andante de la torería que se llama Juan Belmonte.

Valdelomar hace de él un personaje *nietzscheano*. Una especie de superhombre. Uno de esos hombres simbólicos, representativos, de que hablara Emerson. Algo así como un *héroe* en el sentido de Carlyle. El sintetiza todas las palpitaciones de un pueblo. Siempre la Raza ha valido por un solo hombre. "En España, un día fué Calderón, otro día fué Goya, otro Cervantes, otro Góngora: hoy es Belmonte". Y el San Juan de Triana tiene, sobre todos los genios la sugestión enorme del valor consciente, de la temeridad reflexiva, de un casi suicidio premeditado. Es un escogido. Su frente está signada por todos los signos de la tragedia y del misterio: Maeterlinck no ha encontrado personaje mejor para sus divagaciones.

Y ¡qué derroche de color, de fina y honda percepción, al reflejar la sicología de cada lance del toreo! Cuando se lee este libro de Valdelomar, se convence uno de que los "críticos taurinos", los "entendidos", los "aficionados", son los que rebajan, aplebeyizan y adocenan la fiesta de los toros, con sus ridículas exclamaciones y sus palabrejas incomprensibles.

La última conclusión del libro de Valdelomar, es que el toreo será el arte del porvenir, porque en él se adunan, en síntesis maravillosa, el color, la forma y el ritmo. Tiene, además, sobre la danza, la ventaja de la emoción. Danzar ante la muerte es mil veces más sugestivo que danzar sobre un tablado. Y esta presencia constante de la Muerte, este afán de enaltecer el misterio, lo trágico, lo ineluctable, llena toda la última obra del escritor ido ya para siempre.

Quieran los señores organizadores de la velada en memoria del artista, brindarnos pronto con la publicación de "Los Hijos del Sol". "Neuronas", "Fuegos Fatuos", "Verdolaga", o cualquier otro tomo de cuentos, crónicas o novelas cortas de Valdelomar. Será el mejor homenaje con que se pueda honrar su memoria.

L. A. S.

THE DISCIPLINE OF THE SCHOOL BY FRANCIS M. MOREHOUSE. D. C. HEATH AND C.º, PUBLISHERS.—New York, Boston and Chicago.

Entre los libros norteamericanos publicados recientemente, pocos tendrán en los círculos pedagógicos una aceptación más unánime que el importante libro del Profesor Morehouse, cuyo título encabeza estas líneas. Son bien conocidas las dificultades con que tienen que tropezar los maestros y profesores en cuestiones de disciplina escolar. En todas partes se siente un descontento general por la falta de disciplina y de orden. El antiguo respeto y casi veneración que los hijos tenían por sus padres ha desaparecido; el espíritu de obediencia respetuosa que reinaba en escuelas y colegios va desapareciendo también poco a poco. Nuestros jóvenes rechazan todo lo que signifique norma de conducta ordenada y tranquila. Las mil sugestiones de la vida moderna, esencialmente dinámica, obligan a nuestra juventud a estar en constante movimiento y el estudio serio, reflexivo y metódico va pasando, con grave peligro para la solidez de nuestra cultura patria, a la categoría de costumbre anticuada y rancia. Muchas son las causas de esta falta de disciplina escolar, siendo las principales las siguientes: el poco tino con que se hace la selección del personal docente, lo cual trae como consecuencia que se ponga al frente de la dirección de algunos colegios a personas neófitas que fatalmente tienen que fracasar; la comercialización de la enseñanza en los colegios particulares que admiten alumnos indistintamente con tal de que puedan pagar puntualmente las pensiones de enseñanza, lo que ocasiona una mezcla peligrosa de toda clase de elementos sociales, con diversidad de hábitos, de tendencias y de ideales de vida; la poca vigilancia administrativa que se ejerce sobre todos los maestros en general; la falta de vocación profesional en muchos de ellos; la exigüidad de los sueldos, lo cual impide que personas verdaderamente prestigiosas hagan de la enseñanza la ocupación principal de su vida; los malos hábitos que los niños adquieren en sus hogares, en donde un falso cariño hace que los padres no hagan sentir sobre sus hijos el peso de una disciplina bondadosa, pero enérgica e inflexible, y no colaboren más tarde en las arduas labores de los maestros ni tomen todo el interés que debe merecerles tan serio asunto; la falta de profesores de segunda enseñanza, especialmente preparados; la intromisión de la política de campanario en todo orden de actividades son algunas de las causas de este orden de cosas. Ante tal situación, un libro como el del Profesor Morehouse, que estudia y analiza el arduo problema de la disciplina escolar con criterio esencialmente científico y que proporciona a los maestros consejos prácticos y útiles para resolver eficazmente dicho problema, es natural que sea acogido con todo entusiasmo. Ojalá que la casa editora de los señores Heath and C.º, lo hiciera traducir al castellano para que los maestros latino-americanos pudieran aprovechar sus fecundas enseñanzas.

L. C. I.

LOS VALORES ESENCIALES DE LA CULTURA AMERICANA. —Conferencia del Dr. Víctor Andrés Belaúnde en la Federación de Estudiantes.

El doctor Victor Andrés Belaúnde, que hace poco partiera como Delegado de San Marcos ante las Universidades y los centros hispanistas de Estados Unidos, dijo, la noche del sábado 24 de abril, en la Federación de Estudiantes, una hermosa conferencia sobre los valores esenciales de la cultura americana.

Inició la actuación el presidente de la Federación señor Haya de la Torre, haciendo en adecuados términos el elogio del doctor Belaúnde como maestro entusiasta e idealista y como intelectual brillante y cultísimo.

Y luego comenzó el doctor Belaúnde su disertación manifestando que su más vivo empeño era llevar a las Universidades Norteamericanas, junto con el mensaje oficial de nuestra vieja institución universitaria, la simpatía y el calor de la juventud estudiosa del Perú. Dijo que él llevaría esta misión de cordialidad y de fervor patriótico como una bandera en cuya defensa y en cuyo prestigio cifraba sus más profundas y más intensas devociones.

Expresó enseguida cuáles eran en su concepto los valores esenciales de la cultura americana. Valores que según él, era posible discriminar, no obstante la apariencia a primera vista despojada de fisonomía, que podría ofrecer la observación de la cultura en el continente. Se refirió a la existencia de un creciente empeño por el estudio de los problemas netamente americanos y a la trascendencia que este propósito había tenido en orden a las disciplinas generales del pensamiento.

Así en sociología concreta, los geniales estudios de Sarmiento y de Alberdi anticipan la profunda meditación y la obra admirable de Joaquín Costa. De América, de esta suerte, va a España una influencia, por todo extremo benéfica, a la ideología y a las letras.

También fué de América a España la iniciación en el lirismo. En un lirismo que no es la simple declamación sino el recogimiento contemplativo de Asunción Silva o el musical de Rubén Dario.

Pero no es tan sólo España deudora de América en impulsiones culturales; lo es la vieja Europa, como que de nosotros fué al viejo continente la generosa aspiración de la justicia internacional y algo más importante que eso: el verdadero espíritu de la democracia.

En efecto, no obstante la ideología de la Revolución Francesa, no había podido la democracia prevalecer definitivamente en los hábitos políticos de la vieja Europa. Persistentes factores de absolutismo inspiraban aún, en el primer tercio del siglo XIX, mientras en América una onda de libertad política e igualdad avanzaba triunfalmente desde un confín a otro.

Estos elementos tienden a fijar un carácter en la cultura americana; pero ellos serían ineficientes y fragmentarios si no los superara, sintetizándolos y organizándolos, la amplia visión filosófica. Aquella que sobre el tráfago de los intereses, de las pasiones y de las luchas descubre para la vida y para el pensamiento "la más honda perspectiva hacia arriba, el más vasto panorama hacia abajo".

El orador fué entusiastamente aplaudido en los principales acápites de su conferencia y al terminar, fervorosamente ovacionado, acompañándolo, por fin, los estudiantes, en cariñosa manifestación hasta su domicilio.

M. L. R.

EL CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIANTES DEL CUZCO

Cumpliendo los acuerdos del Congreso Internacional de Estudiante, realizado en Lima, el año mil novecientos doce, se ha reunido en el mes de marzo último, en el Cuzco, el Primer Congreso Nacional Estudiantil.

Su efectividad se ha debido al entusiasmo infatigable del actual Presidente de la Federación de los Estudiantes Víctor Raúl Haya de la Torre y a su realización han contribuído los más prestigiosos elementos de las Universidades de la República.

El éxito alcanzado en este primer certamen estudiantil ha sido muy apreciable. Se han definido para la juventud orientaciones y tendencias y se ha laborado con entusiasmo, con fe e inteligencia en pro de la Universidad y de la cultura del país.

Los temas propuestos a las deliberaciones de la asamblea juvenil, auguraban este éxito merecido, contemplaban ellos los más decisivos problemas de la vida estudiantil como la reforma de su asociación representativa, los problemas relativos a la salud moral y física de la colectividad universitaria, la organización de las huelgas y la opinión estudiantil frente al inconcluso movimiento de reforma universitaria que la nueva ley de instrucción debe sancionar. A la discusión de estos temas se aportaron soluciones alta y serenamente inspiradas en la realidad universitaria. La nueva organización estudiantil destierra de los claustros añejos y díscolos métodos de elecciones, tiende a hacer real la solidaridad, robusteciendo las asociaciones que sirven de base primaria y fundamental a la organización federativa, asegurando por este medio la solidaridad general.

Establece también la nueva reforma, procedimientos de igualdad para todos los centros federados, destruyendo calculadas preeminencias, y consagrando al mismo tiempo la autonomía completa de esos centros. Destruye, por último, las disposiciones reglamentarias al amparo de las que crecieron castas y camarillas de profesionales representativos; concediendo a todo estudiante el derecho de iniciativa, el de ser designado a la Federación sin ser delegado ante ningún centro federado y el de poder ser elegido el Presidente del comité federal de entre la masa estudiantil. En orden a la vida cívica, moral y física del estudiante, el congreso ha solicitado la abolición de la excepción del servicio militar obligatorio, odiosa e injusta, organizado la propaganda higiénica y deportiva y afirmado la vieja aspiración juvenil de construír la casa de Estudiantes.

Aparte de los temas netamente universitarios, el programa de esta reunión estudiantil consideró otros que contemplaban problemas nacionales tales como los de la raza, la cultura, sobre los que la juventud tenía el ineludible deber de pronunciarse. Se consideraron por ello, el

problema de la educación indígena, cuya resolución es base de nuestra prosperidad e imperiosa exigencia de la tierra y del pasado; el alcoholismo, asoladora epidemia, moral de la raza; la educación obrera; el problema del regionalismo y el de la originalidad de nuestra cultura. Las direcciones adoptadas en la resolución de tales problemas estuvieron inspiradas en un nacionalismo intenso y eficiente. La institución federal desarrollará insistentemente su acción para combatir los vicios y defectos de la raza, para hacer del regionalismo uno de los factores de la unidad nacional, para extender sus conocimientos al pueblo por la universidad popular y para promover la originalidad cultural.

Aparte de los temas, la inquietud juvenil bosquejó anhelos y tentativas audaces para un resurgir cercano. Predominó en la asamblea estudiantil, a más de la sana y entusiasta corriente nacionalista, una tendencia liberal, valiente y sincera. Contra los absurdos nacionales en religión y en política, la juventud ha vuelto a decir su convicción despojada de todo alarde pedantesco, de que el país renuncie al mantenimiento de una casta inútil, la eclesiástica, de que se dicte una ley sobre el divorcio, inaplazable necesidad civil, y de que el Estado ejerza el control de la enseñanza superior para prevenirnos contra los peligros de una enseñanza dogmática.

Hechas estas declaraciones, sugeridas por la enseñanza de maestros a quienes la apatía nacional desoyó, la juventud formuló también su admiración y su respeto hacia esos maestros que le dieron la enseñanza de una doctrina o la virtud de un ejemplo. El congreso se puso de pie, en honor de Palma, el patriarca sonriente de nuestras letras, y de Prada el magnífico profsor de energía, y rindió homenaje a Villareal, a Deustua, a Capelo, Polar y Lorena. A Chocano y a García Calderón, los grandes ausentes de la patria, ha pedido la juventud que vuelvan a ella para la celebración el cedntenario. Ya García Caledrón, el maestro idealista y tolerante, ha enviado su respuesta afirmativa, y aquí le tendremos por obra de la juventud, el día de la fiesta epónima.

Tal es en rápida síntesis, la labor del congreso que apenas me ha sido dado juzgar en esta nota informativa.

R. P. B.

AN ETHNO-GEOGRAPHICAL ANALYSIS OF THE MATERIAL CULTURE OF TWO INDIAN TRIBES IN THE GRAN CHACO.
By Erland Nordenskiold. Gotemburg, 1919.

Este análisis etno-geográfico de la cultura material de dos tribus del Gran Chaco, forma el primer tomo de la serie de Estudios etnográficos comparativos que publicará el conocido escritor sueco, señor Barón Erland Nordenskiold.

El libro parece haberse escrito originalmente en el idioma sueco y se ha traducido correctamente al inglés por el Sr. G. E. Furken, del Colegio Universitario de Gotemburg.

Antes de criticar el propio libro, aprovecho esta oportunidad para rendir tributo intelectual a la gran familia de Nordenskiold a la cual pertenece el barón Erland Nordenskiold. No sé nada de su estirpe y abolengo nobiliarios pero sé, en cambio que un pariente del barón,

ha hecho trabajos prestigiosos en la ciencia cartográfica haciendo publicar un notable atlas de reproducciones de mapas antiguos e importantísimos, y que otro pariente suyo ha ensanchado en gran escala nuestro conocimiento de la arqueología de las regiones del sur-oeste de los Estados Unidos. El barón Erland Nordenskiold viene, pues, de una familia de alto numen americanista.

El barón estudia en este libro las dos tribus de Chorotí y de Ashluslay que viven en el Gran Chaco. Se basa sobre sus indagaciones practicadas en ellas por los años de 1908-09.

Las dos tribus mencionadas son muy parecidas, y ambas se eslabonan estrechamente con el stock linguístico llamado Mataco. Brinton era de opinión de que el stock Mataco era uno de los más antiguos del Gran Chaco. Arqueológicamente hablando, el territorio ocupado por estas tribus es tierra incógnita. Es una región que carece de muchos de los elementos más indispensables para el desarrollo de una civilización. Basándose sobre los trabajos de Eric Boman y de Max Uhle, Nordenskiold nos dice que los Incas nunca entraron en contacto con los Chorotí y los Ashluslay, pero que hubo diversas interpenetraciones culturales tanto desde el imperio incaico como de las regiones al noreste pobladas por los Arúakes, que stocks relacionados.

La cultura de los Chorotí y Ashluslay se basaba sobre la agricultura. Cultivaban maiz, mandioca, sandías, tabaco, algodón, camotes y muchos frutos. Varios de estos elementos agrícolas procedieron de los Arúakes, otros de los Cristianos, después de la Conquista. Uno de los utensilios más usados fué el azada de madera, que se encuentra también en el Perú, en el Ecuador y en Chile y la Argentina.

De las armas, la honda y el arco fueron los principales, pero no se usaban flechas, sino bodoques de tierra, madera o cera. El barón Nordenskiold piensa que este elemento es de origen europeo.

Los vestidos antiguos se hacían de algodón y de lana de llamas y guanacos, y ahora tienen lana de corderos también.

Nordenskiold examina cada elemento de la cultura material de las dos tribus mencionadas y explica la procedencia de cada uno. Resumiendo lo que nos expone el autor, aprendemos que los Chorotí y Ashluslay recibieron los siguientes elementos culturales de distintas regiones y poblaciones:

De los blancos: sus viviendas, camas, artículos para la pesca, caballos, ganado vacuno, aves de corral, etc. etc.

De la civilización peruana: indumentaria, método para mandar mensajes, alfarería, artes de labrar cuero, calabazas, de tejer, de hacer ropa de plumas, muchos intercambios culturales debidos a movimientos étnicos promovidos por invasiones y por la Conquista española.

De las regiones al noreste: mandioca y unos pocos elementos más.

Resumiendo, pues, se puede decir que el territorio ocupado por los Chorotí y Ashluslay, aunque no fuera conquistado por los antiguos peruanos, recibió muchas influencias suyas, así como las de otras regiones vecinas

P. A. M.

AGASAJO DE "MERCURIO PERUANO", a los doctores Antonio Sagarna y Manuel A. Carvajal.

El domingo 18 del pasado abril, la redacción de "Mercurio Peruano", ofreció un almuerzo de despedida a los señores doctores D. Antonio Sagarna y D. Manuel A. Carbajal que se ausentan de nuestro país, el primero de regreso al suyo, haciendo uso de la licencia que le ha concedido su gobierno, y el segundo para hacerse cargo de la representación de Colombia en el Uruguay.

Los citados diplomáticos, que, durante su estada en nuestra capital han disfrutado de unánime y sincera simpatía, por sus generosos esfuerzos para estrechar los vínculos múltiples que unen a sus naciones con la nuestra, y por su exquisita cultura y distinción, vieron reunidos en torno suyo en esta ocasión a todos los redactares y amigos de "Mercurio Peruano" en homenaje de amistad y cálida demostración de afecto.

El doctor Victor A. Belaúnde, nuestro Director, ofreció el banquete en cordiales frases, en que puso en relieve la circunstancia de ser las repúblicas de Colombia y de la Argentina, representadas por los agasajados, las dos más sólidas columnas de la cultura hispanoamericana, en sus aspectos literario y sociológico, e hizo votos porque la labor de acercamiento de personeros de ambas repúblicas en el Perú fuese coronada por la positiva fraternidad de todas, base indispensable del soñado panamericanismo.

El doctor Sagarna y el doctor Carvajal agradecieron en elocuentes discursos el agasajo que les tributaba "Mercurio Peruano" y expresando sus deseos de creciente unión hispanoamericana, brindaron por el progreso de nuestra revista, que está destinada a ser así órgano de fraternidad internacional como de evolución interna.

STYLO.—Revista artística.

Sea nuestra primera palabra de la más cálida felicitación para los inteligentes redactores de esta magnífica revista que viene a honrar la ciudad en que se publica. En realidad, Lima no ha visto hasta ahora ninguna otra que pueda comparársele. Así su material gráfico y artístico como su colaboración literaria y su excelente distribución, hacen de élla un verdadero exponente de alta cultura artística, que puede exhibirse en el extranjero con legítimo orgullo.

Tiempo hacía que la opinión reclamaba una publicación que llenase el triste vacío que no colman los insignificantes magazines que nacen y mueren con fantástica rapidez en nuestra ciudad: la necesidad de arte noble y elevado que haga olvidar la mezquindad y pobreza de la grotesca caricatura criolla o la inanidad de los sueltos de gacetilla.

Y *Stylo* ha satisfecho esta necesidad generosamente. En sus bellas páginas de papel satinado, alternan hermosos dibujos y fotograbados con selectas y primorosas informaciones artísticas, que les prestan alto interés y armoniosa variedad.

Vaya, pues, nuestro sincero aplauso a los señores Carlos Raygada y Laureano Rodrigo, sus directores artístico y económico, respectivamente.

M. B.

VIAJE DEL Dr. VICTOR A. BELAUNDE, a los Estados Unidos.

El martes 4 de los corrientes, a las dos y media de la tarde, se embarcó por el eléctrico de La Colmena con rumbo de los Estados Unidos el Director de esta revista, Dr. D. Víctor Andrés Belaúnde, quien va a esa República llevando de la Universidad de San Marcos, una comisión de propaganda cultural peruana cerca de las Universidades y centros hispanistas de Norte América, propaganda que se ajustará al programa de conferencias que el público ya conoce, por haberse insertado en los diarios de esta ciudad.

El Dr. Belaúnde fué cariñosamente despedido en la estación de la Colmena por un numeroso grupo de sus amigos, entre los que se contaban, desde luego, los miembros de esta Redacción, quienes lo acompañan en su patriótica propaganda con sus fervientes deseos del éxito más favorable.

ERRATAS NOTABLES

En la poesía de Vigny, "Moisés", que publicamos en nuestro penúltimo número, traducida por la señora doña Amalia Puga de Losada, se han deslizado dos erratas. En la página 94, línea 13, se lee el verso

y con sus acordes instrumentos

debiendo decir

y con sus acordados instrumentos

y en la página 97, línea 9 a contar de abajo, dice

Luego, apareció la enhiesta cumbre

donde debe leerse.

Luego, reapareció la enhiesta cumbre.

Biblioteca del "Mercurio Peruano"

Próximamente aparecerá

"Una Filosofía Estética"

por Mariano Iberico y Rodriguez.

Serie A Vol. III

THE NATIONAL CITY BANK

OF NEW YORK

ESTABLECIDO EN 1812

Capital, Fondo de Reserva y Ganancias no repartidas.. $ 80,165.305.37

Recursos ..... ,, 1.039,418,324.42

Con el "International Banking Corporation"

tiene:

21 Sucursales en la América del Sur,

32 Sucursales en Cuba y las Antillas,

8 Sucursales en Europa, y

19 Sucursales en Asia y Oriente.

Sucursal en Lima:

CALLE DE JESUS NAZARENO No. 169

Teléfonos Nos. 3190 y 3400

Sr. D. Juan Manuel Polar

Don Quijote en Yanquilandia

"Mercurio Peruano" se complace en ofrecer a sus lectores la novela inédita, cuyo título encabeza esta nota y de que es autor el prestigioso literato arequipeño doctor don Juan Manuel Polar. Es la de Polar una de las plumas mejor cortadas del Perú y su mentalidad de las más altas y cultivadas que poseamos. En la novela que publicamos revela el escritor arequipeño su entroncamiento de pura cepa castellana, en un estilo castizo que corre por los cauces cervantinos, conduciendo en su donoso caudal granos de fino humorismo y de ironía alada. Es la suya obra que recuerda los admirables "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" del gran Montalvo, con la que emula en punto a intención y forma, como se verá enseguida.

CAPITULO III

DIALOGOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SU ESCUDERO.

Perplejos quedáronse amo y criado, y no bien estuvieron solos, cuando a Sancho volvió a entrarle el miedo que antes tuvo y acercándose a su amo, le dijo:—"Yo creo, mi Señor Don Quijote, que estamos condenados o que somos ánimas en pena; pues, ¿no es cierto como la luz que nos alumbra que vuesa merced se murió en sus cabales hace tantísimos años y que yo le so-

breviví por tal fué la pena que tuve? Como si ahora fuera, me acuerdo de mi muerte, de la pena de Teresa y del llorar de Sanchica que partía el alma.....Pero después, no me acuerdo más tampoco, que, a mi entender, debo de haber estado letargado como dicen."—"Aletargado querrás decir"—corrigió Don Quijote.—"Déjese vuesa merced de enmendarme los voquiblos, que es cosa de poca monta—contestó Sancho—, y trate de explicar, si es que puede, ésta que nos está pasando que es la aventura o desventura más extraordinaria de cuantas se han visto desde que el mundo es mundo".—"A la verdad que el caso es algo sorprendente, Sancho amigo. Yo también me creía muerto, es decir, no me creía, porque desde el paso aquél en mi aldea en que di o supuse dar el alma, no sé si he existido o no he existido, aunque a mi ver, he existido, pues, según se advierte, vivo estoy y en mis cabales".—"Cosas del diablo son éstas—afirmó Sancho—; y para mi capote, ese viejo de la perilla blanca, apesar de sus arrumacos, debe de ser el propio Lucifer o algún otro demonio de mucha alcurnia y nombradía. Cuanto a los que le acompañan, ya ve vuesa merced que no son personas cristianas, lo cual tiene de extrañar, pues por algo se ha dicho, dime con quién andas y decirte hé quién eres. Lo cierto es que si yo no he perdido el juicio (cosa que me estoy temiendo), vuesa merced y yo estamos en el otro mundo, quiero decir que somos finados."—"Propias son de tu simplicidad tales razones—dijo Don Quijote—;pero a buen seguro que no nos hemos muerto ni cosa tal, como tú supones. Vivos y muy vivos estamos, Sancho amigo, que para algo y aun para mucho ha querido conservarnos la Divina Providencia." Callóse el escudero como si reflexionara, se rascó la cabeza y luego dijo:—"Estoy por fiarme de lo que vuesa merced dice, pues si fuésemos difuntos, estaríamos en la gloria con el Señor San Pedro y nó con este viejo malicioso de la zamarra con faldones, y por lo que toca al purgatorio y al infierno, bien se ve que no nos atormentan penas ni nos achicharran diablos, lo cual no es propio de ánimas ni de condenados; de modo y manera que estoy por creer que vivimos, lo cual me place en extremo, porque más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer y bien se está San Pedro en Roma aunque no coma."—"Discurres con acierto—afirmó Don Quijote—, y lo que hay en este enredo endiablado es que ese supuesto gran señor que dice llmarse el Tío Samuel, ni es tal Samuel ni tal Tío, sino el sabio Merlín o el gigante Malambruno o algún otro mago de los más famosos y embusteros que por invidia o malquerencia

nos tiene encantados en este palacio. El caso no es de extrañarse, que iguales los hay en muchos libros de caballería que tengo bien presentes, y sin ir más lejos, tú mismo fuiste testigo de cómo Durandarte estuvo encantado en la cueva de Montesinos por tan luengos años."—"¿Que yo fuí testigo?....Veo que vuesa merced está perdiendo la memoria, pues ni vi yo al llamado Durandarte ni aun creí en las paparruchas que vuesa merced me contó de tal señor y de la dichosa cueva de Montesinos. Pero volviendo a nuestro pleito, ¿cómo explica vuesa merced lo de nuestra muerte?"—"Lo de nuestra muerte—afirmó Don Quijote—también es encantamento o apariencia, pues casos tales se cuentan en muchas historias que andan por el mundo." Movía Sancho la cabeza sin dar crédito a las razones de su amo, el cual, notándolo, dijo con grande énfasis:—"Sabe, ¡oh incrédulo Sancho!, que estoy llamado a ser el primero de los caballeros andantes que han dado lustre a la humana especie, y que mis fazañas han de ser tales y de tánto riesgo y nombradía, que sobrepasen y escurezcan a cuantas se refieren de paladines y aventureros de todas las edades; con lo cual no te asombre ni te amedrente que me ocurran peripecias nunca vistas y que me persigan enemigos tan poderosos como este viejo endiablado que es el encantador más descomunal y soberbio de toda la caterva de los de su especie. A Dios gracias que ya veo bien claro el enredo y brujería que contra mi persona han urdido, y que estoy al tanto de las maquinaciones con que se pretende dejarme para siempre encantado. Sabe, pues, Sancho amigo, que lo de nuestra muerte no ha sido sino suposición y embuste y que estoy en el mundo para emprender de nuevo gallardas aventuras, pendencias inauditas y sucesos jamás vistos ni soñados. Alégrense los menesterosos y afligidos, la infelice viuda y la cuitada doncella, el desvalido huérfano y el siervo atribulado; y tiemblen los explotadores de seres indefensos, los empedernidos usureros, los bellacos mentirosos y los cobardes menguados con toda la turba de pícaros y follones que andan por el mundo, pues pronto está ya Don Quijote para cumplir la misión que el justo Cielo le encomendara para aumento de su honra, homenaje de su dama y bien de su república."—"Razón tiene vuesa merced—dijo Sancho a este punto—,y tan cierto es lo que dice de vernos encantados, que este palacio me parece a mí cosa de sueño según es de rico y maravilloso. Vea vuesa merced qué aposentos y qué muebles de talla y de seda chinesca, y qué armarios, y qué cuadros de pintura, y qué cortinajes, y qué tapices y

cuánta zarandaja y qué muelle y gustoso me parece a mí todo esto. A mi ver, si el Tío de la pera no manda otra cosa, podemos pasarlo aquí con tanto regalo como en el castillo de mis señores los duques y aun es poco."—"Ya vas viendo, pues, Sancho—dijo Don Quijote—,que aunque parezcan increíbles, son ciertos de toda certidumbre los lances que la suerte depara a los que como yo siguen la Orden de la Andante Caballería. Pero si he de decirte verdad, no creo que de ninguno se contara lo que de mí ha de contarse. Grandes son los peligros y emboscadas que se urden en contra mía, como no se urdieron ni se tramaron contra caballero ninguno; más es tal el rigor de mi indomable brazo y tánto el afincamiento que me impulsa y mueve, que antójanseme placer y bienandanza las aventuras más riesgosas y los combates más recios. Muchas son las fazañas que en el mundo se me esperan, muchos los tuertos que enderezar, las honestas doncellas que favorecer, los desvalidos que redimir y los infelices a quienes defender; y tengo de acometer tales empresas y habré de dalles fin y remate a despecho de gigantes desalmados, de encantadores bellacos y de sabios pervertidos." En este punto preguntó Sancho que qué pensaba hacer Don Quijote para que se viera libres de las maquinaciones y artificios del hechicero en cuyo poder estaban. Quedóse pensativo Don Quijote, y al cabo de un rato, acabó por contestar que el caso era para pensarse con la calma que el buen juicio aconsejaba. Sancho, que no se cansaba de preguntar, comenzó entonces a pedir pareceres sobre si existirían o nó la aldea, el ama, la sobrina, Teresa y Sanchica, sin olvidarse del cura, del bachiller Sansón Carrasco y de maese Nicolás el barbero. Vaciló un rato Don Quijote y dijo de esta manera:—"A la verdad que no sabría responderte, porque si, como presumo, son muchos los años de estar yo encantado, cura y barbero ama y sobrina, Teresa y Sanchica y bachiller Sansón Carrasco de añadidura deben de ser al presente almas de otro mundo. que lo de los encantamentos no se ha hecho para el común de las gentes, sino sólo para los caballeros andantes y para las damas a quienes sirven." —"¿De modo que mi Señora Dulcinea está también encantada?" —preguntó Sancho.—"¡Qué duda tiene!"—contestó Don Quijote; y luego con grande agitación y cólera comenzó a decir:— "¡Por la Orden de Caballería que profeso y por mi nombre sin mácula, juro que le habrá de costar caro al invidioso sabio o demonio que tal agravio me fizo encantando a Dulcinea; que es grande mi cuita y mayor mi sobresalto pensando si acaso la rei-

na de mi albedrío gima en aquesta hora aprisionada por desaforados gigantes, sin más culpa que la de haber puesto los ojos en este su cautivo caballero! ¡Voto a tal! que he de tomar venganza de semejante tropelía y ha de ser ella tan sonada y famosa, que sobrepase y escurezca a cuantas se cuentan en historias y se escriben en libros de caballería y encantamento." Sancho, que oía a su amo con cierta desconfianza, le preguntó:—"¿Y está seguro vuesa merced de vencer a tan grandes enemigos?"—"Y tan seguro—contestó Don Quijote—que puedes darlo por hecho y terminado; como que más pronto de lo que imagina tu natural ignorancia y tras descomunales pendencias y altercados con gigantes y vestiglos, has de ver tú, ¡oh modelo de escuderos leales!, desencantada y libre a la sin par Dulcinea del Toboso, recibiendo los homenajes de caballeros vencidos, de hechiceros burlados y de toda la muchedumbre de gente favorecida por el nunca bien ponderado valor de su andante caballero.

Paseábase Don Quijote con intranquilo andar después de haber dicho las anteriores razones, cuando Sancho le interrumpió de esta manera:—"¿Y dígame vuesa merced, a mí también me toca lo de estar encantado?"—"Claro que sí"—contestó Don Quijote.—"Pero, ¿cómo nos entendemos, si vuesa merced decía no ha mucho que semejante distinción era sólo para los caballeros andantes y para sus Dulcineas?"—"Sus damas debieras de decir—corrigió Don Quijote—,que Dulcinea sólo hay una en el mundo; y cuanto a tu pregunta, por descontado se entiende que, con la dama, la dueña, y con el caballero, el escudero es fuerza que estén encantados para servir a sus señores naturales." "¡Necio de mí!—exclamó Sancho—que nunca imaginara que al entrar al servicio de vuesa merced había de verme en semejante enredo sin comerlo ni beberlo. ¿Pues que se me da a mí de que hayan damas melindrosas y caballeros rematados, y tuertos que componer y sinrazones que enmendar para que el hideputa de un hechicero se saque el clavo conmigo y me vea yo encantado a ley de servidor de vuesa merced, que es como si dijéramos de cuenta de cantor. Maldigo yo de semejantes pracmáticas y de todos los caballeros andantes habidos y por haber que a tal extremo llevan a un buen cristiano como el hijo de mi madre." No ponía oídos Don Quijote a las razones de Sancho y todo se le iba en cavilar, rebuscando en su memoria si algún otro caballero andante se vió en tal cuita y aventura como la que a él le sucedía; y pasado un rato, preguntó Sancho: —"Y dígame vuesa merced, ¿los encantados no comen ni be-

ben?"—"Yo creo que nó"—contestó Don Quijote después de pensarlo.—"Pues entonces yo no estoy encantado ni cosa que se le parezca, porque voy sintiendo un gusanillo en el estómago....."—"Bien se ve que sólo te preocupas de humanas flaquezas—afirmó Don Quijote—;pero ten calma, Sancho amigo, que tu boca será medida. Vencedor saldré de esta fuerte aventura y tendrás numerosos vasallos que sirvan a tu mesa los más regalados manjares."—"Si para allá me la dejas, perdonármela quieres—dijo Sancho—; y no se olvide vuesa merced de que hambre y esperar hacen rabiar."

Con estas y otras razones fué pasándose el rato, y el escudero cansado de preguntar y de gruñir, se tendió en un lujoso canapé al que le llamaba escaño y se durmió a pierna suelta, en tanto que Don Quijote, meditabundo y fosco, sentado en mullido sitial, con la barba apoyada en la derecha mano y los ojos entornados, se encomendaba de todas veras a la señora de sus pensamientos para ver de que lo favoreciese en tan grande cuita.

CAPITULO IV.

QUE TRATA DE LA GRACIOSA EQUIVOCACION QUE TUVO DON QUIJOTE CONFUNDIENDO A DOÑA AGUILA CON DULCINEA Y DE LA DESGRACIA QUE CON ESTO LE VINO.

Mientras departían, como queda dicho, Don Quijote y su escudero, el Tío Samuel alborotaba los mundos con la nueva del nunca visto suceso, convocando por pracmática a una exposición de las que llaman universales para que viniesen a sus dominios desde los más lejanos reinos las gentes que quisieran conocer y admirar al amo y al mozo de nuestra historia. Demás es decir que con el pregón de los impresos, las apuestas y los preparativos de la exhibición del Caballero Manchego, andaba la familia del Tío Samuel en tal ajetreo y actividad, que parecían los Estados Unidos una gran casa de locos tocados de la manía del movimiento perpetuo. El discurrir sobre el tantos por ciento, el armar lo que llaman sindicatos, sociedades anónimas y otras variadas combinaciones de lucro, y en suma, el ir a la pesca de monedas que, trátese de lo que se trate, es el principal conato de los súbditos del Tío Samuel, aumentóse de tal modo, que las gentes corrían por calles y plazas en toda clase de vehículos, no ya con

la carrera ordinaria, que no es floja, sino con un trajín de condenados a quienes hostigase el demonio en persona. Atumultábanse los transeúntes; los oradores de plazuela, que abundan allí como la mala hierba, arengaban con voces destempladas y mucho manoteo acerca del suceso del día; se formaban corrillos a cada pso; atropellábanse coches y automóviles; discurrían en todas direcciones los tranvías de electricidad; pasaba el elevado estremeciendo los aires, y la policía no se daba punto de reposo; oyéndose por todas partes, en medio del tumulto y del ensordecedor bullicio, los nombres de Don Quijote de la Mancha y de Sancho Panza su escudero, puestos en boga de la noche a la mañana y sirviendo de reclamo para especulación y granjería, pues con la convocada exposición y los millares de visitantes que traería consigo, prometíanse hacer su Agosto todos los naturales y vecinos del país de Yanquilandia.

Grande era el gusto que recibía el Tío Samuel con el resultado de su famosa ocurrencia, y como persona experimentada, dispuso, para mantener viva la curiosidad de todos y hacer más atractivo el misterio y novedad del caso, que los personajes materia de tanta algazara, permaneciesen aislados en el chalet de que ya se ha hecho mención, reservándose él solamente el derecho de verlos y tratarlos hasta el día en que fueran exhibidos. Ordenó, pues, con este fin, que Don Quijote y Sancho estuviesen en encierro, servidos por mozos discretos y bien aleccionados que evitarían todo palique para que no se impacientara el Caballero Manchego; permaneciendo, a la vez, dichos mozos incomunicados con el resto de las gentes a fin de guardar mejor el misterio.

Con tan atinadas disposiciones y suponiendo que Don Quijote estuviese ya repuesto de su primer sobresalto (que, al decir de los médicos, era de mucho peligro), quiso el Tío Samuel holgarse un rato discurriendo con sus extraños huéspedes y fuése a hacerles compañía, pero no solo, sino con su hija primogénita, la muy celebrada Doña Aguila Americana, joven rubia y hermosa sobre toda ponderación, y aunque sin títulos ni blasones, princesa real y de tánta alcurnia, que es fama que los hombres y aun los pueblos de esta nuestra edad dichosa le rinden pleito homenaje, viniendo a ser la susodicha algo así como la Helena de los modernos tiempos que enciende y encenderá guerras más famosas que la de Troya y más encarnizadas que las de Moros y Cristianos. Cuentan los que lo saben, que la nombrada princesa consiguió, no sin dificultad, que su padre y señor la llevara consigo, pues a

fuer de yanqui y de original en los gustos, estaba que se desvivía por conocer a los resucitados y por platicar con ellos. Entraron, pues, padre e hija en el aposento donde aquéllos estaban, y Don Quijote, algo turbado al ver a la dama, trató de hacerle un saludo que ella contestó con sendas cabezadas.—"Guarde Dios a vuesa merced"—dijo a este punto el Tío Samuel dirigiéndose a Don Quijote. Fijóle éste los ojos, púsolos luego en Doña Aguila, y así tornándolos del uno a la otra, fué poniéndose tan descompuesto y alterado, que parecía que se le iba el alma por los ojos, sin acertar a proferir palabra.—"Confuso está mi Señor Don Quijote"—dijo el Tío Samuel observando su turbación y aturdimiento. —"Confuso—contestó Don Quijote—al ver vuestra osadía, señor hechicero."—"Mal me cuadra ese nombre"—acertó a decir el Tío Samuel.—"Mejor os cuadraría el de bellaco"—añadió Don Quijote echando lumbre por los ojos; y procurando luego dominar su enfado, volvióse a la dama con el mayor acatamiento y díjole de esta suerte:—"¡La vuestra grandeza me perdone, señora y reina mía, si mal puedo reprimir mi natural impulso ante la audacia y bellaquería de tan ruín encantador! ¡Gran desventura ha sido para vos, fermosa y sin par Dulcinea, que pusiérades los ojos en este vuestro infortunado caballero para que así vos aprisione un encantador menguado movido por la invidia que mis fazañas le causan! Pero cese el llanto que nubla esos matutinos luceros y cálmese la congoja de vuestro pecho adolorido, que pronto está mi indomable brazo para desfacer el agravio que se infiere a la vuestra grandeza. ¡Mandad, pues, señora y reina mía, y compadecéos de este atribulado caballero, esclavo de la vuesa fermosura!" Dichas estas razones, se hincó de rodillas Don Quijote ante la dama y agregó, puestos los ojos en el suelo y en el tono más sumiso y reverente:—"Ya que por mi culpa os vedéis encantada, yo de aquí no he de levantarme mientras la vuestra beldad así no lo ordene y disponga."

Asombrado estaba Sancho con el descubrimiento y no pudo menos de acercarse a su amo para preguntarle si aquélla era en verdad la Señora Dulcinea.—"¿No lo estás viendo?—exclamó Don Quijote, todo emocionado y sumiso—¿Nó ves en ella el espejo de la honestidad, la flor de la hermosura y el dechado de la gentileza?"—"Pues por muchos años"—dijo Sancho arrodillándose junto a su amo.—"Levantáos, Señor Don Quijote—dijo a este punto Doña Aguila sin poder tener la risa—¡No es bien que esté de rodillas el más noble y valeroso caballero de que hacen mérito las historias!"—¡Alce vuesa merced!"—dijo el Tío Samuel, disi-

mulando la gracia que la escena le hacía, y uniendo la acción a la palabra, fué a coger por el brazo a Don Quijote. Sentir la mano del discreto viejo y encolerizarse el de la Triste Figura, fué cosa del momento. Púsose de pie con gran desenfado y afrontando al Tío Samuel, desplantóse de este modo:— "¡Desenvainad vuestra espada, miserable Merlín, que nada valen vuestras supercherías y embelecos ante el vigor de mi indomable brazo!"—"¡Calmáos, Señor Don Quijote!"—exclamó el Tío Samuel perdiendo los estribos; pero el audaz caballero sacó a relucir la tizona y arremetió con tal bizarría, que el Señor de Yanquilandia, confundido y desconcertado, corrió a guarecerse detrás de una mesa con más prontitud que la que sus años le permitían. Doña Aguila prorrumpió en gritos de socorro que Don Quijote entendió que eran en favor suyo, y deteniéndose en la embestida:—"¡Non temáis, señora y reina mía—le dijo con gentil ademán y gallardo continente—, pues la vuestra mirada fortalece en grado tal mi denodado pecho, que salir hé triunfante en esta descomunal batalla!" Acudió Sancho a su amo con súplicas y ruegos, pero éste, impertérrito, embistió con más brío la mesa detrás de la cual se resguardaba el Tío Samuel y se puso a dar cintarazos con tánta cólera, que no había medio de contenerlo. A cada mandoble, persiguiendo al Tío Samuel al derredor de la mesa, maldecía como un condenado, poniendo a su enemigo de bellaco y malandante que no había por dónde cogerlo. Acudieron al tumulto y a los gritos hasta veinte mozos de los del servicio, y cuál no fué su asombro viendo el furor de Don Quijote y al Señor de los Estados tan corrido y maltrecho. Pensaron que aquel fantasma resucitado y pendenciero no podía ser sino el demonio y no faltó alguno que le echase cruces, pero los más descreídos acudieron en socorro de su amo. Viólos venir Don Quijote y volviéndose a Sancho, le dijo:—"Sancho amigo, es llegado el caso de que muestres tu bravura ante esos infames escuderos."—"Eso no haré yo"—dijo Sancho retirándose a un extremo de la sala todo medroso y clamándole a su amo que por Dios entrase en razón. En un momento vióse rodeado Don Quijote, y echando espumarajos de rabia, empezó a blandir la espada a diestro y siniestro con el más fiero ademán, derribando muebles, rompiendo cuadros, adornos y colgaduras que era aquello un contento. El Tío Samuel, ya algo respuesto del susto, daba órdenes a su gente para que no hicieran daño a Don Quijote, Doña Aguila lo llamaba con desesperados gritos y Sancho, que no sabía dónde meterse, lo trataba de loco y desaforado. En tan grande confusión, logró el Tío Samuel escurrirse hasta tomar la

puerta, llevando de la mano a Doña Aguila y seguidos de los mozos que salieron atropelladamente. Viéndolos en fuga, arremetió a ellos Don Quijote con mayor enfado, descargando sobre sus espaldas tan rudos golpes, que más de uno resultó contuso.— "¡Quitadle la espada!"—gritaba el Tío Samuel cuando ya todos estaban en el parque; pero Don Quijote se batía con tánto denuedo, que ninguno podía acercarse a él sin el peligro de no contar la historia. Era aquélla, a la verdad, la escena más curiosa y peregrina que imaginarse puede: los mozos, huídos, toreaban a Don Quijote sin atreverse a hacerle frente; Doña Aguila y el Tío Samuel, refugiados en un cenador, daban órdenes que nadie entendía; Sancho, detrás de su amo, le clamaba en todos los tonos para que se calmase, y Don Quijote, colérico como un demonio, vociferaba improperios, hacía molinete con la espada y repartía mandobles como un desaforado. En esto, algún chusco de los del servicio acertó a pedir las bombas como si se tratase de incendio, y llegadas que fueron, cuatro de los mozos las aplicaron a los grifos y al punto descargaron tales chorros de agua sobre el bravo caballero, que, sin poderlo remediar, vino a dar en tierra, gesticulando como un energúmeno. No contentos con esto los muy bellacos, comenzaron a cruzarlo con cintarazos de agua y cargaron también sobre Sancho que cayó patas arriba pidiendo misericordia a voz en cuello. Reíanse los mozos a reventar, manoteaba Don Quijote, se agazapaba Sancho y funcionaban las bombas; resultando la escena tan cómica y divertida, que todos los espectadores festejaban a sus anchas, riéndose hasta por los codos.— "¡Basta de ducha!"—gritó, por fin, el Tío Samuel temiendo que fuese muerto el resucido y mandó retirar las bombas. Acercáronse todos prontamente y entonces la risa convirtióse en lástima viendo el miserable estado en que Don Quijote se encontraba. El buen caballero se había desmayado y estaba, al parecer, medio muerto, caído boca abajo, chorreando agua, con las ropas pegadas a los huesos, que poco tenían ya de carne, la armadura deshecha y el rostro tan amojamado, amarillo y descompuesto, que más parecía de momia que de persona viva. Alarmóse el Tío Samuel y dispuso que se llamase un médico; doña Aguila acudió solícita con un frasco de sales que aplicó reiteradas veces a la nariz de Don Quijote, en tanto que los mozos lo friccionaban; hasta que, poco rato después, con abrir y cerrar de ojos y con movimientos descompasados, empezó nuestro héroe a volver de su desmayo, se pasó la mano por la frente, trató de orientarse, miró a Doña Aguila que le hablaba con tiernas expresiones, y cuando procuraba

sacar la voz para dirigirle algún requiebro, acertó a reparar en el Tío Samuel. Nunca lo viera. Tornóse en fiero su semblante de enamorado, arrugó el ceño, procuró tragar saliva y moviendo la cabeza de arriba para abajo, comenzó a decir con voz entrecortada y punto menos que ininteligible:—"¡Mal hayan vuestros hechizos, señor don brujo!"—"Cálmese vuesa merced"—suplicó Doña Aguila, tentada de nuevo por la risa. Don Quijote le dió las gracias con la mirada más tierna y rendida, y luego, poniendo fosco el semblante y dirigiéndose al Tío Samuel, dejóse decir casi sin mirarlo:—"Bien se ve que el mismo Neptuno os acompaña en estas intrigas y que dioses y hechiceros hacen alianza en contra mía; pero non temáis vos, fermosa y sin par Dulcinea, que yo sabré dar fin a tan grande bellaquería como la que aquí se ve. Templad, pues, vuestra congoja y enjugad las líquidas perlas que empañan los limpios luceros de vuestros ojos y que tánto amargan el rendido corazón de vuestro acongojado caballero." Al decir estas razones, tartamudeaba Don Quijote tiritando de frío, a tal punto, que le temblaba la barba y era poco lo que se le entendía. Sancho, que juzgó lo más prudente en aquella ocasión hacerse el muerto, viendo que no habían ya más azotes, fuése arrastrando hacia su amo y sin poder contenerse, le dijo de esta manera:—"¿Habéis vuelto a vivir, Señor Don Quijote, y no habéis escarmentado de andar en fantasías? Yo pensaba que con la azotaina de nueva invención no os quedarían ganas de volver a los requiebros, que el gato escaldado del agua fría há miedo." Riéronse todos del donaire de Sancho y alejóse en esto el Tío Samuel para no sobresaltar a Don Quijote con su presencia, el cual volvió medio a desmayarse y hubo que trasladarlo en manta, lo mismo que a Sancho que se quejaba de grandes dolores y molimiento de huesos. Llevaron, pues, a cada uno a su respectivo lecho, que para mayor comodidad de entrambos, estaban colocados en la misma sentencia. No permitió Don Quijote que los mozos lo desvistieran y frotasen como el Tío Samuel dispuso, pero Sancho holgóse grandemente dejándose desnudar y friccionar y arropándose en la cama que le pareció la mejor que en su vida había catado. Sirviéronles después un caldo que era como para resucitar a un muerto, de rico y substancioso; tomólo Sancho relamiéndose sin disimulo y animando a Don Quijote a cada sorbo para que viese de sustentarse; pero éste, todo fosco y malhumorado, no atendía las exhortaciones de su escudero ni menos las solicitudes de los mozos que le servían. En este punto, acertó a entrar Doña Aguila, y empeñada en agasajar a Don Quijote, qui-

so servirle ella misma y le ofreció el primer bocado. Conmovióse mucho con esta merced el brumado caballero, y antes de probar el caldo, besó humildemente la mano de la que él imaginaba ser su Señora Dulcinea y púsose de enamorado y dulzón que todo se le iba en suspiros y rendimientos.

Con el suculento potaje y el calorcillo del mullido lecho, durmióse Sancho como un bendito, y como Don Quijote se mostrase caviloso y alterado, por ver de que también se durmiese, ofrecióle Doña Aguila con todo encarecimiento una melecina que era cosa de narcótico. Aseguró el caballero no necesitalla, pero insistió la dama en que tomase el brebaje, afirmando con gran misterio que era el propio bálsamo de Fierabrás que ella misma había compuesto, y entonces Don Quijote gustó la bebida, dijo ser a la verdad el famoso menjurje y lo apuró de un trago, con lo cual vino también a quedarse dormido como una piedra.

(Continuará).

JUAN MANUEL POLAR.

Sutileza

¿Es la sutileza corona necesaria de la alta inteligencia? Sutileza es flor de ingenio penetrante, es flor de cultura aristocrática; afinación y refinamiento que denuncian acendrada experiencia de cosa exquisitas,—como la mano afilada hace pensar en largas generaciones desdeñosas de todo menester mecánico; como la pierna, según George Meredith, delata al caballero inglés, y, a pesar de Wellington, evoca la corte de Carlos II.

La sutileza oscila entre dos peligros en el mundo de la acción intelectual: los laboriosos, los enérgicos, la temen y aun la repudian, no por frívola (con la frivolidad sólo tiene semejanzas de *forma externa),* sino porque le atribuyen fuerza disolvente; los amantes de *cenáculos* exclusivos la erigen en tipo único de distinción espiritual.

La alta inteligencia es como vasto campo donde no se conocen desigualdades. Allí, la sutileza levanta su castillo gótico, sobre cuya torre se entrega a todos los vientos la veleta de la paradoja. Acaso ningún hombre de genio deja de visitarlo. El verso inicial de la *Odisea* indica ya sutil observación de hombres complejos, *de muchos recursos.* De la sutileza se vuelve, rico de *recursos* intelectuales, para realizar la obra definitiva en campo abierto. Entre los prodigios de *liberación* que alcanzó Goethe, ninguno superior al de su esfuerzo contra los excesos de complejidad a que le inclinaba su mismo poder. El *Hermann* y *Dorotea,* obra maravillosa de artista sutil que se esconde bajo la perfección sencilla, se nos brinda como deleitable casa griega frente al castillo gótico de complicados aspectos.

No es la sutileza corona única de la alta vida intelectual, pero sí es piedra de toque y signo revelador, inequívoco. Erramos a veces al esperar magnos desarrollos del talento que da señales de posible fortaleza, o elegancia, o vigor de asimilación.

No cabe error cuando los signos son de sutileza; el metal es de fino temple, y resiste la más alta tensión espiritual.

Como la sutileza es flor de cultura, también, donde aparece, revela terreno social propicio. Podrá cultivarse en soledad, pero si sale al mundo y no halla quien la comprenda, retrocede a encerrarse en sí misma. Necesita, al menos, del *grupo corto,* donde el ejercicio diario, la alta tensión del espíritu permitan volar sobre las alusiones y llegar certeramente al secreto de las cosas complejas.

En nuestra América española, pensamos a menudo, la extendida incultura y la propaganda del sentido práctico, falso y obtuso, amenazan llevarnos a la más *mediocre* de las civilizaciones. De pronto, la página sutil o la fina estrofa de artista lejano, desconocido, nos inquietan descubriéndonos potencia inesperada de refinamiento. En nuestro mundo lleno de imperfecciones, no hay público para el diario aprecio de la sutileza; ésta es esporádica en sus manifestaciones; pero es quizás la mejor certidumbre para apoyar nuestras esperanzas de mejora intelectual. No tenemos público como el que en Europa—reducido siquiera—hace en su biblioteca ideal un rincón de sonrisa meditabunda para el *Hipólito velado* de Walter Pater, y *La sagrada fuente* de Henry James, y las *Moralidades legendarias* de Jules Laforgue, y los poemas de Richard Dehmel. Y sin embargo, una alquimia secreta—¿larga cultura individual, ejercicio espiritual intenso, influjo de grupo superior?—se nos revela de súbito, en los versos de Guillermo Valencia o en la prosa de Díaz Rodríguez, como aspiración de América hacia las virtudes *europeas.* ¿Cómo nace la sutil percepción de la vida inglesa que nos sorprende en el artículo de Varona sobre el proceso de Oscar Wilde? ¿Qué largos análisis y discusiones hay detrás del diálogo entre Hamlet y Don Quijote, de Lugones, insuperable renovación del trillado paralelo? ¿Cuánta experiencia refinada, de naturaleza y de arte, no suponen los sonetos de Julio Herrera y Reissig? ¿Cómo alcanzó Ricardo Jaimes Freire la exquisita disciplina de su instinto métrico?

Asombra la contradicción que implican esos florecimientos, aislados todavía, en nuestro medio social. En los tiempos que corren, se dirá, acaso los favorecieron las exigencias de cultura y de selección que el actual movimiento literario impone a los artistas conscientes. Más aún: la selecta, y un tanto celosa intimidad intelectual de cortos grupos superiores, siempre produce refinamiento. En la literatura mexicana, por ejemplo, hay una

corriente de pensamiento e imaginación sutiles que parte de Gutiérrez Nájara, si bien tuvo antecedentes como el de Ignacio Ramírez y hasta podría invocar, como figura epónima, a la admirable Sor Juana Inés de la Cruz. El cuento de *Rip-Rip,* de Gutiérrez Nájera, es joya de arte sutil. ¿Y cómo no reconocer que fué aprendido en la escuela de la sutileza el arte *latino, horaciano,* con que se desenvuelve la imagen del combatiente caído en *Non omnis moriar,* la despedida del poeta, tan sobria y grave, sin embargo? La corriente que de él arranca nació y persiste gracias a la intimidad intelectual de grupos sucesivos: la *Revista Azul,* la *Revista Moderna,* el actual Ateneo, donde hallaron hogar toda audacia y todo refinamiento, sin estorbo para la creación de obras *sustantivas.* Así se ve en Nervo, González Martínez, Alfonso Reyes, Julio Torri.

Individualmente, exige vigor de voluntad el vivir en oposición, aun silenciosa, con el ambiente todavía pobre de cultura. Pero el esfuerzo individual se estrellaría donde faltara el *grupo,* el corto *grupo* cuya labor y cuya influencia diarias, desinteresadas y libres de vanidad, estimulan no sólo la sutileza, que no sería la más completa conquista, sino toda riqueza y toda perfección intelectual.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

De la lejana Thule

De Henry Vaughan

(1622—1646)

EL REGRESO

Felice de los días tempranos la fragancia
cuando mi ser gozaba, como un ángel, su infancia;
antes que conociera en la tierra el camino
señalado a mi vida en su nuevo destino;
y turbara a mi alma no otro vírgen anhelo
que un blanco pensamiento hijo del cielo;
cuando me hallaba apenas en lo alto del sendero
a una jornada de mi amor primero,
y, mirando hacia atrás la corta vía,
su faz, maravillosa, se veía;
cuando en la flor o en la dorada nube
suspensa, el alma penserosa tuve,
espiando en sus glorias pasajeras
paso de sombras imperecederas;
antes de que tuviera mi lengua la experiencia
para herir con palabras la paz de mi existencia;
o aprendiera en la vida el arte fementido
que dispensa un pecado para cada sentido:
pero sintiendo en mí por la voz de lo eterno
el fluír incesante de lo eterno en lo eterno.

¡Oh cuánto anhelo regresar! ¡Cuánto espero
oir el son de mis pasos por el viejo sendero;
y una vez más me allegue a la campiña llana
donde dejé primero mi feliz caravana;
desde donde el espíritu mira, en su plena vida,
las palmas que coronan la ciudad prometida!
Pero ¡oh deliquio, donde vacilante se pierde

mi alma, en el camino de la campiña verde!
Así como otros marcan su rumbo hacia el ocaso,
yo anhelo ir a mi aurora,—volver atrás el paso;
y cuando ya mi polvo reciba en tierra el beso
mi espíritu, cual vino, emprenderá el regreso.

MARIANO BRULL.

De Thomas Walsh

(1875—)

EL NACIMIENTO DE PIERROT

¿Qué me hizo despertar? ¿Fué de un pájaro el canto
o fué la voz de plata del agua al murmurar?
Creí hallarme en un bosque sombrío y por encanto
que erraba mi alma libre en un lampo lunar;
y las acerbas luchas, la soledad amarga
del corazón que, a tientas, solo en la sombra avanza:
como un fardo importuno dejé a un lado mi carga
y el corazón ya libre floreció de esperanza.
Ahora yerro en el mundo y soy la voz esquiva
que en vago son de nieve se llega a tus balcones;
y al sol río en la lluvia de su luz fugitiva
que alegre Abril transforma en mil floridos dones.
Hay algo en mí de ángel, de fauno y mariposa;
los amantes me han visto vagar por la pradera
mas no buscando flores, acaso un otra cosa,
¡porque yo soy Pierrot-Pierrot-la primavera!
Ella, desde su reja, escucha mi canción
que pasa como el aura temblando en cada rosa;
y vengo en luz de luna a vertir pura unción
sobre su faz de nardo cuando en sueño reposa.
Soy más, soy flor de ingenio y risa sin quebranto,
soy destello de vida, del arte galardón;
Príncipe Fantasía, el pecador y el santo
y el infante filósofo de vuestro corazón.
Mi paso deja en todo indeleble memoria,
renace a mi conjuro la juvenil locura;
mi tirso siempre en flor cifra para su gloria
danzas de adolescentes y un canto que perdura.

MARIANO BRULL.

D. José Gálvez

Aun cuando este ensayo, que como conferencia fué leída por su autor en Arequipa, ha sido publicado por la revista forense de esa ciudad, creemos conveniente reproducirlo en "Mercurio", en vista de su importancia histórico-literaria que trasciende del marco de los discursos convencionales y de circunstancias, y que lo hace merecedor de la más vasta difusión que no le dá la revista de que lo tomamos.

Cincuenta y cuatro años ha que un intento de conquista, inspirado nó por el sentimiento colectivo de la España sino por cálculos personalistas de sus políticos, amagó las repúblicas americanas del Pacífico, como si en los campos de Junín y de Ayacucho no hubiese quedado enterrada para siempre la dominación colonial. Y entonces el Perú, ciñendo el yelmo, embrazando la adarga y empuñando la tizona, fué el paladín, al par que de su soberanía, de la seguridad de la América del Sur, que, con sus convulsiones políticas, que no eran sino el esfuerzo doloroso de la adaptación a la democracia, provocaba invasores planes, en los que la garra histórica desperezábase con pretextos baladíes.

Solo, aunque dentro de un ambiente de decidida confraternidad americana, estuvo el Perú en la hora de la prueba, cuando la poderosa escuadra española retó, con sus trescientas bocas de fuego, a nuestros baluartes improvisadamente levantados, cuyos cañones, tras horas de no disminuído combate, duelo de dos bizarrías, quedaron a la postre dueños del campo, proclamando la victoria con sus últimos disparos, ya sólo respondi-

dos por el rumor de las olas que urdían la primer estrofa del canto al 2 de Mayo. En la atmósfera, caldeada aún, que para los peruanos tenía en ese momento radiación de gloria, había un hálito de apoteosis. Es que en sus átomos, impregnados por el incienso de la pólvora, estaba todavía el estremecimiento del holocausto de Gálvez, nuevo Ricahurte que, en explosión preparada por el destino de su combativa existencia, voló como volar debe, en un astral estallido, el fragmento cintilante que constituirá en el azul otro cuerpo celeste. Y Gálvez, por eso, hoy alumbra en la historia con la lámpara de su recuerdo glorioso, a cuya onda de luz y de calor el corazón peruano debe de henchirse, porque raza que produce héroes no es raza infeliz, y alzarse resuelto a edificar la grandeza de la patria a fuerza de ejemplar abnegación por el derecho y por el deber.

Con cívica justicia, de cuyo fondo emerge una modelación para el alma nacional, la efeméride del 2 de Mayo reviste, pues, en el presente año una doble significación: la de su propio recuerdo por el triunfo alcanzado por el brazo del Perú en esa fecha histórica y la del homenaje tributado a su prócer representativo, José Gálvez, por haberse cumplido ha poco la primer centuria de su nacimiento. Y el Colegio de Abogados, que, procurando calentar a los espíritus ateridos, mantiene en alto la tea de los sentimientos nacionales, ha considerado, al sumar su actitud en el homenaje de los pueblos al prohombre, que aquella doble significación se intensificaría si se uniese a ella el prestigio que para el sentimiento peruano tiene el ilustre General Clément, reorganizador científico de nuestro ejército, cuyos fastos ilumina el sol del combate del Callao, y personificador de la Francia, en estos instantes en que el pecho de todas las democracias palpita al rededor de las conferencias de Versalles.

Y he aquí por qué, en esta actuación, en medio al ambiente conmemorativo de una victoria peruana, triunfo del derecho contra el atentado, vibra, cabe el gloriosísimo nombre de José Gálvez, militar formado por el patriotismo en horas de angustia suprema para la nacionalidad, orladas al fin por laurel inmarcesible, el nombre querido del General Clément, militar forjado por la ciencia de la guerra, al que ese mismo patriotismo ha acudido en horas de esperanza en el porvenir, "que nos debe una victoria". Gracias a su presencia, nuestra efeméride, en cuyo ápice destella el héroe, se vincula con el esfuerzo mundial que la humanidad, transfigurada por la crisis apocalíptica de su ci-

vilización, harta de egoísmo, está haciendo, en aras de la solidaridad universal, por todos los derechos conculcados, atropellados, mutilados por la mano prehistórica de la fuerza bruta. Y hermosa vinculación es ésta, porque el 2 de Mayo fué—ya lo he dicho—un esfuerzo de nuestra patria por los derechos de la América soberana y porque nuestra patria tiene derechos aherrojados, sangrantes, bajo el corvo de Caín.

Surja ya la noble figura de Gálvez. Pase su sombra por este recinto. Ciérnase en las almas. Sintamos todos, todos su impresión eterna. Y, a su influjo, álcese la oración del silencio, de aquel silencio religioso en que los propósitos son más íntimos, más férvidos, más intensos, como si en ellos hubiera esencia de nuestra esencia, fuego de nuestra vida, voluntad y emoción de nuestros ancestrales. Y a la honda fuerza de propósitos así sentidos, tan colmados de resoluciones, despleguemos firmísima labor ciudadana para que, de entre las horas grises de la república, en las que el pesimismo, el escepticismo y el egoísmo son como murciélagos morales prendidos al alma nacional, resurja la esplendencia del peruano pueblo; pero resurja, nó como ayer, sino como la proyectó Gálvez sobre el lienzo apenas columbrado del porvenir, gracias a su ideal reformista, construído con sus ansias democráticas, por las que, culminando como ciudadano, puso su actitvidad íntegra en el incensario de la patria y, sublimándose como héroe, quemó el grano aromático de su vida en abnegada inmolación.

Cajamarca, la ciudad en que la historia ha puesto su óleo, con el gesto imperturbable del último Inca y el gesto feroz de la Conquista, fué la cuna de José Gabriel Gálvez el 18 de marzo de 1819, en época en que los principios de la emancipación americana eran reguero inflamado de pólvora en el Continente y hálito que en el Virreinato de más española cepa escandecía ya las alas próceras de varón. Don José Gálvez Paz, que después fué militar de la Independencia y representante de su ciudad nativa al primer congreso peruano, y doña María Micaela Egúsquiza, dama de prosapia y prendas, fueron los genitores del héroe, cuya infancia se deslizó en la finca de sus mayores, al abrigo de Hualgáyoc, rincón andino que ha sido llamado

"búcaro de plata" (1). Despertóse su inteligencia bajo la dirección del párroco y vicario de la provincia don José Pío de Burga, en el colegio o escuela que éste fundara a raíz de la proclamación de la Independencia. Y robustecióse luego en el Instituto de Ciencias, implantado por su propio padre, quien, espíritu liberal como era, se señaló por el noble afán de esparcir la ilustración (2). Cerrados los libros, en espera de marchar a otro centro, donde la enseñanza fuera más vasta, Gálvez se entregó, adolescente aún, al trabajo agrícola en la hacienda familiar de Catudén. Y de este modo, contemplando desde niño las crestas de los Andes, que determinan a levantar la mirada y el ánimo, y salubrificando su organismo, al par que templando su psicología superior, en la acción diaria con la Naturaleza, plasmó su carácter, que, como dice el poeta, su nieto "(3), tuvo desde temprano sello directivo": fué ardoroso, firme, con la reciedumbre que brilla en su mirada, envueltamente en esa austera melancolía de descontento que pone la obsesión del ideal en las almas grandes y enérgicas.

Antes de cumplir los veinte años, trasladóse, con su hermano Pedro, que también había de culminar en la política y en el liberalismo peruanos, a Lima e ingresó al reputado Convictorio Carolino, donde tuvo por maestros a dos personalidades que, en la historia del movimiento de las ideas, representan dos direcciones opuestas del pensamiento nacional: Bartolomé Herrera, en quien el tradicionismo se abrillanta, y Sebastián Lorente, en quien el liberalismo es fulgurante. Y la inteligencia de Gálvez, rica en savia propia, medró, con la impulsión de ésta, en medio de una atmósfera de lucha doctrinaria, como era la que, para gloria de las generaciones y aun ni someramente escudriñada, ondeó, desde los arranques de la Independencia, a través de nuestros tumultos demagógicos y militaristas, por bajo del personalismo de los apetitos en desórden, en medio al fatigoso ensayo de esta democracia que no acaba de ensayarse, pero que terminará por construírse. Dinámica era, pues, la época, y Gálvez, organizado como para ella, pronto fué cabeza en el Convictorio, cuya juventud—destellando ya el futuro paladín—lo vió

(1).—"Dos de Mayo", obra publicada en el cincuentenario, por la Sociedad Fundadores de la Independencia, discurso del doctor Gallardo, pág. 113. El sitio en que está la finca, se denomina Purgatorio.

(2).—El colegio o escuela del Pbro. Burga, se fundó en 1821, y el Instituto de Ciencias en 1831.

(3).—Ob. cit. Discurso del señor José Gálvez, pág. 114.

a su frente, en los días afanosos de la *Semana Magna,* cuando aquélla, al amor de la corriente liberal que personificaba, en tal momento, el político don Domingo Elías, formó guardia marcial de entusiasmo y de valor.

Gálvez se bachilleró en derecho y se tituló de abogado entre los años de 1845 y 1846 (4). Casado a poco con la distinguida dama tarmeña Angela Moreno y Maíz, se radicó en el departamento de Junín, donde ejerció la abogacía con austeridad y brillo. Aunque soterrado entre los paréntesis andinos, participó de la política de la época, en la que continuó adquiriendo relieve el hombre de ideas avanzadas que ya se había diseñado en él desde las aulas. Pero fué en 1851, en que tornó a Lima, cuando Gálvez entregóse plenamente a la acción pública, ganoso de poner, a través de ella, toda la cálida fuerza de su carácter y el esplendor firme de su inteligencia al servicio de sus ideales de seria renovación en el patrio Estado. Y no hay que decir que esos sus ideales iban, como gladios luminosos y acerinos, contra los refugios que la tiniebla del coloniaje, compuesta de ignorancia, de teocracia y de absolutismo, tenía aún, tiene todavía, en las conciencias y las instituciones, que ahora mismo, con mengua del sol de la república, muestran, en cualquier emergencia, las telarañas del pasado, sótano en que el oro del porvenir permaneció en cimeriana lobreguez.

Quien haya leído los impresos nacionales, en que tan pródiga fué la imprenta durante los primeros lustros de afianzamiento republicano, habráse cerciorado de que las almas ardorosas que por éste desasosegábanse, con preocupación que dice de su ínsita valía, dejaban escapar constantemente un grito contra dos rémoras de la función democrática: la ignorancia y el fanatismo de los pueblos. Hoy, que escuelas sabiamente asidas a la realidad social han arado por sobre los surcos del doctrinarismo brillante, pero metafísico, quizá podría señalarse, con el estilete de un análisis dilacerador y múltiple, causas mucho más básicas que las señaladas en aquellos tiempos en que se tenía ciega fé en el pragmatismo de la instrucción, en las luces, como se proclamaba con gran frase, olvidando en lo absoluto, con olvido que entonces se expió, que ahora expiamos y que expiarán mañana las generaciones, el pragmatismo de la educación. Pero a los hombres que descollaron por su criterio direc-

(4) Unas biografías indican al año de 1845 y otras el de 1846. Parece que Gálvez no llegó a obtener el doctorado.

tor de la conciencia pública hay que encuadrarlos dentro de las grandes preocupaciones intelectivas de su época, y entonces se explicará la honda razón de aquel grito que, desde el instante de la Independencia, distribuyó a nuestras históricas personalidades en dos matices, aunque a menudo, en el desbarajuste concupiscente, se involucren o se abigarren ambos: las personalidades que, en nombre de la seguridad social, daban la mano al pasado y las personalidades que, en nombre de la libertad y el progreso, daban la mano al porvenir. Fué entre las primeras donde se refugió el godismo, que no resignábase a morir bajo el derrumbamiento de sus privilegios. Fué entre las segundas donde se asiló el espíritu de la democracia que, aun en el caos de su génesis, porta luces de orto para los pueblos y melinita para los prejuicios que sustentan las opresiones.

Ambas representativas tendencias, dentro de nuestra sociología reatada por aquellos lazos contra los que tronaron nuestros padres: ignorancia y fanatismo; pero llevando ya en sí el disolvente de ellos que puso en el seno de los pueblos el doctrinarismo francés, cumplieron, tal vez sin darse cabal cuenta de su mutuo cometido, la misión histórica que les incumbía, bajo leyes superiores al ahinco de los hombres y a sus propósitos, que, aunque sean integrales, resultan siempre fragmentarios. Y a virtud de su rozamiento y forcejeo institucionales, avanzó penosamente la nacionalidad hasta el actual descolorido momento en que todas sus fuerzas morales se encuentran en crisis y para el que parece que hubiera escrito Bolívar su sentenciadora frase: los peruanos carecen de talento político (5). Gálvez, en esa pelea de las doctrinas, ya resonante, ya sorda, a través de las pasiones de los hombres y de los intereses de los partidos, descuella como cumbre, con severidad granítica, con expresión de firmeza y de lucha en sus aristas, con vértice adiamantado por recio idealismo, con entraña en que aun la condensación es fuego. ¿Por qué los pósteros han olvidado su nombre en la hermosa, luciente y purísima contelación del liberalismo peruano: Vigil, Gálvez, Amézaga, Químper y González Prada? Quizá entre todos fué el que desplegó acción más firme en nuestra formacióón institucional, ya porque era un carácter constructivo en política, ya por el momento de constitucionalidad en que le tocó gravitar. Pero es lo cierto que su representativa

(5) En carta dirigida a Santander y que inserta el historiador Carlos L. Villanueva en una de sus obras.

personalidad doctrinaria se destaca fuertemente, y si la Parca, que suele ser torva para el Perú, no hubiera cegado su vida, Gálvez habría realizado, en el campo de la lucha por el derecho y de la afirmación ardua de la democracia, conquistas trascendentes, ganando posiciones a la tiniebla colonial, diseminada en el ámbito del complexo colectivo y concentrada en los ángulos retardatarios de la legislación. Y quién sabe, a la influencia del principista de recio carácter, menos estadista que Ureta, pero político más afirmativo, qué sesgo habría tomado nuestra evolución democrática, hasta hoy no librada de las taras que significa, aparte de la gamonalización centralista y comarcana y de la obtusidad en todas las direcciones económicas, la múltiple falta de libertad religiosa, de inconfesionalidad pedagógica, de verdad institucional, de política, en fin, por las mayorías efectivas y para el país totalizado.

Instalado Gálvez en la capital de la república el año 1851, encontró palestra propicia para la difusión de sus ideas liberales en la cátedra de Legislatura, Filosofía y Derecho Penal que regentó en el Colegio de Guadalupe, plantel en el que, en esa época, como en todos los demás nacionales de su índole, se suministraba enseñanza universitaria. Pronto fué su rector, a la sazón que idéntico cargo desempeñaba en el Convictorio Carolino el esclarecido Bartolomé Herrera, quien igualmente tornó sus aulas en palenque de sus doctrinas tradicionalistas. Y fué entonces que, intensificado por los dos prohombres el movimiento de las ideas, se trabó intelectual justa entre ambas escuelas, terciándose las dos dialécticas: la del antiguo maestro y la del antiguo discípulo; aquella fina, ésta brillante; tranquila la del sacerdote, fogoso la del laico; una y otra, lucidos aceros del ingenio. Y era el torneo de los dos sistemas ideológicos al rededor del eje mismo de la democracia: la soberanía, que Gálvez la proclama para el pueblo, como la ungió la revolución francesa, arrasadora de privilegios, y que Herrera la reclamaba para solo los inteligentes, como enseñábalo Donoso Cortés con grandilocuente verba. Indudablemente que, en esta oposición de convicciones, aquél portaba la verdad, aunque la ciencia política moderna haya sustituído al concepto metafísico el de fun-

ciones y órganos. ¡Oh Gálvez!, ¡oh Herrera! Sois dos columnas de mármol que, como las de Grecia, siempre se ostentarán magníficamente, por su plinto, su fuste y su capitel, aun alzadas en medio de la ruina de las propias teorías.

¿Cuáles las otras enseñanzas de Gálvez? ¿Cuál su filosofía? ¿Cuál la amplitud de su pensamiento libre? Por desgracia, salvo sus principios políticos sustentados en la Convención de 1855, nada de él conocemos por fuente escrita, nada, pues sus páginas de prensa, en las que su pluma no sería escasa, deben correr anónimamente en los periódicos de la época, sus mismos discursos parlamentarios aún no han sido recogidos en el folleto por la mano inteligente o familiar y no existe el opúsculo o libro contenedor de las ideas que movió en la cátedra. Y si se busca luz en los trabajos que hasta hoy se han intentado para historiar el movimiento intelectual de la nación, apenas ha logrado fijar, en ellos, la atención de los investigadores la reseña de obras literarias, que no son, entre nosotros, las que plasmaron con energía y laboraron con hondura. Quizá a la circunstancia de no haber legado pomposo volumen el ilustre principista a la exhausta anaquelería bibliográfica, se deba el que los publicistas nacionales no hayan consagrado siquiera un bajo-relieve a la obra de su mentalidad. Pero ésta, mediado el siglo XIX, en pleno proceso por amoldarse nuestro país a la democracia, fué, en el seno de aquél, una de las más firmes agitadoras de innovatrices postulados. Y no solamente es, en la evolución del pensamiento de los pueblos, hito bañado en luz el infolio en que un cerebro deja toda su irradiación solar, sino también la propia acción desarrollada por el hombre de ideas, en cualquier ámbito de voluntad, para la involucración pragmática de esas ideas dentro el caudal colectivo, ya culturalmente, ya institucionalmente. Y en este sentido la ideología de Gálvez, fulgurada en la cátedra, la prensa y la tribuna, es fuerza en el complexo intelectual del Perú; mas, por la laguna informativa, no cabe compulsarla al presente sino de un modo segmentario.

Sin embargo, puede afirmarse que la ideología de Gálvez era la del doctrinarismo de la revolución francesa, generador a su vez de la emancipación americana e insuflador, casi hasta el presente, del liberalismo peruano. Prescindiendo de este prisma general, no deja de solicitar la atención la relevante circunstancia de que Gálvez cambiara nombre al curso particularista de su cátedra: al Derecho Penal le llamó Derecho Correc-

cional (6). Y esta variante denominativa índice es de que para aquel maestro, irrespetuoso de la titulación clásica, la sociedad no tenía el derecho de castigar, que en verdad de ninguna parte puede venirle, sino solamente el de corregir, proclamado por algunas escuelas cuyo humanismo careció del análisis científico. Pero el paso de Gálvez era un paso teorético hacia adelante, en el que siempre se rendían parias al libre albedrío, que ¡ay! las escuelas deterministas habían de traer por tierra, no reconociendo a la sociedad otro derecho que el defenderse en la medida de la temibilidad específica del agente delictuoso. Y, acorde con esa su vista al campo jurídico, fué adverso a la pena de muerte, como lo fué el liberalismo, que proclamó la inviolabilidad de la vida, de la vida que hoy las escuelas citadas han vuelto a poner, con sus teorías de la herencia y la degeneración, al filo de la cuchilla amputadora.

Torna aquí a surgir la pregunta: ¿qué más enseñó Gálvez? ¿Qué más pensó? Pero se acercan los tiempos en que sus ideas habían de encenderse en el Parlamento. ¿Quién no sabe que el gobierno llamado de la consolidación maculó toda la vida nacional? Los tiburones enturbiaron el agua por el cebo de la deuda pública, con turbiedad que resbaló hasta las ondas en que vino la expedición española de 1865. Ninguna ocasión, pues, más propicia para volver por la incolumidad de los principios políticos sustentados. Y Gálvez, que hermanaba la doctrina a la acción, empuñó el rifle, provocando, con gesto militar, en el departamento de Junín, la protesta ciudadana; pero, como en Chiclayo, en Cajamarca, en Huaraz y en Ica, el éxito no dió incremento ni empuje victoriosos a la brava actitud. Y Gálvez tuvo que tomar, hacia Chile, el camino desolante del destierro. Mas, el mismo día que "en los campos de Saraja—tierras de Ica—parecía anegada en sangre toda esperanza de libertad", "Arequipa lanzaba un grito de guerra, que no había de ser ahogado por todas las fuerzas juntas de la tiranía" (7). Y la revolución, así descrita, en lenguaje de la época, por su caudillo, marchó triunfante, por las serranías, hasta las puertas de la capital, donde al golpe de su espada derribó, en los campos gloriosos de la Pal-

(6) No tenemos dato para fijar si la denominación de Derecho Correccional la adoptó Gálvez cuando dictó este curso en el Colegio de Guadalupe o cuando lo dictó en el Convictorio Carolino.

(7) Palabras del mensaje que el Presidente Provisorio General Castilla presentó a la Convención en 1855. La acción de Saraja y la revolución de Arequipa se realizaron el 7 de enero de 1854.

ma, al gobierno cuyo tizne aún no ha esfumado la historia. Y Gálvez, que, al oir la clarinada de los pueblos, había acudido a alistarse en las huestes batalladoras, peleó con arrojo en aquellos campos, galoneado de Teniente Coronel, puesto de acción que su carácter resuelto había preferido al cargo burocrático que ofrecía a su inteligencia el funcionarismo de la revolución. Pero era tan fiel a su credo cívico que, a raíz de los alborozos del triunfo, renunció el grado militar, sin embargo de que su obtención estaba consagrada por el esfuerzo guerrero de su brazo: se había batido únicamente por deber, por patriotismo, por hondas convicciones. ¡Cómo se delineaba en el gran ciudadano el futuro héroe del 2 de Mayo!

Fué la revolución victoriosa la del año de 1854, acaudillada, nó con la bandera del pretorianismo, sino con la de los pueblos, por el General Castilla. Y hoy, que Arequipa se asocia al júbilo patriótico de Cajamarca, bajo el resplandor de una gloria nacional, cabe recordar que, en esa revolución, en la que, como en muchos otros acontecimientos decisivos para el país, el brazo de las regiones fué el que impulsó, Cajamarca, la hija bella del Cumbe, y Arequipa, la hija ardorosa del Misti, se encontraron bajo una misma enseña, sosteniéndola con manos entrelazadas, en medio al furor de la refriega o en las horas sedantes de la quietud. Ambas le dieron sus dos personalidades de doctrina política, sus dos secretarios generales en la campaña, sus dos Ministros en el primer momento de la reorganización: Manuel Toribio Ureta y Pedro Gálvez, que era tan principista como su hermano (8) Y ambas, representadas por estos sus dos ilustres hijos, juntaron sus nombres en la conquista jurídica que enaltece a la revolución de 1854, dándole inmarcesible significación de gloria en la cadena sombría de nuestros tumultos, gracias al par de diamantes con que supo prender su suelta cabellera de Belona: la abolición de la esclavitud, refrendada por Ureta sobre la mesa del vivac, y la supresión del tributo, refrendada por Gálvez también sobre la mesa de cam-

(8).—Desde el principio de la revolución, Ureta desempeñó la Secretaría General, en la que fué reemplazado por Gálvez. Por decreto, dado en Huancayo en 7 de noviembre de 1854, Castilla, ya con el título de Presidente Provisorio, nombró al primero, Ministro de Gobierno, de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina, y al segundo, Ministro de Culto, Justicia y Hacienda.

paña (9). Y he ahí el resorte del denuedo de los hombres del mismo calibre que estos dos esclarecidos peruanos entre cuyos hombres José Gálvez adquiría, de momento a momento, relieve propio, hasta fulgir comó cresta andina, en la que es uno de los reflejos más radiosos haber sido soldado de la revolución que atinó a poner la mano democrática sobre la cerviz del negro y del indio para que la alzaran en el ambiente de la dignidad humana y de la igualdad nacional.

Derrocado el Gobierno de la Consolidación, en el que el godismo estaba infiltrado, los liberales doctrinarios, perfectamente definidos, avanzaron al poder, entre los fulgores de la victoria de la Palma y con el timbre de los dos decretos liberatorios, que siempre serán dos láminas de honor, enmudecedoras del conservadorismo, para el cual, en todas las épocas, las reformas son inmaduras. Desde la Independencia, desde antes aún, el liberalismo peruano tuvo arrestos, que no dejaron un instante de estar en pugna con la poliformidad conservantista, en la que sumábanse los hombres de espíritu colonial, que ponían la nota retardataria y repugnante; los aterrados por la demagogia, que buscaban el remedio en un gobierno fuerte; y los desconfiados de la democracia, que no tenían, por ende, entusiasmo por las progresivas reformas que lleva consigo el espíritu más dinámico de aquélla. Pero, jugando todos su rol, porque todos lo tienen, hasta esa misma demagogia y, desaparecida o trasformada la cuestión de los republicanos frenéticos y los monarquistas enmascarados, en la que se involucraba la de los nacionalistas y bolivaristas, la generación que siguió a la de la Independencia pugnó, desde los tiempos de Gamarra, como observa el doctor Wiesse (10), por introducir en nuestro derecho público positivo, bajo un plan reintegrista de sus principios institucionales, innovaciones eliminadoras de ciertas supervivencias del sistema legal de la Colonia, ya a la sazón en grueso contraste con el estado de la conciencia republicana. Pero fué en el período de 1855, 1856 y 1857 cuando de veras gravitaron los hombres de ideas que estaban polarizados por aquel plan, dándole, en tal momento, sus personales prestigios, soflamándolo, como

(9) El derecho de supresión del tributo fué dado en Ayacucho a 5 de julio de 1854 y el de abolición de la esclavitud fué dado en Huancayo a 3 de diciembre del mismo año.

(10) "Dos de Mayo". ob. cit. Discurso del doctor Carlos A. Wiesse, pág. 65.

siempre, con su calurosa convicción, y estribándolo en el mismo triunfo del movimiento armado al que ellos habían prestado espíritu. Y fué este espíritu el que, al calor de la ilusión que nuestros padres tenían por dictarse nueva Carta Constitucional, desplegaron en batalla, dentro el seno deliberante de la Convención, donde José Gálvez, que repersentaba en ella a Pasco y Cajabamba, era figura central, de fogoso verbo, de doctrina democrática, de firmeza diamantina.

Antes, en el tiempo mediado entre la instalación del nuevo orden de cosas y el funcionamiento de la Convención, Gálvez formó parte de la Comisión Inspectora de los Establecimientos de Instrucción Pública, fué Rector del Convictorio Carolino, donde imperaban las doctrinas de Herrera, y dictó, en ese mismo histórico plantel, la cátedra de Derecho Constitucional, de Gentes y Penal (11). Por colegas tuvo entonces a dos insignes arequipeños: el doctor Mateo Paz Soldán, que regentaba la cátedra de matemáticas trascendentales, y el doctor Miguel W. Garaycochea, que regentaba la cátedra de matemáticas elementales. Mientras se preparaba, pues, para las augustas funciones del legislador, tornó a derramar, como maestro, sobre la juventud, sus enseñanzas liberales, esparcidas en esta vez en el aula que el contendor había prestigiado con su palabra. Mas, instalada la Convención, absorbió ella, por entero, las energías de Gálvez, intensificándolas múltiplemente: fué, desde el primer momento, su secretario, varias veces reelegido; fué su Presidente en dos ocasiones distintas; fué su paladín avanzado, recto, caluroso; fué, en fin, su orador, con oratoria cuyo distintivo era la firmeza, venida a la vez de la inteligencia y de la voluntad, y cuya elocuencia no estaba en el engalanamiento literario, que no lo tenía su estilo sobrio y hasta con desaliño, sino en la calidez interna de una alma fuerte, de conceptos afirmativos y definidos (12).

Gálvez encontró en la Convención su Sinaí republicano. Sus liberales doctrinas, desparramadas en la cátedra con el fervor del maestro y levantadas como luciente enseña en los campos de batalla, fueron predicadas, desde la tribuna nacional, con

(11) La referida Junta como a uno de sus miembros, lo nombró Director, y por supremo decreto de 15 de Marzo de 1855 se le nombró catedrático.

(12) Juzgamos por sus discursos sobre las especulaciones guaneras, los que se encuentran en "El Peruano" del 12 y 13 de setiembre de 1857. No hemos podido obtener otros.

el brío de aquella su sólida oratoria, en medio a la tempestad de los elementos retrógrados, dueños de los instintos de las masas, gravitadas por las dos tradicionales rémoras: ignorancia y fanatismo. Choques de ideas, de creencia, de doctrinas, de sistemas hubo en esa resonante asamblea, en la que Gálvez, púgil intelectivo del núcleo progresista, se destacó, por su carácter, a manera de roca interpuesta para producir y arrostrar la rompiente, y se destacó, por su talento, a manera de cráter, que es faro fulguroso aun para el mismo campo adversario. Y, al par que bregaba por encarnar en nuestras instituciones los principios más extremos del liberalismo teórico, se irguió como el más enérgico atalayador de las garantías individuales, tronando siempre que eran conculcadas, mostrando siempre, ante el poder, independencia insólita. Y con este su actuar, que perfila en Gálvez al primer ciudadano y en el que, a través de su vehemencia, no era hermético, sino comprensivo, rodeó de respeto su doctrinal circuito de combate, en el que, impertérritamente, esgrimía su verbo—verbo inflamado por entre la conjunción de los conceptos—discutiendo y defendiendo la libertad de imprenta, la tolerancia religiosa, la abolición de los fueros, la supresión de los diezmos, el sufragio popular, la amovilidad judicial y el derecho de insurrección.

Por desgracia no hemos podido enterarnos de las actas completas de la Convención (13) para seguir más ceñidamente la actuación ideológica de Gálvez en ella. Pero por los resúmenes de las pocas que han pasado por nuestro examen, vése que el doctrinario líder, además de la sustentación de los principios constitucionales que indicados quedan, combatió la dualidad de las cámaras, la propiedad de los empleos públicos y la implantación del Consejo de Estado. Respecto al primero de estos puntos, defendió, al ser vencido por la votación, la igualdad de ambas cámaras en el número de sus miembros; respecto al segundo, sostuvo, prevenido sin duda contra el postulado de la escuela herreriana, que los dichos empleos eran simples comisiones nacionales; y respecto al tercero, se decidió por el Consejo de Ministros, que realmente es el verdadero órgano político y administrativo. Cuando se trató de las rentas públicas, celoso por la pureza de su destinación, fué partidario de la votación nominal, que no enmascara, sino individualiza, la respon-

(13) En "El Peruano" sólo corren insertas las actas compendiosas de las sesiones de 1855 y algunas de los dos años siguientes.

sabilidad moral del representante. Formuló, con su colega Goiburu, un proyecto de ley orgánica de municipalidades, que no sabemos si fué el que se incorporó después en nuestra legislación, y formuló él solo otro proyecto para que, bajo la inspección de las Juntas Departamentales, se estableciesen escuelas de primeras letras en todas las poblaciones de quinientos o más habitantes y, además, una escuela para niñas en cada capital de distrito. Quería, pues, perseguir al analfabetismo hasta en el villorrio, y esa su preferencia por Municipalidades y Juntas Departamentales revela muy a las claras el propósito de robustecer la acción propia de los pueblos, pupilos, ayer como hoy, de la capital.

"Receló—dice el doctor Wiesse (14)—del predominio de la iglesia y del militarismo en la marcha del estado". Eran las dos pesadas manos que oprimían el pecho de la democracia: la iglesia, con el fanatismo de las conciencias, pugnando por la perduración de sus fueros absolutistas de la colonia; el militarismo, con el caudillaje desmoralizador, cobrando en dominio de fuerza arbitraria sus prestigios de las horas militares de la Independencia; ambos, maniobrando sobre la ignorancia general, en medio de una atmósfera de social atraso y de nacional incipiencia, y los dos, siendo rémora en la evolución institucional y cultural del sistema republicano. Y, al rededor de la Convención de 1855, el liberalismo doctrinario triunfante no pudo menos que tener el recelo que apunta la frase del doctor Wiesse (15); pero si le fué posible estirar la hoz de las reformas sobre los fueros eclesiásticos, no le fué posible estirarla sobre el caudillaje militar, porque, aunque la revolución la habían hecho los pueblos y le habían prestado espíritu los civiles, era un caudillo militar, el más eminente entre todos, el que habíale dado sus prestigios guerreros y el que ostentaba en sus sienes los laureles de la victoria deslumbrante.

---

(14) Discurso citado.

(15) Conocemos un folleto, impreso en Lima en la imp. de "El País", que revela muy a las claras este estado de ánimo político. Se titula: "El Sable. Panfleto para las elecciones de diputados a la Convención de 1855". Está vibrantemente escrito y muy bien manejada, en él, la forma panfletaria. Tiene por objeto persuadir al ciudadano de que "autorizar con su voto el triunfo del partido del sable", es autorizar todas las calamidades de la patria, y sin duda fué dirigido contra Castilla, pues aunque no lo nombra, parece referirse a él con la denominación de "El Anticristo".

Y, desde luego, Gálvez, y con él su núcleo reformatriz, al mirar de reojo al militarismo, no lo confundía, nó, con el ejército: éste es la espada defensora, aquél, el sable sojuzgador; éste, la abnegación en las horas difíciles, aquél, la ambición en las horas fáciles; éste, la normalidad del cuartel disciplinador de los ciudadanos por el Estado y para la nación y el pueblo; aquél, la anormalidad del cuartel erigido en sistema arbitrario de gobierno unilateral; éste, el sano ejercicio del órgano colectivo predestinado a la seguridad de la patria, en la que se suman todas las instituciones y todos los hogares, aquél, la desviación o hipertrofia de ese mismo órgano de función concreta y noble finalidad, olvidado de que no es subalternizador de la vida constitucional, política ni social; éste, en suma, la institución necesaria, tan en el orden jurídico como cualquier otra institución; aquél, el abuso caudillesco o pretoriano de la misma, tan fuera de ley y tan desquiciador como cualquiera otro abuso. Gálvez, que tenía temple cívico a la vez que carácter militar, no podía confundirlos, y por eso él, que tarjaba en sus convicciones al militarismo, se enroló en el ejército, cuando éste fué, a la cabeza de los pueblos, contra un sistema de concupiscencia gubernativa tal que sublevó la dignidad de la nación y le permitió sentir la necesidad de reformas institucionales, y cuando, a la cabeza también de los pueblos, fué contra la amenaza extranjera, ansioso de restaurar con sus armas la soberanía y el honor patrios: en la primer ocasión, se sumó a sus filas como abnegado guarismo; en la segunda, fué su organizador y héroe. Viva el ejército, muera el militarismo, sin duda era la norma de su fuero.

Dentro de su ideología, Gálvez no pudo dejar de ser contrario al Estado confesional. Pero, como no era hermético, sino comprensivo, apreció perfectamente, sin duda, que, en un país en donde, aparte de los atavismos de las dos razas ancestrales, la sociología y la psicología había sufrido el moldeamiento de tres siglos de dominación católica, apostólica y romana, a la española, no era aún llegada, en la evolución nacional, mientras la cultura no clarease la ignorancia y desarmase al fanatismo, la etapa propicia para ir en contra de la confesionalidad que nuestras Constituciones atribuyeron unas veces al Estado, y otras a la nación y que el derecho consuetudinario interpretó, al abrigo de todos los rezagos oscurantistas del ambiente, nó con la prudencia informadora del espíritu legal, sino con estrechez mayor que la que enfusquecía a la letra marcada

por el pasado (16). Bajo esta doble compulsión de la realidad nacional, Gálvez, al discutirse las bases de la Constitución de 1856, se limitó, dejando la confesionalidad, a combatir su exclusivismo intolerante, representado en la asamblea de la época por Juan Gualberto Valdivia (17). Bastaba para él esta fórmula: "La religión del Estado es la católica, apostólica i romana; la nación la proteje por todos los medios conformes al espíritu del Evangelio". No admitió la contera de esta frase: " y no permite el ejercicio público de otra alguna" (18). Era la misma cuestión planteada, casi en iguales términos, por el primer congreso peruano, en cuyo ilustre seno legislativo Rodríguez Mendoza, Mariátegui, Olmedo y Luna Pizarro suscribieron idéntica opinión a la del prohombre que, como ellos, se inclinaba ante la libertad de conciencia (19). Era la misma cuestión reproducida, a través de múltiples situaciones históricas y doctrinarias, por todos los otros congresos constituyentes en que nuestros padres se afanaron (20), y resuelta, al cabo de noventa y cuatro años de lucha por el derecho, en el tolerante sentido que la defendió Gálvez, por la honrosa ley N.º 2193 eliminatoria de aquella tontera de intransigencia exclusiva. Fíjese, en que el paladín liberal de 1856, como los constitucionales de 1823, 1821 y 1834, sólo admitía para la religión del Estado los medios de pro-

---

(16).—Por ejemplo, el art. 14.º de la actual Constitución sólo prohibía, en la parte que ha sido derogada, el ejercicio público de cualquier culto que no fuese el católico; mas, a favor de esta prohibición, se persiguió, no sólo el culto privado de los disidentes, sino la propaganda doctrinaria y tranquila de los heterodoxos.

(17) Actas del 19 de Setiembre, y del 2, 3, 4, 5 y 9 de octubre, en los Números 32, 26 y 28 de "El Peruano" de 1855.

(18) Valdivia primero y después la comisión en mayoría presentaron la fórmula completa, cuyas dos primeras partes fueron aprobadas por unanimidad y la última por 46 votos contra 22. Escudero y Gálvez hicieron constar que entre aquellos habían 12 pertenecientes a sacerdotes. No faltaron en las sesiones barras agresivas y damas alborotadoras. La fórmula de la minoría fué la siguiente: "El único culto público que la nación proteje y mantiene es el católico, apostólico y romano."

(19) Anales Parlamentarios del Perú por Manuel Jesús Obín y Ricardo Aranda, págs. 204, 206 y 224.

(20) En nuestras diversas Constituciones el artículo sobre religión es análogo, excepto en la del año 1826, cuya disposición 6a., se limita a estatuír lo siguiente: "La religión del Perú es la católica, apostólica y romana".

tección "evangélicos", jamás los coercitivos (21), y añádase que, en el seno de la Convención, combatió la inmunidad eclesiástica y los diezmos y primicias, obteniendo su esfuerzo liberador la abolición de aquélla y la supresión de éstos (22). Y he ahí delineada toda la actitud de Gálvez frente a la cuestión religiosa legal, circuito en que se pertrecha el conservadorismo que, entre nosotros, es propiamente clericalismo.

La Convención tuvo dos distinciones con Gálvez, su insigne miembro: lo consideró en la comisión revisora del Código Penal y encargada de formular el de Procedimientos en la misma materia (23) y lo consideró entre los conspicuos letrados que propuso para el alto sitial de la Fiscalía de la Nación (24). ¿Cuál fué su contingente en aquellos cuerpos de legislación? No alcanzamos a rastrearlo, dada su teoría del derecho social de corregir, que no es la que los informa. Y como tanto el Código revisado como el formulado pasaron por el criterio de una nueva comisión (25) constituída cuando ya en el Parlamento dominaban los hombres de espíritu opuesto al de Gálvez, difícil es discernir a quién habrá que cargar la enclenque confección de nuestro Código de Procedimiento Penal, al que en verdad no encontramos relieve que se imponga a la crítica de la legislación comparada, como indudablemente lo tienen su mismo Código sustantivo, el Civil y el de Enjuiciamientos derogado. Basta pensar que la adopción del procedimiento inquisitivo, más conforme con la índole conservadora que moldeó a los Congresos de 1860 y 1861, derogador el primero de la Constitución de 1856 y designador el segundo de la comisión revisora, no se compadece con la abierta modalidad de quien negaba al cuerpo social el derecho de castigar, era enemigo absoluto de la pena de muerte, ponía sobre su cabeza todas las garantías individuales y proclamaba atrevidamente el derecho popular de insurrección. Pero cualquiera que sea la parte de trabajo de Gálvez en la codificación penal, su nombre se ostentará en ella cabe los nombres de los ilustres arequipeños Manuel Toribio Ureta,

(21) Sólo el Estatuto Provisorio de 1821 habla de severos castigos. En la Constitución de 1839 no se consigna expresamente la circunstancia de la protección y en las de 1860 y 1867 se consigna de una manera genérica, sin especificar los medios de ejercerla.

(22) Por las leyes de 4 de agosto y 11 de noviembre de 1856.

(23) En 6 de abril de 1857.

(24) En 11 de julio de 1857.

(25) Nombrada en el Congreso de 1861.

Ignacio Noboa, José Simeón Tejada, José María Pérez y Juan de la Cruz Ízárraga, y testimoniará, en toda época, que su actividad fué totalizadora en la construcción jurídica peruana, construcción que reconoce en la asamblea de 1856 uno de sus centros genéticos.

Gálvez, figura de primera línea en esa asamblea, tomó parte principalísima en la formación de todas las leyes con que ella enriqueció nuestro derecho positivo, en época en que se las dictaba con más doctrina y contemplación más seria que ahora: algunas fijarán siempre la atención del jurisconsulto y del político y del historiador del derecho. Quede para otros seguir, huella a huella, con mayores facilidades informativas, la labor legisladora del prócer. Mas, anotemos que su ideología política, para la que era dogma la soberanía popular, lo llevó hasta propender a que se fijaran en la Constitución los casos en que el pueblo podía hacer uso del derecho insurreccional. Su Sinaí, repetimos, fué la Convención. "Allí—dice, confirmándolo, su nieto (26)—resplandeció su elocuencia tribunicia; allí hizo ley de sus enseñanzas; allí batalló por la libertad; allí se enfrentó a Castilla, vacilante entre las acometidas audaces del liberalismo y las amenazas subterráneas de los conservadores", "Integro y puro—continúa—jamás se doblegó, no transigió con el daño, combatió la amnistía en cuanto significaba la falta de sanción en país que tanto la ha menester, minó la fuerza preponderante del viejo mariscal y llegó a conducir con su verbo y con su actitud, camino de la oposición patriótica, a la mayoria de los convencionales de la época". Cristalizaron algunas de sus acariciadas innovaciones, o por lo menos quedó el reflejo de ellas, en la Constitución de 1856, que, según el doctor Villarán (27), "operó importantes reformas en orden a los derechos públicos", aunque la juzga "exajerada y en algunos puntos desacertada", como obra de reacción contra la Carta conservantista de 1839.

Ella, a estar a las anotaciones del doctor Manuel Atanasio Fuentes (28), consagró por primera vez la inviolabilidad de la vida, la abolición de la esclavitud, el derecho de asociación, el de petición colectiva, la prohibición de arrogarse el título de soberano, las condiciones primordiales de los impuestos, la nu-

(26) Disscurso de José Gálvez, ya citado.

(27) L. F. Villarán. La Constitución Peruana Comentada.

(28) M. A. Fuentes. Derecho Constitucional Universal e Historia del Derecho Público Peruano, T. II.

lidad de los actos oficiales por usurpación, la iniciativa del Poder Judicial y los casos en que el Presidente puede ser acusado. Revivió el sufragio directo, la garantía de la residencia y las Juntas Departamentales (29), dió a los extranjeros el derecho de adquirir propiedad territorial, y suprimió el fuero personal, la inmunidad civil parlamentaria y la propiedad de los empleos. Fué descentralizadora, pero nó para las provincias, sino para los departamentos, tal como ahora lo apetecen los espíritus que van contra la gamonalización que ejerce la capital de la república y que son lo bastante serios para, al mismo tiempo, huír del caciquismo comarcano y del federalismo simplista (30). Las Constituciones de 1836 y 1856—dice, juzgando estas dos Cartas antitéticas, el ya citado doctor Villarán—son las más notables de las que se han dictado en el Perú. Aunque inspiradas en doctrinas opuestas, ambas contienen sabias disposiciones, y corregidos los defectos, provenientes del exagerado espíritu de reacción con que fueron dictadas, se encuentran en esas cartas, los elementos suficientes para una constitución progresista y acomodada a nuestro estado". Ojalá la seriación histórica nos lleve algún día a hacer esa selección y corrección, ya nó bajo los postulados meramente doctrinales, sino bajo los postulados de la ubérrima ciencia social.

Divergentes cada día más el espíritu de Castilla y el espíritu de la Convención; habidos algunos rozamientos entre la marcialidad imperativa de aquél y el fuerte principismo civil de ésta; batida por las olas retardatarias la barca de esa asamblea; amenazada también por la mueca del disgusto militar; no tardó el golpe de estado, convirtiendo en sable la espada del coronel Arguedas, en descargarse sobre su augusta entidad dentro del propio recinto, cuando disponíase a sesionar, presidida por la personalidad de Manuel Toribio Ureta (31). Sucedió este vergonzoso episodio mientras el Presidente de la República sitiaba a Arequipa que, con terquedad heroica y como

(29) Antes, la Const. de 1828 estableció las Juntas Departamentales, la de 1834 consagró la libertad de residencia y la de 1826 sancionó el sufragio directo; pero en la Const. conservadora de 1839 desaparecieron las prescripciones respectivas.

(30) No nos referimos al sistema federal que implica una constitución política evolucionada, sino a la aplicación de él a las actuales condiciones demográficas y sociológicas del Perú.

(31) La Convención se instaló el 14 de julio de 1855 y fué disuelta el 2 de noviembre de 1857.

único brazo, sostenía la bandera de la rebelión, escribiendo una de sus épicas páginas, aguijada por sus creencias de pueblo que anida en el regazo cataclísmico de un volcán y por agravios que no habían sido reparados, sino ahondados, por el gobernante que ensangrentó sus calles por la mano de un Goyeneche (32). Disueltos tan brutalmente los convencionales, un grupo de ellos, encabezado varonilmente por Ureta y Gálvez, intentó reunirse, por sobre el gesto de la fuerza, en el local del Municipio; pero también lo desalojó de allí el sable, que fué hasta convertirse en centinela en el umbral del domicilio de aquellos dos prohombres (33). Satisfacciones del Consejo de Ministros, encargado a la sazón del Poder Ejecutivo, enjuiciamiento del coronel Arguedas, voz de éste explicando su paso por un exclusivo acto personal suyo, sentencia condenatoria recaída sobre el mismo, nada retirará la sombra del atentado de sobre la administración de entonces, que no volvió a ver reunirse la Convención; que convocó en su lugar a un Congreso extraordinario; que cortó las funciones de este mismo Congreso; que llamó a otra legislatura distintamente formada; que se echó en los brazos reaccionistas del conservadorismo; que erigió la Constitución de 1860 sobre la de 1856; que indultó, por fin, al sayón que llevó a cabo el legicidio. Más, cabe observar, en la algidez del momento, que, como en el principio del orden de cosas, sufriente de una quiebra doctrinaria por el violento atentado, tornaron a mostrarse juntos en la acción dos ilustres representativos del norte y sur: José Gálvez y Manuel Toribio Ureta, enlazando también en esta vez sus manos Cajamarca y Arequipa.

(Continuará)

FRANCISCO MOSTAJO.

---

(32) Se alude al abaleamiento del pueblo arequipeño por orden del Prefecto don Juan Mariano Goyeneche, realizado el 25 de noviembre de 1849, durante la anterior administración de Castilla, y del cual resultaron 6 muertos y 17 heridos. De éstos fallecieron posteriormente algunos. Arequipa se sintió agraviada por haberse sostenido a aquella autoridad contra sus protestas ("La Balanza", interdiario de la época).

(33) Según los periódicos de la época, se pusieron 25 soldados cerca de los domicilios de Gálvez y Ureta, para impedir que fueran a reunirse en ellos los convencionales.

Memorias antiguas historiales del Perú

El interesante estudio que insertamos a continuación y que, como lo indica el subtítulo, es una crítica del valor histórico de las "Memorias antiguas historiales" del Licenciado Fernando Montesinos sirve de prólogo a la versión inglesa que de dichas "Memorias" ha publicado nuestro redactor el señor D. Philip A. Means, por encargo de la Sociedad Hakluyt, y ha sido traducido al castellano especialmente para "Mercurio".

INTRODUCCION.

CRITICA DEL SIGNIFICADO DE LAS MEMORIAS HISTORIALES DEL P. FERNANDO MONTESINOS.

Acaso ninguno de los antiguos escritores y cronistas de la América antigua haya sufrido peor trato de manos de los críticos modernos que el Padre Fernando Montesinos. Mas para aquilatar debidamente el valor positivo de los escritos históricos de este autor acerca del antiguo Perú, es fuerza considerar con toda amplitud los juicios que dichos críticos, que en su mayor parte son desconocidos en el mundo de habla inglesa, han emitido sobre aquél (1).

(1).—En la Biblioteca de la Universidad de Yale, de New Haven del estado de Connecticut, se encuentran dos volúmenes manuscritos que encierran los escritos de Fernando Montesinos. Uno de aquéllos comprende las partes Primera y Segunda de las *Memorias antiguas historiales del Perú.* La Primera se ocupa principalmente en cuestiones bí-

Pero antes de hablar sobre el propio Montesinos, hemos de estudiar brevemente a otros dos cronistas, congéneres suyos, a saber: Garcilaso de la Vega, el Inca, y el Padre Blas Valera.

Nació Valera o en Cajamarca o en Chachapoyas, provincias del Perú, en una fecha que fluctúa entre 1538 y 1540. Fué hijo natural del Conquistador D. Luis de Valera en una india que recibió en la pila bautismal el nombre de Francisca Pérez. Era Luis de Valera uno de tantos capitanes de la Conquista; hallóse en Cajamarca en ocasión de los tristes sucesos que culminaron en el alevoso asesinato del Inca Atahualpa por la soldadesca de Pizarro, y tuvo estrechos vínculos de amistad con Francisco de Chávez, conquistador de los más connotados y autor de una historia que se perdió, con el asesinato de éste en 1541. La madre de Blas Valera estuvo relacionada con la corte del último monarca peruano y durante la infancia de su hijo residía en Cajamarca, que todavía estaba impregnada con los recuerdos de la época incaica. Vivió Valera en Cajamarca y Trujillo hasta 1568, año éste en que los primeros Jesuítas enviados a la Colonia llegaban a Lima, y muy poco después encaminóse nuestro autor a la Capital e ingresó en la Compañía. Su entrada en ella consta en un manuscrito que se conserva en Lima. En 1571 fué enviado al Cuzco a adoctrinar y catequizar a los indios, porque además de saber perfectamente latín, era profundamente versado en quechua y colla (o aimará), las dos lenguas principales de la sierra peruana. Hacia 1582 trasladóse a Juli, lugar que se asienta en la ribera occidental del lago Titicaca, en donde los Jesuítas habían establecido un convento importante. Fué Juli para el P. Valera centro de una serie de excursiones que verificó por toda la comarca. Sabemos que visitó el santuario de Copacabana y es probable que llegase a La Paz. En 1591 se embarcó en el Callao con rumbo a España. Encontróse en Cádiz en 1596 en circunstancias en que esa ciudad fué saqueada por el ejército del Conde de Essex y murió poco después. Sus obras son, por lo menos, tres: *A) La Historia del Perú* (escrita en latín); B) *el Vocabulario histórico del Perú;* y C) *De los Indios del Perú, sus costumbres y pacificación,* de las cuales la primera se ha perdido. La segunda fué llevada de Cádiz a Chuqui-apu (La

blicas y astrológicas, sin importancia; y todo lo que encierra de aprovechable parece repetido en la Segunda. A juzgar por las portadas, los manuscritos fueron obra del Abate C. E. Brasseur de Bourbourg, alta autoridad en cuestiones de civilización maya del Yucatán; luego pasaron a poder de Alfonso Pinart y reposan, por último, desde 1888 en la Biblioteca de Yale.

Paz) en 1604, por un funcionario Jesuíta, y se perdió posteriormente. La tercera se publicó finalmente en Madrid por D. Marcos Jiménez de la Espada, sin que éste supiera, no obstante el nombre de su autor, punto que fué más tarde esclarecido por D. Manuel González de la Rosa.

Garcilaso de la Vega, el Inca, fué asimismo mestizo, e hijo natural de Garcilaso de la Vega y Sotomayor Suárez en la Princesa Isabel Yupanqui Inca, sobrina de Huayna Cápac y nieta del emperador Túpac Yupanqui Inca. Deslizóse la infancia del joven Inca en una atmósfera empapada en los recuerdos de la época en que la familia de su madre enseñoreábase aún sobre todo el país de los Andes. Hablaba perfectamente el quechua, su lengua materna. Muy claro aparece de sus escritos que viajó considerablemente por el Perú entero, que fué a Lima por los años de 1550 y que acompañó a su padre varias veces en sus visitas a sus haciendas situadas en diferentes regiones del territorio, en cuyos viajes hubo de recoger inevitablemente muchísimas informaciones acerca del Perú y de sus primitivos habitantes. A este propósito, fué particularmente fructífera la época de su vida que pasó en la casa paterna del Cuzco, donde solían visitar a su madre los parientes de ésta y conversaban sobre los días pasados. Por 1560 á 61 embarcóse para España, poco después de la muerte de su padre. Padecía suma estrechez pecuniaria, que nada hicieron por aliviar sus altivos parientes de la Península. Al cabo, uno de ellos lo adoptó, y luego mejoró su situación. Residía en Córdoba. Hacia 1598 cayeron en sus manos ciertos papeles de Blas Valera (la historia en latín, a no dudarlo), en la precisa oportunidad en que comenzaba a escribir una relación de su tierra natal. Por entonces habíase granjeado ya cierto renombre literario, debido a sus traducciones de los "Diálogos de Amor" escritos en italiano por un Judío llamado Abarbanel, así como por su "Florida" que narra la expedición de Soto a la Florida. Inspirándose en los manuscritos de Valera y alentado por sus éxitos anteriores, consagróse Garcilaso seriamente a la obra de componer una historia de los Incas. Para refrescar sus recuerdos escribió a sus amigos del Perú solicitándoles datos históricos y descriptivos de toda clase. Y fué así, combinando sus reminiscencias con los escritos de Blas Valera y con las noticias de sus amigos, como llegó a acopiar un rico acervo informativo para construír su obra, que edificó magistralmente. La primera parte de los "Comentarios Reales de los Incas" se publicó en Lisboa en 1609; la segunda, en Córdoba en 1617. Era el Inca

muy versado en letras, y conocía bastante la mayor parte de las historias de los cronistas peruanos. Falleció en Córdoba, el 22 de Abril de 1617.

Digamos ahora lo poco que sabemos acerca de la vida de Fernando Montesinos. Llegó al Perú en 1628 ó 29. No está bien averiguado, ni hace al caso, saber si formó o no parte de la casa del Virrey Conde de Chinchón. Fuéle encomendado un cometido, que le exigió dilatados viajes de inspección. Conoció, sin duda, varias lenguas indígenas, y su cargo fué de los que obligaban a un estrecho contacto con los indios. Es absolutamente seguro que Montesinos vió y copió o el manuscrito original del *Vocabulario* de Valera o una copia de aquél, como asimismo, según lo han establecido pruebas recientes, que leyó varias obras de jesuítas y otros escritores. Recorrió 1,600 leguas del Perú en desempeño de su cargo. Como Valera era jesuíta. En 1,644 lo hallamos de nuevo en España, después de haber viajado extensamente por el Perú y de haber escrito dos cortos tratados durante su estadía de tres años en Lima (desde 1636 a 39). La data de su vuelta a la Península es el último fragmento de información que de él nos queda. No es posible fijar la de la composición de las *Memorias Historiales*. Sabemos que en 1631 todavía existía en La Paz el *Vocabulario*, porque otro jesuíta, el P. Anello Oliva lo vió allí por esos años. Es posible que en aquella fecha copiase Montesinos su lista de reyes; más la circunstancia de haberse encontrado sus manuscritos en un convento de Sevilla hace presumir, por lo menos, que aquéllos fueron escritos después del regreso de Montesinos a su país natal.

En resumen, lo que hasta aquí se ha dicho puede reducirse a esto: antes de que Montesinos viniese al Perú vivieron allí dos notables historiadores mestizos, que fueron Blas Valera y Garcilaso de la Vega. Este último aprvechó buena parte del libro de aquél para componer su propia historia, y Montesinos, a su vez, usó indudablemente de ambas y saqueó al mismo tiempo, a su antojo, los tesoros ocultos en los varios archivos jesuíticos a que tuvo acceso. Por consiguiente, apesar de que deslustra las *Memorias Historiales* la credulidad vulgar, verdaderamente asombrosa, de su autor y de que la mayor parte de su contenido es ostensiblemente apócrifo, no es posible ver en aquéllas, sino la versión mutilada del completo texto original del *Vocabulario histórico de Valera* (1).

(1).—He procurado ahorrar al lector las dilatadas y confusas con-

De ahí que Montesinos sea uno de los más importantes entre los primitivos cronistas del Perú, y que su importancia provenga nó de su contribución personal a la historia peruana, sino de la parte de la de Valera que nos han conservado sus páginas. Bajo este aspecto, Montesinos (representando a Valera) es el primero, y en verdad el único, de los historiadores conocidos del Perú antiguo que se ocupa en la historia preincaica (1).

La razón más obvia del desdén y maltrato que ha padecido Montesinos de parte de los críticos estriba en su propia credulidad y en su ciega aceptación de las Escrituras como fuentes históricas de la antigua historia peruana. Tales deficiencias lo

---

troversias sostenidas entre los críticos alrededor del problema de las relaciones entre Valera, Garcilaso y Montesinos. La relación bosquejada es un resumen de lo que se escribió durante la controversia. Los autores en que ésta se basa son:

Polo, José Toribio. 1906. *El Inca Garcilaso. Revista Histórica.* I pags. 232—253. Lima.

Patrón Pablo. 1906. *La veracidad de Montesinos. Rev. Hist.* I págs. 289—303. Lima.

González de la Rosa, Manuel. 1907. *El Padre Valera, primer historiador peruano.* Rev. Hist II. págs. 544—552. Lima.

Riva Agüero, José de la. 1910. *La Historia en el Perú.* Lima, págs. 13—43; 61—113. 7916. *Elogio del Inca Garcilaso. Revista Universitaria.* Lima.

Markham, Sir Clements R. 1910. *The Incas of Peru.* London, págs. 10—16; 260—283.

Means, Philip Ainsworth. 1917. *An Outline of Culture Sequence in hte Andean Area. International Congress of Americanists.* XIX sesión, págs, 236—253. Washington.

(1).—La interesante *Nueva Crónica y Buen Gobierno,* obra de Felipe Huamán Poma de Ayulo, magistralmente ilustrada con dibujos a pluma, existió hace algún tiempo, en manuscrito, en la Biblioteca Real de Copenhague, de donde la sacó por los años de 1909 un alemán llamado Pietschmann que ni la publicó ni dió más cuenta de ella. Vid. Markham, 1910, págs. 16 á 20. Véase también:

Garcilaso de la Vega, el Inca. 1609. *Comentarios Reales.* Lisboa. 1869—71. *Royal Commentaries of the Incas,* editados por Sir Clements R. Markham. Sociedad Hakluyt. Londres.

Montesinos, Fernando. 1840. *Mémoires historiques sur l'ancien Pérou.* Editadas por H. Ternaux Compans París. 1882. *Historia antigua del Perú,* editada por Marcos Jiménez de la Espada.

Valera Blas (llamado también El Jesuíta Anónimo). 1879. *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú,* en el libro *Tres relaciones de antigüedades peruanas,* por Marcos Jiménez de la Espada. Madrid. Oliva, Anello. 1895. *Historia.....del Perú,* editada por Juan F. Pazos Varela y Luis Varela y Orbegoso. Lima.

llevaron a empezar su libro con una recargada exposición de su teoría de que el Perú y el Ofir del Antiguo Testamento eran una misma cosa. Y como los tres primeros capítulos de las *Memorias Historiales* están llenos de tan absurda teoría, han sido, por lo mismo, más que ningún otro, el principal agente del total descrédito del libro.

Para aprovechar el enorme acervo de genuino folklore peruano que encierran las *Memorias,* hemos, ante todo, de barrer de ellas todo el rastrojo de credulidad y de superstición, todos los hechos falseados o bastardeados y todos los datos apócrifos. Luego, será preciso cotejar el folklore así espigado con todo el resto de pruebas auténticas acerca de la antigua historia andina, confrontación que, de verificarse con debida precaución y escrúpulo, manifiesta un grado extraordinario de coincidencia entre las diversas opiniones y sirve para corroborar mi tesis de que las *Memorias* contienen un enorme acervo de auténtico folklore preincaico.

Tal es el método que me he impuesto. Queda resuelto ya, sobre la base de la crítica histórica, que todo lo que en los escritos de Montesinos no es absurdo procede, probablemente, de cronistas primitivos y sólidamente informados que vivieron en íntimo contacto con la población indígena del Perú poco después de la Conquista. Ahora consideraré los rasgos saltantes de la historia preincaica de la región andina, en las *Memorias,* y los confrontaré cuidadosamente con los datos obtenidos por la moderna investigación antropológica y arqueológica.

Acaso el aspecto más importante de las *Memorias,* sea el que puede calificarse de cronológico, que ha solicitado la atención de varios escritores sobre el Perú antiguo, tales, en especial, como el finado Sir Clements R. Markham y T. A. Joyce (1). Parece claro que, si bien no dice más, Montesinos indica que en las mesetas andinas existieron generaciones de caciques, aun antes de que la tribu Inca del Cuzco comenzara a alzarse al solio imperial, por los años de 1100 a. de J. C. No obstante. un cuidadoso análisis del asunto revela que la afirmación de

(1).—Markham, 1910, págs. 10—16.

Riva Agüero, 1910, págs. 71 a 79.

Joyce, Thomas A. 1912. *South American Archaeology.* Londres, págs. 77—86.

Means, Philip Ainsworth. 1918. *Las relaciones entre Centro América y Sud América en la época prehistórica.* Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, XXXIII, págs. 151 a 170.

Montesinos tiene mayor profundidad. Así como se encuentran vestigios de positivo folklore ocultos en su narración histórica, así también se descubren puntos importantes de innegable autenticidad, con respecto a los usos y costumbres de los pueblos primitivos de la región andina.

Es digno de notarse, asimismo, que Bartolomé de las Casas, que estuvo en el Perú en 1532, justamente a raíz de la Conquista y mucho antes del nacimiento de Valera, afirma rotundamente que varias dinastías de caudillos gobernaron los Andes aun antes del surgimiento de los Incas. Consúltese, al efecto, el libro de Bartolomé de las Casas, "De las Antiguas Gentes del Perú", edición de Marcos Jiménez de la Espada, 1892, Madrid, capítulos XIV y XVI.

Si, en pro de la argumentación, afirmamos provisionalmente que la lista de reyes, tal como la inserta Montesinos, es una transcripción literal de la historia preincaica andina, nos veremos transportados a una remota antigüedad (1). Tal afirmación nos haría retroceder hasta cerca del año 1225 antes de J. C., fecha que se obtiene multiplicando la cifra de "reyes" de la lista (que es de 102) por la del promedio de duración de sus reinados (que es de 27 años) y restando del resultado (que es 2,754 años), el número de años de la Era Cristiana hasta la Conquista hispana (que es de 1530).

Como lo he dicho en otro lugar (2), tal fecha es insostenible, por ser en buena parte muy primitiva. En aquella época América debió ser, según todo lo indica, una aspereza inhabitada. Hay, sin embargo, por fortuna, otros métodos de averiguación de en qué período comenzó a poblarse la región andina. La obra del Dr. Ales Hrdlicka, Director del Museo Nacional de los Estados Unidos en Washington, ha demostrado que la población más antigua de la costa peruana tuvo el mismo tipo físico que la de la América Central y que su arte fué muy semejante al de aquella región (3). Asimismo las obras de Charles P. Bowditch, de Sylvanus Griswold Morley y del Dr. Herbert J. Spinden han establecido alrededor de qué época florecen las diver-

(1).—Véase Markham, 1910, págs. 40 y 57.

(2).—Means, Philip Ainsworth. 1917 B. *A Survey of Ancient Peruvian Art. Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences*, XXI, págs. 315—442. New Haven.

(3).—Hrdlicka, Ales. 1911. *Some Results of Recent Anthrop, elogical Exploration in Peru. Smithsonian Miscellaneous Publications*, LVI. N.º 16 Washington.

sas fases de la cultura centroamericana (1). Hoy está perfectamente averiguado que por los años 200 de J. C. los Mayas de la América Central se encontraban en pleno desenvolvimiento del primer brillante período de su historia. No obstante, el desarrollo que entonces los caracteriza, supone muchos siglos de preparación. Este período preliminar (cuya duración se ignora) está representado por aquella cultura conocida con la denominación arbitraria de Cultura Arcaica, la que no sólo se encuentra en el sur de Méjico, en Centroamérica y Panamá, sino también en ambas costas de las regiones más septentrionales de Sud América y en las altas mesetas del Lago Titicaca (2). Esto prueba incuestionablemente que la más antigua cultura sudamericana fué no sólo contemporánea de la Cultura Arcaica de Méjico y Centroamérica, sino, en realidad, un retoño de aquélla. Probablemente, durante muchos siglos, las poblaciones de la América Central avanzaron hacia el sur a Sud América, así por la banda del Pacífico como por la del Atlántico. Estos des-

---

(1).—Bowditch, Charles P. 1910. *The Numeration, Calendar, Sistems and Astronomical knowledge of the Mayas.* Cambridge, Mass.

Morley, Sylvanues Griswold, 1905 *An Introduction to the Study of the Maya Hieroglyph. Bureau of American Ethnology, Bulletin 57.* Washington. Spiden, Herberts J. 1913. *A. Study of Maya Art. Memories of the Peabody Museum,* VI. Cambridge, Massachussets.

(2).—La cultura arcaica se presenta en la costa peruana, desde Piura hasta Nazca. Yo he visto reliquias de esa región y también de la hoya boliviana del Titicaca. Las mejores colecciones del Perú y de Bolivia son las del Dr. Javier Prado y Ugarteche (Lima), del Dr. Julio C. Tello (Lima), de D. Luis Elías y Elías (Morropón, Piura) del Dr. Víctor Eguiguren E. (Piura) del Mayor Federico Diez de Medina (La Paz), del Dr. Arturo Posnansky (La Paz) y de D. Agustín de Rada (La Paz). El Museo Nacional de Lima (dirigido por don Emilio Gutiérrez de Quintanilla y Florez) y el de La Paz (dirigido por los doctores Alberto Jáuregui y Rosquellas y Vicente Ballivián) poseen también muchos ejemplares de alto valor, a este respecto. Consúltese las obras siguientes:

Spinden, Herbert J. 1915. *Notes on the Archaelogy of Salvador. American Anthropologist* (N. S.) XVII págs, 446—491. Planchas 21 y 22.

Bovallius, Carl. 1886. *Nicaraguan Antiquities.* Stockholm. Plancha 33.

Bransford, J. F. 1881. *Archaeological Researches in Nicaragua.* Washington. Plancha I.

Peñafiel Antonio. 1890. *Monumentos del arte mejicano antiguo.* Berlín. 3 vols. 1899. *Teotihuacán.* Méjico.

Holfes, William H. 1885. *Ancient Art. of... Chiriquií. Report of*

plazamientos fueron absolutamente accidentales e imprevistos, y sirven para explicar las características de la primitiva cultura andina y su semejanza con las de Centroamérica. Ya que ninguna de las primeras y toscas variedades de la Cultura Arcaica, tales como aparecen en Méjico y Centroamérica, se encuentran en la América Meridional, podemos concluír que los movimientos migratorios no empezaron sino cuando dicha cultura había echado profundas raíces y se había desarrollado grandemente en el suelo de la América Central. Teniendo esto presente, y recordando que el año 200 de J. C. es la fecha correspondiente a la decadencia de la cultura arcaica en la región maya, me inclino a encerrar todas las manifestaciones de la cultura arcaica que se han descubierto hasta hoy en la región andina en un período de cuatro o cinco siglos, que termina alrededor del año 200 de J. C.

Pero antes de tratar el tópico de la historia peruana anterior a la Conquista, tal como lo presenta la arqueología, debo decir algo acerca de los, hoy ya escrupulosamente fechados, períodos culturales de Méjico y de Centro América.

Como ya he dicho, los Mayas iniciaron el primero de sus dos grandes períodos de civilización alrededor del año 200 de J. C. El territorio que a la sazón ocupaban era el hoy comprendido entre el norte de Guatemala, los estados mejicanos de Chiapas, Tabasco y Campeche y en parte de Honduras latina y Honduras inglesa. Tan extensa región era asiento del llamado "Antiguo Imperio" de los Mayas. Floreció desde más o menos 200 de J. C. hasta 600, siendo su última mitad la más brillante. Cu-

---

the Burcan of American Ethnology for 1884—85, págs. 3—187. Washington.

Maccurdy, George Grant 1911. *A. Study of Chiriquian .Antiquities Memories of the Connecticut Academy of Arts and Sciences,* III. New Haven, Conn.

Dorsey, George A. 1901. *Archaeological Investigations on the Island of La Plata, Ecuador. Field Museum. Publication N.º 56.* Chicago. Planchas 69—101.

Saville, Marshall H. 1907—10. *Antiquities of Manabí.* New York. 2 vols. II. Planchas 83—97.

Uhle Max. 1912. *Die Muschelhuegelv on Ancón. International Congress of Americanists,* XVIII Session, págs. 22—45.

Tello, Julio C. 1917. Los antiguos cementerios del valle de Nazca. *Proceedings of the Second Pan-American Scientific Congress.*

Means, Philip Ainsworth. 1918 B. *Pre Columbian Peruvian Chronology and Caltures.* Man, XVIII, págs. 168—69, London.

brían todo su territorio florecientes y bellísimas ciudades de templos y palacios primorosamente construídos, tales como Tikal, Palenque, Copán, Naranjo, Piedras Negras, Altar de Sacrificio, Tendales, Yaxchilán, Quiriguá y Seibal. El cuadro I que insertamos al final de este artículo puede dar una idea de su situación cronológica. Hacia 460, los Mayas, y en especial la tribu Ytza comenzó a despachar grupos exploradores a las regiones septentrionales del Yucatán, las que colonizaron nuevas ciudades tales como Bakhalal, Tayasal y Chichén Ytza. La época de colonización duró hasta el año 700. Desde aquí hasta cerca del 960 medio un período de cultura relativamente inferior. Las ciudades meridionales del Antiguo Imperio cayeron en abandono, y los Mayas y los Ytzas se extendieron de lugar en lugar por el norte del Yucatán. Desde el año 1000, aproximadamente hasta cerca del 1200 el norte del Yucatán fué sede del llamado "Imperio Nuevo" o Liga de Mayapán. Bajo el benigno régimen de una confederación de estados feudales, respectivamente gobernados por las ciudades de Chichén, Ytza, Mayapán y Uxmal, los Mayas lograron alzarse nuevamente a un alto grado cultural, en arquitectura, arte y perfección intelectual. Por desgracia, disensiones políticas y ambiciones dinásticas de parte del cacique de Mayapán pusieron fin a este período. El caudillo de Mayapán (Hunnac Ceel) hizo venir a su lado varios mercenarios de Méjico (asiento a la sazón de la gran civilización tolteca, probable vástago del Antiguo Imperio) para respaldar sus pretensiones al supremo mando; y para recompensar a dichos auxiliares entregó a la fuerza expedicionaria tolteca la ciudad de Chichén Ytza, que, desde el año 1200 hasta cosa del 1440, fué, en realidad, primero tolteca y luego azteca. En la última fecha los caudillos de Uxmal, que jamás habían cedido ante Mayapán o los toltecas, provocaron una formidable guerra civil que en breve arruinó la civilización del norte de Yucatán. Desde 1450 hasta la Conquista española (el año de 1540) se produjo un fenómeno de general desintegración cultural. De todos los Mayas, tan sólo los Ytzas huyeron lo bastante lejos para librarse casi de la disolución total. Retrocedieron a Tayasal, ubicado en el lago Peten, su antigua residencia, y allí sostuvieron su independencia hasta 1696. Tal es, por consiguiente, la línea principal de la historia maya (1).

(1).—Morley, 1915, págs. 2 á 7.

He creído conveniente decir todo lo anterior porque es bueno que el lector esté en aptitud de formarse un juicio acerca de las relaciones entre la historia andina precolombina y las de las demás regiones civilizadas de América. Si consulta lo anotado así como el cuadro I, podrá ver de una ojeada la historia de la civilización maya. El cuadro servirá para fines comparativos en el curso del estudio de las *Memorias* de Montesinos, siempre que el lector lo desee. En obsequio a la precisión científica, consigno los dos sistemas cronológicos que empleaban los Mayas, así como sus equivalentes europeos. Es curioso observar que los mayores progresos culturales de los Mayas coinciden cronológicamente con los de los Peruanos, lo que probablemente obedece a condiciones climatéricas que han variado considerablemente (1).

En el cuadro II he puesto, en forma tabulada, la lista de los "reyes" preincaicos tal como aparece en las *Memorias* de Montesinos. En la lista, tal como está en nuestra transcripción, los nombres de los "reyes" que parecen más auténticos figuran en letras mayúsculas. A los que parecen importantes, pero a cuyos reinados no se asigna número definido de años, les hemos atribuído un período presunto de veinticinco (que es el promedio de los de todas las dinastías del Universo. Para que un "rey" merezca el honor de las letras mayúsculas es preciso que esté acreditado por algún hecho concreto o vinculado con algún suceso especial que en sí no es imposible. De los noventa que figuran en la lista sólo catorce llevan letras mayúsculas. De otro podría argüirse, naturalmente, que sólo esos son los auténticos y genuinos caudillos preincaicos de la región andina; pero, para rechazar tal argumento se ha de considerar que la suposición que encierra nos haría retroceder sólo a los 750 años de J. C. (o sea catorce reinados de veinticinco o veintisiete años, restados del año 1100 de J. C., data de la aparición del

---

Brasseur de Bourbourgs C. E. 1858. *Historia des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale....* Paris, 4 vols.

Ancona, Eligio. 1878. *Historia de Yucatán.* Mérida, 4 vols.

Means, Philip Ainsworth. 1917 c. *History of the* Spanish C*onquest of yucatán and of the Ytzas.* Papers of the Peabody M oseum. VII. Cambrigge, Mass.

Landa, Diego de. 1864. *Relation deschoses du Yucatán.* Edited by C. E. Brasseur de Bourbourg. París.

(1).—Huntington, Ellworth. 1915. *Civilization and Climate.* New Haven. P. 242 ff.

primer Inca), cosa ostensiblemente imposible, pues el primer "rey" con apariencias de auténtico que figura en la lista, tuvo tratos con los Chimus de la costa, quienes, como ya se ha visto, sólo aparecieron en el año 200 o 250 de J. C. Además, si la primera inmigración o infiltración de la población centroamericana se efectuó en esa época, ¿cómo se explica que el sistema jeroglífico maya no se introdujera en América? Por último, está probado que tal fecha es harto tardía para asignarla al principio del contacto entre las tribus serranas y las costeñas, por el hecho de que tradiciones indudablemente auténticas procedentes de otras fuentes recuerdan un movimiento *septentrional* del Perú hacia el Ecuador, precisamente en aquel período. Es, por lo tanto, imposible que el año 755 corresponda a la llegada de los Chimus a la costa peruana. Debió ser, cosa de cinco siglos antes. Por consiguiente, podemos afirmar que hubo más de catorce reinados preincaicos. Años de estudio detenido de la obra de Montesinos me inclinan a pensar que es posible sostener con certeza que los sesenta y seis reinados restantes que su lista contiene representan quizá el doble de los que debió comprender la lista originalmente. Fué su fantasía la que los duplicó. Amenudo consigna monarcas de casi doble período. Por eso, en el cuadro III encierro los reyes de probable autenticidad con los sucesos que caracterizan sus reinados. También figuran allí los reinados restantes que trae Montesinos y, con ellos, entre paréntesis, el número de los que me inclino a aceptar. A mi modo de ver, el cuadro III, muestra la lista de "reyes" en una forma aproximada a la en que debió salir de manos de Valera.

En el cuadro IV presento una reconstrucción teórica de la cronología de la lista de "reyes" en su forma revisada. Una cuidadosa combinación de los cuadros III y IV permite el bosquejo de un esquema de la historia de la cultura preincaica andina, que ofrezco en el cuadro V. Aquí se observará que todos los nombres de "reyes" son claramente apócrifos, pues están en quechua, al paso que la lengua del período primitivo de la cultura andina fué el Colla (1).

Hora es ya de tornar a la cuestión de la historia andina anterior a la Conquista, tal como nos la revela la Arqueología. Mas no es éste el lugar para entrar en detalles. El lector que busque éstos deberá acudir a las diversas obras del finado Sir Clements R. Markham, de Mr. Thomas A. Joyce y de Bande-

(1).—Means, 1918, pág. 163.

lier, así como a varios folletos míos (1). Aquí presento, en forma esquemática, la serie de culturas andinas, tal como se desprende de la moderna investigación arqueológica. Las bases en que se asientan los cuadros VI y VII son las más sólidas posibles, y sirven no solamente de guía general sino de control a los datos de Montesinos, cuyos errores enmiendan.

Otra cosa más puede servir de contrapeso a la cronología de Montesinos. Para el estudiante que critica la protohistoria indígena ningún dato de cierta importancia por fantástico que parezca al principio, ha de ser desdeñado. A este propósito recuerdo el asunto de los eclipses de sol, de que en dos ocasiones trata Montesinos. En el Cap. VIII habla de dos que se realizaron en el reinado de Manco Cápac II; en el X menciona uno que se efectuó en el reinado de Titu Yupanqui Pachacuti. Ahora bien, si mi cronología es correcta, Manco Cápac II (o mejor dicho el "rey" así llamado) reinó por el año 225. Es curioso observar que en el Perú se vieron eclipses totales de sol en los años 218 y 223 de J. C. Según mi cronología, Tito Yupanqui Pachacuti reinó cerca del año 325 de J. C. y uno de esos eclipses totales de sol fué visible en el Perú en el año 317 (2) Hago este paralelo, por lo que pudiera significar. Es muy sabido, por lo demás, que las antiguas gentes del Perú, a semejanza de sus contemporáneos de Méjico y Centro América, consagraron mucha atención al estudio de la Astronomía. El Cap. XII da claro testimonio de esto y los observatorios solares o relojes de sol *(intihuatana)* lo evidencian tangiblemente. Los anti-

---

(1).—Markham, 1910.
Means, 1917, 1917 B, 1918.
Yoyce, 1912.
Riva Agüero, 1910.
Bandelier, Adolph Francis. 1910. *The Islands of Titicaca and Koati.* New York.
Markham, Sir Clements R. 1892. *A History of Perú.* Chicago. 1904. *The Mezalithc Age in Perú. Outomatinal Congress of Americanits,* XIV. Session, II p. 521 á 29. 1908. *A Comparison of the Ancient Peruvian Carvings on the Stones of Tialmanoco and Chavin. International Congress of Americanits,* XIV th. Session, ps. 389 á 395.
Uhle Max. 1903. *Pachacamac.* Philadelphia.
Benchat, Henri. 1912. *Manuel d' archéologie americaine.* Paris.
Lorente, Sebastián. 1860. *Historia antigua del Perú.* Lima.
Wissler, Clark. 1917. *The American Indian.* New York.
(2).—Appolzer, Theodor Ritter von. 1887. *Canon der Finsternine.* Vienna.

guos Peruanos poseyeron rudimentos de un verdadero calendario lunar, si bien, acaso, sea más propio decir que la división del tiempo que se observa bajo el régimen incaico induce a creer que en épocas anteriores debió usarse un calendario más perfecto. A este respecto es interesante observar lo que Montesinos dice en el Cap. XIV acerca de la existencia anterior de cierta especie de escritura en el antiguo Perú, lo que es muy concebible, si bien no se ha llegado a probar de ningún modo.

Holgaría aquí añadir más sobre los muchos puntos interesantes de la crónica de Montesinos. Sus datos arrojan viva luz sobre los usos y costumbres, emigraciones y progresos culturales, cuya importancia podrá aquilatarse en breve con la lectura de las "Memrias Historiales". (1).

PHILIP A. MEANS.

(1).—Los cuadros a que se alude en este artículo no aparecen aquí, por su carácter técnico que los coloca fuera del marco de esta revista y por no ser, por lo demás, indispensables para la apreciación de la crítica que los formula.

Poesías

I

LA ESPIGADORA.

¿Dónde está? ¡Qué sé yo! Tal vez se iría
como todas: diciendo con los rojos
claveles de sus labios, que volvía,
i diciendo "¡no vuelvo!" con los ojos.

Yo no la ví partir. Se alejó un día
dejándome mi campo hecho rastrojos.
Vino a espigar dentro del alma mía,
i se llevó mis sueños en manojos.

Mañana volverá. Vendrá buscando
un húmedo rincón, donde pudiera
trocarse esa gavilla en sementera
de un nuevo retoñar; pero yo, cuando

vea doblarse su gentil figura
para cavar los huecos
en que ha de echar el dolorido grano,

la diré con piadoso disimulo:
¡Pobre mujer! Espigaréis en vano:
¡Mis campos están secos!. . . . . .

II.

FLOR DE AZAHAR.

En un rincón del huerto que mi melancolía
busca en sus horas grises, hay un naranjo en flor.
Yo por mi propia mano le riego cada día
con agua cristalina del limpio surtidor.

Lo planté en una tarde llena de poesía:
lo planté en la primera de mis tardes de amor.
Soñaba con un velo nupcial, en que pondría
el azahar de mi huerto su castísimo albor...

El naranjo ha crecido; i hoy, con hondos pesares,
veo ya entre sus hojas los primeros azahares,
blancos, inmaculados, cual los quería yo.

¡Pobrecito naranjo de mis horas benditas!
¡Pobres flores, llamadas a agostarse, marchitas,
en la rama del árbol que mi Ensueño plantó!

JOSE LUIS BUSTAMANTE Y RIVERO.

Arequipa, 1920.

La intuición estética

(Del libro próximo a publicarse, "Una Filosofía Estética")

El Arte.

Witasek define el arte diciemdo que es la actividad humana dirijida a crear objetos de eficacia estética (1). Definición cuya deficiencia lógica es manifiesta pero que, precisamente por eso, es preferible a cualesquiera otras que en su empeño de fijar el contenido de los conceptos, incurrieran en el defecto de desnaturalizarlos y de desconocerlos. Aceptada la definición por lo que valga veamos como actúa el espíritu creador.

Todo es uno y es vario, todo es armónico y confuso, y todo es inefable; y através de tántas desarmonías y contradicciones, a través de tántas inquietudes y resistencias, hay no se qué tendencia que pone en todo los movimientos del Universo, una vibración de bondad y de amor. ¿Qué será esta tendencia que nos reconcilia siempre con la íntima realidad de las cosas? ¿Qué será esta aspiración que abraza todas las peripecias de la vida y las orienta hacia la felicidad, hacia la plenitud de una existencia fecunda y libre? Ningún nombre podría expresarla, pero sabemos que existe porque existen algunos privilegiados capaces de revelárnosla. Esos privilegiados que perciben en las cosas y en sí mismos la oculta vida del espíritu son los artistas.

La belleza no es sino el sentido espiritual de las cosas. Cuando algunos hablan de que la belleza es relativa, opoyándose

---

(1).—*Principii di Estetica generale.* Traducción italiana. Milán—Palermo, Nápoles.

en que lo que es bello para unos no lo es para otros, hacen un sofisma derivado de definir sensualmente la belleza. Creen que la belleza es un motivo de placer sensual, algo así como una voluptuosidad más fina, si es que no la confunden con la voluptuosidad pura y simple. Y están en un error, porque el placer, por sí solo, es insuficiente para caracterizar el hecho estético. La belleza es el índice entre la conformidad de nuestro espíritu y un espíritu que él ha descubierto, no importa dónde. Descubrimiento que tiene un valor absoluto porque toca una raíz de la realidad. Descubrimiento realizado en un plano tan alto o tan profundo que prevalece contra cualesquiera estímulos externos; siendo un placer, no porque halague los sentidos, ni porque se preste a un amable juego de la fantasía, sino porque representa un verdadero enriquecimiento del espíritu, una ampliación de su actividad, *un movimiento de simpatía que ha tenido éxito.*

¿Exito?—Sí, porque le ha sido dable percibir en las cosas una secreta espiritualidad. Porque ha encontrado en los objetos aparentemente yuxtapuestos entre sí, una unidad interior, una vida con la cual la conciencia coincide a lo largo del proceso de la *contemplación.* Palabra impropiamente usada, pues que suscita una cierta idea de pasividad, siendo así que estaría llamada a expresar algo eminentemente activo y dinámico. Esta evolución expansiva es por esencia creadora. Decimos pues que contemplar es crear.

Emocionarse y amar y seguir un movimiento íntimo y asociarse a una tragedia o festejar un triunfo, es crear. Es crear en nosotros un mundo espiritual hecho de mil peripecias, de mil contrastes, de hondas y progresivas inquietudes ¿Cómo podremos sufrir, si no creamos el dolor? ¿Cómo podremos amar, si no creamos el amor? Sentir es crear, porque es transformar un dato en un sentimiento. Y ver y oír son también creaciones porque son nuestra realidad espiritual frente al Universo. Pero hay una creación más penetrada de nosotros mismos que ninguna otra; esa creación es el arte.

Los hombres vulgares nos emocionamos ante las obras de arte que son ya la belleza, por decirlo así, elaborada. El artista se emociona—es decir contempla y, por lo mismo crea—en el espectáculo de toda la vida. Adivina una alma en las líneas confusas de la vida. El pintor y el poeta adivinan el alma de los paisajes, el alma de las fisonomías, el alma humilde y profunda de los objetos familiares, el músico adivina lo que ya no puede decirse: el alma del alma. ¿Pero qué es adivinar?

No es simplemente percibir; es interpretar y añadir al descubrimiento palpitante la propia sangre. Por eso el que adivina, el que intuye, digamos mejor, el artista o el místico, se asimila la realidad que ha profundizado y la elabora en una entidad más significativa y más espiritual. El artista lejos de permanecer destacado del espectáculo estético, se lo incorpora y—habiéndolo convertido ya en un proceso psíquico—lo anima con toda la vitalidad y toda la fluidez de su conciencia. Fradique Mendes—aquel admirable personaje de Eca de Queiroz—decía que el arte es un "resumen de la naturaleza hecho por la imaginación". Mas quizá el arte no es precisamente un resumen sino una sublimación de la naturaleza, una rebelación, una liberación. Es la realidad que se hace conciencia; y es al propio tiempo la conciencia que adquiere su máxima realidad.

El arte es de esta suerte una actitud emocionada ante las cosas. En esta actitud el artista encuentra que en el infinito panorama de las existencias inumerables, alienta su mismo espíritu, palpita su propio corazón. La vida es el esfuerzo de una voluntad, las formas de la naturaleza son los éxitos que esa voluntad obtiene y que una ansiedad invencible la lleva siempre a superar, la vida interior es el ritmo de la actividad individual en que esa vida inmensa parece contraerse. Y el arte, el esfuerzo por alcanzar ese confuso anhelo de la interioridad universal, que es la propia interioridad, esa "universal aventura que es nuestra propia aventura".

Pudiera inferirse que el arte debe perseguir la sugerencia de una idea abstracta; y nada sería más opuesto a la naturaleza del arte. El fluído irreversible de las cosas es de una variedad y de una heterogeneidad que no se compadecen con la armazón de los conceptos escuetos. En ese río, el artista sigue una onda fugaz, y por eso en su obra, hay un no sé qué que se escapa y que fluye, un encanto desconocido y secreto como el temblor de un recuerdo que no podemos fijar pero que aletea en el alma suscitándonos una impresión de graciosa esquivez. Y bien, esa onda, ese matiz, esa vibración, constituye una realidad única, viviente y concreta, que se identifica con la obra y que es arbitrario pretender intelectualizar. Por eso la ideología, la tesis es una obra artificial, la obra de la crítica que amenudo resulta estéril y aun nociva cuando, interponiéndose entre la obra y el alma, teje una extraña red de pensamientos y de palabras.

Es sumamente difícil, confusa, inquietante, la cuestión de saber qué expresa el arte; o mejor, la cuestión de saber si real-

mente el arte expresa. Porque al fin y al cabo expresar es indicar la existencia de un objeto por medio de otro. Y esto es evidente, porque de lo contrario no habría medio de diferenciar la presencia efectiva de una cosa de su simple expresión. La palabra *luna* no es la Luna; como la palabra *virtud* no es la virtud. Quiere decir entonces que si el arte expresa, habrá que buscar más allá de la obra (entidad expresiva), la entidad expresada. Algo así como los metafísicos que buscan, a través de la forma, una materia informe.

Nos vemos pues forzados—si el arte es realmente expresión—a admitir ese dualismo, tan artificial y tan viejo, de fondo y de forma. Y debemos echarnos a buscar el fondo de las formas artísticas. En poesía, en pintura, y aun en música buscaremos de preferencia ideas; y cuando busquemos emociones, buscaremos también, en último análisis, ideas. Pues si las emociones son definidas, son ya para el efecto del análisis crítico, ideas; y si son indefinidas serán por lo mismo indiscernibles de la obra (1) No hay en la obra de arte algo expresado y algo expresivo, como no hay una sustancia espiritual distinta de los hechos conscientes.

Cuando hablamos de que el arte expresa, generalmente nos le imaginamos como una lente que nos dejara ver una perspectiva más o menos lejana o, para usar la acertada comparación de Hanslick relativa a la música, como una botella colmada de un champagne ideológico y sentimental (2). Pero ni la lente es la perspectiva ni la botella es el champagne; hay un dualismo insalvable, una rigidez espacial como si el contenido viniera a adherirse al continente por acción mecánica.

Y es que la obra de arte no expresa un sentimiento; es un sentimiento único, incomparable, intraducible. Una vez más: cuando separamos lo que suele llmarse contenido de la obra de arte, extraemos un esquema indiferente que no satisface a nuestro sentimiento, pero que deja tranquila a nuestra lógica.

Todo esto proviene de considerar al espectador y a la obra de arte como yuxtapuestos uno al otro; el arte aparece entonces como un objeto que el contemplador debe interpretar. Y así, se prescinde de la obra de arte en sí misma y se le confiere una situación arbitraria y geométrica. La realidad puramente

(1).—V. Eduardo Hanslick. "*De la belleza en la música*"—Traducción española.—Madrid.

(2).— Id. id. pág. 61.

estética, empero, es otra; cuando yo leo un poema o asisto a un concierto, en realidad vivo un espectáculo interno. Yo soy el poeta y también el músico. Los sonidos y las imágenes están en mí, y por lo tanto yo los poseo y los contemplo exactamente como vivo mis recuerdos o mis esperanzas. Y así como a nadie se le ocurre preguntar qué expresa un recuerdo,—desde que la integridad de la vida del recuerdo palpita en él—,al verdadero contemplador no se le ocurre tampoco preguntar qué expresa la obra de arte, porque todo lo que ella contiene está ya en él. El arte es el champagne, no la copa.

Ante la realidad estética, el artista se encuentra a sí mismo. Mas para apreciar estéticamente la realidad es necesario, como afirma Bergson, apartar los símbolos prácticamente útiles que nos la velan. Qué nos ocultan no sólo la realidad externa sino aun la interna. Puesto que, envueltos en una red de hábitos prácticos perdemos el contacto con la individualidad de las cosas y aún con nuestra propia individualidad. Perdemos también así nuestra libertad y la aptitud creadora que es la aptitud estética.

Parece, en efecto, que el movimiento libre y expansivo del espíritu tuviese que luchar con una cierta laxitud, con una cierta inercia. De allí que debiendo todos ser artistas lo sean en realidad pocos; o mejor que todos sean artistas de derecho más bien que de hecho. En el arte como en la moral, aquella laxitud materializante de que hablamos, contraría la íntima y esencial tendencia a crear; y así mecanicamente vamos sin ver y sin oír. Aquí como siempre parece que la vida tuviese que adoptar los hábitos de la materia para dominarlo en su lucha por el paso de la actividad creadora y viviente. Más en este *modus vivendi*, el mecanismo de nuestras necesidades inferiores insinúase con tánta insistencia y de tal suerte en nuestra vida interior, que ésta acaba también por reducirse a un mecanismo donde toda creación, donde toda elaboración artística parecen imposibles.

Indiferentes ante el espectáculo del universo circundante; indiferentes ante el espectáculo de nosotros mismos, sufrimos, trabajamos y morimos casi todos sin haber realmente vivido. "Yo miro, dice Bergson, y creo ver; yo escucho y creo oír; yo me estudio y creo leer en el fondo de mi corazón. Pero lo que yo veo y oigo del mundo exterior, es simplemente lo que mis sentidos extraen de él para esclarecer mi conducta, lo que yo conozco de mí mismo es lo que brota a la superficie, lo que toma parte en la acción. Mis sentidos y mi conciencia no me ofre-

cen, pues, de la realidad más que una simplificación práctica. En la visión que ellos me dan de las cosas y de mí mismo, las diferencias inútiles al hombre han sido borradas, las semejanzas útiles al hombre, acentuadas y están trazadas de antemano las rutas por donde mi acción se ejercerá. Esa rutas son aquellas por donde la humanidad entera ha pasado antes que yo. Las cosas han sido clasificadas en vista del partido que de ellas podría sacar. Y es esta clasificación lo que yo percibo, mucho más que el color y la forma de los objetos. Sin duda el hombre es ya muy superior al animal a este respecto. Es poco probable que el ojo del lobo haga una diferencia entre el cabrito y el cordero; son para el lobo dos piezas idénticas, igualmente fáciles de cojer, igualmente buenas de devorar. Nosotros hacemos una diferencia entre la cabra y el carnero; pero ¿distinguimos una cabra de una cabra, un carnero de un carnero? *La individualidad* de las cosas y de los seres se nos escapa todas aquellas veces que no es materialmente útil percibirla, y aun allí donde la observamos (como cuando distinguimos un hombre de otro hombre), no es la individualidad misma lo que nuestra vista recoge, es decir una cierta armonía completamente original de formas y de colores, sino solamente uno o dos rasgos que facilitarían el reconocimiento práctico". (1)

Son los artístas quienes por un desinterés de la percepción están capacitados para recoger las interiores y originales vibraciones de la realidad. Más exactamente, son los artistas quienes poseen la aptitud para absorver la realidad en sí mismos y vibrar, sufrir y gozar con ella.

Esto quiere decir que el arte es un trabajo interior que asimila la realidad a la conciencia, confiriéndole un alma profunda y un contenido lírico. De este modo nosotros rehacemos la realidad en nosotros mismos y así podemos decir que nuestro mundo es el mundo, nuestro Dios, Dios. Pero en el conjunto total de nuestras imágenes hacemos siempre una distinsión entre aquellas que consideramos—por lo menos provisionalmente—como extrañas a nosotros y aquellas que se confunden con nosotros mismos. Bien entendido que la misma imàgen puede ser vivida en ambos aspectos y que lo que aquí distinguimos son dos actitudes del espíritu, más que dos condiciones de las imágenes.

Estas dos actitudes del espíritu determinan dos orientaciones en el arte. Una orientación plástica y una orientación líri-

(1).—*Le Rira*. París 1912. págs. 155 y 156.

ca. Dentro de la primera, el mundo es tomado como una apariencia y el artista goza con esa apariencia. En la segunda, el artista se funde consigo mismo, pero nó con su personalidad externa, periférica, sino con aquello por lo cual su espíritu se conecta con la esencia primitiva e indecible de las cosas "El yo del lírico, dice Nietzsche, se hace oír desde el abismo del ser" (1) y agrega, para diferenciar la inspiración plástica de la lírica: "el genio lírico siente nacer del místico abandono de sí mismo y del estado de unidad, un mundo de imágenes y de comparaciones que tiene una coloración, una causalidad y una velocidad, completamente distintas de las del mundo del plástico y del épico. Mientras este último vive en estas imágenes y sólo en ellas con placentero agrado y no se cansa de contemplarlas amorosamente en sus rasgos más pequeños; mientras que hasta la imagen del irritado Aquiles, es para él sólo una imagen cuya irritada expresión disfruta con aquel placer de soñar en la apariencia,—de modo que está protegido mediante este espejo de la apariencia, contra el unificarse y fundirse con sus figuras—; por el contrario, las imágenes del lírico no son más que él mismo y por decirlo así, sólo diversas objetivaciones de sí. Por lo cual, como punto medio, movible de ese mundo puede decir "yo". Sólo que su individualidad no es la del hombre despierto empírico, real, sino la única individualidad verdaderamente existente y eterna en absoluto, que descansa en el fondo de las cosas; mediante cuyas imágenes ve el lírico hasta el fondo de las cosas". (2)

Sería erróneo creer, empero, que estas por nosotros llamadas *actitudes* del espíritu son dos posturas fijas y hieráticas. Sería erróneo marcar entre las artes una línea divisoria y elaborar un concepto en cada campo. En realidad, hemos hablado impropiamente porque habríamos debido reemplazar la palabra actitud por alguna otra que indicase algo así como una veleidad a tomar ante el panorama interior una de las dos direcciones indicadas. En ocasiones el espíritu sube la pendiente lírica—la verdadera pendiente del arte—pero lleva siempre como un lastre precioso el material del plástico. Así como este último vivifica sus imágenes con el calor de su corazón.

Por esto creemos que el verdadero origen de la división de las artes, está en la mayor o menor espontaneidad con que el espíritu del artista y también el del contemplador, se funden y

(1).—*El origen de la tragedia.* Traducción española, Madrid, pág. 51
(2).— Vid pág. 52.

reconocen en el objeto estético. A partir de la arquitectura y de las artes simplemente decorativas, pasando por la escultura, la pintura, la poesía y la danza, hasta llegar a la música, el espíritu camina por grados de una creciente interiorización. Sin que deba creerse por esto que lo que aquí queremos sugerir consiste en una división conceptual de las artes y que, por lo tanto, sea posible encontrar en la realidad de la vida artística un cierto número de inspiraciones tipos. Los grados a los que aquí aludimos no son etapas fijas, sino una sucesión de matices, reveladores de una aspiración fundamental. La aspiración a sentirse vivir, el esfuerzo incesante por disolver los datos de la experiencia en combinaciones cada vez más fluídas y más significativas. Es un impulso de concentración de donde se precipitan los éxitos artísticos. Aquí, como en la vida, es la misma corriente que al encontrarse con el ritmo fatigado de la materia, se diversifica y corre en canales divergentes. Pero si es una misma corriente, un mismo soplo animador, es posible concebir un arte todavía no aparecido que reconcentre en una profunda intuición casi sobrehumana, todas las virtualidades que las diferentes artes explicitan cada una a su manera. Parece que hay algo así como una emoción universal y que la inspiración consiste en experimentarla. Emoción, cambiante cada vez más rica y más inmensa. Como nuestra alma, por lo general sólo nos descubre una de sus fases, mas también así como en cada recuerdo está toda la memoria, en cada intuición está toda la vida. Por eso las diversas artes tienen todas virtualmente, algo de las demás. Así habrá, por manera fundamental y nó como simple aspiración de escuelas aisladas, una como visión evanescente en las artes musicales y algo como una musicalidad fugitiva en las artes plásticas.

Es verdad—y aquí precisamos nuestro concepto sobre la división de las artes—que la escultura, la pintura y quizá algunas formas de la poesía, pertenecen a esa clase de goce estético que se complace en la *apariencia* y que contempla el mundo como un *sueño;* es verdad que la poesía lírica y la música nos insinúan en una realidad esencial y profunda, pero sería absurdo creer que lo que Nietzsche llama *apolíneo,* no contenga ningún elemento lírico, y que lo que él mismo llama *dionisiaco* prescinda en lo absoluto de todo elemento épico y apariencial. Por el contrario, lo cierto es que dichos elementos se encuentran siempre fundidos y sintetizados en la obra concreta, representando las artes plásticas un movimiento no terminado hacia el

exterior y las artes propiamente líricas, un movimiento indefinido de contracción interior (1). Aunque es necesario tener en ta que cuando el alma se plasma en una estatua o en un cuadro, plasma en ellos esu interioridad; y que cuando canta o zolloza en la poesía o en la música, funde con estas expresiones—como los componentes fluídos de un licor inefable—todas las imágenes de la llamada experiencia exterior. Así es como la escultura es lírica e nlo que tiene de sugerencia misteriosa y de palpitación inquieta y viviente; es así también como en la música nuestros ensueños danzan-en una ingrávida idealidad. Si bien en el lirismo, es más fácil prescindir de los aspectos puramente representativos de la conciencia y elaborar un arte capaz de decir en forma trémula y casi inarticulada la siempre anciosa realidad de nuestro mundo interior. Por lo demás siendo el espíritu una actividad anhelante y dinámica, se encuentra más profundamente en la fluidez y en la movilidad de la poesía, la danza y la música.

La poesía es como el asombro del espíritu ante su propia vida. Sentirse vivir, sneitrse amar, sentirse sufrir, sentirse feliz; he ahí la poesía. Ser poeta es tener una emoción siempre fresca para las inagotables contribuciones de la existencia. Es tener una alma trémula e ingénua, capaz de decir lo que siente con la candorosa semi-inconciencia de un niño. El lírico habla con las imágenes en que espontáneamente se encarna su emoción; las imágenes son así como el cuerpo de un estado de espíritu concreto y real, suelen llamarse también símbolos, aúnque es de advertir que nunca podrían ser símbolos arbitrarios, convencionales, sino naturales, instintivos, inspirados. Pero la inspiración poética no puede seguir su contenido de emoción, valiéndose de los recursos exclusivamente verbales. La palabra, símbolo del concepto estático y recortado, no está hecha para sugerir el sagrado rumor del espíritu. De aquí que el poeta deba vivificar la palabra mediante una acertada diposición de sonidos y de ritmos.

La poesía hace decir a la palabra algo que la palabra no está hecha para expresar, y lo consigue mediante procedimientos musicales. Más ya hemos dicho que toda contemplación es

(1).—Plástico y lírico son términos que usamos para diferenciar dos actitudes del espíritu y que no se refieren exclusivamente a la materia expresiva (sonido, tarro etc.). El lirismo puede invadir la esfera de las artes llamadas tradicionalmente plásticas y el plasticismo la esfera de las llamadas comúnmente líricas.

un movimiento. Lo cual equivale a decir que es como una danza interior. Para adaptarnos al contorno de las figuras plásticas, al vaivén de la inspiración poética o musical, debemos efectuar una íntima evolución rítmica. Debemos, en una palabra, danzar, ser los inconscientes bailarines de una música profunda. Y bien, la danza misma ¿por qué nos agrada? Porque incorporándola a nuestra inquieta movilidad interior, conferimos a ésta la misma gracia y la misma idealidad que el espectáculo.

Exteriormente la danza es la materia que se vuelve ingrávida y que dibuja en el aire una pura línea fugaz. Interiormente, es el sentimiento de la movilidad universal, traducida en el vaivén ininterrumpido de nuestra propia vida. Tiene algo de irreal, de increíble, porque anda o casi nada es capaz de sugerirnos en la existencia cuotidiana, esa maravillosa sucesión de formas, tan diversas entre sí y tan armónicas, que se engendran unas a otras con la esencial naturalidad de las formas vivientes.

¿Qué expresa la danza? He ahí la difícil pregunta a la que deberíamos responder si la danza fuera un alfabeto o una inscripción lapidaria, Mas, la danza está dentro de nosotros mismos y no tendremos necesidad de buscarle ningún sentido abstracto, porque algún inefable sentido fluirá de la danza; y sólo nosotros podremos sentirlo, como tan sólo a nosotros no es dable sentir la emoción de un recuerdo, la alegría de una ilusión que vuelve o la tragedia de un ideal que muere lentamente sobre nuestro corazón. ¿Qué hay más allá de ese sueño quimérico; qué más allá de ese dolor íntimo? Más allá está lo que no se puede pensar ni decir, ni imaginar. Y así como para cada ilusión que muere necesitaríamos inventar una palabra, para cada línea que se mueve y que pasa, necesitamos un ritmo singular y un sonido único.

Hay en la danza el placer de vivir sin esfuerzo, sin violencia, sin ruido. Hay en una palabra el placer de vivir con gracia. Los que asisten a un espectáculo de danza, experimentan placer porque danzan también. Inmóviles sobre sus butacas, acompañan con movimientos interiores las ondulaciones de la escena y así, si pudieran verse aquellos movimientos, presenciaríase un *ballet* etéreo en todos los ámbitos del teatro. Aquí, como siempre, ser espectador equivale a ser actor y creador a un tiempo mismo.

Pero en el fondo, el movimiento gracioso de la danza es como la corporificación de alguna corriente más fluída, más indiferenciada y más íntima: la música. La realidad de la conciencia es de una indistinta e inquieta movilidad, que en vano pre-

tende traducir la palabra. El sonido, que no tiene ningún valor convencional, es, sin duda, capaz de sugerir con sus sutiles oscilaciones este vaivén de la conciencia.

La música responde a una ansiedad innominada que quisiera satisfacerse ora en un como vago naufragio de la vida, ora en una exaltación sin objeto y sin límites, Responde al anhelo de encontrarnos a nosotros mismos en lo que tenemos de más vívido y de más inesperado. De reconocernos y de sorprendernos indefinidamente. Por eso, cuando desde el fondo de alguna noche profunda llega hasta nosotros una lejana y tenue melodía, nos aferramos a su dulce resonancia, y parece como que enredáramos en sus cadencias girones de nuestra alma. Hay evidentemente un misterioso parentesco entre el sonido y la emoción, entre la gracia ondulante de la vida interior y el trémulo ascender de una nota. Es que el sonido es algo que se produce y evoluciona en la duración como la conciencia. Ningún sonido que se prolonga es el mismo sonido; ningún sonido que se extingue, deja, en cierto modo, de vibrar todavía. Fórmase de este modo aquella maravillosa realidad de la música, donde el cambio se realiza conservándose y donde la permanencia sólo tiene valor por el cambio. Cada nota, cada variación, contiene en sí toda el alma musical; pero al mismo tiempo le agrega al pasado sonoro algo original e inefable. Es verdaderamente una evolución viviente que arranca de las fuentes mismas de nuestra alma, y que, sin deformarla, la canta en su vaga, pura, fluída idealidad.

Las imágenes de bordes precisos, definidos, netos, pierden su rigidez, se disuelven, se funden, y corren en el flujo irreversible del río musical. El ritmo es como el aliento misterioso de la vida ondulante y la melodía, como esas sutiles inquietudes que, purificadas e idealizadas, se juntan en una armoniosa e indefinida aspiración. En la música es realmente donde se puede concebir la posibilidad de una beatitud perfecta, de una espiritualidad absoluta. El mal, el odio, la pasión, el dolor, todo vive en la música; pero todo alcanza en ella una vida intangible, llena de misterio y animada por un sagrado aliento.

Vibración de la conciencia individual, lo es también de la conciencia universal, de la "voluntad en sí" que diría Schopenhauer. La música es lo que se agita en todos; pero que en cada cual es diferente y único. Por eso, toda honda creación musical, cuando es escuchada por vez primera, nos suscita al par que un sentimiento de sorpresa por la novedad palpitante de la inspiración, un sentimiento grato de familiaridad, como si ya hu-

biéramos oído esa música en alguna otra parte; como si ella evocara el recuerdo vaporoso e inconcretable de una existencia espiritual, que ya hubiéramos vivido. Buscamos en el fondo de nosotros mismos qué es lo que pensamos y sentimos y nos encontramos vibrando; nuestro ritmo interior se acompasa con el ritmo exterior y nuestra emoción emite notas inefables que al mezclarse a las otras, desbordan nuestra alma de una incontenible armonía.

Tenemos la impresión de haber sugerido tal vez con demasiada rigidez, algo así como una división de las artes, fundada en dos diferentes actitudes del espíritu. Esta especie de antítesis, no se compadece sin embargo con el significado viviente de la inspiración artística. Expresa en realidad dos puntos de vista para la contemplación y para la creación, pero no expresa el anhelo común, la vitalidad esencial de donde parte. Ese anhelo es de naturaleza musical y por eso todas las artes traicionan con mayor o menor intensidad una aspiración hacia lo indefinido y hacia lo misterioso de la existencia. Y por eso también lo que constituye el más sutil encanto de la contemplación es el encontrarse ante la obra de arte. desorientados y anhelantes como los niños que se pierden en un bosque lleno de misterios y lleno de rumores.

M. IBERICO Y RODRIGUEZ.

De la amistad y del diálogo

"Pensamiento, que es manera de amor" (XENIUS)

I. Hasta el lugar donde leo y escribo llega el ruido del mar. Y mientras escucho la canción eterna, la canción innumerable de palabras; la belleza del mundo, que la canción sugiere, me hace añorar el goce de la amistad, el deleite espiritual del diálogo

II. Yo, a falta de una amistad pura y serena, de hombre o de mujer, he buscado los consuelos del amor. Pero en el amor sólo he hallado inquietud. "Mis amores siempre fueron—me dijo una tarde Celio, en deleitosa charla—mis amores siempre fueron amistades fracasadas. ¿Tendré algún día una amistad hecha de un fracaso de amor? Yo le contesté: "Celio, la vanidad se opone a tal ensueño. Rara es el alma que ve mayor homenaje en la amistad que en el amor, y es más raro aún que dos espíritus, capaces de concebir así las cosas del Espíritu, se reconozcan y se junten". Y mientras así hablábamos, Celio pensaba en Flérida y yo dolíame en silencio de la soledad adusta de mi corazón, al cual todo amor propicio le trajo las amarguras de la desilusión y del olvido. Condición de ánimo por la cual a veces repito a solas las palabras del amador de Maud:

"So dark a mind within me dwells,
And I make myself such evil cheer,
That if I be dear to some one else,
Then some one else may have much to fear...."

II. El placer supremo de la vida está en el diálogo, en la conversación, el el hallazgo del semejante, del hermano, del ser

que nos adivina y nos comprende Celio, a quien el amor ofreció las más delicadas de sus rosas, solía decir con ese dejo suyo de, no fingido y necio, sino de aristocrático cansancio: "Los desengaños de amor han elevado y depurado en mí el ideal de la amistad". Y yo, por mi parte, copié una vez para darle a leer a una amiga mía que había jugado un poco con mi corazón—¡a tan excelsos juguetes era aficionada!—, estas palabras de Chateaubriand: "No esperes engañarme; tu amistad tiene muchas más ilusiones que el amor y son mucho más duraderas. La amistad se forma ídolos y los ve siempre como los ha creado; vive del corazón y del alma; la fidelidad le es natural. Aumenta con los años y descubre cada día nuevos encantos en el objeto de su preferencia. El amor embriaga, pero la embriaguez pasa. No vive de pureza y no se alimenta de gloria. Al descubrir todos los días que el ídolo que ha creado pierde algo a sus ojos, pronto ve sus defectos, y el tiempo se encarga de hacerle infiel al despojar de sus gracias al objeto que amó." Y al final, esta frase que tiene todas las sales de la melancolía: "Las pasiones no devuelven lo que se lleva el tiempo".—Mi amiga, como única respuesta a esta intencionada cita mía, que yo le había presentado entre rendido e irónico, averiguó que Chateaubriand, cuando escribió eso, tenía más de sesenta años. . . . .

IV. Varias veces hemos hablado de las "amistades desinteresadas", es decir de las amistades entre hombre y mujer, sin perspectivas de amor. Y raras son las personas que creen que relaciones así pueden ser duraderas. El amor—dicen— es el peor enemigo de la amistad. Algo más: el *victorioso* enemigo de la amistad.—Un libro muy leído por señoritas que todo lo esperan de la amistad y del amor, sin conocer a éste ni aquélla, ese libro elegante y rico de conceptos que se llama "*Amitié amoureuse*", describe muy sutilmente estados de ánimo, no exentos de delicada belleza, fluctuantes entre esas dos maneras de la disposición sentimental. Emile Faguet ha escrito muy sutiles palabras sobre este tema. Yo, no obstante aquel sombrío espíritu tennysoniano que me aleja de los amores fáciles y sin peligro y sin un supremo ideal; no obstante la perpetua exaltación de la amistad sobre el amor, que hace un entrañable amigo, todo lo espero del amor no llegado, y recito a solas:

"Let the sweet heavens endure,
Not close and darken above me.

Before I am quite quite sure
That there is one to love me".

Y tengo la esperanza de unir en un solo y grande sentimiento la amistad, mi mejor amistad, y mi único amor.

¡Ah, entonces, realizado ese ensueño, no voluptuoso y blando, sino lleno de nobles anhelos de ennoblecimiento y de belleza, de docencia del corazón, ¡ah! entonces, ¡qué magnífica y fecunda vida! ¡qué diálogos los nuestros ante el espectáculo del mundo! ¡qué infinitos goces de los sentidos y del alma, del corazón y de la inteligencia! ¡qué gozoso y descansado olvido de la mutilación y el doliente menoscabo de la incomprensión, la soledad y el desamor! ¡Qué plenitud de vida!

SILVESTRE VASOMBRIO

Amarilis

(De un estudio en preparación sobre "Los poetas de la Colonia").

Se resiste la pluma a estampar el nombre de *Amarilis,* al lado de tántos poetastros ramplones. Bien se nombre a Santa Rosa, tan seductora por su vida; pero, tan pobre poetisa, triste remedo, en verso, de la sublime Teresa de Avila. En cambio, *Amarilis* es toda una inspirada, que forja encendidas estrofas, palpitantes y sincerísimas. No se conoce, de ella, sino una *Silva,* publicada por Lope en 1621, que basta para inmortalizarla. En nuestra noche colonial, esta singular mujer adquiere un encanto irresistible, a causa de la aureola romántica que la rodea. Yo confieso mi admiración por *Amarilis.*

Debí de nombrarla antes que Carbajal y Robles, para guardar el orden cronológico: mas, como quiero tratar de ella con alguna detención la he dejado, deliberada y anacrónicamente, para el final de este capítulo.

Al estudiar la Epístola en *Silva* a Lope de Vega surge una enorme dificultad: ¿quién fué su autor? Y, si se conviene en que *Amarilis* escribió la composición aquélla, ¿quién fué *Amarilis?* Esto es lo que pretendo resolver.

Ante todo: ¿fué realmente mujer la autora de la *Silva*?.... Partidario de la masculinidad de *Amarilis* es Ricardo Palma, quien, basándose en los mismos argumentos con que combate la feminidad del anónimo del "Discurso en loor de la Poesía", ataca, también, la condición de mujer de nuestra poetisa (1)

(1).—Ricardo Palma: Prólogo a "Flor de Academias", Lima, 1899;—"Mis últimas tradiciones peruanas", Barcelona, 1906, pág. 302.

Se funda Palma en la escasez de instrucción de las mujeres de aquel tiempo y en una serie de minucias torcidamente interpretadas, las unas, y, las otras, desprovistas por entero de valor. Así, le echa en cara a *Amarilis* el "platonicismo" amoroso de que hace gala en la *Silva*, como si cupiera otra laya de amor entre dos enamorados distantes, y que por ende, jamás se habían visto ni tratado; y como si ese "platonicismo" desinteresado no fuera propio de una mujer romántica, como indudablemente debió de serlo Amarilis. Arguye, también, Palma que la *Silva* está demasiado bien versificada para haber sido escrita por mano de mujer. ¿Qué? Donoso argumento que, de ser aceptado, equivaldría a negar la autenticidad de los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, la célebre poetisa mejicana, casi contemporánea de la adoradora de Lope y, como ésta, americana. Palma, empero, dice que no se puede negar la autenticidad de las estrofas de Sor Juana, porque en ellas no se transparenta el menor asomo de erudición, sino "femeninas exquisiteces". A lo cual respondo que esta declaración vale más para nuestra poetisa que para la mejicana, porque la huanuqueña fué mucho más femenina que Sor Juana, desde que en su *Silva* transparentó, no ya un amor divino—como la mística de San Miguel Hepanata, sino un desesperado amor profano.

Don Ricardo encuentra, además, sospechoso el afán autobiográfico de *Amarilis*, pues que ninguna mujer románticamente enamorada de un hombre a quien no conoce—don Ricardo lo dice—, es capaz de entrenerse en referirle sus pequeñeces y grandezas. Perdone, el maestro Palma, perdóneme su memoria; pero, una mujer románticamente enamorada de un hombre desconocido y distante, procede como mejor le viene en gana, y más cuando se ampara bajo el incógnito. El mismo Palma, al tildar a Amarilis de "comadre cotorrera", confirma, sin quererlo, la condición de mujer de la poetisa: ¿no es término corriente comparar a las mujeres con las cotorras, a causa de su verbosidad? Y hay algo más aún: don Ricardo dice que en la *Silva* a Lope no hay "pretensiones de sabiduría", y que, si *Clarinda* (?) aspira a ser hombre, *Amarilis "se conforma* con pertenecer al sexo bello". De nada valen, pues, contra esta declaración explícita, los demás argumentos que da Palma.

Llega a avanzar don Ricardo, la presunción de que Lope sospechó la pretensa superchería, de que era víctima, y que, por eso, anduvo tan parco en su respuesta y no rimó la demandada vida de Santa Dorotea. Me parece mucho presumir. Más lógi-

co sería culpar a la inminente vejez del *Fénix de los Ingenios*, y a su fatiga mental—en 1620 había cumplido ya cincuentiocho años de vida laboriosísima—,el desgano que trasluce su respuesta. Pero ello es explicable. A tal edad, nadie se pone a trabajar rudamente por una enamorada del....otro mundo, como quien dice, desconocida por ende, y que, a lo mejor, puede resultar ser una vieja solterona reñida con Venus y por Cupido despreciada. ¡Locuras son éstas que, si no raras en la juventud, no se explican en los umbrales de la ancianidad, en los que a la sazón estaba Lope y mucho menos, si se considera que éste andaba muy ocupado en sus amores con doña Marta de Nevares Santoyo!...Por último, no me extraña, como a Palma, el súbito silencio de Amarilis. ¿Qué otra cosa iba a hacer una monja que así, con tamaña sinceridad y candidez tánta, había confesado un amor profano—platónico, es cierto—reñido con su profesión religiosa?

Sostienen, en cambio, la feminidad de *Amarilis*, Menéndez y Pelayo, José Toribio Medina y Manuel Mendiburu; y la respetan Riva-Agüero y Ventura García Calderón (2). El primero de todos, Menéndez y Pelayo, afirma, con harta ligereza, que la poetisa debió de llamarse María de Alvarado, porque *Amarilis* es rebozo corriente de *María*, y Alvarado fué el fundador de Huánuco, de quien se decía nieta la enamorada de Lope. (3)

Me permito rectificar al polígrafo español. La poetisa no se dice nieta del fundador de Huánuco, sino de *dos* de los fundadores de esa ciudad, los cuales eran además, de los primeros conquistadores del Perú. Y, en segundo lugar, que si es cierto que el primer fundador de Huánuco apellidado Gómez de Alvarado, (1539), igual título puede acordarse, sobre todo, a Pedro Barroso, que la "restableció" en 1540, y a Pedro Puelles que la trasladó y mejoró en 1542. (4)

Otros creen que *Amarilis* fué un seudónimo de doña Marta de Nevares, "postrera amiga de Lope". (5) Quienes sospechan

---

(2).—Riva Agüero, "Carácter de la Lit. del Perú Indep.", Lima, 1905, pág. 276; "Cultura", Lima, 1915, número 1, pág. 35.—V. García Calderón, "La Literatura Peruana", París—New-York, 1914.

(3).—Menéndez y Pelayo, "Antología de poetas hispanoamericanos", Madrid, 1894, tomo III, pág. CLXXII.

(4).—Mendiburu, "Dicc. hist. biogr.", Lima, 1885, tomo VI, pág. 560.

(5).—Ribas y Canfrane, "Ultimos amores de Lope de Vega Carpio", Madrid, 1876.

que fué hija de Diego de Aguilar y Córdoba, el autor de "El Marañón" y "La Soledad Entretenida". Mendiburu la hace hermana de doña Isabel de Figueroa, la cual casó en segundas nupcias con el licenciado Don Diego Alvarez, vecino de Huánuco (6). Y, en fin, Medina la cree hija del famoso doctor don Francisco de Figueroa, uno de los versificadores que escribieron composiciones laudatorias para "Arauco Domado" de Pedro de Oña y para la "Miscelánea" de Dávalos y Figueroa (7).

La verdad de las cosas es que todas estas conjeturas carecen de seriedad, por inatención de sus autores. Yo no dudo de la feminidad de Amarilis. Fué mujer. Sus versos lo están diciendo. Lo dicen la ternura y la dulcedumbre que la *Silva* destila. Y lo dicen los datos que, enseguida, expongo.

Probablemente, *Amarilis* se llamó María Tello de Lara, y de Arévalo y Espinoza, siendo sus padres don Juan Tello de Lara y doña María de Arévalo y Espinoza. Voy a decir porqué. Pero, mejor, oigámosla a ella misma:

> .....mis *dos* abuelos
> que aqueste nuevo mundo conquistaron
> y esta ciudad también edificaron.

He aquí, pues, que ella se dice descendiente de dos de los conquistadores del Perú que, a la vez, fueron de los fundadores de "León de los Caballeros" o sea Huánuco, y que, por ende, eran ricos y nobles. Pues bien: con Gómez de Alvarado fueron a poblar Huánuco, Juan Tello y su hijo Juan Tello de Sotomayores, los cuales habían venido al Perú entre los primeros conquistadores. Ambos eran ricos, pues que, como escribe Calancha, los primeros habitantes de León de los Caballeros, fueron todos gente adinerada que, malaventuradamente, con el tiempo, empobrecieron, lo que fué causa de que muchos de sus descendientes "se han pasado a vivir a Lima" (8). Así se explica por qué escribía la poetisa desde Lima, y nó desde Huánuco, no obstante de ser descendiente de los ricos fundadores de esa ciudad:

> y quien del claro Lima
> sus primicias te ofrece...

(6).—Mendiburu, ob. cit. Lima, 1878, tomo III pág. 343.

(7).—Oña, "Arauco Domado", Lima, 1596; ed. Santiago de Chile, 1917, Preliminares, nota de Medina.

(8).—Calancha, "Crónica moralizada del órden de San Agustín en el Perú", Barcelona, 1638, Parte I, libro IV, cap. XVIII, pág. 892.

Pero, hay algo más expresivo. Y es que ella escribe refiriéndose a Huánuco y a ssu abuelos:

> Es frontera de bárbaros y na sido
> terror de los tiranos que intentaron
> contra su rey enarbolar bandera:
> *al que en Jauja por ellos fué vencido,*
> su atrevido estandarte le arrastraron
> y volvieron el reino a cuyo era.

El rebelde, a quien se alude aquí, es Francisco Hernández Girón. Derrotado en Pucará, huyó, pero fué aprehendido en Jauja *por ellos,* los abuelos de *Amarilis.* Juan Tello y Gómez Arias Dávila. El hecho ocurrió así. Iban los capitanes Juan Tello de Sotomayor y Miguel de la Serna, caminó a Huánuco, cuando los oidores les dieron el encargo de prender al fugitivo Girón. Perseguía al insurgente Gómez Arias Dávila con un pelotón de soldados; y entre éste y los otros capitanes apresaron al desdichado Francisco Hernández. Y, cuentan Montesinos y el Palentino, que al conducirlo preso, iban delante de él "quatro vanderas tendidas, la del Maestro de Campo y del capitán Balthasar Belásquez, que se pintaron, con los Capitanes en Xauxa, y las del Capitán *Juan Tello* y Miguel de la Cerna; en medio destas vanderas, iba el preso, por aver sido de los Capitanes que le prendieron; a los lados del preso iba Hernando Pantoja y Juan Estevan Silvestre y *Gómez Arias como personas que se hallaron más cerca en esta prisión"* (9).

Y bien: del matrimonio de Juan Tello de Stomayor con doña Constanza de Contreras. nació don Hernando Tello, quien casó con doña Eufrasia de Lara, *hija, precisamente de Gómez* Arias Dávila, el otro aprehensor de Francisca Hernández. Reunió, pues, ambas sangres don Juan Tello de Lara, casado con la dicha doña María de Arévalo y Espinoza (10). Ahora bien, el genealogista no apunta ninguna hija hembra de este matrimonio; pero, lo saben muy bien quienes alguna vez se aventuraron por tales senderos, cuántas omisiones tiene Saldaman-

(9).—Montesinos, "Anales del Pirú"; ed. Maúrtua, Madrid. 1909, tomo I, pág. 227.—Diego Fernández, "Historia del Perú", segunda parte, Sevilla, 1571.—ed. Odriozola, Doctos. literios. del Perú, tomo IX, pág. 326.

(10).—Torres Saldamando, "Libro de los Cabildos de Lima". París, 1901, Parte primera, tomo 2º, pág. 27.

do, y basta para probarlo su incompleta y equivocada genealogía de los Ribera y Dávalos, como resulta de los papeles originales que posee José de la Riva Agüero, y de los documentos publicados por Medina en su monumental "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima".

En definitiva, según los datos apuntados anteriormente, la biografía de Amarilis es la siguiente: Descendía de dos de los conquistadores del Perú, que fueron, a la vez, dos de los fundadores de Huánuco: Juan Tello y Juan Tello de Sotomayor; también figuraban entre sus abuelos dos de los que apresaron a Girón en Jauja: el dicho Juan Tello de Sotomayor y Gómez Arias Dávila. Vivía en Lima, recluída en un convento, ya que ella declara:

> Yo, siguiendo otro trato,
> contenta vivo en limpio celibato
> con virginal estado,
> a Dios con gran afecto consagrado,
> y espero en su bondad y su grandeza
> me tendrá de su mano
> guardando inmaculada mi pureza. (11)

La *Silva* a Lope era la primera composición que escribía, no obstante su loca afición a las musas. Tenía una hermana menor llamada Isabel (Belisa), que había casado con un joven. Este dato viene, también, en apoyo de mi tesis: desde que Isabel era el nombre de la hermana menor, nada más natural, entonces como ahora, que la mayor llevase el nombre de la madre; y María era el de la presunta madre de *Amarilis*, y este seudónimo es rebozo muy corriente del nombre de María. Tenía, en fin, nuestra poetisa un grande y delicado espíritu, poseía una sensibilidad exquisita, y era una excelente, ¡oh, sí!, excelentísima rimadora....Más elocuentemente que mi prosa desgarbada y torpe, dirán el elogio de Amarilis los siguientes fragmentos de su *Silva*:

---

(11).—"Epístolas de Amarylis y Belardo, sacadas de la colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso de D. Fray Félix Lope de Vega Carpio. Impresa en Madrid por D. Antonio de Sancha. El año de 1776.—Lima. Imprenta de Félix Moreno. 1834"—Editor; D. Manuel Antonio Valdizán.—La primera edición la hizo Lope en "La Filomena", 1621.

El sustentar amor sin esperanza
es fineza tan rara que quisiera
saber si en algún pecho se ha hallado,
que las más veces la desconfianza
amortigua la llama que pudiera
obligar con amar lo deseado:
más, nunca tuve por dichoso estado
amar bienes posibles,
sino aquellos que son más imposibles
....
Versos cansados ¿qué furor os lleva
a ser sujeto de simpleza indiana,
y a poneros en manos de Belardo?
Al fin, aunque amarguéis, *por fruta nueva*,
os vendrán a probar aunque sin gana,
y verán vuestro gusto bronco y tardo:
el ingenio gallardo
en cuya mesa habéis de ser honrados,
hará vuestros intentos disculpados:
navegad: buen viaje: haced la vela:
guiad un alma que sin alas vuela.

A estos versos contestó Lope, excusándose de no poder escribir la vida de Santa Dorotea, como le pedía *Amarilis*. Su respuesta principiaba así:

Ahora creo, y en razón me fundo,
Amarilis Indiana, que estoy muerto,
Pues que vos me escribís del otro mundo;

y es forzoso confesar, cual Menéndez y Pelayo lo hace, que, por esta vez, la humilde y desconocida poetisa huanuqueña superó al fatigado Fénix de los Ingenios. No en vano es ella, junto al igualmente ignorado Toribio Bravo de Lagunas, la lírica más sincera y dulce y tierna de nuestras letras coloniales.

Lima, Abril de 1920.

LUIS ALBERTO SANCHEZ.

Notas varias

FLOS SOPHORUM (Flor de los sabios), por Eugenio D'Ors; S. A. Industrias Gráficas—Seix y Barral Arms. Editores.—Barcelona.— Provenza, 219.—

Con unas palabras de las que él sabe decir, Manuel Beltroy ha puesto entre mis manos—satisfaciendo indirectamente anhelos que aquí no diré—otro libro de *Xenius: Flos Sophorum.* Se habla, en el breve prefacio, del gran pensador catalán, como "sacerdote de la cultura": aspecto culminante de su personalidad, que me subyugó desde la primera ojeada que eché, no ya sobre sus obras mismas, sino sobre sus títulos, tan sugerentes.

"Maestro y sacerdote puede llamarse, en efecto—dice Palau y Vera—a un hombre que como él viene dando a diario desde hace unos diez años, en forma de glosas, normas ideales de pensamiento y de conducta, y ha sabido además predicar de un modo inimitable, la civilidad y el heroísmo sobre los que ha de asentarse una civilización". Este juicio confirma ampliamente mi manera de apreciar la literatura de *Xenius* como un esfuerzo de moralidad eminentemente idealista y constructiva, como un esfuerzo bello y eficaz de arquitectura espiritual y de alta docencia. Todos los trabajos literarios de Eugenio D'Ors—a quien, en cumplimiento de un ofrecimiento que estas páginas hiciéramos, hemos dedicado un estudio próximo a publicarse—tienen el sello de una profunda fe en la facultad humana de indefinido perfeccionamiento, y su obra viene a ser así, empleando palabras del maestro: "obra lenta y apasionada de cristalización idealista". Trabajo en el cual se mezclan, como él también dice: "al modo de las abejas, vagabundería y método".

El *Flos Sophorum* es un *ejemplario de la vida de los grandes sabios,* y tiende a acercar la imaginación infantil hacia los ámbitos de serenidad y de belleza, no exentos de amargura, en que florecieron esas vidas llenas de una profunda armonía pero que, sin embargo, padecieron ese malestar irremediable de lo superior y de lo grande en medio de lo mediocre y lo vulgar.—Para alcanzar este fin nobilísimo de alimentar los incipientes ideales de grandeza moral que suelen abrigar las mentes pueriles, *Xenius,* con esa cordial e íntima manera suya, después de decir unas pocas palabras acerca de la impresión del niño ante los libros,

va exponiendo hechos que atañen a la vida de los Pascal, los Ampere, los Newton, los Bernard, los Goethe, etc. Y fluye de sus frases, de sus breves capítulos anecdóticos, un singular encanto. Así aquel a quien él llama: "¡pobre niño pálido, que eres un sabio de mañana!" se siente edificado por el verbo sereno, sutil y generoso del maestro, si en sus horas de tedio y de azoramiento, coje el *Flos Sophorum*. Así se cura de ese miedo infantil ante las cosas de la sabiduría, según el cual—dice—debe medirse la alteza del futuro, así como por la emoción del adolescente ante la belleza femenina, puede preverse la excelsa capacidad de amar del hombre. Así la vocación naciente, tanto más delicada y tímida cuanto más generosa, siente el aliento vivificador del entusiasmo ponderado y magistral de un mentor que tiene el alma llena de sentimientos amistosos para con el aprendiz ideal a quien constantemente se dirige. Y así bajo el propicio palio de una amistad leal, fundada en altos motivos de cultura, el novel corazón encuentra su camino.

Yo propondría que, sin que fuese obligatoria su lectura, se recomendase este bellísimo libro en nuestros colegios y aun en nuestras Universidades.

E. E.

JUAN MANUEL POLAR

Ofrecemos a los lectores de "Mercurio Peruano", el retrato de Juan Manuel Polar, ilustre personalidad arequipeña, autor de "Don Quijote en Yanquilandia", cuyos principales capítulos publica esta revista desde el número anterior.

De definido tipo cervantesco, Polar es genuino discípulo del inmortal autor, en el estilo, y en la gracia y el donaire.

Causeur elegante y sugestivo, dramaturgo consagrado por espléndidos éxitos en escenarios extranjeros, cuentista eximio y Profesor de gran prestigio, efectivamente amado por sus discípulos, no son éstos los únicos aspectos de su personalidad, que constituye verdadera y rara supervivencia de las antiguas virtudes castellanas. Hidalgo de exquisita distinción espiritual, austero, comprensivo y sagaz, su talento y su gran corazón lo han convertido en el confesor laico de sus amigos, en el desinteresado consultor de todas sus empresas. De su paternal consejo no puede prescindir quien alguna vez quiso escucharlo. Su vida franciscana—como la del "hermano del lobo y de la alondra"—es de absoluto olvido de sí mismo: está hecha de abnegación, de caridad y de amor.

El prestigio de Juan Manuel Polar en Arequipa es indiscutible; el respeto y el cariño que inspira es general y es intenso. Y si para el desvalido es el invariable y acosado protector; si para los "Pacpacos", para ese selecto grupo de hombres de bien y de hombres útiles, es el Jefe espiritual, el centro del cual irradian desde hace 40 años, los más sólidos y estrechos vínculos, para Arequipa, para todos los que lo conocen, es la más alta cumbre moral de esa tierra mistiana, que la naturaleza señala con hito gigantesco.

R. B.

LA CONFERENCIA DEL EXCMO. Sr. LUIS BARALT, en la "Federación de Estudiantes.

El sábado 22 del mes en curso, en el local de la Federación de Estudiantes, y ante un numeroso auditorio de universitarios, dió el Excmo. señor Luis Baralt, Ministro de Cuba en el Perú, su conferencia sobre los grandes poetas cubanos.

El distinguido diplomático inició su disertación, hablando de los nuevos portaliras de su patria, a los que apreció con fundado optimismo y entre los que hizo destacar la muy selecta personalidad del señor Mariano Brull, actual secretario de la legación cubana en Lima, y autor de los inspirados versos a la casa del silencio, cuya lectura, interrumpida por entusiastas aplausos, hizo el señor Baralt. A continuación, el señor Ministro recordó a los Heredia, a la insigne poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, a Julián del Casal, a José Martí, a Plácido, ilustres vates de los cuales recitó las más afamadas poesías.

El señor Baralt escuchó al terminar su conferencia, una estruendosa ovación.

A las calurosas solicitaciones del auditorio, accedió el señor Mariano Brull, leyendo su bella composición "a las manos", y escuchando también ruidosos aplausos.

El señor Ministro fué acompañado por los estudiantes hasta la estación del ferrocarril eléctrico, de donde el ameno y culto conferencista se dirigió al Barranco, balneario en el cual se halla la Legación de Cuba.

J. G. L.

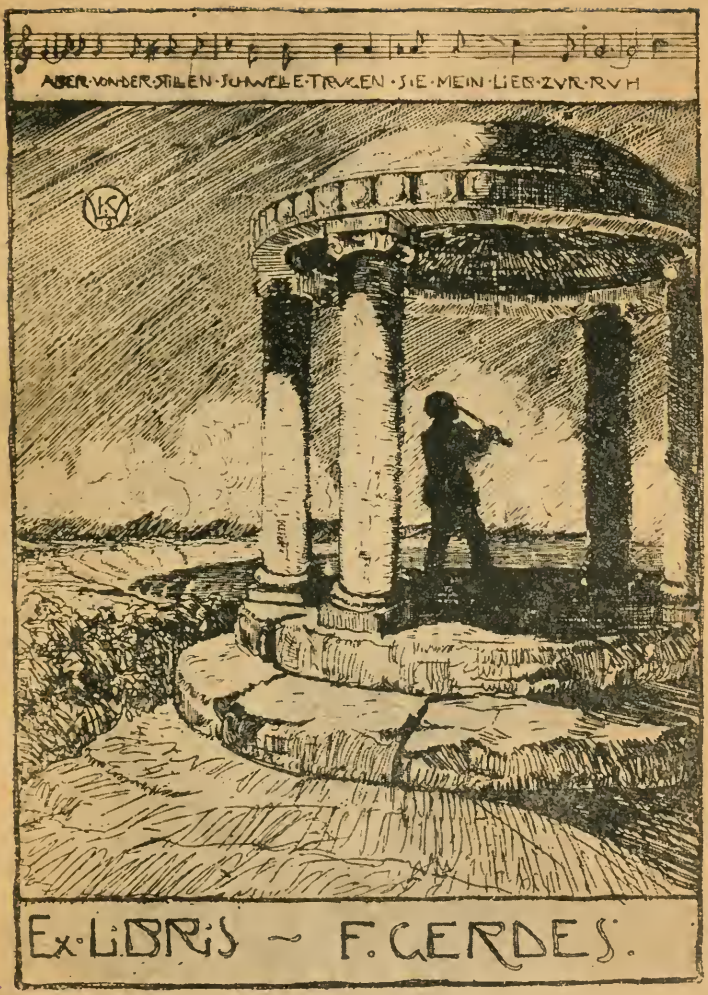
JOSE GABRIEL COSIO.—Curso literario de castellano, seguido de noticias sumarias de las Literaturas Hispano-Americana y Peruana".—(Desarrollo del novísimo programa oficial).—Cuzco.—1920. Imprenta de "El Trabajo".

El doctor José Gabriel Cosio ha hecho, con la publicación de su Curso Literario de Castellano, un positivo servicio a la enseñanza nacional. Ha escrito como complemento de su libro una historia de las literaturas española, americana y peruana. Y es en esta reseña, por la sencillez, amenidad y precisión de su estilo,—condiciones raras en nuestra producción didáctica,—donde manifiesta el autor sus apreciables cualidades de pedagogo.

El texto de que tratamos ha sido desarrollado conforme al vigente programa de instrucción media, y ha de desterrar,—de ello estamos seguros,—los farragosos e ininteligibles compendios que hasta la fecha sólo han servido para despertar en los estudiantes, animadversión por el arte literario.

En cuanto a las lecciones que el doctor Cosio dedica a la historia de las literaturas hispano-americana y peruana, debemos decir que constituirán un útil *vade-mecum* para los alumnos de instrucción media, y aún para los de la Universidad.

J. G. L.


ABER·VONDER·STILLEN·SCHWELLE·TRVGEN·SIE·MEIN·LIED·ZVR·RVH
Ex·LIBRIS ~ F.GERDES.

VND ZIEHE SELIG MIT DVRCH EWGE RAVME · · ·
EX-LIBRIS-MEDA-OBERSTE-
LEHN-OTTEN
MIT ANLEHNVNG AN EINE ZEICHNVNG VON F PHL SCHMIDT

EX-LIBRIS
ALBERTO-J-VREA
TEMBRA·MVTANTVR·NOS·ET·MVTAMVR·IN·ILLIS

Ex-libris F. Castillo.

II Aniversario de "Mercurio Peruano"

"Mercurio Peruano" cumple dos años de vida. Y quiere recoger su pasado y extraer de él una inagotable virtualidad de superación y de esperanza.

En nuestro primer número decíamos que "Mercurio" aspiraba a un ideal siguiendo una tradición. La tradición de aquellos que iniciaron la preocupación por las cuestiones nacionales y la generosa inquietud por las ideas, y el ideal que no es sino el espíritu de esa tradición, proyectado hacia adelante y enriquecido por el entusiasmo y la fe de los nuevos.

La acogida que nuestra publicación ha recibido y que nosotros constatamos con natural satisfacción, es una prueba de que ella satisface una necesidad espiritual de nuestro ambiente. Y es que, para las exigencias de nuestra cultura, no basta ya la diaria glosa fugaz, no basta la ideología circunstancial y efímera, sino que es menester contemplar las cuestiones nacionales o extranjeras, actuales o pretéritas, desinteresadas o prácticas, con un amplio criterio de permanencia y de elevación.

Tal es el espíritu que ha presidido la orientación de esta revista. Dentro de él nos ha guiado el constante anhelo de llevar al acervo de nuestra cultura los más altos valores de la inteligencia y los mejores estímulos para el sentimiento y para la acción.

De esta suerte hemos vinculado nuestros propósitos con los que dieran vida al primitivo "Mercurio Peruano" y así también hemos querido perfeccionarlos y conferirles un alcance más fecundo y más grande.

Ese progreso indefinido, será la obra de múltiples devociones. Entre éstas, no puede ser la menos importante aquella que por venir del lector ilustrado y comprensivo, nos traiga una contribución ideal de confianza y de optimismo.

LA REDACCION.

Don Quijote de Yanquilandia

"Mercurio Peruano" se complace en ofrecer a sus lectores la novela inédita, cuyo título encabeza esta nota y de que es autor el prestigioso literato arequipeño doctor don Juan Manuel Polar. Es la de Polar una de las plumas mejor cortadas del Perú y su mentalidad de las más altas y cultivadas que poseamos. En la novela que publicamos revela el escritor arequipeño su entroncamiento de pura cepa castellana, en un estilo castizo que corre por los cauces cervantinos, conduciendo en su donoso caudal granos de fino humorismo y de ironía alada. Es la suya, obra que recuerda los admirables "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" del gran Montalvo, con la que emula en punto a intención y forma, como se verá enseguida

V.

QUE TRATA DE LAS RAZONES QUE PASARON ENTRE EL TIO SAMUEL Y SUS HUESPEDES CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SER CONTADAS PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE ESTA VERIDICA HISTORIA.

Era ya muy entrado el día cuando Sancho se despertó, pero viéndose en tan buena y mullida cama, quedóse en ella estirándose a sus anchas y tan contento, que poco o nada se preocupaba acerca del raro caso de su existencia. Vínole al magín la idea, pero desechóla pensando para sus adentros que desde que tan bien se encontraba, no había para qué devanarse los sesos metiéndose a imaginar brujerías que ninguna cuenta le traían.

Holgando estaba, pues, entre las ociosas plumas con la grande satisfacción de no pensar en nada, cuando vió entrar a un mozo que reconoció ser uno de los de la ducha del día anterior, el cual acercándose con andar despacio al lecho donde Don Quijote dormía y viéndole quieto y sosegado, vínose a Sancho.—"Buenos días dé Dios a vuestra señoría"—díjole éste.—"Buenos los tenga el señor escudero"—, y agregó con truhanería:—"¿Cómo ha amanecido la vuestra merced?"—"Tan campante—contestó Sancho—, a pesar de la azotaina que nos administraron ayer ciertos bellacos que no nombro porque soy enemigo de meterme en pleitos y en averiguaciones."—"¿Si gusta el señor escudero que se le sirva el desayuno?".....—dijo el mozo que estaba aleccionado para ser discreto y no andar en dimes y diretes.—"Y tan gusto—contestó Sancho—,que lo agradeceré con toda mi ánima." Con esto salióse el mozo y tornó a venir trayendo en una bandeja una taza que humeaba y con ella dos bollos calientes untados con manteca de vaca. Encandiláronsele los ojos a Sancho y se sentó en la cama aspirando el aroma del suculento chocolate que venía en la taza.—"Levántese el señor escudero"—dijo el mozo.—"No veo la necesidad—contestó Sancho—,que no por mucho madrugar se amanece más temprano y barriga llena, corazón contento." Hizo el mozo una reverencia y se dispuso a salir, pero Sancho que estaba ganoso de plática—"Venga vuesa merced—le dijo—,que para todo hay tiempo; bien puedo yo sustentarme y platicar a mis anchas. ¡Poca gana tengo yo de palique viéndome tan bien servido!"—"Perdone el señor escudero que no le complazca, pero ocupaciones tengo que me lo impiden"—contestó el mozo.—"Tiene razón vuesa merced, que primero es la obligación que la devoción, aunque a mi juicio, es mucha descortesía dejar a su huésped con la palabra en la boca." Sin decir oxte ni poxte, hizo el mozo otra reverencia y se fué por donde vino.—"Pues señor—dijo Sancho—,estos encantadores son bien poco cortesanos"—; y saboreándose a su gusto, se puso a sustentar con el suculento desayuno con tan buen apetito, que es fama que no dejó ni las migas.

No bien hubo Sancho desayunado, cuando empezó Don Quijote a rebullirse y despertó luego sentándose súbitamente en la cama como si de un mal sueño volviese. Observábale Sancho, y viéndole con los cabellos revueltos, los ojos legañosos, el cuello largo y enteco, los brazos que parecían sarmientos y la actitud sobresaltada, soltó el trapo a reír del mejor gusto. Incomodóse Don Quijote y le dijo:—"¿De qué te ríes, bellaco? ¿No

sabes que *per multum risum, agnoscitur stultum?*" Sin dejar de reirse, contestó Sancho:— "Hable en cristiano vuesa merced si quiere que nos entendamos, porque lo que es en griego, soy tardo, por no decir sordo."—"No es griego sino latín—dijo Don Quijote—, y quiero decir que por la mucha risa se conoce al necio."—Procurando contenerla, contestó Sancho:—"Ahora sí entiendo, pero es el caso que si aun vuesa merced se viera en semejante postura, había también de reirse." Vistióse mohino Don Quijote y viendo Sancho su enfado, no se atrevió a hablarle y vistióse también aunque despaciosamente; pero eran tales sus ganas de palique, que, a poco rato, después de andar dando vueltas, viniendo a su amo, le dijo:—"¿No gusta vuesa merced desayunarse?"—"¿Has traído acaso las alforjas?"—preguntó Don Quijote.—"¡Qué mejores alforjas que estos mozos que tenemos a nuestro servicio! Si vuesa merced no se diera tánto al sueño, había de ver el substancioso desayuno con que acabo de sustentarme." Hablando estaba Sancho, cuando entró el Tío Samuel seguido de un mozo que dejó sobre la mesa un servicio completo para el desayuno de Don Quijote.—"Tengo a mucha honra la de dar los buenos días al Señor Caballero de la Mancha—dijo el Tío Samuel—. Venga vuesa merced y sea servido de sustentarse con este sabroso soconuzco."—"Y vaya que es sabroso—dijo Sancho—; como que en mi vida he catado cosa más buena y regalada." Callado estaba Don Quijote, y al cabo de un rato, volviéndose al Tío Samuel, le dijo:—"Dígame el señor encantador, ¿a qué se debe su enemistad para conmigo?"—"Amistad querrá decir el Señor Don Quijote"—contestó el Tío Samuel.— "¡Cómo amistad! ¿Pensáis vos que es propio de amigos secuestrar a un caballero andante y privar al mundo de sus beneficios?"—"Tiempo habrá para que el Señor Don Quijote pueda desfacer agravios, enderezar tuertos y socorrer a menesterosos—dijo el Tío Samuel con mucho comedimiento—; pero no ha de ser tan descortés el andante caballero que no quiera honrarme quedándose una semana en este castillo para hacerme compañía y disfrutar del regalo de la caza y de la mesa."—"¡Qué duda tiene!—dijo Sancho—Por mí sé decir que no quisiera volver a las andadas y que aquí me quedo no una sino todas las semanas acompañando a mi Señor Don Samuel, siempre y cuando no vuelvan a arrimarnos una nueva azotaina de agua y que ese señor Nocturno guarde para otros sus latigazos."—"¿Qué es eso de Nocturno?"—preguntó Don Quijote.—"¿Pues ya no se acuerda vuesa merced de que ayer le echó la culpa de

los azotes?"— "Neptuno debieras de decir"—corrigió Don Quijote.—"Neptuno o Nocturno—replicó Sancho—, en esto de azotes, lo mismo es que se los dé a uno Pedro, Juan ó Martín; lo malo está en recibillos."

Por mucha que fuese la inquina de Don Quijote, el chocolate despedía tan grato olorcillo, que, cediendo a las instancias del Tío Samuel, sentóse a la mesa nuestro buen hidalgo y se puso a sustentar con discreta mesura y parsimonia.—"¿Qué dice vuesa merced de ese chocolate?"—preguntó Sancho.—"No puede negarse que es bueno"—contestó Don Quijote,—"No tan bueno—se apresuró a decir el Tío Samuel— como lo merece la honra y prez de la Andante Caballería." Agradeció Don Quijote con una reverencia, y después de un rato, mirando fijamente al Tío Samuel, le dijo:—"Vuesa merced me la haría grande si me explicase el porqué de estar yo encantado en este palacio."—"No me holgara poco con tal explicación, si es que la hubiera; pero tenga vuesa merced por seguro que no se trata de encantamentos ni cosa parecida"—dijo con énfasis el Tío Samuel, y luego añadió:—"Lo que hay en este caso curioso y nunca visto, es que el espíritu de vuesa merced, dado siempre a riñas y aventuras, me provocó en desafío para que viese de resucitalle, y yo, que no gasto miedos ni con muertos ni con vivos, acepté el reto, me puse a la obra y hé aquí a mi Señor Don Quijote y a su noble escudero (que también iba con él el desafío) dando testimonio de mi triunfo que, por cierto, ni amengua ni empaña el lustre de la vuestra valentía." Maravillado quedóse Sancho oyendo lo que decía el Tío Samuel, y sin poder contenerse, le preguntó:—"¿Pero dígame vuestra señoría o excelencia es que en estos reinos se acostumbra resucitar a los difuntos? ¡Pese a tal que que nunca son a los difuntos? ¡Pese a tal que nunca imaginara semejante cosa! Y vaya que si mi amo es tan díscolo que aun de muerto se mete en aventuras y pendencias, bueno está que lo resuciten a él solo; pero yo ¿qué tengo que ver con este lío?"—"¡Cómo, Sancho!—exclamó el Tío Samuel—, ¿y habíais de abandonar en este lance a vuestro amo? Vos, el más leal de los escuderos de que hacen mérito las historias, no es bien que os desmintiérades protestando de acompañar al Señor Don Quijote, que mal puede concebirse el andante Caballero sin que vaya acompañado del discreto Sancho."—"No digo yo que no le tenga ley a mi amo—dijo Sancho—; ¿pero es decir que vivo o muerto he de estar siempre a su servicio?"—"Ese es vuestro destino, amigo Panza—contestó el Tío Samuel—; mas no os pe-

se de esta fidelidad, que, tarde o temprano, no una sino muchas ínsulas habédeis de gobernar. Por mí sé deciros que ya os tengo una prevenida que no la hay mejor en mil leguas a la redonda." — "Hablando así ya nos entendemos—dijo Sancho—; que ya verá vuestra excelencia si yo sé gobernar como cualquiera hijo de vecino, que bajo una mala capa se esconde un buen bebedor y al que parece calvo le arrastra el pelo y cuando Dios da...." No concluyó Sancho sus refranes porque Don Quijote que, de hacía rato, se iba amoscando, paróse de improviso y golpeando la mesa con el puño cerrado, dijo:—"¡Cepos quedos! ¡Basta ya de embustes, señor encantador! Buenas son vuestras supercherías y artimañas para que las crea la simplicidad de Sancho, pero mal parecen en mi presencia. No sé yo que hayan habido nunca sabios capaces de resucitar muertos, y todo lo que hay en este enredo es vuestra invidia que os sugirió la menguada idea de encantarme y conmigo a la sin par Dulcinea y al bueno de Sancho de añadidura. ¿Pues qué, este luengo sueño en que me habédeis hecho pasar tántos años (que años deben de ser) no es prueba palpable de vuestros sortilegios y quizás de algún filtro endemoniado que habédeis compuesto para así holgar a vuestras anchas mientras Don Quijote dormía?" Sancho que se rascaba la oreja contrariado con los desplantes de su amo cuando el Tío Samuel le hacía tan buenas ofertas, dejóse decir:—"No vuelva vuesa merced a las andadas, que ya sabe que nos cuestan caro y que la vida no da para golpes. Déjese de venir agora con bravatas y trate de componerse, pues ya este señor hechicero (con perdón sea dicho) nos hace tánta merced, comamos y bebamos que mañana medraremos." Iba ya Don Quijote a desplantarse de nuevo, cuando el Tío Samuel, temeroso de los arrebatos de su huésped, le dijo:—"No se impaciente mi Señor Don Quijote, que tiempo habrá para que yo le dé cuenta y razón de todas las cosas que ahora le sorprenden y maravillan; y en el entretanto, voy a disponer la mejor forma y manera de que vuesa merced conozca mis Estados y sea en ellos recibido como merece su alta persona." Sin esperar respuesta y saludando con grandes cabezadas, fuése a prisa el Tío Samuel dejando a Don Quijote desconcertado y a Sancho más que contento con la promesa de la ínsula.

CAPITULO VI.

DONDE SE VERA EL MEDIO DE QUE SE VALIO DON QUIJOTE PARA SALIR DEL CHALET QUE EL IMAGINABA SER CASTILLO ENCANTADO.

Caviloso pasó todo aquel día Don Quijote, con la imaginación llena de encantamentos, endriagos y vestiglos y empeñado en recordar lo que en análogos casos hicieran los más famosos caballeros andantes; pero por más que repasó su memoria no hallaba que ninguno se hubiese visto en tan grande cuita como la que a él le acontecía, con lo cual nuestro buen hidalgo se calentaba los sesos inútilmente por ver de salir airoso de la aventura. Tan embebido le traían estos pensamientos, que todo se le iba en pasearse de un lado para otro, gesticular, hacer visajes y hablarse solo como si discurriera con las fantasmas que le andaban por la cabeza. Empeñábase Sancho en sacarlo de su ensimismamiento, pero viendo que no lo conseguía, púsose a examinar muebles, estatuas y curiosidades, maravillándose de sus variadas formas, de su singular primor y de las comodidades que ofrecían, por más que no acertase con las ventajas o utilidad de muchos de ellos. Hablándose solo porque Don Quijote no le oía, dióse a encarecer la inventiva de los hechiceros y lo cómodos y regalados que deberían de vivir en semejantes castillos; sintiéndose el buen Panza tan satisfecho y a su gusto, que se creyó ya un gran señor y se puso también a fantasear contando con la ínsula tan generosamente ofrecida por el Tío Samuel y dando por hecho y terminado tal ofrecimiento.

Demás es decir que en el bien servido almuerzo que vino después del desayuno, lo mismo que en el lonche apetitoso, al que Sancho le llamó merienda, se despachó éste a su regalado gusto, trasegando repetidas copas de unos vinos que, a su parecer, deberían de beberse en copas de oro, tan buenos le parecieron. No pensó lo mismo de la cerveza, y luego que la cató, ocurrióse que tenía veneno y recomendó a su amo que no la probase. Cuanto a Don Quijote, apenas si tomó un bocado; estaba mohino y silencioso dejando a Sancho regalarse y soltar la sin hueso sin hacer caso de sus razones, hasta que, cansado el escudero,

tendióse en una *chaise-longue* para digerir más descansadamente, y acabó por dormirse roncando con todos los acordes de un órgano complicado y sonoro.

Entrada la tarde, Don Quijote, que había pasado el día recalentándose la cabeza con las imaginaciones de sus funestos libros de caballería, vino a dar en la idea de escaparse aquella misma noche del castillo encantado como él suponía que lo fuese la casa solariega del Señor de Yanquilandia, y trastornado, despertando bruscamente a Sancho, le dijo:—"Despierta, Sancho, despierta y ve de aparejar a Rocinante que es menester que nos abramos paso para salir de esta fortaleza aunque el mismo demonio se oponga a ello."—"Cuando yo digo que vuesa merced no anda bien del cerebro.....—dijo Sancho restregándose los ojos—¿Pero no sabe vuesa merced que no hay tal Rocinante y que ni aun el rucio nos favorece con su compañía?—"Razón tienes—contestó Don Quijote—; y es fuerte apuro para un caballero andante verse privado de caballería. ¡Voto a tal! que este es un nuevo agravio que contra mí se hace; pero descuida, Sancho, que sabré tomar a tiempo la debida venganza."—"Déjese de tales imaginaciones—replicó el escudero—. ¿Pues no sería tamaña locura que estando aquí sobre todo y viviendo a qué quieres boca saliéramos a buscar hambres y ayunos, cuando no palos y pedradas?"—"Loco o por mejor decir encantado estás, Sancho, cuando tales cosas dices—afirmó Don Quijote—. Mas no es de extrañarse que así trueques lo bueno por lo malo, que está en el poder de los hechiceros trastornar la imaginación a punto de hacer ver blanco lo que es negro y de aparentar ventura en la desventura." Iba ya Sancho a replicar a su amo, cuando siendo ya entrada la noche, encendiéronse de golpe los varios focos de luz eléctrica que pendían de vistosas arañas colgadas de techo. Sorprendióse de pronto Don Quijote, Sancho se quedó atónito, miró a su amo y luego dijo con manifiesto entusiasmo:— "¡Esta sí que es brujería, y hechizo, y sortilegio!" Pero Don Quijote repuesto al punto de la primera impresión, dejóse decir desdeñosamente:—"Bien conocidos me son estos artificios; y según se advierte, el Tío Samuel no sólo con Neptuno, sí que también con Plutón ha entrado en connivencias para avasallar mi ánimo; pero todos tres saldrán burlados, pues cristiano soy y caballero andante de añadidura y ni han de amilanarme hechicerías ni me doblegarán peligros ni emboscadas. Calma, pues, Sancho amigo, y que tu simplicidad no se deje alucinar por cosas de tan poca monta como son estas lucecillas

de artificios y apariencia." Sancho que miraba las lámparas con la boca abierta, volvióse a Don Quijote y le dijo:—"Pero vea mi señor amo que, aunque de brujería, es cosa de muy buen ver esta luz que nos alumbra. Si el diablo anda en este lío, declaro que el diablo es persona más docta y de mayor ingenio que todos los bachilleres y licenciados que salen de Sigüenza y de la misma Salamanca.

Con el anochecer y el suceso de las luces, se le fué acabando de encender la sesera a nuestro buen Don Quijote, y poniéndose intraquilo y gahoso de aventuras, se acercó a las puertas que daban a la parte exterior del edificio y comenzó a forcejear para abrirlas, mas como no lo consiguiese, después de mucho sudar, se asomó al balcón, midió con la vista la altura a que éste quedaba del jardín, la cual era de diez o más varas, y llamando a Sancho, lo hizo también asomarse y le dijo:—"Ya ves, Sancho hermano, que por aquí podemos salir sin ningún riesgo: es cosa de dar un salto. Yo saltaré primero y tú después, que es fuerza ya comenzar con esta grande aventura."—"¡Válame Dios!—dijo Sancho agarrándose la cabeza—. ¿Pero quiere vuesa merced romperse el bautismo o es que le ha dado un mal de aire y se le ha trastornado la mollera? No será por cierto Sancho Panza quien haga semejante locura. Acuérdese vuesa merced de que es cristiano y que es pecado y de los más gordos esto de asesinarse uno mismo."—"Suicidarse querrás decir"—corrigió Don Quijote.—"Así deberá de ser—dijo Sancho—; pero en buen castellano todo eso es matarse o acabar con su vida."—"¿No te has traído una escala de seda?"—preguntó Don Quijote.—"¡Qué escala de seda ni que ocho cuartos!—contestó Sancho malhumorado—. Mire vuesa merced por su salud y no haga más desatinos. Si tan bien estamos en este castillo y tan buenas ofertas nos hacen, ¿hay razón para que fuéramos a descalabrarnos por esa ventana como personas sin juicio?" Pensativo quedóse un rato Don Quijote, y derrepente, dándole palmaditas en el hombro, dijo a Sancho:—"No temas, hijo, que poco ingenio se necesita para salir de esta aventura sin peligro ninguno; y conste que lo digo por tí, que por mí, gózome en afrontallos. Ven, pues, y al punto estaremos libres apelando a la antigua usanza de burlar con el ingenio cualquiera suerte de hechicerías." Hablando de esta manera, fuése Don Quijote a la alcoba a toda priesa, deshizo su lecho y el de Sancho, se apoderó de unas tijeras que cogió de un estuche, marcó tres cortes en cada sábana y se puso luego a rasgar éstas de arriba para abajo,

convirtiéndolas en angostas tiras. Sancho lo veía hacer, moviendo la cabeza de un lado a otro sin acertar con el propósito de su amo, el cual con gran contentamiento, después de rasgar a más y mejor, se puso a unir las tiras con apretados ñudos hasta formar una tan larga que medía cosa de doce o más varas. Satisfecho quedó Don Quijote con su industria y dijo:—"Ya ves, pues, Sancho amigo, que si nó escala de seda, la tenemos de la mejor batista, a tal punto, que la diputo tan buena o mejor que las que en casos tales usaron enamorados donceles o atrevidos aventureros. Ve, pues, previniéndote para cuando llegue la medianoche, que tales aventuras han menester el sosiego de las altas horas, y así cuando natura duerme tranquila, y asoma el astro nocturno su macilento rostro entre las tocas de cenicienta nube, y aúlla el desvelado mastín, y grazna el buho en el silencio, es cuando el doncel herido por la traidora flecha del vendado infante, baja la escala de seda y envía un casto beso a la adorada cautiva que desde la alta torre del castillo agita el fino encaje de su pañuelo aromatizado con su tierno llanto." "¿Pero qué cautiva hay aquí ni qué doncel para que vuesa merced salga agora con estas pláticas?"—dijo Sancho mal avenido con las imaginaciones de Don Quijote.—"¡Cómo que no hay doncel ni cautiva!—replicó Don Quijote—¿Pues no sabes, menguado, que está cautiva Dulcinea y que yo soy el doncel?"—"¿Doncel vuesa merced?—exclamó Sancho—Nunca lo creyera; y por lo que toca a lo de la escapatoria, mal me parece que estando mi Señora Dulcinea en este castillo, nos fuyamos nosotros dejándola cautiva."—"Bien se ve—dijo Don Quijote que no se te alcanzan estos lances, cuando no llegas a comprender que, para desbaratar el encanto en que nos vemos envueltos, es fuerza salir a furto de este palacio y a usanza caballeresca, según se narra en las historias de los más famosos paladines." Levantaba los hombros el escudero sin darse por vencido; pero Don Quijote, seguro ya de haber encontrado el medio de burlar las maquinaciones del invidioso Merlín, no paró mientes en las desconfianzas de Sancho y quedóse sosegado esperando que llegase la medianoche, condición a su juicio indispensable para coronar la proyectada empresa.

Era nuestro hidalgo, según se ve en el curso de esta verídica historia, persona de firme carácter y de resoluciones terminantes, y como tal, luego de decidir un punto de encontrar el modo de vencer una dificultad cualquiera, daba de mano a lo resuelto sin andarse en nuevas dudas ni cavilaciones que hacen vacilar

el entendimiento y amenguan la varonil energía. Así, pues, no volvió a hacer mención del consabido plan de escapatoria y más bien esparció su ánimo refiriendo a su escudero (que estaba mohino y cabizbajo) amenos lances de caballería y mostrándose tan indulgente y complacido, que como Sancho trajese a colación al Tío Samuel, dijo Don Quijote que le asistían algunas dudas sobre si el susodicho fuese o nó el sabio Merlín, pues por ciertos indicios, podría más bien colegirse que se trataba de algún caballero encantado por el mismo invidioso sabio. Oyendo estas razones, dijo Sancho:—"Siendo así como vuesa merced dice y a mí también me parece, lo mejor sería que nos pusiéramos en acuerdo con el Señor Don Samuel, que por algo se ha dicho que más ven cuatro ojos que dos y que quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija."—"Tanto de ponernos en acuerdo, no me parece prudente—dijo Don Quijote—, que las mías son meras presunciones y que el Tío Samuel, caso de demandar su ayuda o su consejo, podría suponer que había de mi parte poco discernimiento o escasa valentía para emprender la aventura. En cambio, si mis sospechas resultan fundadas (cosa que voy viendo muy probable), más hidalgo sería que, luego de desencantarme por mí solo, desencantase también a este Don Samuel o Don Tío que nos brinda su amistad con tan cortés miramiento." En éstas y otras pláticas fué pasándose la noche y cosa de las once serían cuando entró un mozo con la cena y tras él el Tío Samuel, que recibió la más agradable sorpresa viendo el buen ánimo de Don Quijote, pues la idea de la próxima aventura y la convicción de salir airoso en su empeño, encendíanle la imaginación y con ella el semblante a tal punto, que parecía rejuvenecido y placentero. Cambiáronse entrambos corteses saludos, y luego de un rato, invitado por el Tío Samuel, gustó el Ingenioso Hidalgo, sin hacerse de rogar, dos o tres manjares y aun se regaló con una copa de vino añejo; y como el Tío Samuel le manifestase con muy finas expresiones las grandes fiestas con que trataba de celebrar su advenimiento, vino a pensar nuestro buen hidalgo, confirmando sus sospechas, que era aquél nó Merlín, sino algún conde o castellano encantado en su propio castillo sin darse cuenta de su propio encantamiento. Dióle, pues, las gracias con escogidas palabras y se puso a discurrir cortesmente acerca del lujo y del regalo de que se disfrutaba en aquella señorial mansión, que así la fantasía encandilada saca las cosas de quicio y predispone a la conciliación y a la afectuosa benevolencia.

Al acabar la cena, quiso informarse Don Quijote de los usos y costumbres de aquellos Estados, y el Tío Samuel encareció en gran manera la actividad y el trabajo de sus súbditos.—"Buena cosa es el trabajo—dijo Don Quijote—, siempre que no se tome por norte y guía de las acciones humanas, que en tomándolo de esa suerte, es más bien ambición que empequeñece el ánimo, robándole a la inteligencia sus naturales miras y al corazón sus instintos generosos. Medio, que nó fin, es el trabajo, y nó para alcanzar las riquezas que hacen menguados y egoístas, sino para atender al sustento con honra y al bien de los menesterosos y necesidades. Ley de la humana especie es ésta de que hablamos, pero son pocos a la verdad los que la cumplen fielmente y muchos los que abusan de ella con el inmoderado afincamiento de allegar tesoros para el propio beneficio y sin atender a la equitativa distribución de los frutos de la tierra. Alabanza merece el que come el pan con el sudor de su rostro, pero digno de vituperio el codicioso y avariento que pone todo su conato en el lucro y la ganancia como si para tan bajo menester hubiese sido puesto el hombre sobre la tierra." Asombrado quedó el Tío Samuel oyendo estas discretas razones y no supo qué contestar. En esto reparó que Sancho, al revés de su amo, estaba de mala guisa, y dándole palmaditas en el hombro, le dijo:—"¿Qué os parece a vos, Sancho amigo, de lo que dice el Señor Don Quijote?"—"¿Qué me ha de parecer sino que obras son amores y nó buenas razones? Quiero decir que del dicho al hecho hay mucho trecho y que si mi amo hablara siempre así tan en concierto y pusiera luego en práctica lo que dice, mucho habíamos de prosperar; pero a buen seguro que volveremos a las andadas y que acabarán por molernos a palos."—"No digáis tal cosa, Sancho amigo—replicó el Tío Samuel—, que si antaño os dieron palos y hasta os mantearon en la venta de marras, hogaño será todo prosperidad y bienandanza, con ínsulas que gobernar y homenajes que recibir, pues bien ganadas tenéis tales mercedes. Pedid lo que os plazca, hermano Sancho, que aquí estoy yo para complaceros. ¿Os contentaría un condado con buenos doblones y mucha tierra de sembradura? ¿Queréis mejor el gobierno de algún reino con muchos vasallos y ejércitos?"—"Ambas propuestas son buenas—dijo Sancho—, pues si el condado no da qué hacer sino que disfrutar, lo del reino tiene la ventaja de la autoridad, que no es corta, puesto que da derecho a hacer lo que mejor le plazca al gobernante sin que nadie le tome cuentas. A mi ver, podían conciliarse las dos cosas, que bien se puede to-

mar del condado las tierras de sembraduras y los doblones y del reino la autoridad y los homenajes."—"Basta, Sancho, de comentarios—dijo Don Quijote, y luego, dirigiéndose al Tío Samuel, añadió:—Si vuesa merced le da cuerda, no acabará de hablar y nos molerá hasta la madrugada ensartando desatinos y pidiendo gollerías." Sonrióse el Tío Samuel y viendo que la hora se avanzaba, despidióse de sus huéspedes. Don Quijote lo acompañó hasta la puerta con muy finos modales y se cambiaron entrambos caballeros corteses comedimientos.

Cuando estuvieron solos amo y criado, preguntó Sancho: —"¿Insiste vuesa merced en tal desatino como el de querer escaparse?"—"¿Quién lo duda? contestó Don Quijote que, olvidado del proyecto con la amena plática, vino a caer de nuevo en su locura y agregó:—Manos a la obra, Sancho amigo, que es fuerza apresurarnos antes de que el rubicundo Febo llame a las puertas de la obscura noche con su puntualidad acostumbrada." Diciendo estas palabras, encendida otra vez la imaginación del buen caballero, fuése a la alcoba, volvió al punto con la que él llamaba escala de batista, se asomó al balcón, ató en un balaustre con doble ñudo la improvisada cuerda, probó con un tirón su resistencia, quedó satisfecho y dijo:—"Ahora, mi buen escudero, comienza esta gallarda aventura. Propicia es la ocasión; los celestes luminares son mudos testigos que convidan a las altas empresas, la nocturna calma deja mejor oír el consejo del ánimo esforzado y la pródiga fortuna me brinda nuevos laureles en torneos y batallas. ¡Ea, valeroso escudero, que voy a bajar la escala que a la gloria nos conduce y tú me seguirás con osadía y ardimiento!"—"Eso no haré yo"—contestó Sancho todo amoscado.—"¿Qué no lo harás, belíaco, harto de ajos, mal nacido?—gritó Don Quijote—Si te resistes, no te dejaré un hueso sano!" —"Pégueme vuesa merced, muélame a palos—dijo Sancho con tono compungido—; pero considere mi Señor Don Quijote que si el es caballero andante y está hecho a descalabrarse, yo ¡mísero de mí! soy un infeliz majagranzas y por añadidura padre de familia."—"Lo que tú eres es cobarde y pícaro de añadidura, y para curarte de tales mañas, indignas de tu profesión escuderil y aventurera, has de bajar el primero si nó por buenas, por malas." Comprendió Sancho que su amo iba a hacerlo como lo decía, tan colérico estaba, y mirando por su seguridad, consistió en que bajaría pero después de Don Quijote, a fin de que, con el peso de éste, se probase si no había peligro. Serenado el amo con la resignación del mozo, se ató a la cintura el un extremo

de la cuerda, se asió con ambas manos del otro extremo que estaba atado al balaustre, con el intento, según dijo a Sancho enseñándole la lección, de bajar poco a poco, conteniéndose en los ñudos, y luego, sin vacilar, se lanzó al aire. Al principio, pudo algo contenerse, pero no resistió mucho rato la flexión y resbaló tan de prisa, que vino a dar en tierra aunque no muy de golpe, gracias a que se aferró a la cuerda y a que aminoró el porrazo la circunstancia de estar atado por la cintura y de que la llamada escala de batista apenas llegaba al suelo.

Tras la natural perturbación de la caída, levantóse Don Quijote, hubo de volver a caerse, se puso a dar traspiés, pero logró, al fin, pararse aunque medio mareado y aturdido. Le sangraban las manos que, con la fricción, se las había desollado del todo, pero a él nada se le daba, según era su contento. Trató en seguida de desatar el ñudo que tenía en la cintura, pero como era de los que llaman ciegos, no pudo deshacerlo por más que sudaba, y optó, no sin acordarse del Gordiano, por cortarlo con la espada que traía al cinto. Acto continuo, levantó la cabeza y haciendo bocina con la mano derecha mandó a Sancho que izase la fementida cuerda. Este, que con medio cuerpo fuera del balcón había visto el golpe de su amo, no sabía qué hacerse; le entraron trasudores y mareos, y aunque llegó a izar la cuerda, no se atrevía a bajar y con voz lastimera se quejaba de su suerte y le lloraba a su amo que por Dios lo dejase esperar siquiera hasta que amaneciese el día; pero Don Quijote insistía con tal imperio en mandarle que bajase, que acabó Sancho por amostazarse negándose resueltamente. Espumarajos echaba Don Quijote redoblando sus amenazas, y Sancho, cohibido de nuevo, se ató, por fin, la malhadada cuerda a la cintura, pero con tánta congoja como si fuese la del ahorcado.—"¿Qué esperas, demonio—vociferaba Don Quijote—. Si al punto no bajas, escalaré el balcón y te echaré de cabeza."—"¿Pero qué daño le he hecho yo a vuesa merced para que así me trate?"—clamaba el infortunado escudero.—"Déjate de lamentaciones—dijo Don Quijote—, que peor será para tí si te quedas, porque Merlín descargará en tus lomos la cólera que le cause mi fuga." Este argumento y el miedo que tenía de quedarse solo, acabaron de convencer al desgraciado, que, después de anudada, se fué envolviendo la cuerda en la cintura hasta convertirse en un ovillo; agarrándose luego a la balaustrada, pasó a la parte de afuera del balcón, se santiguó devotamente, gimió de nuevo y encomendándose a Dios de todas veras, echóse al aire, agarrándose fuertemente a uno de los ñu-

dos. Cuando se vió así suspendido, comenzó a dar voces de socorro, teniéndose en el aire sin subir ni bajar por el ansia con que se aferraba; pero, al poco rato, le flaquearon las fuerzas, se soltó y comenzó entonces a desenvolverse la fementida escala de batista, haciéndole dar vueltas y cabeceos con tal priesa, que parecía el infeliz un rechoncho marionete en manos de titiritero. Fué lo peor del caso que, cuando ya faltaba cosa de dos varas para que llegase al suelo, reventó un ñudo y fué Sancho a caer patas arriba a los pies de Don Quijote. Daba el desgraciado tántos quejidos, que partía el alma, y su amo, penoso del golpe, trató de levantarlo del suelo, mientras lo animaba diciéndole que ya pasaría aquello, que estuviese sin cuidado.—"¡Cómo sin cuidado!—dijo Sancho—; lo que estoy es sin rabadilla, porque a buen seguro que me la he partido."

Después de un rato de lamentos de Sancho y de fricciones y de buenas palabras de Don Quijote, logró éste convencer a su escudero de que tenía los huesos sanos y en su lugar, lo obligó a levantarse, y atravesando el espacioso parque que quedaba hacia la parte de fuera del chalet, dieron con una gran puerta de reja y saliéronse al campo, contento como unas pascuas el Andante Caballero y brumado y mohino Sancho Panza.

(Continuará)

JUAN MANUEL POLAR.

José Ortega y Gasset

Con el hermoso ensayo que va a leerse, y que es obra de uno de los más sólidos ingenios de la nueva intelectualidad cubana, continuamos la galería de ensayos de los pensadores jóvenes de Hispanoamérica, que iniciamos en nuestro pasado número con la voz ya magistral del escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña. En esta galería tendrán cabida todos los ensayistas de nuestra América Latina que, siguiendo "el camino de Paros" que abriera el maestro uruguayo, guían a las actuales generaciones hacia la moderna Acrópolis en la que se sintetizan en uno sólo los cultos del Bien, de la Belleza y de la Verdad. La pléyade antillana, que tan maduros frutos espirituales está ofreciendo a nuestro Continente, inaugura esta sección.

EL ESPECTADOR.

Se prolongan vanas discusiones en el ágora, y vidas enteras se pierden agotadas en perennes propósitos. Todo lo consume la plaza pública: el divino tesoro de la juventud y el privilegio inmarcesible del pensamiento. Se anquilosa el mundo bajo el imperio de la política:—lo útil como lo verdadero, luego la mentira. Y del utilitarismo como pensamiento surge una llamada filosofía de lo práctico—el pragmatismo—que sólo con William James puede aparecer dignificada. El pensamiento "queda reducido a la operación de buscar buenos medios para los fines, sin preocuparse de éstos."

Espíritus voluntariosos van a la soledad en busca de refugió: posible será que con la paz del espíritu les llegue la sabiduría. Así El Espectador fuése a la soledad, y la soledad sensibili-

zó prodigiosamente su alma joven, colmándola de innumerables inquietudes. Y allí elevó su promontorio de visionario, sobre los campos de la política. Promontorio expuesto a todos los vientos, a los grandes vientos del cosmos,—y nó torre de marfil— de donde se contemple ampliamente el espectáculo de la vida, tal como desde allí pueda aparecer. Del gran Todo parten innumerables vertientes que van a coincidir en la conciencia de cada ser. Cada cual tendrá una visión distinta y particular de la vida, según la vertiente que en él se refracte; y una suma de todos los aspectos individuales, podría considerarse como una interpretación de la Unidad. Afanarse en precisar cuál sea para nosotros la sombra mística que los seres y las cosas proyectan sobre el mundo, sobre nuestro mundo, y proponer interpretaciones, es acercarse a la Verdad.

El Espectador conoce cuántas interpretaciones han dado los hombres al eterno enigma: ha empapado su espíritu en la filosofía griega, "fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual" (1). Confiesa haber vivido varios años bajo el influjo de Platón, maestro de la ciencia de mirar. Y de Platón ha extraído, naturalmente, un misticismo desbordante que cruza por sus meditaciones, creándolas, como soplo vivificador. Misticismo es clara visión espiritual de las cosas y de los seres, insinúa un supremo crítico de América, Manuel Díaz Rodríguez, en su "Camino de Perfección."

Y en sus primeros tiempos, según el propio Ortega y Gasset nos dice, los libros de Renán hubieron de calmarle ciertos dolores metafísicos que acometen a los corazones mozos sensibilizados por la soledad. Esta influencia de Renán es sensible, y en sus primeros ensayos se asemeja a aquel gran espíritu, semejante a Platón, según el juicio de Brunetiere. No se trata de filosofías sistemáticas—los tiempos de los sistemas han pasado ya— sino de de aisladas meditaciones, ya sobre temas de alto rumbo, ya sobre motivos humildes. Todas, sin embargo, están unidas por un lazo de amor.

El Espectador no se contenta con mirar, en el sentido platónico,—que es ya sobrepasar nuestra limitación. Mira, y cuanto ve se filtra y depura por un caudal de conocimientos anteriores, para al fin esplender en amorosa meditación. La forma tangible de esa meditación, es lo que piadosamente nos ofrece.

(1).—Pedro Henríquez, "La Cultura de las Humanidades."

EL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

Todo espectador supone un espectáculo y un punto de contemplación. (Aunque la vida no es un espectáculo, sólo como tal puede presentársenos, puesto que surje el modo espectacular de vivir, al ponerse el sujeto en relación directa con las cosas). Una inteligencia perfecta sabrá buscar su sitio en el universo, su único sitio insustituíble, hacia el cual convergerán todas las perspectivas circundantes. Presumimos que gran número de fracasos se han originado en la falta de la única y propia situación. (La historia de muchos fracasos sería la historia de una máquina descentrada). El hombre que se sitúa allí donde es más propio su ritmo cordial, y en todo lo circundante encuentra como un complemento a sus ansias—y hasta un contraste inevitable—puede creer que ha descubierto en el espacio su piedra angular. Su palabra nos llegará siempre como retumbando desde aquella colina ideal, hasta introducirse o rebotar en nuestro corazón. Es interesante observar cómo la mayor parte de los hombres representativos se nos aparecen siempre en una particular actitud, con la cual, esparciendo su mirada, han sorprendido el chorro raudo de la vida. Sócrates (a través de Platón) nos aparece como que cazara sus pensamientos a la sombra de los plátanos de Atenas, orillas del Illiso; Kant meditó su sistema a lo largo de la avenida de Koenisberg, bajo los altos tilos; Beethoven arrancó a la naturaleza, con amor entrañable, el secreto de su desbordante alegría en el dolor (Durch Leiden Freude). Nos será frecuente, al pensar en ellos, representárnoslos como si estuvieran en aquella actitud preferida.

El Espectador ha situado su centro cosmológico en el monasterio de El Escorial. Algún día se dirá cuánto haya influído en su serenidad el contacto con la austera maravilla, que por su sola severidad y leyenda ha de conducir a la meditación. Nosotros no tenemos de tal monasterio sino confusas "menciones", referencias a él. Sólo sabemos algo, que el mismo Espectador nos dice, ya sobre el manto de espesura tendido a las plantas del edificio, modificando su carácter en sucesivas estaciones con el vario matiz del follaje, ya a propósito del curvo brazo ciclópeo que extiende hacia Madrid la sierra del Guadarrama, y que del Escorial se mira.

Sucederá, y será lo frecuente, que El Espectador fije muchas de sus meditaciones lejos del vetusto monasterio; pero ello

no importa: todos sus pensamientos participarán de la grandiosa austeridad de El Escorial, rigoroso imperio de la piedra y la geometría, en que nos dice haber asentado su alma .

LA IMITACION DE LAS COSAS

Las cosas suponen un orden preestablecido, colocado por encima de nosotros, y al que nos es fatal someternos, cuando menos, e interpretarlo, cuando queremos vivir la vida con toda plenitud. Adentrarnos en las cosas, trabar intimidad con ellas, equivale a hallar en su tercera dimensión—dimensión de profundidad—insospechadas perspectivas que ampliarán infinitamente nuestro mundo de realidades. Las cosas son como intermediarias entre nuestro espíritu y la vida; y para quien no sepa hallar en ellas su oculto sentido, no será comprensible el sentimiento trágico de la existencia. "Por los ojos te salvarás," ha dicho Alfonso Reyes; y ya Goethe había expresado: "El órgano con que yo he comprendido el mundo es el ojo." Pleno sentido de la vida, discernimiento, disciplina....., los más preciosos dones no hallados frecuentemente, nos llegarán de nuestro trato amoroso y comprensivo con lo que llamamos inanimado. Y hasta posible será que, después de mucho andar, lleguemos, a través de las cosas. "Abracémosnos a las hermanas cosas, nuestras maestras: ellas son las virtuosas, las verdaderas, las eternas," dice Ortega y Gasset en el cristiano lenguaje de Francisco de Asís. Abracémoslas, abrámosles nuestro corazón, que ellas, en cambio, nos prodigarán tesoros de emociones. Sólo a través del amor, con nuestro "ser" propio y nó con la mente, es que las hacemos "prójimos" (2), es que nace el vínculo fraternal. En vano nos allegaremos a las cosas si no vamos alentados por el afán de comprender, porque sólo ante el amor ellas dejarán de ser herméticas.

Laten mil corazones en el viento (¿corazones de las cosas?) y el tosco oído ni aun percibe su rumor. Más ello nada prueba. Llega un Rodembach o un Francis Jammes, y a través del amor, interpreta las misteriosas palpitaciones del silencio, del estanque dormido, y aun la vocecita algo cascada del viejo aparador familiar.

---

(2).—Unamuno.

Recuerda Ortega y Gasset la luz de Rembrandt, aquella atmósfera lumínica e irradiante en que aparecen envueltos los más humildes objetos, como si el artista hubiera querido santificarlos con la aureola de la plenitud. Esto que con su luz hacía el autor de la "Ronda Nocturna", hagámoslo nosotros con nuestro amor, derramándolo sobre las cosas circundantes, que ellas resplandecerán con el más prístino brillo, mostrándosenos en todo su posible sentido.

AMOR INTELLECTUALIS.

Hubo un tiempo en que vivieron hombres consagrados al más puro desinterés y al más acendrado amor intelectual. Ellos sabían despertar las inteligencias, llevándolas a la serena cumbre de la especulación, tal como Leibnitz hizo. Era el mundo menos utilitario, y los hombres concedían más importancia a la vida espiritual.

Mucho se ha perdido de entonces acá: el lazo de amor que atraía las inteligencias es difícil hallarlo en nuestro tiempo, en que no existen sino esfuerzos individuales y aislados. Faltan los hombres de buena voluntad, y cuando aparece uno, vemos con asombro cómo es aún posible resucitar el clásico amor especulativo. Si nos trae una doctrina de amor, él podrá cosecharnos aquella secreta abundancia de la verdad, de que Nietzsche hablaba, y muchos seguirán su ejemplo, brotando como un fresco oasis intelectual en la aridez de la arena.

En torno a ese hombre surgirán otros espíritus contemplativos, contagiados de su amor, que afanosamente buscarán también su verdad. Y ved cómo irá levantándose, por la virtud de un espíritu selecto, un claro templo de amor en que, integrándose con todas las verdades singulares, podrá surgir al fin un aspecto de la verdad única.

No otro que José Ortega y Gasset pudiera ser este hombre para los españoles, aparecido en un instante de ansiedad, en que los espíritus necesitaban orientación. El ha traído esa doctrina de amor de que tánto menester había, y la ha ofrecido piadosamente a la juventud, presentándole el espectáculo de un hombre agitado por el vivo afán de comprender. Es esta la actividad de amor que él quiere contagiar a los demás: el "afán de comprensión"; y en torno suyo han surgido discípulos, y ha cundi-

do su ejemplo. En la "Residencia de Estudiantes" se condensa el esfuerzo común: la excelente lectura de Federico de Onis (3), las tres conferencias de Luis de Zulueta (4), y otros trabajos, son luminosos destellos, que delatan a Eos, la de los dedos sonrosados.

El nombre de Ortega y Gasset está bien ligado a este serio y fecundo movimiento. No encontramos para él nada mejor que esta cita de Platón: "El espíritu que mejor ha percibido las esencias y la verdad, deberá formar un hombre que se consagre a la sabiduría, a la belleza, a las Musas y al amor."

FELIX C. LIZASO.

(3).—"Disciplina y Rebeldía", por Federico de Onis.
(4).—"La Edad Heroica" por Luis de Zulueta.

La actividad estética

Al caracterizar la actividad estética el Dr. Deustua, realiza un serio análisis de sus elementos así objetivos como subjetivos y deriva de él, una conclusión concordante con la tendencia de toda su especulación.

El resultado consiste en atribuír a la libertad un carácter esencial y predominante; como que la imaginación creadora es sobre todo libre y la contemplación algo así como conquista de libertad.

Como el fenómeno estético ofrece al análisis un doble aspecto subjetivo y objetivo, la teoría de lo bello ha oscilado entre esos extremos, haciendo depender la faz objetiva de la actividad sicológica o al contrario; derivándose de esa oscilación dos criterios opuestos, fundados respectivamente en el sentimiento estético y en la idea estética que, con los nombres de *impresionismo y dogmatismo,* examina y condena Lalo en su "Introducción a la Estética".

El error fundamental en ese análisis ha consistido, por un lado, en fundar el valor estético en un elemento pasivo, que no explica la creación artística ni la pura emoción estética, en atribuír al estado estético subjetivo una cualidad puramente contemplativa y receptiva y por otro, en incluír como producto de la función dinamogénica de toda imagen, el contenido especial y característico del sentimiento estético. En el primer caso, se ha tratado de hacer salir la actividad de la pura pasividad, la libertad, que es el alma de la creación artística, del movimiento instintivo y aún inconsciente del espíritu creador, y en el segundo se ha hecho de la emoción estética un simple reflejo del objeto, una adaptación, una coordinación, una fusión igualmente instintiva y necesaria entre el objeto y el sujeto, operada por el atractivo o simpatía provocada por el objeto. La libertad, co-

mo actividad creadora, como imaginación generadora del ideal, ha sido excluída, puesta de lado, considerada como ideal de lo perfecto, confundida con el sentimiento de no coacción, o tomada como lo hace Gross en el sentido kantiano, como el comienzo absoluto de la acción, como el sentimiento de ser causa en la actividad de puro juego.

En el desacuerdo en que permanecen todavía los sicólogos sobre la naturaleza misma del sentimiento, es lógico que el análisis del fenómeno estético sufra sus consecuencias y que, bajo el imperio subsistente aún del intelectualismo filosófico, que ha encontrado fuerte apoyo en la sicofísica, se persista en observar el fenómeno estético subjetivo, bien sea al través de sus símbolos expresivos e inmutables o bien con el instrumento de la experiencia científica, para descubrir leyes estéticas bajo la obsesión de la ciencia que tiende a la inmovilidad de la vida.

El sentimiento, reducido a una simple reacción de la conciencia contra la imagen, no explica tampoco, por ese solo carácter fundamental, sus dos modalidades opuestas de placer y dolor, que son efectos de esa causa, pero que suponen la fusión o contraste con la imagen percibida. Por eso Wundt encuentra en el placer una *aspiración* hacia el objeto y en el dolor un *rechazo*, introduciendo el factor dinámico de la voluntad en este fenómeno, al que toda la sicología contemporánea atribuye el valor de un estímulo. Pero las características establecidas por el voluntarismo wundtiano parecen explicar los efectos opuestos del sentimiento y nó sus causas. El placer tiende a la fusión y el dolor a la separación de la imagen, pero no se explica porqué se opera esa doble función, porqué el sentimiento no permanece indiferente a la presencia de la imagen o se limita a defender a la conciencia, reaccionando contra la nueva imagen, pero sin fundirse ni combinarse con ella ni producir placer o dolor. Podría explicarse esta diversidad partiendo del principio que el espíritu es libertad, expansión y que se convierte en placer siempre que esa expansión es satisfecha como sucede cuando la sensación y el sentimiento se armonizan y funden, y se torna en dolor cuando el sentimiento es contrariado por la imagen y elimina a ésta por el olvido o se asocia a ella mediante la repetición del hábito que atenúa la fuerza expansiva del espíritu y opera una conciliación que permite, al fin, la fusión inmediata del placer. Así por la libertad no sería imposible encontrar solución para todos los problemas que suscita la

actividad compleja de la conciencia, en la cual la voluntad desempeña la doble función sintetizadora y directriz que le reconoce el voluntarismo contemporáneo.

La actividad sico-estética, actividad imaginativa y libre, de la conciencia, tiene su explicación, en efecto, dentro de esa teoría dinámica del sentimiento, que la estética sicológica de la *Einfühlung* ha analizado profundamente como actividad que tiende a objetivarse, apartándose de la concepción pasiva del estado estético que explica el placer de lo bello por la armonía de la conciencia producida del exterior y que conduce a una libertad negativa, a la emancipación del yo, identificado a la armonía del objeto bello. Pero la teoría de la *Einfühlung* es un sentimentalismo oscuro y vago, que, si bien se traduce por un fenómeno de simpatía o de imitación, accesible al análisis sicológico, tiene su raíz en un sentimiento vital del yo, matriz oscura como dice Lalo, en la que se realiza la unidad de la conciencia, y la intuición descubre la voluntad, como dato inmediato e irreductible, como tendencia a producir, a realizar, pero nó como actividad libre, sino como actividad instintiva, más bien biológica que síquica. "Para la *Einfühlung* estética, dice Lalo, toda belleza es el símbolo de una vida personal y de una expansión de nuestra vida". "Este vitalismo estético, agrega, es la forma confusa, por excelencia, del sentimentalismo; es la estética de la intuición"; es un misticismo para el que todo es bello y todo hombre puede gustar de todas las bellezas, siendo por lo mismo, arbitrario en sus normas y opuesto a una concepción científica del fenómeno estético.

El intelectualismo de Lalo, que condena el sentimentalismo estético y que realiza la certidumbre de la posibilidad de ejercer cada una de nuestras facultades, que Volket supone en la *Einfühlung*, es lógico que condene también la teoría de Bergson que hace derivar de la libertad creadora el fenómeno estético subjetivo.

Bergson, en efecto, al explicar la intervención progresiva de elementos nuevos, visibles en la emoción fundamental, que parecen crecer de magnitud, aun cuando se limitan a modificar su naturaleza, ofrece, como ejemplos muy notables, los sentimientos estéticos, analizando el más simple de entre ellos, el sentimiento de la *gracia*. Lo que caracteriza este sentimiento es, primero, cierta *facilidad* en los movimientos exteriores; después, la fusión de esa facilidad percibida con el placer de detener, de algún modo, la marcha del tiempo y detener el porvenir

en el presente y, por fin, una especie de simpatía física derivada del ritmo en el movimiento fácil y que se asocia a la simpatía moral y a muchos otros factores. Bergson hace así, del ritmo, el símbolo del sentimiento estético placentero. El ritmo, expresión de la libertad interior, contiene la renovación constante de elementos síquicos, que ofrecen la apariencia de una intensidad progresiva pero que marcan sentimientos nuevos y por consiguiente inconmensurables. Según Bergson, hay en el proceso estético afectivo una incesante creación en la que la actividad síquica se presenta como sentimiento de libertad, que en su expansión crea el arte.

Pero el mismo Lalo, que califica de mística esa teoría y no acepta la idea de *juego*, interpretada como una libertad absoluta, como una verdadera creación de la actividad imaginativa generadora del arte, se ve forzado, sin embargo, a aceptar ese factor esencial de la libertad, si bien sometiéndolo a la disciplina de la *técnica* artística, que para Lalo, tiene un carácter imperativo, aun cuando el deber estético no se confunda con el moral, que aspira a dominar la vida entera y a presentar sus leyes como absolutas, a diferencia del deber estético que es relativo y garantiza sólo la moralidad del arte salvándolo del egoísmo y dándole una función social. Lalo confunde en su teoría el valor estético de lo bello con el valor de lo perfecto, atribuyéndole una finalidad lógica de que carece por su naturaleza. Esa confusión, que convierte al criterio *técnico* en criterio *estético*, destruye la importancia del factor afectivo, hasta el punto de considerar su eliminación como necesaria para un sereno y exacto juicio sobre el valor artístico de una obra. Es el viejo intelectualismo platónico, revestido con las formas de la ciencia sociológica, que coloca en lugar de la Idea, el canon impuesto por la tradición artística. Para juzgar la belleza es necesario someterse al imperativo del canon reconocido; para ser entendido y apreciado esteticamente, es un deber producir con arreglo a ese canon. Lalo afirma así su fuerza imperativa, pero no averigua el origen de ese valor humano; porque en esa investigación tropezaría necesariamente con la libertad, si no aceptaba como base la Idea innata de Platón.

Sólo la fantasía, por su carácter libre y creador, puede explicar la naturaleza del fenómeno estético en toda su amplitud. Actividad originaria y global, como la considera Croce, su valor deriva de la libertad solamente, aun cuando los factores afectivo y cognoscitivo entren en su contenido. Los sentimien-

tos estéticos superiores no son tales porque sentimientos lógicos, morales o religiosos les sirvan de objetivo, sino porque la imaginación los exhibe penetrados de libertad y como símbolos de ella. Aun los sentimientos estéticos elementales, que contienen factores sensoriales y afectivos, no toman de éstos su valor, sino de la unidad armónica, que la imaginación construye con ellos y que envuelve la libertad estática de la no coacción, forma de equilibrio la más elemental de la libertad interior. La actividad estética es siempre actividad libre, ya se la considere como contemplativa o como proyectada hacia el exterior. Es el "libre juego de las facultades cognoscitivas" establecido por Kant; es el instinto de juego que expresa esa misma armonía en la estética de Schiller; es el gasto de la energía biológica excesiva, el libre juego de esa fuerza, como piensa Spencer; es la simulación libre de la actividad práctica, que goza con esa libertad, con el sentimiento de poder ser causa, como interpreta Gross el juego; es, el fruto exclusivo de inspiración libre como piensa Leopardi, es, en fin, en todas las ideas estéticas el orden libre, aunque la libertad no supere al orden creándolo libremente y sin finalidad práctica alguna.

Witasek analizando los sentimientos de valor, derivados de un juicio de apreciación, a los que llama sentimientos de juicio, para distinguirlos de los puramente sensoriales, establece, que en todos los casos en los cuales se asocian a una aprobación o desaprobación moral, la *persuasión* puede ser sustituída por una *ficción* en cuyo caso ,no se unen a sentimientos *reales*", sino solamente a estados de ánimo análogos que denomina "sentimientos de *fantasía*". El sentimiento estético, que forma el centro de la actitud estética, no entra en la clase de los lógicos o sentimientos del pensamiento derivados de premisas intelectuales, sino que pertenece a la de los sentimientos de fantasía. La persuasión no entra en él como elemento esencial, siendo la *representación* premisa *suficiente* de ese sentimiento. El sentimiento estético es sentimiento de representación intuitiva y nó de juicio lógico, al que se asocia después un juicio que determina la clase a que pertenece; es decir un juicio de valor en el que se compara la representación estética a una norma. El sentimiento de valor, que deriva de ese juicio es muy diferente, por lo mismo, del sentimiento estético que le sirve de base; porque es, en fuerza de este sentimiento de placer, que se atribuye valor al objeto. El sentimiento de valor no tiene nada que hacer con las cualidades estéticas; y si se pasa de este sentimiento al estético,

es en virtud de la *transposición de sentimientos;* actividad de gran importancia en la vida síquica del hombre, por la que un sentimiento lógico de persuasión se cambia en uno estético de representación. Pero la representación aunque *intuitiva,* no contiene toda la premisa del sentimiento estético; ella debe ser también, esencialmente, *expresiva* de fenómenos síquicos, como lo es la representación artística.

Witasek da una gran importancia a la fantasía en el análisis de la belleza expresiva. "Es verdad, dice, que el representar intuitivamente fenómenos síquicos es cuestión de percepción interior; pero el conjunto de los fenómenos síquicos se puede dividir en dos clases, tales que todo fenómeno que entra en una tiene su reflejo en la segunda; de modo que, en circunstancias dadas, puede hacer sus veces. A la representación perceptiva corresponde una representación de fantasía; a la persuación una ficción, que tiene el mismo objetivo; al sentimiento real un sentimiento de fantasía; al deseo real una deseo de fantasía. Si se debe formar la representación intuitiva de un estado de ánimo cualquiera, que no esté presente, ni pueda existir en el alma del sujeto, la sustituirá el estado de fantasía correspondiente; y mientras la percepción interior se dirija a él, se formará la representación intuitiva requerida". Análoga relación encuentra Witasek entre persuasión y ficción; ésta es un acto síquico especial, aun cuando tenga de común con la persuasión el dirigirse al objetivo. "La ficción es un fenómeno síquico semejante, en todo, al juicio; sólo que deja indiferente la persuasión del sujeto, llegando a encontrarse con éste, fuera del campo del creer y del saber y reduciéndose por decirlo así, a un juicio de fantasía"; si bien persuasión y ficción son capaces de suscitar sentimientos. Witasek observa además, que el factor emocional puro de los *sentimientos suscitados por la ficción,* de estos *sentimientos de fantasía,* es idéntico al de los sentimientos de *realidad,* suscitados por persuasiones o representaciones, aunque la intensidad no sea la misma. "Sin embargo, en complexo difieren esencialmente de los sentimientos reales; porque, como lo hace entender la denominación de sentimientos de fantasía, no producen *placer ni dolor";* diferencia que proviene de las premisas; cuando se trata de sentimientos de realidad, la premisa es una persuasión y se dirije a cosas que existen realmente; pero cuando se trata de sentimientos de imaginación, la premisa es una ficción que no tiene nada que hacer con la realidad.

En la belleza expresiva, por consiguiente, el individuo debe revivir en sí mismo el fenómeno síquico expresado, para gozar estéticamente; pero no es necesario que lo reviva como fenómeno real, lo que es imposible en la mayor parte de casos; sino que basta que lo haga como fenómeno de fantasía y que lo contemple, obteniendo así una representación intuitiva del mismo fenómeno, sin otro correspondiente. Witasek concluye este análisis, afirmando "que es fin del objeto estético, estimular y promover la reproducción del fenómeno síquico, sea ese objeto una obra de arte o un objeto natural".

Witasek se aparta de la estética sicológica de la *Einfühlung*, porque ésta no caracteriza la expresión estética como fenómeno de *fantasía*. La fusión, acuerdo o armonía entre el sujeto que contempla y el objeto contemplado, o sea la *Einfühlung*, tiene una gran importancia en la estética. Witasek lo reconoce; pero "esa fusión consiste en que el sujeto revive, como fenómeno de fantasía, los fenómenos síquicos expresados por el objeto y se los representa intuitivamente. El objeto de esta representación intuitiva se asocia después, mediante una ficción o un juicio, a la percepción del objeto expresivo, de modo que resulta un objeto complejo representado intuitivamente, provisto de cualidades físicas y, al mismo tiempo, de cualidades síquicas". "El acuerdo, la transposición sentimental, la *enestesis* de los fenómenos síquicos, así revividos, consiste en el hecho que el sujeto los representa, en un complexo único, con el objeto físico percibido; en cuyo caso, los fenómenos síquicos y físicos se asocian en el complexo único, en el modo en el que solamente tales complexos se forman. Y lo que en el acuerdo o fusión se ha llamado *Einsfühlung*, debe entenderse en el sentido que el sujeto puede considerar como suyos propios los fenómenos síquicos que proyecta en el objeto".

Ahora bien, para Witasek son los sentimientos de fantasía, como los demás fenómenos fantásticos, los que constituyen el núcleo de la *Einsfühlung*. Pero además de los sentimientos localizados por el sujeto en el objeto expresivo, el objeto estético suscita, muchas veces, en el sujeto sentimientos fantásticos de otro género, que Witasek llama "sentimientos estéticos de cooparticipación", que se distinguen de los anteriores en que no reproducen según la concepción del sujeto la vida síquica del objeto y no son localizados en el objeto, sino que representan la reacción sentimental del sujeto mismo ante el objeto. Mediante ellos se manifiesta la *participación* sentimental del sujeto en el objeto

estético representado. Pero así como los sentimientos de acuerdo, así también, los sentimientos de cooparticipación o de simpatía no pueden formar por sí mismos y directamente, la premisa síquica del placer estético, sino cuando son revividos conscientemente, vistos, intuídos, con el ojo interior". De ahí resulta, que la *simpatía* no puede considerarse como el fenómeno fundamental de la actitud estética, ni identificarse completamente con él, como lo hace la estética de Lipps, por grande que sea la importancia de ese sentimiento en la contemplación y goce estético. Esa importancia, según Witasek, está en que la simpatía forma la base de todos los sentimientos de cooparticipación y, por consiguiente, de una clase entera de factores de placer estético. Si desaparece la simpatía, desaparecen también todos los demás sentimientos. El objeto estético pierde, por consiguiente, mucho; pérdida que no se limita a los sentimientos de cooparticipación, desde que si falta la simpatía, le falta también a la voluntad el más fuerte estímulo para el acuerdo, para la *Einsfühlung*, y desaparece además la *tensión*, elemento de placer estético de gran importancia especialmente en las obras literarias.

Por grande que sea la importancia que Witasek atribuye a los fenómenos de la fantasía, no niega que las escenas reales puedan ser objetos también de contemplación y goce estético, aun cuando eso suceda más dificilmente, a causa de la superior influencia de los sentimientos reales en el alma del sujeto. Sin embargo, en tesis general, dice Witasek, la contemplación estética de sentimientos reales es posible y también se puede demostrar experimentalmente, siempre que la capacidad estética del sujeto le permita dominarlos y hacerlos objeto puro de esa contemplación. Pero en todo caso, ya se trate del estado estético determinado por objetos simples o de objetos de belleza de valor o de belleza interna, la nota común que se observa en la actitud estética del sujeto consiste, en sustancia, en un sentimiento de placer o desplacer, unido a una representación *intuitiva*, de modo que la representación forma la premisa síquica del sentimiento. Los sentimientos estéticos son, pues, ante todo, sentimientos de representación, siendo indiferente que la representación sea derivada de la actividad de los sentidos o de la excitación central, es decir que sea representación perceptiva o representación de fantasía o de memoria, si bien el caso más frecuente es aquel en el que actúan unidas ambas formas, teniendo gran importancia, en el goce estético que producen, la cooperación de representaciones asociadas. La *forma* de un objeto es-

tético es lo que la percepción ofrece u ofrecería, si, aunque no fuese real, estuviese presente sólo en la memoria o en la fantasía; todo lo demás, es decir, todo lo que el sujeto, excitado por la forma, le agrega de propio, con la fantasía, con la reproducción o la percepción interna, para poder gozar un objeto estéticamente, es su *contenido*.

Como las representaciones son complexos de sensaciones, la característica atribuída por Witasek a la actitud estética, comprendería toda la actividad síquica y no habría diferencia alguna entre un sentimiento sensorial cualquiera y uno estético, lo que es opuesto a la experiencia que los distingue radicalmente. Witasek acepta esa distinción, pero la hace consistir en dos aspectos diferentes de la sensación, que denomina el *acto* y el *contenido*. Para los sentimientos estéticos es decisivo el *contenido* de las representaciones, a las que esos sentimientos se asocian; para los sentimientos de sensación, por el contrario, es decisivo el *acto* de la sensación. De allí que los sentimientos estéticos de placer o desplacer son sentimientos agradables o desagradables, para los que la premisa síquica consiste en representaciones intuitivas, en el sentido de que, especialmente su contenido es lo que, en ese caso, actúa como causa determinante de tales sentimientos. La actitud estética es, en sustancia, este sentimiento junto con su premisa. Witasek marca esta diferencia entre el sentimiento de acto y el sentimiento de contenido, demostrando que el primero, que comprende el sentimiento sensorial inferior y el lógico puro, no es accesible a la fantasía; no así el segundo, que entra en la categoría de los sentimientos fantásticos y que se ofrece también en las sensaciones de sentidos superiores. El sentimiento sensorial inferior, en *acto,* no es estético, aun cuando su contemplación como objeto de arte, pueda suscitar un placer estético; porque aquí no se trata ya del placer sensorial inferior, en sí mismo, sino de hacer revivir un estado síquico, cuya representación intuitiva suscita el placer estético; es decir de un sentimiento de contenido representado por la fantasía. Los sentimientos sensoriales reales no permiten la contemplación estética, y por eso, no hay fusión estética de sentimientos de sensación, que no sólo no son placeres estéticos, sino que aún dejan de ser objetos de goce estético.

La incompatibilidad existente entre el sentimiento de *acto* y el *estético,* resulta así de la ineptitud del primero para ser representado por la fantasía, lo que significa, que la fantasía da

a la representación estética su característica esencial. Eso se deduce claramente de todo el análisis anterior y se confirma por el significado que Witasek atribuye a la posición dominante del goce estético. "Si por eso, dice, se entiende hablar de la *libertad*, que se exalta como valor especial del goce estético, se afirma un hecho que se explica fácilmente con nuestra fórmula. La libertad, de la que se entiende hablar aquí, no es otra, ciertamente, que una independencia relativa del que goza y del que crea los objetos del goce, respecto a cosas que son sustraídas, en gran parte, a su dominio, una independencia que deriva del hecho que su actividad se desarrolla en un campo en el cual su voluntad es dominadora, casi absoluta. Y este es el caso, precisamente, cuando el hombre no juzga, sino que representa; porque con el juicio está ligado a la realidad y debe adaptarse a ella; mientras que con la representación, por el contrario, él la tiene en su poder, mediante la fantasía, aunque la realidad no se le ofrezca en la forma apetecida por su voluntad. Además tiene en sí una fuente infinitamente fecunda de placer, puesto que se sabe que el reino de lo representable es infinito. Y por último, disfrutar de esta fuente sólo implica dificultades relativamente pequeñas, siendo por eso posible para muchos y en gran medida".

Esta representación fantástica, que así se asocia a la libertad es la obra creadora de la imaginación, que explica la diferencia radical que Witasek establece entre ciencia y arte y la analogía entre la actividad artística y la de juego como productos de la fantasía. Ella es la que engendra los sentimientos que Witasek denomina fantásticos y en los que hace consistir la característica esencial de la actitud estética pura, a la que se asocian siempre factores extra-estéticos de goce pseudo-estético, que corresponden a valores diversos, lógicos, morales o religiosos, que explican la importancia de la *imitación* y de lo *característico* en el arte, así como la naturaleza de las llamadas categorías estéticas en la estética tradicional.

Sin embargo, Witasek no pretende dar una completa y segura explicación, sino como dice él mismo, una explicación de segundo grado solamente, una semi-explicación. Lo que se propone es determinar las causas de la actitud estética; y como en su concepto, el núcleo de ésta se encuentra en el sentimiento estético, investiga sus causas, ordenándolas para averiguar después si se pueden subordinar a una ley causal más satisfactoria de los fenómenos síquicos. Su método es puramente sicológico,

y por eso rechaza la explicación de Lipps, que encuentra la raíz del placer estético en una enriquecimiento de la vida síquica superior a su medida individual limitada, es decir en la extensión de esa vida a otro yo, en una expansión de la propia personalidad o también en el sentimiento de simpatía, q' Witasek considera como un sentimiento de valor esencialmente diverso del placer de la actitud estética y q' sólo explicaría la belleza del valor. Por lo mismo, rechaza el criterio de armonía o conformidad de lo síquico con lo físico, como el de la unidad y la variedad y el de la ilusión establecido por Lange, para atenerse exclusivamente al método empírico, preconizado por las ciencias de inducción, sin darse cuenta que ese método presupone una idea directriz y que esa idea se encuentra en la facultad de producir representaciones, cuya importancia estética especial declara y que no es otra que la imaginación creadora y libre que caracteriza los "sentimientos fantásticos", por excelencia estéticos, y que, adquiriendo por intuición las representaciones del objeto estético, tiene, como dice Witasek, "la misión de poner en movimiento la disposición verdadera y puramente estética, que hace posible el sentimiento estético".

Hay, pues, una actividad estética en la actitud de contemplación y goce estético, que se debe estudiar como función imaginativa, es decir como actividad libre y creadora, que puede tener por causa o por efecto el goce estético, el cual en su evolución completa, forma un círculo, que nace en ese goce y vuelve a él, después de haber engendrado la obra de arte, o que se inicia en ésta para terminar en una nueva producción artística, sin que sea posible encontrar una explicación más satisfactoria de ese proceso que la expansión libre y creadora del espíritu, que goza con su propia actividad, ya sea en sí, ya en los objetos que le sirven de símbolos expresivos.

La norma del valor estético; mejor dicho el criterio de valuación estética no puede ser, por consiguiente, el criterio tradicional de la armonía clásica, que hace de una relación lógica entre lo vario y lo uno, propia de todo conocimiento, la causa determinante de ese valor, derivando de ella un goce que no es lógico sin embargo, y que tiene su causa en un sentimiento pasivo de libertad, en el sentimiento de no coacción expresado por el equilibrio de las energías humanas, ideal de la vida helénica, en el que el factor racional tiene tánta importancia. No puede ser tampoco criterio de valor el sentimiento de goce estético, cuya cualidad específica no depende simplemente de que es un

goce, sino de la naturaleza especial de la representación fantástica que lo produce. La misma valuación estética produce un goce de esta especie, que no puede convertirse en valuador a su vez. Además por la complejidad de este fenómeno subjetivo y su variabilidad infinita no puede dar origen a una norma, aun cuando se descienda a los sentimientos estéticos elementales, que son los de más vasta extensión. El criterio sería individual y arbitrario siempre. La universalidad del gusto como sentimiento no puede fundarse en la homogeneidad de la naturaleza humana, como creía Kant y repite Witasek; porque esa homogeneidad es puramente ideal y se funda en la actividad cognoscitiva, que no es la más radical en la conciencia. Esa homogeneidad no existe, ni aun en los momentos diversos de una sola conciencia, que en su desarrollo se renueva sin cesar, como afirma Bergson, Pretender encontrar en esa infinita variedad de momentos sentimentales una norma, es lo mismo que pretender la medida síquica de lo heterogéneo.

El criterio de valuación estética sólo puede fundarse en la naturaleza de la imaginación creadora, que es creadora porque es libre, porque expresa la libre expansión del espíritu. La actividad estética, como actividad integral, que comprende la inteligencia, el sentimiento y la voluntad, crea siempre, aun en el estado de pura admiración, porque no es la realidad pura, desnuda de toda vestidura fantástica, la que se admira en las cosas mismas que el arte no ha engendrado; no lo es, ni aun cuando esa realidad es bella con belleza estática; porque aun en este caso, la imaginación identifica su ideal con la realidad y es ese ideal el q' admira así fundido en la realidad. La realidad, entonces, envuelve en su armonía, la expresión estática de la libertad, que el espíritu encuentra hasta en el reposo y que ama en cualquiera de sus expresiones, sin necesidad de definirla, sintiéndola solamente latir bajo alguno de sus infinitos símbolos.

Si en la estética debe existir alguna norma de valuación, ella debe fundarse en la actividad libre, que crea, tanto la emoción estética, como la obra de arte. Dondequiera que esa actividad crea un ideal, allí existe un fenómeno, estético, una obra de la imaginación. El error de los intelectualistas, como de los sentimentalistas, está en ver siempre en el fondo o en la superficie del fenómeno estético, el orden, la armonía, sea de las ideas, sea de los sentimientos, y en considerar como estado típico de la actividad estética el de la contemplación pura, por su carácter desinteresado, por la ausencia de toda finalidad práctica, que le

imprime un aspecto en el cual la voluntad pierde el dinamismo ostensible de las acciones humanas trascendentes y ofrece como dominante el fenómeno de la emoción, determinado por la representación del objeto estético. Se ha creído encontrar en ese estado la forma más simple del fenómeno y, por consiguiente, su elemento esencial, sin reflexionar en que esa es también su forma más atenuada, en la cual la energía de la voluntad, que opera la síntesis síquica de la imaginación, no ejerce su acción creadora en su plenitud y se reduce a una actividad puramente ideal y a una energía de tensión que mantiene esa actividad. Esa restricción de la experiencia estética, no ha permitido comprender que el verdadero estado típico de la actividad estética es el de la creación artística, en que la voluntad libre realiza toda su eficiencia y ofrece el fenómeno estético en su integridad, comprendiendo en su complejidad intensa, vasta y profunda todos los factores estéticos y extra-estéticos, que se funden en la obra artística por el esfuerzo libre y poderoso del genio creador, que es el exponente supremo de la libertad. Sólo estudiando la sicología del genio es posible descubrir con claridad ese principio estético de la voluntad, que Tilgher realza con razón en su "Pragmatismo trascendental", considerando la obra de arte como volición o vida inmediata, como el equivalente exacto de la conciencia, de la actividad pura, de la actividad inmediata, del estado de ánimo, del Yo en su plenitud, que tiende a realizarse en su expansión sin límites. "El espíritu, como sentimiento estético dice Tilgher, es el espíritu encerrado en el límite, pero que no siente y no sabe que es limitado; que no es limitado en sí; es el espíritu que coincide absolutamente con su límite, con su objeto, con su estado de ánimo, es el espíritu como el ánimo que sólo se mueve hacia sí". Esta libertad del espíritu creador se revela con perfecta claridad en la actividad artística solamente; pero se revela a la intuición directa e inmediata y nó al análisis científico, que procede por disolución y eliminación, destruyendo su objeto al intentar conseguirlo. La actividad libre, que crea el arte, y cuyo carácter esencial es la totalidad del espíritu en función, escapa a esa forma lógica del método inventivo, que va de la síntesis real al análisis; porque la síntesis que la constituye, es indisoluble, porque no puede sin perder su carácter estético, descomponerse como se descomponen las asociaciones espaciales, o yuxtaposiciones de fenómenos que la ciencia analiza. La libertad, que supone esa actividad sintética y creadora, se disipa con la descomposición, suprimiendo la expresión vivida que brota de la obra artísti-

ca o que se refugia en el fondo de la emoción estética. Por esa razón la individualidad del genio no admite clasificaciones que destruyen la originalidad de su espíritu y es fundada la opinión de Croce, contraria a la clasificación de las obras artísticas, que presupone la existencia de categorías estéticas semejantes a las lógicas.

"Esa actividad libre, que coincide inmediatamente con su producto, esto es con la imagen singular, esa actividad espiritual que crea y no sabe que crea, pero que se profundiza en el producto de su creación sin elevarse a la conciencia de sí como actividad creadora", como dice Tilgher, al distinguir la espontaneidad de la verdadera libertad, en la que el espíritu se refleja sobre sí mismo, y se afirma como querer puro, en la que se pone como tal, se quiere como actividad y engendra el *deber ser,* en el que la libertad coincide con la necesidad, es la imaginación creadora en su proceso artístico de formación del *ideal,* como un *deber ser,* que, espontánea en su primer momento, es reflexiva cuando identifica el espíritu con el ideal y hace de él un imperativo que confía a la sanción social. Tilgher reconoce que el espíritu es siempre y esencialmente libertad en todo instante de su vida, y si cree que la suprema libertad existe sólo cuando el espíritu se emancipa de la imagen, es porque, como todo moralista, coloca el *deber ser* en el dominio de lo abstracto, para darle los caracteres de necesidad y de universalidad a que aspira la norma moral. La actividad estética, que expresa mediante imágenes, la totalidad de la vida espiritual en una síntesis concreta, que es también un *deber ser;* porque es la exhibición de una vida libre superior; aspira también a la universalidad y es, en su orden, libertad suprema, actividad fundamental, con la que el *deber ser* en el orden moral, no subsistiría como coacción simpática, que conduce a la felicidad; sino como tiranía impuesta por una voluntad extraña y enemiga de la autonomía individual.

La actividad estética es, pues, actividad libre, la más libre de todas las actividades, es actividad imaginativa solamente y es en ese carácter real, demostrado por la experiencia, donde debe buscarse y encontrarse el criterio estético que explique tanto el fenómeno subjetivo de la emoción como el objetivo de la obra artística.

A. O. DEUSTUA.

Tapices viejos

ZAIRA.

A Francisco Moreyra y Paz Soldán.

Allá en el Generalife, donde su niñez temprana
fué canora como el ágil surtidor de una fontana,
la que era alegre hilandera sólo amarguras devana.

Duerme Granada entre flores, quietud y perfumes: lejos,
un laúd gime evocando dulzores de amores viejos.

Silba ya en las enramadas la oropéndola de Junio,
y en el cielo fulge el éxtasis radiante del plenilunio
mientras que Zaíra llora prisionera su infortunio.

En el ajimez altísimo de cuando en cuando se asoma,
y al adorado Gazul, de su vida único aroma,
su corazón angustiado vuela cual una paloma.

Duerme Granada entre flores, quietud y perfumes: lejos,
un laúd gime evocando dulzores de amores viejos.

Es Gazul, canta a Zaíra; y Zaíra, soñadora,
ríe inmóvil escuchándole hasta que apunta la aurora,
Zaíra que, por su amor prisionera, siempre llora.

Ríe inmóvil, mustia, pálida, como si estuviese muerta,
y sólo torna a la vida cuando en su alcoba desierta
de improviso entre los brazos de la aurora se despierta.

Duerme Granada entre flores, quietud y perfumes: lejos,
un laúd gime evocando dulzores de amores viejos.

La noche es azul, la luna tiende su lumbre argentada,
como un tul de dulcedumbre, sobre la vega callada,
que riega el Genil fulgente con su corriente encantada.

Y en el aura embalsamada la canción sube ligera
hacia el amante embeleso de la sultana hechicera,
inclinada bajo el peso de su obscura cabellera.

REJONERO IMPERIAL

A Víctor Andrés Belaúnde.

En palafrén moro que piafa sonoro,
ardiendo entre rútilos paramentos de oro,
el César hispano rejonea un toro:

su brazo, que hiere lleno de arrogancia,
es el brazo augusto, Señor de Numancia,
que hendió la armadura gloriosa de Francia.

Rodean el circo peones y jinetes,
las picas de Flandes, los férreos almetes,
y las alabardas de los lansquenetes;

en grandes tablados, entre seda y flores,
y en los alminares y en los miradores
hierve España entera con sus mil clamores.

El César sonríe mientras muge el bruto.
De pronto, extendiendo su brazo absoluto,
galopa solemne hacia el monstruo hirsuto;

y el monstruo, que inmóvil medita su asalto,
de súbito rompe los aires de un salto.
Magnífico, el César, se yergue y hace alto,

y, firme la diestra que el rejón comporta,
el tremendo empuje del toro soporta
ante el mudo asombro de la España absorta.

Sin mirar el hórrido fulgir del acero,
revuelve la bestia con rugido fiero,
y otra vez se arroja sobre el Caballero;

mas, cuando embistiendo la cerviz humilla,
en el testuz roto siente la cuchilla,
y ante el Rey potente dobla la rodilla.

De sol y de sangre la tierra se baña.
Y el circo retumba gritando la hazaña
con todas las voces feroces de España.

ADAN ESPINOSA SALDAÑA.

José Gálvez

Aun cuando este ensayo, que como conferencia fué leído por su autor en Arequipa, ha sido publicado por la revista forense de esa ciudad, creemos conveniente reproducirlo en "Mercurio", en vista de su importancia histórico-literaria que trasciende del marco de los discursos convencionales y de circunstancias, y que lo hace merecedor de la más vasta difusión que no le da la revista de que lo tomamos.

La avanzada falange doctrinaria de 1856 vió agavillada su obra por los conservadores de 1860. Aunque en la nueva Constitución, que es la vigente y que sólo distínguese por la netidad y justeza de su redacción, perduraron algunos de los liberales principios, el haz fructífero de éstos desapareció, deshecho por un criterio que era entrante en la nesología del pasado. Apenas trascurrieron diez días de que el Congreso dió la Constitución que derribaba a la de 1856, cuando los hombres que alentaban el espíritu de esta última intentaron un acto revolucionario en la misma capital (34): entre ellos estaba Gálvez, al lado de hombres nuevos, como Grau, como Alarco, como Palma, como Candamo. Fracasado el valeroso intento, Gálvez tuvo que tomar otra vez el camino de la proscripción: fué a Europa, viajó por ella, estudió sus legislaciones, se detuvo principalmente en Suiza, cuya vida institucional lo atraía, y regresó a la patria en 1863.

Cuando llegó, ya era finido el gobierno de Castilla, San Román ya dormía el sueño de la muerte y Canseco estaba próximo a entregar el mando supremo a Pezet. Probablemente ya

(34).—La Constitución de 1860 se dió el 13 de noviembre, y el 23 fué el intento subversivo.

también había tocado a nuestras costas, en su primer arribo, la llamada Expedición Científica, que partió de España a los principios de aquel año. Y comenzó a desarrollarse, con sus varias contingencias diplomáticas, tras de las cuales había las trescientas bocas de fuego de la escuadra visitante, la célebre cuestión española, que nunca alcanzará a cohonestar la antigua madre de nuestra raza y que sorprendió al Perú inerme para afrontar la acometida marítima de una potencia. Ocupadas las islas de Chincha a título de reivindicación, con injuria tremenda para el honor nacional, con tajo terrible para la soberanía de la patria, el Gobierno de Pezet, medroso, sin concepto cabal del factor colectivo, planeando ganar tiempo para futura defensa, no se detuvo en patrióticas perplejidades para firmar el tratado ominoso que en la historia se conoce con el nombre de Tratado Vivanco-Pareja. En él, lejos de satisfacerse a la república por la invasión de sus islas, se le hacía reconocerse culpable de ésta, responsable de sus gastos, obligada a indemnizaciones por la guerra de la Independencia. Su propia soberanía, dábase a entender, que era gozada por concesión de España, amén de otras imposiciones vejatorias, como la aceptación de un simple Comisario, el compromiso de un tratado de comercio indeterminado y el saludo mutuo a los pabellones (35). Nada, ante la conciencia del pueblo peruano, alcanzaba a cohonestar pacto semejante, que añadía al ultraje material de la invasión, el ultraje moral de la humillación. Y si ante el primero pudo aguardar a que se desarrolarse el plan del gobierno, ante el segundo su ímpetu se encabritó. El golpe había recibídolo el país en mitad del corazón.

Y fué la voz guerrera de Arequipa la que vibrar hizo la protesta, al levantisco impulso de su hijo, el Coronel Domingo Gamio, asociado, en el lance, a la autoridad política y militar de la plaza Coronel Mariano Ignacio Prado (36). Y la revolución marchó triunfalmente por las serranías de Puno, Cuzco, Apurímac y Ayacucho hacia la capital, donde el personal del gobierno descansaba a favor de las bayonetas de un buen ejército. Y al mismo tiempo la revolución del norte, encendida en sitios distintos, también avanzaba, aunque nó con igual potencia que la del sur, hacia el punto a que los esfuerzos de ambas convergían

---

(35).—El tratado Vivanco-Pareja se celebró en 27 de enero de 1865.

(36).—La revolución de Arequipa fué el 25 de febrero de 1865.

(37). Gálvez, que desde su regreso de Europa vivía consagrado a las labores del foro, nó sin seguir con atenta observación la línea del movimiento político, fué uno de los primeros en tomar las armas: ninguna ocasión justificaba mejor el derecho insurreccional de los pueblos, proclamado por él en los bancos de la enseñanza y en la tribuna sonora de la Convención. Con el grado de Coronel, hizo la campaña en las filas rebeldes del norte, conjuncionadas a la postre con las del sur. Y peleó en la toma de Lima, teatro próximo de la nueva etapa de su grandeza, etapa que, en efecto, se abrió, con el triunfo definitivo de las banderas de la resturación y el encumbramiento de la dictadura, al que contribuyó Gálvez con su decisivo espíritu. El, que en la Convención fué el hombre de la constitucionalidad y de la estrictez democrática, comprendió perfectamente que las circunstancias eran anormales, los momentos supremos, y que el dinamismo de la revolución no podía sufrir paréntesis, sino parar en la guerra, único medio de que las distendidas fuerzas del país se considerasen satisfechas.

Por segunda vez los liberales doctrinarios iban a ocupar el poder: la dictadura se entregó en sus brazos, y sus brazos fueron los que prepararon la victoria del 2 de Mayo. Formó, en efecto, Prado su Gabinete con el personal, surgido entre aquéllos y en el que, al lado de dos antiguos convencionales, se destacaban tres figuras nuevas: José Gálvez, Secretario de Guerra y Marina; Toribio Pacheco, Secretario de Relaciones Exteriores; José María Químper, Secretario de Gobierno; José Simeón Tejeda, Secretario de Justicia, Instrucción y Culto y Manuel Pardo, Secretario de Hacienda. Nunca, en la historia patria, ha brillado en los sillones del Consejo de Ministros una constelación de personalidades más conspicuas, cada una con luz propia, todas descollantes por su saber y patriotismo. Tocóle a José Gálvez, que en ese momento era la personalidad más fuerte, presidirlas, imprimiendo carácter a la actuación de la dictadura, en la que el país había prendido sus esperanzas. Y en esta vez también eran las regiones las que aportaban a las cimas políticas el contingente de sus representativos, al lado de quien, andando los tiempos, había de personificar la arrogancia oligarca de la capital. Y en esta vez también Arequipa, que daba al

(37).—Según el Deán Valdivia. Cajamarca se adhirió a la revolución el 31 de marzo y Hualgayoc el 10 de abril. No hemos encontrado impreso que nos permita precisar en que punto abrazó Gálvez la causa.

Gabinete la flor de sus inteligencias liberales, se juntaba a Cajamarca, que daba a la dictadura su verdadero hombre. Y, en dictadura y gabinete, tocó a dos ilustres hijos de ambas históricas ciudades polarizar la cuestión que mantenía en vilo a la América, recelosa por su seguridad soberana: Pacheco, en el campo de la diplomacia, donde su intelecto fué astro en el cenit, y Gálvez, en el campo de la lucha armada, donde su voluntad fué organización y su sacrificio fué apoteosis.

La dictadura declaró la guerra a España: no había otro medio de reparar el ultraje del 14 de abril de 1864 (38) ni de lavar la mancha del tratado Vivanco-Pareja. Período bélico éste, en el que a Gálvez, en quien tan fuerte era el imperativo categórico del civismo, le tocó ser la acción. Su actividad, su firmeza, su reciedumbre llenáronlo todo. Fué, hemos dicho, el verdadero hombre de la dictadura. Sin él, sus compañeros habrían sido inteligencias radiosas en una atmósfera que necesitaba el rayo. Sin él, el joven militar, improvisado dictador, habría sido mera figura decorativa, falta de la férrea consistencia del histórico instante (39). Sin él, quizá la defensa no se habría puesto tan pronto en pie, sujetando a orden a todos los factores, todavía con la vibración voluntariosa de la revuelta en que acababan de actuar, y aprovechando de los elementos bélicos que encontró en plaza, de los que él mismo acarreó en Chile para la revolución de los pueblos (40) y de los que, dentro de su plan, pidió Pezet al viejo mundo. Con razón se le ha llamado "la figura de más relieve" (41), nó porque fuera la de cerebro más potente, ya que todos en el Gabinete inmortal eran cerebros culminantes, sino porque fué la de carácter más completo, la que tuvo lo que faltóle al Perú en las horas negras de su tragedia suprema, cuan-

---

(38).—Fecha de la ocupación de las islas de Chincha.

(39).—"La admiración por el coronel doctor—escribe Melo en su "Historia de la Marina del Perú" (pág. 6)—iba hasta el extremo de suponer que era suya (de Gálvez) la aureola prestigiosa que resplandecía en la frente del joven dictador." "Espuma de cerveza, espuma de cerveza", cuentan que decía de éste el General Castilla. Y la guerra del Pacífico nos reveló cuál era su valer intrínseco.

(40).—"En Chile era bien conocida la parte eficaz que tuvo este personaje (Gálvez) para obtener material de guerra con destino a esa revolución, lo cual afianza más su rol en la dictadura". Rosendo Melo, ob. cit.

(41).—Melo, ob. cit. pág. 5.

do por el escenario de su vida pública pasaron tántas "figuras sin consistencia de hombre" (42).

"La presidencia del Gabinete, en aquellas circunstancias, en manos de Gálvez—dice anónimo escritor—representaba todos los anhelos. Su eminente personalidad, una de las de más relieve y prestigio en el Perú, adquiría en el Gobierno singular importancia. El había sido, en épocas pasadas, alma de trascendentales reacciones doctrinarias; con su pluma y con su verbo; con su influencia fervorosa, insigne e iluminada, había marcado en la cátedra científica, en la tribuna parlamentaria, en la prensa y en el libro, sendas e ideas nuevas a la patria" (43). "Hombre de acción, de energía, de convencimientos radicales,—escribe Melo—había pospuesto, en más de una ocasión, los halagos de la molicie al servicio activo de sus convicciones políticas. En busca de la actuación dirigente de sus ideales, colaboró en la obra de levantar y demoler gobiernos, obra inevitable en el período de fermentación cívica que en unos pueblos se prolonga más que en otros....Reservado, grave, con esa apariencia del filósofo griego o del togado romano; esfumaba su rostro una espesa barba negra, sobre la cual ardían dos pupilas, negras también, con el fuego concentrado, vívido, que es la característica de esas voluntades de acero que aspiran, sin decirlo, a controlarlo todo." (44). Plásticamente, a través de estas líneas, destella la moral fortitud de Gálvez.

Desde el día de la declaratoria de guerra, hasta el día en que los cañones tronaron en el Callao, Gálvez fué un dinamo de actividad, de energía, de patriotismo. Mientras Pacheco, serena y luminosamente, exponía a las cancillerías los derechos del Perú en notas que son modelo (45) y ataba, en pactos de alianza, la fraternidad con Bolivia, Ecuador y Chile; mientras Pardo dictaba medidas que repusiesen la hacienda pública y pronta la tuviesen para prestar, en cualquier momento, a la defensa nacional el nervio de la guerra: dinero; mientras Químper preocupábase de regular la vida interna del país, resentida por el estado del ánimo colectivo, por las arbitrariedades del anterior Gobierno y por la propia revolución; y mientras Tejeda,

---

(42).—Frase de González Prada en el discurso en el Politeama, involucrado en "Páginas libres".

(43).—"Dos de mayo" ob. cit. pág.

(44).—Melo, ob. cit. pág. 5.

(45).—Diccionario Enciclopédico Hispano-americano, art. Pacheco (Toribio).

ponderado siempre, desplegaba celo para que la instrucción no apagase su luz en las horas de zozobra que atravesaba la nacionalidad; Gálvez, poniendo en ejercicio su talento y su voluntad, la calidez de su patriotismo y la rectitud de sus convicciones, su influencia fervorosa y su inflexibilidad de hierro, organizaba las tropas que había colectado la revolución; extendía sus cuidados a la escuadra, que era endeble ante el volumen de los buques enemigos; y concentraba toda su prolijidad en la fortificación de nuestro primer puerto desmantelado. La proyección de su carácter caía sobre todos, haciendo que todos sirviesen de consuno, como las piezas de un reloj humano, al fin nacional, y ni en las horas que la naturaleza dedica al sueño dejaba su espíritu de alzarse como lámpara vigilante sobre las tinieblas que arropaban el porvenir de la patria. "En los días corridos desde el arribo del *Chalaco* al Callao hasta su salida para Guayaquil—consigna el historiador de nuestra marina y testigo presencial de la sobria escena (46)—muchas noches abordó el trasporte una falúa de doce remos, cuyos tripulantes guardaban tan rígida compostura que no se oía ni una palabra inútil, ni otro ruido que el de los remos en el agua y las órdenes breves del oficial que la mandaba. Al lado de éste, envuelto en amplio abrigo, muda, rígida, se veía una persona inmóvil, en quien pocos hubieran sospechado al doctor coronel José Gálvez, secretario de guerra y marina, que personalmente rondaba las naves de guerra."

Por fin, tras el combate de Abtao, en que la escuadra enemiga fué burlada, tras el bloqueo de Valparaíso indefenso, en que no hubo leve gesto de resistencia, una mañana, la del 2 de Mayo de 1866, las poderosas naves españolas se presentaron frente al Callao, entre las gasas de la neblina, evanescente chal de la alborada, que se deshacía a los primeros rayos de Febo. Gálvez estaba en la torre de la Merced sita entre las fortalezas sur. Cercano a las doce era el día, cuando avanzaron aquellas naves en dos líneas divergentes y una central. "Señores, a sus puestos", fué la seca voz de mando del Ministro de Guerra. La "Numancia", la "Blanca" y la "Resolución" iban a vomitar sus fuegos contra las fortalezas meridionales; la "Berenguela y la "Villa de Madrid" contra las fortalezas septentrionales; y la "Almanza" y la "Vencedora" contra nuestros barcos y la población, que encontrábase empavesada. Orden había de no soltar disparo

(46) —Melo, ob. cit.

mientras la escuadra española no lo dirigiese, iniciando la acción. Penetró, pues, aquélla bastante en la bahía, hasta punto que distinguíanse los adversarios y percibían sus voces, mútuamente. Coronel—dijo alguien a Gálvez—está la Numancia a tiro. ¿Rompo el fuego? No—contestó aquél.—Justifiquemos nuestra causa (47).Y en tal instante, como cumpliendo el designio del prócer peruano, sonó el primer cañonazo dirigido por la nave indicada, que era la capitana, contra la torre de Santa Rosa. Y respondió inmediatamente la torre de la Merced, generalizándose el fuego, al estallido de un compacto *¡viva el Perú!* y al despliegue simultáneo del pabellón nacional. Cuéntase que Gálvez, que, desde minutos antes, contemplaba el espectáculo "con los brazos cruzados, descubierta al enemigo la amenazante figura de romano estoico" (48), dijo reposadamente al partir el primer proyectil: ¡Españoles! ahí os devolvemos el tratado del 27 de enero.

La torre de la Merced, a las órdenes del Comandante de Ingenieros Cornelio Borda, estaba artillada con dos cañones Armstrong, cuyos proyectiles eran de tres quintales cada uno. Gálvez, desde ella, dirigía el combate, siguiendo todas las peripecias de la lucha. Cerca, hacia la izquierda, estaba aquel ingeniero, amigo del Perú (49), y el jefe de la batería coronel Enrique Montes. Poco más allá, al pié de la escala, ocupaban su puesto el teniente Abel Galíndez y el alférez de fragata Juan Antonio Villamar, dos jovenzuelos entusiastas y heroicos. Consigna un testigo presencial (50) que, al ocupar el primero el sitio que le correspondía, exclamó, con el júbilo de su edad, levantando en alto un saquete de pólvora: aquí, hasta la muerte, y que entonces le contestó Villamar, con el mismo gesto y levantando en alto otro saquete: aquí, hasta la gloria. Algunos voluntarios, ganosos de combatir, habían acudido a la torre del comando, como a las otras, desde los primeros momentos de la acción. Cuando algún proyectil caía o alguna bomba estallaba, oíanse sonoros vítores, lanzados con honda emoción patriótica. Sólo uno de los armstrong funcionaba ya: el otro muy al principio de la pelea

---

(47).—"Dos de Mayo" ob. cit. pg. 40 Discurso del General Norberto Eléspuru, que fué quien interrogó a Gálvez, pues estuvo en la torre de la Merced, en clase de capitán.

(48).—"Dos de Mayo" ob. cit. pg. XXXIV, narración anónima del combate.

(49).—Borda era colombiano.

(50).—Disc. cit. de Eléspuru, de cuya oración tomamos los datos de este acápite.

sufrió entorpecimiento. Barrido por el fuego enemigo uno de los bravos que prestaba sus servicios al cañón, se llamó, en su reemplazo a otro, y apresuróse a presentarse el teniente coronel mejicano Zubiría. Más, el joven bombero Antonio Alarco, que ostentaba la vestimenta roja y blanca de la institución, le salió al paso, diciéndole denodadamente; yo soy peruano; a mí me toca. Subió, en efecto, y cuando mejor cumplía su deber cargando la única pieza que vomitaba muerte, un proyectil ibero tronchó su noble ser. Avanzó entonces Zubiría, poco antes de la tremenda explosión, en la que fué aquél víctima de graves quemaduras. Muertos y heridos habían en el recinto de la fortaleza. Y escenas análogas, como dramáticos y heroicos motivos para romances de la casta, sucedíanse en los otros torreones, nimbados también por el halo de la patria. Y Gálvez, en el de la Merced, estoico como siempre, imperativos los ojos bajo el ceño adusto, continuaba regulando el combate, que mal iba para la escuadra agresora, y continuaba abarcando, con su mirada intensa, la bahía, donde el fogonazo y la pólvora eran la decoración de Marte en los dominios de Eolo y de Neptuno.

Ya el prócer había tenido la satisfacción de ver a la poderosa nave capitana, averiada por certeros cañonazos (51) de los fortines del sur, interrumpir por un cuarto de hora sus nutridos fuegos y llamar en su refuerzo a la "Almanza" que desempeñaba bélico papel contra los fortines del norte. Ya había tenido la satisfacción de ver que la "Villa de Madrid" quedaba fuera de combate y que, remolcada por la corbeta "Vencedora", se retiraba hacia la isla de San Lorenzo. Ya iba a tener la satisfacción de ver que la "Berenguela" incendiada por una bomba, seguía el mismo camino, cuando súbita explosión, dominadora de todos los fragores de la liza, destrozando torre y defensores, lo lanzó, en medio de fulgurosa columna de humo, al espacio, hacia el azur, donde irradiaba el sol de Manco, el mismo que vió, en tierra cajamarquina y por españoles, el suplicio de Atahualpa. Eran las doce y media diurnas. Una chispa de los Armstrong de la misma torre de la Merced o una bomba venida de la Blanca (52) ha-

(51).—Según Melo, un proyectil pasó sobre el ramp, otro cayó bajo la línea de flotación y dos sobre el alcázar.

(52).—A la primera causa atribuye Melo la explosión y a la segunda el autor de la narración anónima ya citada. Dice éste que una bomba, rozante al borde superior del parapeto, rebotó y cayó sobre los saquetes de pólvora y, cuando estaba ya detenida en tal sitio, estalló, inflamando a la vez todos aquéllos.

bía incendiado y hecho estallar trescientas quince libras de pólvora de cañón, depositadas en el recinto intermedio entre ambas piezas. Horrísono fué el estampido. Gálvez, así, épicamente, como Ricahurte, sucumbió, similando su muerte glorífica apoteosis, por el nublo de incienso arrebolado que, atorbellinándose, se alzó a los aires conmovidos; por las salvas fragorosas de la artillería en incesante duelo; por las salmodias del océano con repercusión de aplausos mitológicos; por el espectáculo todo del combate, en el que la nación más heroica del otro continente probaba el esfuerzo del vástago en que más se sintió y remiró. ¡Sublime muerte la de Gálvez, que parece dispuesta, por el shaksperiano dramaturgo del destino, como supremo desenlace, digno de su raza enérgica, de su psicología recia, de su carácter dinámico, de su pasión firme, de su vida excelentemente combativa! (53).

Por más de cuatro horas aún se prolongó la batalla de fortalezas y navíos, batalla que era una justa entre dos adalides, con la misma sangre ambos, golpeante en las venas del uno y del otro, como en las del esforzado caballero don Quijote. Y por fin la "Numancia," la "Blanca", la "Almanza", y la "Resolución", mudos ya sus cañones, averiados sus volúmenes navales, arrancaron también, cuando la tarde declinaba, hacia la isla de San Lorenzo, refugio que evitó que la superficie ilímite del océano viera la catástrofe de algunas de esas naos. Mientras tanto, el retumbo de nuestros cañones continuaba estremeciendo el espacio, como si, por sobre los rumores de la gran estrofa de marina, "proclamase la victoria y el dominio del sitio de la batalla" (54). Fué, pues, la inmolación sublime de Gálvez, como el épico saludo al próximo triunfo, ya urdido en los pliegues que iba a extender la historia. Fué como el voto fulminante al porvenir de la América, cuyas actas de independencia, escritas con sangre de héroes, necesitaban de la refrendación del Perú, el pueblo de Túpac Amaru y Cahuide, de los Angulos y Zela. Fué como la subrayación emersoniana de la progenie, retoño hispano en suelo del Tahuantinsuyo, con jugos de éste mezclados a la savia, y

---

(53).—Perecieron, además de Alarco, junto con Gálvez, estos combatientes: Coronel Enrique Montes, Ingeniero Cornelio Borda, Sargento Mayor Juan J. Salcedo, Capitán Dionisio Cortés, teniente Florencio Olazo, Subteniente Abel Galíndez, Alférez de Fragata Juan A. Villamar, Cabo de matrícula Miguel Huambachano, ciudadano Timoteo Neira y dos paisanos cuyo nombre se ignora.

(54).—Diccionario Enciclopédico Hispano Americano.

que, por la consistencia cívica, la sobriedad del personal modo de ser y la grandeza del holocausto, no tuvo otra subrayación semejante sino en el "Huáscar" con Grau, aventado, cual Gálvez, en heroicos fragmentos, y en el Morro, con Bolognesi, homéricamente sacrificado quemando el postrer cartucho.

¡El Callao! ¡Angamos! ¡Arica! ¡Gálvez! ¡Grau¡ ¡Bolognesi! Escenarios épicos de nuestra historia aquéllos son. Cúlmenes del peruano heroísmo son éstos. Y ¡ay! al recordar la gloria del 2 de Mayo y recordar a Gálvez en su centenario, sólo una sombra enluta el alma nacional: darse cuenta de que con la muerte de Gálvez perdió el Perú un hombre, un superhombre, de molde excepcional en el linaje. Fulgente y ceñuda fué la estrella del luchador por ideales. Por segunda vez avanzó, con sus hermanos en doctrinas, al foro de la vida política, por primera vez llegó al poder de la república, y la Parca, aunque en siega de heroísmo, tronchó su personalidad, cabalmente en el instante histórico en que ella, con supremacía de astro que culmina, imponíase a la conciencia del país totalizado. No le fué dado, porque la tumba se interpuso, realizar, en consorcio con sus compañeros de Gabinete, cuando las horas de la paz sucedieron a las del conflicto y la victoria, otro esfuerzo por involucrar en la constitucionalidad del Estado sus avanzadas ideas democráticas, plenas de liberalismo. Seguramente éstas, que, en algún momento, después de la muerte de Gálvez, tendieron a encontrar cumbre en Ureta (55), habrían hecho de él la fuerte figura que, sin desequilibrios, juglarerías, democracia insincera y conservantismos pierolescos, se enfrentara a la arrogante modalidad oligarca que, al fin, por determinismos históricos, personificó Pardo. Y seguramente también el liberalismo doctrinario y político, que, desde entonces acá, no ha tenido sino la flameación de Quimper y la lumbarada de Gonzalez Prada, propagandista aquél, casi apóstol éste, teorizantes ambos, habría contado con un hombrón de voluntad, a la vez que de idea de voluntad completamente organizada para la acción afirmativa, incontrastable, abridora de paso y constructora sobre la propia realidad. Dicen que Gálvez era recio de condición y que hubiera sido doctador: esto mismo indica su fuerza volitiva personal, y, desde luego, quienes tal dicen andan menos descaminados que aquellos que suspiran porque Salaverry no sobreviviera para ser la mano de

(55).—Se recordará que Ureta figuró por dos veces como candidato a la Presidencia de la República.

hierro de este país, confundiendo la mano fuerte que disciplina y organiza dentro de un plan político con la mano sanguinaria que, sin norte ideal, se esgrime por solo vesánico impulso.

Y la sombra que, al recordar a Gálvez, enluta el alma nacional, se enfusquece si, midiendo su figura, se reflexiona que ella nos faltó en la guerra del Pacífico. "Cuando el bloqueo del Callao por los chilenos en 1880—escribe el historiógrafo Melo (56) —el estado de las fortificaciones y artillería era el mismo que había improvisado Gálvez en 1866". ¡Cuán graves meditaciones se agolpan al rededor de esta triste observación y de la grandiosa memoria del inolvidado prócer! Catorce años vividos en la desentendencia de que el corvo se afilaba en los hitos de Atacama.....Más, no enlobrezcamos esta fiesta, donde se desparrama la gloria de aquel prócer, hermano de Grau, hermano de Bolognesi, como ellos austero, como ellos sobrio, como ellos buen ciudadano, como ellos dispuesto a la abnegación de la vida en los brazos de la muerte, por sus principios, por el deber, por el derecho, por la nación suya, por su patria. Y, ahuyentando dejos de dolor, acumulemos lauros sobre su recuerdo y saludemos a sus manes en su progenie, representada aquí por el nieto (57), vástago de aquel otro héroe de la guerra del Pacífico que, sintiendo su corazón lleno de la misma grandeza que el de su genitor y sobre las mismas aguas del Callao que contemplaron la inmortalización del padre glorioso, realizó, en consorcio con aquel bravo arequipeño que se llamó Manuel Ugarte, hazaña que, como a su genitor también, lo lanzó, entre el humo de una explosión, a los brazos de la gloria, aunque no de la muerte, que se inclinó sólo a besar la frente de su compañero Ugarte.

No otro propósito ha tenido esta conferencia que poner en relieve la acción intelectual de Gálvez, que para el mayor núme-

---

(56).—Melo ob. cit.

(57).—El señor Enrique José Gálvez, distinguido ingeniero que presta sus servicios profesionales a la Empresa Eléctrica. Es nieto del prócer del 2 de Mayo por ser hijo de José Gálvez, el vástago que en 1880, durante el bloqueo del Callao por la escuadra chilena, rondando nocturnamente en la lancha Independencia, aplicó, con Ugarte, un torpedo a una lancha enemiga, torpedo que fué arrojado por el impulso forzudo de aquél y sobre el que Gálvez, para que estallara más pronto, disparó su revólver.

ro permanece desconocida, ora porque el desmemoramiento histórico es un mal nacional u ora porque la fulguración del héroe la haya dejado en la sombra. Actuación, no sólo de homenaje, sino de justicia es, pues, la presente (58). El Gálvez el agitador de ideas fué tan grande como el patriota, y el ciudadano tan épico como el militar. Y es menester que las generaciones contemplen su personalidad en su múltiple faz, que en ella, bajo la inspiración que de su vida brota, como el claror de un foco luminar, encuentren poderosa sugestión de energía en las horas de la paz y en las horas de la guerra, en el ejercicio del derecho y en el cumplimiento del deber, en la vida de las ideas y en el campo volitivo de la acción. Gálvez es un modelo nacional, debe de serlo, para el hombre público y para el simple ciudadano. Como él, que ha sido llamado el "hombre del porvenir", hay que tener actitud vertical, pensamiento orientado hacia el bien común, ecuación entre los ideales y la conducta, actividad insólita por la grandeza del país, espíritu de lucha contra todo lo malo y espíritu de sacrificio en la hora de la prueba, fe en el propio esfuerzo, deseo invencible de ir hacia adelante, cariño por la democracia, principios, energía, honradez, patriotismo, sentimientos cívicos y nacionales en suma, que contagien, arrollen o aplasten a todos los derrotistas, ora se llamen escépticos, ora pesimistas, ora egoístas, ora simplemente necios, manadas, hoy, de porcina condición, chapoteantes en el fangal oscuro de nuestra crisis; pero ignaras de que los cataclismicos fangales suelen formar el futuro terreno de aluvión.

Y en ningún instante de su historia se encontró el Perú más necesitado de un civismo puro y fuerte, de un nacionalismo íntimo y cálido, como los de Gálvez, que en el instante actual, en que todos los pueblos se aprestan a hacer su reconstitución institucional y jurídica y en que todas las naciones se apresuran a invocar la suprema justicia. Hoy, como nunca, cabe el mismo programa que escribió Arequipa, en sus banderas, cuando, arma al brazo, se alzó encaminando a los pueblos por la senda que condujo a la república a la gloria del 2 de Mayo. Restauración del honor nacional y reorganización interior, fueron los dos

---

(58).—En el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano no se ha dedicado artículo a Gálvez. Este tiene un modesto monumento en el Callao y otro en Cajamar. Contribuyó en no poca parte a la postergación de la figura de Gálvez el afán de exaltar la del dictador, que disponía de las ventajas del poder.

únicos artículos de ese programa (56), que hicieron suyo las insignes personalidades del Gabinete histórico. Estas, conforme a los ideales de la época, pugnaron, como en 1856, por dar forma doctrinaria a la ansiada reorganización en diversas leyes, que revelan su democrática intención, y en la Carta Fundamental de 1857. Y cualquiera que haya sido el resultado del esfuerzo, el esfuerzo se hizo, y en ello está el mérito salvador de una generación, porque con el esfuerzo reveló personalidad, voluntad, potencia. Nosotros, para la reorganización peruana, no sólo en la ley, sino en la áspera realidad, tenemos encima la lección tremenda de la derrota, gravitante lección de cosas que para los pueblos que no son degenerados ni anodinos debe de significar más experiencia que siglos de bienandanza. Aprovechémosla. Y si hasta el centenario de nuestra emancipación política nada hemos logrado de esa experiencia terriblezca, a la que súmase toda la del Perú en su actuación secular como estado autónomo; si hasta entonces de nada nos ha servido ella para revisar la vida de la nación como república y como patria y rehacerla con la austeridad y grandeza que el infortunio de la guerra en que fuimos el pueblo vencido nos reclama; cubrámonos de vergüenza y no digamos, no, que tuvimos próceres que, como Gálvez, nos señalaron con el dedo la realización de la magna obra y nos enseñaron con el ejemplo el arduo camino para llevarla abnegadamente a cabo, como deben de llevarla a cabo los pueblos que sintieron en sus entrañas el hierro de la invasión.

Y en cuanto al honor nacional, si en 1866 el Perú tuvo que romper con el plomo de la reparación decisiva un tratado en que al armiño de aquel honor se le vulneraba sólo con la imposición de satisfacciones indebidas y de indemnización injustas, ahora tiene clavado, por el corvo, sobre el corazón sangrante, otro tratado en el que la espada de Breno dejó mutilada a la patria, cercenándole la porción que era el cofre de su territorio y aherrojándole dos provincias, empurpuradas con la sangre de los héroes. Y ese otro tratado, más tarde o más temprano, debe desclavárselo de sobre el herido pecho y rasgarlo con la punta sangrienta del acero de la revancha, de ese acero que ha sublimado la mano del pueblo francés y que no es sino una forma de la espada de la justicia. Por felicidad, en medio de la desolación en que la derrota dejó al alma nacional, ésta no se ha des-

(56).—Acta de la revolución de Arequipa, publicada n el No. 16 de "El Derecho".

provisto del sentimiento que la impele a ir, a través de la volubilidad de las épocas, a la reparación justiciera: como en las tierras en que más implacable se mostró la cólera de la naturaleza, le ha brotado, en medio de esa desolación, de entre la trágica grieta de su dolor, un cactus sombrío, huraño, ríspido, cuyos agrios aguijones se tornarán, en algún día, en las espadas de la reinvindicación y del castigo.

(Continuará)

De la lejana Thule

De Dante Gabriel Rossetti.
(1828-1882)

LA UNICA ESPERANZA

Cuando el vano deseo con el vano anhelar
juntos van, de la mano, al fin ineluctable,
¿qué nos mitigará la pena inolvidable?
Todo lo inolvidable, ¿qué nos lo hará olvidar?

¿Será la Paz sepulta fuente dura de hallar
o puede, a un tiempo, el alma en la campiña amable
empaparse en el chorro de vida deleitable
y, un dón florido y húmedo de rocío, clamar?

Más si el alma abatida, en dorada penumbra
que a ornada flor envuelve, con avidez vislumbra
el regalo sin nombre de una gracia innombrable,

¡ah! no dejéis entonces que nada extraño llegue;
que sólo la Esperanza en plenitud se entregue
y allí tan sólo reine su voz, imperdurable.

MARIANO BRULL.

De Guillermo Wordsworth.
(1770-1850)

LUCIA GRAY

Oí tántas historias de Lucía
Que, cuando atravesaba la llanura,
Creía ver, al despuntar el día,
La errante criatura.

Ni amiga conoció ni compañera,
Huéspeda sola de la landa llana,
La doncella más dulce que creciera
Cabe vivienda humana.

Al ciervo triscador véis todavía
Y al lebrato en los céspedes fugaz,
Pero el rostro inefable de Lucía
No lo veréis ya más.

"De borrasca la tarde da vislumbres",
Dijo el padre, "ve presto a la ciudad;
Pero lleva un farol para que alumbres
A tu madre en la densa obscuridad".

"Padre, lo haré, "responde," muy gustosa;
Pero la tarde empieza, por fortuna;
Vibra las dos la esquila religiosa
Y aun baja está la luna."

Con esto, el viejo recogió, su horquilla,
Enganchó un haz de leña,
Y empezó a trabajar, y la chiquilla
Cogió el farol, y se marchó, risueña.

No trisca tan alegre y caprichosa
La cierva montaraz por la pineda
Cual Lucía en la nieve polvorosa
Que flota como pálida humareda.

Pues rompió la borrasca, repentina,
Y extraviada en la obscura soledad,
Ella subió colina tras colina,
Pero no llegó nunca a la ciudad.

Sus padres afligidos, toda aquella
Noche fueron llamándola doquier,
Más no escucharon voz ni vieron huella
Que les diera su rumbo a conocer,

Pararon, al rayar la luz primera,
En un repecho que oteaba el llano,
Y avistaron el puente de madera,
De su granja cercano.

Y al regresar, llorando, en sus querellas
Decían: "¡Adiós, ángel! ¡Hasta el Cielo!"
Cuando la madre divisó las huellas
De los pies de Lucía sobre el hielo.

Y tras los piececitos peregrinos
Desde el sendero abrupto y escarpado,
Cruzando un roto valladar de espinos,
Siguieron hasta el muro del cercado.

Y atravesaron luego una pradera
Tras de las mismas huellas, tenazmente,
Sin que la vista un punto las perdiera,
Hasta llegar al puente.

Allí los piececitos hechiceros
Dejaron sus señales, una a una,
Del borde hasta mitad de los maderos,
¡Y más allá, ninguna!....

Mas la conseja diz que todavía
Vive la solitaria criatura,
Vaga la dulce y cándida Lucía
Por la agreste llanura.

Huella, fugaz, la soledad bucólica
Sin mirar a quien va en su seguimiento,
Y canta una balada melancólica
Que suspira en el viento.

MANUEL BELTROY.

"Bajo el clamor de las Sirenas"

Con este nombre ha publicado Ventura García Calderón un nuevo libro. Lo forman veintitántas crónicas que vieron la luz en revistas de las cosmópolis más en contacto con nosotros: Buenos Aires y Madrid, París, Habana y Nueva York.

El libro es de pequeñas dimensiones; y en su carátula cierto artista hácenos *escuchar* "el clamor de las sirenas" bajo el azul de Francia, como exclamando con el inmortal Rouget de l'Isle y a los compases del clavicordio del barón Fritz de Dietrich:*"le jour de gloire est arrivé....."*

A guisa de prólogo, publícase una vez más, el estudio que sobre Ventura escribió hace un decenio, el gran cronista Gómez Carrillo. Trae también este volumen de 176 páginas un retrato, obra de P. E. Vibert, que viene a aumentar la iconografía de mi ovante compatriota. La edición corresponde, según infiero, a una serie de libros que irá publicando la empresa de *América Latina.*

No cabría dar, ciertamente, el nombre de *crónicas* a los artículos que forman este tomo. Son, como lo insinuara un talentoso literato: poemas, música, pero divina música, esa música rubeniana que tan necesaria conceptuamos los escritores de la época, para realizar la obra de arte y conseguir el ideal perseguido por Anatole France, haciendo que se olvide que empleamos palabras. Ventura va más allá, mucho más, pues nos sorprende con la forma sinfónica de su estilo inconsútil, diciéndonos en síntesis admirables un mundo de cosas, y trayéndonos un eco, entre cierto y misterioso, de la hecatombe horrible que ha asolado a los países europeos durante cuatro inacabables años de liza bélica.

Este portentoso escritor, que día tras día va cobrando mayor prestigio, hasta ser hoy uno de los más altos monarcas de

las letras castellanas y uno de los que como Rubén está dando a la lengua sones inauditos y matices no columbrados antes de ahora, nos cuenta en frase alada y vibrátil,—vibrátil como hélice de avión en movimiento,—algo de los dolores y angustias de París en los días intranquilos; de las magnificencias habidas cabe el Sena en las horas de apoteosis; de los cambios bruscos operados en la orientación de escritores que parecían vivir su vida, ondulante o rectilínea, pero siempre una y única, sin claudicar en lo menor....Preséntanos a ese infeliz Guillermo de Hohenzollern cuando, descoronado por su pueblo y sintiendo sobre sí la maldición de Nietzsche, marchaba cogitabundo al exilio, en tierras de la reina hermosa, de Guillermina, su caritativa colombroña.....¡Cogitabundo él, púgil antiguo, literato excelso, paradigma de pintores, músico capaz de un nuevo *Rienzi,* guerrero, homérida.....! ¡El, que nos hizo comprender que si hubo un *Imperator* y "grande artista" que ofreció a los primeros cristianos el espectáculo sublime del incendio de Roma, también en el ventievo había otro *Imperator* y "grande artista" que perpetró el incendio y pulverización de Bélgica.....!

En estas páginas de *Bajo el clamor de las sirenas,* nos refiera Ventura cómo palpitaba el alma española en los tiempos recientemente idos, cuando "los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia.....", asomaban la punta de sus cañones retumbantes por la Champagne; y enuméranos los cotidianos que aplaudían las noticias mendaces del *Hamburger Nachrichten,* creyendo, acaso, que todo pasaría a aquel "permanente escándalo" como alguna vez llamó a la Historia el autor de la *Vida de Jesús.* Y se mezclan y confunden en el libro otras páginas que hablan de conversiones; de la ética nueva que habrá de observar, si persiste en ello, la clásica *midinette* redimida; de "la literatura de pasado mañana" preñada de sorpresas que habremos de aguardar con el cuello estirado; de la trágica muerte de Ver haeren; de la resonante obrita *Le Feu,* escrita nó bajo el clamor de las sirenas sino de la metralla, y que mereció el premio y el aplauso de la academia Goncourt; de la alianza de los sexos, consagrada por un *poilu* hierático en los hospitales de sangre; de aquella originalísima empresa conductora o vehículo de cartas amorosas que llegaban a las trincheras, embalsamando al sitibundo vengador de Sedán; del homenaje tributado—por iniciativa de García Calderón,—al Quijote, en plenos campos de la lucha; de la incorporación de Joffre a la academia de los inmortales, a aquel instituto "sólo para hombres", que niégase a abrir

de par en par sus puertas para que la condesita rumana de Noailles recite sus poemas primorosos bajo la bóveda que escuchó a Hugo; del tributo ofrendado a Paul Verlaine—"el hermano trágico de Villon"—por doscientos escritores en el Jardín del Luxemburgo cierto día de "cielos de medias tintas—el cielo que él amaba",—cierto día "de sol decrépito sobre los árboles sin nidos".....Y siguen desfilando por el lienzo los *motivos* de la sin par película: la *Marsellesa* viva, Marthe Chenal, "vertiendo heroísmos al corazón de los ciudadanos como en el verso de Baudelaire"; los doctrinarios del odio, enfrentándose a los perdones apresurados y a las generosidades suicidas; el comentario elegantísimo hecho en torno al ingreso de los británicos en la Meca cristiana; las impresiones recibidas en Brujas, una tarde que el cronista anduvo por la arrasada tierra; "la paradoja de Barrés"; el artículo sobre las vaticinadoras.... y la hermosísima crónica publicada en *América Latina* y en el número dedicado a conmemorar el triunfo de Francia, que lleva por nombre el grito del Canto del Ejército del Rhin: "*Le Jour de Gloire est Arrivé.*"

Se trata de un libro delicioso. De un libro que se lee con curiosidad e interés crecientes, pues no excita ni un instante la fatiga. Libro de crónicas,—hay que llamarlas así—de crónicas de la guerra, de crónicas melodiosas, preñadas de murmullos, en las que aparece Ventura como un grande espíritu, comprensivo del alma incomprendida de esa Francia reintegrada; preñadas de polifonías que exultan, que conmueven, que obligan a meditar con madura reflexión.... Si no queremos llamarlas crónicas, llamémoslas como lo hace Zaldumbide en su artículo de "L'Evénement" de París: poemas, música, aquella música tan propugnada por Verlaine, el corifeo memorable de la escuela simbolista.

Nadie se dará por enojado, y mucho menos Ventura, si digo que en *Bajo el clamor de las sirenas* encuentro una como prolongación de *Frívolamente*.....; de ese libro publicado en 1908 y del que Enrique Gómez Carrillo dijera que es "libro de memorias sentimentales de nuestra época"....Y afirmo tal cosa, porque allá como aquí, en este volumen como en el de hace doce años, persiste el alma canora y el sedimento de extraña filosofía de que hablé en mi estudio, no hace mucho publicado, sobre la obra literaria de este gran cronista, y cuando me referí al "bazar de frivolidades." Y afirmo más mi concepto, porque *Bajo el clamor de las sirenas* dice que Ventura García Calderón ha sa-

bido hacer "pequeñas canciones" con las "grandes penas", según categórica, rotunda afirmación del insigne escritor de Guatemala.

Del valer intrínseco de quien dirige el magazine *América Latina* en París, se ha hablado ya, y mucho. Varela y Orbegoso, el ameno cronista que manda al decano de la prensa del Perú sus artículos diarios desde la tierra de Alberto, nos ha revelado cómo oficia y pontifica Ventura García Calderón, qué posición ha conseguido; cómo le aguardan y le buscan los noveles escritores para que sea él quien les dé el espaldarazo armándolos caballeros del buen decir. Y Zaldumbide, el crítico connotado de la obra genial de Rodó, nos declara: Todos los que lo conocen le aman, todos le quieren. El sabe todo, él comprende todo. Tiene a la América en sus manos. Y va, poderoso y ágil, desbordante, inagotable y sin fatigas como una fuerza de la naturaleza, pero también sensitivo y delicado, sutil como un perfecto instrumento, afinado al extremo por la vivacidad de su arte y por la pujante inteligencia de sus nervios.

Ruskin lo consideraría ponderado discípulo de sus disciplinas estéticas, por la voluptuosidad de sus exultantes páginas; por aquella belleza encantadora, sugestiva en alto grado, de que sabe impregnarlas; belleza que, mal que pese a lo dicho por Fontenelle, todos sus admiradores sabemos apreciar y aplaudir.

En *"El Liberal"* madrileño decía, hace doce años, Gómez Carrillo, que Ventura García Calderón "es, en verdad, un grande, un perfecto hacedor de crónicas." ¡Tal cosa es evidente!.... Ya lo creo que sí. Pero Gómez Carrillo, que saludaba por modo tan entusiasta el primigenio volumen de Ventura, erró cuando dijo:—"No sabe tal vez hacer artículos, no es quizás un crítico." —Si suprime ese bendito "tal vez" y aquel salvador "quizás", era éste el momento de negarle al dilecto autor de *"Treinta años de mi vida"*, el profético dón, o sea su calidad de crítico y augur. Ya en otra oportunidad hice ver cómo en *Frívolamente*..... Ventura se reveló crítico original y prestante. No es demás repetirlo:—"Error de muchos fué sin duda asegurar que Ventura había olvidado sus facultades de *croniqueur* brillante para desplegar las del crítico. Ventura García Calderón siempre fué crítico. Y nó de los adocenados o de grave peñola a lo Sainte-Beuve. No digo tampoco— no lo creáis—que no es buen cronista. Lo he llamado brillante, y no tengo inconveniente alguno en repetirlo muchas veces, pues considérolo tan exquisito como Enrique Gómez Carrillo, a quien ¿no es cierto que se le titula el

primer cronista entre los de lengua española?—Que desde este su primer libro *(Frívolamente ...)* se nos presenta como crítico, no cabe dudarlo. Aquí tenéis aquellas tres sabrosísimas cartas a la espiritual doctora de Avila, Santa Teresa de Jesús. Leed detenidamente esos cintilantes renglones, tan plenos de soportable erudición y de paradojal lenguaje, y decid si no creéis que Ventura—Taine lo ratificara—demolió la obra dramática de Catulle Mendes, y le fijó su verdadero lugar entre la gente de letras. Leed, asimismo, su admirable anatomización de la *Salomé* del torturado Wilde, y decidme si hay o nó meollo de crítico en esas musicales páginas. Leed cuanto dice de Bataille y de Huysmans, de Carriere y de Rodin, de Tailhade y del tan discutido Sully—Prudhomme; y decidme nuevamente si no es de madera de críticos este sutil e ingeniosísimo escritor peruano.." (1).—Y Gonzalo Zaldumbide, el comentador generoso y devoto de Barbusse y de d'Annunzio, agrega ahora: García Calderón es el más alto, el más seguro, el más experto de los críticos contemporáneos, así españoles como de la América hispana.

Aquí mismo, en *Bajo el clamor de las sirenas*, tenéis al crítico, cuando dice, verbigracia, que *Sur la voie glorieuse*, de Anatole France, es el mejor libro del año; o cuando háblanos de las dos Alemanias; o nos hace columbrar "la Francia futura"; o nos describe las *causeries* de Maurice Donnay sobre la parisiense de la guerra. En verdad, todo en este precioso volumen es crítica. Crítica es hasta aquella hermosa, vaporosa, dulce y cintilante página que dícenos:—"Jamás un príncipe del ingenio sintió arder, como cirios de luto, tántos corazones en torno suyo: jamás un hombre ha dejado tántos huérfanos. Las criaturas de su sueño desmesurado, los vivientes hijos de su tórrido genio bajaron a lamentar a su padre común. Despacio, del viejo París, fueron llegando Cuasimodo con su joroba y Gavroche que no reía y los "miserables" en obscura turba anónima. Entonces como si el alma ustoria del poeta se diluyera en la muchedumbre, un gran soplo pagano cruzó por la Avenida. Se perdieron en la sombra las parejas nupciales y cada Booz buscó los labios de Ruth dormida."

Con este nuevo volumen no se anuncia el escritor de amplia originalidad, no profetizó lo que habrá de ser. Dice lo que es y lo que seguirá siendo: grande y magnífico, orgullo de su estirpe he-

(1).—Vid. Enrique D. Tovar y R.: "Ventura García Calderón y su obra literaria", (París, Agencia General de Librería, 1919).

lénica. Ventura García Calderón, cronista, marcha con la cabeza erguida sobre los espaciosos hombros, recibiendo la ovación de las Américas, de España y de buena parte de otros mundos, gracias a ese estilo lleno de color, lleno de frases bien ajustadas y como extraídas de las pautas de Ricardo Wagner; gracias a ese estilo tan suyo que hará época en la historia de las letras de ambas Hispanias. *Bajo el clamor de las sirenas* será algo diurno. Hay aquí "ala y garra" como dice la cubierta del volumen....

Yo habré de conservarlo como joya. Y cuando tenga sed de belleza, a él habré de acudir...como acudió a la hermosa Samaritana el Rabí Divino....

ENRIQUE D. TOVAR y R.

Carás (Perú), Mayo 8 de 1920.

Los tres Jircas

A Juan Durand.

I

Marabamba, Rondos y Paucarbamba.

Tres moles, tres cumbres, tres centinelas que se yerguen en torno de la ciudad de los CABALLEROS del LEON de HUANUCO. Los tres *jirca-yayag* (1) como los llaman los indios.

Marabamba es una aparente regularidad geométrica, coronada de tres puntas, el cono clásico de las explosiones geológicas, la figura menos complicada, más simple que afectan estas moles que viven en perpetua ansiedad de altura; algo así como la vela triangular de un barco perdido entre el oleaje de este mar pétreo que se llama los Andes.

Marabamba es a la vez triste y bello, con la belleza de los gigantes y la tristeza de las almas solitarias. En sus flancos graníticos no se ve ni el verde de las plantas, ni el blanco de los vellones, ni el rojo de los tejados, ni el humo de las chozas. Es perpetuamente gris, con el gris melancólico de las montañas muertas y abandonadas. Durante el día, en las horas de sol, desata todo el orgullo de su fiereza; vibra, reverbera, abrasa y crepita. El fantasma de la insolación pasea entonces por sus flancos. En las noches lunares su tristeza aumenta hasta reflejarse en el alma del observador y hacerle pensar en el silencio trágico, de las cosas. Parece un predestinado a no sentir la garra inteligente del arado, ni la linfa fecundante del riego, ni la germinación de la semilla bienhechora. Es una de esas tantas inutilidades que la naturaleza ha puesto delante del hombre como para abatir su orgullo o probar su inteligencia. Mas quién sabe si

(1).—Padre cerro.

Mirabamba no sea realmente una inutilidad, quién sabe si en sus entrañas duerme algún metal de esos que la codicia insaciable del hombre transformará mañana en moneda, riel, máquina o instrumento de vida o muerte.

Rondos es el desórden, la confusión, el tumulto, el atropellamiento de una fuerza ciega y brutal que odia la forma, la rectitud, la simetría. Es la crispatura de una ola hidrópica de furia, condenada perpetuamente a no saber el espasmo de la ola que desfallece en la playa. En cambio es movimiento, vida, esperanza, amor, riqueza. Por sus arrugas, por sus pliegues sinuosos y profundos el agua corre y se bifurca, desgranando entre los precipicios y las piedras sus canciones cristalinas y monótonas; rompiendo con la fuerza demoledora de sus brazos los obstáculos y lanzando sobre el valle, en los días tempestuosos, olas de fango y remolinos de piedras enormes, que semejan el galope aterrador de una manada de paquidermos enfurecidos...

Rondos, por su aspecto, parece uno de esos cerros artificiales y caprichosos que la imaginación de los creyentes levanta en los hogares cristianos en la noche de Navidad. Vénse allí cascadas cristalinas y parleras; manchas de trigales verdes o dorados; ovejas que pacen entre los riscos lentamente; pastoras que van hilando su copo de lana enrollado, como ajorca, al brazo; grutas tapizadas de helechos que lloran eternamente lágrimas dulces y transparentes como diamantes; toros que restregan sus cuernos contra las rocas y desfogan su impaciencia con alaridos entrecortados; bueyes que aran resignados y lacrimosos, lentos y pensativos, cual si marcharan abrumados por la nostalgia de una potencia perdida; cabras que triscan indiferentes sobre la cornisa de una escarpadura escalofriante; árboles cimbrados por el peso de dorados y sabrosos frutos; maizales que semejan *cuadros de indios empenachados;* cactus que parecen pulpos, que parecen boas Y en medio de todo esto, la nota humana, enteramente humana, representada por casitas blancas y rojas, que de día humean y de noche brillan como faros escalonados en un mar de tinta. Y hasta tiene una iglesia, decréptica, desvencijada, a la cual las inclemencias de las tempestades y la incuria del indio, contagiado ya de incredulidad, van empujando inexorablemente a la disolución. Una vejez que se disuelve en las aguas del tiempo.

Paucarbamba, no es como Marabamba ni como Rondos, tal vez porque no pudo ser como éste o porque no quiso ser como aquél. Paucarbamba es un cerro áspero, agresivo, turbulento,

como forjado en una hora de soberbia. Tiene erguimientos satánicos, actitudes amenazadoras, gestos de piedra que anhelara triturar carnes, temblores de leviatán furioso, repliegues que esconden abismos traidores, crestas que retan al cielo. De cuando en cuando verdea y florece, y alguna de sus arterias precipita su sangre blanca sobre el llanto. Es de los tres el más escarpado, el más erguido, el más soberbio. Mientras Marabamba parece un gigante sentado, y Rondos un gigante tendido y con los brazos en cruz, Paucarbamba parece un gigante de pie, ceñudo y amenazador. Se diría que Marabamba piensa, Rondos duerme y Paucarbamba vigila.

Los tres colosos se han situado en torno de la ciudad equidistantemente, como defensa y amenaza a la vez. Cuando la niebla intenta bajar al valle en los días grises, y fríos, ellos, con sugestiones misteriosas, las atraen, las acarician, las entretienen y las adormecen para después, con manos invisibles, manos de artífices de ensueños, hacerse turbantes y albornoces, collares y coronas. Y ellos son también los que refrenan y encauzan la furia de los vientos montañeses, los que entibian las caricias cortantes y traidoras de los vientos puneños y los que en las horas en que la tempestad suelta su jauría de truenos desvían hacia sus cumbres las cóleras flagelantes del rayo.

Y son también amenaza; amenaza de hoy, de mañana, de quién sabe cuándo. Una amenaza llamada a resolverse en convulsión, en desmoronamiento, en catástrofe. Porque ¿quién puede decir que mañana no proseguirán su marcha? Las montañas son caravanas en descanso, evoluciones en tregua, cóleras refrenadas, partos indefinidos. La llanura de ayer es la montaña de hoy, y la montaña de hoy será el abismo o el valle de mañana.

Lo que no sería extraño. Marabamba, Rondos y Paucarbamba tienen geológicamente vida. Hay días en que murmuran, en que un tumulto de voces interiores pugna por salir para decirles algo a los hombres. Y esas voces no son las voces argentinas de sus metales yacentes, sino voces de abismos, de oquedades, de gestaciones terráqueas, de fuerzas que están buscando en el dislocamiento el reposo definitivo.

Por eso una tarde en que yo, sentado sobre un peñón del Paucarbamba, contemplaba con nostalgia de llanuras, cómo se hundía el sol tras las cumbres del Rondos, al levantarme, excitado por el sacudimiento de un temblor, *Pillco*, el indio más viejo, más taimado, más supersticioso, más rebelde, en una palabra,

más incaico de Llicua, me decía, poseído de cierto terror solemne:

—*Jirca-yayag,* bravo. *Jirca-yayag,* con hambre, taita.

—¿Quién es Jirca-yayag?

—Paucarbamba, *taita.* Padre *Paucarbamba pide ouejas, cuca, bescochos, confuetes.*

—¡Ah! ¡Paucarbamba come como los hombres y es goloso como los niños! Quiere confites y biscochos.

—Au, (1) taita. Cuando pasar mucho tiempo sin comer, Paucarbamba *piñashcaican.* Cuando come, *cusshiscaican.*

—No voy entendiéndote, Pillco.

—*Piñashcaican,* malhumor; *cushiscaican* alegría, taita.

—¿Pero tú crees de buena fe, Pillco, que los cerros son como los hombres?

—*Au,* taita. *Jircas* comen; *Jircas* hablan. *Jircas* son dioses. De día callan, piensan, murmuran o duermen. De noche andan. Pillco no mirar noche *Jircas;* hacen daño. Noches nubladas *jircas* andar más, comer más, hablar más. Se juntan y conversan. Si yo te contara, *taita,* por qué *jircas* Rondos, Paucarbamba y Marabamba están aquí. . . . .

II

Y he aquí lo que me contó el indio más viejo, más taimado, más supersticioso y más rebelde de Llicua, después de haberme hecho andar muchos días tras él, de ofrecerle dinero, que desdeñó señorialmente, de regalarle muchos puñados de coca y de prometerle, por el alma de todos los *jircas* andinos, el silencio para que su leyenda no sufriera las profanaciones de la lengua del blanco, ni la cólera implacable de los *jircas* Paucarbamba, Rondos y Marabamba. "Sobre todo, me dijo con mucho misterio, que no lo sepa Paucarbamba. Vivo al pie, *taita.*"

"*Maray* (1), *Runtus* (2) y *Páucar* (3), fueron tres guerreros venidos de tres lejanas comarcas. *Páucar* vino de la selva; *Runtus,* del mar; *Maray,* de las punas. De los tres, *Páucar* era el más joven, *Runtus* el más viejo. Los tres estuvieron a punto

(1).—Sí.
(1).—Piedra.
(2).—Carro.
(3).—Florido.

de chocar un día, atraídos por la misma fuerza: el amor. *Pillco-Rumi* (4) curaca de la tribu de los *pillcos*, después de haber tenido hasta cincuenticinco hijos, todos varones, tuvo al fin una hembra, es decir, una *orcoma* (5), pues no volvió a tener otra hija. *Pillco-Rumi*, por esta circunstancia, puso en ella todo su amor, todo su orgullo, y su amor creció tánto que a medida que su hija crecía iba considerándola más digna de Pachacámac que de los hombres. Nació tan fresca, tan exuberante, tan bella que le llamó desde ese instante *Cori-Huayta* (6). Y *Cori-Huayta* fué el orgullo del curacazgo, la ambición de los caballeros, la codicia de los sacerdotes, la alegría de *Pillco-Rumi*, la complacencia de Pachacámac. Cuando salía en su litera a recoger flores y granos para la fiesta del *Raymi*, seguida de sus doncellas y de sus criados, las gentes se asomaban a verla pasar y los caballeros detenían su marcha embelesados, mirándose después, durante muchos días, recelosos y mudos.

Pillco-Rumi sabía de estas cosas y sabía también que, según la ley del curacazgo, su hija estaba destinada a ser esposa de algún hombre. Si la esterilidad era considerada como una maldición entre los *pillcos*, la castidad voluntaria, la castidad sin voto era tenida como un signo de orgullo que debía ser abatido, sopena de ser sacrificada la doncella a la cólera de los dioses. Y la ley de los *pillcos* prescribía que los varones debían contraer matrimonio a los veinte años y las mujeres a los dieciocho. *Pillco-Rumi* no estaba conforme con la ley. *Pillco-Rumi* sintió rebeldías contra la ley y comenzó a odiarla y a pensar en la manera de alzarse contra ella. Según él, *Cori-Huayta* estaba por encima de la ley. La ley no se había puesto en el caso de que un padre que tuviera una *orcoma* habría necesariamente de casaria. Cuando se tiene varias hijas bien puede cederse todas, menos la elegida por el padre para el cuidado de su vejez. Y cuando se tiene una como *Cori-Huayta*, pensaba *Pillco-Rumi*, todos los hombres sumados no merecen la dicha de poseerla.

Y *Pillco-Rumi*, que, además de padre tierno, era hombre resuelto y animoso, juró ante su padre el Sol que *Cori-Huayta* no sería de los hombres sino de Pachacámac.

---

(4).—Piedra roja.
(5).—La hija única entre varios hermanos varones.
(6).—Flor de oro.

III

Y llegó el día en que *Pillco-Rumi* debía celebrar en la plaza pública el matrimonio de todos los jóvenes aptos según la ley.

La víspera, *Pillco-Rumi* había llamado a su palacio a *Racucunca* (1), el gran sacerdote, y a *Karu-Ricag* (2), el más prudente de los amautas, para consultarles el modo de eludir el cumplimiento de la ley matrimonial.

El amauta dijo:

—La Sabiduría de un curaca está en cumplir la ley. El que mejor la cumple es el más sabio y el mejor padre de sus súbditos.

Y el gran sacerdote, que no había querido ser el primero en hablar:

—Sólo hay dos medios: sacrificar a *Cori-Huayta* o dedicarla al culto de nuestro padre el Sol.

Pillco-Rumi se apresuró a observar:

—*Cori-Huayta* cumplirá mañana dieciocho años; ha pasado ya a la edad en que una doncella entra al servicio de Pachacámac.

—Para nuestro padre—repuso *Racucunca*—todas las doncellas son iguales. Sólo exige juventud.

Y el gran sacerdote, a quien *Cori-Huayta* desde dos años atrás, venía turbándole la quietud, hasta hacerle meditar horribles sacrilegios, y que parecía leer en el pensamiento de *Pillco-Rumi*, añadió:

—No hay hombre en tu curacazgo digno de *Cori-Huayta*.

El amauta, que a su vez leía en el pensamiento de *Racucunca*, intervino gravemente:

—La belleza es fugaz; vale menos que el valor y la sabiduría. Un joven sabio y valiente puede hacer la dicha de *Cori-Huayta*.

Ante tan sentencioso lenguaje, que significaba para *Racucunca*, un reproche y para *Pillco-Rumi* una advertencia, aquél, dizfrazando sus intenciones, replicó:

---

(1).—El de la muca gorda.

(2).—El que ve lejos, intelectualmente.

—Mañana a la hora de los sacrificios lo consultaré en las entrañas del llama.

Y mientras *Racucunca*, ceñudo y solemne, salía por un lado y *Karu-Ricag*, tranquilo y grave, por otro, *Pillco-Rumi*, con el corazón apretado por la angustia y la esperanza, quedábase meditando en su infelicidad.

Por eso en la tarde del día fatal, en tanto que el regocijo popular se difundía por la ciudad, y en la plaza pública los corazones de los caballeros destilaban la miel más pura de sus alegrías; y los guerreros, coronados de plumas tropicales, en pelotones compactos, esgrimían sus picas de puntas y regatones relucientes, balanceaban los arcos, blandían las macanas cabezudas, entrechocaban las espadas y las flechas, rastrallaban las hondas y batían las banderas multicolores; y los haravicus, estacionados en los tres ángulos de la plaza, cantaban sus más tiernas canciones eróticas al son de los cobres estridentes; y las futuras esposas, prendidas en rubor, coronadas de flores, enroscadas las gargantas por collares de guayruros y cuentas de oro, y envueltas en albas túnicas flotantes, giraban lentamente, cogidas de las manos, en torno de la gran piedra de los sacrificios; y *Cori-Huayta*, ignorante de su destino, esperaba la hora de los desposorios, *Pillco-Rumi*, de pie sobre el torreón del occidente, los brazos aspados sobre el pecho, la curva y enérgica nariz, dilatada y palpitante, la boca contraída en una crispatura de soberbia y resolución y la frente surcada por el arado invisible de un pensamiento sombrío, encarando al sol el rojizo rostro, como una interrogación al destino, hacía esta invocación, mezcla de impiedad y apóstrofe:

—¿Podrán los hombres más que Pachacámac? ¿No podrás tú, Padre Sol, cegar con tus ojos los ojos de aquel que pretenda posarlos en los encantos de *Cori-Huayta?* ¿No podrías tú hacerles olvidar la ley a los sabios, a los sacerdotes, a los caballeros? Quiero que *Cori-Huayta* sea la alegría de mi vejez; quiero que en las mañanas, cuando tú sales y vienes a bañar con el oro de tus rayos bienhechores la humildad de mi templo, *Cori-Huayta* sea la que primero se bañe en ellas, pero sin que los hombres encargados de servirte la contemplen, porque se despertaría en ellos el irresistible deseo de poseerla. *Cori-Huayta* es, señor, digna de tí. ¡Líbrala de los deseos de los hombres!

Y *Pillco-Rumi*, más tranquilo después de esta invocación, volviendo el rostro hacia la multitud, que bullía y clamoreaba más que nunca, clavó ella una indefinible mirada de desprecio.

Y al reparar en *Racucunca*, que en ese instante, con un gran espejo cóncavo de oro bruñido, recogía un haz de rayos solares para encender el nevado copo de algodón, del que había de salir el fuego sagrado para los sacrificios, levantó el puño como una maza, escupió al aire y del arco de su boca salió como una flecha envenenada esta frase: "*Cori-Huayta* no será tuya, traidor. Yo también, como *Karu-Ricag*, adiviné ayer tu pensamiento. Primero mataré a *Cori-Huayta*".

Pero *Supay*, el espíritu malo, que anda siempre apedreando las aguas de toda tranquilidad y de toda dicha para gozarse en verlas revueltas y turbias, comenzó por turbar el regocijo público. Repentinamente enmudecieron las canciones y los colores musicales, pasaron las danzas, se levantaron azorados los amautas, temblaron las doncellas, se le escapó de la diestra al gran sacerdote el espejo cóncavo, generador del fuego sagrado, y la multitud prorrumpió en un inmenso alarido, que hizo estremecer el corazón de *Cori-Huayta*, al mismo tiempo que, señalando varios puntos del horizonte, gritaba: "¡Enemigos! ¡Enemigos! Vienen por nuestras doncellas. ¿Dónde está *Pillco-Rumi?* ¡Defiéndenos, *Pillco-Rumi! ¡Pachacamac*, defiéndenos!".

Eran tres enormes columnas de polvo, aparecidas de repente en tres puntos del horizonte, que parecían tocar el cielo. Avanzaban, avanzaban, avanzaban.....Pronto circuló la noticia. Eran *Maray*, de la tribu de los *pascos; Runtus*, de la tribu de los *huaylas y Páucar*, de la tribu de los *panataguas*, la más feroz y guerrera de las tribus. Cada uno había anunciado a *Pillco-Rumi* su llegada el primer día del equinoccio de la primavera, con el objeto de disputar la mano de *Cori-Huayta*, anuncio que *Pillco-Rumi*, desdeñó, confiado en su poder y engañado por las predicciones de los augures.

Los tres llegaban seguidos de sus ejércitos; los tres habían caminado, durante muchos días, salvando abismos, desafiando tempestades, talando bosques, devorando llanuras. Y los tres llegaban a la misma hora, resueltos a no ceder ante nadie ni ante nada. *Runtus*, durante el viaje había caminado pensando: "Mi vejez es sabiduría. La sabiduría hermosea el rostro y sabe triunfar de la juventud en el amor". Y *Maray:* "La fuerza impone y seduce a los débiles. Y la mujer es débil y ama al fuerte.". Y *Páucar:* "La juventud lo puede todo: puede lo que no alcanza la sabiduría y la fuerza".

Entonces *Pillco-Rumi*, que desde el torreón de su palacio había visto también aparecer en tres puntos del horizonte las

columnas de polvo, que levantaban hasta el cielo los ejércitos de *Runtus, Páucar y Maray,* comprendiendo a qué venían, en un arranque de suprema desesperación, exclamó, invocando nuevamente a *Pachacámac:* "Padre Sol, te habla por última vez *Pillco-Rumi.* Abrasa la ciudad, inunda el valle, o mata a *Cori-Huayta* antes de que yo pase por el horror de matarla".

Ante esta invocación, salida de lo más hondo del corazón de *Pillco-Rumi, Pachacámac,* que desde la cima de un arco iris había estado viendo desdeñosamente las intrigas de *Supay,* empeñado en producir un conflicto y ensangrentar la ciudad, cogió una montaña de nieve y la arrojó a los pies de Páucar, que ya penetraba a la ciudad, convirtiéndose al caer en turbulento y bullicioso río. Páucar se detuvo. Después lanzó otra montaña delante de Maray, con el mismo resultado, y Maray se detuvo también. Y a *Runtus,* que, como menos impetuoso y el más retrasado, todavía demoraba en llegar, se limitó a tirarle de espaldas de un soplo. Luego clavó en cada uno los tres guerreros la mirada y convirtióles, juntos con sus ejércitos, en tres montañas gigantes. No satisfecho aún de su obra, volvió los ojos a *Cori-Huayta,* que, asustada, había corrido a refugiarse al lado de su padre, y mirándola amorosamente exclamó: *¡Huáñucuy!* (1) y *Cori-Huayta,* más hermosa, más exuberante, más seductora que nunca, cayó fulminada en los brazos de *Pillco-Rumi.*

Ante tal cataclismo la tribu de los Pillcos, aterrorizada, abandonó la ciudad, yendo a establecerse en otra región, donde fundó una con el nombre de *Huáñucuy,* o Huánuco, en memoria de la gran voz imperiosa que oyeran pronunciar al *Pachacámac.*

Desde entonces *Runtus, Páucar y Maray* están donde los sorprendió la cólera de *Pachacámac,* esperando que ésta se aplaque para que el Huallaga y el Higueras tornen a sus montañas de nieve, y la hija de *Pillco-Rumi* vuelva a ser la *Flor de Oro* del gran valle primaveral de los *pillcos*.....

ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR.

(1).—¡Muérete!

Notas varias

LOS EX-LIBRIS DE KARL WEISS.

No hace un año aún, se realizó en la Casa Brandes, con todos los honores de un verdadero acontecimiento, la última exposición del "Círculo artístico", la cual dió margen a que se nos revelara un artista de robusto y sano temperamento, hasta entonces desconocido entre nosotros. Este virtuoso del lápiz, hubo de vencer las naturales resistencias de su carácter para obsequiarnos con una serie de interesantes y originales trabajos, aplaudidos por la crítica sin reservas de ninguna especie.

El señor Karl Weiss es conocido a los lectores de "Mercurio" por una lindísima tricromía, intitulada "Sauces en Lurigancho", y que no me atreveré yo a juzgar después de haberlo hecho, muy elogiosamente por cierto, aquel culto e inteligente crítico que se firma Aloysius. Pero sí diré unas cuantas palabras referentes al estilo del artista que motiva estas líneas.

Weiss es, antes que nada, una *expresionista* de primer orden; él ve las cosas como a través de un velo misterioso tendido entre su espíritu y la realidad; para su comprensión de artista no es la pureza de la forma la esencia única y exclusiva del arte: aquélla puede ser grotesca e imperfecta, desde un punto de vista rigurosamente técnico, pero será sublime siempre que sepa expresar lo que encierra, siempre que ante ella percibamos el vuelo tenue e impreciso de la Idea, siempre que a su vista sintamos la necesidad de enjugarnos una lágrima o experimentemos el blando halago de una sonrisa. Por esto el estilo de Weiss es personalísimo; él contempla los objetos como en sueños, como si se agitaran en la penumbra de la sub-conciencia y los amolda a su manera; si fuera *impresionista* su retina se rebelaría contra las audacias de su temperamento.

La colección de trabajos que presentara en el Círculo Artístico despertó, desde luego, el más alto interés por lo novedosa y original; ya no se trataba de óleos ni de dibujos más o menos meritorios, sino de un género casi desconocido entre nosotros y que viene a marcar nuevas orientaciones a los buenos cultores del lápiz, por desgracia no muy abundantes en el Perú: me refiero al ex-libris. Como, repito, estamos

poco familiarizados con este género, me voy a permitir hacer su historia en brevísimas frases.

El origen del ex-libris se remonta al siglo XIV y reconoce su cuna en Alemania. Aquí es donde se desarrolló rápidamente y, ennoblecido por artistas del rango de Durero, hubo de adquirir gran auge en toda Europa Occidental. A fines del siglo XV traspasa las fronteras germanas invadiendo Italia, Inglaterra, Suiza y Francia, donde bajo los reinados de Luis XV y Luis XVI se convierte en el favorito de la intelectualidad; por esta misma época pasa a Estados Unidos. Es así cómo el ex-libris asentó su imperio perfeccionándose, cada vez más, a través de tres siglos de esplendor.

Sólo a fines del siglo XVII es cuando decae, no obstante los desesperados esfuerzos que se hacen para salvarlo, hasta pasados dos siglos de olvido, al cabo de los cuales resurge con más bríos, si cabe, que en su anterior etapa.

Klinger y Thoma, los dos colosos alemanes, han trabajado con todo cariño por el engrandecimiento del ex-libris, y actualmente es raro en Europa un artista, intelectual o persona de cierto nivel que carezca de un ex-libris particular. Y ello obedece a que éste tiene sobre las demás ramas del arte la ventaja de la *particularidad* o, mejor diremos, del *personalismo:* siempre es un símbolo y, en la mayoría de los casos, un retrato moral; él guarda, como veremos más adelante, una estrecha relación con el apellido, nombre u oficio del poseedor. Tengo ante mi vista una serie de ex-libris y cada uno de éstos me sugiere infinitas consideraciones filosóficas: es preciso convenir que delante de un ex-libris se piensa y que quien lo ejecuta es un refinado sicólogo.

Por ejemplo, el primero de los ex-libris a que aludo representa un joven vigoroso en lucha con un fauno, y abajo se lee traducido del alemán: "Lucha y vence". En el segundo, se ve a un apuesto mancebo y a una hermosa doncella en amable coloquio; el diminuto dios de los ojos vendados, las alas intangibles y el carcaj a la espalda dicta al oído del joven las más ardientes palabras, entanto que prepara su arco; mientras, en el ángulo inferior de la izquierda, un mono con las gafas caladas trata de descifrar multitud de extraños pergaminos, donde bailotean profusos caracteres jeroglíficos; más abajo se lee: "Dejad la ciencia para los que presumen de sabios, que los verdaderos sólo entienden de amor". El ex-libris del célebre Gambetta tiene como divisa: "Querer es poder". Sin ir muy lejos, todos hemos admirado el propio ex-libris de Weiss, que representa un ave con las alas extendidas surcando el anchuroso azul, fija la vista en un sol naciente que se levanta tras un nuevo horizonte; la incripción dice: "Anhela y ambula". En el ex-libris de un comerciante he visto el caduceo de Mercurio coronando una soberbia alegoría; en el de un historiador, sobre el amplio libro de la Historia, pasear ufanos a multitud de personajes ataviados con los trajes característicos de todas las épocas de la Humanidad.

Constituída la sociedad medioeval sobre la base del feudalismo, el ex-libris tuvo en sus orígenes un marcado tinte heráldico, considerándosele entonces como un simple sello particular cuyo único empleo era el de las bibliotecas; pero en nuestros días se ha democratizado y adquirido un espíritu coleccionista, siendo muchas las personas que po-

seen grandes y valiosas colecciones de esta naturaleza. Al respecto es tan excepcional su importancia, que se cuentan en Inglaterra diarios dedicados exclusivamente a promover el canje de ex-libris en todo el mundo, y, para contar con una base en este noble intercambio, poseen los coleccionistas ex-libris propios que procuran revestir de la mayor originalidad. Esta tendencia coleccionista se debe a la importancia artística, heráldica, histórica, sociológica, moral y sicológica del género que me ocupa. Entre las colecciones más notables se cuenta las que han pertenecido a Bacon, Isabel de Inglaterra, madama Pompadour, Washington, Humboldt, Lesseps, Gambetta y otras figuras de gran relieve histórico.

El alsaciano Josef Sattler liberó al ex-libris de las trabas conservadoras que lo circunscribían a un radio limitado de acción, señalándole dilatadísimos campos dentro de los cuales pudiera moverse el artista libre de prejuicios y sujeciones. Sattler hubo de vencer ingentes dificultades, como la ruda campaña que le presentaron algunos fanáticos conservadores, enemigos de cualquiera evolución en el sentido de emancipar al ex-libris, toda vez que temían se anarquizara éste en medio del ancho espacio de desenvolvimiento pretendido por el innovador. Pero José Sattler triunfó, y hoy el ex-libris es propicio a las expansiones de la escuela *expresionista*, que otros llaman idealista; sin embargo antójaseme más adecuado el término primero desde que el idealista trata de *expresar*—ya sea por medio de formas, líneas, colores o armonías—todos los sueños que forja la fantasía, todas las inquietudes y ansias que revolotean en el espíritu; al revés del *impresionista*, o sea realista, que reproduce el objeto tal como *impresiona* su retina, sin subjetividad alguna. Los impresionistas consideran la forma como el fin único y exclusivo del arte, al paso que los representantes de la escuela opuesta la conceptúan tan sólo como el medio indispensable para alcanzar el fin: la idea; los primeros profesan un arte que es la servil reproducción objetiva de las cosas exteriores, sin comentario alguno ni enseñanza palpable; los segundos, al contrario, penetran hasta el alma de la Naturaleza, investigan sus más reveladores detalles, copian sus más imperceptibles temblores, sus más sutiles estremecimientos y de aquí deducen verdaderas doctrinas y poemas pictóricos, verdaderas sinfonías cromáticas. Esto, referido de un modo especial a la pintura.

Mientras los unos quieren *ser* algo que vive en la Naturaleza; los otros, en un empeño más noble, pretenden *expresar* algo que vive por la Naturaleza. Y la lucha entre ambas tendencias proseguirá, a lo largo de los siglos, ¡quién sabe hasta cuándo....!—Quizás hasta que deje de ser una utopía la fórmula aquella de "Idealizar lo real y realizar lo ideal". De lo dicho salta la imposibilidad absoluta de un ex-libris impresionista, pues él debe encarnar una idea: el mundo fantástico es el suyo y no existe ningún tópico que no haya tratado; pudiéndose decir, además, que los trabajos de esta clase significan en muchos artistas el extracto y quizá lo más selecto de toda su obra. Es así cómo el ex-libris puede recibir y guardar los rayos que despiden las innúmeras facetas del Ideal, encerrando muchas veces en su simbolismo una honda verdad filosófica.

Los ex-libris que prestigian estas pálidas y deshilvanadas líneas, acreditan lo veraz de mis afirmaciones.

El señor Castillo, temperamento batallador y caballero, no pudo encontrar intérprete más sutil y fino que el señor Weiss. Su ex-libris representa, sobre una eminencia abrupta y rocallosa, un castillo, graciosa alusión a su bien prestigiado apellido, y que nos sugiere infinidad de proezas dignas de la gesta legendaria. Al pie de la eminencia, un caballero medioeval, forrado en recia armadura, sostiene con una mano las bridas del brioso potro que monta mientras con la otra empuña su lanza en actitud de espera, presto á repeler cualquier ataque. A los que conocemos al infatigable crítico de "Variedades" y sabemos de sus rebeldías y bellos gestos de independencia esta fiel interpretación de su carácter luchador y altivo ha de arrancarnos los más elogiosos conceptos para el artista que, con una fuerza expresiva tan intensa, traduce la entidad síquica de aquel a quien estudia.

Hugo Wolf,—aquel sentimental por excelencia que se valiera de un pentagrama, a manera de escala, para subir al corazón,— en uno de sus líricos arrebatos empapó en lágrimas estos desgarradores versos de Eichendorf: "Sobre el umbral silencioso se llevaron mi amor a la tumba.....". Hoy, Weiss desata el haz plateado de la luna sobre el sepulcro de la amada muerta a que alude el poeta, y hace llorar el frágil violín entre las trémulas manos del amante. El ilustre músico Director de la Filarmónica, para quien ha sido ejecutado este modelo de ex-libris, encontrará que aquí se refleja con toda fidelidad el desbordante caudal de su sentimentalismo.

El ex-libris perteneciente a nuestro espiritual Ureta presenta consumiéndose, sobre la clepsidra del Tiempo, el cirio que simboliza la Vida; un largo penacho humeante se desprende de la llama y más allá, en la extremidad de éste, la Muerte recoje las caprichosas volutas en medio de las cuales se mueven la Infancia, la Adolescencia, la Madurez y la Ancianidad con sus respectivos atributos de candor, apasionamiento, fuerza y reflexión. Abajo se lee: *"Tempora mutantur; nos et mutamur in illis"*. Luego, un río arrastrándose en el fondo de un valle queriendo significar con su corriente torrentosa y ondulante lo inestable de las cosas mundanas, la fuerza fatal e incontrastable del Destino, lo móvil y caprichoso de la existencia; a un lado, dos árboles se elevan solitarios, afanosos de llegar atrevidamente al cielo, diríase son como un anhelo místico de perfeccionamiento y espiritualidad; fantásticos y tenues, dan una impresión tal de sutileza que se identifican con el alma compleja del poeta, alimentados en sus raíces por la tierra, pero teñidos en sus copas por el magnífico azul de los espacios. Hay en todo el dibujo un nó sé qué de flotante, de intangible, de inmaterial y de misterioso que se apodera del espíritu e invita a la meditación. ¡Qué hermosa y profunda alegoría la de este magistral ex-libris!

La Sra. Otten, virtuosa del piano y distinguida concertista, sentirá con toda la fuerza de su temperamento artístico las quedas armonías del canto de Brahms y, mientras los dedos corran desbocados sobre la magia del teclado, su alma, seducida por el genio que mora en las estrofas del poema, acompañará al artista en su sereno peregrinaje por las regiones desconocidas y eternas. El muchacho que, de espaldas sobre

la hierba, se abstrae en el poema sinfónico y cromático de la Naturaleza, cómo es capaz de hacer vibrar intensamente las fibras más recónditas del corazón.

He aquí, descritos a grandes rasgos y nó con todo el detalle que deseara los nuevos ex-libris del señor Weiss; ellos le consagran en definitiva como uno de los elementos artísticos más valiosos y de mayor prestigio existentes en el país; su obra, todavía poco conocida, irá divulgándose con el tiempo y sus triunfos futuros vendrán a robustecer, si cabe, el muy alto concepto que hoy me merece. Ojalá que nuestros jóvenes artistas sigan la ruta que él, con todo empeño, les ha trazado, y, desterrando el hábito pernicioso de la mala caricatura, concreten sus energías y se dediquen con sobrado entusiasmo al ex-libris, cuyas excelencias ya tratamos de exaltar.

Toca a la sociedad de Lima favorecer este simpático movimiento protegiendo decididamente a los artistas que a él se lancen, tanto con el aplauso como con la obra. No está demás el recordar que si la Italia del Renacimiento deslumbró al mundo con artistas de la talla de Rafael, Leonardo y Miguel Angel fué, en gran parte, porque existieron espíritus superiores como Julio II, y Lorenzo de Médicis, León X y otros muchos, que trataron, en todo momento, de ceñir su conducta a la del célebre protector de Virgilio y Horacio.

CLODOALDO LOPEZ MERINO.

BAROJA Y MANUEL GALVEZ

(Una corriente de ideas)

Estas cosas deben escribirse rápidamente, sin postergaciones. Hace tiempo que Belaúnde me encargó una nota sobre la novela de Gálvez titulada "Nacha Regules". No me seducía mucho el tema. Pero desdes que leí la nota editorial que se refiere a las intenciones de acción social de la colección "Pax" de la que ese libro forma parte, empezó a interesarme. Me lancé a la lectura de la novela, y me gustó mucho más de lo que esperaba. Es lástima que haya dejado pasar el tiempo sin anotar las vivas sugerencias del libro. Acaso las más superficiales y las de menor valor sean las que ahora recuerdo. (Escribo sin poder hojear el libro).

Recuerdo que la primera referencia sobre Baroja que me inspiró curiosidad y que me lanzó a la tarea de aprehender la ideología, por cierto que bien original y nada fácil del autor de "La caverna del humorismo", fué una, hecha por Manuel Gálvez en sus crónicas literarias de "La Revista de América". Gálvez hablaba ahí del "feroz pesimismo de Baroja". Y yo me dije:—"Vamos a ver en qué consiste ese *feroz pesimismo*". La verdad es que "no es tan fiero el león como *le* pintan", co-

mo diría el mismo Baroja, con su manera un poco anárquica de articular.

Ese recuerdo es el que me ha hecho ahora asociar los dos nombres, al terminar la lectura de "La caverna del humorismo" del fuerte y heteróclito escritor vasco. Y aprovecho la ocasión para intentar decir lo que tenía pensado sobre *Nacha Regules*.

Nacha Regules es una ramera criolla de Buenos Aires. Gálvez, al describirnos su vida, con ciertas intenciones doctrinarias de indeciso carácter socialista y revolucionario, se pone al lado de ella contra la sociedad burguesa; y culpa a ésta de las miserias y malandanzas de la infeliz porteña. En su empeño (no logrado del todo, porque, en realidad, Gálvez es bastante burgués en el fondo) el novelista del Plata crea un tipo con bastante carácter aunque no poco convencional: Monsalvat. Gálvez, exagerando acaso demasiado el romanticismo trasnochado e ingenuo de su Monsalvat, ha malogrado una figura que, si fuese más real, menos tendenciosa, por lo menos en la acción, se hubiera prestado para dar interpretación y para exponer en forma viva muchas preocupaciones modernas sobre las que no suelen insistir lo suficiente la mayoría de los literatos y los publicistas. De todos modos, creo que a Gálvez le toca el mérito de haber iniciado esta orientación de crítica social a la manera de Mauclair, entre nosotros. Ya era tiempo. La sociedad actual está pidiendo a gritos correctivos. Hacen falta mentores: Juvenales, Swifts, Larras. En Inglaterra, Chesterton, Bernard Shaw, Wells y otros hacen labor intensa, sobre todo el segundo reemplazando cumplidamente a los Sterne, los Thackeray, los Dickens y los *Teufelsdrokh*. En Francia, aunque era suficiente la formidable labor del padre espiritual del señor Bergeret, nos basta conocer la índole literaria de los Rolland, los Renard, los Gourmont, los Gide, los Philippe, los Mirbeau y los Barbusse, además de la del citado Mauclair, para saber que la cosa es atendida; y es natural suponer que en Italia, Alemania, y los Estados Unidos haya corrientes literarias paralelas a ésta. En cuanto a España, Baroja—sucediendo a Unamuno, a Ganivet, a Silverio Lanza, a *Clarín* y a Valera (éstos a su modo), para no mentar al gran Galdós que queda en otro plano—tiene el cetro de la alta crítica social. *Azorín*, Pérez de Ayala y *Andrenio*, más moderados, se hacen sentir también. Zozaya sigue los rumbos malogrados de Alfredo Calderón; Cavia continúa impretérrito, lo mismo que el veterano Ortega Munilla; y, por fin, Ortega y Gasset hace escuela, y Federico de Onis, Luis de Zulueta, Alomar y *Xenius*, recogen la rica herencia de los reformadores del novecientos, como diría el último.

Yo llamaría a lo anterior un *ensayo de definición o inventario de la gran secta moderna de los ideólogos* más o menos reformadores, en cuya ruta hacia el ideal son delanteros audaces los rusos, con sus Gorkis, Tolstoys, Tourgeneffs y Dostoievskis.

Baroja anuncia en su último libro "perspectivas catastróficas y revolucionarias". Su ritornello de la original *"Balada de los buenos burgueses"* constituye, como dice un personaje de la obra, una "pérfida amenaza". Decía en 1919: "¡Viva el lujo! ¡Viva la alegría! Gozad, gozad buenos burgueses, *¡todavía no viene el bolcheviquismo!"*, cuando el cable nos anuncia diariamente, por sobre todas las censuras, los fraca-

sos de las maquinaciones de las oligarquías plutocráticas de occidente contra la ola de la democracia comunista moscovita, es realmente una humorada y un sarcasmo. (1).

E. E.

"EL DILUVIO" de Barcelona.

En esta importante revista catalana encontramos la siguiente nota bibliográfica que transcribimos:

Mercurio Peruano.—De esta notable revista, que aparece en la capital de la República del Perú, hemos recibido los números 18 y 19. Forman dos volúmenes de muy abundante y selecta lectura. En "Mercurio Peruano" colaboran escritores de gran valer, bajo la dirección del competente publicista Víctor Andrés Belaúnde.

Es esa revista una de las manifestaciones más salientes de la cultura peruana. Los que la lean pueden darse exacta cuenta de que en todos los órdenes del saber hay en el Perú espíritus superiores que piensan con profundidad y escriben magistralmente.

Estudios filosóficos y de historia; críticas de bellas artes y literatura; trabajos de carácter moral, económico y político; cuentos y poesías admirables; notas bibliográficas y noticias de interés para cuantos se preocupan del movimiento intelectual contemporáneo, todo eso contiene la revista "Mercurio Peruano", cuya circulación es de día en día más profusa.

Los reputados escritores peruanos Francisco y Ventura García Calderón envían a menudo desde París a "Mercurio Peruano" trabajos notabilísimos. También es colaborador asiduo de esa revista José Gálvez, crítico sagaz, costumbrista muy sobresaliente e inspirado poeta. El señor Gálvez fué hasta hace poco cónsul de su país en Barcelona.

Dan mayor realce a la revista "Mercurio Peruano", reproducciones muy hermosas de obras artísticas de renombre. Es lástima que tal publicación apenas sea conocida en España, como sucede con los países americanos que un tiempo fueron posesiones coloniales hispanas.

Así, muy contados son los que entre nosotros se hallan al tanto del movimiento científico y literario de la América de española estirpe, lo que da margen a lamentables juicios, los cuales contribuyen a que, en lugar de acercarse, cada vez se aparten más de la que fué su metrópoli esas jóvenes y progresivas Repúblicas de América, aquí relegadas al más absoluto olvido.

"Mercurio Peruano" es revista que pueden leer con gran provecho quienes deseen conocer el alma de la América actual. En sus páginas encuéntranse compendiadas las más salientes manifestaciones de la intelectualidad del Perú.

---

(1).—La interpretación dada por D. Crowther al movimiento bolshevista mundial es muy exacta y concuerda con las opiniones más autorizadas, y los juicios más sagaces, formulados al respecto. Véase mis artículos de "El Día" al iniciarse el movimiento revolucionario ruso.

REVISTA DEL ARCHIVO NACIONAL DEL PERU.—Enero—Abril —Tomo I.—Entrega I.—Lima, 1920.—Imprenta de la "Opinión Nacional".—

Las telas y los huacos preincaicos e incaicos, y los manuscritos de la Colonia y la República, han constituído, hasta la fecha, objetos de comercio, en vez de un medio de investigación desinteresada. Aquellos elementos arqueológicos, han servido sólo para enriquecer los museos extranjeros y apostrofar nuestro antipatriotismo y nuestra incuria.

Cosa idéntica ha sucedido con nuestros archivos. Los que no han sido comestible de la polilla y los lepismas, han formado la base de las grandes y famosas colecciones extranjeras. Si alguna vez se procuró detener el mal, ello se hizo empleando la atenuación y demostrando inconstancia .

Para suerte de nuestra cultura, contemplamos actualmente la aparición de un poderoso y fecundo propósito de organizar y defender las citadas fuentes de la historia patria. Tenemos noticia de que, con los materiales existentes en el Museo Nacional, que dirige don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, y con la compra de los museos particulares, pertenecientes a los señores Caparó Muñiz (Cuzco) y Enrique Brünning (Chiclayo) se proyecta establecer un Museo Incaico, que, según nuestros informes, y con la aprobación unánime del país, dirigirá el doctor Julio C. Tello.

Por otra parte, con el ordenamiento y la catalogación del Archivo Nacional, y con la publicación de su correspondiente revista; obras, ambas, encomendadas al meritísimo investigador e historiógrafo, doctor Horacio H. Urteaga, y al inteligente y laborioso Padre Fray Domingo Angulo,—se inaugura otra de las obras que más urgentemente reclama la especulación histórica peruana.

He aquí el sumario de la primera entrega de la Revista del Archivo Nacional:

Introducción, por Horacio H. Urteaga.—Informaciones sobre encomenderos y encomiendas.—Diario de la segunda visita pastoral del Arzobispo de los Reyes don Toribio Alfonso de Mogrovejo, por Fray Domingo Angulo. Libro de Visitas, 1593. Instrucciones de los Padres Dominicos para confesar conquistadores y encomenderos, por Fray Domingo Angulo.—Confessoribus in Indiarum, etc.—Una información sobre la guerra civil de 1548.—Proceso criminal contra Juan Bautista Galibado por haber dado favor a Francisco Hernández Girón.—Sección oficial.—Reorganización del Archivo Nacional.—Reglamento Interior del Archivo Nacional.

J. G. L.

BODAS DE PLATA del Dr. D. José Matías Manzanilla, como catedrático de Economía Política y Legislación Económica del Perú en la Universidad Mayor de San Marcos.

El Dr. D. José Matías Manzanilla acaba de cumplir veinticinco años de enseñanza de Economía Política y leyes económicas peruanas en el antiguo claustro de San Marcos, y no sólo la Universidad sino la sociedad toda, consciente de la proficua labor nacional del notable catedrático, se ha apresurado a tributarle su homenaje de gratitud y su aplauso.

Ocioso sería ponderar aquí—tan conocida es de todos—la eficiente y tesonera obra del doctor Manzanilla de incorporación de las instituciones organizadoras y garantizadoras del trabajo industrial en el organismo de nuestra jurisprudencia. Pero si ello es del dominio público, nadie puede apreciarlo mejor que sus alumnos, que asistiendo en el aula a la gestación y desarrollo de dichas instituciones, hémoslas visto llegar al Parlamento para convertirse luego, por obra del generoso entusiasmo de su autor, en carne de la carne de nuestro cuerpo jurídico. La *Ley de Accidentes del Trabajo,* con su cortejo de disposiciones legislativas complementarias, así como el régimen del trabajo en nuestro país serán perpetuo timbre de gloria para el entusiasta profesor e ilustre parlamentario, que en la cátedra y en la tribuna supo estudiar las necesidades públicas y satisfacerlas, salvando los escollos de la inercia y la mezquindad ambientes.

"Mercurio Peruano", cuya razón de ser obedece inmediatamente a un afán renovado de resurgimiento y revivificación patrias, cumple con su más claro deber al unir su cálido saludo y su agradecimiento al maestro y al tribuno que gastó la mejor parte de su vida en la renovación de la vieja máquina nacional.

M. B.

BANCO MERCANTIL AMERICANO DEL PERU

LIMA---AREQUIPA---CALLAO---CHICLAYO---TRUJILLO---PIURA

Dedicado a la misión especial de fomentar la exportación e importación del Perú.

—— : ——

Debido a su organización con afiliados en todas partes de la América Latina, Estados Unidos, Europa y Asia, ofrece un servicio directo con notable ventajas para el cliente.

Ofrece toda clase de facilidades bancarias.

Seguridad Servicio Eficiente Atención Esmerada

AP
63
M35
v.4

Mercurio peruano; revista mensual de ciencias sociales y letras

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY